Susan Carroll

La Cortesana

books4pocket

Walla Walla
County Libraries

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/lacortesana0000unse

La cortesana

books4pocket

Susan Carroll

La cortesana

Traducción de Claudia Viñas Donoso

SP
FIC
CARROLL
2010

EDICIONES URANO

Argentina - Chile - Colombia - España
Estados Unidos - México - Perú - Uruguay - Venezuela

Título original: *The Courtesan*
Copyright © 2005 by Susan Coppula

© 2006 by Ediciones Urano
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
www.edicionesurano.com
www.books4pocket.com

1ª edición en books4pocket noviembre 2010

Diseño de la colección: Opalworks
Imagen de portada: Alan Ayers
Diseño de portada: Epica Prima

Impreso por Novoprint, S.A.
Energía 53
Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

Fotocomposición: books4pocket

ISBN: 978-84-92801-64-0
Depósito legal: B-25.941-2010

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Dedicada a mis héroes de la vida real,
mi hermano mayor Tony y mis proscritos
Jerry, Tom y Pete.
Os quiero, chicos, siempre.

Prólogo

La calina se elevaba y mecía sobre el Sena esparciendo su arremolinada y fantasmal masa sobre las riberas y oscureciendo las calles de París que ya eran un laberinto a la disminuida luz del crepúsculo. Pero la mujer que avanzaba sigilosa por en medio de la niebla parecía indiferente al peligro de extraviarse y a la fría humedad de ese anochecer de otoño.

Envuelta en una capa gris con capucha que le llegaba a los tobillos, llevaba la cara oculta por una máscara de terciopelo negro, del tipo que usaban las beldades de la corte para protegerse la tez. La máscara también le protegía la identidad, pues sólo dejaba visibles el brillo de sus ojos y unas pocas guedejas de pelo. Unos chanclos de madera le protegían del barro los zapatos de brocado, y caminaba con pasos seguros, sin darse cuenta de que la seguían.

El capitán Nicolas Remy caminaba lo más lejos posible que se atrevía sin perder de vista a la dama en ese neblinoso anochecer. Vestía un jubón gris oscuro y calzas negras de lana, que no llamaban la atención en la inminente oscuridad. Su desgastada ropa y sus polvorientas botas daban la impresión de haber conocido mejores tiempos, como también el propio capitán. Mechones de pelo rubio oscuro enredado le caían sobre los ojos castaños, y su delgada cara estaba oscurecida por una espesa barba que se había dejado crecer sin nin-

gún cuidado. Con la espada y la daga sujetas al cinturón, tenía la apariencia de hombre peligroso, incluso según los criterios de París.

Los transeúntes se apartaban dejándole amplio espacio, lo que le hacía difícil ocultarse en medio de un grupo mientras seguía a la mujer de la capa gris. Las calles ya iban quedando desiertas; los artesanos y vendedores callejeros caminaban a toda prisa hacia sus casas; las persianas de las puertas y escaparates de las tiendas se iban cerrando, y toda la gente respetable de París se retiraba a sus casas cerrando sus puertas con llave.

Muy pronto el capitán Remy destacaría como un soldado superviviente en un campo de batalla, pero no podía correr el riesgo de dejar más distancia entre él y la mujer. Ella tenía una clara ventaja: sabía hacia dónde iba.

Si alguna vez tuvo conocimiento de esa maldita ciudad, había hecho todo lo posible por olvidarlo. No sólo desconocía las calles, ni siquiera estaba seguro de ir detrás de la mujer que deseaba seguir. Miró de soslayo a su acompañante, un alto y delgado muchacho de unos dieciocho años que respondía al nombre Martin le Loup, Martin, apodado el Lobo.

Acertado apodo, pensó Remy. El muchacho tenía bastante aspecto de lobo, con su melena negra, rasgos angulosos y ojos verdes. Aunque a Lobo le gustaba definirse como un «aventurero», un «caballero de fortuna», lamentablemente se parecía más a lo que era, un bribón y un ladrón de bolsas. Pero él le confiaría su vida; ya se la había confiado en muchas ocasiones.

De todos modos lo preocupaba que su ingenioso Lobo hubiera cometido un grave error. Cuando la mujer comenzó a internarse por callejuelas más estrechas se le tensó el cuerpo de recelo, pensando si no lo llevaría a una trampa, el tipo de

trampa que se les tendía a muchos forasteros desprevenidos en París: el cebo de una mujer hermosa con el fin de asaltarlo y robarle.

Poniendo la mano en la empuñadura de su espada, dijo a su joven guía en voz baja:

—¿Estás seguro de que esa es la dama que te envié a localizar? Porque si has cometido algún tipo de error...

—¡No, ninguno, capitán! —protestó Lobo, con expresión dolida porque dudara de él—. Juro sobre la tumba de mi padre... bueno, si supiera al menos quién fue, que esa es la dama que me pidió que buscara: su señora Gabrielle Cheney.

Remy se permitió un momento de pesar. No, ella nunca había sido «su» Gabrielle, y no era probable que lo fuera alguna vez.

—Dicen que es la mujer más deslumbrante de todo París —continuó Lobo, besándose las yemas de los dedos—. ¿No la reconoce en nada?

Remy entrecerró los ojos y observó detenidamente la distante figura de la mujer envuelta en la capa, tratando de detectar un movimiento o un gesto conocido de la joven hechicera que conociera. Pero ya habían transcurrido más de tres años desde la última vez que vio a Gabrielle, aquel lejano verano en ese misterioso lugar llamado isla Faire.

Había oído rumores. Decían que Gabrielle estaba distinta; que la jovencita amable y apasionada se había transformado en una mujer seductora y peligrosa. Decían que estaba consumida por una fría ambición. Decían que era aun más adicta a la intriga que la propia Reina Negra, Catalina de Médicis. Decían...

Bruscamente apretó los labios hasta dejarlos convertidos en una severa línea. Sencillamente no quería creer lo que se decía de Gabrielle; todo eso le dolía terriblemente. Pero tenía

que reconocer que una mujer que se aventura a salir a esas horas, o bien le importa muy poco su vida o está empeñada en una finalidad que no soportaría la luz del día.

¿Cuál de esas dos cosas se podía aplicar a Gabrielle? Lo único que tenía que hacer era darle alcance y preguntárselo. Pero se resistía a hacer eso; después de tanto tiempo sin verla no quería que su reunión tuviera lugar ahí en la calle. Ella lo creía muerto y tal vez era mejor que continuara creyéndolo.

«Déjala en paz —le dijo una voz en su interior—. No la enredes en la desesperada misión en que se ha convertido tu vida.»

Esa voz era un débil recordatorio del hombre que fuera en otro tiempo, honrado, caballeroso. Pero cualquier asomo de nobleza que hubiera habido en él murió aquel caluroso agosto de hacía tres años, aquella noche de sangre, de traición y locura. Sólo pensar en la Noche de San Bartolomé le revolvía el estómago, le cubría la frente de un sudor frío.

Haciendo a un lado esos recuerdos de pesadilla continuó siguiendo a Gabrielle; a pesar de los riesgos, necesitaba su ayuda en la peligrosa empresa que lo había traído de vuelta a la ciudad. Pero primero tenía que estar seguro de ella.

Gabrielle continuó avanzando y de pronto las elevadas casas a ambos lados empezaron a verse más ruidosas y la calle más sucia. Por poco que conociera París, a Remy se le hizo evidente que se estaban adentrando en uno de los barrios menos agradables de la ciudad.

—¿La calle de Morte? —gimió Lobo en voz baja—. Tenga cuidado, señor. Hasta los peores canallas tienen miedo de venir aquí por la noche. Su dama tiene que estar totalmente loca para aventurarse aquí sola, sin siquiera la compañía de su doncella. ¿Siempre ha sido así, tan temeraria?

—Siempre —musitó Remy, sonriendo tristemente. Al menos en eso Gabrielle no había cambiado, pensó—. Una vez me robó la espada y se preparó para luchar contra toda una cuadrilla de...

—¿Una cuadrilla de qué? —preguntó Lobo, muy interesado.

Remy ya lamentaba sus impulsivas palabras. Incluso a él le parecieron raras las cosas ocurridas en la isla Faire aquel verano. Si relataba alguna de esas historias, hasta el despreocupado Lobo se asustaría.

No tuvo necesidad de contestar porque en ese momento perdieron de vista a Gabrielle en la niebla. Los dos se detuvieron bruscamente y aguzaron los oídos. En la calle reinaba el silencio, no se oía ninguno de los ruidos normales del día, ni de carretas, cascos de caballos o mulas. Hasta ellos llegaba el sonido hueco de los chanclos de Gabrielle en la distancia.

—¡Ahí! —susurró Lobo, apuntando hacia la acera de enfrente.

La luna en ascenso asomó un momento por entre las nubes, permitiéndole a Remy ver la oscura figura de Gabrielle. Iba acercándose a las puertas de hierro de una mansión estilo gótico que se alzaba detrás de elevados muros de piedra. La mansión hablaba de un pasado grandioso. Las puertas estaban flanqueadas por delgados torreones semejantes a pimenteros. La luz de la luna y la niebla daban un aspecto fantasmal a la enorme casa de piedra; muchas de las ventanas estaban selladas por tablones, y el muro estaba algo desmoronado y se veían agujeros en algunos lugares.

A los lados de la casa se veían solares vacíos, a pesar del furor por construir que se había apoderado de París. La casa estaba aislada, como si el resto de la ciudad temiera acercársele mucho.

—¡Dios mío! —exclamó Lobo.

—¿Qué pasa? —preguntó Remy.

—Esa es... la Casa del Espíritu —dijo Lobo en un susurro apuntando con un dedo tembloroso hacia la imponente casa.

—¡Qué! ¿La conoces?

Lobo asintió enérgicamente, con los ojos como platos en el alargado óvalo de su cara.

—Esa casa... tiene una fama horrorosa, señor. Perteneció a un obispo que cayó bajo el hechizo de una bruja. Ella lo hechizó, lo hizo enamorarse perdidamente de ella y olvidar todos sus votos sagrados. La hizo su querida y la tuvo escondida en esa casa durante muchos años. Ella incluso le parió hijas, unas hijas iguales a ella, brujas malas. —Se estremeció—. Finalmente uno de los criados del obispo reunió el valor para informar a las autoridades. Los cazadores de brujas hicieron una incursión en la casa, se apoderaron de la hechicera y de sus hijas y las sacaron a rastras para ejecutarlas. Todos pensaron que eso rompería el hechizo del obispo, pero el pobre hombre se colgó en el desván, loco por la bruja.

Dicho eso Lobo elevó los ojos al cielo y se santiguó. El muchacho tenía una especial predilección por el melodrama y le encantaba aterrorizarse con cualquier leyenda que llegara a sus oídos, cuanto más horripilante mejor.

Si Gabrielle conocía esa historia, estaba claro que no la asustaba. Remy vio su oscura figura avanzar decidida hacia las puertas. Pasado un instante de vacilación, se arriesgó a acercarse más. Cruzó sigilosamente la calzada y fue a situarse detrás de un viejo roble de uno de los solares vacíos.

Lobo lo siguió sin esforzarse mucho en el sigilo. Remy lo miró ceñudo indicándole que no hiciera ruido. En la distancia se elevaba la tenebrosa casa, como una sombra silenciosa; no

se veía en ella ninguna señal de vida. ¿Qué podría querer hacer Gabrielle en esa ruinosa casa?

—¿Quién vive ahí ahora? —le preguntó a Lobo en voz baja.

—Nadie —susurró Lobo con la voz carrasposa—. La casa está embrujada y además está maldita. Antes de morir, la bruja declaró que cualquiera que entrara en ese terreno se volvería tan loco como se volvió su amante.

Remy no creía en maldiciones, pero había un no sé qué de inquietante en la casa abandonada que le produjo hormigueo en la nuca. Sintió un extraño alivio cuando Gabrielle pasó de largo junto a las puertas de hierro.

Pero claro, tendría que haber sabido que unas puertas cerradas con llave no iban a impedirle entrar a Gabrielle Cheney.

Ella caminó junto a la muralla de piedra hasta detenerse ante un agujero grande; echando una furtiva mirada atrás por encima del hombro, se recogió las faldas y pasó por él.

Cuando se perdió de vista, Remy salió de su escondite para seguirla. Pero Lobo le cogió el brazo, espantado.

—No, capitán. No debe entrar ahí detrás de ella. Esa casa está maldita, se lo digo.

—No seas ridículo, muchacho.

Intentó liberar el brazo, temiendo que se le perdiera Gabrielle, no por la maldición sino por la niebla y la oscuridad.

—Vamos, capitán, por favor. ¿No ve que ya es demasiado tarde? Su dama ya debe de estar atacada de locura, si no, ¿para qué entra en ese terrible lugar?

Exactamente, ¿para qué?, pensó Remy. No tenía idea de qué podía atraer a Gabrielle a esa ruinosa casa abandonada, pero tenía toda la intención de descubrirlo. Pero estaba claro que tendría que ir solo. Lobo no se estaba complaciendo en su

habitual gusto por el melodrama; su terror era auténtico; tenía la cara pálida, le temblaban las manos. Al muchacho no le arredraba liarse a puñetazos con el más fiero bandido, pero le tenía un miedo mortal a cualquier cosa que oliera a sobrenatural.

Cuando logró soltar los dedos de Lobo y le ordenó que lo esperara ahí, le remordía la conciencia porque no había sido sincero con él. Cuando lo envió a localizar a Gabrielle Cheney evitó decirle un hecho muy importante.

Que la dama tenía algo de bruja.

1

Mirando atentamente por los agujeros de la máscara, Gabrielle Cheney avanzó con sumo cuidado por el sendero lleno de maleza. El patio de la Casa del Espíritu estaba tan silencioso como un cementerio y tenía un aspecto el doble de tétrico. La luna arrojaba una suave luz blanca sobre las fuentes ennegrecidas por el moho y las estatuas quebradas. Un santo sin cabeza dominaba sobre los marchitos restos de una rosaleda. Las rosas habían dejado de existir hacía tiempo, pero las espinas continuaban vivas. La capa se le quedó cogida en una rama de rosal.

Cuando se agachó a liberar la capa, la acosó la perturbadora sensación que la había preocupado durante todo el trayecto: la sensación de que la seguían. Enderezándose cerró la mano sobre la empuñadura de la espada que llevaba oculta bajo la capa y se giró. La puerta de hierro y el muro de piedra ya eran sólo vagos contornos en la neblinosa noche. Pero al enfocar la vista vio tomar forma a otra figura, la de un alto y orgulloso guerrero.

Soltando la empuñadura de la espada, emitió un suave grito ahogado. No de miedo sino más bien de angustia y desesperación, porque en sus sueños había visto muchas veces la silueta de ese hombre. Avanzó un paso, sólo por hacer el movimiento, porque ya sabía que no le serviría de nada. No vería ninguna sonrisa de saludo ni sentiría unos fuertes bra-

zos alrededor, porque ese hombre fantasma no existía. Lo único que encontraría sería un espacio vacío y silencio.

Los fantasmas no dejan huellas de pisadas ni los recuerdos proyectan sombras, a no ser tal vez en el corazón humano. Vio desaparecer la figura del hombre en la niebla, como siempre. Jamás le había visto la cara, pero sabía, sin el menor género de duda, quién era.

Nicolas Remy, el capitán de Navarra. Ya fuera su espíritu el que veía o sólo un producto de su atormentada imaginación, el efecto siempre era el mismo. Se le oprimía el corazón de pena y culpabilidad.

—Uy, Remy —musitó—. Te he pedido perdón mil veces. ¿Qué más deseas de mí? ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

Pero claro, jamás recibiría respuesta a esa pregunta, y mucho menos en ese patio húmedo cubierto de niebla. Después de echar una última mirada, se giró y apresuró el paso hacia la casa.

La casa se elevaba gigantesca delante de ella; la puerta principal sólo era un inmenso hueco rodeado por maderos astillados, semejante a las fauces abiertas de una fiera lista para devorarla. Pero en realidad temía más a los fantasmas de sus recuerdos que a esa casa de aspecto siniestro. Además, sabía la verdad que se ocultaba tras las leyendas sobre esa casa mucho mejor que los supersticiosos parisienses que se santiguaban cada vez que tenían que pasar delante de las oxidadas puertas.

Pasó por entre los restos de la puerta, entró en la casa y se la tragó la oscuridad. Las ventanas cerradas por tablones impedían el paso de la poca luz de la luna. Se quitó la máscara y buscó bajo la capa la bolsa grande que llevaba atada al cinturón. Hurgó hasta encontrar la pequeña palmatoria de latón con su vela y la caja de cerillas y pedernal que había traí-

do. Pasado un rato tratando de sacar chispa, logró por fin encender la mecha.

Creció la pequeña llama iluminando un pequeño círculo. Gabrielle se adentró más en la habitación que parecía abrirse, enorme, ante ella, haciendo crujir piedrecillas con los chanclos. Levantó la palmatoria y paseó la vista por las ruinas del gran salón vestíbulo en otro tiempo magnífico. El obispo fue muy pródigo con su querida hasta que llegaron los cazadores de brujas.

Una hermosa mesa de roble tallado estaba volcada cerca de su estrado y desparramados alrededor había restos de sillas y banquetas. Tapices arrancados de las paredes estaban rotos en tiras, y el aire estaba impregnado del olor a moho de la madera podrida. Incluso habían arrancado la araña de hierro del cielo raso y estaba tirada en el suelo con su cadena enroscada. Todo estaba cubierto por gruesas telarañas, como si el tiempo hubiera querido tejer un sudario para esa casa.

Los cazadores de brujas hicieron bien su trabajo, pensó. Se estremeció, invadida por una mezcla de horror y pena, recordando la noche en que esos demonios fanáticos entraron en su casa en la isla Faire. Sus hermanas Ariane y Miri y ella sólo se salvaron por la intervención del conde de Renard, el hombre que acabaría convirtiéndose en el marido de Ariane.

Pero nadie vino a rescatar así a la pobre Giselle Lascelles con sus hijas. Qué terror debieron sentir esas mujeres, arrancadas con violencia de su casa, llorando y gritando, y luego sometidas al peor tipo de tortura que puede recaer en una hija de la tierra. Todas muertas, a excepción de una.

La apariencia del gran salón vestíbulo estaba calculada para hacer creer a cualquier intruso que entrara por casualidad que la casa estaba deshabitada, a no ser por los fantasmas. Ella era una de las pocas personas que sabía que eso no era así.

Recogiéndose las faldas caminó hasta la escalera. La pequeña luz de la vela no alcanzaba a iluminar más allá del primer rellano para ver si había alguien o algo acechando allí.

—¿Hola? —llamó con voz insegura.

Su voz resonó, hizo eco y se desvaneció en el silencio de la enorme casa.

—¿Cassandra Lascelles? —llamó en voz más alta.

Le respondió un desconcertante silencio. De pronto creyó oír crujir un tablón del suelo. Se mojó los labios y volvió a intentarlo.

—¿Cass? ¿Estás ahí? Soy yo, Gabrielle Cheney. Necesito hablar con...

Se interrumpió bruscamente al oír un ronco gruñido. Vio moverse una sombra en el rellano de la escalera. El corazón le dio un salto hasta la garganta el ver brillar dos siniestros ojos amarillos fijos en ella, y el temible gruñido se elevó en intensidad. El animal saltó y empezó a bajar la escalera; era un inmenso mastín negro amarronado, de cuerpo muy musculoso.

—¡Mierda! —exclamó Gabrielle.

Al ver al perro bajando, retrocedió unos pasos, tambaleante, y casi se le cayó la palmatoria. La cera caliente cayó sobre el metal y se quemó la mano. No pudo evitar un gesto de dolor, pero logró sujetar y enderezar la palmatoria.

Continuó retrocediendo hacia una pared, hasta que chocó con un armario de madera; los bordes de los estantes se le enterraron en la espalda. El perro se detuvo a unos pasos de ella, dejándola clavada donde estaba. Enseñando los temibles colmillos, volvió a gruñir.

—Ce-Cerbero, simpático Cerbero, buen perrito —suplicó Gabrielle—. ¿No te acuerdas de mí?

Estaba clarísimo que no la recordaba; el mastín emitió unos cuantos ladridos. Miri ya lo estaría arrullando con unas

cuantas palabras, y lo calmaría en un instante. Pero ella jamás había poseído esa curiosa afinidad de su hermana menor con todos los cuadrúpedos.

Por suerte sí conocía desde hacía un tiempo una debilidad de ese determinado animal. Sin dejar de mirarlo recelosa, alargó la mano hasta dejar la palmatoria sobre un estante del armario y luego buscó la bolsa que llevaba oculta bajo la capa. Los malditos cordones se negaban a abrirse, o tal vez tenía los dedos torpes por los nervios. Finalmente logró abrirla y sacó un racimo de uvas negras algo aplastadas. Tragándose el miedo, graznó:

—Buen Cerbero, dulce perrito, mira lo que te he traído.

Alargó el brazo con sumo cuidado y le enseñó el brillante racimo de uvas en la palma abierta. El perro emitió un ladrido agudo. Gabrielle pegó un salto y con el susto soltó el racimo, que cayó al suelo con un ruido apagado; esto hizo retroceder al perro.

Pero Cerbero volvió a avanzar y oliscó la ofrenda. Emitiendo un gemido de placer comenzó a devorar las uvas. Entonces Gabrielle se atrevió a avanzar unos pasos pasando por su lado. El perro no puso ninguna objeción a ese movimiento, al menos hasta que se acabaran las uvas.

—¿Qué le has hecho a mi perro? —dijo una voz imperiosa.

Gabrielle se giró hacia la voz y exhaló un suspiro de alivio; por fin hacía acto de presencia la dueña del mastín. Cassandra Lascelles estaba de pie en lo alto de la escalera, su silueta alta y delgada. Cuánto tiempo llevaba ahí; Gabrielle no tenía idea. Parecía haberse materializado de la nada.

—No le he hecho nada a tu precioso Cerbero —contestó—. Simplemente lo soborné con unas cuantas uvas para impedir que me devorara.

—¿Gabrielle? ¿Eres tú? —preguntó Cassandra con voz aguda y en tono seco.

—Sí.

Cogiéndose de la baranda, Cassandra comenzó a bajar, con sumo cuidado. Era ciega casi desde el momento en que nació. Y joven, no tendría mucho más que los veintiún años de Gabrielle, aunque una cierta dureza o rigidez en su expresión y manera de ser la hacía parecer mucho mayor.

Un raído vestido rojo prácticamente le colgaba sobre el delgado cuerpo, dejándole desnudo un hombro. La mata de pelo negro de gitana se veía muy pesada para su delgado cuello; tenía una cara exótica, de pómulos altos y algo salientes, y la piel tan blanca como el hielo por recibir tan poco la luz del sol. Sus ojos ciegos parecían mirar fijamente, sin ninguna expresión; toda la emoción se centraba en sus labios, que en ese momento los tenía apretados de disgusto.

Para ser una persona ciega, caminaba con extraordinarios garbo y agilidad. Sólo cuando terminó de bajar la escalera y se soltó de la baranda, pareció vacilar y alargó una mano, cautelosa, hacia la enorme y espaciosa sala vacía.

—¡Cerbero! —ordenó.

El perro levantó las orejas, pero vaciló, todavía esperando más uvas.

—¡Cerbero! ¡Ven aquí!

El formidable animal gimió, bajó la cabeza y caminó hacia su ama, en actitud culpable. Cassandra movió la mano a tientas hasta encontrar el collar de cuero del perro.

—Perro malo. ¡Siéntate!

Cerbero agachó más la cabeza. Mientras el reprendido perro se sentaba junto a ella, Cassandra masculló:

—Maldito tonto. Igual que cualquier hombre. Gobernado por su estómago.

Suavizó la reprimenda rascándole detrás de las orejas. El animal de feroz aspecto pareció transformarse; se le aclararon los ojos, movió la cola y todo su inmenso cuerpo se estremeció de adoración.

De los dos, era la dueña la que parecía ser más formidable. Dejando una mano sobre la cabeza del animal, en actitud protectora, Cassandra se enderezó y masculló:

—Condenación, Gabrielle Cheney. Ya te he dicho que no te presentes aquí sin avisarme antes enviándome recado con mi criada. No me gusta que me cojan desprevenida. Incluso con las uvas para sobornarlo, has tenido suerte de que Cerbero no te desgarrara el cuello.

—Lo siento —repuso Gabrielle, avanzando un paso, cautelosa—. Pero estaba desesperada por verte, y no tuve tiempo de enviarte recado con Finette. He estado aquí tantas veces que pensé que Cerbero me reconocería.

—Está adiestrado para que no reconozca a nadie. Si no, no serviría de nada como guardián.

—Pero supongo que no necesitas protegerte tanto de otra hija de la tierra.

—No todas las hijas de la tierra son de fiar; tú mejor que nadie deberías saber eso. —Sorbió por la nariz, despectiva—. Además detesto esas expresiones tan remilgadas como «las sabias» y las «hijas de la tierra». Digamos brujas y ya está.

—Sí, pero no lo digamos en voz muy alta —contestó Gabrielle, irónica.

Una sonrisa de mala gana suavizó un tanto las rígidas facciones de Cassandra. Se agachó a darle una orden en voz baja al perro. Sin soltar la mano del collar del animal, avanzó con ese paso tan seguro que nunca dejaba de asombrar a Gabrielle.

Había visto a Miri realizar hazañas increíbles con animales, pero el grado de compenetración entre Cassandra y su pe-

rro, la forma como le había enseñado a ser sus ojos, era nada menos que magia pura.

Cerbero guió a su dueña hasta detenerla delante de Gabrielle. Obedeciendo a otra orden en voz baja, el animal se sentó a su lado, con los ojos fijos en ella, esperando la siguiente orden. Entonces la joven extendió osadamente los brazos hasta tocar a Gabrielle; atrayéndola hacia ella, la envolvió en un fuerte abrazo.

—No pretendía hacerte sentir mal acogida, amiga mía —musitó—. Pero la próxima vez avísame antes de venir.

—Te avisaré —prometió Gabrielle, correspondiéndole el abrazo.

Al abrazarla la impresionó desagradablemente la flacura que ocultaba su raído vestido. Deseó lograr convencerla de que dejara de vivir como una reclusa en esa deprimente casa abandonada o, por lo menos, que le permitiera a ella procurarle algunas comodidades, como alimento y ropa. Pero ya conocía muy bien el fiero orgullo de Cassandra y su carácter independiente.

Cassandra la soltó, retrocedió y curvó levemente los labios en una sonrisa guasona.

—Bueno, y ¿a qué debo el honor de esta inesperada visita? Supongo que no habrás terminado ya el último frasco de perfume que te preparé. La cantidad era suficiente para hacer caer de rodillas a tus pies a todos los hombres de la corte.

Cassandra Lascelles sabía preparar los perfumes y lociones para la piel más potentes y seductores que había conocido Gabrielle en toda su vida. Comenzó a negar con la cabeza y al instante detuvo el movimiento. Como en muchas otras ocasiones, había olvidado que era ciega.

—No, no necesito más perfume.

—¿Crema para la piel, entonces? ¿O alguna otra loción?

—N-no —contestó, contenta de que la joven no pudiera verle la cara.

Le gustaba sentirse tranquila y al mando de sí misma, pero fue la desesperación la que la trajo hasta la puerta de Cassandra. Y estando ya ahí, acababa de descubrir que decir lo que deseaba era más difícil de lo que había imaginado. Le desagradaba muchísimo dejar ver su vulnerabilidad, pero si no lograba aplastar el orgullo no tendría ningún sentido haber corrido el riesgo de venir.

—Suéltalo, amiga mía —dijo Cassandra en tono más suave, como si hubiera percibido su renuencia—. ¿Qué deseas de mí?

Gabrielle se aclaró la garganta.

—Necesito tu ayuda, Cass —contestó en tono algo vacilante—. Necesito encontrar... encontrar a una persona que perdí.

«Remy», susurró su corazón, con ese conocido y sordo dolor.

Cassandra arqueó sus finas cejas, sorprendida.

—Me encantaría ayudarte de la manera que pudiera, querida mía —dijo, sarcástica—, pero como habrás observado, mi vista no es nada buena. ¿No sería mejor que contrataras a un rastreador o a algún mercenario que sea bueno para este tipo de cosas?

—No... no puedo. La persona que busco está... ya no está en este mundo. Me han dicho, es decir, Finette me dijo, que posees una extraordinaria habilidad en el arte de la nigromancia.

Se ensombreció de fastidio la cara de Cassandra.

—Estúpida Finette. Esa flaca brujita habla demasiado.

—Entonces, ¿es cierto?

Cassandra no le contestó, y su expresión se tornó impenetrable. Había una antigua magia que aprendían la mayoría

de las sabias en la infancia: el arte de leer el interior de la persona en los ojos, esos espejos del alma. Las que aprendían esa magia eran capaces de adivinarle los pensamientos a la persona, pero, desgraciadamente, Gabrielle nunca había logrado dominar ese arte.

En todo caso esa habilidad no le habría servido para nada con Cassandra. Sus ojos eran como linternas gemelas con las luces apagadas; no reflejaban ninguno de sus pensamientos.

—Nigromancia —repitió Cassandra pasado un momento—. El arte de despertar a los muertos. Tal vez sí poseo cierta habilidad en ese campo. Pero tú eres tan bruja como yo. ¿Por qué no lo invocas tú misma? Yo sólo soy la hija bastarda de una gitana loca y un sacerdote estúpido que olvidó sus votos. Sin duda tu linaje es más impresionante que el mío, Gabrielle Cheney. Tu padre fue un famoso caballero y tu madre, la incomparable Evangeline, una reina entre las hechiceras; la llamaban la señora de la isla Faire, la noble descendiente de una larga sucesión de brujas potentes e inteligentes.

—Por desgracia, parece que no heredé mi parte de los dones de la familia —repuso Gabrielle, tratando de simular un tono alegre, pero con la garganta oprimida—. Y cualquier tipo de magia que haya poseído, la perdí hace mucho tiempo.

—Entonces acude a tu hermana Ariane. Ella es la actual señora de la isla Faire, y está considerada tan sabia e inteligente como tu difunta madre.

—Sabes muy bien que no puedo hacer eso. No ha habido ninguna comunicación entre Ariane y yo estos dos años pasados —dijo Gabrielle, sintiendo el conocido dolor y pesar que le producía pensar en su hermana mayor—. No aprobaba mi decisión de venirme a París.

—¿Porque te hiciste cortesana? Muy pocas mujeres respetables aprobarían eso.

—Sí, bueno, para Ariane es muy fácil y cómodo juzgarme. Es muy feliz casada con su conde Renard. Para ella todo es sencillo y perfecto, y eso le hace imposible comprender que otras mujeres podrían encontrar la vida algo más... complicada. —Trataba de hablar en tono indiferente, como si la desaprobación de Ariane no tuviera ninguna importancia para ella; pero la pérdida del cariño y el respeto de su hermana mayor le pesaba fuertemente—. Pero eso no viene al caso —continuó enérgicamente—. Ariane no podría ayudarme; dedica toda su habilidad a sanar a los enfermos. Jamás se aficionaría a las artes más negras.

—Qué prudencia por su parte, y qué desgracia para ti, porque yo tampoco me tomo esa afición a la ligera. No presto a nadie mi especial talento para la nigromancia. Ni siquiera a ti, amiga mía. Venga, olvida esa tontería y acompáñame a beber una copa de vino.

Diciendo eso dio una suave palmadita en la cabeza a Cerbero y este se levantó de un salto. Entonces Cassandra y el perro se giraron al mismo tiempo, como si fueran uno, y echaron a andar hacia la escalera.

Gabrielle se quedó donde estaba, consternada por la negativa de Cassandra. Pero jamás se rendía fácilmente abandonando lo que fuera que se hubiera propuesto, y pocas cosas en su vida habían sido tan importantes como su deseo de ese momento. El deseo de ver a Nicolas Remy, de hablar con él una última vez.

Corrió detrás de Cassandra y le cogió el codo.

—Cass, por favor, espera.

Cerbero se erizó y emitió un gruñido de aviso. Gabrielle se apresuró a retirar la mano del codo de Cassandra.

—Cass, tienes que ayudarme porque si no... si no, no sé qué puedo hacer. Hay una persona que se marchó al otro lado

y con quien estoy desesperada por comunicarme. Esto es más importante para mí de lo que podrías imaginar jamás. Te pagaré lo que sea.

—El dinero no me interesa. Si me interesara, tengo maneras de obtenerlo yo sola.

—¿Y joyas? ¿Vestidos de la mejor modista de París?

Cassandra se ruborizó y se subió el hombro del raído vestido, con un ademán algo inhibido. Luego apretó las mandíbulas, en gesto de obstinación.

—No me importan los trapos tampoco.

—Entonces pon tu precio —suplicó Gabrielle—. Te daré lo que sea, lo que sea que me pidas.

Cassandra emitió una risa que más pareció un ladrido.

—¿Lo que sea? ¿Cualquier cosa? Eres muy temeraria, Gabrielle Cheney. ¿Tu madre nunca te contó esas antiguas historias sobre las cosas terribles que les ocurren a las damas que hacen esas promesas?

—Bueno, ¿qué podrías pedirme? ¿Mi hijo primogénito?

—No, detesto a los niños —repuso Cassandra en tono guasón—. Incluso dudo que tengan buen sabor en un guiso. —Guardó silencio un momento y luego dijo en tono malicioso—. Sólo hay una manera que pueda decidirme a considerar tu petición. Déjame leerte la mano.

Gabrielle se tensó. Esa no era la primera vez que Cassandra le pedía eso, pero ella nunca se lo había permitido, porque desconfiaba. Nerviosa, se cogió las manos a la espalda.

—¿Para qué? ¿Por qué necesitas hacer eso?

—Porque soy la única que queda de una familia de mujeres que fueron torturadas y quemadas por practicar la brujería. He aprendido a ser muy prudente en cuanto a las personas de quienes me puedo fiar. Si debo considerar la posibilidad de concederte lo que me pides, tengo que examinar las profundidades

más recónditas de tu corazón. Otras sabias son expertas en leer los ojos. Está claro que a mí me es imposible aprender esa habilidad. Pero soy buena para leer las manos. —Alargó la mano, exigiendo—. Déjame examinar la tuya.

Gabrielle continuó indecisa. ¿Examinar las profundidades más recónditas de su corazón? Eso era algo que no le había permitido jamás a nadie, ni a sus hermanas, y a Cassandra sólo la conocía desde hacía tres meses. La inquietaba la idea de que esta pudiera extraerle los secretos de su alma al tocarle la palma. ¿Sería posible una cosa así? No tenía la menor idea sobre eso, pero si deseaba su ayuda no tenía otra alternativa que colaborar.

—De acuerdo —dijo y empezó a levantar la mano.

Desconfiando del gesto, Cerbero emitió un feroz ladrido.

—¡Échate! —le ordenó Cassandra.

Cuando el perro se echó, Gabrielle puso la mano en la de Cassandra, ocultando su inquietud.

La mujer le giró la mano, le abrió la palma y comenzó a pasar un dedo por ella. Gabrielle se estremeció ante el contacto de ese dedo frío, inquietante. Era como si la estuvieran pinchando con una aguja de hielo.

—Tienes la mano muy bien formada —musitó Cassandra—. Elegante, la piel suave como seda. Pero no ha sido así siempre. Antes había callos aquí. —Le palpó las almohadillas de la base de los dedos—. Y aquí —añadió, tocándole las yemas de los dedos—. Callos por... por trabajar el mármol con cincel. Y estas uñas tan bien arregladas estaban melladas y manchadas de pintura.

Gabrielle se sorprendió un poco ante esa observación, y explicó despreocupadamente:

—Me aficioné bastante a esculpir y cosas de esas. Una niña tiene que entretenerse en algo. Descubrí que eso era más divertido que la labor de aguja.

—Era algo más que una simple diversión. Esta mano era capaz de realizar gran magia. Insuflar vida a la piedra, coger un lienzo en blanco y llenarlo de luz y color, conjurar imágenes que embelesaban los ojos y conmovían el corazón. La mano de una artista extraordinaria.

—Tal vez sí tenía cierta capacidad —repuso Gabrielle con aspereza—, pero, como te he dicho, cualquier magia que haya poseído la perdí hace mucho tiempo.

—Y ¿cómo pierde su magia una mujer sabia? —preguntó Cassandra dulcemente.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —espetó Gabrielle, aunque sabía muy bien cómo y cuándo perdió su magia; simplemente no le gustaba hablar de eso—. No importa —continuó—. Ninguna mujer puede encontrar fama y fortuna como pintora. Ese era un viejo sueño, un sueño estúpido.

—Nunca te importó mucho la fama ni la fortuna. Al menos no entonces.

Gabrielle se asustó y trató de cerrar la mano, pero Cassandra la obligó a extender los dedos.

—Sí, es una mano muy hermosa, pero vacía —musitó.

—Te dije que podría llenarla fácilmente de joyas y monedas para ti.

—No me refiero a ese tipo de vacío, sino a aquel que no es visible para la mayoría. Eres una mujer bella, muy solicitada y deseada. Pero tu vida está vacía. Abandonaste todo lo que conocías cuando te viniste a París: a tus dos hermanas, tu hogar y tus amigos de la isla Faire, y ahora estás totalmente sola.

—Tonterías. Tengo una casa llena de criados y frecuento la corte. Asisto a los banquetes, a los bailes, a las mascaradas. Siempre estoy rodeada de personas que buscan mi favor.

—Mujeres de las que no te fías y hombres a los que desprecias. Tontos que no ven otra cosa que la brillante fachada

que presentas y jamás se acercan a tocar a la verdadera Gabrielle. Esta mano me habla de oscuridad, de aislamiento y de una inmensa soledad.

Su mano le decía muchísimo a Cassandra, entonces, pensó Gabrielle. Le decía demasiado.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —preguntó, tratando de retirar la mano—. No he venido aquí a que me lean la palma.

Cassandra se limitó a sujetarle la mano con más firmeza y continuó el examen con sus largos y delgados dedos.

—¡Ah!

—¿Ah, qué? —preguntó Gabrielle, nerviosa.

Cassandra siguió con un dedo los surcos de la palma.

—Aquí siento latir una vena que señala mucha ambición, un fuerte deseo de poder, de fama, de invulnerabilidad. Pero justo al lado corre la línea del corazón, el deseo de pasión, romance, el potente deseo de amar y ser amada.

—Esa línea debe de ser muy corta —dijo Gabrielle, arrugando la nariz.

—No, las líneas tienen la misma longitud, y son convergentes, llegan a un punto en que tendrás que tomar una decisión. Optar. Amor o ambición.

—Ya he tomado la decisión.

Cassandra sonrió y negó con la cabeza.

—No, no has optado. Pero la opción será difícil. Hay una vieja cicatriz aquí, que estorba.

Gabrielle se irguió con gesto altivo.

—No tengo ninguna cicatriz. No hay ninguna cicatriz en mi mano.

—La cicatriz está en tu corazón, Gabrielle Cheney. Una herida que nunca ha curado bien, una herida que te hizo un hombre indigno.

—Creo que ya tengo bastante...

—Le entregaste todo tu corazón a un solo hombre y él te traicionó —continuó Cassandra, dulcemente, pero implacable—. Te traicionó con el agravio más vituperable que puede infligirle un hombre a una mujer. Una brillante tarde de verano en el altillo de un granero...

—¡Dios mío, eres una maldita bruja! —exclamó Gabrielle, retirando bruscamente la mano. Retrocedió tambaleante, con la palma cogida con la otra mano, como si Cassandra se la hubiera herido y dejado sangrando, toda ella invadida por amargos recuerdos. Los recuerdos de esa tarde de junio con Etienne Danton, de la brutalidad que había hecho todo lo posible por olvidar.

Y la había olvidado.

Haciendo una temblorosa respiración, cogió su máscara.

—Esto es... todo esto es un puro disparate. No tengo tiempo para más tonterías de estas. Si no quieres ayudarme, muy bien. Está claro que cometí un error al venir aquí. Te deseo muy buenas noches.

Cerbero emitió un corto ladrido cuando ella echó a andar, pero aún no había llegado a la puerta cuando Cassandra la llamó:

—Gabrielle, espera.

Se detuvo y se giró a mirar. Cassandra estaba inmóvil como una estatua a la luz de la vela que en su prisa había olvidado coger.

Pasado un momento, Cassandra dijo:

—Haré lo que me pides pero te lo advierto, hay un motivo para que conjurar la presencia de los muertos se considere magia negra y esté prohibido. Una sesión de espiritismo es algo muy peligroso, es muy fácil que salga mal. A veces el alma con la que uno desea comunicarse no desea que la molesten, mientras que hay otras, más malas, que po-

drían agradecer tener una puerta para volver a entrar en nuestro mundo.

Gabrielle frunció el ceño, pensando si Cassandra no querría simplemente asustarla.

—¿Quieres decir que si conjuras mal podrías... podría ocurrir... qué? ¿Dejar suelto a una especie de espíritu, fantasma o demonio?

—Cualquier cosa es posible cuando tientas al destino jugando con magia negra.

—¿Por qué lo haces, entonces, si es tan peligroso?

—Porque paso mis días en la oscuridad —contestó Cassandra en voz baja—. Pero cuando invoco a los muertos, veo, veo de verdad. Esa es la única manera que tengo de mirar una cara, así que por eso me vale la pena correr el riesgo. El asunto es, ¿vale la pena para ti?

¿Lo valía? Gabrielle tuvo que reconocer que la advertencia de Cassandra la había asustado. Pero entonces pensó en Remy, el modo como se despidió de él ese día en que montó su caballo para ir a encontrar su muerte, todo lo que quedó sin decir entre ellos.

—Sí —dijo, enderezando la espalda—. Vale la pena el riesgo.

—Entonces te ayudaré.

Gabrielle desanduvo los pasos y fue a ponerse al lado de Cassandra, su euforia moderada por la desconfianza que le inspiraba esa repentina claudicación.

—¿De veras? ¿Qué te ha hecho cambiar de decisión?

Cassandra se encogió de hombros.

—Tal vez algún día me resulte útil tenerte en deuda conmigo. Haré una sesión para ti, invocaré a los muertos, a cambio de un favor en el futuro.

—Y ¿cuál sería ese favor?

—¿Cómo podría decidirlo ahora? —protestó Cassandra—. Pero me prometerás hacerme un servicio, sin hacer preguntas, sin negativas. ¿Trato hecho?

—¿Vas a exigir un juramento con sangre? —preguntó Gabrielle, sarcástica.

—No, un simple apretón de manos y tu promesa bastarán —contestó Cassandra, tendiéndole la mano.

Gabrielle vaciló. No había sobrevivido todo ese tiempo en París sin adquirir cierta prudencia, y seguro que no había nada más imprudente que comprometerse a algo sin saber qué era.

—Vamos, Gabrielle —dijo Cassandra—. Yo no soy uno de esos intrigantes capaces de apuñalarte por la espalda con los que te relacionas en la corte. Reconozco que nos conocemos desde hace poco tiempo, pero puedes fiarte de mí en esto. Nunca te pediría más de lo que puedes darme.

Algo tranquilizada, Gabrielle le estrechó la mano.

—De acuerdo, acepto. Haz esto por mí y estaré en deuda contigo. Tienes la palabra de Gabrielle Cheney.

Una extraña sonrisa le levantó la comisura de la boca a Cassandra mientras sellaban el acuerdo, lo que le produjo a Gabrielle un escalofrío que le bajó por toda la espalda. Pero esa inquietante expresión fue tan fugaz que luego pensó que debió habérsela imaginado.

Entonces Cassandra se volvió hacia el armario y pasó la mano por un estante de abajo. Su mano chocó con la palmatoria que había dejado Gabrielle ahí. Cassandra soltó un juramento cuando casi la volcó y la cera caliente se le esparció en la mano.

—Quita esa vela —dijo—, y quédate detrás de mí.

Aunque extrañada por esa brusca orden, Gabrielle obedeció. Se apartó del armario y sostuvo la palmatoria en alto.

Con una expresión de intensa concentración en la cara, Cassandra continuó palpando el estante.

Gabrielle no veía lo que hacía Cassandra, pero de repente el armario se estremeció y crujió. Cassandra retrocedió, y Gabrielle ahogó una exclamación de asombro al ver que el armario se giraba, dejando a la vista un amplio agujero en el suelo. Se acercó a mirarlo y la parpadeante luz de la vela iluminó unos peldaños tallados en piedra que conducían en caracol a una oscuridad fría y nada invitadora.

Un sótano oculto. Eso explicaba cómo Cassandra logró escapar de los cazadores de brujas aquella vez. Pensó por qué las otras mujeres Lascelles no se salvaron así también, pero a Cassandra le disgustaba hablar de la tragedia de su familia. Siendo ella una persona que se guardaba fieramente para sí sus heridas, Gabrielle comprendía y respetaba esa reserva.

—Tú me permitiste leerte la palma y ahora yo te confío el secreto de mi refugio más íntimo —dijo Cassandra e hizo un florido gesto con el brazo, como bromeando—. Bienvenida a mi casa.

Entonces Cerbero intentó pasar por su lado para ir delante y guiarla por la escalera, pero Cassandra le cogió el collar.

—¡No! —Agachándose le susurró una orden que a Gabrielle le pareció algo así como—: Tú ve a vigilar.

Con la cabeza muy erguida, el perro se alejó trotando, como un soldado al que le han ordenado hacer su turno de centinela. Cassandra avanzó un paso y con sumo cuidado empezó a bajar la escalera. En el segundo peldaño se detuvo y se giró hacia Gabrielle.

—Sujeta firme tu vela y sígueme de cerca. Esta bajada siempre es muy oscura y traicionera.

Dicho eso la obsequió con una de sus extrañas sonrisas irónicas, que le produjo a Gabrielle la inquietante sensación de que se refería a mucho más que a la escalera.

Tragó saliva, pero ya había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás. Cogiendo firmemente la palmatoria, bajó tras Cassandra hacia la oscuridad.

2

Gabrielle deseaba que se hubieran reunido, como otras veces, en el cuarto despensa de la parte de atrás de la casa, donde Cassandra preparaba los perfumes. Pero al parecer, la invocación de los muertos exigía un lugar más secreto y oscuro que el cuarto para destilar perfumes.

Jamás le habían gustado los cuartos subterráneos; detestaba el frío, la humedad, la posibilidad de que hubiera ratas o, peor aún en su opinión, arañas. En su casa, Belle Haven, tenían un cuarto parecido a ese; el taller oculto estaba a rebosar de pociones, preparados de hierbas y textos antiquísimos de conocimientos prohibidos que las sabias de la isla Faire mantenían prudentemente escondidos generación tras generación. Siempre que ella tenía que ir a buscar algo que necesitaba a ese taller, lo hacía a toda prisa para volver pronto a la luz del día.

El cuarto subterráneo de la Casa del Espíritu tenía muy poco aspecto de taller y mucho de habitación. Alguien, seguramente la criada Finette, se había tomado muchísimo trabajo para hacerla lo más cómoda posible para Cassandra.

Una cama con muchas almohadas de pluma ocupaba un lado de la estrecha habitación, su grueso colchón cubierto por muchas mantas de lana. Una alfombra de tiras de tela trenzadas cubría las ásperas piedras del suelo. Un chal de color rojo vivo y varios vestidos de telas finas descoloridas, simila-

res al que llevaba puesto, colgaban de perchas fijadas a la pared, dando un toque de colorido a las piedras grises.

Los únicos otros muebles eran una versión más pequeña del armario de arriba y una modesta mesa con dos sillas delante de un hogar que debía estar conectado con uno de los hogares de arriba. Era evidente que el hogar se usaba muy rara vez; las volutas de humo saliendo de una de las chimeneas del techo de la Casa del Espíritu desmentiría la creencia de que la habitaban solamente fantasmas.

Cassandra le dio permiso para encender unas cuantas de las antorchas montadas en las paredes y eso lo agradeció. Pero a pesar de la luz añadida, la pequeña habitación de techo bajo continuó pareciéndole tétrica y encerrada. La sola idea de asistir a una sesión de espiritismo ya la asustaba bastante sin tener que realizarla en una habitación que tenía toda la alegría de una maldita tumba.

En resumen, Gabrielle estaba ansiosa por terminar el asunto y salir de ahí.

—¿Te apetece beber algo? —le ofreció Cassandra, dirigiéndose al armario.

—No, gracias —contestó Gabrielle, y tuvo que morderse la lengua para no añadir: «Y ojalá tú te refrenaras también».

Después de conocer a Cassandra no tardó mucho en darse cuenta de que esta sufría de una debilidad por los licores fuertes. Pero bastaría una mínima insinuación de que sería más prudente moderarse en la bebida para despertar la ira de Cassandra.

Por lo tanto, lo único que pudo hacer fue observarla tristemente mientras la joven llenaba una copa con un líquido de una botella color ámbar; con los dedos rodeaba el borde de la copa, para asegurarse de que no la llenaba hasta derramar la bebida.

Captó el olor de un licor muy fuerte, algún tipo de aguardiente barato, lo más probable. Tuvo que morderse el labio cuando Cassandra apuró la enorme copa como si no contuviera nada más fuerte que agua.

—Aah —exclamó Cassandra—, lo necesitaba. —Limpiándose los labios con el dorso de la mano, continuó—: De acuerdo, supongo que primero tienes que decírmelo todo acerca de ese hombre al que deseas invocar de entre los muertos.

Gabrielle se sorprendió.

—¿Hombre? ¿Cómo sabes que es un hombre? Yo no lo he dicho.

Cassandra dejó escapar una risa gutural. Llevando la botella y la copa caminó hasta la mesa y se sentó en la silla más cercana.

—Eres una mujer hermosa, inteligente, que ha sido empujada hasta el borde de la desesperación. Claro que tiene que ser un hombre. Así pues, ¿quién era? ¿Un amante al que no veías desde hacía mucho tiempo?

—¡No!

Gabrielle arrugó la nariz, temiendo que esa negativa le hubiera salido muy apresurada. Pero no dudaba de que jamás hubo nada de esa naturaleza entre ella y Remy. Al menos no por parte de ella. Nunca le había concedido ni siquiera un beso.

Caminó hasta el otro extremo de la pequeña habitación, tratando de aclararse en medio de sus complicadas emociones respecto a Remy y difinir exactamente cuál había sido la relación entre ellos.

—Era un amigo —dijo al fin—. Sólo un amigo.

Cassandra arqueó las cejas en gesto de escepticismo, pero no hizo ningún comentario mientras volvía a llenar la copa.

—Y ¿cómo se llamaba ese «amigo»?

Gabrielle tuvo que mojarse los labios para poder decir el nombre que casi no se había permitido pronunciar esos tres años pasados.

—Remy. Capitán Nicolas Remy.

Cassandra detuvo el movimiento de la mano antes de dejar la botella en la mesa.

—Nicolas Remy. ¿El gran héroe hugonote? ¿Aquel a quien llamaban el Azote?

—Sí, pero ¿cómo lo conoces?

—No estoy totalmente reclusa. Tengo a Finette, que me trae noticias del mundo. —Bebió un trago del aguardiente, y se tomó más tiempo para saborearlo—. Me intrigas. Tu padre, el caballero Cheney, también fue aclamado como un gran héroe. ¿Qué quiere la hija de un famoso caballero católico con un soldado protestante?

—En la isla Faire tendíamos a desentendernos de las guerras de religión. Un verano llegó Remy a la isla, fugitivo y mal herido. Ariane lo llevó a nuestra casa y lo cuidó hasta que recuperó la salud. Lo teníamos seguro, escondido de...

«La Reina Negra».

Se interrumpió y guardó silencio. No quería hablar de cómo y por qué Nicolas Remy se hizo de una enemiga tan poderosa, Catalina de Médicis, la reina viuda de Francia, pero más conocida por otros nombres: la Italiana, la Hechicera, la Reina Negra. Hija de la tierra también, Catalina era la practicante más experta de la magia negra de toda Francia, tal vez del mundo.

La mayoría de las sabias evitaban desafiar el poder de Catalina, y se apartaban de cualquier bruja lo bastante tonta para hacer eso. Gabrielle no quería asustar a Cassandra revelándole la enemistad que existía entre las mujeres Cheney

y la Reina Negra, triste historia que había empezado mucho antes que le arrancaran a Remy de sus garras.

Guardó silencio tanto rato que Cassandra se impacientó y le preguntó:

—¿Escondisteis a Remy de quién?

Gabrielle se quitó la capa y fue a colgarla en una percha cerca del hogar no encendido, y esto le dio tiempo para pensar.

—De... de los soldados católicos que lo perseguían.

Cassandra estuvo callada tanto rato que Gabrielle no supo si la había engañado con esa respuesta evasiva. Pero para su inmenso alivio, esta no le pidió más detalles sobre la angustiosa huida de Remy hacia la isla Faire.

Después de beber otro trago, Cassandra musitó:

—Así que ese Remy llegó a tu puerta, un héroe herido y atormentado. No logro imaginar nada más romántico. Y ¿puedes negar que te conquistó el corazón?

—Sí —ladró Gabrielle. Le fastidiaba que Cassandra insistiera en creer que ella tenía que estar enamorada de él—. Si tuviera corazón, que no lo tengo —continuó—, no se lo habría entregado nunca a Nicolas Remy. El capitán era demasiado solemne y serio para mi gusto, uno de esos tontos todo nobleza, todo honor y deber. Un soldado de la cabeza a los pies, sin modales cortesanos en absoluto, y muy poca experiencia con las mujeres.

—Entonces tiene que haber estado hechizado por ti.

—Es posible que estuviera un poco enamorado. Yo no quería que lo estuviera. —Se le oprimió dolorosamente la garganta al recordar—. Ni siquiera era particularmente amable con él.

No particularmente amable, pensó; qué manera de quedarse corta. Le dolió el corazón al recordar la manera como le

devolvió la espada que le había robado para ahuyentar a los cazadores de brujas.

—La mañana que se marchó de Belle Haven —continuó con la voz temblorosa—, ni siquiera me despedí de él. Él estaba aquí en París esa Noche de San Bartolomé del verano del setenta y dos.*

Cassandra dejó la copa en la mesa y adoptó una expresión tan solemne como el tono de Gabrielle.

—¿La noche en que los católicos se volvieron locos asesinando a protestantes? No era el mejor lugar para un soldado hugonote.

—No —concedió Gabrielle, y se le llenaron los ojos de lágrimas, a su pesar. Se frotó enérgicamente los párpados con el dorso de la mano—. A Remy lo mataron durante la masacre, pero cuando me enteré... es decir, cuando nos enteramos de su muerte mis hermanas y yo, no pudimos hacerle un entierro decente. Ya lo habían arrojado en una de las fosas comunes.

La aflicción y la rabia por todo eso seguían siendo tan intensas que tuvo que pasearse por la habitación con los brazos fuertemente cogidos. Remy era un soldado valiente, el hombre más honrado que había conocido en su vida. Se merecía un final más digno, enterrado como un caballero de antaño, con su brillante armadura, su espada entre las manos. No arrojado como basura en una fosa, sin ninguna mano amable que le limpiara de sangre la cara, sin nadie que susurrara una oración.

Maldita la Reina Negra por provocar esa cruel destrucción. Malditos los chacales que mataron a Remy y luego deshonraron su cuerpo. Malditos, que ardieran todos en el infierno.

Y por encima de todo, pensó Gabrielle tristemente, maldita ella, por no haber sido capaz de amar a Remy como se merecía.

Se giró hacia Cassandra, y le preocupó verla llenar nuevamente la copa. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de aguardiente que había consumido la mujer en tan poco rato; una cantidad como para hacer caer debajo de la mesa a cualquier mujer corriente. La mano se le veía bastante firme todavía, pero tenía rojas la nariz y las mejillas.

Cassandra se reclinó perezosamente en el respaldo de la silla diciendo:

—Lo que le ocurrió al gallardo capitán es muy triste, sin duda, pero esa masacre ocurrió hace tres años. Dices que no amabas a Remy. ¿Por qué, entonces, no lo olvidas y lo dejas descansar en paz?

—¡Porque él no me deja en paz a mí! Es absolutamente ridículo —añadió, tratando de reírse, pero sólo le salió un sonido raro, hueco—. No logro quitarme a Remy de la cabeza. Incluso sueño con él. Me obsesiona, y esto ha empeorado estos últimos días. —Se pasó la mano por el pelo—. El otro día me pareció verlo en medio de una multitud e hice el ridículo siguiendo a un desconocido. Y esta noche cuando venía por tu patio me imaginé que lo veía junto a las puertas.

—Y ¿quieres invocar su espíritu para hacer qué? ¿Pedirle que te deje en paz?

—No lo sé —dijo Gabrielle tristemente—. Para decirle que intenté encontrarlo para darle un entierro digno. Y para pedirle perdón. Yo podría haberlo salvado, Cass. Yo sabía cuánto... cuánto me quería. Podría haberlo seducido para que se quedara en la isla Faire, a salvo en mis brazos. Pero no lo hice —añadió en un susurro quebrado—. Simplemente lo dejé... marcharse.

Cassandra movió la cabeza.

—Eso nunca resulta, Gabrielle.

—¿Qué?

—Pedir perdón a los muertos —repuso Cassandra, con una voz tan triste que Gabrielle pensó si no hablaría por experiencia propia—. No es nada fácil lograr que los espíritus se queden en paz.

—Pero tengo que intentarlo. Tengo que hacer las paces con Remy. No sé, creo que no puedo continuar con el resto de mi vida mientras no lo haga.

—Muy bien, pero me resultará difícil conjurar el espíritu de una persona a la que no he conocido. Tendrás que describirme a Nicolas Remy para que yo pueda hacerme una imagen de él en la mente.

Esa petición, tan sencilla, amilanó a Gabrielle. En otro tiempo había sido buenísima para captar la esencia de una persona, lugar u objeto con la magia de sus manos. Con un pincel en sus hábiles dedos podía trasladar todo lo que veía a la superficie de una tela o un papel. Nunca había sido experta en pintar con palabras.

—Remy es... Era... —Guardó silencio un momento, apenada por tener que pensar en él en pasado—. Era un hombre de... de estatura corriente, pero de cuerpo potente, con un pecho ancho. Todo él era músculo duro, en especial el brazo con que manejaba la espada, y tenía una cicatriz que le dejó el agujero que le perforó una flecha de ballesta. En cuanto a sus muslos, eran como de hierro.

—Qué excelente descripción —comentó Cassandra, en un tono preñado de sarcasmo—. Pero dime, ¿se te ocurrió alguna vez fijarte en su cara?

—Pues claro. Su cara... su cara...

No sabía qué decir, tal vez porque describir el cuerpo de Remy era más fácil, y menos doloroso que hablar de su cara.

El recuerdo que tenía de su cara era penosamente vago. La impresión que le quedaba era de un semblante cincelado

por una paciencia infinita, una amabilidad inagotable, pero esas expresiones sonaban raras aplicadas a un hombre que había sido un guerrero muy decorado por cicatrices.

—Tenía... tenía el pelo rubio oscuro —dijo con la voz vacilante—, y una barba que mantenía muy corta.

—Con eso describes a millones de hombres. Y ¿sus ojos?

—Eran castaño oscuro.

—No me refiero al color de sus ojos —dijo Cassandra, impaciente—, sino a su expresión, al reflejo de sus pensamientos.

—Eh... no lo sé. —Gabrielle entrelazó los dedos, en un gesto de impotencia—. Nunca he sido buena para leer los ojos. Pero mi hermanita Miri decía que los ojos de Remy eran muy viejos para su cara.

—Los ojos de un caballero cansado, batallando con los males del mundo —masculló Cassandra, con la boca metida en la copa—. Incluso cuando es una causa perdida, jamás se rinde, jamás baja su espada hasta el amargo final.

La voz de Cassandra sonaba algo burlona, pero Gabrielle no pudo dejar de pensar que su descripción de Remy era acertada.

Cassandra volvió a apurar la copa.

—Eso no me basta. ¿No tienes algo de él, por casualidad?

—Sí.

Cogió la empuñadura de la espada que llevaba colgada al costado y la desenvainó lentamente. Era el arma de un soldado, la empuñadura sencilla, sin ningún adorno, la hoja forjada con buen acero. Tan sencilla, fuerte y fiel como el hombre que fuera su dueño.

Colocó la espada sobre la mesa, le cogió la mano a Cassandra y se la guió hasta que sus largos y delgados dedos se cerraron sobre la empuñadura.

Cassandra entreabrió los labios sorprendida al tocar la espada y discernir lo que era.

—¿La espada del capitán Remy? ¿Cómo demonios lograste hacerte con ella?

—Es una larga historia —suspiró Gabrielle—. Mi cuñado, Renard, estaba en París con Remy la noche en que lo mataron. Renard se salvó por un pelo de que lo mataran, pero consiguió llevarse con él la espada de Remy. Remy... Remy quería que yo la tuviera.

Cassandra sonrió maliciosa.

—Y has cuidado de ella todo este tiempo.

—¿Por qué no? —replicó Gabrielle—. ¡Te lo dije! Remy era mi amigo, el único amigo que he tenido en mi vida, aparte de mis hermanas.

Cassandra examinó la empuñadura, pasando los dedos por el pomo, por el puño y por la cazoleta para proteger la mano. Después los deslizó suavemente por la hoja, para comprobar el filo. Hizo una inspiración rápida, y expulsó el aire con un siseo.

—Esta espada me habla de un lado tenebroso de tu amable caballero. De un hombre que sabía ser un cruel enemigo cuando estaba poseído por la furia de matar. Un hombre feroz, violento, incluso salvaje.

—Está claro que eres mejor para leer las palmas que las espadas —dijo Gabrielle, ofendida por esas palabras aplicadas a Remy—. Remy no era en absoluto así.

—Lo llamaban el Azote, Gabrielle. Dudo que un hombre adquiera ese apodo debido a su naturaleza dulce y bondadosa.

—¡Remy detestaba ese apodo! —exclamó Gabrielle, furiosa—. Era un soldado. Cumplía con su deber, nada más.

Cassandra levantó una mano haciendo un gesto para pedir paz.

—De acuerdo, de acuerdo.

Una extraña expresión le suavizó la flaca cara. Continuó acariciando la espada con movimientos lentos, tan lentos que Gabrielle sintió el celoso impulso de arrebatársela. Sintió un extraño alivio cuando por fin Cassandra le devolvió la espada.

—Toma, guárdatela.

Gabrielle cogió la espada, cerrando posesivamente la mano sobre la empuñadura, y la volvió a meter en la vaina. Le consternó ver que Cassandra volvía al instante la cara hacia la botella, y temió que se emborrachara tanto que perdiera el conocimiento. Cuando Cassandra empezó a llenar la copa, le cogió la mano y se la detuvo.

—¿No crees que ya has bebido bastante? —le preguntó dulcemente.

Cassandra frunció el ceño e intentó hacerle a un lado la mano, pero entonces Gabrielle cogió la botella.

—Por favor, Cass. Tú misma dijiste lo peligroso que es invocar a los muertos. ¿No sería mejor que lo hicieras con todos los sentidos alertas?

—Podría invocar hasta al mismo demonio, borracha o sobria.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

Cassandra apretó los labios con expresión rebelde. Tironearon un momento a ver quién conseguía quedarse con la botella, hasta que Cassandra la soltó de mala gana.

—Supongo que tienes razón —gruñó—. Llévate esa maldita botella y guárdala. Por el momento.

Gabrielle se sintió aliviada, aun cuando era una victoria hueca. La botella estaba casi vacía. Fue a dejar la botella y la copa medio llena al armario, sin dejar de mirar bastante nerviosa a Cassandra.

Esta se frotó la cara con las dos manos, como para despejarse la cabeza. Consternada, Gabrielle pensó si estaría lo bastante sobria para hacer algo. Aunque con dificultad, Cassandra logró enderezarse y se echó atrás la revuelta mata de pelo negro. Y su voz sonó asombrosamente clara y firme cuando empezó a dar órdenes.

—Vuelve al armario y busca una jofaina grande de cobre y una vela negra. Llena de agua la jofaina. Enciende la vela y coloca las dos cosas en la mesa. Apaga las antorchas y siéntate en frente de mí.

Gabrielle se apresuró a obedecer todas las órdenes; sentía rugir las venas de excitación nerviosa. Muy pronto las antorchas estuvieron apagadas y la jofaina y la vela sobre la mesa delante de Cassandra. La vela de cera negra quedó colocada en el centro de la mesa, y su llama ardía con una intensidad casi antinatural. La llama pequeña pero brillante se reflejaba sobre el agua de la jofaina y proyectaba un extraño brillo sobre el blanco semblante de Cassandra Lascelles.

Gabrielle se sentó en el borde de la silla, consciente del silencio sepulcral que había descendido sobre la habitación; sólo oía su respiración acelerada y los latidos de su corazón. Era difícil recordar que más allá de las paredes de esa casa había una enorme y populosa ciudad. París, con todo su bullicio y actividad, parecía estar muy lejos, mientras ella se preparaba para seguir a Cassandra a otro mundo, a un territorio de sombras.

—Dame la mano —ordenó Cassandra.

Después de la facilidad con que Cassandra pudo fisgonear en sus secretos más íntimos, Gabrielle sintió renuencia. Pero cuando la mujer alargó la mano con un gesto de impaciencia, se la cogió con todo cuidado. No pudo evitar un estremecimiento; Cassandra tenía los dedos muy fríos y resecos para ser una mujer joven.

—¿Ahora qué? —preguntó en un susurro.

—Nada. Quédate quieta y callada. Y pase lo que pase, no me sueltes la mano durante la sesión.

Gabrielle miró dudosa la jofaina de cobre con agua y la vela ardiendo. Encontraba muy sencillos esos objetos para realizar la poderosa hazaña de despertar a los muertos. Aun cuando la vela fuera negra.

—¿No se necesita nada más, aparte de una palangana y una vela? —preguntó—. ¿No necesitamos alguna poción... o algo así?

Cassandra curvó los labios en una sonrisa burlona.

—Poción. Otras brujas podrían necesitar esos lastimosos auxiliares, pero yo poseo una afinidad natural con el mundo de los muertos.

Qué manera más escalofriante de expresarlo, pensó Gabrielle. Le vino entonces un desagradable recuerdo, el de uno de los rumores más perturbadores que había oído acerca de Cassandra Lascelles. Decían que cuando era pequeña, su madre gitana hizo un trato con el diablo; ella le daba la vista de su hija pequeña a cambio de que el diablo le concediera a esta grandes poderes sobrenaturales.

Un cuento claramente ridículo, se dijo, para tranquilizarse. Lo más probable era que Cassandra hubiera quedado ciega debido a la escarlatina o a alguna otra enfermedad de la infancia. No veía nada siniestro ni todopoderoso en la mujer que estaba sentada frente a ella, su apariencia casi infantil con su vestido demasiado holgado y su mano tan delgada que tenía la impresión de que si se la apretaba mucho le haría polvo los huesos.

Sin embargo una voz interior le advertía: «No te dejes engañar por las apariencias. Mi madre siempre nos decía que nos mantuviéramos alejadas de cualquiera que practicara la

magia negra. Todavía estás a tiempo, Gabrielle. Puedes parar esto. Ya. Antes que sea demasiado tarde».

La voz sonaba extraordinariamente parecida a la de su hermana mayor, Ariane, cuyas manos siempre estaban dispuestas a proteger, aun cuando la persona no tuviera el menor deseo de ser protegida, a acariciar y consolar, aun cuando la persona se sintiera tan dolida que no soportara que la tocaran.

Una imagen de su hermana se introdujo por la fuerza en su mente. Sus límpidos ojos grises, su sedoso pelo castaño, su solemne sonrisa, tan parecida a la de su difunta madre. Hacía mucho tiempo que no veía a Ariane. Demasiado tiempo, pensó, sintiendo una punzada de pena.

Pero resueltamente expulsó a su hermana de la cabeza y centró la atención en Remy. Si daba resultado la magia negra de Cassandra, dentro de un momento sería su cara la que vería.

Cuando vio a Cassandra echar atrás la cabeza y cerrar los ojos, retuvo el aliento, esperando que esta recitara un encantamiento, dijera las palabras mágicas que harían acudir a Remy.

Pero pasó un tiempo interminable y Cassandra continuó sentada, inmóvil, sin emitir ningún sonido. La paciencia nunca había sido una de las virtudes de Gabrielle. Con creciente desasosiego veía caer las gotas de cera por los lados de la vela negra.

—¡Condenación! —exclamó Cassandra de pronto, y le apretó con más fuerza la mano, sobresaltándola. Entonces abrió los ojos, con los labios apretados de fastidio—. Haz el favor de dejar de moverte. No logro nada.

—Perdona.

Gabrielle trató de mantenerse quieta, pero Cassandra continuó las quejas.

—Esto no resulta. Tienes que darme algo más para trabajar.

—Pero ¡es que no tengo nada más de Remy!

—Entonces dame un recuerdo.

—¿Qué tengo que hacer? —protestó Gabrielle—. No entiendo qué quieres decir.

—Cierra los ojos y concéntrate —dijo Cassandra enérgicamente—. Piensa en algún momento en que estuvieras con él. No un momento de mucho peligro o agitación. Un momento tranquilo.

Gabrielle estuvo a punto de estallar en una carcajada histérica. Un momento tranquilo durante un verano en que no había otra cosa que amenazas de muerte y desastre; Remy huyendo de la Reina Negra. Esta había enviado soldados a destrozar la isla Faire buscándolo a él. Cuando todo eso fracasó, Catalina recurrió a una táctica peor: les envió a los cazadores de brujas, dirigidos por ese terror, ese fanático medio loco Vachel Le Vis.

El canalla Le Vis arrestó a su hermana pequeña Miri y amenazó con torturarla si no le entregaban a Remy. Esa amenaza sólo logró evitarla el conde de Renard, haciendo huir a los cazadores de brujas a tierra firme. Pero muy pronto volvieron Le Vis y sus secuaces, amparados por la oscuridad, y esta vez atacaron la casa, Belle Haven, incendiándola y casi quemándolos a todos dentro.

Abrió la boca para decir que nunca había tenido un momento tranquilo con Nicolas Remy oculto en la isla, pero titubeó, obligada a reconocer que eso no era cierto, pues le vinieron otros recuerdos.

Aquel verano se sentía muy desasosegada y aburrida, seguía tratando de hacer las paces con el dolor de su pasado; todavía no lograba explorar los misterios de un futuro en otro

lugar que no fuera la isla Faire, y el presente se le antojaba una riña constante con su hermana Ariane. Pero cuidando y atendiendo a Remy, ayudándolo a recuperarse, sí había encontrado una cierta paz. Recordó días en que se olvidaba totalmente de sus problemas al intentar desviar la mente de Remy del dolor de su herida, haciendo lo que fuera para entretenerlo, incluso sacar los restos de su niñez que había dejado atrás: sus libros de poemas y novelas.

Las manos de Remy, tan grandes y callosas, eran más aptas para manejar una espada. Parecía sentirse incómodo, violento, volviendo las páginas de sus libros, y prefería con mucho que ella le leyera. Pero ella dudaba de que él le encontrara mucho sentido a lo que le leía. De tanto en tanto levantaba la vista del libro y lo sorprendía mirándola con una expresión de absoluta adoración. Y eso casi la hacía sentirse nuevamente joven e inocente, intacta. Casi.

Se puso rígida, tratando de desechar el recuerdo. Entonces cayó en la cuenta de que Cassandra le estaba acariciando suavemente la mano, instándola:

—Venga, Gabrielle, recuerda.

Involuntariamente, sin querer, le vino a la memoria el recuerdo de una tarde, cuando Remy ya estaba lo bastante recuperado para levantarse y ella lo convenció de dejar el refugio bajo techo y salir a caminar por el bosque que había detrás de la casa.

Sentía crujir la fresca hierba bajo los pies descalzos, sentía el cálido sol en la cara, pero no tan cálido como la mano de Remy en la suya. Se le quedó atrapado el aire en la garganta al tener, por primera vez desde hacía mucho tiempo, una imagen más clara de Remy, una imagen que pareció invadirle la cabeza. Sus ojos castaños, de alma cansada, se veían dulces bajo las tupidas pestañas oscuras cuando le sonrió, y su sen-

sible boca, muy en contraste con los surcos que el tiempo y las penurias habían formado en su cara.

Su sonrisa era insólitamente dulce para ser un hombre, algo solemne, algo tímida, lo que la hacía más encantadora aún dado que él...

No. Abrió los ojos, con la garganta oprimida por esa conocida angustia.

—No puedo —dijo con la voz áspera.

—Sí que puedes —la tranquilizó Cassandra, continuando la rítmica caricia de su mano—. Debes, si quieres volver a ver a Remy. Hazme caso y yo te haré pasar sin riesgo por el dolor.

Gabrielle suspiró. No quería volver a esa tarde de agosto, el último día que pasó con Remy antes que él se marchara de la isla a encontrar su muerte. Pero cayó bajo el hechizo de la adormecedora voz de Cassandra. Cerró los ojos y trató de recordar esa tarde en la ribera del río.

Nuevamente le estaba tomando el pelo a Remy, a pesar de las muchas reprimendas de su hermana mayor. Ariane decía que lo «atormentaba». Pero si había un hombre que necesitara que le tomaran el pelo para que abandonara su seriedad, ese era Remy. Necesitaba que alguien le alegrara esa grave expresión de sus ojos, que lo hiciera reír, olvidar por unos momentos las pesadas cargas que llevaba.

Logró convencerlo de que dejara de lado su solemne dignidad y la acompañara en uno de esos vuelos de la fantasía, el favorito de su infancia, jugando a caballeros y dragones.

Si se concentraba un poco, todavía podía oír el áspero timbre de su voz.

—¿Y este juego incluye la parte en que la bella damisela recompensa al osado caballero con un beso?

Remy trató de hacer esa pregunta como si fuera una broma, pero la expresión de sus profundos ojos castaños era tan seria, que ella se sintió incómoda. Se alejó de él, moviendo las faldas como si fuera una gran dama.

—¿Un beso? No fastidies. Está claro que no entiendes nada de damiselas. Somos mujeres frías y crueles, exigimos que nuestros protectores nos adoren desde la distancia. Lo más que permitiríamos a nuestro caballero sería arrodillarse a nuestros pies y jurarnos dedicación y servicio eternos.

Lógicamente ella trató de decir eso en tono alegre, guasón, sin imaginarse que él lo haría. Pero, consternada, vio que él se ponía delante de ella y empezaba a inclinarse en una genuflexión.

—No, Remy, no, sólo era una broma...

Pero él hincó una rodilla en el suelo, y fue evidente que el esfuerzo le produjo dolor, a causa de la herida recién curada. Se encogió de dolor.

—Remy, basta. Se acabó el juego, levántate.

Pero él continuó donde estaba, aun cuando había palidecido un poco.

—No, mi señora, vos sugeristeis esto. Ahora lo terminaremos.

—No seas idiota, levántate, no sea que te hagas daño.

Le tironeó la manga, tratando de obligarlo a incorporarse. Pero él le cogió la mano y se la aprisionó en la suya fuerte y cálida.

Ella intentó liberar la mano, tironeando, pero cuando él levantó la cabeza y la miró, dejó de tironear, fascinada, hechizada. El sol caía sobre él convirtiendo en oro bruñido su pelo, acentuando cada surco labrado por el dolor y las penurias en su cara áspera por la barba. Pero sus ojos parecían brillar con una luz propia, fuertes, serenos, sinceros.

—Mi señora, mi espada está siempre a vuestro servicio —dijo, apoyándole la mano sobre su corazón—. Juro por mi sangre serviros y protegeros eternamente.

Fue como si a sus pies hubiera cobrado vida la encarnación del sueño de toda doncella. El caballero maltrecho después de sus muchos trabajos y fatigas, luchando para llegar al lado de su dama, para subirla en su corcel y estrecharla en el refugio de sus brazos.

Un hombre de absolutos honor, integridad y valor, características que en otro tiempo ella supuso, erróneamente, pertenecían al caballero Etienne Danton. Pero Danton sólo poseía el título; no era más caballero de lo que ella era doncella en esos momentos.

Solamente Nicolas Remy era auténtico y fiel. Por desgracia, llegó demasiado tarde a su isla.

—Remy...

La voz ronca pronunció el nombre con tanto sentimiento y aflicción que podría haber salido del corazón de Gabrielle. Pero el sonido había salido de Cassandra. Gabrielle abrió los ojos y la miró inquieta.

—Remy —musitó Cassandra otra vez.

Echó atrás la cabeza y por su blanca cara pasó una serie de fuertes emociones. Un instante tenía los labios entreabiertos con una soñadora sensualidad, y al siguiente los tenía apretados con desesperación.

Era casi como si... como si Cassandra le estuviera robando los recuerdos, extrayéndoselos por las yemas de los dedos. Por instinto, trató de liberarse la mano, pero Cassandra le rodeó fuertemente la muñeca con los dedos, como una manilla de hielo. Entonces enderezó la cabeza y Gabrielle abandonó

la lucha, paralizada. Cassandra se había transformado ante sus ojos.

No quedaba ni un indicio de la mujer borracha ni de la pálida reclusa. Cassandra enderezó los hombros y arqueó el cuello, y pareció crecer en estatura hasta parecer una legendaria hechicera de antaño, una Circe o una Morgana le Fay.

Brillante a la intensa luz blanca de la vela, su piel estaba translúcida, en fuerte contraste con el rojo sangre de su vestido y su enmarañada mata de pelo color ébano. La llama de la vela se reflejaba en sus oscuros ojos como puntos de luz, nítidos y fríos como lejanas estrellas.

—Nicolas Remy —dijo entonces con voz áspera—, te emplazo a venir desde el reino de los muertos. Sigue el sonido de mi voz y ven a nosotras. Gabrielle te espera.

Buscó la jofaina con la mano libre y pasó los dedos extendidos por encima del agua. El agua comenzó a agitarse, como si hirviera, se elevó vapor de la superficie hasta que la jofaina pareció contener niebla. Cassandra adelantó la cabeza, ansiosa, con los labios entreabiertos. Cuanto más se nublaba el agua, más límpidos se veían sus ojos, más enfocados. Mientras Cassandra miraba el agua, Gabrielle cayó en la cuenta, atónita, de que la ciega «veía».

—Nicolas Remy —repitió Cassandra—, Gabrielle ha hecho un largo trayecto para encontrarte. Está cansada y le duele el corazón. No la decepciones. Aparta el velo de los muertos y deja que te mire la cara y oiga tu voz una última vez.

A las palabras de Cassandra, la nieba comenzó a girar y empezó a surgir una forma, unos contornos apenas discernibles, como la cara de un hombre medio oculta por la neblina.

—Muéstrate, capitán —ordenó Cassandra—. No nos hagas esperar.

El vapor se movió y a Gabrielle se le quedó atascado el aire en la garganta al ver una vaga insinuación de una cara barbuda que al instante se desvaneció en la niebla. Se inclinó sobre la jofaina, con el corazón acelerado por una dolorosa mezcla de miedo y esperanza.

Cassandra entonó más invocaciones enérgicas, pero el hombre continuó siendo un fantasma, oculto en el agua y la niebla.

—No vendrá por mí —dijo Cassandra—. Llámalo tú.

Gabrielle miró la vaga imagen formada en el agua sintiendo retumbar los latidos de su corazón en los oídos.

—¿Re-Remy? —logró decir, con voz débil.

—Llámalo como si de verdad quisieras verlo. Pon el corazón en las palabras, hija.

Gabrielle se mojó los labios y volvió a intentarlo.

—Remy, por favor, vuelve a mí, una sola vez más. Te necesito.

La niebla giró, se apartó y la imagen oculta bajo la superficie se fue haciendo más clara. A Gabrielle se le escapó un medio sollozo cuando el agua se agitó y adoptó los contornos de una delgada cara masculina casi tapada por una tosca y crecida barba.

Pero no era la cara de Nicolas Remy.

3

Gabrielle se echó hacia atrás, asustada por la aparición. La barba del anciano era larga y tupida. Las mejillas hundidas formaban unas profundas concavidades bajo sus ojos, que reflejaban una grave dignidad. Esos ojos la miraron acusadores.

—¡Bruja tonta! ¿Por qué has perturbado mi paz? —dijo el espíritu, su voz ronca y profunda, como el retumbo de un trueno en la distancia.

—No, yo no... —Gabrielle alejó más el cuerpo, apoyándose en el respaldo de la silla, y tratando de liberarse la mano—. Cass, tenemos que poner fin a esto.

Pero Cassandra no se la soltó.

—No, no tengas miedo. Todo está bien, Gabrielle.

Ante el pasmado asombro de Gabrielle, Cassandra se acercó más a la jofaina de cobre y dijo en voz baja y en tono reverente:

—Buenas noches, maestro.

El agua se agitó y el vapor se elevó más con un suave siseo. A Gabrielle se le oprimió el corazón de miedo, aun cuando el hombre que parecía flotar en la niebla se veía más afligido que amenazador, como si llevara encima cien vidas de pesar. Cuando él fijó los ojos en Cassandra, Gabrielle tuvo la impresión de que se estremecía.

—Cassandra Lascelles, sigues practicando la maldita magia negra a pesar de todas las veces que te he suplicado que desistas. ¿Por qué me has vuelto a llamar?

—No le llamé a usted esta vez, maestro —contestó Cassandra—. Usted vino por su cuenta.

—Porque no pude evitarlo. Sólo oír tu voz invadiendo el reino de los muertos es un tormento para mí. Y además oí ese nombre... Gabrielle.

Al oír su nombre pronunciado por esa voz sepulcral Gabrielle se tensó con renovada alarma. Pero Cassandra no se inmutó y preguntó:

—¿Sabe algo acerca de Gabrielle? ¿Su nombre significa algo para usted, maestro?

—Cass, por favor —interrumpió Gabrielle—. ¿Qué pasa? ¿Quién es este hombre?

—Nostradamus —contestó Cassandra en un susurro.

A Gabrielle le bajó la mandíbula de puro asombro.

—¿Nostradamus?

—Sí, el famoso médico de Provenza y ex astrólogo de la corte. Famoso por ver el futuro. Habrás oído hablar de él, supongo.

—Sí, ¿qué hija de la tierra no? —susurró Gabrielle—. Pero lo que no entiendo es qué hace aquí, cuando llamábamos a Remy.

—Si te quedas callada tal vez yo pueda descubrirlo —masculló Cassandra. En voz más alta y en tono más respetuoso, se dirigió a la cara del anciano que flotaba ante ellas—. Maestro, dijo algo acerca de Gabrielle. ¿La ha visto en alguna de sus visiones? ¿Conoce su futuro? Díganoslo.

—No vine aquí para que me dijeran el futuro —protestó Gabrielle, en otro seco susurro.

Cassandra no le hizo caso. Irguiéndose más en la silla, adoptó su actitud más imperiosa y preguntó:

—Díganoslo, maestro, y pondré fin a la sesión y le dejaré marchar en paz.

—No —protestó Gabrielle—. Y ¿Remy?

Cassandra le dio un fuerte apretón en la mano para silenciarla. El anciano cerró los ojos, como si quisiera obligarse a volver a las nieblas de su mundo. Al parecer comprendió la inutilidad del esfuerzo, porque se le curvaron hacia abajo las comisuras de la boca, derrotado. Entonces abrió los ojos y empezó a recitar en un tono de cansina resignación:

—La dama Gabrielle tiene un futuro poderoso. Su destino es convertirse en una mujer de inmensa influencia, enormes riquezas y un poder tan grande que no se podría ni imaginar.

—No quiero oír eso —dijo Gabrielle—. Dígame algo de Nicolas Remy.

—Gabrielle dominará el corazón de un rey.

—¿Rey? ¿Qué rey? —preguntó Cassandra, apremiante.

—El rey de Francia. Gabrielle gobernará el país a través de Enrique. Primero se convertirá en su amante...

—¿Enrique de Valois? —dijo Gabrielle, asqueada—. ¿El hijo de Catalina de Médicis? ¿Ese petimetre perfumado? Es el hombre más cruel y pervertido que he conocido.

—No me refiero a Enrique de Valois —repuso Nostradamus—, sino a Enrique, el actual rey de Navarra. Es su adoración la que vas a conquistar, y llegará el día en que él heredará el trono de Francia.

—Eso es imposible —dijo Gabrielle, impaciente—. Valois es un hombre joven y tiene un hermano menor. Su madre, Catalina de Médicis, protegerá enérgicamente su derecho al trono. Ahora dígame algo acerca de Nicolas Remy. Era un soldado hugonote. Es a él que quiero...

—La dinastía de los Valois desaparecerá, y llegará a su fin el poder de la italiana.

—¡Basta! —exclamó Cassandra, con la voz preñada de miedo, dejando pasmada a Gabrielle—. No vuelva a hablar de la Reina Negra.

Nostradamus le hizo tanto caso como antes a Gabrielle.

—Cuidaos de la Reina Negra. Batallará por conservar lo que es suyo y destruirá a todos los que amenacen su poder. Pero perecerá, tal como los dos hijos que le quedan. Acabará su linaje. El rey de Navarra será rey de Francia y Gabrielle...

—No diga nada más —exclamó Cassandra—. Silencio.

Cassandra trató de soltarse la mano, pero esta vez fue Gabrielle la que se la apretó para impedírselo.

—¿Gabrielle qué? —preguntó al anciano, curiosa a su pesar.

—El reinado de la Reina Negra llegará a su fin y Gabrielle será...

—¡No!

Cassandra se levantó bruscamente y se soltó la mano. Antes que Gabrielle pudiera impedírselo, golpeó con el brazo la jofaina de cobre y la vela, que cayeron al suelo con un estrépito terrible.

Gabrielle se levantó de un salto, con la esperanza de poder hacer algo, pero ya era demasiado tarde. El agua corría por el suelo, la vela estaba apagada. La niebla, el rostro fantasmal y las predicciones de Nostradamus se habían desvanecido. Peor aún, también se desvaneció su esperanza de volver a ver a Remy.

Descendió un pesado silencio sobre la habitación. Gabrielle buscó a tientas y trompicones en la oscuridad hasta dar con la caja de pedernal y cerillas; pasado un momento consiguió encender nuevamente las antorchas. La jofaina estaba volcada boca abajo en el suelo rodeada por agua oscura, y en

el agua nadaba la vela negra. El pabilo estaba totalmente chamuscado, convertido en ceniza negra. La vela que ardía con tanto poder unos momentos antes se veía ridículamente inofensiva.

Se giró a mirar a Cassandra, furiosa.

—¿Por qué, Cass? —le preguntó, con la voz espesa por la frustración y consternación que sentía—. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Por qué? —repitió Cassandra, en un chillido estridente—. Nostradamus no paraba de nombrar a la Reina Negra, pronosticando su muerte y la desaparición de su linaje. ¿Sabes lo que nos haría si se enterara de que estábamos conjurando esas predicciones?

—Vamos, no seas tonta, Cassandra. Estamos escondidas en una casa abandonada, haciendo la sesión de espiritismo aquí, en esta habitación que parece una maldita tumba. ¿Cómo demonios podría enterarse Catalina?

—Porque ella es un demonio. Posee más poderes diabólicos de los que te podrías imaginar. Si la Reina Negra llegara a sospechar siquiera que esperabas suplantarla y reemplazar a sus críos por Navarra, os mataría a ti y a él. Y luego me perseguiría a mí por haber invocado a su difunto astrólogo de la corte para que te llenara la cabeza con esas ambiciones.

—No me hacía ninguna falta Nostradamus para ambicionar ponerle fin al poder de la Reina Negra. Ardo del deseo de ver caída a Catalina desde...

Se interrumpió y dominó su rabia al darse cuenta de lo realmente afligida que estaba Cassandra. Estaba mortalmente pálida, aún tratándose de ella, y el cuerpo se le mecía como si estuviera a punto de desmayarse. Disuelta su ira, se apresuró a acercársele.

—¿Te sientes mal? Tienes un aspecto terrible. —Le pasó el brazo por los delgados hombros para afirmarla—. Ven, creo que necesitas echarte.

—Lo que necesito es una copa —masculló Cassandra.

De todos modos se dejó llevar hasta la estrecha cama. Una vez allí, se negó a acostarse, pero se sentó en el borde, y bajó la cabeza hasta ponerla entre las rodillas. Estuvo un momento así hasta que le volvió un poco el color a las mejillas.

Entonces se sentó, exhalando un suspiro y trató de echarse hacia atrás las enredadas puntas del pelo. Cassandra Lascelles pareció disminuir en estatura ante los ojos de Gabrielle, desaparecidos junto con la niebla todos los indicios de la formidable hechicera que había visto hacía un momento. El cambio más visible se produjo en sus ojos; su luz se había apagado tal como la llama de la vela. Cassandra estaba sumida nuevamente en su oscuridad.

Se mojó los labios y se pasó una temblorosa mano por la frente.

—Señor..., siempre lo paso mal cuando termino bruscamente una sesión de espiritismo. Lo siento, Gabrielle. Sé que me crees una tonta colosal, pero cuando el maestro empezó a perorar y perorar acerca de la Reina Negra... —se estremeció—. No son muchas las cosas de este mundo que me asustan. Pero me da miedo fastidiarla. Al menos ahora, cuando sigue siendo la bruja más poderosa de Francia.

Gabrielle se arrodilló delante de ella y le friccionó suavemente las muñecas.

—No tienes por qué tenerle tanto miedo. Son muchas, demasiadas, las de nuestra clase que le atribuyen a Catalina toda la magia negra del infierno. Pero yo he tratado con ella y te prometo que es simplemente otra hija de la tierra, con

sus defectos y con sus debilidades, tal como el resto de nosotras.

—Pero... pero es muy poderosa.

—También lo eres tú —dijo Gabrielle, friccionándole las manos para calentárselas—. Jamás he conocido a ninguna otra bruja tan dotada como tú con el poder de invocar a los muertos.

Cassandra logró esbozar una débil sonrisa.

—No tan buena parece. No logré darte lo que deseabas, tu capitán Remy.

—Bueno, eso no importa mucho —mintió Gabrielle, tragándose la decepción—. Fue interesante conocer al gran Nostradamus. Mi padre nos llevaba almanaques con sus predicciones, comprados en París, aunque mi madre nunca aprobó eso. Tenía poca fe en el arte de la astrología. Siempre decía que las predicciones de Nostradamus no eran otra cosa que poesía tonta irritantemente vaga.

—Algunas de sus predicciones lo eran, otras eran asombrosamente acertadas. Una cosa puedo decirte, Gabrielle Cheney —dijo muy seria—, he invocado a Nostradamus muchas veces desde que murió para consultarlo acerca del futuro. La muerte ha perfeccionado muchísimo sus dotes.

—Entonces, ¿crees que lo que dijo sobre mí es cierto?

—Ah, pues sí. No hay duda de que te aguarda un futuro grandioso. Lamento no haber tenido el valor para continuar la sesión, para que te hubiera dicho más.

—No te preocupes —suspiró Gabrielle.

En realidad sólo había una cosa más que deseaba saber sobre la sesión. Pero titubeó, sospechando que no le gustaría la respuesta.

—Cass... ¿por qué se me apareció Nostradamus en lugar de Remy?

Cassandra se encogió de hombros.

—El maestro y yo estamos unidos para siempre en cierto modo, lo quiera él o no. Verás, cuando era pequeña, mi padre, el obispo, me llevó a ver al doctor Nostradamus, con la esperanza de que me curara la ceguera...

—No, no era esa mi pregunta —la interrumpió Gabrielle—. Entiendo que seas capaz de hacer venir a Nostradamus. Lo que no entiendo es por qué no vino Remy cuando lo llamé.

Cassandra estuvo un largo rato sin contestar, con la cabeza gacha, la cara casi oculta por la cortina de pelo.

—No lo sé —dijo al fin—. Lo más probable es que el capitán no quisiera venir. Te lo advertí, a los muertos les cuesta mucho perdonar.

—O sea, ¿que crees que porque yo lo rechacé en vida ahora él me rechaza en... en la muerte?

—Eso parecería. —Cassandra levantó la cabeza y la miró con la cara ensombrecida por la compasión—. Lo siento, Gabrielle.

—No pasa nada, yo ya sospechaba eso —dijo ella.

Entonces, ¿por qué le dolía tanto que Cassandra hubiera confirmado sus sospechas?, pensó.

—Supongo que podría volver a intentarlo, si quieres, cuando me sienta mejor.

—No, ¿de qué serviría? —contestó Gabrielle tristemente—. Yo creo que el resultado sería el mismo. Fue una ridiculez por mi parte intentarlo.

Cassandra le apretó las manos, en gesto consolador.

—Deberías olvidar a Remy. Sólo fue un soldado que pasó brevemente por tu vida, no tiene nada que ver con tu destino. Si Nostradamus tiene razón, vas a tener dominado a un rey; serás la señora de toda Francia.

—Sí, Francia —musitó Gabrielle, pensando por qué no se sentía más contenta.

En ese momento habría dado todo el reino, abandonado todas sus ambiciones y pasmosas perspectivas, por ver una vez más las sonrisas de Nicolas Remy.

Pensamiento estúpido, se reprendió. Estaba cansada, eso era, simplemente cansada. La noche había sido agotadora, con tantas cosas. Retirando las manos de las de Cassandra, se incorporó lentamente.

—Se hace tarde. Debo irme. Y tú tienes que descansar.

Cassandra se tapó la boca para ahogar un bostezo.

—Estoy terriblemente agotada. Estas sesiones siempre son muy agotadoras.

Gabrielle fue a buscar su capa; cuando se la había echado sobre los hombros y miró atrás, Cassandra ya estaba acostada y metida bajo las mantas.

Por la manera como tenía abrazada la almohada daba la curiosa impresión de ser una niña pequeña. Observándola, Gabrielle sintió una aguda punzada de pena. Le parecía cruel marcharse y dejarla en esas tristes circunstancias, sola en esa casa mausoleo, que tenía que estar llena de terribles recuerdos.

—Cass, no quisiera dejarte así, sola. Si me permitieras...

Pero Cassandra la interrumpió, como siempre.

—No te preocupes por mí, Gabrielle —dijo, con una sonrisa adormilada—. He cuidado de mí desde hace mucho tiempo. Simplemente recuerda tu promesa de hacerme ese favor cuando te lo pida.

—Por supuesto.

Al parecer no había nada más que decir, pensó, puesto que Cassandra se acurrucó bajo las mantas y cerró los ojos. Fue a buscar la palmatoria que había traído y encendió la vela para

iluminarse el camino por la escalera. Tan pronto como abrió la puerta de la habitación oculta, casi se cayó encima de Cerbero, que estaba echado a todo lo largo en el umbral, muy triste, con la cabeza apoyada en las patas. Al instante el perro levantó las orejas y sin molestarse en mirarla ni una sola vez, entró corriendo en la habitación.

Cuando se giró a mirar una última vez a la reclusa ciega de la Casa del Espíritu, esta estaba haciéndole arrumacos al perro sentado junto a la cama.

Bien acurrucada bajo las mantas, Cassandra se mantuvo con el oído atento; su audición era casi tan aguda como la de su perro. En el instante en que oyó la última pisada de Gabrielle en la planta de arriba y luego un lejano sonido de una puerta, echó atrás las mantas y se bajó de la cama para ir a buscar su botella.

Oyó sonar las patas de Cerbero en el suelo, siguiéndola, nervioso. Sin hacerle caso, se dirigió a tientas hacia el armario. Gabrielle fue la última que guardó el aguardiente, así que no estaba en su lugar habitual. Maldiciendo en voz baja, se tragó la impaciencia y empezó a palpar los estantes, aterrada pensando que podría volcar la botella y se perderían esas pocas gotas que quedaban. Ya estaba con los nervios de punta cuando por fin logró cerrar la mano alrededor de la botella.

Con la botella apretada contra su cuerpo, como un avaro protegiendo su última moneda, caminó hasta la mesa y se dejó caer en la silla. Le quitó el corcho y ni siquiera se molestó en llenar la copa en aras del refinamiento; simplemente empinó la botella y echó atrás la cabeza.

El ardiente líquido le pasó fluido por la lengua y le bajó por la garganta. Sólo cuando sintió que el aguardiente pasaba caliente por sus venas, comenzó a aliviársele la maldita ne-

cesidad. Exhalando un largo suspiro, dejó la botella en la mesa, avergonzada de esa frenética prisa. Cerbero fue a apoyar la cabeza en su falda y le pasó la fría nariz por la mano, emitiendo un suave gemido.

El pobre animal la había visto muchísimas veces bebiendo, pensó, pesarosa. Él era el testigo de su pérdida del autodominio, de sus rabietas, de su abandono a los más desenfrenados impulsos, los que la hacían peligrosa para los demás e incluso más para sí misma.

Acarició al perro y le rascó detrás de las orejas.

—No te inquietes, mi viejo amigo. No queda lo suficiente en la botella para emborracharme esta noche. No tendré más hasta que esa idiota de Finette aparezca por aquí otra vez.

Apretando más fuerte la botella, pensó que tendría que decirle unas cuantas palabras a la muchacha por haberle revelado a Gabrielle Cheney su secreta capacidad para practicar la nigromancia.

Se fiaba de Gabrielle casi como de una amiga, todo lo que podía fiarse de alguien. Pero de todos modos debía enseñarle la lección a Finette. Levantó la botella y bebió otro largo trago, despreciándose al mismo tiempo.

La bebida era una debilidad, y una debilidad que no debía permitirse. Pero a veces parecía ser la única magia capaz de mantener a raya a sus fantasmas. En más de una ocasión se le habían aparecido sus hermanas en la jofaina de cobre, mirándola con ojos duros y acusadores.

Los muertos no perdonan. Eso al menos era una verdad que le había dicho a Gabrielle. Con mucha frecuencia permanecía horas despierta en la cama, sin poder dormir, atormentada por los recuerdos de los cazadores de brujas destrozando la casa, y los aterrados chillidos de sus hermanas cuando se las llevaron a la tortura y la muerte.

Pero no esta noche, pensó, mientras la envolvía el agradable aturdimiento producido por el aguardiente. Esa noche tendría recuerdos mucho más placenteros. Recuerdos robados a un soldado cansado de la guerra, de pelo dorado claro y dulces ojos oscuros. Un cuerpo delgado, endurecido por las batallas, y manos fuertes. Unos dedos largos tan capaces de soltar los lazos del corpiño de una mujer como de matar sin piedad, enterrando la espada hasta la cazoleta en el corazón del enemigo. Esa espada de Remy había vibrado en su mano con un poder tan despiadado que todavía le producía un agradable estremecimiento.

A su pesar sentía una gran admiración por Gabrielle. Su nueva amiga era inteligente y conocedora del mundo. Pero en otros aspectos era bastante tonta, porque eran muchas las cosas que no sabía acerca de Nicolas Remy, entre ellas lo más asombroso de todo.

El gran Azote seguía vivo.

Se echó a reír en voz baja mientras bebía los últimos restos de la botella.

«Jamás he conocido a ninguna otra bruja tan dotada como tú para invocar a los muertos.»

¿Dotada? Sí que lo era, pensó. Tanto que jamás ningún espíritu había dejado de responder a su llamada, de buena o de mala gana. Sólo podía haber un motivo para que Remy se hubiera negado a venir del mundo de los muertos. El valiente capitán de Navarra no estaba ahí; ese hombre que podría resultarle muy valioso seguía caminando por el reino de los vivos.

Era muy probable que él fuera «aquél», aunque todavía no estaba segura de eso. Tampoco sabía qué hacer para poder encontrarlo. Pero lo encontraría, seguro, una vez que estuviera cierta de que el Azote era el hombre que buscaba. Se la-

mió el labio para coger la última gota de aguardiente y sonrió.

Su querida amiga Gabrielle se sorprendería si descubriera que la pobre ciega Cass Lascelles tenía sus propios sueños y ambiciones.

4

Se había desvanecido la niebla que antes suavizaba los afilados contornos de la ciudad, y las oscuras calles le parecían más frías, más duras, y más peligrosas que cuando las recorrió en el camino de ida. Mientras se acercaba a la puerta de su patio tuvo que resistir el fuerte impulso de echar a correr hacia la seguridad de su casa. La invadía un sentimiento muy diferente al resuelto ánimo que la impulsó a recorrer esas calles de París hacia su secreta misión en la casa de Cassandra Lascelles.

En ese momento, Gabrielle sólo podía maravillarse de su locura al aventurarse sola por esas calles. Conocía la ciudad lo bastante bien para comprender lo peligroso que podía ser para una mujer andar sola durante el día, y cuánto más por la noche. ¿Qué la había hecho creerse tan invulnerable?

Por desgracia sabía muy bien la respuesta a eso. Buscó con la mano la empuñadura del arma que llevaba colgada al costado, la espada de Remy. Llevarla consigo siempre la hacía sentirse segura, intocable, como si la espada fuera una especie de talismán mágico, imbuido de la fuerza y valor de su anterior dueño.

Pero cuando cerró la mano sobre la empuñadura, lo único que sintió fue el acero frío, desprovisto de todo consuelo. Era como si su magia se hubiera evaporado en el momento en que fracasó la sesión, en el momento en que se vio obligada a

aceptar que Nicolas Remy estaba realmente muerto para ella. Nunca podría hablar con él, pedirle perdón ni ver su sonrisa una última vez. Él nunca volvería a ella, con ningún tipo de invocación mágica, y tal vez tampoco volvería a aparecérsele en sus sueños.

Tendría que sentir alivio por estar libre al fin de esos recuerdos, pero, curiosamente, lo único que sentía era miedo, soledad, y justo en el momento en que más necesitaba protección.

La venían siguiendo.

Se había dado cuenta de eso en el momento mismo en que salió de la Casa del Espíritu. Y esta vez el que la seguía no era ningún espíritu o fantasma creado por su imaginación. El siniestro hombre que seguía sus pasos no era un fantasma. Cada vez que se atrevía a mirar atrás alcanzaba a verlo saltar hacia un callejón, o esconderse detrás de un grupo de borrachos que iban saliendo de una taberna, o meterse en el vano de una puerta, pero no con la suficiente rapidez; ya no había niebla que disimulara su implacable persecución.

Lo sentía al acecho detrás de ella en la oscura calle, observándola y esperando. Pero ¿esperando qué? Si fuera un delincuente común o un asesino, ya la habría atacado; había tenido montones de oportunidades, con lo descuidada que había sido ella esa noche. ¿Y si no la seguía para asaltarla sino para espiarla? Había olvidado ponerse la máscara al salir de la casa de Cassandra. Sintió el fuerte deseo de ponérsela en ese momento, como si eso pudiera protegerla.

Si era un espía, la amenaza a su persona no era tan inminente. Pero continuaba el peligro, un peligro de naturaleza más sutil e insidiosa, un peligro que le producía más ira que miedo. Se detuvo ante la puerta, se agachó y simuló que se quitaba una piedrecilla del zapato, pensando, pensando.

¿Quién de las personas que conocía se atrevería a poner a alguien a espiarla? Tenía bastantes enemigos en la corte francesa; uno de ellos nada menos que la Reina Negra. Catalina solía tenerla muy vigilada cuando visitaba el Louvre. ¿Es que la Reina Negra había decidido hacerla vigilar fuera del recinto del palacio también?

Se había burlado del nerviosismo de Cassandra a causa de la Reina Negra, pero era posible que la mujer tuviera razón. Frunció el ceño al recordar al hombre que vio antes en medio de la niebla, el que ella descartó pensando que era un producto de su imaginación. ¿Y si el mismo hombre que la venía siguiendo la hubiera seguido también hasta la Casa del Espíritu?

No, seguro que Cerbero habría ahuyentado a cualquier intruso que se hubiera acercado demasiado a la casa. No había manera de que alguien se hubiera enterado de lo que habían hecho ella y Cassandra en esa habitación subterránea. Pero el informe de su visita a esa casa abandonada podría bastar para despertar la curiosidad de Catalina e impulsarla a hacer más investigaciones en la Casa del Espíritu. Entonces sería ella la que habría llevado a la puerta de Cassandra el peligro que tanto temía esta.

O, también podía ser que se le estuviera desmadrando la imaginación. Sólo había una manera de saber eso de cierto. Se enderezó lentamente, resistió el deseo de mirar atrás una vez más y descorrió el pestillo. La puerta se abrió; la habían dejado sin llave, siguiendo sus órdenes. Había dado esa orden porque no quería que ningún ojo curioso la viera salir ni entrar esa noche, ni siquiera uno de sus criados. En ese momento le alegró doblemente no haber dejado apostado ningún guardia, porque así podría tender una trampa.

Entró en el patio, cerró la puerta y avanzó, simulando absoluta despreocupación. Cuando estuvo segura de que ya no

la podían ver desde la calle giró bruscamente y corrió hacia el muro que rodeaba su propiedad y se aplastó contra él, en la oscuridad, a unas cuantas yardas de la puerta. Sacó la espada de Remy de su vaina y cerró fuertemente los ojos, porque el ruido que hizo al deslizarse sonó como un disparo de cañón a sus oídos. Con el pulso acelerado esperó. La espera continuó un largo rato, que se le hizo interminable.

Era posible que su perseguidor no fuera tan temerario para seguirla en su propio territorio. O tal vez al verla entrar en su casa llegó a la conclusión de que ya no había nada más de qué enterarse acerca de ella y simplemente se marchó.

Estaba a punto de abandonar su escondite cuando oyó el ruido del pestillo al descorrerse. Luego chirriaron los goznes de la puerta, como si la estuvieran abriendo lentamente. Volvió a aplastarse contra el muro, medio agachada. Retuvo el aliento cuando la delgada silueta del hombre pasó sigiloso por la puerta abierta.

La luz de la luna le iluminó la cara y vio que, efectivamente, era un sirviente de mala catadura, de pelo largo y desgreñado y una espesa barba, y su jubón y calzas negros estaban andrajosos. El hombre se detuvo y miró desde el camino de entrada desierto hacia la distante silueta de la casa.

Gabrielle se imaginó que debía estar perplejo por su repentina desaparición. Tenía que actuar rápido, antes que él tuviera tiempo para pensar y descubrir la trampa. El corazón le golpeaba las costillas, pero era más por la excitación de la rabia que por miedo, una justa rabia ante ese intruso.

Salió del escondite y caminó hacia él dando una vuelta, por detrás. Sintió el murmullo de la hierba al pisarla cuando levantó la espada y puso la punta justo en el centro de la espalda del hombre.

—No muevas ni un solo músculo —gruñó—, o te atravesaré aquí mismo.

Notó que él se tensaba y flexionaba los hombros. Por una fracción de segundo sintió miedo, al darse cuenta de que él era más alto y más musculoso de lo que había supuesto a primera vista. También observó, demasiado tarde, que llevaba una espada colgada al costado.

Tenía cierta habilidad para manejar la espada, pero no sabía cómo se las arreglaría en una lucha contra un asesino en la oscuridad. Sólo entonces se le ocurrió que tal vez había sido algo temeraria al intentar capturar ella sola a ese espía. Pero ya lo tenía; tenía que hacer algo con él.

—Levanta las manos —dijo enérgicamente—. Deshebíllate la espada y arrójala al suelo.

—No puedo hacer las dos cosas, Gabrielle —dijo él.

La voz le sonó tan conocida que se le paró un momento el corazón. Él optó por obedecer la primera orden y levantó las manos.

Gabrielle se recuperó de la impresión de oírlo decir su nombre con tanta familiaridad e infundió altivez a su voz:

—¿Así que sabe quién soy, eh, señor? Me gustaría saber quién diablos es usted y por qué ha tenido la impertinencia de seguirme. Vuélvase, pero hágalo lentamente. Un sólo ademán hacia su espada y le juro que le rebanaré la mano.

—No me cabe duda de que lo haría, señorita.

Esta vez oyó con más claridad su voz, una voz áspera, ronca, como una voz que se ha enronquecido por gritar órdenes en medio del humo de un campo de batalla. La voz de Nicolas Remy.

El corazón le dio un vuelco y luego pareció parársele del todo cuando su cautivo se giró a mirarla. La luz de la luna marcaba las facciones de una cara adusta pero casi oculta bajo

un enredo de cabellos y barba. Lo único suave que se veía en esa dura cara eran los ojos, unos ojos dulces de un exquisito color castaño oscuro. La estaban mirando los ojos brillantes de Remy. Pero ¿qué locura era eso? Estaba tan pasmada que cuando él bajó las manos ni siquiera trató de impedírselo.

—Si estabas tan empeñada en capturar a un intruso, ¿por qué no llamaste a tus criados? ¿Tienes una idea de con qué facilidad podría haberte desarmado? Sólo tú serías así de temeraria, Gabrielle Cheney.

La estaba regañando, pero enseñó sus brillantes dientes en una sonrisa de extraordinaria e inesperada dulzura. La sonrisa de Remy.

Dios santo, estaba perdiendo la chaveta. Tenía que estar loca. Le tembló la mano y se le aflojó la espada. Él intentó acercársele. Ahogando una exclamación de terror, dio un salto atrás y volvió a coger con firmeza la espada.

Él se quedó inmóvil. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz amable y tranquilizadora:

—Gabrielle, por favor, no tengas miedo. ¿No me reconoces? Soy yo, Remy.

—N-no —balbuceó ella—. Mi-mientes. No puedes ser Nicolas Remy. Él... él...

—¿Murió? Te juro que estoy vivo. No me mires así, como si fuera un espíritu.

Gabrielle retrocedió temblando, pues era un aparecido lo que estaba mirando. Un fantasma con la voz de Remy, los ojos de Remy, la sonrisa de Remy. Pero no podía ser Remy ese hombre andrajoso, desgreñado y de cara ojerosa. No podía ser, a menos que hubiera atravesado las llanuras del infierno o salido de las profundidades del otro mundo para venir a verla. Entonces se apoderó de ella la loca idea de que la sesión de espiritismo de Cassandra sí había dado resultado, sa-

cando al atormentado espíritu de Remy de los recovecos de su tumba.

Le vino un temblor tan fuerte que no pudo seguir sosteniendo la espada; esta se le cayó de la mano y golpeó el suelo con un sordo sonido. El desconocido con los ojos de Remy avanzó otro paso, vacilante.

—Lamento haberte asustado. No era mi intención presentarme a ti de esta manera, pero tú me obligaste. Tenía la esperanza de encontrar una mejor ocasión.

Gabrielle lo miró, todavía sin poder dar crédito a lo que le decían sus sentidos.

—¿Una mejor ocasión? ¿Por eso no viniste cuando te llamé hace un rato?

—¿Me llamaste? No te oí.

Gabrielle se mordió el labio para que le dejara de temblar.

—Te llamé en medio de esa niebla, pero no viniste. Pensé que me habías rechazado y volvías al mundo de los muertos.

Remy pareció algo perplejo, pero esbozó una amable sonrisa.

—Gabrielle, jamás te volvería la espalda, ni aunque sólo fuera un espíritu, pero te aseguro que no lo soy. Si lo fuera, tu espada sólo habría encontrado aire. Vamos, déjame que me acerque más para que me toques y veas que soy real.

Gabrielle deseó decirle que no se acercara, pero no le salió la voz. No quería tocarlo. Sentía el irracional terror de que si lo tocaba él se evaporaría como Nostradamus, se disolvería en una voluta de vapor.

Remy avanzó otro poco. Cuando le cogió la muñeca, Gabrielle no pudo encontrar la voluntad para resistirse. Él le levantó la mano y la apoyó en su pecho, sobre el corazón. No, no era un hombre hecho de niebla sino de roca sólida. Su pe-

cho era todo músculos duros, y a través de la tela de su raído jubón sintió los uniformes latidos de su corazón.

La mano que le sostenía la de ella era fuerte, callosa y cálida. También lo era la otra, con la que le estaba acariciando la mejilla. Le cogió esa mano con la que tenía libre y la dejó atrapada sobre su mejilla.

Entonces cerró los ojos para saborear la áspera textura de esa palma sobre su piel. Casi sentía correr la sangre por sus venas. La verdad la golpeó con toda la fuerza de la tierra que parecía agitarse bajo sus pies.

¡Nicolas Remy estaba vivo!

Abrió los ojos. Remy la estaba mirando.

—Ya está. ¿Lo ves?

Gabrielle asintió, dejando escapar un sollozo ahogado. Todavía sin atreverse a creer, lo recorrió con las manos como una loca, palpándole el pecho, los musculosos brazos, los anchos hombros. Después continuó hacia arriba, acariciándole el pelo, la barba, la frente, las mejillas.

Notó que a él se le agitaba la respiración y se deleitó con cada movimiento de su pecho al subir y bajar. Cuando le pasó los dedos temblorosos por los contornos de la boca, él soltó el aliento y ella sintió su calor en la cara. Entonces se le escapó una risa ahogada, una risa medio histérica.

—Es verdad, no estás muerto —musitó.

—No —dijo él con la voz ronca. Le cogió la mano y le depositó un ardiente beso en la palma—. Y por primera vez desde hace tres años, me alegro de ello.

Ella levantó la cara y lo miró a los ojos, esos profundos ojos oscuros. Los de ella estaban empañados. No sabía cómo, pero por alguna especie de milagro, el destino le había devuelto a Remy. No en forma de espíritu, no como fantasma, sino maravillosa y gloriosamente vivo.

Emitiendo una exclamación de alegría, le echó los brazos al cuello e hizo una cosa que, comprendió, debería haber hecho años atrás. Le cogió la cabeza, metiendo los dedos por entre su pelo y aplastó la boca sobre la de él.

Lo sintió ponerse rígido de sorpresa, pero eso sólo duró un instante. Al instante siguiente él la estaba besando, devorándole los labios con una avidez y pasión que le hizo flaquear las piernas. Se aferró a sus hombros y le correspondió los besos con la misma avidez, buscando su boca una y otra vez, como si no pudiera saciarse.

—Remy, mi queridísimo Remy —suspiró.

Abrió los labios para darle más acceso, y le sonó un ronco gemido en la garganta al sentir el calor de su lengua en la de ella y saborear la vida, la vitalidad que fluía por él. La sangre parecía gritarle la maravillosa noticia en los oídos: Remy está vivo, ¡vivo!

Se le hinchó tanto el corazón de alegría que le dolía. Cuando separaron los labios ella estaba jadeante, y él también. Remy le sonrió, con esa sonrisa insegura de un hombre que casi no puede creer en su buena suerte.

Gabrielle intentó corresponderle la sonrisa, pero la fuerte impresión del regreso de Remy del mundo de los muertos pudo con ella finalmente; se le hizo borrosa la cara de Remy, le temblaron las piernas y luego empezaron a ceder.

Entonces Gabrielle Cheney hizo algo que no había hecho jamás en toda su vida. Se le fue la cabeza hacia atrás, el cuerpo se le puso fláccido y cayó desmayada en los brazos de un hombre.

Nicolas Remy había recorrido caminos de pesadilla desde la masacre de la Noche de San Bartolomé, pero esa noche se

sentía como si hubiera entrado en un sueño. Sus gruesas botas se hundían en la suntuosa alfombra turca que cubría el suelo de ese dormitorio digno de una princesa, de elevado cielo raso abovedado, grandes ventanas con rejas y paredes adornadas por magníficas pinturas.

En la espléndida habitación se destacaba la imponente cama tallada en caoba y de cuyo dosel colgaban cortinas de seda crema con rosas bordadas. Gabrielle se veía pequeña, casi insignificante en el centro de esa enome cama, su pelo rubio desparramado como un abanico sobre la almohada de plumón. Sus pestañas doradas descansaban sobre sus mejillas pálidas, tan pálidas que Remy sentía oprimido el corazón de una manera que jamás le había ocurrido en un campo de batalla.

—Dios de los cielos —musitó con la voz ronca—, la he matado.

—Nada de eso —dijo en tono enérgico la doncella de Gabrielle.

Bette era una joven rolliza de aspecto muy competente y su rostro se veía sereno bajo la cofia orlada por encaje. Haciendo a un lado a Remy de un codazo, se inclinó sobre Gabrielle y le cogió las muñecas, para tomarle el pulso.

Eso debería habérsele ocurrido a él, pensó Remy, pero al parecer tenía paralizados la mente y los miembros. Lo habían abandonado totalmente esos rápidos reflejos que le permitían acudir en auxilio de sus compañeros caídos en la batalla. Se sentía absolutamente impotente ante esa pálida mujer tendida en la cama.

La enérgica voz de Bette ordenándole que le trajera agua lo sacudió y lo puso en movimiento. Corrió a coger el jarro del mueble palanganero y en su prisa casi derramó la mitad del agua sobre la alfombra.

Bette mojó un paño y lo aplicó a la frente de Gabrielle. Cuando comenzó a desabrocharle el corpiño, dijo:

—Ahora tiene que salir, capitán Remy. Espere en el corredor.

—¡No! No puedo...

—Puede y lo hará. Cuando la señora recupere el conocimiento no me dará las gracias por haberle dejado ver sus tetas.

Remy se sonrojó ante esa grosera palabra.

—Por el amor de Dios, señora, yo jamás miraría...

Bette le puso las manos en el pecho y lo empujó firmemente hacia la puerta.

—¡Fuera!

Él se dejó llevar, pero solamente porque si no hubiera sido por la buena voluntad de la doncella no le habrían permitido quedarse en la casa junto a Gabrielle.

Había alarmado a todo el personal de la casa al presentarse repentinamente en la puerta. Comprendía muy bien la impresión que causó en los criados, con su aspecto de vagabundo, pidiendo auxilio a gritos, llevando en sus brazos a su señora inconsciente.

Fue un milagro que no lo prendieran, le arrebataran el cuerpo de Gabrielle y lo llevaran preso a las autoridades más cercanas. Le debía a Bette el no estar en ese momento en la cárcel encadenado.

Bette era una de las criadas jóvenes de Belle Haven cuando él estuvo allí. Había crecido y su cuerpo se había rellenado considerablemente; ahora tenía toda la apariencia de una doncella de señora elegante, tanto que él no la reconoció. Tuvo la suerte de que el recuerdo que tenía Bette de él fuera más claro y que su reaparición vivo no la hubiera asustado tanto como asustó a Gabrielle.

Alargó el cuello y alcanzó a mirar una última vez a Gabrielle antes que Bette le cerrara la puerta en las narices. Gabrielle continuaba inconsciente, por lo que intentó no dejar vagar la mente hacia cosas tan terribles como fallo cardiaco y apoplejía. Gabrielle era joven y sana. A pesar de su semejanza con las damiselas rubias e impotentes de las leyendas populares, él había detectado en ella fuerza y resistencia.

Recobraría el conocimiento y todo estaría bien. Lo único que tenía que hacer era esperar, lo cual no era nada fácil para un hombre acostumbrado a la acción. Se obligó a quedarse quieto con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados, cuando lo que de verdad deseaba era pasearse por el corredor. Pero no sería prudente llamar más la atención hacia él. Los lacayos de Gabrielle lo vigilaban desde el pie de la escalera; lo observaban con recelo, como si él hubiera entrado con el fin de robar el servicio de plata. Sus desdeñosas miradas lo hacían más consciente aún de su desharrapada apariencia.

En circunstancias normales, a un vagabundo como él no le habrían permitido ni siquiera poner un pie dentro de la cocina de una mansión tan grandiosa como esa. Aunque a esas horas estaban apagadas las luces y la casa estaba casi totalmente a oscuras, mientras llevaba a Gabrielle hasta su habitación vio lo suficiente para darse cuenta de que esa era una casa de opulentas proporciones.

¿Cómo llegaría Gabrielle a vivir sola en París, tan lejos de sus hermanas y de la isla Faire? Se rumoreaba que cuando su padre, el caballero Louis Cheney, perdió la vida en el mar, se había hundido con él la mayor parte de la fortuna de la familia. ¿Cómo, entonces, podía ella permitirse mantener esa carísima mansión?

Sabía lo que se murmuraba en las calles acerca de ella, unas mentiras que incluso en ese momento lo hacían rechi-

nar los dientes y desear cortarle la sucia lengua a alguien. «La cortesana más deslumbrante que se ha visto en París en muchos años», cacareaba la vieja del bodegón.

«Cortesana», sinónimo elegante de prostituta. Si esa vieja hubiera sido un hombre, la habría atravesado con la espada. Por el infierno, siempre había detestado París y ese era sólo uno de sus muchos motivos; era un nido de víboras, de murmuraciones, desde el palacio a los barrios bajos, todo un ir y venir de cotilleos y mentiras. No era de extrañar que una mujer tan hermosa como Gabrielle fuera el blanco de esas mentes estrechas, cínicas y envidiosas.

Si conocieran a Gabrielle como él la conoció aquel verano, nadie se atrevería a calumniarla, a mancharle así el honor. Una niña deseosa de parecer sofisticada y sin embargo tan conmovedoramente inocente en los usos del mundo. Cariñosa y fría, amable y cruel, según la ocasión, sus estados de ánimo cambiaban como lo hacía el viento. Sus ojos azules chispeaban de risa o se oscurecían de tristeza, aunque solamente cuando creía que nadie la estaba mirando. Él había visto muchas veces su cara ensombrecida por la tristeza, una expresión que le llegaba al fondo del corazón, tanto más cuanto que jamás logró descubrir la causa de esa aflicción.

Solamente podía esperar que Gabrielle fuera feliz ahora. Ella siempre soñaba con viajar a una gran ciudad, vivir en una hermosa casa y asistir a fiestas y bailes grandiosos. Con lo único que no había soñado nunca, estaba seguro, era con él.

Cuando cometió el desafortunado error de insinuarle la naturaleza de sus sentimientos por ella aquel verano en la isla Faire, ella le dejó muy claro que no deseaba nada de él y que cuanto antes se marchara, mejor. Jamás, ni en sus más locos

sueños, se imaginó que a su regreso Gabrielle lo recibiría con los brazos abiertos, con tanto fuego en los labios. Pero su abrazo le activó el deseo, le renovó las fantasías con ella que siempre había tenido la prudencia de sofocar. Pero en ese momento no podía evitar que se le desmadrara la imaginación.

¿Podía una mujer besar a un hombre como lo besó Gabrielle y no sentir nada? ¿Podía desmayarse de felicidad por su regreso si era tan indiferente hacia él como lo aseguró aquella vez? ¿Sería posible que él le importara después de todo, o incluso tal vez lo amara?

¿Y qué si lo amaba?, le dijo una voz implacable en su interior. No tenía más para ofrecerle que lo que tenía hacía tres años; incluso tenía menos. Ese pensamiento puso fin a la loca esperanza que se había encendido dentro de él, con tanta eficacia como si le hubieran echado agua fría.

—¿Capitán Remy?

Estaba tan inmerso en sus reflexiones que no oyó el ruido de la puerta cuando salió Bette. Al instante se enderezó y se giró a mirarla preocupado.

—¿Gabrielle? ¿Cómo está? Quiero decir, ¿ha...?

—La señora está bien —dijo la doncella tranquilamente, interrumpiendo sus precipitadas preguntas—. En realidad, ha preguntado por usted. Quiere verle.

—Gracias a Dios —musitó Remy, aliviado, aflojando los hombros, disipada ya parte de su tensión—. Y gracias a usted, también, señorita —añadió, estrechándole la mano.

—Es mi deber y mi privilegio cuidar de la señora Gabrielle, señor —contestó Bette, muy digna, sorbiendo por la nariz.

—Eso lo sé. Lo que quise decir fue gracias por intervenir en mi favor, por no permitir que me arrestaran.

—Son los lacayos los que deberían dar las gracias —dijo ella—. Usted parecía muy furioso ante la idea de que lo separaran de mi señora, y recuerdo muy bien su pericia con la espada esa noche en que los cazadores de brujas atacaron Belle Haven. Y eso que todavía se estaba recuperando de su herida. —Una tímida sonrisa le formó hoyuelos en las mejillas, mientras lo miraba de arriba abajo—. Permítame que le diga, capitán, que aunque le hace falta un corte de pelo y una buena afeitada, se ve extraordinariamente bien para ser un muerto.

Remy no pudo evitar una sonrisa irónica.

—Usted no parece muy sorprendida por verme vivo, señorita.

Ella se encogió de hombros.

—Cuando una ha estado al servicio de una familia de mujeres sabias como he estado yo, pocas cosas la sorprenden. Ahora será mejor que entre. La señora Gabrielle está esperando.

Remy se volvió hacia la puerta y la abrió. Esperaba que Bette entrara detrás de él, para montar decorosa guardia junto a su señora, de modo que lo sorprendió que esta se alejara por el corredor y lo dejara entrar solo en la habitación. Avanzó un paso, vacilante, y cerró silenciosamente la puerta.

Habían cambiado de lugar el candelabro, por lo que la luz iluminaba el centro de la cama. Las finas cortinas estaban cerradas, y le dejaban ver los contornos de la figura metida bajo la lujosa colcha de brocado. Avanzó sigiloso, y el corazón le comenzó a retumbar. Se sentía tan indeciso como un rudo muchacho campesino al entrar en el cenador de una princesa.

Cogió la cortina y la apartó.

—¿Gabrielle? —dijo en voz baja.

Gabrielle estaba reclinada sobre almohadones y al verla retuvo el aliento. El pelo le caía sobre los hombros formando un nimbo dorado, enmarcándole la cara blanca sólo teñida por un vivo rubor en los pómulos. Siempre lo había hechizado su belleza, sobre todo porque parecía emanar de una intensa luz que ardía en su interior y se expresaba en sus brillantes ojos azules como zafiros.

Le habían quitado la ropa, sólo llevaba puesto un delgado camisón, y lo estaba mirando con las manos aferradas a la colcha cubriéndose los pechos de una manera a la vez recatada e infantil. Ese gesto lo conmovió inmensamente. Sintió el extraño deseo de arrodillarse ante ella, como hiciera ese día en la isla Faire, y renovarle la promesa: «Juro por mi sangre serviros y protegeros eternamente».

Pero continuó de pie y se limitó a mirarla, hasta que ella le alargó una mano. Ella cerró los esbeltos y bien formados dedos alrededor de su mano y lo invitó a sentarse a su lado. Él se sentó en el borde de la cama.

—¿Cómo estás? ¿Te has recuperado de la impresión?

—¿Recuperado? No lo sé. —Se rió, con una extraña risa ahogada, y continuó devorándolo con los ojos—. Así que no lo soñé. ¿Estás aquí de verdad?

Si alguien estaba soñando, pensó Remy, era él.

—Sí, mi am... —Casi se le escapó la palabra, una palabra que jamás se había atrevido a pronunciar, ni siquiera para sus adentros.

Pero al parecer, Gabrielle no lo oyó. Ladeó la cabeza, pensativa, y entre las cejas le apareció una diminuta arruguita.

—Y has estado vivo todo este tiempo.

—Si quieres llamarlo así —repuso él, poniendo la otra mano sobre la de ella.

Ella retiró bruscamente la mano y enderezó más la espalda.

—Creía que habías muerto.

—Ah, sí, esto...

—¡Nos hiciste creer a todos que habías muerto! —lo interrumpió ella con la voz más aguda.

Se le arrugó la cara, como a una niña que hace heroicos esfuerzos por no llorar. Bajó la cabeza y la cara le desapareció detrás de su brillante cortina de pelo. Remy la contempló absolutamente consternado. Nunca había visto llorar a la orgullosa Gabrielle, ni siquiera cuando los cazadores de brujas raptaron a su hermana pequeña, Miri, y estaba aterrada pensando que la matarían.

—Lo siento, Gabrielle. No llores, por favor —musitó, tratando de echarle hacia atrás el pelo.

Ella levantó la cabeza. Le brillaban los ojos, pero no por lágrimas sino por una furia ardiente capaz de reducir a cenizas a un hombre ahí mismo.

—No iba a llorar. ¡Te voy a matar!

Dicho eso, cerró el puño y se lo enterró en la mandíbula. El golpe lo cogió tan desprevenido que se le fue hacia atrás el cuerpo y cayó al suelo, de espaldas, pestañeando, tanto de asombro como por la fuerza del puñetazo. Gabrielle cogió las mantas, las echó bruscamente hacia atrás y bajó de un salto de la cama. Se detuvo ante él muy erguida, como una diosa furiosa.

—¡Cabrón! ¡Maldito cabrón! —exclamó, pasando junto a él como un vendaval, con la orilla del camisón revoloteando alrededor de sus pies descalzos.

Pasmado, Remy se pasó la lengua por la encía y la parte interior del labio inferior, y notó el sabor a sangre en el labio partido. Mientras él se incorporaba, Gabrielle se pasea-

ba por la habitación, friccionándose los doloridos nudillos, y maldiciendo, empleando unos improperios que lo horrorizaron; no se habría imaginado que ella supiera siquiera esas palabrotas.

Olvidada de todo pudor en su furia, ni siquiera parecía darse cuenta de que la luz de la vela hacía casi transparente el fino linón del camisón, dejando casi visibles la suave redondez de sus pechos y todas sus curvas femeninas. Igual podría haber estado desnuda.

La vista de su cuerpo fue un golpe más fuerte para los sentidos de Remy que el puñetazo que le había propinado. Desesperado, buscó algo, cualquier cosa, para cubrirla. Al fin se decidió por la colcha; la arrancó de la cama, se acercó a ella por detrás y se la puso sobre los hombros.

—Gabrielle, cálmate. Déjame ver el daño que te has hecho en la mano. Permíteme que te explique...

Gabrielle arrojó la colcha al suelo y le golpeó la mano con la que intentó cogerle la de ella.

—¿Qué hay que explicar? Has estado tres años haciéndote el muerto. ¡Tres malditos años!

Tenía la respiración tan agitada por la indignación que sus pechos parecían a punto de desbordarse por el escote bajo del camisón. Remy trató de desviar galantemente la vista, pero eso era una batalla que estaba en peligro de perder.

—¿Dónde diablos has estado? —gritó ella—. ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

A Remy le habría resultado difícil responder esa pregunta aun si Gabrielle no hubiera estado semidesnuda delante de él, con esa expresión que decía que deseaba desgarrarle el cuello. Desde la Noche de San Bartolomé su vida había sido una constante lucha por sobrevivir, por combatir los horrores que le llenaban la cabeza y, sobretodo, por no permitirse esperar

nada, no sentir nada. En sólo unos minutos, Gabrielle Cheney se las había arreglado para dejarle el corazón en carne viva otra vez.

—He estado fuera del país —dijo al fin—. En Irlanda, luego principalmente en Inglaterra.

—¿Ah, sí? ¿Y había allí una terrible carestía de pergamino y tinta?

—Yo era un fugitivo, Gabrielle. Estaba vivo solamente porque mis enemigos me creían muerto. No me parecía prudente enviar cartas.

—¿Y no había ningún mensajero con el que pudieras enviar recado de palabra? —preguntó ella, con fría furia—. ¿O es que estabas mudo también? ¿Le ocurrió algo a tu lengua, tal vez? Por la manera como me la metías en la boca hace unos momentos me pareció que te funcionaba muy bien.

—¡Gabrielle! —exclamó él, horrorizado por esa grosería casi insultante para hablar del beso que se habían dado—. Lamento que te afligiera la noticia de mi muerte, pero permíteme que te haga una observación, mi señora. La manera de despedirte de mí cuando me marché me dio muy pocos motivos para creer que yo te importaba.

Aun cuando ella se encogió ante esas palabras, continuó enérgicamente:

—De acuerdo, supongo que yo no te di motivos, pero ¿y mis hermanas? Tienes que haber sabido que Ariane te había tomado mucho cariño. Y... y Miri. Miri te consideraba como al hermano que nunca tuvimos. ¿Sabes cuántas noches yo tenía que consolarla cuando se afligía y lloraba por ti? ¿Cuántas noches...?

Se interrumpió bruscamente y le dio la espalda. Aunque se retiró a la parte en sombras de la ventana, él vio lo que tra-

taba de ocultar, vio que su rabia sólo era una máscara para ocultar la pena que había sufrido. Había sufrido por su muerte todo ese tiempo. Él le importaba. Pero la alegría que le produjo eso quedó reducida a nada al comprender el gran sufrimiento que le había causado.

Le corrían lágrimas por las mejillas; estaba llorando de una manera que sin duda la orgullosa y obstinada Gabrielle no habría permitido que nadie viera antes. Y esas lágrimas eran un reproche peor que cualquier palabra hiriente que pudiera arrojarle a la cara. Se le acercó con todo cuidado, como se habría acercado a un animalito del bosque herido, listo para atacar o huir.

—Gabrielle, siento mucho haber causado aflicción a tus hermanas o a ti. Me cortaría el brazo derecho antes que...

Ella se giró y se alejó, presentándole la rígida espalda; el traicionero camisón se le deslizó dejándole desnudo el blanco y sedoso hombro. Remy le subió la tela y al hacerlo le rozó con los dedos la suave y cálida piel. Valientemente trató de desentenderse del efecto que produjo en su cuerpo el contacto.

—Hay una cosa que debes entender de mí, querida mía —dijo, colocando las manos sobre sus brazos. La sintió ponerse más rígida cuando la giró suavemente para que lo mirara—. He llevado una vida dura; no estoy acostumbrado a ninguna influencia más blanda.

Ella mantuvo las pestañas bajas, negándose a mirarlo.

—Nunca tuve una madre ni hermanas que se preocuparan o lloraran por mí —continuó él—. Mi padre murió también, hace muchos años, y no tengo ningún otro pariente vivo. Los amigos que he tenido han sido soldados como yo, que comprenden bien las realidades de nuestra profesión, que saben que la muerte nos va a la zaga. Lamento mi desconsi-

deración, pero, para ser franco, sencillamente no estoy acostumbrado a pensar que mi vida tenga alguna importancia para nadie.

—Eso... eso porque eres un hombre muy estúpido —dijo ella, sorbiendo por la nariz, pero cedió un poco y apoyó la frente en su pecho.

Remy le depositó un ligero beso en la coronilla sobre el pelo dorado.

—¿Me perdonas?

Ella no contestó, pero se apretó a él de una manera mucho más elocuente que cualquier palabra, y apoyó la cara en su hombro. Él la rodeó con los brazos, estrechándola, abrazándola como siempre había soñado.

Se sentía como si pudiera contentarse con tenerla abrazada así eternamente, pero ella se liberó de sus brazos y se limpió las últimas lágrimas con el dorso de la mano. Ya no parecía enfadada, pero su tono seguía siendo agraviado cuando le preguntó:

—¿Y cuándo exactamente pensabas anunciar tu presencia? ¿Por qué me has estado siguiendo a escondidas toda la noche?

—No me escondía —protestó Remy, pero al instante hizo un mal gesto—. Muy bien, tal vez sí. Estaba esperando un momento oportuno para presentarme a ti, y cuando esta noche te vi salir sola por esta peligrosa ciudad, me pareció que no tenía otra opción que seguirte.

—¿Para ver qué hacía? —preguntó ella, ceñuda.

—Sí —contestó él, sin dejarse intimidar por el ceño—. Has sido muy imprudente, Gabrielle, al salir a vagar por esta maldita ciudad sola, para ir a visitar una decrépita casa abandonada. ¿Qué demonios fuiste a hacer ahí?

En la cara de Gabrielle apareció una expresión rebelde, y él creyó que no le iba a contestar. Entonces ella se encogió de hombros.

—Si has de saberlo, Nicolas Remy, quería intentar llamarte de vuelta del mundo de los muertos.

—¿Qué?

—Hay una bruja que vive escondida en esa ruinosa casa, que es especialmente hábil en el arte de la nigromancia. Hicimos una sesión de espiritismo para contactar con tu espíritu.

Remy la miró boquiabierto. La mayor parte de su vida había sido un hombre sencillo y sumamente práctico, escéptico de cualquier cosa que oliera a magia o superstición. Pero sus experiencias con la Reina Negra y las hermanas Cheney habían modificado para siempre la sencilla visión que tenía del mundo. En particular, aquel verano en la isla Faire había visto y aprendido de Ariane lo suficiente para reaccionar horrorizado a la tranquila declaración de Gabrielle.

—¡Nigromancia! —exclamó—. Eso es magia negra de la peor clase. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba desesperada. Necesitaba verte una última vez, hablar contigo. —Le tembló el labio y se lo mordió para estabilizarlo—. Para pedirte perdón.

—Gabrielle, ¿qué has hecho para que yo tenga que perdonarte?

—Pensaba que habías muerto por mi culpa.

—¿Por tu culpa? —repitió él, atónito—. La masacre de la Noche de San Bartolomé no fue obra tuya, Gabrielle. Aun en el caso de que hubiera muerto, ¿cómo podía ser culpa tuya eso?

—Porque te devolví tu espada y te envié a París a... a morir.

—Tú no me enviaste. Yo tenía que venir. Mi rey estaba en peligro.

Gabrielle negó con la cabeza.

—Aún así yo debería haberte impedido marcharte. Yo sabía lo atraído que te sentías por mí. Debería haber sido más amable contigo. Debería haberte retenido a salvo en la isla, aun cuando eso significara hacerte mi cautivo. Aun si... si hubiera tenido que seducirte para lograrlo.

—¡Dios mío, Gabrielle! —Remy le cogió la cara entre las manos y la reprendió—: ¿Crees que yo te habría permitido eso? ¿Crees que soy el tipo de hombre que hubiera dejado alegremente de lado su honor y, peor aún, se hubiera aprovechado así de tu virtud? No, querida mía, y más aún, tú no podrías haberte comportado de esa manera tampoco. Tu sentido del honor no te lo habría permitido en ningún caso.

—Mi honor —dijo Gabrielle en voz baja.

—Sí, tú sólo eras una niña inocente, aunque la más hermosa que había visto en mi vida. —Le acarició las mejillas con las yemas de los pulgares—. Reconozco que estaba hechizado por ti. Pero tenía que poner primero mi deber hacia el rey de Navarra. Por mucho que te quisiera, nada podría haber sido diferente.

Gabrielle se había quedado muy quieta mientras él la acariciaba. De pronto le cogió las muñecas y le apartó las manos de su cara.

—Sí, tienes razón —dijo, en tono monótono—. Nada podría haber sido diferente. Gracias por recordarme eso.

Se apartó bruscamente de él, dejándolo con la deprimente sensación de que acababa de decir algo terrible. Siempre había sido torpe en sus tratos con las mujeres, y muy especialmente con Gabrielle. En lugar de perorar sobre su deber tal vez debería haberle dicho lo mucho que la adoraba, que marcharse de la isla Faire, creyendo que nunca más

volvería a verla, había sido lo más difícil que había hecho en su vida.

Pero la expresión que tenía Gabrielle en la cara distaba mucho de ser alentadora. Algo se había apagado en sus ojos cuando se dirigió al ropero y comenzó a hurgar entre sus vestidos y enaguas. Él debería haberse sentido aliviado al verla buscando algo con qué cubrirse, pero era como verla armándose en contra de él. Ella eligió una bata de brocado dorado sin adornos que parecía costar más dinero del que podría ganar un soldado en todo un año.

—Y después de todo este tiempo, ¿qué te ha traído a verme?

—Necesito tu ayuda en una cosa —tuvo que reconocer él, de mala gana.

—¿Sí?

—Y... y deseaba volver a verte otra vez—se apresuró a añadir.

Eso quedaba corto, pensó. En esos años ella nunca había estado lejos de sus pensamientos ni fuera de su corazón, pero le pareció inútil intentar decírselo en ese momento. La fría sonrisa que ella le ofrecía, parecía brillar como una estrella lejana.

—Muy bien. ¿Por qué no te sientas, entonces, mientras yo me pongo presentable? Después puedes regalarme los oídos con tus aventuras de estos tres años pasados y decirme en qué te puedo ser de utilidad, capitán Remy.

¿Capitán Remy? ¿Qué demonios? Remy frunció el ceño, pensando qué pudo haber dicho o hecho para producir ese cambio en una mujer que había estado a punto de fundirse en sus brazos sólo un momento antes. Pero antes que pudiera preguntárselo, ella había desaparecido detrás de un biombo de madera en el otro extremo de la habitación. No tenía ningún

derecho a esperar que pudiera resultar algo de sus sentimientos por ella. Nunca lo había tenido. Pero se sentía como si hubiera tocado el cielo y sin saber cómo lo hubiera dejado deslizarse por entre sus dedos.

5

Gabrielle pasó un brazo y luego el otro por las mangas, acomodándose la bata sobre los hombros y comenzó a abotonársela. El biombo de intrincados dibujos labrados en la madera la ocultaba de la mirada de Remy, pero no se había retirado ahí por ningún sentimiento de pudor.

Era demasiado tarde para eso, después de haberse paseado furiosa por la habitación con su diáfano camisón. Pero había hecho algo peor que revelarle los secretos de su cuerpo. Le había enseñado su corazón también, revelándole todos los secretos que durante tanto tiempo se había negado a reconocer incluso para sí misma.

Quería a Nicolas Remy, mucho más de lo que deseaba quererlo. Claro que no estaba enamorada de él, eso no, era incapaz de enamorarse. Pero cuando pensaba en todo lo que había sufrido por él esos años deseaba golpearle el pecho con los puños, zarandearlo y gritarle: «¿Por qué? ¿Por qué no me mandaste a decir que seguías vivo? Si yo no te hubiera creído muerto habría... habría...»

¿Habrías hecho qué?, se burló una voz en su interior. ¿No te habrías hecho cortesana? ¿Te habrías reservado para él? No. En eso no había tenido nunca la menor duda. Gracias a Etienne Danton, ya era demasiado tarde cuando conoció a Remy. Su alegría al descubrir que Remy estaba vivo la había hecho olvidarse de sí misma por un momento, olvidar quién era, qué

estaba destinada a ser, y eso no era la esposa ruborosa de ningún hombre.

Mientras se abrochaba los botones de marfil, resonó la triste voz de Remy en su mente: «Nada podría haber sido diferente». Esas palabras la volvieron brusca y dolorosamente a la realidad, pero tenía que agradecerle que se lo hubiera recordado, antes de hacer más el ridículo con él de lo que ya lo había hecho, besándolo, desmayándose en sus brazos, casi olvidándose de todas las ambiciones que le habían permitido sobrevivir esos años.

Levantó la vista y miró el espejo montado en la pared, que le reflejó la dorada corona de oro de su pelo, la blanca piel y las facciones delicadas que le envidiaban tantas mujeres. Lo único que vio fue a una mujer atormentada por el conocimiento de que su belleza sólo era una fachada, un delgado disfraz para ocultar las manchas negras de su alma. Una cosa era hechizar a un hombre, embobarlo y hacerlo su esclavo; de eso era capaz. Pero inspirar un amor verdadero, eso era una magia que no poseía.

Remy la encontraba hermosa. Lo más probable era que incluso creyera que la amaba. Pero ¿cómo podía amarla si ni siquiera la conocía? Si la conociera, jamás relacionaría con ella palabras como «amor» e «inocencia».

Pero ¿qué diablos importaba lo que Remy pensara de ella? Hacía mucho que había comprendido que es mejor ser la amante de un noble rico que la esposa de un soldado pobre. Seducción, ahí estaba el verdadero poder de una mujer. Y poder significaba la capacidad de proteger a su familia y a sí misma de las maquinaciones de la Reina Negra; significaba ser fuerte, invulnerable al tipo de heridas que infligían los hombres predadores como Danton. E incluso a las heridas no intencionadas causadas por un hombre galante y honrado como Remy.

Según Nostradamus, su destino estaba determinado. Estaba destinada a ser la mujer más poderosa de toda Francia, la amante del rey de Remy, Enrique de Navarra. ¿Cómo reaccionaría Remy a eso?, pensó. ¿Se quedaría pasmado? ¿Le dolería? ¿Se enfurecería? ¿Le daría la espalda con repugnancia o haría todo lo posible por persuadirla de abandonar sus planes y marcharse de París?

Eso no lo haría jamás. París era el lugar donde le correspondía estar. Si alguien debía marcharse era Remy. La ciudad era tan peligrosa para él en esos momentos como hacía tres años. Sonrió amargamente ante la ironía. Había esperado, rezado, incluso se había arriesgado a cruzar el umbral del mundo de los muertos por verle una última vez. Y ahora que lo tenía de vuelta tendría que hacer todo lo posible por convencerlo de que se marchara.

Cerró los ojos un momento, desesperada, y luego se obligó a rehacerse. Terminó de abotonarse hasta el último botón, que le cerraba el cuello alto en forma parecida a una gorguera. Con los ágiles movimientos que le daba una larga práctica, se recogió el pelo y lo cubrió con una redecilla adornada por diminutas perlas. El espejo le reflejó a una mujer orgullosa y distante.

Echando una última mirada a su imagen, salió de detrás del biombo. Había tardado tanto que se imaginaba que encontraría a Remy paseándose impaciente. Pero él estaba esperando delante del imponente hogar, con el aspecto de sentirse lo más incómodo que podría sentirse un hombre dejado solo para que se las arregle como pueda en una habitación absolutamente femenina.

Ya habían limpiado el hogar para el verano, y los morillos de latón estaban relucientes. Los contornos de mármol estaban labrados con caprichosas figuras de delfines y sirenas,

a cada lado de la repisa se alzaba un candelabro de brazos, y en el amplio espacio había montones de objetos, abanicos, un libro de poemas encuadernado en piel, un reloj de arena y unas cuantas cintas para el pelo dispersas.

Un objeto en particular había atraído la atención de Remy. Parte de la tensión de su cara se relajó cuando cogió el pequeño retrato de la repisa. Era un retrato de Miri, su hermana pequeña, una de las pocas cosas que se había traído de casa.

Mientras Remy examinaba el retrato se suavizó la tensión de su boca con una sonrisa. Su distracción le permitió a ella hacer lo que no había podido hacer antes: contemplarlo largamente, y la sobrecogió lo que vio.

Remy había cambiado en cosas que iban mucho más allá de su descuidada apariencia. Estaba más delgado, parecía más duro de lo que ella recordaba; parecía un hombre que da muy poca importancia a comer y dormir, aparte de lo necesario para la subsistencia.

Gabrielle deseó instarlo a descansar mientras ella ordenaba que le prepararan una comida decente y un baño caliente para remojar sus cansados huesos. Deseó quitarle esa ropa polvorienta y sucia por el viaje, embromarlo para hacerlo reír, como solía hacer antes. Meterlo en su cama y acariciar las arrugas de preocupación de su frente mientras él caía en un muy necesitado sueño. Y luego...

Retuvo el aliento y controló su desbordada imaginación. Era estúpido tener esos pensamientos por un hombre del que acababa de decidir debía librarse. Sobre todo el pensamiento relativo a llevarlo cerca de su cama.

Se armó de valor, con enorme dificultad recuperó su expresión distante, y caminó hacia él. Él levantó la vista al oír el frufrú de la falda. Pero al mirarla se desvaneció la sonrisa que

tenía en la cara mientras miraba el retrato de Miri. Nuevamente se le tensó la boca, en un gesto mezcla de decepción y confusión; estaba claro que vio el cambio producido en ella y no le gustó.

Gabrielle se fortaleció amparándose detrás de una radiante sonrisa.

—Perdona que haya tardado tanto en arreglarme. ¿Qué vas a pensar de mis modales, capitán Remy? ¿Te he hecho esperar mucho?

—No —musitó él. Volvió a mirar el retrato en miniatura que tenía en la mano—. Estaba admirando este retrato de Miri. El parecido es extraordinario. Está tal como la recuerdo.

—¿Sí? ¿Te parece?

Se le debilitó un tanto la frialdad al coger el retrato de la mano de Remy. Él tenía razón. El retrato era muy fiel. Recordó aquel lejano día de primavera en el jardín en que lo pintó, el aire impregnado por el dulce olor de las hierbas de Ariane, el zumbido de las abejas entre las flores, un día en que su magia para pintar estaba más fuerte que nunca.

Inclinada sobre ese óvalo de marfil, trabajando con su pincel más fino y los colores más suaves, logró captar a la perfección a su hermana pequeña, tarea nada fácil con Miri, siendo la niña hada que era. En el retrato había captado esa parte etérea de la niña, tan esquiva como un rayo de luna. Miri estaba algo inclinada, con su pelo rubio plata, casi blanco, cayéndole sobre un hombro, sus brillantes ojos color mercurio bailando de impaciencia, como si pudiera desaparecer en cualquier momento para ir a jugar con los elfos en el bosque o a buscar unicornios.

Ya no se podía decir cuánto se parecía Miri a ese retrato. Hacía más de dos años que no la veía, y sólo Dios sabía cuándo volvería a verla, si es que volvía a verla. Ese pensamiento

le produjo una oleada de tristeza por su hermana pequeña, que estaba tan perdida para ella como su magia.

Cayó en la cuenta de que Remy la estaba mirando con demasiada intensidad. Se sintió incómoda.

—¿Este retrato es una de tus pinturas, Gabrielle?

—Sí, lo pinté cuando tenía tiempo para esas tonterías. —Le devolvió el retrato aparentando la mayor indiferencia—. Claro que Miri ha crecido muchísimo desde entonces. Dudo que la reconocieras si la vieras.

—Creo que no la reconocería —concedió Remy, sonriendo tristemente.

Yo tampoco, pensó Gabrielle, reprimiendo un suspiro por la punzada de pena que sintió.

—¿Y Ariane? ¿Cómo está la señora de la isla Faire? —preguntó Remy, poniendo el retrato donde lo encontró.

Paseó la vista por la repisa, como si esperara encontrar un retrato de Ariane también, y se quedó desconcertado al no encontrar ninguno.

Porque ella no podría soportar mirar la imagen de la hermana que ahora la despreciaba, pensó Gabrielle. Porque el retrato sería un muy doloroso recordatorio de las amargas palabras que se dijeron al despedirse. Consiguió contestar alegremente:

—Ah, Ariane se casó con Renard y ahora vive feliz para siempre con su gran ogro en su castillo.

Aunque Remy sonrió la reprendió amablemente:

—¿Por qué siempre has de hablar de Renard con tanto desprecio? Es un hombre bueno, y nos salvó la vida a todos la noche en que vinieron los cazadores de brujas.

—Eso lo sé, y le tengo mucho cariño a mi grandullón cuñado. Pero el conde y yo siempre hemos encontrado un especial placer en insultarnos. Solíamos volver loca a Ariane.

Una vez nos amenazó con tenernos encerrados en nuestras habitaciones hasta que nos portáramos mejor. —Sonrió tristemente, recordando—. Nuestras peleas nunca fueron serias, hasta que...

—¿Hasta que...?

Gabrielle se mordió el labio, fastidiada consigo misma por haber sacado el tema. Continuó de mala gana:

—Hasta que se le metió en la cabeza la estúpida idea de que debía encontrarme marido. Que yo nunca estaría feliz y contenta mientras no estuviera casada.

—¿Es tan estúpida esa idea, Gabrielle? —preguntó Remy amablemente.

Para ella lo era. Le habría divertido ver a Renard haciendo de casamentero para ella si no hubiera sido también insoportable la idea de un noble tan deseoso de hacerse con la dote que ofrecía Renard que estaría dispuesto a pasar por alto la realidad de que recibía mercancía dañada. O peor aún, que hechizado por su belleza se hubiera creído enamorado de ella, algo que no habría podido corresponderle jamás. ¿Y cuando su futuro esposo hubiera descubierto la verdad? ¿Qué?

Sabía que había maneras para que una mujer inteligente engañara a su marido haciéndolo creer que había adquirido una esposa virgen. Pero la sola idea de ese engaño le daba asco. No, mejor decirle la verdad inmediatemente al hombre para que quedara avisado.

Entonces, ¿por qué seguía renuente a revelarle la verdad a Remy? Sintiendo el peso de sus serios ojos oscuros sobre ella, finalmente le contestó:

—Era estúpido que Renard me buscara marido por muchos motivos, pero principalmente porque yo no tenía ningún interés en casarme con un patán provinciano y quedarme enterrada toda la vida en el campo.

Con el fin de cambiar de tema, fue hasta la mesilla de noche donde siempre tenía un jarro de vino y una copa de cristal para apagar la sed si se despertaba por la noche.

—¿Te apetece un poco de vino del Rin, capitán Remy? —le dijo por encima del hombro—. Podría despertar a mi cocinera para que te sirviera una cena tardía abajo.

—¿Quieres decir en esa enorme mesa que vi abajo, esa que tiene el largo de un campo de batalla? —Hizo un mal gesto—. No, creo que no estaría lo bastante elegante para ese lujo.

—Porque está claro que no has cuidado de ti como debes, lo que hacen la mayoría de los hombres si se los deja obrar a su entero capricho. —Sirvió el vino y fue a ofrecérselo—. Estás tan pálido como el fantasma que creí que eras. Tal vez un poco de vino le devuelva algo del color a tu cara. —Le puso la copa en la mano, diciéndole en tono severo—. Ten, bebe.

—Sí, señora —contestó él, desmintiendo la mansedumbre de su tono con el brillo de una sonrisa en los ojos.

Cuando bebió el primer sorbo, hizo un ligero gesto de dolor y entonces fue cuando Gabrielle vio que tenía el labio partido, donde ella lo golpeó.

El remordimiento la hizo olvidar la frialdad.

—Ay, Señor, Remy, ¿yo te hice eso? —Le pasó suavemente el dedo por el labio y se sintió consternada al notar que lo tenía hinchado también—. Oh, lo siento, lo siento tanto.

Aunque él volvió a hacer un gesto de dolor y le cogió la mano, le dijo:

—No tiene mucha importancia, querida mía. He recibido golpes peores, pero tal vez ninguno más merecido. Después de todo lo que hicisteis por mí tú y tus hermanas, debería haber encontrado una manera de haceros saber que estaba vivo. —Le besó suavemente los dedos—. Es natural que hayas estado furiosa conmigo.

El ligero y breve beso le hizo hormiguear toda la piel a Gabrielle, así que se apresuró a apartarse.

—Natural, tal vez —concedió—, pero no cortés, capitán.

—Y ¿eso es lo que pretendes ahora, que seamos corteses entre nosotros? —preguntó, él, perplejo.

Ella alzó el mentón y esbozó una resuelta sonrisa.

—Pues claro, ¿por qué no ha de haber cordialidad entre nosotros? Ha pasado mucho tiempo, pero seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—Sí, «amigos» —concedió él, pero su intensa mirada contradecía esa palabra.

Alargó la mano para meterle una guedeja de pelo detrás de la oreja y después dejó la mano en la mejilla. A ella siempre la había maravillado que esas manos tan duras y callosas pudieran ser tan suaves al acariciar. La caricia era una seducción en sí misma.

Sintió pasar un estremecimiento de excitación por toda ella. Todo era culpa del beso que se dieron antes. Siempre había sabido que sería un error besar a Nicolas Remy. Ese único momento de locura le había derrumbado el muro de reserva alrededor del corazón que había tardado años en construirse.

Apartó la cara, y dijo, nerviosa:

—Por desgracia, ya no tengo todo el tiempo libre que podría desear para dedicar a mis viejos conocidos. Mi vida en París es muy diferente de la que llevaba en la isla Faire.

—Eso he oído —dijo Remy. Desapareció de sus ojos el brillo de ternura; bebió un largo trago de vino y la miró con el ceño muy fruncido—. ¿Qué haces aquí en París, Gabrielle, tan lejos de tu familia y tu terruño?

Esa era la pregunta que había estado temiendo. El corazón se le paró un momento al pensar qué habría oído Remy

acerca de ella. Según le contaban, en algunas tabernas se hacían apuestas sobre cuál sería su próximo amante.

Pero fuera cual fuera la habladuría que hubiera llegado a sus oídos, estaba claro que Remy no deseaba creerla. Su mirada buscaba la suya como deseando confirmar que pese a todas las pruebas en contra, ella seguía siendo la niña inocente que él siempre se imaginó que era.

Entonces, ¿por qué no decirle claramente la verdad y asunto concluido? Abrió la boca, pero no le salió ningún sonido. Simplemente no podía decírselo, decir las palabras que lo desilusionarían, que acabarían para siempre con cualquier sentimiento que él tuviera por ella. Maldiciéndose por ser una cobarde, desvió la vista de su escrutadora mirada. Se dirigió hacia una ornamentada mesita rectangular adosada a la pared de enfrente de su cama. Sobre la brillante superficie había un buen surtido de frascos de loción, botes de crema y los frasquitos de seductores perfumes que le preparaba Cassandra. Desenroscó la tapa dorada de un bote y con el dedo sacó un poco de crema para mantener las manos lo más blancas y suaves posible.

—Siempre supiste que yo ansiaba marcharme de la isla Faire, capitán —contestó al fin, dándose crema en la piel—. Ansiaba viajar, experimentar toda la emoción y diversión de una gran ciudad.

Él fue a ponerse junto a la mesa apoyando los anchos hombros en la pared, de modo que ella no pudiera evitar sus ojos.

—Sí, pero ¿cómo adquiriste esta inmensa casa? Perdóname, pero yo creía que la fortuna de tu familia se perdió cuando tu padre no volvió de su viaje de exploración.

—Y se perdió —repuso ella, poniéndose crema en las yemas de los dedos, con el fin de que su ligero temblor no dela-

tara sus nervios—. Esta casa pertenece... mejor dicho, perteneció, a una mujer llamada Marguerite Maitland. La amante de mi padre —añadió, en el tono más indiferente que pudo.

—¿Su amante?

—Muchos hombres las tienen, capitán Remy —dijo ella.

—Lo sé. Pero había oído... siempre pensé...

Remy titubeó y bebió otro sorbo de vino.

—Oíste todas las historias que se cuentan sobre el gran romance entre el gallardo caballero Louis Cheney y Evangeline, la bella señora de la isla Faire. —Creía haber superado años atrás el dolor de descubrir la traición de su padre, pero sintió salir en su voz la vieja amargura—. Por desgracia, sólo eran eso, simples historias bonitas. Mientras declaraba profesar amor eterno a mi madre, mi padre mantenía a esa otra mujer, madame de Maitland, aquí en París, colmándola de vestidos, joyas, y esta casa.

Remy asimiló la revelación en silencio, pensativo, mirando ceñudo su copa.

—Sigo sin entender qué haces «tú» aquí, viviendo en la casa de una... de una...

No acabó la frase, pero no tenía por qué. Por su tono censurador, se adivinaba fácilmente lo que quería decir: una puta, una furcia, una guarra. Aunque mantuvo la cara impasible, una parte de ella se encogió, pensando cómo la llamaría Remy cuando se enterara de que no era tan diferente de Marguerite. Cogió un pequeño cepillo de cerdas duras y empezó a cepillarse las uñas.

—Después que declararon muerto a mi padre, la señorita Maitland tuvo un ataque de arrepentimiento. Decidió retirarse a un convento, pero antes de hacerlo ofreció esta casa y sus joyas a mis hermanas y a mí.

—¿Y tú aceptaste, Gabrielle? —preguntó él, muy serio—. ¿No te pareció una traición a la memoria de tu madre?

Gabrielle se ruborizó.

—Hablas igual que Ariane. Todo sentimental y poco práctico. Fue el dinero de mi padre el que pagó todo esto. ¿Por qué no debía aceptar el ofrecimiento?

—Veo la justicia de eso —concedió Remy—, pero...

Gabrielle comprendió que él deseaba hacerle más preguntas, pero vacilaba, tal vez porque temía las respuestas. Dejó el cepillo en la mesa y se alejó diciendo:

—Basta de hablar de mí. Preferiría saber lo que has hecho tú estos tres años pasados.

—No encontrarías muy interesante la narración, Gabrielle —repuso él, haciendo girar el vino en la copa.

Ella se dirigió al asiento de la ventana y se sentó en el cojín bordado.

—De todos modos, insisto en oírlo.

En los viejos tiempos habría dado una palmadita en el cojín invitándolo a sentarse amigablemente a su lado. Pero en esta ocasión le indicó un sillón de respaldo alto que estaba a una distancia prudente.

—Siéntate, capitán, y cuéntamelo todo.

Él miró hacia el sillón, pero no hizo ademán de ir a sentarse. Fue a colocarse junto al hogar, con la mano ahuecada en la copa. Algo se apagó en sus ojos cuando ella le preguntó por esos tres años pasados.

—¿Contártelo todo? No sabría por dónde empezar.

—¿Por qué no empiezas con lo que te ocurrió esa Noche de San Bartolomé?

—No podría haber una historia menos entretenida que esa para antes de acostarse.

Apretó con tanta fuerza la copa que a Gabrielle la sorprendió que no se quebrara. Sin duda a Remy le resultaba difícil hablar de esa terrible noche, y se odió por infligirle más

sufrimiento. Pero para ella había sido doloroso también, cuando lo creía muerto, imaginarse los horrores que tuvo que sufrir cuando lo mataron. Necesitaba saber lo que verdaderamente le ocurrió.

—Por favor, Remy —dijo en tono más amable—. Por lo menos dime cómo sobreviviste a esa noche. Renard dijo que te habían herido, herido mortalmente. Pensó que estabas muerto, si no no te habría dejado ahí.

—Eso lo sé. El conde es un hombre honrado y valiente. Me alegra que lograra escapar con vida.

—Sí, pero ¿cómo escapaste tú?

Remy bebió otro largo trago de vino, y casi vació la copa.

—Me salvó un lobo.

—¡Qué! —Si Remy no hubiera estado tan serio habría imaginado que estaba bromeando—. ¿Un lobo? ¿Aquí en París?

A Remy se le aflojó un tanto la tensión de los hombros. Se le curvaron los labios, como si un recuerdo lo divirtiera a su pesar.

—Martin le Loup, un joven ladronzuelo especializado en despojar de la bolsa a los transeúntes. Vio mi cuerpo despatarrado en la calle y le gustaron mis botas. Al muchacho se le ocurrió entonces... liberarme de ellas.

Gabrielle lo miró horrorizada, imaginándose la escena: Remy herido, impotente, mientras un ratero intentaba robarle antes que su cuerpo se hubiera enfriado. No entendía que Remy pudiera sonreír ante tamaña crueldad. Apretó los puños en la falda.

—Menudo canalla grosero. Deberían haberlo colgado, arrastrado, descuartizado.

Remy se encogió de hombros.

—Si hubiera estado muerto, las botas no me habrían sido de ninguna utilidad. Pero cuando Martin me tocó emití un

gemido tan fuerte que casi le dio un ataque de apoplejía. Podría haber terminado de quitarme las botas y huido. Yo no podría habérselo impedido. Pero se las arregló para arrastrarme a un lugar seguro, y me dejó bien escondido de la multitud enloquecida para ir a buscar a alguien que me curara las heridas, a un anciano sacerdote muy hábil en las artes curativas. —Arrugó la frente, pensativo—. Ni siquiera sé su nombre ni por qué decidió ayudarme. Era muy peligroso hacer eso. La Noche de San Bartolomé no era el mejor momento para que un católico fuera sorprendido tratando de salvar a un soldado protestante. En cuanto a Martin, nunca lo he entendido tampoco. Por lo general es un muchacho muy práctico, bueno para cuidar su pellejo.

Remy no lo entendía, pero ella sí, pensó Gabrielle. Un hombre tan generoso como Nicolas Remy, sincero, valiente, honrado hasta la médula de sus huesos, hacía aflorar lo mejor en los demás, les inspiraba el deseo de servirlo, aun contra todo lo que les dictara la prudencia y el juicio. Al ver que Remy continuaba en silencio, lo alentó:

—Así que te salvó ese lobo persona y un anciano sacerdote. ¿Qué ocurrió después?

—Martin es un muchacho de muchos recursos. Cuando ya estuve bastante recuperado, me sacó de París a escondidas. De ahí nos fuimos al extranjero.

—¿Adónde?

—Primero a Irlanda, después a Inglaterra.

—Y ¿qué hacías?

—Trabajar, viajar, existir.

La mirada de Gabrielle subió por su alto cuerpo hasta dirigirle una mirada de frustración pura. Remy nunca había sido muy conversador, pero comenzaba a pensar que sería más fácil sacarle una muela que alguna información.

—Así que pasaste tres años vagando por el campo inglés, y después ¿qué? ¿Una mañana despertaste y decidiste que era hora de volver?

—Algo así —contestó él.

Pasó los dedos por el pie de la fina copa de cristal tallado. Ella vio que su silencio no era el normal de siempre. Quería ser evasivo.

—¿Por qué? —insistió—. ¿Por qué has vuelto?

—Estoy comenzando a pensar que no debería haber vuelto.

—¿Qué? ¿No haber vuelto a París?

—No, no debería haber vuelto a verte.

Esas palabras la hirieron en lo más hondo y no pudo ocultarlo. Cuando la vio encogerse, él se apresuró a continuar.

—No quise decir que no deseara verte. Lo deseaba. Demasiado. Sólo quise decir que mi vida ha dado un giro algo desesperado, y me lo he pensado mejor con respecto a meterte a ti.

—Estuve metida en tu vida antes —dijo ella.

—No por elección mía. Fui un condenado estúpido ese verano, al ir a la isla. Estaba tan obsesionado con mi búsqueda de justicia que no me detuve a pensar en el peligro que todo eso conllevaba. —Apuró el vino y dejó la copa en la repisa del hogar—. Tú nunca entendiste del todo la naturaleza del mal que había descubierto, el motivo de que me convirtiera en fugitivo.

—¡Vamos, por el amor de Dios! —exclamó Gabrielle, poniendo en blanco los ojos.

Seguía fastidiándola que Remy le hubiera contado todos sus peligrosos secretos a Ariane y hubiera perseverado en tratarla a ella como si fuera una niña inocente no mayor que Miri. Sintió una enorme satisfacción al informarlo:

—Yo lo sabía todo sobre cómo Catalina de Médicis asesinó a tu reina Juana de Navarra.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. Tú sospechabas que tu reina fue envenenada, y encontraste la única prueba, un par de hermosos guantes blancos. Cuando huiste a París, robaste los guantes y se los trajiste a Ariane, con la esperanza de que ella pudiera ayudarte a demostrar que los guantes habían sido envenenados. ¿Es correcto hasta aquí?

—Sí —dijo él, aunque ceñudo por la sorpresa—. ¿Así que Ariane finalmente decidió contártelo todo?

—No, yo sola lo descubrí casi todo. Cuando encontré los guantes que ella había escondido en nuestro taller, se me ocurrió ponérmelos.

—¡¿Qué?! —Remy la miró consternado, y luego confundido—. Entonces, ¿yo estaba equivocado? Los guantes no estaban envenenados.

—Ah, sí que estaban envenenados —dijo ella, irónica—. Casi me muero.

—¡Gabrielle!

Remy estaba tan pálido por el horror que ella lamentó habérselo dicho. Entonces él fue a sentarse a su lado, le cogió las manos y se las apretó con fuerza.

La preocupación que manifestaba su cara era tan tierna como para derretirle el corazón a cualquier mujer, y Gabrielle tuvo dificultad para resistirse. Sin querer entrelazó los dedos con los de él y se los apretó también.

—¡Dios mío, cuánto lo siento! —exclamó él, con voz ronca—. Debería haberte dicho la verdad sobre Catalina y los guantes. Si te hubiera ocurrido algo, yo no habría podido jamás... no habría podido...

Se interrumpió, tan afligido por la culpabilidad que ella tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no abrazarlo. Lo único que pudo hacer para resistir el impulso fue soltarse las manos y retirarse del asiento.

—Vamos, no armes tanto alboroto —dijo, y la voz no le salió tan firme como habría querido—. Está claro que no me morí. Renard llegó al rescate. Logró preparar un antídoto. Y, por cierto, el conde sabe más de la práctica de la magia negra de lo que debería saber un hombre. Si hubiéramos sabido eso antes, podrías haberle llevado a él los guantes. Por desgracia, ya no los tenemos. Cuando todos creímos que habías muerto, nos vimos obligados a hacer las paces con la Reina Negra lo mejor que pudimos.

Apretó los labios al recordar lo mucho que la amargó, cómo le royó hasta la misma alma declarar una tregua con la mujer que amenazó a su familia, la vil bruja a la que culpaba de la muerte de Remy. Había jurado hacerla pagar caro algún día.

Pero era un juramento que no había podido cumplir, y contemplando a Remy la asaltó la sensación de que le había fallado.

—Cuánto lo siento, Remy —dijo—. Nos pareció que no teníamos otra opción. Catalina había capturado a Renard. Tuvimos que entregarle los guantes para salvarle la vida.

—Ah, malditos esos guantes. Como si yo hubiera tenido alguna posibilidad de llevar a la justicia a esa malvada mujer. Fue una empresa de locos. Lo único que conseguí fue que casi te murieras.

Se inclinó, abatido, con las manos colgadas entre las rodillas, en actitud de absoluta y amarga derrota.

A Gabrielle le hormiguearon los dedos del deseo de alisarle las arrugas de preocupación de la frente, de librarlo de esas sombras que lo atormentaban. Tuvo que apretar fuertemente los pliegues de la falda de la bata para combatir el impulso.

—No seas tonto. Si me hubiera muerto se habría debido más que nada a mi curiosidad e impulsividad, no a ninguna

culpa tuya. Tal vez habrás notado —añadió con una traviesa sonrisa— que a veces soy un poco temeraria.

Sus palabras no consiguieron la sonrisa de Remy que había esperado. Su boca continuó apretada en una severa línea de reproche a sí mismo.

—Nunca habrías estado en ningún peligro si yo no lo hubiera llevado a tu puerta. Y aquí estoy otra vez de vuelta... —Expulsó el aliento en un soplido, como de repugnancia de sí mismo—. No debería haber venido. Perdóname.

Dicho eso se levantó, y echó a caminar hacia la puerta como si no debiera volver a mirarla. Gabrielle estaba tan pasmada que no reaccionó al instante, pero cuando comprendió lo que iba a hacer, corrió tras él. Remy ya había entreabierto la puerta. Pero ella se le adelantó y se plantó firme delante para impedirle abrirla más.

—¿Qué vas a hacer?

—Marcharme.

—Y ¿así? ¿Sin decir otra palabra?

Remy no contestó, pero la respuesta estaba muy clara en sus ojos. Iba a salir sigiloso hacia la noche, a desaparecer de su vida como si nunca hubiera vuelto. Y esta vez no volvería a verlo nunca más.

Eso era lo que debía desear, pensó. El regreso de Remy a su vida sólo había servido para confundirla, para remover vulnerabilidades y emociones tiernas que no podía permitirse sentir. Pero la idea de perderlo otra vez le produjo algo muy parecido al pánico.

—¡Cómo te atreves! —exclamó—. Me tienes tres años creyendo que te has muerto y luego vuelves a presentarte en mi vida una noche. Me das un susto de muerte, insinúas unas misteriosas razones para volver, un favor que necesitas de mí. ¿Y ahora cambias de decisión y pretendes volver a desaparecer?

—Será mejor para ti si desaparezco.

—Maldita sea, Nicolas Remy. —Trató de apartarlo de la puerta, pero fue como intentar mover un muro de piedra. Lo miró indignada—. Deja de tratarme como si fuera una inocente damisela necesitada de protección. Soy muy capaz de velar por mis intereses. Simplemente dime qué deseas y yo decidiré si el precio es demasiado alto.

Remy negó con la cabeza, con las mandíbulas muy apretadas. Un instante más y él la haría a un lado y saldría por la puerta. Tratando de ocultar su creciente desesperación, insistió:

—Dime qué necesitas. ¿Un lugar para esconderte? ¿Dinero?

Un vivo rubor le tiñó los pómulos a él.

—¡Por el trueno, Gabrielle! —rugió—. ¿De veras me crees el tipo de hombre que vendría a pedirte dinero?

Se irguió en toda su estatura y una rara chispa de rabia brilló en sus ojos. Ese resentimiento lo hizo apartarse de la puerta. Gabrielle se apresuró a cerrarla.

Le cogió la mano y tirando de él lo obligó a adentrarse más en la habitación.

—Vamos, deja de ser tan burro y dime a qué has vuelto a París. Me conoces bastante bien para saber que no te dejaré en paz mientras no me lo digas.

—Sí, lo sé muy bien. —Se resistió otro momento y al final cedió, exhalando un cansino suspiro—. Muy bien. He vuelto debido a mi rey. La Reina Negra lo tiene prisionero desde la Noche de San Bartolomé, y es mi deber rescatarlo.

—Ah.

Gabrielle le soltó la mano como si se la hubiera quemado. Consiguió mantener una expresión que ocultara que se le había resecado la boca de consternación. Fue hasta su mesilla de noche a fortalecerse con una copa de vino.

Así que Remy había vuelto a París a montar una heroica tentativa de liberar a su rey. La misma causa por la que arriesgó su vida hacía tres años. Amargamente pensó que bien podría haberlo adivinado. El idiota. El idiota insoportablemente noble y temerario.

—Mi información es correcta, ¿verdad? —dijo Remy detrás de ella—. La Reina Negra sigue teniéndolo cautivo, ¿verdad?

—Enrique de Navarra no está languideciendo en la Bastilla, si es eso lo que quieres decir. Es yerno de Catalina después de todo. Tiene sus aposentos en el Louvre, aunque lo tienen vigilado. Muy vigilado.

—De todos modos, es mi deber sacarlo de ahí.

Gabrielle soltó una maldición en voz baja. Maldito Nicolas Remy y su infernal sentido del deber. Se llevó la copa a los labios y volvió a dejarla en la mesilla, sin probar. Se giró y lo miró furibunda:

—Comprendo, no conseguiste que te mataran la Noche de San Bartolomé, así que ahora estás resuelto a volver a intentarlo.

—Confío en que no llegue a eso... con tu ayuda.

—¿Qué crees que puedo hacer yo?

—He oído decir que te reciben en la corte, y se me ocurrió que podrías arreglártelas para hacerle llegar un mensaje al rey, hacerle saber que estoy vivo y que he vuelto para liberarlo. Pero necesito información precisa acerca del lugar donde están sus aposentos, el número de guardias...

Se interrumpió y se pasó la mano por el pelo de diferentes largos. Estaba claro que no había deseado pedirle eso. Pero estaba igualmente claro que necesitaba angustiosamente su ayuda y que una parte de él esperaba que ella aceptara.

—O sea, ¿que quieres que yo haga de mensajera en esta conspiración? —le preguntó francamente.

—Sí —dijo él, mirándola fijamente a la cara.

Gabrielle se vio obligada a girarse para que él no viera la inmensidad de su consternación.

Fue a situarse junto a una de las ventanas altas cerca de la cama. Ah, ¿por qué el maldito no le pedía algo tan sencillo como dinero o un lugar para alojarse? Aparte de sus hermanas, Nicolas Remy era una de las pocas personas del mundo por la que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa. Bueno, casi cualquier cosa, enmendó.

Ya otros habían intentado sacar de París al cautivo Navarra. Y en todos los intentos sorprendieron a los conspiradores y los condenaron a muerte. Pero no se trataba solamente de que no estaba dispuesta a ayudar a Remy a arriesgar su vida en una empresa tan peligrosa; había otro problema en lo que él quería que hiciera.

Enrique de Navarra podía ser el rey de Remy, pero también era el hombre que ella estaba destinada a conquistar como amante, el hombre que estaba destinado a hacerla la mujer más poderosa de toda Francia. No veía cómo podría ocurrir eso si Remy conseguía convertirlo en un fugitivo, huyendo a su insignificante reino en la frontera de España.

Remy apareció detrás de ella. Vio su reflejo en el cristal de la ventana oscurecido por la noche, como un fantasma de su pasado. El espectro de un valiente soldado que en otro tiempo simulaba ser su caballero mientras ella simulaba ser su hermosa dama. Por desgracia, sólo había sido eso, una simulación, y ella ya tenía mucho conocimiento del mundo para que la sedujera un juego de mentirijillas.

Sintió pesado el corazón cuando se giró a mirarlo.

—Perdona, capitán, pero no puedo hacer lo que me pides.

La desilusión le ensombreció los ojos a él, pero ella vio también en ellos un cierto alivio.

—No, Gabrielle, soy yo el que debe pedir perdón. No debería habértelo pedido. El riesgo es demasiado grande. Tienes motivos para tener miedo. Si te sorprendieran llevando mensajes clandestinos...

—No le tengo miedo a eso. Soy muy buena para la intriga.

Apareció una profunda arruga en el entrecejo de él.

—Entonces no entiendo. Si crees que no hay ningún riesgo, ¿por qué no quieres hacerlo?

Gabrielle apretó los labios, deseando haberlo dejado marchar cuando quiso marcharse. Así no tendría que hacer frente a ese momento, no tendría que decirle la verdad. Pero sospechaba que incluso sin su ayuda, Remy continuaría adelante con su peligroso plan. Sólo había una cosa que podría desalentarlo. Si le decía lo de la profecía, lo del destino del rey de Navarra... y el de ella.

Tuvo que tragar saliva para encontrar el valor para hablar. Empezó, vacilante:

—Esto... no quiero ayudarte porque es necesario que Navarra continúe en la corte francesa. Este no es momento para que él desaparezca volviendo a las tierras de Navarra, tan lejos de mí. Porque..., porque lo deseo para mí.

Remy la miró fijamente un buen rato y luego se le endureció la mandíbula.

—¿Qué diablos quieres decir, Gabrielle? ¿Quieres decir que te has enamorado de... de un rey?

—Los reyes son muy iguales a cualquier otro hombre, pero en este caso no tiene nada que ver el amor. Admiro y respeto a Enrique... —titubeó un momento y añadió—: Es mi destino.

—¿Qué tipo de destino te imaginas que podrías tener con Navarra? —preguntó Remy, impaciente—. Ya está casado.

—Tal vez deberías preguntárselo a la bruja a la que consulté esta noche. Entre otras cosas me conjuró el futuro. Navarra va a ser el rey de Francia algún día... —Le costó mirar a Remy a los ojos, pero lo consiguió, y continuó—: y yo voy a ser su querida.

Remy se quedó pasmado y mudo un momento, y luego se alejó unos pasos, y empezó a pasearse, agitado y maldiciendo.

—Condenación, Gabrielle, no deberías jugar con esa magia negra; sabes que no. Y es todo pura tontería, en todo caso. Jamás podrías ser la querida de nadie. Eres una dama noble, eres de buena cuna, de buena crianza...

—Tal vez lo fui un tiempo.

—¡No! ¡Sigues siéndolo!

Se detuvo a mirarla. A pesar de su creciente rabia, tenía el aspecto de un hombre arrinconado, esforzándose por aferrarse a sus ilusiones sobre ella, luchando con tanto empeño como había luchado en incontables y reñidas batallas. Remy no era un estúpido de ninguna manera, pero estaba demostrando ser más obstinadamente ciego de lo que Gabrielle hubiera creído posible. Se le acercó y le apretó fuertemente las manos entre las de él. Cuando habló estaba claro que le costaba un enorme esfuerzo mantener la voz baja.

—Gabrielle, es evidente que la conducta de tu padre te dolió y confundió. Pero no debes permitir que eso te haga cínica ni amargada. No tienes idea de cómo sería vender tu virtud. No podrías —añadió enérgicamente.

—Creo que ya sabes la respuesta a eso —dijo ella.

—¡No! ¡No la acepto! No la acepto mientras no me digas tú la verdad. Dímela.

Gabrielle tuvo que cerrar los ojos un momento para dejar de ver la atormentada cara de ese hombre que tanto deseaba

creer en ella, como nadie había creído jamás. No, no en ella, se dijo. Simplemente deseaba creer en una ilusión que se había hecho de ella, en una Gabrielle que nunca había existido.

Remy le tenía cogidas las manos con fuerza, sin darle cuartel. ¿Así que quería oír todos los dolorosos detalles? Muy bien, pues; se los daría. Logró soltarse las manos y se alejó, haciendo una respiración profunda para fortalecerse. Se situó detrás del sillón y lo miró, adoptando su fachada de hielo, que le había sido útil en todos los momentos dolorosos de su vida.

—Pues claro que sé hacer trueques con un hombre —comenzó, cogiéndose del respaldo del sillón para afirmarse—. ¿Cómo crees que logré llegar a París y apoderarme de esta casa? Ariane se oponía, y Renard me tenía prácticamente prisionera. No me quedó más remedio que huir. Finalmente logré escapar con la ayuda de un mercader de vinos que estuvo de visita en el castillo.

Bajó la vista y fijó los ojos en el cordón dorado que adornaba el sillón, buscando las palabras.

—El señor Duclous era un hombre muy amable, de buen humor —continuó—. Se mostró muy dispuesto a traerme a París a cambio de... de mis favores.

Oyó la fuerte inspiración de Remy, pero no se arriesgó a mirarlo.

—Una vez que llegué a París, el señor Duclous no pudo ayudarme a conseguir lo que verdaderamente deseaba; el acceso a la corte y a los círculos más elevados de la sociedad. Para eso necesitaba al duque de Penthieve.

—No quiero oír más —gruñó Remy. Caminó hasta la ventana y le volvió la espalda, como si así pudiera apagar el sonido de su voz.

—No, maldita sea —exclamó Gabrielle—. Tú lo has pedido y ahora lo vas a oír todo. —Se mordió el labio para que

le dejara de temblar y continuó, implacable—: El señor duque era muy cortés, ingenioso y encantador. Aprendí muchísimo de él. Lamentablemente sufrió unos reveses financieros y se vio obligado a retirarse a su propiedad en el campo. Yo no quería marcharme de París, así que entonces...

—Basta, Gabrielle —gruñó Remy. Tenía un brazo apoyado en la ventana, y la espalda tan rígida que parecía a punto de quebrársele.

—Entonces encontré al marqués de Lanfort. Un muchacho simpático, pero adolecía de la tendencia a escribir horrorosos poemas. Creo que todavía tengo por ahí uno de sus...

—¡He dicho basta! —rugió Remy, tan fuerte que ella se encogió y se quedó en silencio.

Él apretó con tanta fuerza el marco de la ventana que se le estremeció todo el brazo. Cuando se giró a mirarla, a ella se le quedó atrapado el aire en la garganta, temiendo haber ido demasiado lejos. Jamás había visto esa expresión en la cara de Remy; tenía la boca totalmente blanca, las ventanillas de la nariz agitadas, y la respiración rápida, fuerte, avanzando hacia ella. Retrocedió tambaleante hasta llegar al otro lado del tocador, con el corazón retumbante.

Remy pasó la mano bruscamente por la superficie soltando un violento juramento. Los frascos y botes cayeron al suelo y se quebraron. Gabrielle retrocedió, cubriéndose la cara para evitar que le cayeran cristales rotos. Emitió un grito, que era en parte de protesta y en parte de miedo.

Antes que alcanzara a hacer otra respiración, Remy estaba delante de ella. La cogió bruscamente por los hombros y la giró hacia él. Sintió su aliento caliente en la cara, vio sus labios estirados formando una rígida línea de furia. De repente recordó lo que le dijo Cassandra cuando tocó la espada de Remy: «Esta espada me habla de un lado tenebroso de tu

amable caballero». «Lo llamaban el Azote, Gabrielle. Dudo que un hombre adquiera ese apodo debido a su naturaleza dulce y bondadosa.»

—¿Qué te pasó, Gabrielle? —preguntó Remy, con la voz rasposa y los ojos ensombrecidos por la angustia y la rabia—. ¿Cómo has podido cambiar tanto?

Aunque tenía el pulso acelerado, ella alzó el mentón y enfrentó desafiante su negra rabia.

—No he cambiado. Siempre he sido una mujer muy ambiciosa.

—¡No, eso no es cierto! —gruñó él—. Nunca fuiste tan fría y calculadora, dispuesta a hacer cualquier cosa por dinero y poder. Eras inquieta y apasionada, sí, pero siempre honrada e inocente...

—No, no lo era. Ya había tenido mi primer amante cuando te conocí.

Y esas fueron las amargas palabras que le arrojó a la cara. Le enfermaba referirse a Danton como a un amante, pero prefería morir a reconocer la vergüenza que sentía por lo que ocurrió esa calurosa tarde de verano.

Remy masculló una salvaje maldición. Le apretó los hombros con tanta fuerza que ella ahogó una exclamación de agudo dolor, segura de que él quería sacudirla hasta que cayera al suelo desvanecida. Pero de pronto él la soltó y prácticamente la arrojó lejos. Mientras ella intentaba recuperar el equilibrio, él se alejó hasta el otro extremo de la habitación.

A eso siguió un terrible silencio sólo roto por las temblorosas respiraciones que hacía ella para serenarse. Temblando se friccionó los hombros amoratados y contempló los restos de todos esos frascos de perfume que Cassandra le había preparado con tanto esmero.

—Así que ya lo ves —dijo al fin en voz baja—. En realidad nunca me has conocido.

—Está claro que no.

Al parecer su confesión sobre Danton fue el golpe decisivo para él. Su ira se desvaneció con la misma rapidez con que le había venido. Se pasó la mano por la cara y Gabrielle creyó ver morir en sus ojos todas las ilusiones que se había hecho de ella.

Entonces, con las manos en las caderas, Remy miró hacia el cielo raso riendo amargamente.

—¡Señor! Tengo que ser el idiota más grande de todos los tiempos.

No, pensó ella tristemente. Sólo era un hombre honrado que suponía que todo el mundo era igual.

Pasó con cuidado por entre los cristales rotos y las manchas de lociones en la alfombra y se le acercó tímidamente.

—Lo siento si te he herido —dijo—. De verdad, eso es lo último que desearía hacer.

Alargó la mano para tocarle la manga, pero él se la apartó con una expresión de tal desprecio que ella retrocedió. Su rechazo le dolió tanto que deseó rodearse con los brazos como para protegerse de un golpe. Pero si había algo para lo que siempre había sido buena era para coger sus heridas y ocultarlas donde nadie pudiera verlas. Mantuvo los brazos a los costados y lo miró altivamente, majestuosa como una reina.

—Por lo menos ahora entiendes por qué no voy a ayudarte en ninguno de tus planes. Harías bien en olvidar a tu rey de Navarra. Ya se han hecho intentos de ayudarlo a escapar y todos los planes han fracasado. Sólo conseguirás que te maten.

—Tu preocupación por mi bienestar es conmovedora, mi señora —se burló él.

Esas palabras le dolieron. Sí que estaba preocupada por él, aunque no sabía cómo hacerle ver eso al muy tonto. Hizo una última tentativa de razonar con él.

—Tengo toda la intención de asegurarme de que Navarra ocupe su legítima posición de poder en Francia. Le harás un bien mayor a tu rey si me lo dejas a mí.

—Antes lo dejaría en el infierno.

Gabrielle se tensó cuando él se le acercó y le cogió el mentón; la presión no fue fuerte esta vez, aunque sí inexorable, obligándola a levantar la cabeza para que lo mirara a los ojos. Sus ojos parecían dos puntos de acero, fríos y duros, y en cierto modo eso era peor que la furia de antes.

—Es mi intención alejar a mi rey de las garras de la Reina Negra, y de las tuyas también. Así que ten cuidado, Gabrielle, no te interpongas en mi camino. Tampoco tú me has conocido realmente. Sé ser condenadamente cruel con mis enemigos.

Ya había visto una prueba de eso, pensó ella. La recorrió un escalofrío de miedo, pero no se dejaría intimidar, ni por Nicolas Remy ni por ningún otro hombre. Le apartó la mano y le dijo con igual frialdad:

—Eres tú el que debe tener cuidado. Al parecer has olvidado que soy una bruja.

—Vaya por Dios, ¿cómo he podido olvidar eso?

Dicho eso Remy se dirigió a la puerta, la abrió y, sin volver la vista atrás, salió, cerrando con un portazo.

Gabrielle se quedó un buen rato donde estaba. Agobiada al fin por todo lo ocurrido esa tumultuosa noche, se echó a temblar sin poder controlarse y tuvo que sentarse en el sillón y cogerse fuertemente los brazos para calmar los temblores. Era evidente que Remy la despreciaba.

Pero ¿qué esperabas, idiota?, se dijo. ¿Qué él fuera capaz de entender, de perdonarle lo que era? Ni siquiera Remy po-

día ser tan noble. Como la mayoría de los hombres, sus ideas sobre las mujeres eran espantosamente simplistas. El bello sexo sólo se presentaba en dos formatos: vírgenes y prostitutas. Y no cabía duda de cómo la consideraba él.

Bueno, ¿qué importa?, se dijo, resistiendo enérgicamente los deseos de llorar. En realidad nunca hubo para ellos ningún tipo de futuro juntos. Debería sentirse aliviada. Al fin y al cabo, después de todo ese tiempo había enterrado sus fantasmas. Al fin estaba libre para continuar con el resto de su vida. Cerró los ojos para contener las lágrimas; no quería liberarlas.

Nicolas Remy ya no volvería a atormentarla.

6

Una solitaria vela brillaba sobre la tosca mesilla, iluminando los otros dos muebles de la pequeña habitación: una estrecha cama con armazón de madera y un mueble palanganero con la jofaina y el jarro desconchados. La habitación que Nicolas Remy compartía con su joven compañero era barata, no daba para muchas comodidades. Pero esa lobreguez parecía estar a tono con el estado de ánimo del capitán esa noche. Triste y silencioso, empezó a prepararse para acostarse; se quitó la capa y la daga que llevaba metida bajo el cinturón.

Mientras tanto Martin el Lobo desenrollaba su jergón en el suelo cerca de la cama, en silencio también; parecía haberlo abandonado su habitual fanfarronería. Disimuladamente miraba preocupado al capitán, y se sentía más avergonzado que nunca en toda su vida. Esa noche le había fallado al capitán. Exhaló un largo suspiro. Igual podría arrojarse a las turbias aguas del Sena; ese sería el único castigo adecuado para un bellaco como él.

Siempre se había enorgullecido de ser tan osado y fiero como el animal cuyo nombre había adoptado como apodo. Pero esa noche había demostrado que se parecía más a un chacal que a un lobo. Cuando el capitán le ordenó que lo dejara en las puertas de la Casa del Espíritu, él debería haberse negado. Debería haber seguido a Remy hasta el mismo antro del demonio. Pero no, en lugar de hacer eso se dejó dominar

por su inmenso miedo a las brujas y sus maleficios. Se alejó como un chucho al que han azotado, abandonando al hombre que había llegado a serlo todo para él.

A pesar de todos sus trabajos y penurias esos años pasados, Remy siempre se había tomado el tiempo para instruirlo en el arte de la lucha, no con garrotes y cuchillos como un roñoso ladrón callejero sino con estoque y daga, como un verdadero caballero. Pero le había hecho un regalo aún más importante que eso: le había enseñado a leer y escribir su nombre.

¿Y cómo pagó él esa generosidad y magnanimidad? Dejando en la estacada a su capitán cuando este más lo necesitaba. Y estaba clarísimo que a Remy le había ocurrido algo terrible. El capitán que salió en seguimiento de su hermosa dama no era el mismo hombre que volvió a su habitación. Se veía en él un aire de derrota cuando deshebilló la vaina con la espada y la dejó caer descuidadamente al suelo, de una manera muy impropia de él. Un buen soldado siempre cuida con esmero su arma, y el capitán era un soldado fabuloso.

Al menos lo era antes de seguir a la hermosa Gabrielle a esa casa del diablo. Lobo se estremeció de miedo al pensar que el capitán hubiera caído presa de una maldición de la bruja, aun cuando él dijera que no.

Cuando Remy se quitó la camisa, le miró la ancha espalda, buscando angustiado alguna marca que pudiera haberle hecho la bruja. Alargó el cuello por si podía verlo por el otro lado. Tanto se estiró que perdió el equilibrio y chocó con la mesilla. La vela salió volando pero alcanzó a cogerla a tiempo, y le cayó cera caliente en la mano.

—Mierda —masculló, haciendo un gesto de dolor.

La conmoción sacó al capitán de la nube que lo envolvía.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Lobo se apresuró a dejar la vela derecha.

—Nada, señor.

Se desprendió la cera de la mano y se lamió la quemadura. Por lo general, Remy tenía una paciencia infinita, pero desde su vuelta estaba de mal genio. Otra señal de que no era él mismo.

Sabía que Remy ya estaba harto de él por aquello que llamaba «tontería supersticiosa», pero estaba tan preocupado que no podía callarse el miedo. Se aventuró a hablar:

—Eh... esto... capitán, no quiero ser machacón, pero la tía Pauline, lo más parecido a madre que he tenido, siempre me decía que cuando a un hombre lo ataca un súcubo o lo maldice una bruja, muchas veces le aparece otra tetilla. Y yo tenía miedo de que...

—Vamos, por el amor de... —Mascullando una fuerte maldición, Remy se giró a mirarlo.

El liso y musculoso pecho del capitán estaba plagado de cicatrices, cicatrices de más heridas de las que debería sufrir un simple mortal y seguir viviendo. Pero seguía teniendo las dos tetillas de un hombre normal. Lobo soltó un suspiro de alivio.

—¿Qué, estás satisfecho? —preguntó Remy, abriendo los brazos—. Ninguna tetilla extra. No me ha mamado ningún súcubo ni me ha maldecido ninguna bruja. No entré en la Casa del Espíritu. Simplemente esperé en el patio hasta que salió la señorita Cheney. Ahora deja de ser un condenado estúpido y acuéstate.

Lobo se irguió con herida dignidad:

—¿Es ser estúpido preocuparse por un amigo? Que la peste me lleve entonces por ser tan bobo, pero prefiero morir cien veces, que me entierren mil clavos calientes en el culo, antes que...

—Basta, Martin, por favor —dijo Remy, secamente—. Nada de melodramas esta noche. Estoy muy cansado. Te he dicho que estoy bien. Confórmate con eso.

—Sí, señor —gruñó Lobo.

Pero cuando se estaba quitando la camisa tenía los labios apretados en gesto terco. No estaba nada conforme. Bien podía ser que la bruja no hubiera chupado al capitán, pero le pasaba algo, algo grave.

Cuando Remy se sentó en la cama para quitarse las botas, vio que tenía los ojos oscuros, casi negros, tal como los tenía esas noches cuando se despertaba agitado de una de sus pesadillas. Extendió su manta de lana sobre el jergón, tratando de figurarse qué le pasaba al capitán. De repente hizo una rápida inspiración, al caer en la cuenta.

Pero qué tonto más rematado era. El capitán no entró en la maldita Casa del Espíritu, pero su dama sí. Miró hacia Remy, con una mezcla de compasión y reproche.

—Ah, señor, debería habérmelo dicho.

—¿Dicho qué? —gruñó Remy, tirando de la bota.

—Lo de su dama. La hermosa y temeraria Gabrielle. Ella sí entró en esa maldita casa, y le ha ocurrido algo terrible, ¿verdad?

El capitán confirmó sus sospechas quedándose inmóvil al oír el nombre de Gabrielle. Después le dio un fuerte tirón a la bota y esta fue a caer al rincón.

—No es mi dama, y no tienes por qué preocuparte por ella. Está muy bien. Si hay algo en lo que es buena la hermosa y temeraria Gabrielle, es en cuidar de sí misma.

Martin detectó una cierta acidez en la voz al referirse a la dama, una acidez que nunca había notado antes.

—Perdone, capitán, pero no entiendo.

Remy levantó el pie y cogió el tacón de la otra bota.

—Soy yo el que debo pedirte perdón. Cuando te envié a localizarla debería haberte advertido que la señora Cheney es bruja.

¿La señora Cheney, la más hermosa de las damas? ¿Una bruja? Lobo lo miró boquiabierto.

—¡Madre de Dios! —exclamó—. Pero, señor, ¿cómo lo sabe?

—Porque me ha tenido hechizado años —repuso Remy, curvando la boca en un *rictus* de amargura—. Pero esta noche se rompió el hechizo. Por fin estoy libre de ella.

—Gracias al Señor —exclamó Lobo.

La habitación era pequeña y había poco espacio, y menos aún con el jergón extendido en el suelo, pero Lobo se las arregló para dar unos cuantos pasos, para desahogar la agitación y extrañeza que le produjo la noticia.

Y pensar que había seguido alegremente a esa engañosa mujer, admirándola desde lejos, sin saber lo malvada que era. Y él sin un solo amuleto o ensalmo para protegerse.

—Ah, capitán —dijo, casi cayendo de cabeza sobre el jergón al tropezarse en su paseo—. Dios debería hacer viejas y feas a todas las hechiceras, para que el hombre esté prevenido y se mantenga alejado de ellas. No está bien que esa señora Cheney se vea tan bella.

—No —masculló el capitán.

—Cuénteme, entonces, lo que ocurrió. ¿Su magia se debilitó y usted vio por fin la verdadera cara malvada que hay debajo de esa máscara hermosa?

—Algo así.

—Lo único que puedo decir otra vez es gracias a Dios —dijo Lobo, levantando los brazos al cielo en gesto teatral—. Se ha escapado por los pelos, señor. Deberíamos beber una copa de vino para celebrarlo.

—Sí, supongo que sí.

Pero el capitán no parecía estar en ánimo de celebración. Se veía agotado. Terminó de quitarse la bota y la dejó caer al suelo. Lobo lo miró nervioso. No le convenía agotarse tanto al capitán, pensó. Cuando estaba muy agotado, entonces era cuando le venían las pesadillas.

Remy rara vez hablaba de sus glorias pasadas, pero él había oído muchas historias de las hazañas del gran Azote. Le fascinaba imaginárselo blandiendo su espada, infundiendo terror en los corazones de sus enemigos cuando osadamente dirigía el ataque en incontables batallas.

Pero por las cosas que decía dormido, Lobo sabía que eran justamente esas batallas las que atormentaban los sueños del capitán. Eso y lo que ocurrió la Noche de San Bartolomé. Él también vio muchas cosas terribles aquella noche, pero tenía la capacidad de echar fuera de su mente todas las cosas muy tristes. No así el capitán. Él sentía las cosas intensamente. Así eran por lo general los hombres tan callados.

Ya era malo que a Remy lo atormentaran sus recuerdos, pero que encima apareciera la malvada bruja Gabrielle para destrozarlo hasta el fondo de su alma noble... Remy afirmaba que estaba curado, pero él no se lo creía del todo. En realidad, sospechaba que la naturaleza del hechizo del capitán podría haber sido la peor que podía echar una mujer a un hombre.

Amor.

Remy era un hombre orgulloso y reservado. Hacía tiempo que él había aprendido a no fastidiarlo con preguntas. Pero era un buen observador y tenía la fuerte sospecha de que el capitán se había creído enamorado de esa bruja Cheney. ¿Qué pudo haber ocurrido esa noche que rompió por fin el hechizo? También tenía sus sospechas sobre eso. Los dos habían oído los rumores que circulaban en la ciudad acerca de la en-

cantadora Gabrielle, la cortesana más hechicera de todo París. Esos rumores eran los que enfurecían tanto al capitán, y se negaba a creerlos. En cuanto a él, se encogía de hombros y aceptaba los rumores con filosofía. A sus ojos esas historias no le hacían ningún daño a la dama.

Sí, podía encontrar malo que Gabrielle fuera una bruja, pero ¿que fuera una cortesana? Ah, eso no. Las mujeres necesitaban trabajar en lo que pudieran para subsistir, igual que los hombres. Tal vez las mujeres más todavía, puesto que estaban excluidas de muchas más formas respetables de ganarse la vida.

En muchos sentidos, Lobo se consideraba más conocedor del mundo que su capitán. Se había criado en las calles de París, y los parisienses tendían a ser más liberales respecto a las aventuras sexuales que los provincianos. Y Remy no sólo venía de esos parajes despoblados de Navarra, era además hugonote. No lo apabullaba recitándole las prohibiciones de la Biblia como solían hacer tantos protestantes, pero los hugonotes, en cuanto casta, tenían ideas más estrictas acerca del pecado. El capitán era un hombre muy íntegro, muy honrado.

Descubrir que la dama a la que adoraba era una cortesana tenía que haberlo destrozado más que saber que era una bruja. Ay, el amor, pensó, moviendo sombríamente la cabeza. Al menos esa era una desgracia de la que se había librado en sus peligrosos dieciocho años de vida. Tal vez si hubiera tenido alguna experiencia de ese terrible encantamiento se le ocurrirían las palabras de sabiduría para consolar a su amigo.

Remy continuaba inmóvil sentado en el borde de la cama, con los ojos desenfocados, como si todavía estuviera envuelto por la niebla negra creada por esa bruja. Se le acercó y le dijo enérgicamente:

—Las cosas se le arreglarán, capitán. He oído decir que a veces a un hombre le lleva un tiempo quitarse de encima todos los efectos de esos hechizos. Pero por lo menos ya se ha librado de esa terrible mujer. Eso es causa de regocijo, supongo.

Remy lo miró de soslayo y sonrió, pero fue una mueca la que se formó en su cara, no esa tranquila sonrisa de siempre.

—Creo que voy a dejar el regocijo para mañana. Ahora estoy demasiado cansado.

Aunque al parecer le costó cierto esfuerzo, el capitán se recuperó y se levantó lentamente.

—Tú duermes en la cama, muchacho.

—Ah, no, señor...

—He dicho que tú duermes en la cama. De todos modos yo nunca duermo bien, y uno de los dos tiene que dormir bien esta noche, porque mañana empezaremos a trabajar en nuestra misión.

Lobo abrió la boca para continuar discutiendo, pero se apresuró a cerrarla. Nuestra misión, pensó. Con todo ese enredo con casas malditas y hechiceras traicioneras casi se le había olvidado el motivo que los trajo de vuelta a París.

La misión era sacar al rey hugonote de Navarra de su prisión en la corte católica de Francia. Él no profesaba ninguna religión en particular; en su opinión cada hombre puede irse al diablo a su manera. Pero rescatar al rey de Navarra era importante para Remy, por lo tanto era importante para él.

De pronto cayó en la cuenta de que el capitán lo estaba mirando ceñudo, con expresión evaluadora.

—Martin, ¿te acuerdas de cuál era mi primer motivo para encontrar a la señora Cheney?

—¿Que le llevara un mensaje al rey?

—Sí, pero ella se ha negado. No nos ayudará. —Se le tensó la mandíbula—. En realidad, va a hacer todo lo posible para impedir el rescate. Quiere hechizar al rey y tenerlo para ella.

—¡Dios mío! —exclamó Lobo.

No era de extrañar que el capitán estuviera tan triste, pensó.

—¿Usted cree que... que va a emplear su brujería contra nosotros?

—Puede que haga uso de cualquier medio que tenga a su disposición, pero la señora Cheney no va a ser nuestra peor enemiga. Enfrentaremos a una hechicera mucho más formidable, y de mucho poder.

Lobo se estremeció, pues sabía muy bien a quién se refería Remy. A Catalina de Médicis, la Reina Negra. Nadie podía vivir un tiempo en París sin oír las terribles historias que circulaban sobre la reina madre de Francia, cruel, dura, implacable. Bueno, al fin y al cabo era italiana, una extranjera, y ya se sabe, de eso no puede salir nada bueno. Se decía que la reina viuda era especialmente experta en el arte negro de preparar brebajes y venenos.

Remy le colocó las manos en los hombros y le miró atentamente la cara.

—Si tienes dudas, si piensas que ya no deseas participar en esta peligrosa empresa, yo lo entenderé muy bien.

Entonces Lobo comprendió a qué llevaba esa seria conversación del capitán. Sintió arder la cara de rubor. Después de todo ese patético espectáculo que armó fuera de la Casa del Espíritu, el capitán dudaba de su valor. Se sintió tan humillado que deseó arrojarse por la ventana y estrellar sus inútiles sesos en la acera. Miró a Remy con una expresión de pena y vergüenza mezcladas.

—Oh, señor, siento mucho haberle fallado. Pero le juro por las tumbas de todos los hombres que podrían haber sido mi padre que no lo volveré a hacer. Arrostraré las peores maldiciones, lucharé contra las más terribles brujas, le seguiré hasta el mismísimo infierno...

—De acuerdo, de acuerdo, muchacho, te creo —dijo Remy, dándole un vigorizador apretón en los hombros—. Me alegra que sigas dispuesto a ayudarme, porque conoces mucho mejor que yo las costumbres de París. Voy a depender de ti, mi ingenioso Lobo, para que me encuentres una manera de entrar en el palacio para llegar hasta mi rey.

—La encontraré, capitán, la encontraré. Estaré al acecho fuera de las puertas, atento a toda la información que se oiga por ahí. Haré un túnel como un topo por debajo del Louvre y subiré por una escala hasta las torres...

—Bueno, simplemente no te rompas ese maldito cuello —dijo Remy.

La expresión del capitán era alegre por primera vez desde su regreso. Lobo le sonrió de oreja a oreja, pero cuando Remy pasó junto a él para apagar la vela, tuvo que agachar la cabeza para ocultar lo conmovido que estaba. Jamás nadie se había fiado ni dependido de él para nada. Pero Nicolas Remy, el propio gran Azote, decía que dependía de él. De él, Martin le Loup, humilde ratero de las calles de París. Las lágrimas le hicieron arder los ojos, y se le hinchó tanto el pecho que creyó que le iba a estallar el corazón.

Después que Remy apagó la vela, Lobo terminó de desvestirse a toda prisa y se metió en la cama con el corazón más liviano, más alegre. Hundió la cabeza en la almohada, cerró los ojos y dejó vagar la imaginación por visiones de gloria, de todas las hazañas heroicas que realizaría luchando al lado del capitán, las historias que circularían por las ta-

bernas de toda Francia. Historias acerca del gran Azote y su Lobo.

Hacía rato que Martin se había quedado dormido y Nicolas Remy seguía despierto tumbado en el jergón, con las manos detrás de la cabeza, contemplando las figuras que formaba la luz de la luna en el agrietado yeso del cielo raso. Oyendo los suaves ronquidos del muchacho, que llenaban la habitación, le envidió esa capacidad para sumergirse en ese bendito estado de inconsciencia. Martin dormía el sueño de los justos, el sueño de una conciencia limpia. Y ¿por qué no? Sus defectos y pecados eran de poca monta. No tenía sangre en las manos, ninguna muerte de qué arrepentirse. Al menos no todavía.

Una de sus larguiruchas piernas le colgaba por el lado de la cama y el pelo oscuro estaba todo desparramado por la almohada. Así relajado e indefenso parecía menos el fanfarrón aventurero que aparentaba ser y más lo que era, un niño que se las había arreglado para sobrevivir a las vicisitudes y pendencias de una vida en las calles de París. Y no sólo sobrevivir, sino además salir ileso, con un alma asombrosamente romántica y optimista.

Martin había soportado bastantes penurias y peligros en su corta vida, y el rescate de Enrique de Navarra no era su causa; y ese rey no era su rey. Debería hacer todo lo posible para que no participara. Apretó los labios, pesaroso, porque sabía que ni lo intentaría. Utilizaría al muchacho con la misma dureza con que había utilizado a incontables muchachos en el pasado, llevándolos a ponerse frente a las bocas de los cañones, donde salían volando despedazados, llevándolos a morir en un furioso ataque contra las filas enemigas, y todo para asegurarse una cara victoria más.

Sólo tenía que cerrar los ojos y sucumbir al sueño, para ver sus caras magulladas, ensangrentadas, algunas con los pri-

meros indicios de barba. Muchas veces conseguía mantener a raya esos terribles sueños pensando en Gabrielle, pero ahora...

Apretó los labios tratando de expulsarla de su mente. Pero suave como la luz de la luna que se colaba por la estrecha ventana entraba en él su imagen; tal como estaba ese día en el bosque, su pelo iluminado por el sol cayéndole en la espalda, sus graciosos pies blancos haciendo susurrar la hierba; mirándolo con esos ojos azul zafiro que en un instante brillaban de risa y al siguiente se apagaban de tristeza.

Su hermosa dama, el mejor y más brillante de sus recuerdos. Ahora su recuerdo sólo venía a atormentarlo, porque no podía dejar de imaginarse a otros hombres haciendo lo que él nunca hizo por su maldito sentido del honor: acariciándole los pechos llenos y maduros, revolcando su cuerpo desnudo en las sábanas, separándole las piernas.

¿Brillarían con fuego sus ojos? ¿Emitiría gritos de placer? ¿Los miraría de esa manera ardiente como lo miró a él después de besarlo tan apasionadamente esa noche? Se cubrió los ojos con un brazo como si así pudiera borrar las torturadoras imágenes de Gabrielle en los brazos de otro hombre. Pero los nombres le martilleaban en la cabeza: Duclous, Penthieve, Lanfort. Con qué frialdad le recitó la lista de sus amantes, llenándolo de esa especie de furia negra asesina que hasta ese momento sólo se había permitido soltar en un campo de batalla. Cómo deseó encontrar a cada uno de esos cabrones, coger su espada y rebanarlos despacio en sangrientas cintas.

En cuanto a Gabrielle... Jamás le había puesto encima las manos a una mujer con violencia, pero estuvo a punto de zarandearla hasta que le castañetearan los dientes mientras él rugía.

¡Maldita sea, Gabrielle! ¿Cómo has podido hacer eso?

Entendía muy bien que la pobreza, la ignorancia y la desesperación pudieran llevar a las mujeres a vender sus cuerpos por unas cuantas monedas, pero Gabrielle no tenía esa disculpa. Procedía de buena familia, de una familia que la amaba. Podía haberse perdido la fortuna de su padre, pero en el conde de Renard tenía un cuñado generoso y rico, capaz de proveerla de todo lo que deseara. ¿Qué motivo podía tener Gabrielle para llevar la vida de una cortesana aparte de la ambición y la codicia?

Pero eso sencillamente no encajaba en sus recuerdos de la jovencita que conociera aquel verano en la isla Faire. Como una hechicera dorada, parecía una reina hada, demasiado orgullosa para entregarle el corazón o el cuerpo a cualquier hombre. Sin embargo, según ella misma dijo, ya había tenido un amante, incluso entonces.

¿Cómo era posible que la chica capaz de pintar un retrato tan tierno de su hermana pequeña, capaz de tratar con tanta compasión y amabilidad a un soldado herido, fuera la misma mujer que había conocido esa noche? Fría, cruel, empeñada en convertirse en la amante de un rey.

No lo habría creído si no se lo hubiera dicho ella misma. Qué idiota más obstinado y ciego era. Deseaba poder despreciarla, aprender a olvidarla, pero eso era la parte más difícil de todas.

A pesar de todo seguía necesitándola de una manera casi insoportable, seguía deseándola, tanto que le dolía el corazón y el cuerpo. Con los dientes apretados, se puso de costado, luego se volvió hacia el otro lado, desasosegado, desesperado. Con el fin de desviar sus pensamientos, comenzó a trazarse el plan para el día siguiente, para dar los primeros pasos en el rescate de su rey.

Finalmente se sentó y a tientas buscó debajo del montón de ropa la preciosa bolsa que siempre tenía cerca de él. Estuvo un momento con la bolsa entre las manos, sintiendo su tranquilizador peso, como si estuviera sopesando oro. Eran sus fondos, el dinero que había logrado reunir con el sudor de su frente y el acero de su espada.

Soltó el cordón, sacó varias monedas y se las puso en la palma, con el corazón henchido de satisfacción. No era una fortuna, pero era dinero suficiente para comprar armas y caballos, para contratar mercenarios y sobornar a guardias. Más que suficiente para llevar a cabo la empresa de rescatar a su rey.

O para comprar a una mujer.

Retuvo el aliento al pasar por su mente esa fantasiosa ocurrencia, y trató de desecharla. Pero las monedas brillaban a la luz de la luna tan tentadoras como los cabellos dorados de Gabrielle Cheney. ¿Cuánto cobraría una cortesana parisiense en esos tiempos? ¿Cuánto dinero necesitaría para poseer a Gabrielle y quedársela para él?

Estuvo otro rato contemplando las monedas y luego se apresuró a devolverlas a la bolsa. Sentía arder la cara de rubor, asqueado por esos pensamientos. La idea de comprar a Gabrielle no sólo le repugnaba, era algo imposible también. Por mucho dinero que adquiriera, estaba seguro de que ella no se conformaría jamás con un simple capitán.

No, Gabrielle deseaba un rey, el rey de él para ser más exactos.

Bueno, que lo colgaran si permitía que Gabrielle conquistara a Enrique de Navarra. Devolvió la bolsa a su lugar bajo el jubón y volvió a echarse en el jergón. A pesar de su resolución, continuó pensando en las dudas que lo acosaban. ¿Lograría Gabrielle seducir a Navarra de tal manera que aunque él encontrara la manera de ayudarlo a escapar de París,

este no deseara marcharse? Tenía la fuerte sospecha de que sí lo lograría.

Después de todo, ella lo sedujo a él, haciéndolo olvidar su deber todo ese verano, y sin siquiera intentarlo. En cuanto a Enrique, bueno... Recordaba a un joven príncipe que demostraba valor en la batalla, que incluso daba la impresión de ser un astuto líder de los hugonotes, pero tenía una fatal debilidad: las mujeres.

Desde la tierna edad de catorce años, Enrique encontraba tan irresistibles los encantos de las damas como al parecer ellas encontraban los de él. Su fascinación por el bello sexo solía hacerlo descuidar sus deberes más importantes, como el de proseguir sus estudios y ocuparse de los asuntos de estado.

¿Habría cambiado algo el indolente príncipe desde que se convirtió en rey? Sólo cabía esperar que sí, porque si no, no se resistiría a los encantos de Gabrielle; ella lo derrotaría con una sola deslumbrante sonrisa.

Hundió más la cabeza en la almohada, pensando que cuanto antes sacara a Enrique de París, tanto mejor. Para eso necesitaría todo su ingenio, estar despabilado, por lo tanto debía dormir un poco. Pero aunque estaba rendido por el cansancio, le daba miedo cerrar los ojos, como siempre, porque tan pronto como los cerrara, llegarían a buscarlo los fantasmas de su pasado. Vendrían todos esos enemigos que había matado, los hombres que había perdido en las batallas, a mirarlo con ojos acusadores, rencorosos.

Más allá de ellos estarían las almas de todas esas pobres personas asesinadas la Noche de San Bartolomé, alargando sus manos fantasmales para aferrarse a él, gritando desesperadas. Sus paisanos, los hombres, mujeres y niños a los que él juró proteger, y no protegió. Y si era de verdad una mala noche, vendría él, el hombre demonio, con su pesada espada toda

ensangrentada, su cara de muerte desfigurada por el *rictus* de salvaje alegría ante la matanza.

Se movió agitado, con la frente mojada de frío sudor, y su pensamiento buscó instintivamente a Gabrielle. Pero ella ya no existía; había dejado de existir su doncella de la isla, su hechicera, su ángel protector. Sólo había sido un sueño, nada más. Sólo un sueño había sido siempre, y ya no existía para él. Cerró los ojos, rindiéndose a lo inevitable.

Sus demonios lo tendrían esa noche.

Gabrielle gemía y se movía agitada en la cama, tratando de poner fin a la pesadilla, tratando de despertar. Pero todo era inútil. Su cuerpo ya no estaba sobre la sábana de seda; esta se había convertido en paja seca que se le clavaba en la piel. Volvía a estar en el altillo del granero, sofocada, casi aplastada bajo el peso de Etienne Danton.

—¡No, Etienne, no! —protestó, debatiéndose con todas sus fuerzas, tratando de girarse, de apartar su ávida boca presionándole el cuello.

Se estremeció de asco al sentir la punta de su lengua en la piel.

—Para, para, por favor. No quiero... no....

—Ah, sí que quieres —jadeó Danton, echándole el aliento caliente en la cara—. Lo deseas, y mucho, brujita cachonda. ¿Por qué, si no, me has estado tentando?

—No, yo no... no he querido...

Se le quedó atrapada en la garganta la protesta porque él le agarró un pecho manoseándolo y enterrándole los dedos.

—¡Basta! Me haces daño.

Pero él, sin hacerle caso, le cogió el cuello del vestido y se oyó el ruido de la tela al rasgarse.

—¡He dicho basta! —gritó ella enérgicamente.

Cerrando las manos en puños le golpeó la cara, con el corazón martilleándole de furia y miedo. Pero Danton le cogió las muñecas y se las aplastó en la paja por encima de la cabeza. Ese hombre al que creía amar, su caballero, su héroe, estaba usando brutalmente su fuerza contra ella.

Danton la miró con una sonrisa lasciva, con su hermosa cara delgada desfigurada por una horrible expresión de lujuria, convirtiéndose así, ante sus ojos, en un demonio, un monstruo. Luego le subió las faldas y le separó bruscamente las piernas.

—¡No! —gritó.

Se encogió para apartarse, se debatió tratando de liberarse, pero fue inútil. El pesado cuerpo de Danton se lo impidió, aplastándola. Casi no podía respirar. Entonces sintió la violenta entrada de algo en su parte femenina, y a eso siguió un desgarrador dolor.

—¡No!

Esta vez el grito le salió mucho más débil, y sintió correr las lágrimas por las sienes. El cuerpo de Danton la machacaba, metiendo esa parte en ella una y otra vez, moviéndola y aplastándola sin piedad sobre la áspera paja, sobre los duros tablones del altillo.

La tortura continuó y continuó, como si no fuera a acabar jamás. Ella yacía debajo de él impotente, herida, rota, rogando que todo acabara pronto.

—Dulce Jesús, ayúdame. Que alguien me auxilie.

Entonces, más allá del hombro de Danton vio algo que le deslumbró los ojos. Era una armadura completa que el sol hacía destellar. Entrecerró los ojos y poco a poco fue perci-

biendo la figura a contraluz de un hombre, un guerrero alto y soberbio, de pelo dorado oscuro, barba recortada y unos ojos del tierno color de la noche.

—Remy —llamó, con el corazón animado por una acuciante esperanza—. Remy, Remy, auxíliame, por favor.

Horrorizada vio que él se limitaba a mirarla, indiferente, y luego curvó los labios, despectivo, y sus ojos se tornaron fríos, duros. Después le dio la espalda, asqueado, y desapareció en la luz del sol.

—No, Remy, vuelve, Remy, vuelve...

Sus desgarradores sollozos la despertaron al fin. Abrió los ojos y, desesperada, miró la habitación, tratando de orientarse, hasta convencerse de que estaba a salvo, estaba en su habitación, en París, no atrapada en el suelo de ese altillo.

Con el corazón desbocado, hizo varias respiraciones rápidas, ordenándole a la pesadilla que volviera a los oscuros recovecos de su mente, de donde salió. Pero el sueño se pegó a ella como una áspera capa de sedimentos de aluvión.

Se sentó y entonces se dio cuenta de que el camisón y las sábanas estaban empapados de sudor, y tenía la piel asquerosamente pegajosa. Echó atrás las mantas y casi se cayó al suelo en su prisa por bajarse de la cama. A tirones se desprendió el camisón del cuerpo y casi rompió la fina tela al sacárselo por la cabeza.

Medio tambaleante llegó hasta el mueble palanganero, cogió el jarro esmaltado con dibujos azules y llenó de agua la jofaina. Con una pastilla de jabón perfumado y una esponja se lavó, frotándose vigorosamente todo el cuerpo, como hiciera ese día después que Danton terminó de torturarla.

Le temblaban las manos, tanto que se le cayó la pastilla de jabón dentro del agua, y apenas lograba sostener la esponja. Tuvo que apoyar las manos a ambos lados del mueble y hacer varias respiraciones profundas para calmarse.

Hacía mucho tiempo que no tenía esa pesadilla; había llegado a creer que ya no le volvería. La pesadilla siempre era muy clara, muy nítida, tanto que la obligaba a revivir cada horrible momento de esa tarde en el granero. Pero esta vez lo que la estremecía no era lo que le hizo Danton, sino la aparición de Remy en el sueño. Remy negándose a ayudarla; Remy volviéndole la espalda con repugnancia.

—¡Ay, Dios! —gimió, mordiéndose el labio hasta que le dejó de temblar. Calientes lágrimas le brotaron de los ojos y le bajaron por las mejillas. Hizo una profunda y temblorosa inspiración, sorbiendo por la nariz—. Vamos, domínate, muchacha —se dijo—. Sólo ha sido un sueño, sólo un maldito sueño.

Pero no era sólo un sueño, le susurró su corazón. Remy la miró con repugnancia. La despreciaba, y seguro que no levantaría ni un dedo para acudir en su ayuda. Tragó saliva para sofocar un sollozo. La invadió todo el sufrimiento que se había negado a sentir por el rechazo de Remy, dejando que la inundara, lo que casi la hizo caer desmoronada al suelo. Sentía un frío terrible, hasta la médula de los huesos; empezó a tiritar con tal violencia que le castañeteaban los dientes.

Caminó sin rumbo por la habitación, hasta que encontró la bata que se quitó esa noche. Logró ponérsela, cubriéndose el cuerpo desnudo, pero continuó tiritando.

De pronto su mirada se detuvo en un objeto posado en el asiento de la ventana. La luz de la luna que entraba por los paneles de cristal hacía brillar el acero de la espada, la misma que ella dejó caer en el patio esa noche, la espada de Remy.

Bette debió dejarla ahí, cuando subió a recoger los cristales rotos de los frascos, para que ella la viera. Atravesó la habitación y la cogió, cerrando la mano en la empuñadura, como si fuera lo único de valor que le quedaba.

La aferró con desesperación, con la esperanza de sentir esa fuerza protectora que siempre sentía cuando tocaba la espada de Remy. De Remy, que la odiaba, que la miraba con tanto desprecio. Ah, eso se debía a que al fin había visto su terrible deterioro, pensó, derramando otro torrente de lágrimas; le había visto todas las vergonzosas manchas dejadas en su alma por su degradación a manos de Danton.

Pero todo eso ocurrió por culpa de ella, se dijo. Recordó el momento cuando lo enfrentó, sentada en el suelo, sujetándose el corpiño roto sobre la piel magullada.

«¿Cómo has podido hacerme esto, Etienne? Yo te creía un hombre de honor.»

«Es que soy un hombre de honor. Lo que hice, tú me obligaste a hacerlo. Me hechizaste hasta tal punto que no pude aguantarme.»

Entonces fue cuando ella comprendió la cruel verdad. Además del talento artístico de sus ágiles dedos, de su habilidad con la pintura y el pincel, poseía otra magia más, una magia mala, negra, la capacidad de volver loco de deseo a un hombre, incluso hasta el punto de hacerlo cometer actos de maldad inconcebible.

Y en ese momento sintió que se marchitaba y moría esa parte de ella capaz de ver belleza en cada planta, en cada pétalo, en cada afilada hoja de hierba, esa parte capaz de insuflar vida en los unicornios o pintar destellos de hada en los ojos de una niña.

Las lágrimas le empañaron los ojos y vio todo borroso; cerró y abrió los ojos, y al levantar la cabeza vio un reflejo de

ella en los cristales de la ventana. Vio a una mujer de ojos desorbitados, con una espada en la mano, el pelo mojado y opaco cayéndole alrededor de los hombros, la boca de una vieja amargada.

Señor, suspiró, qué fea soy. ¿Cómo Remy no había visto eso antes? Se limpió las lágrimas de los ojos y miró la espada que tenía cogida a un costado, pensando qué debía hacer con ella.

Debería averiguar dónde se alojaba Remy y enviar a alguien a devolvérsela. Pero algo se rebeló en su interior. No, maldita sea, ¿por qué debía devolverle la espada? Remy no había perdido tiempo en comprarse otra, y era posible que ella tuviera necesidad de esa. Tomando en cuenta cómo la amenazó...

Levantó la espada, miró la hoja y se rió, al imaginarse proponiendo cruzar espadas con el fuerte y poderoso Azote. Pero la risa le salió más como un chillido, sin conseguir aliviarle el dolor del corazón.

Ya antes había comprendido que ella y Remy nunca podrían volver a ser amigos, pero jamás, ni en sus peores pesadillas, se le había ocurrido que podrían convertirse en encarnizados enemigos. Pero ¿qué se imaginaba que podría haber ocurrido después que ella le declarara estúpidamente sus intenciones de seducir a Enrique de Navarra y retenerlo en París?, se dijo, amargamente. Ese era el rey que él consideraba su deber rescatar. Y el cielo era testigo de que jamás nada se interponía entre Nicolas Remy y su deber.

Bajó la espada y fue a colocarla de pie en un rincón. Nada se interpondría jamás entre Gabrielle Cheney y su ambición tampoco, pensó, y enderezó los hombros. Hiciera lo que hiciera Remy por impedirlo, ella tendría a Navarra. ¿No lo había pronosticado el propio Nostradamus?

Fue a sentarse en el asiento de la ventana, levantó las rodillas hasta el mentón, se las rodeó con los brazos y se puso a

mirar hacia fuera. El cielo que estuviera tan neblinoso unas horas atrás, estaba despejado, límpido, y las propias estrellas parecían trazarle el mapa de su futuro.

Ah, ya sabía lo que habría dicho su madre respecto a esa idea. Evangeline Cheney nunca creyó en las profecías de Nostradamus, ni siquiera cuando estaba vivo. Y su madre tenía aún menos fe en la astrología.

«Tu destino no está escrito en unas estrellas lejanas, cariño —le dijo una vez—, depende totalmente de tus decisiones.»

Ella había tomado su decisión ese lejano día en que dejó solo a Remy a la orilla del río. No, fue antes, pensó tristemente, fue cuando permitió que Etienne Danton la cogiera de la mano y la llevara al granero.

Una vez que aceptó la negra magia que llevaba en su interior, aprendió a usar sus encantos y belleza externos, convirtiendo su cuerpo en un arma capaz de entrampar a cualquier hombre, incluso a un rey. Nunca, nunca más, volvería a sentirse tan débil e impotente como se sintió ese día en que perdió su virginidad, su inocencia.

Sería poderosa y fuerte, tan formidable como la Reina Negra. Al menos lo sería en el futuro. Pero mientras contemplaba el ancho y frío firmamento sólo se sentía muy pequeña y sola.

Anhelaba angustiosamente sentir los fuertes brazos de alguien a su alrededor, consolándola, abrazándola estrechamente. Pero esos brazos no serían los de Remy. Él nunca volvería a desear acariciarla.

Pero esa noche anhelaba tener a Ariane con ella. Muchas veces su hermana mayor la volvía loca intentando hacerle de madre, enseñarla y protegerla. Pero en esos momentos no deseaba otra cosa que estar de vuelta en la isla Faire, hundir la

cara en el regazo de su hermana y contarle todas sus penas, mientras Ariane le acariciaba el pelo.

Pero Ariane la despreciaba tanto como Remy, pensó lúgubremente. Como la señora de la isla Faire, poseedora de una inmensa magia curativa, sabia, amable y buena, Ariane era el tipo de mujer que inspiraba amor en los hombres, pero no lujuria. Contaba con el respeto de la gente de la isla y de más allá, con la admiración de todas las demás hijas de la tierra, y con la adoración de su conde de Renard.

Era imposible que su hermana mayor la comprendiera alguna vez; igual que la vida que llevaba, Ariane era perfecta.

7

El castillo Tremazan se alzaba en la cima de la colina como un pétreo señor guerrero oteando el valle que se extendía abajo. Los torreones y almenas le daban el aspecto de una severa y lúgubre fortaleza. Pero el dormitorio situado en la última planta del castillo parecía más una habitación de casa de granja. Las paredes encaladas eran tan modestas como el brillante suelo de madera cubierto aquí y allá por esteras de pleita.

Los muebles eran igualmente sencillos: unas cuantas sillas rústicas y resistentes, unas pocas mesas, un macizo arcón al pie de la cama de cuatro postes con cortinas azules del mismo tono del cielo despejado de verano. Por las ventanas abiertas entraba una agradable brisa trayendo consigo los aromas del mundo de abajo, de la hierba recién cortada del prado, una insinuación a pétalos de rosas y un olor más terrenal y picante proveniente del establo.

La brisa susurraba suave y tibia sobre la piel caliente de los dos amantes entrelazados en la cama. Ariane Deauville, condesa de Renard, yacía desnuda debajo de su marido, su pelo castaño desparramado en abanico sobre la almohada, sus ojos grises entrecerrados. Su respiración salía en rápidos suspiros mientras Justice Deauville, encima de ella, le dejaba una estela de besos a lo largo del cuello.

El conde era un hombre imponente en todos los aspectos; corpulento, muy alto, de huesos robustos y duros músculos.

Su cara, con sus profundos ojos verdes, mandíbula cuadrada y nariz aporreada, bastaba para asustar a muchos hombres, en especial cuando estaba enfadado. Pero cuando estaba encima de su mujer, afirmado en los codos, poniendo particular cuidado en no aplastarla con su macizo cuerpo, la pasión y la ternura suavizaban sus duras facciones. El pelo castaño con vetas clareadas por el sol le caía por los lados de la cara.

—Mi amor —dijo con voz ronca, besándola en los labios, introduciendo la lengua para excitarla.

Cuando se posicionó entre sus piernas, ella cerró los ojos y le echó los brazos al cuello, atrayéndolo más. Pero no lograba excitarse, ya que su mente estaba obsesionada por una sola idea, un deseo, una oración: «Dios amado, te lo ruego, haz que esta sea la vez. Haz que Renard me llene el vientre con un hijo».

Sintió moverse el miembro endurecido presionando en su nido de rizos de la entrepierna, atormentándola, retrasando el momento de la unión con seductora lentitud. Pasó la mano por entre sus cuerpos, le cogió el pene y lo guió hasta introducirlo en ella arqueando impaciente las caderas. Con la boca apretada con firme resolución, comenzó a moverse imponiendo un ritmo bastante rápido.

—Cariño —musitó él, en parte como protesta, en parte como expresión de amor.

Cuando ella aceleró el ritmo él tensó el cuerpo para resistirse, depositándole suaves besos en la frente

—Cariño... no... tenemos por qué... darnos tanta prisa. Tenemos... toda la tarde.

Ariane simplemente lo estrechó con más fuerza y lo introdujo más, jadeando por el esfuerzo. Lo excitó más y más, con creciente urgencia, correspondiéndole los besos de una manera rayana en la desesperación, instándolo con sus pensamientos a liberarse.

Renard continuó besándola, una y otra vez, correspondiendo con igual ardor a la presión de su lengua, susurrándole palabras de amor con la boca pegada a sus labios. Ariane notaba que él se estaba esforzando en hacer más lento el ritmo, para excitarla y llevarla al umbral del orgasmo. Pero no dispuesta a permitir eso, continuó urgiéndolo con una sola finalidad: «Una hija, una niñita. Concédeme una hija».

Aumentó la presión de las piernas alrededor de él, hundiendo los talones en sus duras y lisas nalgas, usándolos a modo de espuelas para estimularlo. Continuó así sin piedad hasta que venció la resistencia de Renard. Gimiendo, él la penetró con más fuerza y más rápido hasta que por fin lo sintió estremecerse con la liberación. Aunque él se cuidó muy bien de no desmoronarse sobre ella, tenía la respiración tan agitada como un caballo de guerra después de una batalla.

—¡Santo Dios, mujer! —resolló, apoyando la frente en su hombro.

Con el corazón desbocado, Ariane le acarició el húmedo pelo. Hizo una inspiración entrecortada, sin saber si podía considerarse victoriosa. ¿Lo habrían conseguido esta vez? ¿Habría ocurrido el milagro de la concepción?

Renard levantó la cabeza para darle un rápido beso en los labios. Después rodó hacia un lado y se dejó caer desplomado de espaldas, exhalando otro fuerte suspiro.

—¡Dios mío! Esto ha sido... muy vigoroso.

Ariane se limitó a sonreír, acomodándose con todo cuidado, manteniendo las piernas flexionadas y la pelvis algo levantada, no fuera que se le escapara una preciosa gota de la simiente de Renard. Él se puso de costado y alargó la mano para atraerla a sus brazos y estrecharla más cerca de su corazón. Pero ella se resistió y le apartó la mano.

—No, déjame que siga en esta posición un rato más. Podría ser útil darle a tu semen la oportunidad para que penetre hasta el fondo de mi matriz.

Renard volvió a ponerse de espaldas.

—Perdóname, cariño, lo había olvidado —dijo en tono monótono, decepcionado—. No íbamos a hacer el amor, íbamos a concebir un hijo.

Ariane se afligió al ver la arruga que se formó en la frente de él.

—Pero sabes que he estado llevando la cuenta de mis reglas, para que cuando el momento fuera el oportuno...

—Sí, sí —gruñó Renard—. Lo que pasa es que empiezo a sentirme como si fuera un semental puesto a engendrar.

Ariane se echó a reír, con el fin de alegrarle el ánimo.

—Y magnífico semental que eres —dijo, deslizando el dorso de la mano por su ancho pecho mojado de sudor—. Te di placer, ¿verdad?

Renard le cogió la mano y la llevó a sus labios para besarle suavemente las yemas de los dedos.

—Pero por supuesto, cariño. ¿Cuándo no me lo has dado? —Le soltó la mano y se puso de costado apoyado en un codo para poder mirarla intensamente—. La verdadera pregunta es, ¿te di placer yo?

—Vamos... por supuesto —mintió ella, desviando la cara para no mirarlo a los ojos.

Él le cogió el mentón y le giró la cara, obligándola a mirarlo a los ojos. Frunció más el entrecejo.

—No. Ya me lo imaginaba.

Volvió a ponerse de espaldas y se puso un brazo sobre la frente, con aspecto de sentirse molesto y frustrado.

Ariane maldijo en silencio a la vieja bruja que le enseñó a su nieto el arte de leer los pensamientos en los ojos, algo que

sólo debían saber las hijas de la tierra. Renard era infernalmente bueno para eso.

—De acuerdo —dijo—. Digamos entonces que tal vez no llegué a mi... a mi cima normal. Buscaba una satisfacción de otra clase. Mi placer no importaba...

—¡No importaba! —bramó él, sentándose bruscamente—. ¿No importaba? Tal vez no importaría si fueras una muchacha pagada a la que sólo le interesa el tamaño de mi bolsa. Pero querría creer que mi mujer encuentra más satisfacción en mis brazos.

—Vamos, Justice... —exclamó Ariane.

Pero él se bajó de la cama y caminó decidido hasta el mueble palanganero, enseñándole su ancha espalda y sus duras nalgas. Puso agua del jarro en la jofaina y se echó agua en la cara con las dos manos.

Ariane exhaló un suspiro, desgarrada entre la necesidad de continuar en la posición que estaba y el deseo de ir a aliviarle el dolor de su orgullo masculino herido. Aunque él aseguraba que tenía la piel dura como la de un elefante, su fuerte marido era tan vulnerable como cualquier hombre tratándose de su pericia en el dormitorio.

Lo observó lavarse en seco silencio, sin duda preparándose para vestirse y volver a sus ocupaciones de la tarde. Con sumo cuidado se bajó de la cama y, acercándosele sigilosa por detrás le apartó el pelo mojado de la nuca.

Al sentirla él se puso un poco rígido, pero por lo demás, se desentendió de ella y continuó pasándose la esponja por su largo y vigoroso brazo. Aunque ella era alta, tuvo que empinarse un poco para besarle la nuca.

—Justice, sabes que te quiero —musitó—. Siento una enorme dicha cada vez que me acaricias, aunque sea la más ligera de las caricias.

—Eso dices, señora.

Ariane pasó agachada por debajo de su brazo y se puso entre él y la jofaina.

—Venga, déjame hacer eso —dijo mimosa, alargando la mano para coger la esponja.

Él se resistió, pero pasado un momento se rindió y le entregó la esponja.

Se mantuvo quieto, con las piernas ligeramente separadas, las manos en las caderas, mirando fijamente un punto por encima de la cabeza de ella, mientras ella le pasaba la esponja por el ancho pecho. Se la fue pasando lenta y amorosamente, procurando compensarle su falta de respuesta antes. Admirada paseó los ojos por el corpulento y masculino cuerpo de su marido.

Aunque lo encontraba casi demoledoramente hermoso, él no se consideraba atractivo. No era hermoso en el sentido clásico de la palabra; su piel no era blanca ni tersa como la de muchos nobles elegantes que parecían haber sido cortados de una tela sedosa de un hábil sastre.

Con su ascendencia medio campesina, Renard parecía más un hombre hecho de la tierra, todo carne, huesos y fibra. Cuando siguió jabonándolo más abajo sintió una reacción en las ingles. A él se le movió el pene al contacto de su mano y ahogó una exclamación.

—No más de «eso», mi señora —dijo, cogiéndole la muñeca para detener el movimiento—. He cumplido mi deber contigo y tengo otras cosas que requieren mi atención.

Ariane se enderezó, sintiendo arder las mejillas de pena y vergüenza.

—Vaya, hablas como si yo fuera una rapiñadora que te utilizo para conseguir mis fines.

Renard se limitó a arquear una ceja, de forma muy expresiva, cogió una toalla de lino y se alejó para secarse solo.

Ariane tiró la esponja en la jofaina, fastidiada por la punzada de culpabilidad que sintió. ¡Maldición! No actuaba para satisfacer una desmadrada lujuria sino para tener un hijo, un hijo de ambos, una bendición para los dos. Sintió frío, se sintió vulnerable, y se cruzó de brazos para cubrirse los pechos desnudos. Aunque se daría un baño y se vestiría después que él se marchara, fue a buscar la camisola en el montón de ropa que había tirado de cualquier manera en su prisa por meter a Renard en la cama. Mientras se pasaba la ligera prenda de lino por la cabeza se fijó en que él se estaba vistiendo en el otro extremo de la habitación, y tuvo la impresión de que los pocos tablones y esteras dispersas que los separaban eran un abismo abierto entre ellos.

Lo observó ponerse las calzas y abotonárselas rápidamente, como si no viera la hora de salir de la habitación.

—Lamento que encuentres tan molesto tu deber —dijo—, pero creía que deseabas un hijo tanto como yo.

—Deseo lo que sea que te haga feliz, mi amor —masculló él, hurgando en el armario en busca de una camisa limpia.

—Esa es una respuesta desagradablemente evasiva —exclamó ella, molesta.

Renard sacó una camisa y cerró la puerta de un golpe.

—Nada me gustaría más que tener un hijo contigo, Ariane, pero te empeñas en eso demasiado. Nos vas a agotar a los dos, mujer.

—Antes nunca te quejabas de una cosa así. Tenías mucha más energía.

Renard detuvo el movimiento de desdoblar la camisa para mirarla.

—Sí. Podía estar todo el día haciéndote el amor. Pero no es eso lo que hacemos últimamente. Sólo unimos nuestros cuerpos para hacer un hijo. A veces te noto tan distante de mí

que dudo que recuerdes que estoy contigo, y pienso si no te serviría cualquier otro hombre para tu finalidad.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Ariane acalorada—. Qué cosas más horribles dices.

Renard apretó los labios.

—Tienes razón —dijo, secamente—. Disculpa.

Intentó pasarse la camisa por la cabeza pero todavía tenía la piel húmeda. La delgada tela de algodón se le quedó enroscada en los hombros, y no le llegaba la mano para bajársela.

—¡Condenación! —gruñó.

Dentro de un instante rompería la camisa con su impaciencia, pensó Ariane. Le ordenó que se quedara quieto, deshizo el enredo y consiguió bajarle la camisa por la espalda.

—Gracias, señora —masculló él.

Pero cuando la miró se le suavizó la dura expresión de la cara. Le acarició la mejilla, mirándola con ojos más dulces, y le dijo en tono más amable:

—Perdona que me porte como un animal herido, cariño. Pero hay tiempo de sobra para tener un hijo. Sólo llevamos tres años casados.

Su dulce caricia y su sonrisa le calmaron un poco la tensión a Ariane, pero tuvo que hacer un esfuerzo para que la voz no le saliera temblorosa:

—A mi edad la mayoría de las mujeres ya han sido madres varias veces. Voy a cumplir los veinticuatro para san Miguel.

—Una niñita —dijo él, besándole la punta de la nariz—. ¿No asististe el parto de la mujer del molinero sólo la semana pasada? Tiene cuarenta y dos, si no más.

—Pero Hortense ya ha tenido diez hijos —dijo ella. Se le oprimió la garganta y tuvo que tragar saliva para poder continuar—: Yo ya he fracasado dos veces.

Renard le cogió la cara entre sus enormes manos y la miró intensamente:

—No digas eso, Ariane. Lo que ocurrió no fue culpa tuya. Eres una mujer sabia. Deberías saberlo. Muchas veces abortar es simplemente algo que le ocurre naturalmente a la mujer.

—Abortar —repitió ella amargamente, apartándole las manos—. Odio esa palabra. Da la impresión de que no hubiera perdido nada más valioso que un cántaro de agua que se me cayó al sacarlo del pozo. La primera vez fue una desilusión; me acababa de dar cuenta de que estaba embarazada cuando se acabó. Pero la última vez... —Cerró los ojos y se puso la mano en el vientre—. Ah, la última vez, Justice, ya sentía los movimientos de vida de nuestro bebé, como un pajarito moviendo las alas. No «aborté» —añadió, con la voz embargada por la angustia—. Perdí a nuestro hijo.

—¡Y yo casi te perdí a ti! —contestó él secamente.

—No exageres, Justice. Reconozco que el dolor fue terrible y que perdí mucha sangre, pero...

—Casi te mueres, Ariane.

La cogió por los hombros y la miró a los ojos muy serio, como si quisiera obligarla a reconocer esa verdad. Ariane levantó el mentón, en gesto obstinado.

—¡No! Y aun en el caso de que hubiera estado cerca de la muerte, el parto siempre entraña ciertos riesgos. Pero tener ese precioso premio, nuestro bebé, ¿no lo hace valer la pena?

—¡No! Para mí no. —Apretó con tanta fuerza las mandíbulas que se le movió un músculo en la mejilla.

—Pero eres el conde de Renard. Supongo que querrás tener un heredero.

Renard expulsó el aire en un resoplido de impaciencia.

—Ariane, sabes muy bien que nunca le di especial importancia a heredar todo esto. —Hizo un gesto impaciente

hacia la enorme extensión de campos que se veía por la ventana—. Y no podría importarme menos quién se lo quede después que me muera. Lo único que me importa eres tú. —Le relampaguearon los ojos, en una expresión de amor y de frustración combinados. Flexionó los dedos y le friccionó los hombros para aliviarle la tensión—. ¡Verdad de Dios, mujer! Mi madre murió al darme a luz. ¿Es eso lo que quieres? ¿Dejarme con un hijo que no va ver nunca la cara de su madre?

—¡No! Estoy segura de que todo saldrá mejor la próxima vez. Es... es decir... —el miedo que la acosaba implacable ese último tiempo le hizo temblar el labio—, si hay una próxima vez —terminó en un susurro.

—Vamos, mi amor —gimió él, abrazándola fuertemente y apoyando la cara en su pelo—. Tendrás tu bebé algún día. Pero debes tener paciencia y esperar. Tu cuerpo aún no ha tenido tiempo para recuperarse.

Ariane se apoyó en su pecho, encontrando cierto consuelo en la cálida fuerza de sus brazos y en los latidos parejos de su corazón.

—Ya ha pasado un año, Justice, desde que perdí a nuestro bebé.

—No, sólo nueve meses —enmendó él amablemente.

¿Sólo?, pensó ella, abatida. Le parecía toda una vida de hacerse esperanzas cada vez que se le retrasaba la regla, y luego la amarga desilusión cuando le comenzaba. Su angustia se intensificaba más al comprender que estaba sola en su aflicción. Cada vez que comprobaba que no había concebido, sospechaba que él se sentía bastante aliviado.

Pero echarle en cara eso sólo provocaría otra riña, y ya había habido demasiadas riñas entre ellos últimamente. Por lo tanto, trató de animarse y levantó la cabeza para obsequiarlo con una llorosa sonrisa.

—Es igual. Estoy segura de que pensarás de otra manera cuando te ponga a tu hijo o tu hija en los brazos. Y eso podría ocurrir antes de lo que creemos. —Echó una esperanzada mirada hacia la cama—. Tal vez hayamos tenido suerte esta tarde.

—Tal vez —dijo él, y le sonrió, pero con una sonrisa forzada.

Dándole un ligero beso en la frente, la soltó, recogió sus botas y medias, y fue a sentarse en una de las banquetas junto al hogar para terminar de vestirse.

Sin sus brazos alrededor, Ariane se sintió extrañamente abandonada. Se cogió los brazos y le observó atentamente el perfil, sintiendo un sordo dolor en el corazón. Renard casi nunca hablaba de la forma como murió su madre, pero sabía que lo atormentaba el miedo de que ella sufriera el mismo destino.

Entendía ese miedo de Renard; de verdad lo entendía. Simplemente deseaba que él pusiera más empeño en entender sus ansias de tener un hijo. Él ni siquiera quería hablar de su angustioso anhelo de concebir, y eso la hacía sentirse abandonada y muy sola. Muy sola para desear y sufrir, afligirse y soñar.

Mientras Renard se ponía las botas, cambió totalmente de tema:

—¿Cuándo partes para la isla Faire?

Suspirando, Ariane fue a recoger el resto de la ropa que había tirado al suelo. La verdad, no había pensado mucho en su inminente viaje ni en la reunión de consejo de las hijas de la tierra que la aguardaba.

—Mañana a primera hora, supongo —empezó, y se interrumpió al golpearla todo el sentido de la pregunta de Renard—. ¿No me vas a acompañar?

—No, esta vez no. —Se levantó y golpeó en el suelo el tacón de la segunda bota para terminar de ponérsela—. Tengo unos asuntos urgentes que atender.

—Ah —dijo ella, disimulando su decepción.

Llevó el vestido sucio al cesto de paja donde ponían la ropa para la colada.

—Pero enviaré un grupo de hombres para acompañarte —añadió Renard.

—La isla Faire no está a demasiadas leguas —protestó ella—. Viajaré por nuestras tierras hasta mi casa. No necesito que me escolte un ejército.

—Seis de mis mejores hombres —dijo él, en un tono que no admitía discusión.

Se le acercó por detrás, le cogió un codo y la giró hacia él. Le puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Haría cualquier cosa para protegerte, para tenerte a salvo. «Cualquier cosa». Entiendes eso, ¿verdad, Ariane?

—Ah, sí, sí —tartamudeó ella, algo sorprendida por la intensidad de su tono y el fiero brillo de sus ojos verdes.

—¡Estupendo! —exclamó él.

Le dio un fuerte beso en los labios y se alejó. Al segundo siguiente, ya había salido de la habitación y cerrado la puerta.

Ariane se pasó los dedos por la boca, que le dolía un poco debido a la fuerza de ese beso. Cuando conoció a Renard, muchas veces lo encontraba amedrentador, un desconocido que ocultaba muchos secretos tras su tranquila sonrisa.

Siempre se había enorgullecido de su capacidad para leer los pensamientos en los ojos, pero le resultaba tremendamente frustrante no poder penetrar los pensamientos que él ocultaba bajo sus párpados entornados. Cuando se enamoró profundamente de él, por fin logró leerle los pensamientos

con la misma facilidad con que él le leía los suyos, pero todavía había ocasiones en que no lo lograba, y esas ocasiones se iban haciendo perturbadoramente más frecuentes.

Se pasó la mano por el pelo mirando tristemente la solitaria habitación. Tenía que bañarse, vestirse y empezar a hacer los preparativos para el viaje, pero la brusca marcha de Renard y su continuado desacuerdo respecto al bebé la hacían sentirse inquieta, desasosegada.

Caminó lánguidamente hacia una de las ventanas abiertas. La altura a que estaba esa habitación le ofrecía una excelente vista de la propiedad más allá de las murallas del castillo. Desde ahí veía claramente las misteriosas sombras del denso bosque cercano, el campo de trigo que había visto segar lentamente a un enjambre de trabajadores con sus hoces. A la izquierda había un prado salpicado de margaritas, donde el potrillo de la yegua más fina de Renard estaba retozando con sus larguiruchas patas.

Cuántas veces se había imaginado caminando por ese hermoso prado, con unos regordetes deditos cogidos de su mano. Se agacharía a señalarle una planta o una flor a su hija, para enseñarle todo el saber que le enseñara a ella su madre. La niña asentiría con la cabeza, entusiasmada, asimilando todo lo que le decía; una niñita con los vivos ojos verdes de Renard y el pelo castaño con vetas más claras por el sol. O tal vez el pelo más dorado, como era el de su padre.

O tal vez como el de Gabrielle.

Pensar en Gabrielle sólo sirvió para deprimirle más el ánimo. Su cabezota hermana nunca estaba lejos de su mente y su miedo por ella la había hecho pasar muchas noches de insomnio. Si no hubiera logrado introducir a Bette en el personal de la casa de Gabrielle para que le enviara informes periódicos, podría haberse vuelto loca de preocupación.

Cuando Gabrielle huyó, Renard se ofreció a ir a París a traerla de vuelta, por la fuerza si era preciso. Aunque la idea la tentó, ella la rechazó. No podía retener prisionera a su hermana, y temía que ya hubiera cometido bastantes errores con ella.

La luminosidad del día se fue apagando mientras pasaban por su mente los dolorosos recuerdos de la última vez que vio a su hermana, y su horrible pelea. Ella siempre había entendido la naturaleza del daño que le hizo Etienne Danton, y sabía lo mucho que la afligía la muerte de Nicolas Remy, aunque claro, Gabrielle jamás reconocería ninguna de las dos cosas.

Curandera por naturaleza, se sentía dolida y frustrada por ser incapaz de aliviar el dolor de su hermana. Esa última tarde se le agotó la paciencia. Aunque todavía no se lo había dicho a nadie, sospechaba que estaba embarazada de su primer hijo y que el embarazo no iba bien. Sólo esa mañana se había encontrado manchitas de sangre, y ver a Gabrielle haciendo tozudamente su equipaje, le quebró algo dentro.

—No vas a ir a París, Gabrielle —repitió, sacando los vestidos y enaguas del baúl con la misma rapidez con que Gabrielle los iba poniendo, y tirándolos sobre la cama—. Y ahí se acaba todo.

—Pues no —dijo Gabrielle, mirándola furiosa—. Puede que tú estés dispuesta a desaprovechar una casa en perfecto estado, una casa que pagó nuestro padre, pero...

—¡Una casa para su querida! ¿Vas a insultar a nuestra madre aceptando ese regalo de la malvada mujer que le rompió el corazón?

Aunque Gabrielle tuvo que tragar saliva, contestó:

—Nuestra madre ya no está aquí para que le importe.

—Y ¿crees que no le importaría que su hija esté dispuesta a embarcarse en la profesión de... de puta?

—Eso es lo que ya soy —repuso Gabrielle, volviendo a doblar un vestido, obstinadamente.

Ariane le cogió la muñeca para impedírselo.

—No, no lo eres. Lo que te ocurrió con Danton no fue culpa tuya.

A Gabrielle se le encendieron las mejillas, y se soltó bruscamente la mano.

—No sabes nada de lo que ocurrió, y no quiero hablar de eso.

—No, nunca quieres hablar de eso, ¿verdad? Ni de tu aflicción por Remy tampoco.

Ante la alusión a Remy, Gabrielle aferró con fuerza el vestido que tenía delante de ella, casi a modo de protección, y apretó los labios en ese gesto que ella conocía muy bien, la expresión de dolor reprimido combinado con absoluta tozudez.

Frustrada por su incapacidad de llegar a su hermana, de razonar con ella, comenzó a pasearse por el dormitorio.

—¿Crees que no sé lo que te propones? Crees que si seduces a muchos grandes hombres te harás lo bastante rica y poderosa para tener un lugar en la corte. Y que encontrarás la manera de vengarte de la Reina Negra por lo que le hizo a Remy. Pero eso no resultará, Gabrielle. Jamás podrás igualar a Catalina. Y aun en el caso de que lograras destruirla, te destruirás tú también. Tu corazón y tu alma quedarán tan negros como los de ella, y nada de eso te devolverá a Remy.

—No tengo corazón —dijo Gabrielle, metiendo el vestido en el baúl—. Y esto no tiene nada que ver con Remy, sólo tiene que ver con mis ambiciones.

Retrocedió de un salto cuando ella cerró bruscamente la tapa del baúl para impedirle que siguiera haciendo su equipaje.

—Pues olvida tus malditas ambiciones —dijo entonces, ya perdida toda la paciencia—. No vas a ir a ninguna parte. Te lo prohíbo terminantemente.

—¿Me lo prohíbes? ¿Quién te crees que eres?

—Tu hermana mayor y la señora de la isla Faire.

—Ah, sí, la fabulosa curandera que se cree capaz de curar cualquier cosa. Bueno, a mí no puedes curarme, Ariane. ¿Cuándo vas a entender eso? No soy perfecta como tú ni como mi madre. Y tal vez si mi madre no hubiera sido tan santa, mi padre no se habría buscado a esa puta...

Sin darse cuenta, ella levantó la mano y le asestó una fuerte bofetada. Las dos se miraron pasmadas un momento, Gabrielle con la mano puesta en la mejilla.

Jamás en su vida había golpeado a ninguna de sus dos hermanas. Se sintió enferma al ver asomar las lágrimas en los ojos de Gabrielle.

—Gabrielle, perdona, no sé qué...

Pero Gabrielle pestañeó enérgicamente y le volvió la espalda...

Ariane apoyó cansinamente la cabeza en el marco de la ventana. Gabrielle desapareció del castillo al día siguiente, y en esos dos años pasados no la había visto ni hablado con ella. De eso ella tenía tanta culpa como Gabrielle. Dolida por la manera como huyó su hermana, furiosa porque estaba viviendo en la casa de esa maldita mujer, abrumada por sus propios problemas, no había hecho nada para salvar la brecha abierta entre ellas.

Si le hubiera enviado recado cuando sufrió uno u otro aborto espontáneo, seguro que Gabrielle habría vuelto enseguida para acompañarla. Pero el excesivo orgullo se lo impidió.

Por todas partes la aclamaban como a la más docta de las mujeres sabias; había ayudado a veintenas de madres en las dificultades del embarazo y en partos, había asistido el parto de incontables bebés. Sin embargo, en lugar de un hijo, lo único que crecía dentro de ella era el miedo. El miedo de que a pesar de todo su saber, de toda su inteligencia, de toda su magia, podría resultar que fuera estéril.

Ay, si lograra conseguir que Renard comprendiera lo vacía, lo desolada que la hacía sentir eso. Pero tal vez ningún hombre podía comprenderlo. Tal vez le exigía demasiado a su marido. La procreación de un hijo tenía que ser algo dichoso, algo casi sagrado, que uniera más a marido y mujer, pensó tristemente. Pero a ellos, su anhelo de tener un hijo sólo los iba separando cada vez más.

Una fina neblina ondulaba sobre la hierba de la dehesa mojada por el rocío, y el sol sólo empezaba a asomar por el horizonte. Lo único que interrumpía la quietud de la mañana eran los trinos de los gorriones y los martillazos de Renard reemplazando una tabla rota de la verja.

Estaba agachado, con un clavo sujeto firmemente entre los labios, insertando otro en la tabla con golpes fuertes y precisos.

Reparar verjas no era una tarea decorosa para el conde de Renard, pensó, pero tenía la idea de que en él había más sangre campesina que la que fuera que heredara de los poderosos Deauville. Le gustaba la sensación de un hacha o una hoz

en su mano, y prefería con mucho el buen trabajo honrado a cazar, amaestrar halcones o beber vino con algún noble petimetre bañado en perfume como una prostituta parisiense.

Siempre había sentido más afinidad con su pariente Toussaint, primo lejano de su madre campesina. El formidable guerrero ya se había ido a reunir con su Hacedor hacía dos primaveras; una muerte pacífica puso un digno fin a lo que fuera una vida larga y plena. Todavía echaba de menos al anciano que fue para él como su padre y su conciencia, y en especial en esos momentos, en que había surgido ese problema con Ariane.

Cogió el clavo que tenía en la boca y lo colocó en su lugar. Al oír el sonido de un cuerno en la distancia, se incorporó y, haciéndose visera con una mano, miró hacia el camino que salía del castillo. Distinguió el grupo de sus seis hombres montados, todos vistiendo la librea negra y oro de la casa de Deauville. Cabalgando en medio de ellos, montada a la asentadillas sobre un palafrén brillantemente enjaezado, iba su Ariane. Envuelta en un manto de lana roja, su pelo castaño le caía a la espalda en una gruesa trenza.

La señora de la isla, Faire. Renard esbozó una sonrisa, en parte de pesar y en parte de orgullo. Ya se habían despedido con un beso en la semioscuridad anterior al alba. El abrazo fue tenso, pese a que los dos se esforzaron en simular que no lo fue.

Continuó de pie observando a los jinetes; cuando llegaron al recodo en que el camino seguía cerca del límite del prado, Ariane alargó el cuello para mirar en dirección a él, le sonrió y levantó la mano, en gesto de despedida. Incluso a esa distancia él detectó el nimbo de tristeza que la rodeaba.

Pero le correspondió resueltamente la sonrisa y estirando el brazo lo agitó hasta que los jinetes de escolta y su mu-

jer se perdieron de vista, dejando tras ellos una nubecilla de polvo.

Entoces bajó la mano y su sonrisa fue reemplazada por un ceño de preocupación.

—Ay, cariño —musitó—, todavía te encuentro muy cansada y pálida.

Pese a todas las protestas de Ariane asegurando que se encontraba bien, él temía que no hubiera recuperado del todo sus fuerzas desde la terrible experiencia del aborto espontáneo.

Aunque ya la echaba de menos, pensaba que estaba bien que estuviera lejos un tiempo. Era posible que la visita a su antiguo hogar le hiciera bien, le desviara la mente de la obsesión que la tenía tan inquieta. Y su ausencia le daría a él la oportunidad de aclarar sus ideas y decidir qué demonios debía hacer para solucionar el problema entre ellos.

Siempre había sido bueno para ocultar sus emociones, al menos hasta que Ariane entró en su vida y su corazón. Vivía aterrado pensando que, siendo la mujer sabia que era, le leyera en los ojos su secreto, el engaño de que era culpable desde hacía nueve meses. Ah, no la engañaba con otra mujer; no existía en el mundo la mujer capaz de tentarlo a desviarse de la cama de Ariane. Pero era posible que ella encontrara más perdonable ese tipo de infidelidad que lo que estaba haciendo, y que esto fuera tal vez peor a sus ojos.

Lo que estaba haciendo era impedir que concibiera un hijo.

Sacó otro clavo de la bolsa que llevaba atada a la cintura y volvió a su tarea de reparar la verja, pero en cada golpe el martillo parecía cargado con su sentimiento de culpa.

Ariane era hija de una sabia cuya magia era legendaria, la piadosa Evangeline, la anterior señora de la isla Faire. Pero su

propia abuela campesina, bueno, no se podía negar la verdad, pensó, sonriendo irónico, su abuela Lucy era una bruja, y al parecer del tipo más malo de bruja. Renunciando a las artes curativas benévolas, se convirtió en experta en el negro arte de preparar venenos y brebajes destinados a obstaculizar la creación de vida, no a estimularla.

Esta abuela le transmitió a él gran parte de sus conocimientos, entre otras cosas la preparación de un brebaje para dejar infértil por un tiempo la simiente del hombre, y esos meses él había estado tomando en secreto ese brebaje.

No le costaba imaginarse lo que le habría dicho Toussaint. Aun cuando el anciano quería a Lucy, siempre deploró su magia negra y que le hubiera enseñado a él tantas cosas. Pero ¿qué otra maldita cosa podía hacer?, pensó, golpeando el clavo con tanta fuerza que este se dobló, y se vio obligado a sacarlo para poder continuar el trabajo. Le encantaría tener muchos hijos con Ariane, pero no a expensas de su salud y tal vez incluso de su vida. Después del último aborto intentó evitar las relaciones sexuales, pero pese a su reposado recato, Ariane podía ser una seductora condenadamente resuelta, y él, bueno, reconoció exhalando un largo suspiro, él era muy débil tratándose de la mujer que amaba.

Así las cosas, qué remedio, tuvo que recurrir a esa maldita poción; ella casi se estaba matando en su empeño por tener un hijo. Y él se sentía un absoluto cabrón cada mes cuando le venía la regla y ella volvía a caer en la desesperación, y el corazón se le rompía un poco más. Su sentimiento de culpa se intensificaba más aún cuando ella se acurrucaba en sus brazos en busca de consuelo, sin tener idea de que él era el Judas responsable de su desilusión.

No podían seguir así mucho tiempo más, pensó angustiado. Tenía que encontrar una solución, aun cuando eso sig-

nificara probar métodos que ella no aprobaría. Se incorporó y apoyó los brazos en la verja, meditabundo. Sospechaba que por él corría demasiada sangre bruja de su abuela Lucy.

Pero ya había tomado su decisión. Encontraría la manera de que Ariane tuviera el hijo que ansiaba, protegiéndola y manteniéndola a salvo al mismo tiempo, para siempre. Buscaría todos los textos de saber y ensalmos posibles.

«Aun cuando —se dijo esbozando una triste sonrisa—, aun cuando eso signifique recurrir a la magia de la clase más negra.»

8

La luz de la luna hacía resplandecer el palacio del Louvre y los olores de las malsanas aguas del Sena se mezclaban con la fragancia de las rosas de los jardines del palacio. La silueta iluminada del palacio se recortaba sobre el cielo negro como un castillo de cuento de hadas. Por las ventanas salía la luz y la música procedente del salón principal, donde se estaba celebrando el baile de máscaras.

Pero Remy, oculto e inmóvil en las sombras, no veía nada de la dulce belleza de esa noche de verano. Su mente había retrocedido a lo largo de los años hasta la última vez que salió del Louvre acompañando al viejo almirante Coligny y a dos de sus compañeros oficiales a sus alojamientos. El recuerdo era tan claro que le pareció oír su propia voz:

—No podemos dejar aquí a nuestro rey, rodeado por nuestros enemigos. Tenemos que sacarlo de ahí.

—¿Sacarlo? —exclamó el joven Tavers—. Su majestad sólo lleva un día casado. No ha tenido tiempo para gozar de los placeres de su lecho nupcial.

—¡Lecho nupcial! —contestó él, acalorado—. Lo más probable es que eso sea su lecho de muerte, y para el resto de nosotros también.

—Vamos, muchacho, por favor —intervino el almirante, mirándolo con un gesto de cansina paciencia—. Basta de esa tontería de que la reina Catalina es bruja y está conspirando para asesinarnos a todos.

—No es una tontería, señor. Si hubiera visto y oído lo que yo vi y oí en la isla Faire...

—No deberías haber puesto nunca el pie ahí —lo interrumpió su fornido amigo, el capitán Devereaux, agitando su desgreñada cabeza—. Dicen que esa isla Faire es un lugar sumamente extraño.

—Sin duda nuestro buen Remy estuvo durmiendo con las hadas —terció Tavers.

—O lo hechizó alguna Circe de ojos azules —bromeó el almirante.

A Remy lo fastidió sentir arder de rubor las mejillas; las palabras del almirante estaban peligrosamente cerca de la verdad de lo que le ocurrió con Gabrielle.

—Creo que tenemos que domesticar a nuestro Azote. Buscarle una esposa —declaró el almirante.

—Una esposa. Justo lo que necesita —convinieron los otros dos.

Al instante todos comenzaron a hacer jocosas sugerencias para una posible esposa. Únicamente Devereaux pareció comprender la intensidad de su miedo y de toda su frustración.

—Lo que necesitas —le dijo en tono tranquilizador—, es simplemente un jarro de vino y una buena comida. Ven conmigo a mi casa. Claire no te ha visto desde hace mucho tiempo, y tú aún no has visto el último añadido a nuestra familia, tu tocayo. Menudo par de pulmones tiene el crío; no deja dormir a nadie en toda la calle. Hemos comenzado a llamarlo el Azotito.

Él trató de sonreír, pero no pudo; tenía agobiado de miedo el corazón. Tratando de aplastar el miedo, se dejó llevar por sus amigos lejos del palacio, donde había dejado abandonado a su joven rey, con la esperanza de que el almirante tuviera razón, de que de alguna manera todo iría bien.

—¡Remy! ¿Capitán?

El susurro sonó muy cerca de su oído, y alguien le tironeó impaciente el brazo. Absorto en sus recuerdos, se giró, medio esperando ver a Devereaux, su simpática cara animada por esa ancha sonrisa que dejaba ver el hueco de una muela que le faltaba. Pero Dev ya no existía, como tampoco su mujer ni sus hijos. Habían muerto, como el joven Tavers y el viejo almirante. Muertos como tantos otros por la brutalidad y la locura de la Noche de San Bartolomé.

Era Lobo el que lo estaba mirando en la oscuridad.

—¿Capitán? Vamos, señor. Tenemos que darnos prisa, si no queremos faltar a la cita.

Remy asintió. Sacudiendo la cabeza para expulsar a los fantasmas del pasado, se dejó conducir por Lobo, alejándose de las puertas principales del Louvre, donde los guardias estaban verificando la identidad de los que iban llegando. Esa era la entrada para los invitados, y él no estaba invitado.

Siguiendo a Lobo, caminó ocultándose en las sombras, en dirección a la parte más antigua del palacio. Empleando una u otra estratagema, Lobo había pasado los últimos días aprendiéndose la disposición del terreno. El muchacho saltaba desde un árbol a un arbusto con una velocidad y sigilo que a él le costaba igualar, obstaculizado como estaba por su ropa nueva.

Llevaba unas calzas de rígido satén atadas bajo las rodillas, y sus movimientos se los limitaba más aún un jubón a

juego cuyas mangas iban ciñéndose más hasta quedarles totalmente ajustadas en las muñecas. Llevaba los pies metidos en botines de piel estrechos y rígidos, muy diferentes a sus botas flexibles y desgastadas.

Llegaron ante un ancho foso seco, lo que quedaba del antiguo foso con agua que en otro tiempo rodeaba el palacio. Mientras iba bajando por el muro inclinado, detrás de Lobo, la capa corta azul medianoche que llevaba plegada sobre el hombro se le enredó en el brazo. Impaciente se la arregló a tirones de modo que no le estorbara.

De pronto pisó mal, estuvo a punto de caerse, y los rígidos botines desprendieron piedras, que bajaron rodando, produciendo un estrépito que en la noche semejó a una andanada de disparos. Los dos se aplastaron contra el rugoso muro de piedra, inmóviles, tensos, con el oído alerta. Por reflejo, Remy se llevó la mano a la espada, pero su mano no encontró su fiel espada, sino que se cerró sobre la caprichosa empuñadura de una espada ligera de gala. Lobo sólo iba armado con una daga. Si llegaba ahí un contingente de guardias a averiguar la causa del estrépito, él y el muchacho estarían perdidos.

Fue transcurriendo el tiempo, y puesto que no aparecía nadie a dar el grito de alarma, Remy apartó la mano de su espada y Lobo emitió un suave silbido de alivio.

—Espere aquí, capitán —le dijo al oído—. Yo me adelantaré a explorar el terreno.

Antes que Remy pudiera protestar, Lobo ya se iba alejando, corriendo sigilosamente por el fondo del foso. Frustrado, Remy apretó fuertemente los labios; le resultaba difícil ceder el control de esa misión a un simple muchacho de dieciocho años. Se había visto obligado a poner muchísima fe en Lobo y en la misteriosa criada que aceptó hacerlo entrar

clandestinamente en el palacio. No le había quedado otra opción.

Gabrielle lo dejó sin otra alternativa cuando se negó a colaborar. Volvió a apoyar la cabeza en el muro, con las mandíbulas tensas, pensando si ella estaría en el baile, hechizando a su rey con sus dulces sonrisas y vivos ojos.

Lo más probable es que estuviera, y en realidad contaba con eso. Ese baile de máscaras que le permitiría entrar en el palacio sin ser detectado, le planteaba una dificultad también. Entre todas esas caras enmascaradas, ¿lograría reconocer al rey que no veía desde hacía mucho tiempo?

No estaba nada seguro, pero sí sabía con certeza que, llevara máscara o no, reconocería a la mujer que había llenado sus sueños esos tres últimos años. Y donde estuviera Gabrielle, seguro que estaría Navarra. La parte más peligrosa de su empresa sería encontrar la manera de hablar en privado con su rey sin despertar las sospechas de Gabrielle y sin atraer la atención de la Reina Negra.

En consideración a eso, había tomado todas las medidas preventivas posibles. Llevaba una gorra metida bajo el cinturón para cubrirse la cabeza cuando se pusiera la máscara; esa careta negra de piel le ocultaría toda la parte superior de la cara; en cuanto a la mandíbula...

Se pasó la mano por el mentón, y lo perturbó sentir la piel suave, desnuda. Había llevado barba desde que era menor que Lobo. Sin la barba se sentía curiosamente desnudo, vulnerable. Gabrielle no lo había visto nunca con la cara rasurada. La ausencia de barba podría servirle tal vez para engañarla.

Y ¿si lo reconocía a pesar de todo? Si adivinaba su identidad, ¿decidiría traicionarlo? Su corazón ansiaba gritar no, que era imposible una cosa así. Pero su cabeza le recordó cruelmente todas las frías verdades acerca de Gabrielle que

tanto había deseado negar. La amarga verdad era que no la conocía en absoluto, y no tenía idea de lo que podría hacer ella.

—¿Señor? Capitán —siseó Lobo en la oscuridad, sacándolo de sus negros pensamientos.

Lobo le hizo un gesto indicándole que lo siguiera, y echó a caminar por el pedregoso sendero del fondo del antiguo foso. Lo siguió. De pronto el muchacho se detuvo y apuntó hacia una ventana de la esquina del edificio.

—Ahí, capitán —susurró—. A las nueve en punto la señorita Lysette nos va a hacer una señal con una vela desde esa ventana y bajará una cuerda para que suba. Le llevará hasta la escalera principal, y desde ahí usted podrá arreglárselas para entrar en el salón.

Remy asintió lúgubremente. Ya era demasiado tarde para ponerse a considerar la temeridad de lo que iba a hacer, pero le susurró al oído.

—¿Estás seguro de que esa criada es de fiar?

—Oh, por supuesto, capitán. Lysette es una chica buena y leal.

—No puede ser tan leal, si está dispuesta a traicionar a sus amos ayudando a entrar a un desconocido por unas cuantas monedas.

—Ah, pero si no fue necesario pagarle nada. Lo va a hacer por mí. —Brillaron los dientes de Lobo, en una ancha sonrisa—. Cuando quiero, tengo todo un don para tratar a las damas, y Lysette es una chica de naturaleza muy romántica, ¿entiende? —Acercándosele más añadió en voz más baja—: Le dije que usted es un caballero pobre pero honrado, que está perdidamente enamorado de una heredera cuyo cruel padre hace lo imposible por tenerlos separados. Lysette cree que le va a ayudar a tener un encuentro con su dama, así que sería mejor que no dijera nada sobre su verdadero fin para entrar ahí.

—Mira tú, qué bien que me lo hayas advertido. Cuando esa chica me lleve a escondidas por los corredores, tenía pensado explicarle mis planes para ayudar a escapar al rey de Navarra y que no me importaría rebanar unos cuantos cuellos para conseguirlo. No soy un absoluto idiota, muchacho —añadió con un gruñido.

—Eso lo sé, señor. Es usted un hombre valiente y honrado, pero... pero, por favor no se enfade si le digo que no es lo que se diría un experto en este tipo de intriga. No he querido ofenderle, señor.

—Y no me has ofendido —lo tranquilizó Remy, dándole una suave palmada en el hombro—. Tienes toda la razón. Soy mucho mejor para luchar como buen soldado. --Alargó el cuello para mirar tristemente las paredes del Louvre envueltas en la oscuridad de la noche—. Daría mi alma por montar una verdadera invasión a ese maldito palacio y rescatar a mi rey con cañones y espadas.

—A veces incluso los soldados más osados tienen que recurrir al engaño, como en esa historia que me contó sobre esos antiguos griegos que entraron en Troya. Pero en lugar de un caballo de madera, usted tiene una máscara y una capa. —Le dio unos cuantos tirones a la capa hasta dejarle bien los pliegues que le caían del hombro derecho—. Ah, señor, sé que detesta esta capa, pero tiene que acordarse de llevarla así, colgada del hombro, como la llevan todos los gallardos caballeros elegantes. Así se ve más noble.

—Como un maldito petimetre quieres decir.

—Noo, parece un duque, un grandioso caballero. Si yo tuviera una capa tan fina para pavonearme, todas las señoritas de París caerían desmayadas a mis pies.

—Cuando acabe este maldito asunto te puedes quedar esta maldita capa.

—¿De verdad, señor? —exclamó Lobo.

Remy se apresuró a taparle firmemente la boca con una mano, no fuera a expresar su gratitud en voz demasiado alta.

En ese momento comenzaron a sonar en la distancia las campanadas de las nueve en Saint Germaine L'Auxerois. Remy sintió pasar un escalofrío por todo él. Las campanas de esa misma iglesia fueron las que señalaron el comienzo de la masacre la Noche de San Bartolomé.

Quitando la mano de la boca de Lobo, tragó saliva, pensando si llegaría alguna vez el momento en que algo tan inocente como el sonido de las campanas de una iglesia no lo hicieran desear vomitar violentamente. El duro nudo que se le había formado en el estómago no se aflojó hasta que dejaron de sonar las campanas. Entonces vio aparecer el brillo de una vela en la ventana que había señalado Lobo. Distinguió la silueta de una chica y se le oprimió el corazón. Si no se equivocaba, su guía durante el resto de su peligrosa aventura parecía ser menor aún que Lobo.

Lobo ahuecó la mano sobre sus labios y emitió unos cuantos ladridos roncos y luego un suave gemido, imitando a la perfección a un perro callejero. La chica asomó la cabeza por la ventana. Al verlos esperando en la oscuridad, desapareció, y un momento después Remy vio bajar lentamente una gruesa cuerda por la pared.

Ya está entonces, pensó, sintiendo la boca reseca. Dentro de un momento estaría de regreso, metido en el palacio entre enemigos que lo creían muerto, pudriéndose en su tumba, y que estarían felices de enmendar ese error. Estaría nuevamente en presencia de su rey, al que le falló una vez y no podía permitirse volver a fallarle.

Y estaría nuevamente cerca de la mujer que en otro tiempo le pareció la mejor parte de su vida y que ahora no

era para él otra cosa que una desconocida de corazón duro y frío.

Cuando sacó la máscara que llevaba metida bajo el cinto de la espada, lo fastidió sentir las palmas mojadas de sudor. Se las secó en los costados de las calzas, y preparó la gorra para ponérsela después de la máscara. La rígida piel que ocultaría su identidad le estorbaba la visibilidad; tendría que andar casi a ciegas, sin poder ver hacia los lados.

Vagamente consciente de la presencia de Lobo, cogió la cuerda y tiró de ella. Se sintió aliviado al comprobar que la chica había sido lista y dejado bien sujeta la cuerda; resistiría su peso.

Cuando iba a comenzar a trepar, Lobo le cogió el brazo.

—¡Señor, espere!

Remy tuvo que girar la cabeza para poder ver al muchacho por los agujeros de la máscara. Antes estaba hirviendo de entusiasmo por la aventura, pero en ese momento su delgada cara se veía muy seria y pálida a la luz de la luna.

—Tome, señor —susurró en tono urgente, poniéndole algo en la mano—. Tiene que llevar esto con usted, para protegerse.

Remy levantó el objeto para mirarlo más de cerca. Era una pequeña bolsa de lona que parecía contener materia seca, y colgaba de un cordón de cuero. Al acercarse la bolsa a las narices, sintió un olor picante; hizo una mueca y echó atrás la cabeza.

—¡Condenación! ¿Qué diablos es esto, Martin?

—Un potente amuleto, capitán, una mezcla especial de hierbas, estiércol de cabra seco y ajo; me lo enseñó mi tía Paulina. Llévelo colgado del cuello, cerca del corazón, y lo mantendrá a salvo.

Remy reprimió un gruñido de impaciencia.

—Vamos, por el amor de Dios, muchacho...

—¡No! No, de verdad que es bueno. Mantendrá a raya a las brujas, señor.

—Y a todos los demás. No debo llamar la atención, ¿lo has olvidado? —Le devolvió la bolsita—. Te agradezco la idea, Martin, pero...

—Ay, no, por favor, señor. Tiene que ponérsela. —Lobo trató de metérsela nuevamente en la mano—. Para que lo mantenga a salvo de ella.

—Te aseguro que me voy a mantener muy alejado de la Reina Negra.

—No, no de ella. De la otra, de la bruja que tan hechizado lo tenía antes, la hermosa Gabrielle.

Remy se tensó ante la alusión a Gabrielle, pero se encogió de hombros para apaciguar el miedo de Martin. Gabrielle Cheney podría poner en peligro su vida, traicionarlo y llevarlo a la muerte o a prisión, pero de una cosa estaba seguro: jamás volvería a hechizarle el corazón.

—No, muchacho. No necesito esto. Soy absolutamente impermeable a sus encantos. —Le devolvió la bolsa y lo obligó a cogerla—. Ahora ya has hecho tu parte. Vete y espera mi regreso en la posada.

—Pero, señor...

—No hay pero que valga, muchacho. Ya acordamos todo antes y un buen soldado siempre obedece a su capitán.

Diciendo eso le apretó el hombro y le dio un suave empujón para ponerlo en camino.

Lobo retrocedió un paso y se quedó observando, angustiado, mientras Remy comenzaba a trepar por la cuerda, difícil tarea para el capitán vestido con esa ropa nueva y resbaladiza. Pero lo logró, con su fuerza y destreza de siempre. Cuando Remy pasó al otro lado de la ventana, se asomó un

momento y le hizo un rápido gesto indicándole que se marchara.

—¡Vete! —susurró secamente.

Lobo se alejó hacia la oscuridad de las sombras y allí esperó hasta que Remy desapareció de su vista y la ventana volvió a quedar a oscuras. Sin hacer caso de las órdenes, continuó allí, pasando nervioso la bolsa amuleto de una mano a la otra.

La aventura había sabido dulce en su boca hasta ese momento; ahora sólo sentía miedo por su amigo. Se sentiría mucho más tranquilo si hubiera logrado convencer a Remy de llevar el amuleto. Él era impermeable a los encantamientos de Gabrielle, declaró el capitán; pero si era tan impermeable, ¿por qué se había pasado tantas noches murmurando el nombre de la bruja en sus sueños?

Suspirando, guardó la bolsita con el ensalmo en la bolsa que llevaba atada al cinturón que afirmaba su daga. Sabía lo que Remy esperaba de él: que se fuera a la posada a esperarlo. Que si llegaba la mañana y él no volvía, cogiera lo que quedaba del dinero y huyera a un lugar seguro.

—Y lleva una buena vida muchacho —repitió en voz baja, para sí mismo.

Remy no dijo nada más, pero él sabía lo que quiso decir con esas palabras.

Se alegró de que Remy ya no estuviera ahí y no pudiera verle la expresión rebelde que se instaló en su cara. Un buen soldado podía obedecer a su capitán, pero un lobo no era tan obediente. No iría a ninguna parte mientras no viera salir a su capitán sano y salvo.

El salón resplandecía con un deslumbrante torbellino de colores y cortesanos ataviados en brillantes surtidos de seda, ra-

sos y joyas. Gaitas, laúdes y tambores estaban tocando una animada pieza de música. Con las caras ocultas por todo tipo de máscaras, antifaces y caretas, los bailarines hacían piruetas por el salón, sonriendo y coqueteando con alegría ilimitada.

Tal vez eso se debía a que la Reina Negra aún no había hecho acto de presencia en la fiesta de esa noche. Catalina solía producir una notable tensión en las fiestas y reuniones más libres y despreocupadas. Incluso su hijo parecía sentirse más relajado cuando ella no estaba presente. El rey de Francia estaba repantigado en su trono, su estrado rodeado por la muchedumbre que formaban sus amigos más íntimos, todos jóvenes perfumados y enmascarados, y todos rivalizando por la atención de Su Majestad.

Pero los ojos de la mayoría de los demás hombres estaban dirigidos hacia la joven que giraba entre los bailarines. Nunca Gabrielle Cheney había estado más radiante; su pelo recogido en una corona de rizos dorados sobre la cabeza, sus facciones más hermosas y seductoras al estar medio ocultas por una máscara plateada.

Su vestido de seda color marfil era la envidia de todas las otras damas presentes. Adornada por exquisitos bordados, la falda parecía flotar sobre los anchos y rígidos aros del miriñaque, y el atrevido escote dejaba ver las elevaciones de sus pechos firmes y llenos. Una gargantilla de encaje rosa trenzado sobre alambre le enmarcaba su esbelto cuello como unas alas de hada.

Su figura era majestuosa bailando con agilidad y gracia, su delicada mano casi desaparecida dentro de una mano grande de rey. Enrique de Navarra bailaba a su lado; su identidad delatada, a pesar de la máscara, por su tupido pelo negro rizado y su barba de sátiro.

Mientras avanzaban y retrocedían, siguiendo los pasos de la danza, los ojos del rey de Navarra brillaban mirando a Gabrielle por los agujeros de su máscara; su embelesada admiración visible para todos los presentes. Aunque debería sentirse triunfante, Gabrielle encontraba difícil mantener la radiante sonrisa, y sabía muy bien quién tenía la culpa de eso: Nicolas Remy. Maldito fuera. Pese a todos sus esfuerzos por quitárselo de la cabeza, él continuaba atormentándola en todos sus momentos de vigilia. Aunque se esforzaba por expulsar su imagen de su mente, estaba enferma de miedo por él, pensando dónde estaría, qué actos temerarios estaría planeando.

A veces pensaba que estaba mejor cuando lo creía muerto. Incluso la aflicción que le producía eso era más fácil de soportar que saber que estaba en alguna parte en París, despreciándola, haciendo planes con los que bien podría conseguir que lo mataran. Habían transcurrido casi dos semanas sin que él diera señales de vida, y ella esperaba de todo corazón que hubiera abandonado su loca empresa de rescatar al rey. Por desgracia, conociendo tan bien su infernal sentido del deber, dudaba seriamente de eso.

La repentina presión de la mano de Navarra la volvió bruscamente a la realidad; comprendió que había dado mal un paso y no estaba en el puesto que le correspondía. La firme fuerza del brazo del rey la guió hasta que ocupó su lugar en la fila.

Al hacerlo, Enrique la miró interrogante, susurrando:

—Sois muy cruel, madame.

—Eh... perdonadme —dijo Gabrielle, tremendamente humillada, tratando de recuperar el ritmo—. No os pisé, ¿verdad?

—Soy yo el que tiene más probabilidades de pisaros los dedos de los pies, amiga mía. Con lo patán que soy.

Gabrielle lo miró sonriendo irónica. Navarra podía ser descuidado en su apariencia, pero era buen bailarín; sus musculosas piernas seguían los pasos de la danza con la agilidad y gracia de un atleta natural.

Con las manos cogidas, avanzaron dos pasos, se pusieron de puntillas al mismo tiempo y retrocedieron los dos pasos.

—No, mi hermosa reina —continuó él—. Cuando dije que sois cruel, era una queja por la forma como vuestros pensamientos se desvían de mí. ¿No hacia otro hombre, espero?

Gabrielle se alegró de que su máscara ocultara el rubor que sintió subir a las mejillas.

—Noo, por supuesto que no.

—Me alegra oír eso. Me aniquilaría descubrir que tengo un rival.

—¿Quién podría rivalizar con vos, Vuestra Majestad? —contestó ella sin alterarse.

Los intrincados pasos de la danza los separaron y por unos momentos Gabrielle tuvo otra pareja, el caballero D'Alisard, cuya máscara que imitaba a un halcón no disimulaba mucho sus regordetes rasgos. Sus galanterías eran tan grasientas como la palma de su mano, por lo que se sintió aliviada cuando los pasos de la danza la devolvieron a su primera pareja.

—Así que habéis adivinado quién soy —dijo Navarra, reanudando la conversación mientras giraban uno en torno al otro.

El rey simulaba estar molesto, pero eso era parte del juego. En opinión de Gabrielle, esos bailes de máscaras eran una farsa. La mayoría de los cortesanos presentes sabían muy bien quiénes eran los demás, aun cuando simulaban no reconocerse entre ellos.

Avanzando y retrocediendo al ritmo de los pasos del rey, lo obsequió con su más deslumbrante sonrisa.

—Por supuesto, Sire. ¿Cómo no iba a adivinar quién sois, tras vuestro disfraz? Sólo hay un Enrique.

—Os equivocáis, señorita. Hay varios, aparte de mí. Enrique, el guapo duque de Guisa es uno, y, lógicamente, está Enrique de Valois, nuestro noble rey de Francia.

El movimiento de la danza los acercó más y ella aprovechó para susurrar:

—Tal vez debería haber dicho que sólo hay un Enrique de Navarra.

La sensual boca de Enrique se curvó en una triste sonrisa.

—Sólo un Navarra, ¿eh? Podría tomar eso como un cumplido si no supiera cómo se me describe en la corte. El reyezuelo cuya nariz es más grande que su reino.

Gabrielle lo miró de reojo, con expresión traviesa:

—En cuanto a eso, no sabría decirlo, Vuestra Majestad.

—¿Porque no encontrais tan apabullantemente grande mi nariz?

—No, porque nunca he visto vuestro reino para poder comparar.

Otro hombre se habría ofendido, pero Navarra tenía mucho sentido del humor para considerarse a sí mismo. Echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Esto hizo girar muchas cabezas hacia ellos, todos pensando qué habría dicho Gabrielle para divertir al rey.

—¡Panza de san Gris! Qué picaruela más descarada sois, para burlaros así de vuestro pobre Navarra —dijo él, fingiendo un tono quejumbroso.

Cuando el rey juraba y olvidaba sus modales cortesanos, estaba más encantador que nunca. Se le acentuaba el dejo bearnés, y a ella le recordaba a Remy. Tuvo que bajar la cabeza para no delatar la punzada de pena que la recorrió.

Nuevamente la danza los obligó a cambiar de pareja. Gabrielle se encogió al sentir en la cintura la sudorosa mano de D'Alisard. La siguiente figura exigía que el hombre levantara en alto a su dama y girara en círculo llevándola en volandas. Gruñendo y resoplando, D'Alisard logró apenas levantarla y casi la arrojó al suelo antes de terminar la vuelta en círculo. Pero ese torpe intervalo le dio al menos la oportunidad de serenarse antes de volver al rey.

Navarra cerró posesivamente la mano sobre la suya y la llevó al siguiente paso de la danza.

—Dije «vuestro pobre Navarra», mi señora. ¿No tenéis nada que decir a eso?

—Diría que yo no creo que a ningún rey se le pueda llamar pobre —contestó ella alegremente—. Tampoco creo que seáis mío.

—Lo soy, y os demostraría cuánto lo soy si tuviera la oportunidad de estar a solas con vos. —Mientras giraban el uno en torno al otro, le cogió la mano y se la llevó a los labios, depositando un ligero beso en sus dedos, y acercándose más, le susurró al oído—. Venid a mi habitación esta noche, Gabrielle, y os demostraré en toda su medida mi pasión y devoción.

Gabrielle se apartó de él, sintiendo el miedo y asco que siempre la abrumaba cuando contemplaba la idea de ir a la cama de un hombre. Superaría esa sensación de vacío en el estómago; siempre la superaba, pero deseaba alargar un poco el periodo de conquista. Todavía no se sentía preparada para rendirse a Navarra.

Pero veía claramente que Enrique se estaba impacientando; no sabía cuánto tiempo más podría continuar manteniéndolo a la distancia del brazo. La danza los obligó a separarse nuevamente y eso la salvó de contestarle inmediatamente.

Estaba tan distraída por sus pensamientos que no se fijó que tenía una nueva pareja e inconscientemente se preparó para ser maltratada por D'Alisard. Asombrada, sintió cogida la cintura por un fuerte brazo. El hombre la levantó y la giró en volandas con tanta energía que se mareó. Y cuando la depositó en el suelo, el impacto la hizo perder el equilibrio.

—A fe mía, señor —protestó, recuperando el equilibrio—, no conocéis vuestra fuerza. Se trata de levantar a vuestra pareja, no de arrojarla como una lanza.

—Perdón, señora —balbuceó él.

—Deberíais...

Olvidó lo que iba a decir al echar su primera buena mirada a su nueva pareja de baile. Era un hombre alto, con una capa corta plegada sobre un hombro; toda su brillante ropa formaba aguas en colores azul y negro, como un mar azotado por una tormenta. Decididamente no era D'Alisard ni ninguno de los otros cortesanos a los que podía reconocer fácilmente.

Echó atrás la cabeza y examinó la cara del desconocido, el firme contorno de su delgada mandíbula, la tensión de la boca, que la máscara de piel dejaba al descubierto. Él la estaba mirando con igual intensidad, perforándola con sus ojos castaño oscuro a través de los agujeros de la máscara; toda su expresión una extraña mezcla de sufrimiento y rabia.

Remy.

Gabrielle se quedó inmóvil, olvidando moverse. Los demás bailarines que pasaban girando por su lado formaron un borrón de colores, como cuando se deja una paleta con las pinturas expuestas a la lluvia. Se apagó la música, reemplazada por un fuerte zumbido en los oídos. Por segunda vez en su vida, pensó que podría desmayarse de la impresión. Pero la

danza continuó y los separó, y el hombre se perdió de vista en el círculo de bailarines.

Logró recuperar un tanto la serenidad y volvió a ocupar su puesto al lado de Navarra. Mientras la fuerte mano del rey la guiaba firme en los pasos siguientes, la miró ceñudo de preocupación.

—¿Os sentís mal, señora?

—Estoy muy bien, Sire —mintió ella, haciendo un débil intento de sonreír.

—Estáis tan pálida como si hubierais visto una aparición.

Esas palabras le produjeron un estremecimiento, pero consiguió disimularlo. No, no era una aparición, pensó, resistiendo el fuerte deseo de mirar temerosa por encima del hombro. Sólo un fantasma de su imaginación. Sí, eso tenía que ser, se dijo, tratando de convencerse.

El hombre con el que acababa de bailar no podía ser Nicolas Remy. Simplemente había pasado tantos días desgarrada entre la esperanza y el miedo de volver a verle que ya empezaba a imaginarse que lo veía.

Mientras giraba y avanzaba bailando con Navarra, alargó el cuello por si volvía a ver al hombre con el traje azul medianoche. Veía atisbos de él, pero las figuras de la danza la frustraban, le impedían acabar del todo con sus dudas.

Remy era más alto que el desconocido de la máscara de piel, ¿verdad? ¿O era más bajo? La gorra de bordes blandos le ocultaba el pelo. Se le formó un nudo en el estómago cuando se imaginó haber visto un trocito de pelo dorado oscuro.

Pero no, eso sólo era un efecto de la luz de las velas. Lo más probable es que el desconocido tuviera el pelo moreno. Además, estaba rasurado. Remy siempre llevaba barba. Claro que no era tan boba para suponer que Remy no supiera usar una navaja de afeitar. Pero la ausencia de barba sola-

mente era una cosa, se dijo. Sólo dos semanas antes Remy parecía estar al borde de la pobreza. ¿De dónde diablos podía un soldado fugitivo sacar los fondos para vestirse con esa ropa tan cara? ¿Cómo podría haber conseguido que lo admitieran en la corte? Y seguro que ni siquiera el gran Azote sería tan temerario para aventurarse ahí, desprotegido en medio de tantos enemigos.

Atormentada por las dudas, apenas contestaba a las palabras que el rey le susurraba al oído, instándola a reunirse con él en sus aposentos a medianoche. Le hizo una vaga promesa, esperando con creciente miedo e impaciencia que la danza la llevara nuevamente a presencia del desconocido.

Cuando por fin se encontró cara a cara con el hombre de azul medianoche, logró saludarlo con más calma, aunque sentía retumbar el corazón más fuerte que los tambores. Colocó la palma en la de él e hicieron lentamente el giro, sin seguir para nada el ritmo de la música.

Era como si estuvieran bailando al ritmo de una música que sólo ellos oían, pensó Gabrielle. Sentía su piel cálida, su palma áspera y callosa. No era la mano sedosa de un cortesano, parecía más la mano de un soldado..., la mano de Remy.

Sintió bajar un estremecimiento por toda ella, y le dio miedo mirarlo a los ojos, pero se obligó. Sus ojos no se veían tan duros ni tan furiosos como antes, pero de todos modos la miraban con una intensidad que le aceleró el pulso; esos ojos castaño oscuro aterciopelado tan parecidos a los de Remy.

Una máscara tiene un efecto en los ojos de la persona, hace su expresión más misteriosa y peligrosa. ¿Era Nicolas Remy ese hombre, o no? Lo sabría en menos de un segundo si lograba obligarlo a hablar. Girando recelosa en torno a él, siguiendo los pasos de la danza, le dijo:

—El señor es un excelente bailarín.

Él agradeció el cumplido con una rígida inclinación de la cabeza. Ella se mojó los labios y volvió a intentarlo.

—El señor me resulta conocido. ¿Os conozco?

Él se limitó a encoger ligeramente los hombros, produciéndole una mayor sensación de frustración. Pronto tendrían que separarse, y ya no podía soportar más tiempo el suspense. Arrojando al viento la prudencia, se le acercó más y le suplicó:

—Por el amor de Dios, señor, ¿quién sois? Vamos, Remy, por favor, no me digas que eres tú.

—Muy bien, no lo soy —dijo él en su oído.

La voz era inconfundible. Era Remy.

—Ay, Dios —exclamó, tropezándose y apretándole fuertemente la mano.

Miró alrededor, aterrada al pensar que alguien pudiera haberla oído, o comprendiera con quién estaba; que el Azote había vuelto y estaba en medio de ellos.

—Ten cuidado, Gabrielle, casi me has pisado un pie —susurró él.

—Pisado un pie —siseó ella—. Me gustaría pisarte esa enorme cabezota. ¿Estás totalmente loco para venir aquí?

—Sin duda —repuso él tranquilamente.

Gabrielle lo miró bastante furiosa, sin saber qué deseaba hacer, si darle un buen tirón de oreja o llevarlo a rastras a la puerta de salida más cercana. Pero antes que se le ocurriera qué decir o qué hacer, paró la música. No paró como cuando la danza llega a su fin, sino bruscamente, y el sonido de violines fue reemplazado por un repentino murmullo de voces.

Con la mano de Remy fuertemente cogida, Gabrielle estaba tan atrapada en el enredo de emociones que en un primer momento no comprendió lo que ocurría. Pero al ver que

todos los demás estaban haciendo profundas reverencias o venias, se giró a mirar y se le heló la sangre.

Con su siempre impecable elección del momento, la Reina Negra hacía finalmente acto de presencia.

9

A Gabrielle se le oprimió el corazón de terror cuando Catalina de Médicis hizo su entrada en el salón. La reina madre parecía proyectar una sombra sobre los enmascarados; su vestido negro en fuerte contraste con el colorido de las resplandecientes sedas y brillantes joyas. Llevaba luto desde la muerte de su marido, y en todos esos años no había encontrado conveniente abandonarlo. Se veía engañosamente vieja con su ropa negra, con su pelo plateado oculto bajo un gorro cónico, y su gordo cuello circundado por una recatada gorguera blanca. Su único adorno era una cruz enjoyada que colgaba sobre su macizo pecho.

No se había molestado en ponerse una máscara para la fiesta de esa noche, pero no la necesitaba. Su cara era tersa, una blanca máscara en sí misma, que rara vez dejaba ver sus emociones; sus oscuros ojos Médicis eran mucho más propensos a penetrar los secretos de otros que a revelar los suyos.

Gabrielle siempre había conseguido ocultar sus pensamientos a Catalina. Al principio, cuando creía muerto a Remy, su odio por la Reina Negra ardía dentro de ella como acero derretido, pero con el tiempo, antes de aventurarse a ir a la corte, fue aprendiendo a moderarlo, convirtiéndolo en algo más frío, más paciente, más calculador, tan impenetrable como una armadura.

Por desgracia, Remy no poseía una armadura semejante. Como todos los demás, su atención estaba fija en Catalina; su mandíbula tan apretada que Gabrielle se sorprendió de que no se le quebrara el hueso, su odio tan visible que incluso un niño lo vería. Una sola mirada a sus ojos bastaría a Catalina, con su increíble percepción, para adivinar su identidad.

Los cortesanos se apartaron respetuosamente abriéndole camino hacia el estrado donde la esperaba su hijo con expresión mohína, resentida.

Gabrielle le cogió el brazo a Remy y lo llevó a situarse detrás de uno de los elevados pilares del salón.

—Remy, tienes que salir de aquí inmediatamente —lo instó en voz baja.

Remy se soltó el brazo.

—Sé que nada te gustaría más que huyera para tú poder continuar seduciendo a mi rey. Pero lamentablemente no puedo darte el gusto, señora. No voy a ir a ninguna parte mientras no haya realizado lo que vine a hacer.

—¿Y eso qué es? ¿Lograr que te maten?

—Sabes muy bien por qué estoy aquí. Para hablar con Navarra.

—No podrás decirle mucho si estás muerto.

—¿Es una amenaza eso?

Ella vio relampaguear sus ojos, fríos, duros, desconfiados, los ojos del Azote. Vio lo que estaba pensando, que lo único que ella deseaba era mantenerlo alejado de Enrique de Navarra. Acercándosele más espetó:

—No, considéralo un aviso. Lo que quiero es salvarte la vida.

Él apretó los labios, dejando claro que no le creía. Angustiada, ella miró hacia la Reina Negra, y vio que cada paso la iba acercando al lugar donde estaba discutiendo con Remy.

Movida por la desesperación, se quitó la máscara, con la esperanza de que al verle la cara él se convenciera de su sinceridad.

—Remy, por favor... —Se interrumpió para continuar en voz más baja, no fuera que la oyeran—. Tienes que desaparecer antes que Catalina te vea. Lee los pensamientos y sentimientos en los ojos igual como otros leen un libro abierto. Ese es un viejo truco de hechicera, y ella es diabólicamente buena para eso. ¿Has olvidado lo que es?

—No he olvidado nada de esa maldita bruja. Pero esta noche podría ser la única ocasión que tenga para comunicarme con mi rey. La Reina Negra me cree muerto, y llevo una máscara, igual que todos esos petimetres. Es posible que no me descubra, a menos que tú decidas traicionarme.

La miró con ojos duros, desafiantes. ¿De veras Remy podía creer que ella sería capaz de semejante cosa? ¿Tan bajo había caído en su opinión? Al parecer sí. Una mezcla de dolor y rabia le encendió las mejillas.

—¿Yo? Vamos, tonto cabezota. Tú mismo te traicionas con cada palabra, con cada gesto...

—Señora Cheney.

Gabrielle se interrumpió al oírse llamar en ese tono glacial que conocía tan bien. El corazón le bajó hasta la boca del estómago al verse rodeada por cortesanos, y comprender que Remy ya no tenía oportunidad de escapar. Ya era demasiado tarde para que tratara de desaparecer poniéndose en un segundo plano o salir sigilosamente por una puerta.

La Reina Negra estaba a sólo unas yardas de distancia, mirándolos a los dos con sus penetrantes ojos. Gabrielle se quedó paralizada, atenazada por el pánico. Pero lo aplastó. Dirigiendo una última mirada de aviso a Remy, avanzó hacia Catalina, para impedirle que se acercara más. Se inclinó en

una profunda reverencia, extendiendo las faldas por el suelo como si eso pudiera servirle de escudo al hombre que se erguía gigantesco detrás de ella. El corazón le golpeaba con tanta fuerza el pecho que temió que la reina lo oyera. Desesperada, trató de calmarse. Cuando olía el miedo, Catalina tenía los instintos de un chacal.

—Señorita, levantaos por favor —dijo Catalina tocándole ligeramente el hombro.

Gabrielle se enderezó, y mantuvo los ojos clavados en el suelo. Pero al instante comprendió que eso despertaría las sospechas en Catalina. Levantó la cabeza y se obligó a mirarla a los ojos con su acostumbrada osadía.

Catalina le cogió el mentón, y su oscura mirada la perforó sin piedad. Gabrielle le sostuvo la mirada, casi sin respirar, ordenándole a su mente convertirse en un escudo liso, impenetrable.

Finalmente Catalina le soltó el mentón y le sonrió con una sonrisa glacial.

—Vaya, mi querida Gabrielle, aún no ha llegado el momento de quitarse la máscara, y vos ya os habéis quitado la vuestra.

—Me aplastaba la cara —repuso ella, sonriendo con una sonrisa igual de falsa—. Vuestra Excelencia debe de haber sufrido lo mismo. Tampoco lleváis puesta la vuestra.

—Como estoy segura de que sabéis muy bien, hija, me considero demasiado vieja para participar en la alegre locura de una mascarada.

—Es una lástima. Porque no me cabe duda de que Vuestra Majestad sería muy hábil en eso.

—No más hábil que vos, querida mía —replicó Catalina.

Muchas veces Gabrielle disfrutaba tremendamente sus batallas de ingenio con la Reina Negra, pero nunca antes ha-

bía tenido tanto que ocultar. Deseó mirar a hurtadillas hacia Remy, para ver cómo estaba, pero no se atrevió. Procurando ocultar su nerviosismo, abrió su abanico y lo agitó lánguidamente ante la cara.

—Decidme, pues, hija mía. ¿Lo estáis pasando bien esta noche? —ronroneó Catalina.

—Ah, sí, inmensamente, Vuestra Excelencia.

—¿De veras? Me pareció que estabais un poco afligida. Estáis muy pálida.

—Es... es el calor —repuso Gabrielle, agitando con más vigor el abanico—. Hace un calor diabólico en el salón.

Catalina entrecerró astutamente los ojos.

—Ah, sí, diabólico. Debéis tener mucho cuidado. Todas esas danzas vigorosas que habéis bailado. Eso no puede ser bueno para vos.

Gabrielle se sorprendió, a su pesar. O sea, que Catalina había estado observándola toda la velada, y se tomaba el trabajo de hacérselo saber, sin duda con la esperanza de ponerla nerviosa. Y bastante bien que lo estaba consiguiendo, pensó, tristemente. Deseó contestar con algo ingenioso, pero se le había resecado la boca.

Con expresión de falsa preocupación, la reina le dio una palmadita en la mejilla.

—Es evidente que os habéis agotado. Pero comprendo la tentación. Tantos hombres encantadores... mi yerno Navarra, el caballero D'Alisard, y luego ese gallardo y galante joven de la capa azul medianoche.

Gabrielle pensó que el corazón se le iba a parar del todo cuando la reina se refirió a Remy. Le temblaron los dedos y casi se le cayó el abanico.

—Y ¿dónde se ha metido? —dijo entonces la reina, fingiendo buscar con los ojos por el salón—. Ah, sí, ahí está.

Mientras Catalina fijaba la vista en un punto detrás de su hombro, Gabrielle tuvo la impresión de que se le apretaban los lazos del corsé hasta no dejarla respirar. Había esperado que Remy hubiera aprovechado el intervalo de su conversación con Catalina para escapar. Pero no lo había hecho, era evidente.

Estaba junto al pilar como si hubiera echado raíces ahí, como un tozudo general resuelto a mantener su posición en el campo de batalla a toda costa. Cuando Catalina alargó el cuello mirando hacia él, por lo menos tuvo la inteligencia de tragarse el odio y saludarla con una rígida venia.

Catalina frunció ligeramente el ceño, dándose golpecitos en el mentón con un dedo.

—Qué raro. Creía que sabría reconocer a todo el mundo de la corte, con o sin máscara. Pero confieso que encuentro muy misterioso a ese caballero.

—¡No! —exclamó Gabrielle.

Cuando Catalina la miró con las cejas arqueadas por la sorpresa, se apresuró a recuperarse.

—He dicho no —dijo en tono más suave—. No hay nada misterioso en él. Seguro que Vuestra Excelencia lo reconoce.

—Pues no. ¿Quién es?

Gabrielle sintió bajar una gota de sudor por el cuello. Agitando el abanico, probó una risita.

—Vamos, pues, es el marqués de Lanfort, Vuestra Excelencia.

Era la jugada mas arriesgada que había hecho en su vida. Ni siquiera sabía si Lanfort estaba presente en el baile. A esa distancia Remy podía pasar por el joven marqués, pero si Catalina le pedía que se acercara...

Retuvo el aliento mientras Catalina observaba a Remy, un largo rato, que a ella le pareció interminable. Por fin, Catalina musitó.

—Ah, sí, claro, Lanfort.

Haciéndole un gesto de despedida, la Reina Negra continuó su recorrido por el salón. Gabrielle se inclinó en otra profunda reverencia, ya casi a la espalda de Catalina, pero esta vez sintió temblar las rodillas.

¿Habría logrado engañarla? Creía que sí, pero ¿quién podía saberlo, tratándose de la Reina Negra? Sólo estaba segura de una cosa. No tendría ni un solo instante de paz mientras no sacara a Remy del palacio esa noche. Aunque tuviera que golpear con un palo en la cabeza a ese obstinado idiota para conseguirlo.

Se había reanudado la música y los bailarines hacían sus figuras y piruetas en la pista de baile. El rey tenía apoyada la cabeza en el respaldo de su trono, riendo a carcajadas de algo que acababa de decirle uno de sus pintarrajeados favoritos. Sentada cerca de su hijo sobre el estrado, Catalina reprimía su irritación. Quería a Enrique a su manera, más de lo que había querido a ninguno de sus otros hijos. Muchas veces la sacaban de quicio sus afeminados modales y sus amanerados amigos petimetres, pero esa noche tenía asuntos más urgentes de qué ocuparse.

Más allá del arremolinado grupo de bailarines, en el otro extremo del salón, acababa de ver desaparecer por la puerta a una hermosa mujer de pelo dorado acompañada por un hombre de capa azul medianoche.

Gabrielle Cheney, pensó, exhalando un cansino suspiro. Maldita sea. Decididamente tramaba algo, y por una vez eso no tenía nada que ver con su resuelta persecución del rey de Navarra.

Por enésima vez puso en tela de juicio su prudencia al permitir la presencia de Gabrielle en la corte. Las mujeres sa-

bias de la isla Faire no habían sido nunca sus aliadas, y menos aún después de ese asunto de los guantes. Había logrado acordar una tregua con las hermanas Cheney, pero esta era una tregua muy insegura.

En su opinión, era mejor tener a la vista a los enemigos, pero ese no era el único motivo de que tolerara a Gabrielle. La chica no era como su madre, la piadosa Evangeline, ni como la actual señora de la isla Faire, la bondadosa y honorable Ariane. Gabrielle era astuta, implacable y ambiciosa, más parecida a ella misma. Muchas veces había deseado que su hija Margot fuera como ella, en lugar de esa tontita romántica, toda pasión e impulsividad. Gabrielle Cheney jamás perdería la cabeza por ningún hombre. La joven le despertaba la curiosidad. Pero las intrigas pueden llegar a resultar excesivas, pensó, sonriendo irónica para sus adentros, incluso para una mujer que disfrutaba tanto como ella de la intriga.

Se levantó, bajó del estrado y chasqueó los dedos, para hacer venir a un flaco anciano de incipiente calvicie y descuidada barba. Este era la única persona presente en el baile, aparte de ella, que no llevaba máscara. Bartolomy Verducci rara vez se encontraba lejos de ella.

Cuando le pedían que definiera el puesto de Verducci en su personal, ella decía algo vago dando a entender que era su secretario, aunque sabía que con eso no engañaba a nadie. Los cortesanos lo llamaban con epítetos menos halagüeños: espía, informante, burro de carga. Incluso había oído llamarlo en tono burlón, «el lebrel de la Reina Negra».

Acertada descripción, pensó, cuando Bartolomy llegó hasta ella, cabizbajo, y se inclinó como un esclavo sobre su mano. Puso rápido fin a esa demostración de servilismo cogiéndole la gorguera y acercándolo más para que sólo él pudiera oír sus palabras.

—Creo que os ordené vigilar atentamente a la señorita Cheney esta noche, *signore*.

—Y eso he hecho, Excelencia.

—Entonces, ¿por qué acabáis de permitir que salga por la puerta sin vigilancia? ¿Por qué no la seguisteis?

—Bueno, esto... —Bartolomy se mojó los labios, nervioso—. Simplemente pensé...

—No necesito que penséis, señor. Simplemente cumplid mis órdenes. He dejado muy claro eso en numerosas ocasiones.

El hombrecillo se puso pálido como la cera.

—S-sí, Excelencia. Pero su Excelencia me ordenó observar su conducta con el rey de Navarra, y puesto que la señorita Cheney salió del salón con otro hombre, no vi ningún mal en dejarla salir. Después de todo, sólo ha salido para tener una cita con su joven amante el marqués de Lanfort.

Catalina le dirigió una mirada dura y lo soltó.

—¿Sí? Eso es muy extraño, puesto que vi personalmente cuando el marqués se cayó de su caballo esta mañana y se torció el tobillo. A menos que el marqués haya tenido una asombrosa recuperación, el hombre que está con la señorita Cheney no es Lanfort.

La mandíbula del *signore* Verducci cayó, y se la quedó mirando boquiabierto y con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—No os quedéis ahí mirándome como una trucha recién pescada —gruñó Catalina, y colocándole la palma en el huesudo pecho le dio un fuerte empujón—. Sigue a la señorita Cheney, estúpido, y descubre qué demonios está tramando.

La música y las risas provenientes del salón se iban apagando en la distancia mientras Gabrielle llevaba cogido de la

mano a Remy, atravesando los jardines del palacio. Desesperada, se atrevió a mirar hacia la escalinata del palacio, medio temiendo ver a Catalina allí, como la bruja que era, siguiéndolos con su sombría mirada por la oscuridad de la noche.

Pero no había nadie ahí, y el baile de máscaras continuaba; se veían pasar las siluetas de los bailarines por las ventanas del salón. Ni un clamor ni un grito repentino, ni una llamada de los guardias perturbaba el apacible silencio de la noche aparte del murmullo de las hojas de los árboles, el distante burbujeo del agua de una fuente y el golpeteo de su corazón.

Iba prácticamente corriendo por el césped, movida por su angustiosa necesidad de hacer escapar a Remy. Los pasos más largos de él le permitían ir al paso de ella, su rostro inescrutable detrás de su máscara negra de piel. Dados su obstinado orgullo y su temerario valor, le extrañaba que hubiera aceptado con tanta facilidad salir con ella del salón.

Le llevaba fuertemente apretada la mano, no fuera que en cualquier momento cambiara de opinión y quisiera devolverse. En la distancia se veía la oscura silueta de las Tullerías recortada contra el cielo iluminado por la luna. El nuevo palacio de Catalina, diseñado al estilo florentino, aún no estaba terminado; sólo lo estaban el laberinto, los jardines y la gruta, silenciosos y desiertos a esa hora de la noche.

Si lograba llegar hasta ahí con Remy, convencerlo de que continuara caminando, podría volver por ahí a la ciudad. Entonces ella podría respirar más tranquila, sabiendo que él estaría a salvo, al menos por el momento. Pero de pronto él se detuvo bruscamente y sujetándole firmemente la mano, la obligó a parar también.

—¡No! —exclamó ella, consternada—. No debes...

Él le ahogó la protesta tapándole la boca con una mano.

—Cuidado —gruñó en su oído—. Mira.

Gabrielle miró en la dirección que él le indicaba y sintió que se le paraba el corazón. La luz de la luna brillaba sobre los cascos de dos de los centinelas del palacio que hacían la ronda. Remy, con su ropa oscura, podría no ser visible en la oscuridad de la noche, pero ella, con su vestido color marfil, destacaría como un hada revoloteando por el jardín.

Era evidente que ya los habían visto, porque uno de ellos hablaba gesticulando a su compañero. Los dos salieron del sendero en dirección a ellos. La reconocerían al instante, pero si a Remy lo obligaban a quitarse la máscara e identificarse, estaría perdido.

Se quedó paralizada un momento, dudando entre volver corriendo al palacio o intentar ocultarse entre los arbustos. Antes que pudiera decidirse, Remy la cogió en sus brazos y llevándola hasta un inmenso roble, bajó la cara hacia la de ella y posó los labios en los suyos, en un fuerte beso.

Gabrielle agrandó los ojos, sorprendida, hasta que comprendió la intención de él: simular que eran amantes y que simplemente habían salido a tener una cita amorosa a la luz de la luna. A regañadientes le echó los brazos al cuello.

Con lo hábil que se había vuelto como cortesana, jamás le había gustado besar. Encontraba demasiado íntima esa unión de labios, aliento y lenguas, que le exigía ofrecer más de sí misma que el simple y vacío placer que el otro encontraba en su cuerpo.

Y el beso de Remy sin duda le pedía demasiado. Sus labios le exigían sin darle cuartel, y su ardiente intensidad le tocaba demasiado de cerca sus deseos reprimidos. Trató de mantenerse indiferente, de no olvidar que sólo era una actuación para evitar la recelosa vigilancia de los guardias.

Pero a su pesar cerró los ojos y se acurrucó más entre los brazos de él. Con la lengua Remy trató de abrirle los labios

cerrados; emitiendo un suave y tembloroso suspiro, se los abrió, dándole acceso a las sensibles profundidades de su boca, dejándosela invadir por su lengua, con ardientes movimientos que le derritieron los huesos y le encendieron la sangre.

Eso era muy diferente de la frenética dicha que experimentó con el beso que se dieron aquella noche cuando se enteró de que él seguía vivo. Este era un beso nacido de la excitación, la pasión y el peligro, y tal vez el mayor peligro era cómo reaccionaba su cuerpo al de él. Se le escapó un suave gemido. Sin preocuparse del daño que hacía a su vestido y a los aros de su miriñaque, se apretó a él desesperada por estar lo más pegada que fuera posible.

Él subió sus fuertes manos por su espalda, acariciándosela, y luego acariciándole el costado, seductoramente cerca de la curva de su pecho. Sintió el calor de su mano a través de la tela de su ropa y se le endurecieron los pezones en ansiosa reacción. Hundió los dedos por entre el sedoso pelo de su nuca, olvidándose del peligro, olvidándose de todo lo que no era Remy, la sensación, las caricias, su sabor.

Se sentía agitada, mareada, imprudentemente embriagada por su beso, y pensó cómo era posible sentirse como si estuviera a punto de estallar en llamas y al mismo tiempo tan segura en los brazos de un hombre. Cuando él apartó la boca, se le escapó un suspiro de protesta. Se estremeció, trató de volver a la realidad, y vagamente se dio cuenta de que los guardias habían pasado de largo y desaparecido; sus risitas burlonas aún resonaban en el silencio de la noche.

¿Se habría dado cuenta Remy de que los guardias ya no estaban? Sus ojos se veían oscuros y acuosos en los agujeros de la máscara. No había ningún motivo para que continuara abrazándola. Sin embargo, él no hizo ningún ademán de soltarla y ella tampoco intentó apartarse. Continuaron abraza-

dos como si estuvieran sujetos por un hechizo, por un misterioso encantamiento de la noche y la luna, sus corazones latiendo al unísono.

Gabrielle fue la primera en recuperar la sensatez, y se apartó de él. Él la soltó con cierta renuencia, le pareció, pero ¿cómo saberlo de cierto si tenía la mayor parte de la cara oculta por esa maldita máscara? Lamentó haberse quitado la suya; sin máscara se sentía vulnerable, desnuda a la impenetrable mirada de Remy.

Avergonzada por tener la cara ardiendo de rubor, se puso las manos en las mejillas, por si lograba enfriárselas. Buen Dios, tenía que ser una mujer de cierto refinamiento, no una muchacha tonta que se ruboriza y tiembla en los brazos de un hombre simplemente porque él la ha besado.

Se echó atrás el pelo, se enderezó la gargantilla y trató de recuperar su habitual energía.

—¡Bueno! —exclamó cuando le pareció que podía fiarse de su voz—. Esto ha sido toda una actuación, capitán Remy. Tu actuación ha mejorado muchísimo.

—Estoy aprendiendo —contestó él.

Apoyando la espalda en el tronco del roble, se cruzó de brazos y la contempló, con tanta tranquilidad que ella se irritó. Era como si para él no fuera nada arriesgarse a que lo cogiera la Reina Negra, escapar por un pelo de que lo cogieran los guardias, y besar hasta casi dejar sin sentido a una mujer a la que consideraba una enemiga.

De pronto cayó en la cuenta de lo silenciosa y desierta que estaba esa parte de los jardines, tan lejos del palacio principal; la luz de la luna casi no llegaba a ese lugar bajo el frondoso ramaje del roble. Jamás se habría imaginado que se sentiría nerviosa por estar a solas en la oscuridad con Remy. Sin querer se llevó la mano al cuello.

—Parece que ya pasó el peligro de que te descubrieran, pero no es prudente que continúes aquí. Debes marcharte, y... y yo tengo que volver al salón antes que me echen en falta.

Pero cuando se recogió las faldas, preparándose para pasar junto a él, él se apartó del árbol y le cogió la muñeca.

—Todavía no. Necesito hablar contigo primero.

¿Hablar con ella? Lo miró incrédula. Sí que se había vuelto loco del todo.

—Con tu perdón, capitán —dijo, con cierta aspereza—, pero me parece que este no es el mejor momento para una charla. Creo que nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

—No llevará mucho tiempo.

La acercó a él y su capa quedó entre ellos como una sombra. La moda de llevar una capa plegada sobre un hombro daba a muchos cortesanos el aspecto de dandi. Pero en Remy tenía otro efecto: atraía la atención a sus anchos hombros, acentuaba la impresión de potencia que apenas lograba restringir su fornida figura masculina. Sus ojos sólo eran dos puntitos brillantes en los agujeros de su máscara, pero el estremecimiento que la recorrió no tenía nada que ver con el miedo.

—Sólo una pregunta, mi señora —dijo él—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Hacer qué? —preguntó ella, con voz débil, pensando que quería acusarla.

—¿Por qué le mentiste a la Reina Negra, diciéndole que yo era tu amante, ese... ese Lanfort?

—Ex amante —enmendó ella, arqueando altivamente las cejas, aunque sin saber por qué le importaba tanto corregirlo—. ¿Qué habrías preferido que le dijera? Ah, Excelencia, sólo se trata de Nicolas Remy. ¿No os acordáis de él? Aquel al que llamabais cariñosamente el Azote.

—Habría preferido que te mantuvieras al margen y me hubieras dejado arriesgarme solo —ladró él.

Sólo entonces Gabrielle comprendió que lejos de sentirse agradecido por su intervención, Remy estaba molesto con ella, incluso algo enfadado.

—Sin duda no era ventajoso para ti inmiscuirte —continuó él.

—No necesitas decirme eso.

Hizo un mal gesto, pensando que era probable que Enrique de Navarra ya hubiera vuelto al salón y la anduviera buscando. Si el rey la vio salir sigilosamente con otro hombre, tendría que encontrar una manera ingeniosa de explicárselo.

Como si él le hubiera leído los pensamientos, apretó la mandíbula.

—¿Qué demonios te llevó a hacerlo entonces? ¿Por qué me protegiste?

Ella trató de soltarse pero él le apretó más la muñeca.

—¿Qué importa el porqué? —dijo, intentando desviar la vista.

Entonces él le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—A mí me importa. Aseguras que estás muy resuelta a seducir a mi rey. Seguro que sería más provechoso para ti que yo no estuviera para interponerme en tu camino. Entonces, ¿por qué te tomas tanto trabajo para salvarme?

Con un fuerte tirón, ella logró soltarse. Retrocediendo, se friccionó la dolorida muñeca.

—Tomando en cuenta que soy la única persona que sabe quién eres, también sería más provechoso para ti librarte de mí. Tal vez por eso me has acompañado hasta aquí, para estrangularme y tirar mi cadáver entre los arbustos.

—No seas ridícula. Por mucho que me enfurezcas, sabes condenadamente bien que jamás podría hacerte daño.

—Entonces, ¡tú deberías saber igualmente bien que yo jamás podría traicionarte! —Pero estaba claro que él no lo creía, o no sentiría la necesidad de hacerle esas preguntas—. Ah, ya lo veo —dijo amargamente—. Tú eres el gran héroe, todo relleno de honor. Y yo sólo soy una vulgar ramera, capaz de cualquier bajeza.

—Nunca te he llamado así.

—No tenías por qué. Tu desprecio por mí es evidente.

Horrorizada sintió formarse un nudo en la garganta. Con el fin de que él no viera cuánto la herían sus dudas, trató de pasar veloz junto a él. Pero él fue más rápido, se interpuso en su camino, formando una barrera infranqueable con su duro y musculoso cuerpo.

—No expreso ningún desprecio —dijo—. Pero quiero una respuesta a mi pregunta.

Estaba claro que no le permitiría marcharse mientras no le hubiera contestado. Él cerró las manos sobre sus hombros, no con brusquedad, pero sí con firmeza. No había manera de escapar de él, a no ser que se enzarzara en una indigna y tal vez inútil lucha.

—¿Por qué me protegiste, Gabrielle? ¿Por qué?

—Porque... —Porque todavía lo quería demasiado, pensó, lo cual era una emoción inconveniente para una mujer resuelta a no sentir nada aparte de fría ambición. Tragó saliva, mirándolo impotente—. Maldita sea, Nicolas Remy. Nunca me acosaste con esas preguntas en la isla Faire. Entonces no te preocupaba saber por qué yo te protegía de la Reina Negra.

—Sé muy bien lo que hiciste por mí ese verano, pero han cambiado muchas cosas desde entonces. Tú has cambiado.

—No he cambiado. Es evidente que soy tan tonta como siempre en lo que a ti se refiere.

Él disminuyó la presión en sus hombros y le dijo con voz más suave:

—Lo siento, Gabrielle, pero tienes que comprender que esté confundido. Te encuentro muy alterada, muy diferente a la chica que recuerdo. Ahora eres como una desconocida para mí.

—Ah, y qué bien te sienta a ti hablar de desconocidos. El Nicolas Remy que conocí jamás me habría tratado como un matón. Reteniéndome prisionera, interrogándome, ocultándose tras esa maldita máscara como un verdugo público.

Remy respondió quitándose la gorra emplumada. Cuando comenzó a soltarse los lazos de la máscara, Gabrielle se horrorizó por lo que lo había obligado a hacer. Miró alrededor, angustiada, y las sombras de los árboles y los arbustos adquieron un aspecto siniestro, llenos de ojos deseosos de ver, para ir a informar a la Reina Negra.

—No, no te la... —alcanzó a decir, pero él ya se había quitado la máscara.

Un rayo de luna formó fulgores dorados en su pelo oscuro y le iluminó el perfil, destacando la bien cincelada estructura ósea de los pómulos, definiendo la sensible curva de la boca. Su mandíbula parecía esculpida en duros y osados contornos algo suavizados por el ligero hoyuelo del mentón. Sus facciones, ya no ocultas por su espesa barba, se veían al mismo tiempo fuertes y curiosamente más vulnerables.

Gabrielle olvidó el dolor, olvidó su rabia. Apenas se acordaba de respirar. Se le acercó más, le hormiguearon los dedos del deseo de captar esa indescriptible belleza masculina en una tela, y se le oprimió el corazón, desesperada por haber perdido esa magia que tenía. Le acarició la cara siguiendo con los dedos esa estructura ósea casi perfecta, la tersa y cálida

textura de su piel, la ligera aspereza de la barba desaparecida que deseaba restablecer su dominio.

Remy agrandó los ojos al sentir su caricia. Aunque no hizo ademán de impedirle la exploración, parecía inhibido ante su ávida mirada.

—Dios mío —musitó ella.

—¿Qué? —preguntó él, nervioso.

—Eres hermoso. Eso.

Gabrielle no pudo estar segura en esa semioscuridad, pero le pareció que él se ruborizaba. Remy le cogió la mano y la apartó de su cara, pero no se la soltó sino que cerró los dedos sobre los de ella.

Entonces se le curvaron los labios en una renuente sonrisa. Era la sonrisa particular de Remy, esa que ella creía que nunca volvería a ver. Le correspondió la sonrisa con los labios temblorosos, con el corazón oprimido al comprender que eso no era más que una tregua temporal entre ellos, lo que hacía aún más preciosa esa sonrisa.

Él le levantó la mano y se la rozó ligeramente con los labios.

—Eh... gracias por el cumplido, señora, pero hermoso no era exactamente el aspecto que deseaba tener esta noche.

—Y ¿qué aspecto deseabas tener, idiota? —bromeó ella, con el fin de disimular la oleada de ternura que la invadió.

—Simplemente quería pasar por un noble, uno de esos petimetres de la corte. Creo que nunca he sido muy bueno para actuar. —Sonrió, pesaroso—. ¿Qué fue exactamente lo que te reveló mi identidad?

Tus ojos, pensó ella. El sonido de tu voz, la textura de tu mano.

—Oh, nada en particular —mintió—. Aquí todo el mundo sabe quiénes son los demás, aunque estén disfrazados. Era

seguro que tú destacarías. Un baile de máscaras en la corte es otra simulación más, una intriga, un juego.

—¿Y disfrutas con toda esa intriga? ¿De verdad eres feliz en esta nueva vida?

A Gabrielle la sobresaltó la pregunta. Remy había adquirido el maldito hábito de hacerle las preguntas más incómodas. ¿Era feliz? Eso era algo en lo que nunca se había dedicado a pensar en sus actividades por la conquista del poder. No deseaba pensar en eso. Se encogió de hombros.

—Claro que soy feliz. París, la corte, este es mi mundo ahora.

Remy movió la cabeza como si no pudiera aceptar eso.

—Este es un mundo muy traicionero, Gabrielle, y peligroso. Cuando te vi hablando con la Reina Negra se me erizó la piel. Deseé arrancarte de su lado.

—No tienes por qué preocuparte por mí. Sé tratar a Catalina.

—Pero ¿por qué quieres tratarla? ¿Cómo puedes soportar estar cerca de esa malvada mujer día tras día, obligada a hacerle reverencias, a intercambiar con ella sonrisas falsas?

Gabrielle se había hecho esa misma pregunta muchas veces. Respondió vacilante:

—Tal vez porque... porque he llegado a entenderla mejor, lo quisiera o no.

—¿Entenderla? Una vez os envió cazadores de brujas, trató de aniquilar a tu familia.

—Ninguna mujer nace fría y cruel, ni siquiera Catalina. Sin duda alguna vez fue joven e inocente como cualquier niña. Tal vez incluso creía en los cuentos de hadas, hasta que descubrió que en el mundo hay más dragones que caballeros. Monstruos feroces que reducen a cenizas tus sueños, te queman con traiciones hasta que te marchitas y mueres o dejas

que te forjen el corazón de acero. Me imagino que Catalina también sabe cómo es ser herida y humillada por una persona amada, lo que es sentirse débil e impotente.

—¿También? —dijo Remy ceñudo, mirándola extrañado, evaluador.

Gabrielle se puso rígida. No sabía qué la impulsó a defender a Catalina. Tal vez al hacerlo también se defendía ella. Estaba acercándose peligrosamente a las feas heridas de su alma, que había tenido escondidas tanto tiempo.

—Sí, también, como muchas otras mujeres lo bastante tontas para entregarle el corazón a un hombre.

—¿Algo que tú nunca has hecho? —preguntó él, dulcemente.

—¡No! ¡Jamás! —mintió ella.

La negación fue demasiado enérgica, comprendió. Retiró la mano de la de Remy y retrocedió hasta la parte más oscura bajo el árbol.

Pero Remy la siguió, y sus manos le acariciaron suavemente los hombros.

—¿Gabrielle?

La ternura de su voz la hizo temer que él le hubiera observado la cara a la luz durante ese momento de descuido. Se tensó al sentir su caricia, y se obligó a decir tranquilamente:

—Qué temerarios somos. Es imprudente que sigas aquí, y también es imprudente que siga yo. Navarra estará pensando dónde me he metido. Tuve que prometerle prácticamente todos los bailes esta noche. Se está volviendo muy posesivo. Su Excelencia no lo acepta de otra manera.

Remy dejó quietas las manos. Por un fugaz instante ella sintió su aliento agitándole el pelo. Después él bajó las manos.

—Sí, Navarra —repitió, su voz una extraña mezcla de implacable resolución y pesar.

La alusión al rey había puesto distancia entre ellos nuevamente. Se sintió abandonada cuando él se apartó de ella, pero se infundió ánimo y dijo con energía:

—Tengo que volver al salón.

—Yo también.

—¡¿Qué?! —exclamó ella, deseando haber entendido mal, pero él ya estaba sacando la máscara que había metido bajo el cinturón.

—No me traicionaste, en realidad me diste una identidad, así que tengo que arriesgarme a volver ahí.

—¡Remy, no!

Horrorizada vio que él comenzaba a ponerse la máscara.

—Estás loco, verdaderamente loco. —Le arrancó la máscara de las manos—. Nunca he visto a un hombre tan resuelto a hacerse matar.

—Gabrielle —dijo él, su tono en parte ruego y en parte aviso—. Devuélveme eso.

Gabrielle se puso la máscara a la espalda y se alejó de él a trompicones.

—¡No! ¿De qué sirvió que te protegiera si vas a volver a entrar en la guarida de esa bruja?

Remy la siguió con pasos firmes.

—No es que no te agradezca lo que hiciste...

—No deseo tu gratitud. Sólo deseo que te marches.

Él volvió a arrinconarla contra el árbol, rodeándola con los brazos para coger la máscara. Gabrielle la apretó desesperada entre las dos manos.

—Vamos, Remy, por favor, no debes...

—Debo. Ahora que he visto a mi rey en este maldito lugar, estoy más resuelto que nunca a sacarlo de aquí.

—Nadie lo tortura.

—No, le hacen algo mucho peor. Le están robando el alma. Lo poco que vi de él esta noche me dijo que lo está seduciendo este lugar, se está dejando seducir por...

Por ti. Aunque él no lo dijo, ella vio la acusación en sus ojos mientras trataba de quitarle la máscara, encerrándola con su duro y musculoso cuerpo.

—Navarra se está olvidando de quién es, se está convirtiendo en otro de esos idiotas cortesanos, en un títere, haciendo cabriolas y bailando al ritmo de la música de la Reina Negra. Veo cómo se burlan de él por todos lados.

—No siempre será así —dijo ella, suplicante, desesperada al sentir cómo él le abría los dedos y cogía la máscara—. Sé que no crees en augurios, pero Navarra está destinado a ser el rey de Francia algún día. Te juro que es cierto.

—¿Contigo como amante? —Apretó los labios—. Lo siento, Gabrielle, pero ya es un rey. Es el rey de Navarra. Su gente ha sufrido ya mucha persecución y penurias. Han estado tres años sin gobierno. Él tiene que volver a su país, y es mi intención encargarme de que vuelva.

Dando un último tirón, le quitó la máscara y se apartó de ella. Gabrielle conocía muy bien esa obstinada expresión de sus mandíbulas apretadas. Golpeó el suelo con el pie, frustrada y con el corazón más oprimido aún de miedo por él. Sí que tenía la intención de volver a entrar en el salón. A menos que lo amenazara con delatarlo o lo dejara inconsciente, no podría impedírselo.

Aunque había una tercera opción.

Se mordió el labio inferior, pensándolo. La idea entrañaba su buena cantidad de riesgo, para Remy, para Navarra y, cómo no, para ella. Pero, maldito el hombre. Ya se estaba poniendo la máscara. No le dejaba otra opción.

—De acuerdo, de acuerdo, te ayudaré —exclamó.

Remy ya tenía parcialmente puesta la máscara, pero se la levantó para mirarla ceñudo.

—¿Qué?

—Puesto que eres tan condenadamente tozudo, e insistes tanto en seguir adelante con esta temeridad, sería mejor que esperaras aquí hasta que termine el baile. —Se interrumpió para exhalar un largo suspiro—. Hablaré con Navarra y arreglaré las cosas para que te encuentres con él en privado en sus aposentos.

Remy estaba atónito por esa proposición. Se quitó lentamente la máscara, como si lo estuviera pensando. Después negó con la cabeza.

—No, sería demasiado peligroso, en especial para ti.

—¡Peligroso! —exclamó ella, mirándolo exasperada—. Lo peligroso sería la danza que bailaríamos con la Reina Negra si volviéramos al salón. Comparado con eso, llevarte a escondidas a los aposentos de Navarra será un juego de niños. Además, antes estabas dispuesto a enviarle un mensaje conmigo.

—Entregar un mensaje es una cosa, pero lo que tú me propones... —Remy se pasó la mano por el pelo—. ¿Cómo podrías conseguirlo? Más importante aún, ¿por qué lo harías? Eso no...

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió ella haciendo una mueca—, no sería en mi provecho. Limitémonos a decir que lo haré porque te me apareces de repente y casi me matas de un ataque al corazón. Además, me fío del juicio de Navarra. Lo creo demasiado prudente para aceptar los temerarios planes que podrías proponerle. Preferirá continuar a salvo en París.

Por la cara de él pasó fugaz una expresión de preocupación.

—¿Contigo? ¿Tan segura estás de tu dominio sobre él?

Gabrielle no estaba segura de nada, aparte de que ya había soportado la muerte de Remy una vez. No sabía si podría sobrevivir a otra.

—Estoy dispuesta a correr mis riesgos —dijo—. Pero acepto ayudarte con dos condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó él, arqueando una ceja, receloso.

—Le harás tu proposición a Navarra. O se escapa contigo o se queda en París conmigo. Pero sea lo que sea que desee Su Excelencia, lo aceptarás. Si se niega, no volverás a intentar persuadirlo, no harás ningún otro temerario intento de verlo. ¿De acuerdo?

Él lo pensó con el ceño fruncido.

—De acuerdo —dijo al fin—. Y ¿tu otra condición?

—Dejarás de acosarme con tantas malditas preguntas que me irritan.

A él se le escapó una risita, pero asintió, y le tendió la mano para sellar el trato. Pero cuando se la estrechó, se produjo un extraño cambio en él. Se quedó mirando fijamente hacia un punto detrás del hombro de ella.

Entonces le apretó más la mano y se inclinó hacia ella, con la expresión absolutamente impasible, pero ella sintió vibrar su tensión.

—Ten cuidado —le susurró él al oído, produciéndole un estremecimiento con el contacto de su cálida boca—. Nos están observando. Hay alguien escondido entre los arbustos detrás de ti.

A Gabrielle se le aceleró el pulso. Y esa fue toda la reacción que pudo permitirse; no debía mirar alarmada por encima del hombro. Antes que se le ocurriera qué hacer, Remy le soltó la mano y haciendo a un lado la capa movió la mano ha-

cia la empuñadura enjoyada del puñal que llevaba cogido al cinturón.

Apareció un brillo en sus ojos que ella rara vez había visto; unos ojos fríos, duros, más temibles que la presencia de un espía acechando entre los arbustos. Fue el Azote, no Nicolas Remy, el que sacó el arma de su vaina, preparándose fríamente para rebanarle el cuello a un hombre.

Retrocedió, apartándose de ella, y con una calma letal le hizo una venia y le dijo en voz alta y clara:

—Muy buenas noches, señorita.

Al instante dio un paso hacia un lado tan rápido que ella ni siquiera alcanzó a respirar. De un salto pasó al otro lado del arbusto cayendo sobre quien fuera que acechaba ahí. Sonó un grito de miedo cuando él levantó la daga.

Gabrielle se tapó la boca, sin querer mirar pero sin poder desviar la vista. De pronto Remy se quedó inmóvil, con el puñal brillando a la luz de la luna. Después soltó una maldición y guardó la daga en su vaina.

Alargando la mano cogió por el cuello de la camisa al intruso y lo sacó de detrás del arbusto. Con el corazón todavía acelerado por el miedo, Gabrielle pestañeó sorprendida. El muchacho que Remy tenía cogido por el cuello de la camisa no tenía el menor aspecto de ser uno que emplearía la Reina Negra para espiar.

Sólo era un niño, con una mata de pelo negro revuelto y rasgos bien perfilados. Cualquier otro se habría acobardado por la mirada asesina de Remy, pero aunque el muchacho parecía abatido por haber sido sorprendido, tuvo el atrevimiento de obsequiarlo con una débil sonrisa.

—Buenas noches, señor capitán —dijo.

Entonces Gabrielle miró a Remy, interrogante.

—¿Le conoces?

—Sí, eso me parece. —Remy miró nuevamente al chico con un feroz ceño y luego lo empujó hacia ella.

—Señorita Cheney, permíteme que te presente a mi Lobo.

A Gabrielle le desconcertó un poco ver que el chico parecía más aterrado de ella que de Remy. El chico se santiguó con una mano temblorosa mientras con la otra aferraba algo que llevaba oculto bajo la camisa, algo de un olor horroroso. Gabrielle arrugó la nariz de asco.

Mientras Remy le daba un suave coscorrón en la nuca a Lobo, obligándolo a hacerle una venia a Gabrielle, ninguno de ellos vio a la otra figura que salió de detrás de un árbol.

Como un fantasma gris, el hombre se alejó sigilosamente en dirección al palacio a darle su informe a la Reina Negra.

10

Remy seguía a Gabrielle por un corredor de la parte de atrás del palacio, seguido a su vez por el cariacontecido Lobo. Por mucho que le gruñó al muchacho, no logró evitar que los acompañara; Lobo lo sorprendió e irritó contestándole con gruñidos y negándose a obedecerle. Después que Gabrielle entró en el salón para concertar la entrevista con Navarra, él pasó ese tiempo paseándose por el jardín, en hosco silencio por el desacuerdo con su joven acompañante.

«Señor, no debe fiarse de esa hechicera mala. Lo va a llevar a una trampa, seguro. Yo debería haberlo obligado a llevar el amuleto. Va a volver a caer bajo su hechizo.»

Le habría contestado con una negativa rotunda, regañándolo por su insolencia, pero prefirió callarse porque era posible que el muchacho tuviera razón; al menos en cuanto al hechizo. Cuando entró en el salón y vio a Gabrielle coqueteando con Navarra, se apoderó de él una especie de locura. Celos; unos celos horribles y estúpidos por cada sonrisa que ella le dirigía a su joven rey.

Olvidando su misión, olvidando el peligro para su vida, se introdujo entre los bailarines; intentó convencerse de que esa era la única manera de acercarse a su rey, pero la verdad era que necesitaba estar cerca de Gabrielle. Una parte de él deseaba que lo reconociera, que supiera que estaba ahí. Dios lo amparara, qué grandísimo tonto era.

No podía apartar la mirada de ella, que iba delante guiándolo por el corredor, rozando con sus faldas el suelo de piedra. La luz de las antorchas montadas en la pared parpadeaba sobre su grácil figura; su gargantilla de encajes parecía flotar sobre su vestido como unas alitas, acentuando la esbeltez de su cuello, enmarcando el nimbo dorado que formaban sus cabellos recogidos.

Hubo un tiempo en que creía que todo en ella era bueno e inocente. Desilusionado, llegó a pensar que por fin la conocía, como a una de las mujeres más frías y ambiciosas de las que había conocido jamás. Pero lo que hizo esa noche para protegerlo ponía en tela de juicio esa opinión. Ya empezaba a desesperar de comprender alguna vez a Gabrielle Cheney.

Y deseaba comprenderla, tanto como deseaba volver a cogerla en sus brazos. Ese ardiente beso que se dieron en el jardín le hizo correr la sangre como fuego por las venas, endureciéndole el cuerpo, deseoso de ella.

De repente se encontraron al final del corredor, ante un tramo de escalera que parecía una boca negra abierta. Gabrielle se detuvo y se le acercó a susurrarle:

—Esta es la escalera de atrás que lleva a los aposentos de Navarra; la usan los criados y... bueno, las personas invitadas por el rey.

¿Y cómo conocía Gabrielle esa discreta escalera secreta?, pensó él. Deseó preguntárselo. Creía saber la respuesta, y esta le formó un nudo frío en la boca del estómago.

—Tú espera aquí mientras yo voy a ver si puedes subir sin peligro —susurró ella, poniéndose un dedo sobre los labios, indicándole que no hablara en voz alta—. No te muevas de aquí hasta que yo te indique que el camino está despejado.

Antes que él pudiera poner objeciones, ella se recogió las faldas y subió a toda prisa los peldaños y desapareció en la oscuridad del rellano. Entonces Lobo se le acercó y le tironeó de la manga.

—Señor, todavía estamos a tiempo. Podríamos...

—Cállate —masculló Remy. Arrugó la nariz al sentir el hedor del amuleto que el muchacho manoseaba nervioso—. Y si insistes en agitar esa maldita bolsa, manténte a un paso detrás de mí.

Suspirando contrariado, Lobo retrocedió unos pasos, pero no se alejó mucho, con una expresión de recelo en la cara, como si un cepo de acero estuviera a punto de rebanarles el cuello. Y era posible que fuera una trampa, pensó Remy, pero lo dudaba. Si Gabrielle deseara traicionarlo, ya podría haberlo hecho, y sin embargo se había tomado bastante trabajo en protegerle la vida, incluso a riesgo de la seguridad de ella. Pero ¿por qué? Al final no le había contestado esa pregunta.

Deseaba angustiosamente creer que ella albergaba sentimientos tiernos por él. Pero ¿cómo era posible eso en una mujer cuya ambición declarada era convertirse en la querida de un rey?

Desde el rellano le llegó el suave sonido de un golpe en una puerta, seguido por el crujido de la puerta al abrirse. Luego se oyó el murmullo de voces, pero por mucho que alargó el cuello y aguzó el oído, no logró oír las palabras.

Gabrielle era buena para la intriga, pensó. Demasiado buena; capaz de mentir tranquilamente incluso a la Reina Negra, y conocía todos los intrincados corredores de ese laberíntico palacio. No lograba ni imaginarse qué combinación de encanto, soborno y astucia empleó para llevarlo hasta allí sin que nadie lo viera.

«Este es mi mundo. Me siento a mis anchas aquí», le había dicho.

Por mucho que esa idea lo apenara, era cierta. Deslumbrante con sus caros vestidos y joyas, tan seductora y hermosa como Helena de Troya, era capaz de incitar a los hombres a luchar y morir por ella. Y sin embargo, cuando estaban en el jardín, hubo fugaces momentos en que no parecía ser del todo una imperturbable dama mundana. Cuando se lanzó a hacer su extraña defensa de la Reina Negra, él vio la tristeza en sus ojos.

«En el mundo hay más dragones que caballeros. Monstruos feroces que reducen a cenizas tus sueños, te queman con traiciones hasta que te marchitas y mueres o dejas que te forjen el corazón de acero.»

Esas palabras parecieron salirle del corazón y en ese momento no era la osada y seductora cortesana. Se veía tan joven y desamparada que él deseó estrecharla en sus brazos y preguntarle: «¿Quién o qué te destruyó los sueños, Gabrielle? ¿El fuego de qué dragón te forjó el corazón de acero?»

Pero dudaba que le contestara. Siempre había sido increíblemente hábil para ocultar sus secretos, y ya era demasiado tarde para preguntarle algo. Porque había prometido no hacer más preguntas.

Sintió un frufrú de faldas en lo alto de la escalera y un instante después reapareció Gabrielle y le hizo un gesto para que subiera. Remy subió corriendo y se detuvo un peldaño más abajo del que estaba ella.

—Puedes subir. No hay peligro. Navarra ha encontrado un pretexto para despedir a sus ayudantes, muchos de los cuales no son de fiar. La Reina Negra instala a sus espías en todas partes. Así que ten cuidado, Remy, y procura no quedar-

te mucho rato. Cuando hayáis terminado, el rey te ayudará a salir sin que te vean.

—Entonces, ¿no te vas a quedar? —preguntó él, sorprendido.

—No, acepté darte la oportunidad de persuadir a Navarra de marcharse de París. —Le sonrió irónica—. Si me quedara, creo que mi presencia podría ser una distracción.

Remy se vio obligado a estar de acuerdo con eso, aunque no sabía bien quién estaba en más peligro de distraerse, si Navarra o él. Cuando ella pasó por su lado para bajar, aspiró el fresco aroma de su perfume. Aunque la reacción le tensó el cuerpo, una repentina comprensión le oprimió el corazón.

Si lograba convencer a Navarra de escapar con él, se marcharía muy pronto de París; si no lo convencía, de todos modos se marcharía; no tendría ningún motivo para continuar en esa maldita ciudad. En uno u otro caso, era muy improbable que volviera a ver a Gabrielle.

Antes que ella alcanzara a bajar otro peldaño, le cogió la mano.

—Gabrielle, sólo quería decirte... —Apretó los labios; no sabía qué quería decirle; eran muchas las emociones contradictorias que se agitaban en su interior por esa hermosa mujer que tenía la cara levantada hacia él—. Gracias por hacerme este favor —dijo al fin—, aunque todavía no sé por qué...

—Ah, no —interrumpió ella negando con la cabeza—. Quedamos en que no me harías más preguntas, ¿lo has olvidado?

Con la mano libre ella le acarició la mejilla, sus dedos tan suaves y cálidos que tuvo que aplastar el fuerte deseo de girar la cara para besarle la palma.

—Te ves mucho mejor sin esa barba —musitó ella—. Si alguna vez te la dejas crecer, te iré detrás con una navaja.

—¿Para la barba o para el cuello? —logró bromear él, aunque sentía un vacío en el corazón.

—Ah, eso no lo sé. Dependerá de lo enfadada que esté contigo en ese momento.

Entonces le sonrió con esa conocida sonrisa traviesa y pareció desaparecer la señorita Cheney, la infame cortesana, dejando en su lugar a la Gabrielle que él conociera. Le apretó fuertemente la mano, como si así pudiera impedir que desapareciera esa jovencita.

Pero ella se apresuró a retirar la mano y bajó corriendo la escalera; al llegar al pie se encontró con Lobo. El muchacho se aplastó contra la pared, asustado, como si el solo contacto con Gabrielle lo fuera a convertir en piedra.

Fue evidente que a ella la divirtió un poco el miedo del muchacho. Le tocó juguetonamente la punta de la nariz.

—¿Así que tú eres Martin le Loup, el jovencito que le salvó la vida al capitán Remy?

Aunque Lobo apartó la cara, alzó el mentón en gesto desafiante.

—S-sí, s-señorita.

Gabrielle lo contempló un buen rato, con la expresión más dulce. Después se inclinó a darle un ligero beso en la mejilla.

Cuando se enderezó miró a Remy y le dirigió una trémula sonrisa que a él se le alojó en el mismísimo fondo del corazón. Después se giró y echó a andar a toda prisa por el corredor.

Cuando se perdió de vista, Lobo se enderezó, apartándose de la pared, se estiró el cuello de la camisa y se miró el pecho, asustado. A pesar de los sentimientos que lo abatían, Remy esbozó una media sonrisa.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Te ha aparecido otra tetilla?

—N-no —dijo Lobo, arreglándose el cuello de la camisa—. Aunque sigo creyendo que esa dama es una poderosa bruja. Pero, a fe mía, es una muy pasmosa.

—No necesitas decírmelo —contestó Remy, sarcástico.

Llevaba tres años trabajando, luchando, ahorrando, haciendo planes, para volver a salvar a su rey. La tan esperada entrevista ya estaba arreglada; Navarra lo estaba esperando.

Sin embargo, en lugar de correr a ver a su rey, se había quedado ahí, mirando a Gabrielle, deseando llamarla. Debería haber probado el amuleto de Lobo. Estaba claro que necesitaba algo que lo protegiera del hechizo en que lo envolvía Gabrielle, para sacársela del corazón. Pero temía que no existiera una magia en el mundo lo bastante fuerte para conseguir eso.

Los pasos de Gabrielle resonaban en los corredores del palacio del Louvre en el que ya se estaba haciendo el silencio. El baile había acabado hacía mucho rato, el rey y los cortesanos se habían retirado a sus aposentos e incluso la mayoría de los criados se habían ido a acostar. Aquí y allá se oía el crujido de una puerta, un murmullo, un susurro, una risita, lo que le decía que a esa hora las intrigas tenían una naturaleza más amorosa de la que acababa de realizar ella.

No podía dejar de felicitarse por lo bien que se las arregló para organizar esa entrevista secreta entre Remy y Navarra. Aunque encontraba bastante extraña la satisfacción que sentía, puesto que la entrevista bien podría poner en riesgo su futuro.

Tengo que estar totalmente loca para haberlo ayudado, se dijo, pesarosa.

Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Arriesgaría cien veces sus ambiciones por evitar que le hicieran daño a Remy.

Además, dudaba que él tuviera éxito en su misión; esta no estaba de acuerdo con la profecía de Nostradamus.

De todos modos, no pudo dejar de recordar lo poco que creía su madre en las profecías. Y ¿si Remy lograba convencer a Navarra de que escapara y los dos desaparecían en las montañas de ese país fronterizo? La desconcertó descubrir que no lamentaría tanto perder al rey como perder a Remy.

—Maldito sea —masculló.

Cada vez que Remy se cruzaba en su camino, le armaba un caos en sus emociones: anhelo, recelo, alegría, desesperación. Le hacía sentirse vulnerable otra vez, y eso no se lo podía permitir en esa corte plagada de chacales listos para abalanzarse al primer indicio de debilidad.

Por desgracia, uno de esos chacales la estaba esperando cerca de la puerta por la que decidió salir a los jardines. El señor Verducci salió de las sombras.

—Buenas noches, *signorina* Cheney.

Gabrielle se paró en seco al ver al espía favorito de Catalina. La luz de la antorcha le iluminaba la cara flaca casi oculta por la desgreñada barba canosa; la parpadeante luz lo hacía parecer más cadavérico que nunca.

Él le hizo una rígida venia.

—Se le ha hecho muy tarde aquí, madame. ¿Tal vez una nueva conquista entre los caballeros del rey?

Recuperada del susto, Gabrielle le dirigió una glacial mirada.

—Eso no tiene por qué interesarle.

—Tal vez no, pero me temo que es de gran interés para la reina.

Gabrielle ya se preparaba para pasar majestuosamente por el lado de Verducci, pero al oír eso se quedó inmóvil y sintió que se le paraba el corazón.

—¿La... la reina?

—Sí. —Rara vez sonreía el austero hombrecillo, pero en sus ojos destelló un brillo de maligna satisfacción—. Es una gran suerte que aún no haya regresado a su casa. Da la casualidad que Su Majestad desea hablar con usted.

Remy estaba de pie ante la hilera de ventanas del dormitorio del rey, tan rígido como un soldado en un desfile, con las manos cogidas a la espalda. Jamás se había sentido cómodo en ese grandioso palacio, y se sentía menos cómodo aún en los aposentos de su rey. Con todo el tiempo que llevaba haciendo planes y trabajando con miras a esa reunión con su rey, no se había parado a pensar qué le diría para convencerlo de marcharse de París. Gabrielle le daba esa oportunidad de oro, y se encontraba inexplicablemente inhibido, sin saber qué decir.

Incluso cuando le estaba explicando cómo sobrevivió a la masacre, se le entorpeció la lengua y se quedó callado, atraída nuevamente su atención por la noche iluminada por la luna que se veía por la ventana, como si esperara ver a una criatura parecida a un hada caminando majestuosa por los jardines, pensando si Gabrielle ya habría salido del palacio, deseando que estuviera a salvo de vuelta en su casa.

Deseaba haber podido acompañarla. Deseo tonto, por lo demás; Gabrielle no lo habría deseado ni necesitado. Estaba claro que era muy capaz de cuidar de sí misma, aunque él no podía dejar de recordar lo menuda y frágil que se veía cuando desapareció por el oscuro corredor.

—¿Capitán Remy?

La voz de Navarra lo sacó de sus pensamientos devolviéndolo al momento presente. Cuando desvió la mirada de

la ventana, el rey arqueó las gruesas cejas y lo miró interrogante.

—Me estabais contando cómo llegasteis a la costa de Irlanda, vos y ese extraordinario joven que os salvó. ¿Qué ocurrió después?

—Bueno, nada más digno de mención. En realidad hay muy poco para contar.

Navarra sonrió.

—Siempre fuisteis un hombre de muy pocas palabras, capitán.

Y un hombre que el rey encontraba bastante aburrido, pensó Remy. Enrique siempre prefería la compañía de jóvenes tan bulliciosos y temerarios como él, le gustaba mucho ir de juerga y también de caza, ya fuera de ciervos, jabalíes o mujeres. En ese tiempo él tenía la tendencia a recordarle discretamente que tenía asuntos mucho más importantes que atender.

Observó a su rey a la tenue luz de la vela, buscando esperanzado alguna nueva señal de madurez. Después de todo, ¿qué edad tenía Enrique? Veintitrés años, y había tenido experiencias tan horrorosas como para envejecer a cualquier hombre: el asesinato de su madre, la masacre de sus súbditos, el constante peligro para su vida.

Sin embargo, físicamente, se veía como siempre: un joven musculoso y atlético, con su tupida barba negra enmarcando esa cara famosa por su prominente nariz y sus labios llenos y sensuales. Seguía ostentando esa actitud indolente, despreocupada, que siempre fue la desesperación y preocupación de su madre, aunque sabía adoptar modales regios cuando quería. Cuando le ordenó a sus pajes y a Lobo que se retiraran a la antecámara, incluso el atrevido Martin obedeció sin vacilar.

Después que salieron esos criados, Navarra fue a servir dos copas de vino y volvió a su lado a ofrecerle una con simpática sonrisa. Si había cierta incomodidad o violencia entre ellos, era por parte de él, comprendió Remy, no por parte del rey.

Tal vez eso se debía a que se sentía culpable por haber sobrevivido cuando cayeron tantos otros hombres buenos y valientes. O tal vez se debía a su fracaso esa horrorosa noche en proteger a su rey y en alejarlo de París. Pero cuando cogió la copa, cayó en la cuenta de que era otra la causa más importante de su tensión. La sombra de una mujer se interponía entre él y su rey.

Si él no se hubiera presentado en el baile esa noche, pensó, ¿estaría en esos momentos Gabrielle entre las sábanas de esa inmensa cama que ocupaba el centro de la habitación? Imaginársela desnuda en los brazos de Navarra le royó el alma como lejía, y tuvo que hacer un esfuerzo para sacarse la imagen de la cabeza.

Lo que empeoraba las cosas era que Navarra no tenía idea del conflicto que rugía en su interior. No había ninguna reserva en la francota cara del rey cuando le sonrió:

—Malditos mis ojos, capitán, no os podéis imaginar cuánto me alegra tener a mi valiente Azote de regreso de la tumba. Fueron tantos los amigos fieles y leales que perdí esa terrible noche. Mi poeta Rochefoucauld, mi buen almirante Coligny... —Se le desvaneció la sonrisa y bebió un trago de vino. Casi al instante levantó la cabeza y su rostro se iluminó por una repentina esperanza—. Pero vos sobrevivisteis, ¿es posible que hayan sobrevivido otros? ¿Qué sabéis de esos oficiales que siempre estaban en vuestra compañía? Tavers y... y... —Chasqueó los dedos para hacer memoria—. ¿Cómo se llamaba? Ese gigante fornido, tan ocurrente, siempre dispuesto a reír.

—Devereaux —dijo Remy en voz baja. Pasado un doloroso momento, añadió—: No, Dev... el capitán murió tratando de proteger a su familia.

—Su joven esposa y el niño al que le puso vuestro nombre. ¿También los mataron?

Remy asintió, no se fió de su voz para hablar.

Navarra apretó los labios, formando una dura línea. De pronto se veía más viejo y más cansado, mucho mayor que sus veintitrés años. Levantando la copa hacia Remy, dijo:

—Bebamos entonces a... a la memoria de los amigos ausentes.

—Amigos ausentes —repitió Remy.

Fue el trago más amargo que había bebido en su vida. Apenas bebió un sorbo y bajó la copa.

Navarra casi la bebió entera. Estuvo un largo rato contemplando pensativo el resto de vino en la copa. Pero nunca había sido el tipo de hombre que se rinde a la tristeza mucho rato. Se recuperó, y le dio una animosa palmada en el hombro.

—Con lo encantado que estoy de volveros a ver, capitán, no es prudente que pasemos mucho tiempo recordando el pasado. Decidme, pues, en que os puedo servir.

Remy pestañeó sorprendido.

—¿Servirme?

Navarra fue al otro extremo de la habitación a llenar su copa y su sonrisa adquirió un matiz de cinismo.

—Por supuesto. Cuando uno solicita una audiencia privada con un rey, normalmente se debe a que desea algo. Sois el soldado más valiente que ha conocido nuestro país. Os debo mucho. Estaría encantado de daros cualquier recompensa que esté en mi poder dar.

Remy se irguió, muy digno.

—Creo que lleváis demasiado tiempo en París, Sire. Me confundís con uno de esos cortesanos aduladores que os lamen las botas en busca de favores.

Navarra agitó la mano en gesto apaciguador.

—Vamos, no os ofendáis, capitán. Ese es sencillamente el estilo del mundo, nada más.

—No es mi estilo, Sire. No busco recompensas. Nunca las he buscado. Sólo deseo servir, a vos y a mi país.

Con la copa entre las dos manos, Navarra se echó en la cama y apoyó la espalda en un montón de almohadas de pluma. Curvó los labios en una expresión burlona.

—Tal vez no lo habéis notado, capitán, pero ya no dirijo un ejército en el que podáis servir. Si lo que deseáis es un puesto militar, lo mejor que podéis hacer es volver a buscar empleo con el duque de Montmorency. Él ha asumido la dirección de la causa hugonote.

Remy no pudo evitar mirarlo con el ceño ligeramente fruncido.

—No me cabe duda de que Montmorency es un hombre muy capaz, Sire. Pero es vuestra presencia la que necesitan los hugonotes y vuestro reino. Debéis volver a nuestro país, mi señor.

Enrique bajó los ojos y bebió otro poco de vino con expresión más reservada.

—Incluso hablarme de volver a Navarra es peligroso, capitán. Mi suegra desea firmemente que continúe en la corte francesa.

Remy no pudo tragarse la indignación que sintió.

—¿Desde cuándo el rey de Navarra cede a los deseos de una bruja italiana infernal?

—Desde que esa bruja demostró su poder de una manera que ninguno de nosotros va a olvidar —contestó Enrique.

Se fortaleció con otro trago de vino y añadió—: Además, mi cautividad no es tan terrible.

—¡No es tan terrible! —exclamó Remy.

—No faltan diversiones en la corte. Pasar una noche en los brazos de una mujer hermosa hace incluso más soportable la idea de asistir a misa por la mañana. —Pasó los dedos por el borde de la copa, sin mirar a Remy—. Supongo que lo sabéis. Ahora soy católico.

—Sí, lo sabía.

Recordó tristemente la indignación que sintió cuando le llegó la noticia de que la bruja Médicis había obligado a su rey a renegar de su fe so pena de ir a reunirse con sus súbditos en la tumba.

Por la cara de Navarra pasó una expresión en parte de vergüenza y en parte de airado desafío:

—Francamente, nunca he logrado ver qué importancia tiene que uno elija adorar a Dios pasando las cuentas de un rosario rezando avemarías, o leyendo el libro de oraciones y ritos protestante. No veo que eso sea tan importante como para estar dispuesto a morir o matar.

Hasta cierto punto Remy estaba de acuerdo con él. Pero no podía dejar de recordar a todos esos hombres y mujeres para los que sí tenía importancia, que estuvieron dispuestos a sacrificar sus vidas por la causa hugonote, a morir por el derecho a tener la religión que quisieran. La matanza de París fue muy cruel para el pueblo de Navarra. Que su rey abandonara su causa fue para muchos el golpe definitivo.

Trató de mantener la cara impasible, pero algo de lo que sentía debió notarse, porque Enrique dijo:

—Me sorprende que sigáis dispuesto a servirme sabiendo que vuestro rey es un cobarde, un despreciable chaquetero.

—No teníais otra opción, Sire.

—Vos no lo habríais hecho. Jamás habríais renunciado a vuestro honor y principios para salvaros el cuello.

Remy dio unos pasos, incómodo.

—No importa lo que yo hubiera hecho. No soy un rey.

Navarra bajó las piernas de la cama y se sentó, mirando lúgubremente su copa.

—Hay quienes piensan que no tengo mucho de rey tampoco. Hay muchos, incluso en Navarra, que ahora me desprecian. Me comparan con mi padre, dicen que soy tan débil de voluntad como lo era él, en lugar de ser fuerte y sabio como mi madre.

—Entonces demostradles que están equivocados —lo instó Remy—. Escapad de aquí y ocupad vuestro legítimo puesto como el líder de la causa hugonote.

—¿Pero y si tienen razón? Cuando decidí convertirme no pensé que tenía que seguir vivo porque tenía un inmenso deber hacia mis súbditos. Mi único pensamiento fue que era joven y no estaba preparado para morir. Encontraba increíblemente dulce la vida. —Se le iluminó un poco la cara al añadir—: Y la sigo encontrando, ahora más que nunca. Veréis, capitán, me he enamorado.

Remy oyó esas palabras aterrado. No tenía por qué preguntarle de quién estaba enamorado. Tratando de tomarse a la ligera esa confesión se obligó a esbozar una sonrisa, con los labios rígidos.

—Por la Cruz, Excelencia, no recuerdo ni un sólo momento en que no estuvieseis enamorado de alguien.

—Muy cierto —dijo Navarra, riendo pesaroso, y levantándose—. A diferencia de vos, mi fiero Azote, que jamás habéis estado enamorado de nadie. Juro que jamás he conocido a otro hombre tan inmune a los encantos del bello sexo.

Inmune a todas, con la excepción de una, pensó Remy amargamente.

—Ay de mí, creo que soy muy débil en ese aspecto —continuó Navarra, suspirando burlón—. Desde los catorce años he sabido muy bien que las mujeres son las criaturas más magníficas que ha puesto Dios sobre la faz de la tierra. Y la señorita Gabrielle Cheney es sin la menor duda la más magnífica de todas.

A duras penas Remy consiguió continuar con la cara imperturbable al oír el nombre de Gabrielle en boca del rey. Este pasó junto a él y se asomó a la ventana a mirar la noche, con una soñadora expresión en la cara.

—Esos cabellos dorados que harían avergonzarse al sol —continuó—. Unos ojos que me recuerdan los riachuelos azules de nuestras montañas; unos labios rojos que prometen a un hombre todos los placeres imaginables. Tiene la piel tan blanca como la nata fresca, y suave como la seda; sus pechos tan firmes y redondeados que suplican que los acaricien.

Remy casi se atragantó al inspirar. Si fuera cualquier otro hombre el que hablara así de Gabrielle, lo haría callar de un rugido o le daría un buen tapaboca. Pero no podía ordenarle a su rey que se callara. Lo único que pudo hacer fue apretar los puños, con tanta fuerza que le dolieron los músculos, y escuchar en silencio.

Su silencio debió irritar al rey, porque interrumpió su lista de encantos de Gabrielle para mirarlo impaciente.

—Habéis visto a la dama, capitán. Supongo que os habréis fijado en lo exquisita que es.

Remy apretó los dientes. Sí que se había fijado, Dios lo amparara.

—Sí que es hermosa, cierto —dijo entre dientes—, pero no me cabe duda de que hay muchas mujeres hermosas aquí en la corte. Y en Navarra también.

—Sí, las hay, y durante mucho tiempo pensé que Gabrielle no era más especial y única que el resto. Hay veces en que su altiva reserva pone distancia entre ella y un hombre. Pero últimamente me ha dejado ver más allá, y en muchas ocasiones veo atisbos de una mujer cariñosa y vulnerable. La miro a los ojos y veo en ellos indicios de un sufrimiento secreto que me atormenta hasta mucho después que ella se ha marchado. —Se interrumpió para sonreír irónico—. Pero claro que vos no tenéis idea de qué estoy hablando, capitán.

Ese era el problema. Remy sabía muy bien de qué hablaba el rey.

—El hombre que logre por fin conquistar el corazón de Gabrielle tendrá un tesoro —continuó Navarra—. La dama sabe ser terriblemente reservada y evasiva. Pero debajo de ese exterior frío arde un fuego interior, una pasión que un hombre desea probar. Y yo la habría probado, si no fuera por vos, capitán. —Lo miró de reojo, con una expresión traviesa que revelaba su buen poco de frustración—. Vuestro inesperado regreso del mundo de los muertos ha sido un tanto inoportuno. Me pareció que por fin la había convencido de venir a mi cama esta noche.

O sea, ¿que Gabrielle aún no se había acostado con Navarra?, pensó Remy. No debería importarle tanto eso. Después de todo, había tenido otros amantes. Pero pensar que aún no se había entregado al rey le produjo una salvaje satisfacción, una exultación que tuvo que esforzarse en disimular. Bajó la cabeza.

Interpretando mal el gesto, Navarra se le acercó y le golpeó el brazo con el puño, con expresión juguetona.

—No os deprimáis tanto, hombre. Os perdono totalmente que hayáis desbaratado mi plan amoroso —bromeó—. Habrá muchas otras noches.

Sí que las habría. Se evaporó la alegría de Remy. Apretó con tanta fuerza las mandíbulas que lo sorprendió que el rey no le oyera rechinar los dientes.

—Por muy interesado que estéis en la señorita Cheney, no podéis continuar aquí simplemente para irle detrás a una mujer —dijo—, mientras vuestro país clama por vuestro gobierno. Debéis escapar en la primera oportunidad que se os presente y volver a vuestro reino. Vuestro honor y vuestro deber os lo exigen.

Navarra apretó los labios en gesto obstinado.

—Y ¿si el primer deber de un hombre es hacia la mujer que adora? Los reinados caen, capitán, las guerras se olvidan, las causas nobles se reducen a polvo. Y ¿si al final lo único que importa de verdad en la vida es cómo uno ha amado?

Remy lo miró inquieto. Había visto infinidad de veces a Enrique enamorado, pero nunca con esa pasión. De verdad, Gabrielle tenía esclavizado al rey. Con razón estuvo tan dispuesta a facilitarle esa entrevista con él. Sintió una oleada de rabia, con Gabrielle por hechizar al rey, con Enrique por dejarse seducir así, y principalmente con él por esos celos que no lograba aplacar.

—Hay una cosa que olvidáis, Sire. Sois un hombre casado. ¿Y vuestra esposa?

Mientras decía eso comprendió lo gazmoño e ingenuo que parecería. No lo sorprendió que el rey se le riera en la cara.

—¿Margot? Os aseguro, capitán, que a mi reina no podría importarle menos en la cama de quién estoy mientras no sea en la suya.

—Y ¿la familia de la señorita Cheney?

—¿Qué pasa con eso? ¿Tiene familia?

—Pues sí. Es hija de un caballero francés y una heredera a la que llamaban la señora de la isla Faire. Su hermana

mayor, Ariane, es la condesa de Renard, una mujer de sobresaliente reputación, que no aprobaría vuestro plan de convertir a Gabrielle en vuestra querida.

—Sería un poco tarde para que expresara su preocupación por la virtud de su hermana, ¿no os parece? —dijo Navarra sarcástico—. Gabrielle lleva su tiempo siendo cortesana.

—Sé que Ariane ha estado muy afligida por la venida de Gabrielle a París. Desearía que su hermana abandonara este estilo de vida, que se estableciera de modo respetable.

Navarra se encogió de hombros.

—Decidle a la dama que no se preocupe. Yo aseguraré el futuro de Gabrielle. Quiero encontrarle un marido. Algún noble sin importancia tal vez, uno que le dé su apellido y su título. Un hombre del que yo esté seguro de que entiende la naturaleza de nuestro arreglo; que Gabrielle sea su mujer sólo de nombre mientras comparte mi cama. Hay muchos hombres que aceptarían un arreglo así para hacerse acreedores de mi gratitud y de la riqueza que yo podría otorgarles. —Le brillaron los ojos al mirar astutamente a Remy—. O tal vez hombres que se declaren tan absolutamente fieles a mí que me harían cualquier servicio que les pidiera.

Remy desvió la cara para ocultar su repugnancia. La madre del rey, la reina Juana de Navarra, siempre temió que a su hijo lo corrompieran las pésimas costumbres, como decía ella, de la corte francesa. Sintió una profunda pena al recordar a su difunta reina, tan buena. Sintió pena por el hombre indolente e insensible en que se había convertido su hijo.

Y la pena más profunda fue por Gabrielle, al imaginarse el futuro frío y vacío que tenía pensado para ella el rey. ¿Su querida hasta cuándo? ¿Hasta que se cansara de ella y la encontrara demasiado vieja? Entonces ella quedaría totalmente al cuidado de un marido de principios tan bajos que consen-

tía que su mujer fuera la amante de un rey, de un hombre sin honor, sin orgullo, sin amor.

Tuvo que reprimir su indignación, diciéndose que ese era el futuro que deseaba Gabrielle. No había ido allí esa noche a intentar salvar a Gabrielle sino a rescatar a su rey. Expulsando a Gabrielle de su mente, comenzó a pasearse por la habitación intentando desviar la mente del rey de Gabrielle hablándole de las posibilidades de huir.

Aunque el rey tenía apoyado el mentón en las puntas de los dedos unidas y lo miraba pensativo, Remy no sabía si lo estaba escuchando.

—Huir de París podría ser imposible —continuó—, pero la corte se traslada con frecuencia a otros lugares, ¿verdad? Durante uno de esos viajes, seguro que se encontraría el momento oportuno. Os juro que me encargaré de que no haya ningún riesgo. —Al no oír respuesta de Navarra, le preguntó—: Queréis volver a casa, ¿verdad, Sire?

—Dios mío, sí —contestó el rey—. Hay veces en que miro esas calles llenas de gente y ansío sentir el aire puro de mis montañas. Deseo dejar de llevar una máscara para ocultar mis pensamientos y mis emociones. Ser verdaderamente un rey. —Se apoyó en el poste de la cama, mirando a Remy con los ojos entrecerrados—. Qué no daría por volver a ver mi casa, escapar de los vigilantes ojos de la Reina Negra. Os permitiré que sigáis adelante con los planes para mi huida, siempre que os encarguéis de una cosa.

—¿De qué?

—Debéis encargaros de que Gabrielle venga con nosotros.

Remy se tragó una salvaje maldición. El joven rey siempre era muy firme y resuelto tratándose de perseguir a una mujer. Rara vez lograba alguien disuadirlo.

—Y ¿cómo he de hacer eso, Sire? —preguntó, impaciente—. Conozco poco a la señorita Cheney, pero tengo entendido que no tiene el menor deseo de marcharse de París. ¿Qué queréis que haga, entonces? ¿Que la rapte?

—No, mi buen Azote —repuso Navarra esbozando una sonrisa—. Deseo que os caséis con ella.

11

La antecámara de la Reina Negra era magnífica, sus paredes adornadas por preciosos tapices; el marco de la chimenea estaba labrado con representaciones de Diana la cazadora jugando con faunos, ciervos y sátiros, y en el borde de la repisa estaban labradas las letras H y C, muy elaboradas y entrelazadas.

Gabrielle se sintió como una desventurada mosca que se ha metido en la sedosa y hermosa tela de una araña, aun cuando el saludo con que la recibió Catalina no podría haber sido más afectuoso. Despidió a sus damas y criadas y se adelantó a la reverencia de Gabrielle indicándole una silla.

—Nada de ceremonias, hija —dijo.

Ya preparada para acostarse, ataviada con una bata oscura y el pelo cano cubierto por una cofia blanca, Catalina parecía la tía soltera de alguien, al menos si esa tía hubiera sido una bruja de ojos oscuros y penetrantes.

En otros países se consideraría un honor la concesión de una entrevista privada con la reina, pensó Gabrielle, pero la mayoría de los franceses no consideraban bajo esa luz una audiencia con Catalina de Médicis. Se decía que sus propios hijos temblaban de miedo cuando los llamaba a su presencia.

Ella era una de las pocas personas que siempre había logrado responder a las llamadas de la Reina Negra con aplomo, hasta esa noche. Se tranquilizó diciéndose que si Catalina la

hubiera llamado debido a que había descubierto el regreso de Remy y su entrevista secreta con Navarra, estaría furiosa. Ya estarían arrestados ella y Remy, ¿verdad?

¿Para qué, entonces podría haberla hecho llamar para esa entrevista privada? ¿Qué nuevo juego tramaba? Se le formó un nudo en el estómago cuando Catalina se le acercó, con la expresión tan dulce como el vino que le ofreció. El oscuro vino tinto brillaba en la fina copa de cristal veneciano tallado.

—Bebed, querida mía. Vuestro aspecto me dice que esto podría iros bien.

«Jamás aceptes nada para comer o beber de manos de la Reina Negra.» Eso era casi una ley no escrita entre las hijas de la tierra, dicho del que Gabrielle se mofaba; si Catalina fuera culpable de todos los envenenamientos de que se la acusaba, Francia ya habría perdido a la mitad de su población. De todos modos, no pudo evitar mirar el vino con recelo.

Catalina agrandó sus oscuros ojos, divertida.

—Mi querida Gabrielle, no está envenenado, os lo aseguro. ¿Queréis que beba yo primero?

—No, no, de ninguna manera. Si decidierais matarme, dudo que lo hicierais en vuestros aposentos. —Llevó la copa a sus labios y, haciendo alarde de despreocupación, bebió un trago—. Al fin y al cabo, sería algo incómodo deshacerse de mi cadáver.

—No tan incómodo como podríais imaginar —dijo Catalina, irónica.

Gabrielle se atragantó con el otro sorbo que acababa de beber. Catalina le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tranquila, tranquila, hija. Sólo era una broma.

Con el fin de recuperar su aplomo, Gabrielle dejó la copa sobre la mesa, con un sonoro clic. Catalina la observaba con los ojos entornados.

—¿Por qué habríais de imaginar que deseo haceros daño? Sois la hija de una de mis más viejas y queridas amigas.

—Vuestra Excelencia tiene un extrañísimo concepto de la amistad —replicó Gabrielle, fastidiada por haberse dejado desconcertar—. Vos fuisteis la que lo organizó todo para acabar con la felicidad de mi madre.

Marguerite de Maitland, la cortesana que sedujo a Louis Cheney, era una de las secuaces de Catalina, una de las damas que formaban ese grupo llamado el Escuadrón Móvil de la Reina Negra, elegidas por su belleza, ingenio y habilidad en el dormitorio. Pocos hombres tenían la fuerza de voluntad para resistirse a esas sirenas, aun cuando sabían muy bien quién las enviaba. Era bien sabido que Catalina utilizaba a esas jóvenes como espías, para establecer su dominio sobre sus enemigos hombres. Pero en el caso de Evangeline Cheney, Catalina simplemente actuó por despecho y envidia.

Catalina no se molestó ni en intentar negar la acusación. La miró con una expresión apenada que ya en sí misma era una burla.

—Ay de mí, es cierto que encargué a Marguerite que, esto..., que divirtiera a vuestro padre. Pero si yo no lo hubiera hecho, vuestro padre se habría alejado de la cama de vuestra madre finalmente. Todos los hombres son infieles al final. Vuestra madre debería habérselo tomado con más filosofía, sin permitir que eso le destrozara el corazón. Pero todo eso está en el pasado, olvidado —añadió, agitando la mano como para quitar importancia al sufrimiento que provocó eso en la familia Cheney—. Vos lo habéis olvidado, seguro, si no no habríais aceptado la herencia de Marguerite. Vos y yo somos muy parecidas, Gabrielle. Somos mujeres prácticas que no permitimos que algo tan estúpido como el sentimiento obstaculice nuestro provecho personal.

—Sí —concedió Gabrielle.

Pero admitir eso le resultó amargo. Había veces en que daría su alma por ser más honorable, inmaculada. Se apresuró a desviar la cara, antes que Catalina pudiera leerle el pensamiento en los ojos. Mostrar cualquier signo de debilidad o sensibilidad ante Catalina equivalía a desnudarle el cuello o, peor aún, a desnudarle los ojos. Si no tenía cuidado, pensó, la Reina Negra le penetraría la mente y descubriría lo de Remy y todos los demás secretos que tanto deseaba ocultar. Tratando de recuperar su serenidad habitual, fue hasta la silla que Catalina le había indicado y se sentó, con sus modales más elegantes.

—Me siento muy halagada por esta entrevista en privado, Vuestra Excelencia, pero también siento curiosidad por saber el motivo. Sobre todo a estas horas de la noche, tan tarde.

—No voy a reteneros mucho rato, hija.

Diciendo eso, Catalina fue a sentarse en la otra silla, al otro lado de la mesa, en la que sólo había un candelabro con una vela. Luego movió el candelabro, acercándolo a Gabrielle, de modo que le iluminara la cara, dejándola a ella en la sombra.

Gabrielle se tensó al ver esta maniobra, pero no delató esa tensión, ni siquiera moviendo una ceja.

—Sólo quería charlar un momento con vos —continuó Catalina—. Prácticamente no os vi en toda la velada. Desaparecíais a cada instante.

—Había mucha gente en el salón, Vuestra Excelencia. Era fácil desaparecer en la multitud.

—Otra dama menos llamativa, tal vez, pero jamás vos, querida mía. Vuestra presencia o ausencia siempre se nota. No tuve ocasión de cumplimentaros por lo hermosa que estabais. ¿De qué os disfrazasteis?

—De la reina de las hadas.

—Ah. Así pues, decidme, Gabrielle, ¿vais a resultar ser un hada mala?

—No, creo que ese es un papel que va mejor a Vuestra Majestad.

Catalina emitió una risa gutural y le pellizcó la mano. El gesto fue aparentemente juguetón, pero el pellizco fue tan fuerte que Gabrielle tuvo que ahogar una exclamación de dolor.

—Criatura atrevida —dijo Catalina, ensanchando la sonrisa—. No sé por qué os tolero vuestra insolencia. Debe ser que os tengo cariño.

—¿Sí? —preguntó Gabrielle friccionándose la mano dolorida—. Siempre he pensado que me toleráis porque teméis el poder de mi hermana.

Se desvaneció la sonrisa de Catalina.

—No seáis ridícula. Reconozco que he tenido diferencias con Ariane en el pasado, nos hemos amenazado mutuamente, pero llegamos a un entendimiento. No siento otra cosa que admiración y respeto por ella. Así pues, decidme, ¿cómo está la señora de la isla Faire? —Entonces adoptó una expresión cruel y añadió—: Pero no podéis saberlo, ¿verdad? Porque Ariane se ha desentendido de vos.

Gabrielle trató de disimular el dolor que le causó esa acertada puñalada. Ese era el peligro de intercambiar sarcasmos con Catalina; era experta en sacar sangre.

—Sí —dijo tranquilamente—, estamos distanciadas. Estoy segura de que vuestros espías os tienen bien informada acerca de las dos.

—Normalmente sí. Por desgracia, los habitantes de la isla Faire y los de la propiedad de vuestro estimado cuñado son excesivamente leales a la señora y fastidiosamente desconfia-

dos con los desconocidos. Es francamente molesto. —Pasó los dedos por el pie del candelabro de plata y añadió—: Los espías que tengo en París me sirven mucho mejor.

Las implicaciones de esa declaración le helaron la sangre a Gabrielle.

—Por ejemplo, el signore Verducci —continuó Catalina, observándola con sus astutos ojos—, es un hombre útil, pero a veces bastante tonto. Me vino con un cuento tan asombroso sobre vuestras andanzas que casi le tiré de las orejas. Pero si decía la verdad, debo ofreceros mis felicitaciones. No tenía idea de que hubierais desarrollado tanto vuestros poderes.

Aunque cada palabra le había acelerado más el pulso, Gabrielle logró contestar:

—No sé de qué habláis.

—Y pensar que yo me creía muy hábil en las artes negras —musitó Catalina—. Pero nunca he logrado conjurar la presencia de un hombre del mundo de los muertos.

Gabrielle sintió que la sangre le abandonaba las mejillas. La penetrante mirada de Catalina la perforaba como la espada de un espadachín dispuesto a matar.

—Me gustaría saber... ¿creéis que el Azote ha disfrutado de la tierna reunión con su rey?

¡Remy!, pensó Gabrielle aterrada. La Reina Negra había descubierto que Remy... Sin poder dominar su terror, se levantó de un salto y plantó las palmas sobre la mesa, con tanta fuerza que casi volcó el candelabro.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios le habéis hecho?

Catalina se echó hacia atrás, visiblemente asombrada por la reacción que había provocado.

—Vamos, nada... todavía.

—No lo creo. ¿Le habéis hecho arrestar o... o...?

Se le cerró la garganta y no logró decir lo que más temía.

—Calmaos, hija. El capitán está muy bien y, por lo que sé, sigue disfrutando de la hospitalidad de Navarra.

Gabrielle le escrutó la cara. Por una vez en su vida, parecía que la Reina Negra decía la verdad. Volvió a sentarse, debilitada por el alivio, pero sintiéndose enferma al comprender cómo se había traicionado. El regreso de Remy la despojaba de su habitual agudeza en los duelos con Catalina, de la indiferencia de una mujer que sólo arriesga su propia vida.

Catalina hizo chasquear la lengua.

—¡Caramba, caramba! Y pensar que temía estar ante otra tediosa velada, otro de esos ridículos bailes de máscaras de mi hijo. Y qué entretenida ha resultado ser. No sólo tengo al Azote de vuelta de entre los muertos sino también a Gabrielle Cheney, la doncella de hielo, comportándose de un modo muy impropio de ella. Qué exceso de emoción. Estáis temblando.

Gabrielle se cogió firmemente las manos en la falda. No permitas que crea que esto tiene algo que ver con Remy, se dijo. No le des ese poder sobre ti. Se mojó los labios.

—Pues..., pues claro que tiemblo. ¿Quién no temblaría al ser sorprendida haciendo algo que sabe que tiene que desagradar a Vuestra Excelencia?

—Sí —dijo Catalina mirándola con los ojos entrecerrados—. Y eso me hace preguntarme por qué lo habéis hecho. Normalmente tenéis más cuidado en velar por vuestros intereses.

Gabrielle hundió los hombros.

—Siento el mismo fastidio que siente Vuestra Excelencia cuando todo es un puro aburrimiento. No hay nada como una pequeña intriga para animar las cosas. Cuando el pobre capi-

tán Remy se me acercó a suplicarme que le consiguiera una entrevista con su rey, no vi ningún mal en eso.

Catalina arqueó las cejas, en gesto altivo.

—¿Ningún mal? ¿Consideráis que no es hacer ningún mal introducir furtivamente a mi peor enemigo en mi palacio?

—Nicolas Remy ya no es ninguna amenaza para vos. No tiene ejército que lo respalde ni ninguna conexión entre los poderosos. Sólo quería ver a su rey una última vez, estar seguro de que Navarra está... se encuentra bien.

—O sois una tonta, Gabrielle, o me tomáis por tonta a mí —dijo Catalina, secamente—. El capitán desea lo que desean muchos de esos hugonotes, sacar a su rey de mis garras papistas. Remy no es sólo un hombre, es una maldita leyenda, capaz de convencer a personas por lo demás prudentes a correr riesgos estúpidos. Fijaos, si no, en el efecto que parece haber tenido en vos.

Gabrielle se ruborizó, pero trató de disimularlo ahogando un fingido bostezo.

—Ah, el capitán es bastante guapo, lo concedo, pero siempre lo he encontrado un poco aburrido. Esos hombres tan honrados, tan incorruptibles normalmente lo son.

—Sin embargo vos y vuestras hermanas lo arriesgasteis todo una vez para protegerlo. Y he aquí que habéis vuelto a hacerlo. ¿Por qué?, me gustaría saber.

—No tengo ni idea —respondió Gabrielle arrastrando la voz—. ¿La fuerza de la costumbre?

—Una costumbre muy imprudente, mi querida Gabrielle.

—Tal vez. Pero mis hermanas y yo tenemos cierta deuda con el capitán Remy. Hizo todo lo que pudo para protegernos esa noche cuando enviasteis a los cazadores de brujas a incendiar nuestra casa.

—Envié a los cazadores de brujas solamente a buscar al capitán Remy y a recuperar mis guantes. Si no le hubierais dado refugio... —Levantó una mano en un gesto majestuoso—. Ah, no os preocupéis. No saquemos a relucir esa vieja pelea, fue un simple malentendido.

¿Un malentendido? Si eso hacía Catalina cuando tenía un malentendido con alguien, ¿qué haría si lo consideraba verdaderamente su enemigo? Gabrielle sabía muy bien la respuesta a eso. La Reina Negra regalaba un par de guantes envenenados o enviaba a un ejército a matar a la persona y a todos sus paisanos en las calles de París. Se friccionó la nuca, repentinamente cansada de ese juego con Catalina.

—Basta de esgrima, Excelencia —dijo francamente—. Está claro que podríais haber impedido fácilmente el encuentro de Remy con Navarra. ¿Por qué no lo impedisteis? ¿Por qué no nos hicisteis arrestar a los dos?

Catalina frunció el ceño.

—Me he hecho esas mismas preguntas. Tal vez porque en estos momentos existe una tregua precaria entre mis súbditos católicos y mis súbditos protestantes, y estoy muy harta de todos esos conflictos y disturbios. Esos piadosos hugonotes lloraron la muerte de su gran héroe hace unos años. Si hiciera un mártir del capitán Remy por segunda vez, me arriesgaría a que comenzaran nuevamente las hostilidades. La guerra puede ser útil a veces. Me sirve para tener ocupados a mis grandes nobles cuando podrían hacerse molestos en la corte. Pero también es cara. Prefiero reservar mi dinero para terminar mi hermoso palacio nuevo y, muy francamente, Gabrielle, el capitán Remy me asusta mucho menos que vos.

—¿Que yo?

—Sí. He observado con muchísimo interés vuestro comportamiento en la corte. No sois en absoluto como esas otras

cortesanas tontas que se contentan con unas cuantas joyas, vestidos elegantes, una buena casa y diversión. Ah, no, vos ambicionáis mucho más. Deseais poder, el tipo de poder que viene de poder dominar el corazón de un rey. —Al ver que Gabrielle abría la boca para contestar, se apresuró a continuar—: No os molestéis en negarlo. Sois buena para ocultar vuestros pensamientos, señora, pero hasta la más simple aprendiza de bruja vería vuestras ambiciones en vuestros ojos. He sabido desde hace un tiempo que albergáis esperanzas respecto a mi querido yerno, Navarra.

—Entonces, ¿por qué no me habéis expulsado de la corte?

Catalina no contestó. Simplemente se levantó y se dirigió al hogar, haciéndole un imperioso gesto.

—Venid aquí.

Gabrielle caminó hacia ella lentamente, recelosa. Catalina le cogió la muñeca y la acercó más. Apuntó hacia el magnífico relieve tallado en la repisa de piedra, las letras entrelazadas sobre un fantasioso pergamino.

—¿Os habéis fijado en esas iniciales labradas en la repisa de mi chimenea?

—Sería difícil no verlas. Están labradas por todo el palacio.

—Y ¿sabeis qué significan?

Gabrielle exhaló un suspiro impaciente, pensando qué nuevo juego se traía entre manos Catalina.

—Por supuesto. La hache de Henri representa a vuestro difunto marido, el rey Enrique segundo. Y la ce lógicamente es la inicial de Catalina. Un constante recordatorio de la presencia de Vuestra Majestad.

—No de mi presencia. Lo que imagináis que es una ce es en realidad una media luna, el símbolo de la diosa Diana, que era el nombre de la querida de mi marido.

Gabrielle agrandó los ojos, sorprendida. El reinado del marido de Catalina fue anterior a su tiempo. Ella no tendría más de cinco años cuando Enrique II de Francia encontró su prematuro fin debido a un accidente durante un simulacro de torneo. Pero sí había oído los rumores acerca del gran romance del rey con Diana de Poitiers, nombre que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta delante de Catalina.

Soltándole la mano, Catalina se acercó más al hogar y siguió con los dedos los contornos de la letra hache, y una insólita suavidad se extendió por su cara.

—Sólo tenía catorce años cuando llegué a Francia para casarme con un hombre al que no había visto jamás. Arrancada de mi hogar, asustada por el viaje a un país desconocido, aterrada pensando que mi novio podría resultar ser un hombre odioso y repelente. —Emitió una risita sin alegría—. Habría sido mejor para mí si lo hubiera sido. Enrique era joven, vigoroso, y muy serio, no diferente de vuestro capitán Remy. Tuve la desgracia de enamorarme de él en el instante en que lo vi.

—¿Desgracia?

—Sí, porque su corazón ya pertenecía a otra, a Diana de Poitiers. —Torció la boca en un *rictus* de amargura—. Enrique se casó conmigo y yo le parí sus herederos. Pero a ella la hizo la reina no coronada de Francia; era ella la que tenía voz y voto en todos los nombramientos reales y en los consejos. Incluso ejercía su dominio en los aposentos de los niños; decretaba cómo debían criarse y educarse mis hijos. Ella era lisonjeada y honrada por toda la corte, mientras a mí me despreciaban y olvidaban. —Una rara emoción se introdujo trémula en su voz, mientras continuaba acariciando la inicial del nombre de su marido—. Enrique se limitaba a cumplir su deber conmigo, e incluso eso lo hacía de mala gana. Tan pron-

to como se levantaba de mi cama se iba derecho a la de ella. Yo hice hacer un agujero en el suelo encima del dormitorio de Diana para poder observarlos haciendo el amor.

A Gabrielle le repugnó imaginarse a Catalina observando a su marido cuando se acostaba con su amante. Pero también sintió una punzada de compasión por la mujer.

—¿Cómo podíais soportarlo? —exclamó—. Yo habría hecho borrar todas esas medias lunas aunque para eso hubiera tenido que destrozarlo todo en el Louvre.

Catalina bajó la mano.

—¿Eso habríais hecho? La renovación y redecoración habría sido carísima, y ¿para qué? Cuando Enrique murió, dejó de importar. Porque ella ya no importaba. Eso es lo que quiero haceros entender. Las amantes de reyes vienen y van, y se olvidan rápidamente. He de reconocer que el tiempo al sol de la señora Diana duró más que el de la mayoría, pero dudo que vos tengáis un éxito similar con Navarra. Habréis notado, supongo, que a mi querido yerno se le van bastante los ojos tras las mujeres. —Catalina se giró a mirarla y la conocida máscara ocupó su lugar—. No, mi querida Gabrielle. Nunca os hagáis dependiente de un rey ni de ningún hombre. Seríais mucho más juiciosa si quisierais servir a una reina, una de vuestra misma clase, una hija de la tierra.

Gabrielle hizo una rápida inspiración, desvanecido todo vestigio de su compasión por Catalina. Sentir compasión por la Reina Negra podía ser más peligroso que tenerle miedo, pensó, porque podría hacerle olvidar a una lo astuta que era. Sabía muy bien adónde quería llegar Catalina. No era la primera vez que intentaba reclutarla, para integrarla en las filas de su Escuadrón Móvil.

Retrocedió unos pasos, diciendo en tono despectivo:

—¿Servir a Vuestra Excelencia? ¿Formando parte del burdel real? ¿Se propone Vuestra Majestad convertirse en mi proxeneta?

—No seáis grosera, muchacha —la regañó Catalina, frunciendo los labios—. Tendría muchísima más consideración por vos que por esas otras damas que me sirven. Os ofrecería todo lo que puede ofrecer un rey y más. Riqueza, tierras, títulos... poder.

—¿Poder? —repitió Gabrielle, riendo incrédula—. ¿Me ofrecéis compartir vuestro poder conmigo?

—Ay de mí, me estoy haciendo vieja, querida mía. Me iría bien aprovechar vuestro ingenio y energía juveniles. Sólo pensad lo que podríamos realizar las dos juntas, Gabrielle, por la gloria de Francia, en especial por sus mujeres. Seríais mi mano derecha, más mimada de lo que podrían ser mis propias hijas. Os enseñaría todo lo que sé, incluso mis más poderosas y secretas artes. Lo único que os exigiría es...

—¿Mi alma?

—Vuestra amistad, vuestra lealtad y dedicación indivisas. No toméis a la ligera mi ofrecimiento. Podría ser la preparación de vuestro futuro. Si no, podría verme obligada a reevaluar vuestra participación en la intriga del capitán Remy esta noche y...

A pesar de la sonrisa, el significado estaba claro. Esta vez no le pedía que se convirtiera en una de sus damas; le lanzaba un ultimátum, el mismo que le dio a Enrique de Navarra una vez: «Únete a mí o muere».

El deseo de Catalina de convertirla en una de sus secuaces podría ser su única carta para negociar por la vida de Remy. Pero tendría que jugar muy bien esa carta. Procurando hablar en tono tranquilo, indiferente, le preguntó:

—Y ¿Nicolas Remy? ¿Qué os proponéis hacer con él?

Catalina frunció el ceño y se examinó una uña algo mellada.

—El señor Azote fue algo así como una espina en mi costado en el pasado. No tengo la menor intención de permitir que vuelva a serlo. Un juicio y un ahorcamiento público serían muy desagradables. Sin embargo, incluso hombres vigorosos como el Azote sufren de... accidentes, dolencias misteriosas que de pronto se los llevan.

Sobre todo si esos accidentes los organiza una Reina Negra, pensó Gabrielle. Catalina disponía de muchos medios para matar a Remy. Un sutil veneno vertido en su bebida en una taberna; un repentino incendio en la casa donde se aloja; un asesino que le rebana el cuello en un callejón oscuro... Por su mente pasaron muchas terribles posibilidades.

Se giró un poco para ocultar su agitación. Pensando, pensando, al fin dijo:

—Tengo una idea mucho mejor. ¿Por qué no me permitís que yo me ocupe de él?

—¿Vos?

—Sí. Podría llevarlo a mi cama, seducirlo. ¿Os imagináis cómo afectaría eso a todos esos severos hugonotes cuando les llegara la noticia? No sólo saber que lograsteis convertir al catolicismo a su rey sino también que ahora su gran héroe, el Azote, es el devoto amante de una de las cortesanas más notorias de la Reina Negra. —Se volvió a mirar a Catalina recurriendo a su más radiante y convincente sonrisa—. Sería mucho más eficaz que limitaros a matarlo; destruiríais su leyenda.

Catalina juntó los dedos bajo el mentón, ceñuda, pensativa. Gabrielle retuvo el aliento, pensando qué podría hacer si Catalina rechazaba su propuesta. ¿Arrodillarse ante ella y suplicarle que le perdonara la vida a Remy o cogerla por el cuello y estrangularla, antes que pudiera hacerle daño?

Ya se le empezaban a flexionar los dedos cuando apareció una sonrisa en la cara de Catalina.

—Siempre he admirado como os funciona la mente, Gabrielle. Despiadada, tortuosa, solapada, muy parecida a la mía. Pero ¿de verdad creéis que bastarían vuestros encantos para tentar a nuestro honorable Azote a desviarse del camino de su deber?

Sus encantos no fueron suficientes en el pasado, pensó Gabrielle, pero claro, entonces nunca intentó seducirlo. Se mordió el labio, recordando los besos de Remy, cómo él despertó en ella deseos que creía muertos desde hacía mucho tiempo; recordó la pasión que vio brillar en sus ojos. Pero seducirlo para que olvidara su honor, para torcerlo hacia las finalidades de la Reina Negra sería la traición definitiva, sería corromper todo lo que había habido de bueno y hermoso entre ellos. La idea le producía una angustia terrible, pero no conseguirlo sería lo mismo que firmar la sentencia de muerte de Remy.

Para salvar las apariencias ante Catalina, aplastó la angustia de su corazón y deslizó seductoramente la mano por sus abundantes curvas.

—¿Sería capaz de seducir al Azote o a cualquier otro hombre que conociera? —ronroneó—. ¿Qué creéis?

Catalina emitió una risita gutural y se quitó un pequeño anillo de oro con un sello de su dedo.

—Os creo, y por fin hemos llegado a un entendimiento, Gabrielle. Aceptad este anillo como señal de mi buena fe. Ahora prometedme la vuestra.

Le tendió la mano con el anillo; Gabrielle sintió repugnancia, miedo, como si fuera a tocar una serpiente. Pero se obligó a sonreír. Avanzó un paso, se inclinó en una grácil reverencia y cogiéndole la mano, se la besó, con una extraña

sensación de vacío en su interior, como si estuviera a punto de arrojar lejos los últimos vestigios de su honor, pensando que al hacer ese pacto con Catalina traicionaba no sólo a Remy sino también a su hermana Ariane, que en otro tiempo desafió con tanta energía y valentía a la Reina Negra.

No te pongas melodramática, Gabrielle, se regañó. Eso era sólo otra parte del juego, otra intriga, y los pactos se hacen para quebrantarlos. Además, ¿qué otra opción tenía?

—Me comprometo totalmente al servicio de Vuestra Majestad —dijo.

—Ah, no, querida mía —dijo Catalina, cogiéndole el mentón y echándole atrás la cabeza—. Olvidad las palabras, simplemente comprometeos conmigo con los ojos.

La voz de Catalina era suave y tranquilizadora, pero sus oscuros ojos intentaban perforarle los suyos. Se le aceleró el corazón cuando la Reina Negra intentó invadirle la mente. Tuvo que obligarse a no desviar la vista, a permanecer tranquila. A sostenerle la mirada sin revelarle nada aparte del hielo de sus venas, las frías sombras de su corazón. Por encima de todo, a no pensar en Remy, en lo aniquilada que se sentiría si...

Catalina le apretó más fuerte el mentón, y con su penetrante y dura mirada intentó derribar sus barreras. Durante un terrible instante a Gabrielle le flaqueó la voluntad, pero no tardó en recuperarse cerrando la puerta de su mente. Pero ¿habría sido lo bastante rápida? ¿Cuántos de sus secretos del pasado, cuántas de sus vulnerabilidades habría visto Catalina?

Angustiada le escrutó la cara, en busca de alguna señal de triunfo. Pero, aliviada, comprobó que sólo se veía amargamente decepcionada. Entonces Catalina le puso el anillo en el dedo, y hundió los hombros, como si de repente se sintiera agotada.

—Muy bien —dijo—. Consideraré sellado nuestro trato. De pronto me siento terriblemente cansada, hija. Podéis marcharos.

Gabrielle sólo pudo sentir gratitud por eso. Se inclinó en una reverencia, que Catalina ni siquiera miró. Pero cuando ya estaba en la puerta, a punto de salir, la Reina Negra la llamó en voz baja.

—Simplemente recordad esto, Gabrielle. Si sois incapaz de encargaros de Nicolas Remy, yo sí seré capaz.

La noche avanzaba hacia las horas más oscuras anteriores al amanecer, y Catalina continuaba sin poder dormir, problema que experimentaba con más frecuencia últimamente. Mala conciencia, dirían sus enemigos, pero ella simplemente se reía de esa idea.

No, ese hábito de dormir menos sólo era otra cosa más que atribuir a las extravagancias de la vejez, una carga que ni con toda su magia había logrado derrotar. Habría podido llamar a una de sus damas para que le llevara una tisana somnífera, pero eso hubiera sido reconocer su debilidad, cosa que no estaba dispuesta a hacer.

Sus poderes estaban menguando. La Reina Negra se estaba haciendo vieja.

Prefería combatir a los demonios de su desasosiego paseándose por su habitación, de un lado a otro, hasta agotarse. Cuando iba pasando nuevamente junto a las ventanas, se frotó el lugar vacío del dedo donde debería estar su anillo con el sello. El anillo que ahora adornaba la hermosa mano de Gabrielle Cheney; el anillo le quedaba grande, lógicamente.

—Tal como todas tus grandes ambiciones, mi muchacha —musitó.

Esbozó una leve sonrisa al pensar en su conquista de Gabrielle, pero el triunfo no le produjo el placer que había espe-

rado sentir. Siempre esperaba con ilusión sus duelos de ingenio con la chica, sus intentos de verle el alma a través de los ojos, que la joven siempre había logrado ocultar.

Esos duelos le servían para mantener aguzado el ingenio, bien afilados sus poderes. Encontraba inteligente, osada y despiadada a la joven, una digna adversaria. Al menos hasta esa noche, cuando por fin logró penetrarle la mente y descubrir todos sus secretos y debilidades. Esos patéticos recuerdos de su encuentro con Etienne Danton.

Recordaba muy bien a ese joven caballero. Había sido un parásito sin importancia en la corte hacía unos años, hasta que lo expulsaron deshonrado, por hacer trampas en las cartas, quebrantar la ley contra los duelos y, lo peor de todo, por haber violado a una de sus damas.

Ninguno de los encantos de sus hermosas cortesanas se desperdiciaba en un insignificante caballero de provincia. ¿Y Gabrielle Cheney se creyó enamorada de un hombre de su calaña? ¡Bah!

Eso se lo podría perdonar; después de todo Gabrielle sólo tenía dieciséis años entonces. Ella misma había sido lo bastante estúpida para entregarle el corazón a un marido que la humillaba y traicionaba a cada paso. Pero había aprendido la lección: el amor sólo debilita a una mujer. Estaba claro que Gabrielle no había aprendido la lección, y eso era lo que encontraba imperdonable. Gabrielle había repetido el mismo error, y era tan estúpida que ni siquiera se daba cuenta.

La muchacha estaba perdidamente enamorada de Nicolas Remy.

Esa noche, cuando se enteró de que Gabrielle había introducido a escondidas al Azote en el palacio, creyó que era simplemente una diablura más de la chica, con la intención de congraciarse con Navarra, avanzar un paso en favor de su am-

bición de convertirse en su querida. Podría haberla admirado por eso, por sus ingeniosos y complejos métodos, por su frialdad para actuar. Pero descubrir que simplemente estaba enamorada de ese rígido y obstinado soldado hugonote, puaf, lo encontraba nauseabundo.

Continuó paseándose por el dormitorio, moviendo la cabeza, fastidiada. Gabrielle la había decepcionado, decepcionado muy cruelmente. Ahora se veía obligada a encontrar la forma de librarse de esa prometedora joven que podría haber sido valiosísima para ella. De ninguna manera podía fiarse de la lealtad, y ni siquiera de la prudencia para velar por sus propios intereses, de una mujer enamorada como una idiota. No podía fiarse de su decisión de seducir a Remy para desviarlo de su misión. Aunque en realidad eso no importaba, porque dudaba de que alguna mujer, incluso una mujer tan avasalladoramente hermosa como Gabrielle Cheney, fuera capaz de desviar a Remy de lo que él consideraba su honor y su deber. Nada podría conseguir eso, a excepción de la muerte.

Hacía tiempo ya que había comprendido eso acerca de ese serio soldado. Cuántos intentos había hecho en el pasado para deshacerse de él, y todos fracasaron. Esta vez tendría que actuar con más astucia y esmero. En especial en cualquier medida que tomara contra Gabrielle. Porque en realidad no fue del todo sincera cuando declaró que no temía el poder y la influencia de la señora de la isla Faire.

Recordaba muy bien aquel día, después de la matanza de San Bartolomé, cuando se enfrentó con Ariane Cheney en ese mismo palacio.

Qué erguida y orgullosa estaba esa joven, con sus vivos ojos castaños tan parecidos a los de su difunta madre, toda ella irradiando esa abrasadora honradez e indómita fuerza de Evangeline. Qué bien recordaba sus palabras:

«Os lo advierto, Catalina, voy a reanudar las reuniones de consejo de las hijas de la tierra, de las guardianas de la antigua sabiduría, que nos oponemos a que se abuse de ella como habéis hecho vos. Ni siquiera vos podéis luchar contra nosotras, el silencioso ejército de mujeres sabias.»

Un silencioso ejército de mujeres... Hubo una época en que esa amenaza no la habría perturbado, pero ya no se sentía tan invencible. Se detuvo ante la ventana y apoyó la mano en el alféizar. Contempló los jardines y los senderos iluminados por la luna que llevaban a las Tullerías, el palacio estilo florentino que deseaba dejar como legado. Un palacio que estaba destinado a continuar inconcluso, y no solamente por la necesidad de desviar los fondos a costear una guerra.

Su verdadero motivo para parar la construcción era mucho menos racional, mucho más humillante. Había caído presa de un sueño profético: la creencia de que el día en que se pusiera la última piedra del edificio sería el día en que ella exhalaría su último suspiro.

Cómo se reirían sus enemigos si se enteraran del supersticioso miedo de Catalina de Médicis, la hechicera más poderosa que había conocido Francia. La tan temida Reina Negra tenía miedo de morir.

La muerte, esa impotencia definitiva, esa pérdida de todo poder. Se llevó la mano a la garganta, como si estuviera sintiendo los fríos dedos de la muerte rodeándole el cuello. Hizo varias respiraciones profundas, encontrando consuelo en cada inspiración de aire, en los fuertes y uniformes latidos de su corazón. No, la muerte no se la llevaría todavía. Pero tendría que tener cuidado. Antes de levantar la mano en contra de Gabrielle o de su Azote, debía averiguar de cuánto poder e influencia disponía en esos momentos la señora de la isla Faire,

saberlo todo acerca de esa reunión de consejo que celebrarían en la isla.

Afortunadamente, ya contaba por fin con una espía fiable. Una de las últimas personas de las que se le ocurriría sospechar a la señora de la isla Faire.

12

La fogata resplandecía en medio del claro en lo alto del acantilado, y sus llamas proyectaban sombras móviles sobre el círculo de dólmenes, ese misterioso anillo de piedras verticales que se veían tan antiguas como la propia isla. Las enormes piedras erosionadas por el tiempo y la intemperie se elevaban hacia el cielo nocturno con su sinfín de estrellas centelleantes, y una nubecilla semejante a una sombra se deslizaba por la cara de la luna.

Más allá del anillo de dólmenes y unas pocas hileras de árboles, todo se sumía en la oscuridad. Abajo, en la base del acantilado, las olas rompían contra las rocas de ese lado más agreste y menos poblado de la isla. Pero en el espacio interior del anillo, la fogata ofrecía una alegre iluminación, como también las antorchas dispersas enterradas en el suelo. Su luz iluminaba a las mujeres reunidas en el claro, algunas sentadas en improvisados bancos formados con troncos de árboles caídos, otras sentadas en el suelo, sus pies recogidos recatadamente bajo las faldas.

Las mujeres estaban conversando entre ellas, a la espera de que comenzara la reunión, y de tanto en tanto muchas miraban disimuladamente, reverentes, hacia la roca plana, semejante a un altar, donde estaba sentada la señora de la isla Faire como en un trono.

Ariane habría preferido que esa reunión se hubiera celebrado en un lugar menos melodramático, en su casa, Belle Ha-

ven, sentadas cómodamente en sillas, haciendo circular una jarra de vino caliente con especias.

Posiblemente eso habría desilusionado a muchas de esas mujeres sabias que habían viajado desde muy lejos e iban a ver por primera vez a la señora de la isla. Contempló el mar de rostros que la rodeaba. A muchas las reconoció inmediatamente, pues eran de la isla; las conocía de toda la vida: la irreverente apotecaria, la señora Jehan, con su largo y descuidado pelo gris; la imponente Marie Claire, abadesa del convento Saint Anne, de la isla; la criada lega de Marie Claire, la larguirucha Charbonne, con su pelo blanco como leche cortado a lo chico. Otras, como la gazmoña Hermoine Péchard y la tetuda Louise Lavalle, eran exiliadas, que huyeron de París por indisponerse con la Reina Negra.

Pero se había corrido la voz sobre esa reunión, atrayendo a hijas de la tierra a las que ella no conocía en absoluto. La mayoría eran de Francia, pero algunas venían de sitios más lejanos, como España, Portugal e Italia. Incluso había un par de hermanas inglesas, Prudence y Elizabeth Waters, y una joven irlandesa. Envuelta en una capa oscura con capucha, cerrada por un broche de intrincado diseño celta, la chica golpeaba el suelo con un pie, impaciente porque aún no comenzaba la reunión.

Había dos hijas de la tierra que brillaban por su ausencia: sus hermanas. Recorrió con la vista la periferia del círculo, observando atentamente las sombras proyectadas por los dólmenes, por si veía llegar a una jovencita alta de pelo rubio muy claro, casi blanco, y un gato oscuro pegado a sus talones.

Pero no vio señales de Miri ni de su gato Nigromante. Al parecer, su hermana pequeña no pensaba asistir. Miri siempre prefería los senderos solitarios del bosque y la compañía de animalitos al mundo de los hombres. Y esos últimos días ha-

bía estado más reservada que nunca. La niña sufría por todas las personas que habían desaparecido de su vida: su madre, su padre, y ahora Gabrielle.

Ariane retuvo el aliento; no quería pensar en su otra hermana. Hacía un tiempo que Bette no le enviaba noticias de Gabrielle, y eso la llenaba de ansiedad. Pero esa noche no podía permitirse estar preocupada por Gabrielle, ni nerviosa por la tensión entre ella y Renard cuando se despidieron, ni desesperarse por su fracaso en tener hijos.

Debía expulsar de su mente todos sus problemas. Esas mujeres habían arriesgado mucho para llegar a la isla; muchas habían tenido que desafiar a padres y maridos. Y no sólo se habían expuesto a los peligros que normalmente entraña un viaje; también enfrentaban los peligros anejos a participar en una reunión que se podía interpretar mal. Sería muy fácil acusarlas de asistir a un aquelarre, una asamblea de brujas, no a lo que de verdad era: una reunión de mujeres sabias que deseaban comunicarse para transmitir y conservar los antiquísimos conocimientos, muchos ya olvidados o prohibidos por un mundo ignorante y supersticioso. Esas mujeres se merecían su respeto y toda su atención.

Marie Claire, la abadesa de Saint Anne, se le acercó a ponerle una mano en el hombro. Su toca almidonada le enmarcaba la cara, una cara que una vez cierto arzobispo exasperado calificó de demasiado voluntariosa para una monja.

Amiga y confidente de su difunta madre Evangeline, Marie Claire hacía ese mismo papel con Ariane desde hacía años. Aunque su cara estaba surcada por todas las arrugas correspondientes a sus sesenta y tantos años, sus ojos conservaban toda la chispa de la juventud cuando le sonrió y dijo:

—Esas mujeres se van poner afónicas de tanto hablar antes que comience la reunión. ¿No deberíamos comenzar?

Ariane decidió, entristecida, que no podía seguir esperando a Miri. Asintió. Entonces la abadesa hizo una seña a Charbonne y se sentó a la derecha de Ariane, introduciendo las manos en las anchas mangas de su hábito blanco.

Alta, delgada y desmadejada como cualquier muchacho campesino, Charbonne también se vestía como tal: una holgada camisa de muselina, unas toscas calzas y botas gruesas. Fue a situarse en el centro del círculo y golpeó el suelo rocoso con un grueso palo cortado de una rama de abedul blanco.

—Todas las lenguas quietas a excepción de la mía —gritó con su retumbante voz. Al ver que no tenía éxito su petición, gritó más fuerte—: ¡Silencio! —Su intensa mirada recorrió el grupo de mujeres hasta que se apagó el último murmullo. Entonces continuó—: Sobre el suelo sagrado que forman estas piedras verticales, y en presencia de nuestra señora de la isla Faire, comenzamos la tercera reunión de las hijas de la tierra en tiempos recientes. Estas reuniones tienen por fin promover la paz y la armonía entre todas las mujeres sabias de todas partes, comunicarnos y conservar nuestros antiquísimos conocimientos, reparar los agravios, solucionar los problemas y recibir los consejos de nuestra sabia señora. —Adelantó la rama de abedul—: Cualquiera que tenga algún asunto que exponer ante este consejo, dé un paso adelante y coja el bastón de mando.

Aun no terminaban de salir esas palabras de su boca cuando Hermoine Péchard se levantó de un salto y se abalanzó sobre el bastón. Ariane y Marie Claire se miraron consternadas. La señora Péchard era una mujer delgada que llevaba siempre una expresión avinagrada en la cara. Sorprendida espiando a la Reina Negra hacía unos años, lo había perdido todo, su cómoda casa y su marido, que se separó de ella.

Hermoine jamás perdía la oportunidad de quejarse de la decadencia de las costumbres y de la inmoralidad y depravación de otras hijas de la tierra. Volvían a oírse murmullos de conversación, por lo tanto golpeó fuertemente una roca con el bastón, estremecida de engreimiento.

—Mi señora —dijo, haciendo una rígida venia a Ariane, y luego miró con sus ojos de halcón a las demás mujeres—, estimadas compañeras miembros de este consejo, deseo tratar un problema cada vez más grave que he observado entre muchas de nuestras hermanas. El abuso de nuestros conocimientos con fines de conducta impúdica.

Ese comienzo del discurso ocasionó algunos gemidos entre las jóvenes presentes. Hermoine se irguió más rígida aún y continuó:

—Nosotras, hijas de la tierra, hemos de consagrarnos a las artes de la curación y a llevar el registro de la historia y los conocimientos para las generaciones venideras. En lugar de hacer eso algunas desperdician el tiempo en frivolidades, en preparar perfumes y lociones para tentar a los hombres y triunfar sobre sus sentidos.

Esas palabras produjeron una punzada de pena a Ariane, pues le recordaron a Gabrielle. Pero la señora Péchard estaba mirando a Louise Lavalle. La cortesana se echó a reír, acentuada su expresión traviesa por las pecas de la nariz.

—Yo no diría que sea una pérdida de tiempo —dijo esta, en tono burlón—. Y tú tampoco lo dirías, Hermoine, si hubieras pasado la noche, como yo, con ese fornido mozo de cuadra que trabaja en la posada Forastero.

La anciana señora Jehan se golpeó la rodilla, y cacareó:

—Ya sé a quién te refieres, ese que tiene tan buenas piernas, que parecen un par de robles jóvenes. ¿Cómo se portó, querida?

—Como un verdadero semental, señora Jehan. Lo cabalgué hasta el cielo, de ida y vuelta.

Levantándose de un salto, Louise hizo la demostración, con un provocativo golpe de caderas hacia delante. Este gesto produjo un coro de risas; incluso Marie Claire se rió. Pero puesto que la señora Péchard estaba a punto de explotar de indignación, Ariane reprimió su sonrisa.

—Señoras, un poco de cortesía y respeto, por favor —dijo, regañándolas amablemente. Cuando Louise se sentó, se volvió hacia la señora Péchard, con forzada afabilidad—: ¿Decías, Hermoine?

La mujer tenía la cara llena de feas manchas rojas de rabia. Haciendo un furioso gesto hacia Louise, continuó:

—Eso, ese es justamente el tipo de depravación al que me refería, mi señora. Los hombres no son capaces de resistirse a los perversos hechizos que practican rameras de la calaña de la señorita Lavalle.

—Mejor ser una ramera que una vieja pasa arrugada—gritó Louise.

Hermoine frunció los labios, pero decidió pasar por alto la interrupción.

—Las rameras usan sus artes negras para tentar a los pobres hombres débiles a pecar y faltar a su honor. Eso no es correcto. Supongo que estarás de acuerdo conmigo, mi señora. Tu familia ha sufrido a causa de eso; esa puta Maitland sedujo a tu padre para que traicionara a tu bondadosa madre.

Ariane se puso rígida. La infidelidad de su padre era causa de mucha pena secreta, y no le gustaba nada que se aireara el asunto en público. Sintió la consoladora mano de Marie Claire en el hombro. La abadesa estaba tomando aliento para replicarle a la señora Péchard cuando la intervención llegó inesperadamente de otro lado.

La chica irlandesa se levantó de un salto.

—Por san Miguel bendito, es usted la que nos hace perder el tiempo con tonterías —exclamó, dirigiéndose a Hermoine—. ¿Y qué si algunas de nuestras hermanas se inclinan a usar su magia para seducir? Los hombres deben cuidar de sí mismos, y muy capaces que son.

El acuerdo se expresó a coro, especialmente por parte de la anciana señora Jehan.

Hermoine miró furibunda a la chica irlandesa.

—Vaya... vaya, ¿cómo te atreves...?

—Vamos, vaya a sentarse idiota zanquivana. Yo tengo un asunto de naturaleza mucho más inquietante y aterradora para exponer ante este consejo.

La chica cogió el bastón y se echó atrás la capucha, dejando a la vista una abundante melena de pelo color fuego, piel blanca y unos vivos ojos azules. No tendría más de dieciséis años, y no era alta, pero había un algo en su porte y fiera actitud que evocaba a las doncellas guerreras celtas de antaño.

Hermoine protestó y trató de arrebatarle el bastón, pero la feroz mirada de la joven la hizo retroceder. Entonces apeló a Ariane.

—Mi señora, no he acabado.

—Sí que has acabado —dijo la chica haciéndola a un lado. Avanzó hasta situarse delante de Ariane—. Con su perdón, mi señora. Me llamo Catriona O'Hanlon, del condado Meath. No hablo muy bien el francés, pero es importante que se me entienda. Lo que tengo que decir se refiere a un asunto de vida o muerte.

Ariane habría sonreído ante una declaración tan melodramática como aquella, pero la contuvo la intensa luz que ardía en los ojos de la chica O'Hanlon.

—La comprendo muy bien, señorita O'Hanlon —dijo muy seria—. Y si tiene información tan importante, será mejor que hable.

—¡Señora! —gritó Hermoine, pero Ariane la silenció levantando una mano.

Se sintió culpable por su impaciencia en hacer a un lado a aquella quejumbrosa mujer, pero lo que había visto en los ojos de Catriona O'Hanlon era suficiente para hacerla hormiguear de aprensión. Tranquilizó a Hermoine prometiéndole que podría hablar después, y la mujer volvió resentida a su asiento.

—Gracias, señora —dijo Catriona.

La chica hablaba con la melodiosa entonación irlandesa, y pronunciaba el francés con ese acento, lo que hacía una curiosa combinación. Pero sus palabras sonaban claras y enérgicas.

—Como he dicho a la señora, me llamo Catriona O'Hanlon, aunque mi gente me llama Cat. Como todas vosotras, desciendo de una larga sucesión de hijas de la tierra, que se remontan a épocas anteriores a la del poderoso Cuchulainn. Cuento con muchas amigas entre las hijas de la tierra, y una de ellas era Neve O'Donal. —Apretó con más fuerza el bastón y una fuerte emoción hizo vibrar su voz—: Neve era una buena mujer, que tenía el corazón bien puesto en su lugar, aun cuando sus pensamientos se desviaban en direcciones un poco oscuras. Pero tenía buenos motivos para todas su rabia, como los tenemos la mayoría de los irlandeses. —Apretó fuertemente los labios—. No dudo que todas sabéis cómo ha sufrido mi pueblo con la invasión de los malditos *sassenach*.

Se oyó un agudo silbido, salido de los labios de las dos hermanas inglesas. Marie Claire frunció el ceño.

—Cuidado, señorita O'Hanlon —dijo—. Muchos de los antepasados de nuestra señora de Faire eran ingleses, entre ellos su madre, nuestra venerada señora Evangeline.

Catriona miró a Ariane, con una expresión en parte de rabia, en parte de disculpa.

—No ha sido mi intención ofender, mi señora. Estoy segura de que ninguno de sus antepasados fue uno de esos canallas ingleses asesinos que saquean nuestra tierra, matan a nuestros bebés, violan a nuestras mujeres, destruyen nuestra heredad...

—Por favor, señorita —interrumpió Ariane, observando que las hermanas inglesas comenzaban a erizarse—. Nadie duda de que su pueblo ha sufrido, pero haría bien en volver al tema, a lo que nos estaba contando de esa Neve...

—Sí, pobre Neve. Tenía más motivos que muchos para odiar a los ingleses, que la despojaron de su tierra y mataron a todos los hombres de su familia. Neve juró que haría salir a los *sassenach* de Irlanda, aunque tuviera que recurrir a cualquiera de los métodos de magia negra.

Las protestas ahogadas de las hermanas Waters se hicieron más fuertes. Prudence, la mayor, medio se levantó, pero Catriona la hizo sentar con un despectivo gesto.

—Ah, no os enredéis los corsés, muchachas. La amenaza de Neve era del todo hueca. Por lo menos hasta que... no sé cómo ni dónde, pero... —Cat titubeó, pero al final dijo con acento muy cerrado—: Neve se apoderó del *Libro de las sombras*.

Esa drástica declaración provocó exclamaciones de miedo, de sorpresa, de espanto, en la multitud, y una risita escéptica en la anciana señora Jehan. Muchas de las hijas de la tierra poseían manuscritos antiguos que contenían breves retazos de las artes negras, pero se decía que existía una obra maestra, el *Libro de las sombras*, que contenía todos los secretos

de la magia más negra de que tuviera conocimiento la humanidad. Evangelina Cheney no creía en la existencia de dicho libro, y Ariane tendía a estar de acuerdo con ella.

Se elevaron murmullos de inquietud en el grupo, y Ariane tuvo que dar palmadas para exigir silencio. Después dijo a la chica irlandesa:

—Señorita O'Hanlon, todas hemos oído rumores sobre ese *Libro de las sombras*. Pero es un mito, no es más real que esas historias sobre invocaciones al diablo los sábados y brujas volando en palos de escoba.

—El *Libro de las sombras* existe, señora —dijo Cat enérgicamente, golpeando el suelo con el bastón para dar más énfasis—. Yo lo vi con mis propios ojos.

—¿Era horrible, encuadernado en piel de bebés muertos? —se burló la señora Jehan.

Cat se giró a mirarla.

—No, señora. Estaba encuadernado en piel, se veía tan inofensivo como una Biblia. Era el contenido el que helaba la sangre, unos hechizos y ensalmos horrorosos. —Se aproximó al grupo de mujeres de un extremo, acercándoles tanto la cara que las que estaban en primera fila se echaron atrás—. Hechizos para hacerse inmortal bebiendo la sangre de otro ser vivo. O para conservar la vida abriendo el corazón de alguien todavía latiendo. Pociones para mantenerse joven devorando hígados de bebés recién nacidos.

—¡Madre de Dios! —exclamó una de las españolas, santiguándose.

Marie Claire se inclinó a susurrarle a Ariane al oído:

—Me parece que la señorita O'Hanlon está disfrutando demasiado con esto.

Al parecer, no se equivocaba la abadesa, pensó Ariane. Catriona sí parecía estar saboreando con horripilante gusto la

alarma que estaba creando, en especial en las inglesas. Se detuvo delante de las hermanas Waters y levantó el bastón como una sacerdotisa druida aprestándose para ofrecer un sacrificio.

—Había instrucciones en ese libro para confundir a los enemigos con venenos amargos para hacerlos ahogarse en su propia sangre. O para producir enfermedades en los enemigos, volviéndoles la piel negra con supuraciones...

—Señorita O'Hanlon, por favor —dijo Ariane, sonriendo, con el fin de alegrar un poco los ánimos—. Nos va a causar pesadillas.

Cat bajó los brazos de mala gana y volvió a situarse delante de ella.

—Perdón, señora, pero es que esto es tema para pesadillas. Aun no he dicho lo peor. Ese libro contenía instrucciones para hacer la guerra de una manera tan terrible que jamás se ha visto en el mundo. Pociones para propagar una horrorosa pestilencia en el aire para que miles de personas enfermaran y murieran al mismo tiempo. O instrucciones para preparar una explosión que derribaría una ciudad, incluso una tan grande como París.

—¿O Londres, tal vez? —gritó Prudence Waters. Su hermana le cogió el brazo, temblando, pero Prudence se soltó y se levantó—. Señora, está claro como el agua adónde lleva esto. Esa irlandesa, esa... Neve, pretende emplear los diabólicos métodos del *Libro de las sombras* en contra de mi país.

Cat la miró con expresión triste y furiosa a la vez.

—Pretendía, Dios tenga su alma en paz. Neve no significa nada ahora, porque ya murió. La mató de forma horrorosa un hombre malo que deseaba apoderarse de ese maldito libro.

Esa triste noticia las dejó calladas a todas, incluso a Prudence.

—¿Quién tiene el libro ahora? —preguntó Ariane, con creciente temor.

—El pariente asesino de Neve, Padraig O'Donal, un hombrecillo repugnante que se cree brujo. Padraig escasamente sabe rascarse el culo, mucho menos puede hacer magia. No sabe descifrar ni una sola palabra escrita en el antiguo lenguaje rúnico. Pero calcula que el libro podría valer una fortuna en oro si lo ofrece a la persona adecuada. Así que mató a la pobre Neve y cogió el libro, con la esperanza de hacer su fortuna vendiéndolo.

—Y ¿dónde está ese Padraig ahora? —preguntó Ariane.

—Bueno, no podía vender el libro en Irlanda, mi señora, puesto que allí lo buscan todos los amigos y parientes leales de Neve. Pero Padraig es un demonio astuto. Nos dio el esquinazo y huyó en una pequeña barca de pesca. —Cat se pasó la mano por la melena y se la echó hacia atrás, haciendo un gesto de frustración—. Seguí al maldito hasta la costa de Bretaña, pero ahí le perdí el rastro.

—Maravilloso —masculló Marie Claire—. Lo único que nos faltaba. Ya estamos malditas con la Reina Negra y sus venenos, y ahora tenemos a un irlandés loco suelto tratando de vender los secretos del diablo entre nosotros.

—Aún queda por decir lo peor —dijo Cat.

—¿No pasa eso siempre? —gruñó la abadesa.

—Marie, por favor —dijo Ariane, dulcemente, haciendo callar a su amiga—. Continúe, señorita.

Cat colocó el bastón delante de ella, con ambas manos apoyadas encima, como preparada para asestar el golpe definitivo.

—No soy la única que ha seguido a Padraig para recuperar ese libro. También lo sigue un cazador de brujas.

La sola alusión a un cazador de brujas produjo una oleada de pánico entre las mujeres. Ariane se obligó a preguntar tranquilamente:

—¿Un cazador de brujas? ¿Quién es?

Cat negó con la cabeza, pesarosa.

—No lo sé, señora, pero lleva seis meses recorriendo Irlanda, practicando su diabólico oficio. Es un hombre alto, flaco, adusto, de mirada ardiente, tiene una fea cicatriz en la cara, y la cabeza calva como el propio demonio.

—Yo siempre me he imaginado a Satán bastante peludo —objetó la señora Jehan.

Ese comentario produjo varias risitas nerviosas. Cat arqueó una ceja, mirando despectiva a la anciana, y luego continuó:

—Este cazador de brujas bien podría ser el demonio. Nadie sabe de dónde ha salido. Igual podría ser un paisano suyo, señora, porque se hace llamar Le Balafré.

—El de la cara acuchillada —musitó Ariane.

Una joven francesa que estaba al lado de la señora Jehan se estremeció y se echó a llorar. La anciana le dio un vigorizador abrazo.

—Vamos, cariño, hemos enfrentado a nuestros propios demonios y sobrevivido. Acuérdate de Le Vis, que Dios pudra su alma. Está ardiendo en el infierno y nosotras seguimos aquí.

Las demás mujeres expresaron su acuerdo a coro, pero Cat dijo, despectiva:

—He oído hablar de ese Le Vis. Sólo era un monje loco metido en su ropa negra comparado con este otro hombre. Le Balafré lucha contra nosotras como un guerrero pagano. A cualquiera que crea que es una hechicera, la atraviesa con su espada.

Esas palabras provocaron más lamentos, pero Ariane levantó una mano para imponer silencio, y para consolarse ella también como al resto de mujeres asustadas.

—Por lo menos si ese Le Balafré encontrara el *Libro de las sombras*, lo destruiría, seguro —razonó—. Por una vez, un cazador de brujas podría hacernos un favor.

—Ojalá fuera tan sencillo, señora, pero todavía hay algo peor.

Marie Claire gruñó más fuerte y Ariane cambió de posición en su incómodo asiento y miró a Cat con cierta impaciencia.

—¿Qué podría ser peor? —le preguntó secamente.

Cat arrastró un pie por el suelo y por primera vez pareció que no quería hablar.

—Mi buena amiga Neve —dijo al fin— no siempre fue la más discreta de las mujeres. Iba anotando en una lista los nombres de todas las hijas de la tierra que conocía o de cuya existencia sabía. —Al ver que Ariane hacía una inspiración preparándose para hablar, se apresuró a continuar—: Neve tenía buena intención al hacer su lista. Esperaba escribir una historia de las hijas de la tierra cuando llegaran tiempos más pacíficos, de más tolerancia.

—Y ¿dónde están esas listas ahora? —preguntó Ariane en tono severo, aunque ya tenía oprimido el corazón porque sabía la respuesta. Veía la verdad en los angustiados ojos de Cat.

—La cubierta de piel del libro tiene una pequeña rajita en el interior, que forma una especie de bolsillo. Ahí escondió los papeles. No... no quedaron bien ocultos, así que si Le Balafré lograra apoderarse del libro...

Se le cortó la voz, pero no era necesario que terminara. Con lo dicho bastaba. Por todos lados se elevaron gritos de miedo y consternación. Prudence Waters se levantó de un salto y agitó su regordete puño hacia Cat.

—¡Los irlandeses sois una raza de idiotas! No me extraña que necesitarais que llegaran los ingleses a arreglaros el país. ¡Malditos todos los estúpidos celtas, oye!

Las mejillas de Cat se tiñeron de un color tan rojo como su pelo. Gritando una maldición en gaélico se abalanzó sobre Prudence con el bastón levantado. Prudence cogió el extremo en su ancha palma cuando cayó el golpe, y las dos mujeres iniciaron un violento tira y afloja, en un revuelo de faldas, gritando y dándose de patadas, tratando de hacerse con el bastón.

Ariane se levantó y las llamó al orden, pero toda la reunión ya estaba convertida en un caos. Charbonne corrió a intervenir en la pelea, les arrebató el bastón, lo tiró hacia un lado y cogiéndoles las cabezas se las juntó en un fuerte choque. Por desgracia, esto tuvo por consecuencia que las dos combatientes se abalanzaran sobre ella, y empezó una pelea entre tres, con arañazos, con mordiscos, y tratando de sacarse los ojos. Atrapadas en la excitación del momento, Hermoine y Louise Lavalle reanudaron su riña, a bofetadas y pellizcos.

Las otras mujeres se agruparon alrededor, algunas animando a las combatientes y otras exclamando: «¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!» Otras se quedaron sentadas llorando histéricas.

Ariane pasaba de un grupo a otro tratando de restablecer la calma, gritando hasta que se quedó afónica. Al final se alejó tambaleante, absolutamente frustrada.

Marie Claire, que se había mantenido bien alejada del alboroto, simplemente puso los ojos en blanco.

—Bueno, hasta aquí llega el entendimiento y la armonía entre las hijas de la tierra. Y piensa, mi querida Ariane, que hasta el momento sólo dos de ellas han tenido la oportunidad de hablar.

* * *

Unas horas después, el cículo de piedras estaba casi en absoluto silencio. Sólo se oía el chisporroteo de la mortecina fogata y el distante rugido de las olas rompientes bajo el acantilado. Ariane estaba sentada en la piedra plana con la cabeza apoyada en las manos. Las demás mujeres se habían marchado, o mejor dijo, arrastrado, en busca de un refugio para pasar la noche, pues debían partir a sus respectivas casas a la mañana siguiente.

Después de la terrible noticia de Catriona O'Hanlon, la reunión continuó, afortunadamente, de modo pacífico, sin nada que volviera a alterar los ánimos. Ariane logró restablecer el orden cuando, ya agotada su paciencia, se enfureció, cogió el bastón y amenazó con romper unas cuantas cabezas. Ver tan furiosa a la siempre apacible señora de la isla Faire persuadió incluso a Cat O'Hanlon y a Prudence Waters de volver a sus asientos. Si Renard la hubiera visto blandiendo ese bastón se habría sentido muy orgulloso de ella, pensó Ariane, sonriendo cansinamente.

Se giró el anillo en el dedo, ese extraño aro de metal con símbolos rúnicos que aseguraban que Renard nunca estuviera muy lejos de sus pensamientos. Sintiendo pesada sobre sus hombros la carga de ese *Libro de las sombras* desaparecido, deseó emplear la magia del anillo para llamar a Renard: «Ven, mi amor, te necesito».

Y él ensillaría su caballo más rápido y galoparía como un trueno por la noche hasta llegar a su lado. Pero ya había perturbado bastante la paz de su marido últimamente, entre sus ataques de melancolía y sus exigencias de que le diera un hijo. Era poco lo que podía hacer Renard o cualquier otro esa noche para recuperar ese libro. Mejor sería dejarlo descansar, mientras pudiera. Ninguno de ellos iba a gozar de mucha tranquilidad los días siguientes mientras no encontraran ese maldito libro.

Ah, pero cuánto le gustaría sentirse rodeada por los fuertes brazos de Renard en esos momentos. Miró una última vez el anillo y, suspirando, resistió la tentación hundiendo las manos en la falda.

Un suave frufrú de faldas le avisó que Marie Claire volvía a su lado. La abadesa y su criada habían ido a hacer una última inspección del bosquecillo, para ver si alguien se había dejado algo, y para asegurarse de que las antorchas estaban bien apagadas.

—Charbonne fue a la cabaña de ese pescador a buscar nuestros caballos —le dijo Marie Claire—. Cuando los tenga ensillados, va a silbar para que vayamos a reunirnos con ella en el sendero.

Ariane asintió y se movió para dejarle espacio a la abadesa en la piedra. Marie Claire se sentó a su lado y sacó una pequeña bota.

—Ten, querida —le dijo, ofreciéndosela.

Ariane cogió la bota, agradecida. Tenía reseca la garganta de tanto hablar, gritar y discutir. Se llevó la bota a los labios, pero en lugar de sentir el agua fresca que esperaba, le quemó la lengua un aguardiente muy potente.

Atragantada, se inclinó, farfullando e inspirando aire para combatir el sofoco.

—¡Marie Claire!

La abadesa sonrió y la instó a beber otro trago.

—Venga. Después de todo lo que hemos soportado esta noche, a las dos nos irá bien un licor fuerte.

Ariane hizo un mal gesto, pero obedeció, aunque bebió con más cuidado. Cuando empezó a sentir el agradable calorcillo corriendo por sus venas, le devolvió la bota a la abadesa.

—Gracias.

Marie Claire bebió un largo trago, le puso el corcho a la bota y se limpió delicadamente los labios con el dorso de la mano. Después miró la cara de Ariane, aprobadora.

—Eso está mejor. Estabas muy pálida. La señora Cat y todos sus cuentos de terror podrían agotar la sangre en las venas de cualquiera. ¿A no ser que tengas otro motivo para estar un poco pálida?

Involuntariamente Ariane se llevó la mano al vientre vacío.

—No, no hay ningún otro motivo, que yo sepa —contestó tristemente.

Marie Claire le dio una consoladora palmadita en la mano. Ariane bajó la cabeza. Le resultaba difícil hablar de su esterilidad, incluso con una vieja amiga como ella, pero confesó:

—He comenzado a pensar si mi problema de esterilidad no podría ser un castigo de Dios, porque... porque no me contento simplemente con tener un hijo, niño o niña, lo que deseo terriblemente es tener una hija.

—Tss, tss, hija. No creo que Dios castigue a la gente por sus deseos. —Le apretó suavemente la mano y volvió a introducir las dos manos en sus mangas—. Pero sí tiende a contestar las oraciones a Su manera y a Su tiempo.

—Lo cual significa que debo tener paciencia. Hablas igual que Renard.

—Y ¿cómo le va a tu muy fuerte y enorme marido? —preguntó afectuosamente Marie Claire.

—Bastante bien, espero. Tuve la tentación de llamarlo para que viniera inmediatamente, después que oí las noticias de Catriona. Pero casi se mataría por llegar aquí, y no hay nada que pueda hacer esta noche.

—No, pero en los próximos días el conde y sus hombres podrían resultar muy útiles en la búsqueda de ese Padraig O'Donal.

—¿Qué posibilidades crees que tenemos, Marie? —le preguntó Ariane, desanimada— de encontrar a O'Donal antes que venda ese libro o antes que lo encuentre el cazador de brujas. Ese irlandés podría estar en cualquier parte ahora. Será como buscar una aguja en un pajar.

—No creo que sea tan difícil —protestó Marie Claire—. Después de todo no puede haber muchas personas tan ricas o tan locas que deseen comprar ese *Libro de las sombras*. Por desgracia, la persona más probable es...

—Catalina —terminó Ariane, estremeciéndose involuntariamente—. He tratado de no pensar en la posibilidad de que la Reina Negra adquiera ese libro.

Catalina ya había hecho mucho daño, entre sus venenos y el clima que creó para fomentar la locura de la Noche de San Bartolomé. ¿Qué otros estragos podría hacer la Reina Negra con los potentes hechizos que explicó Cat?

—Pero Catalina ya es muy versada en magia negra, y es posible que ese libro ni siquiera le interese —dijo, tratando de convencerse ella además de a Marie Claire—. Desde que pactamos esa tregua después de la Noche de San Bartolomé no ha empleado sus artes negras con nadie.

—Que sepamos —dijo Marie Claire, sarcástica—. Por desgracia, desde que sorprendieron a Louise de Lavalle y a la señora Péchard, nuestro sistema de espionaje ya no es lo que era. Es una lástima que estando Gabrielle en la corte no se la pueda persuadir de observar a Catalina y tenernos informadas.

Ariane negó con la cabeza con vehemencia.

—Aun si Gabrielle estuviera dispuesta, yo no lo permitiría. Ya me preocupa muchísimo que mi hermana menor esté tan cerca de esa malvada mujer y los riesgos que podría estar corriendo. Me parece que ha pasado una eternidad desde que recibimos los últimos informes de Bette.

—Bueno, en cuanto a eso, aún no había tenido oportunidad de decírtelo. Mi pequeño halcón ha regresado por fin de París.

Entre sus dones como hija de la tierra, Marie Claire poseía la capacidad de amaestrar a pájaros para que transportaran mensajes a largas distancias. Ese don había sido muy útil para Ariane en el pasado, y más aún desde que Gabrielle huyó a París. Sin las noticias que le enviaba Bette periódicamente se habría vuelto loca de preocupación por su hermana. Aunque a veces le parecía que estaba mejor sin saber en qué locuras andaba metida Gabrielle.

Miró a Marie Claire sintiendo al mismo tiempo deseos y miedo de saber.

—¿Qué dice Bette? ¿Cómo está Gabrielle? ¿Está... está bien?

—Bastante bien, pero prepárate para una noticia muy extraordinaria.

—¡Santo Dios! ¿Qué? ¿Ha ocurrido algo? Dímelo, Marie.

La abadesa la sorprendió esbozando una ancha sonrisa.

—Nicolas Remy sigue vivo.

—¡¿Qué?!

Cuando Marie Claire le explicó la sorprendente reaparición de Remy y su llegada a París, Ariane no pudo contenerse; se levantó y comenzó pasearse de aquí allá, con los ojos ardiendo de lágrimas por la emoción, no sólo por el afecto que le inspiraba el solemne capitán sino también por lo que podía significar eso para Gabrielle. Por primera vez en todos esos años, veía un rayito de esperanza para su rebelde hermana.

—Gracias, Dios mío —exclamó, juntando las manos—. Esto es maravilloso, Marie. No lo comprendí en su momento, pero creo que Remy era el único hombre que habría podi-

do sanar a Gabrielle, hacerle recuperar su magia. Me parece que cuando se enteró de su muerte murió una parte de ella. Pero ahora...

Se interrumpió al ver que Marie Claire no compartía su entusiasmo. La abadesa estaba contemplando las brasas que quedaban de la fogata, evitando mirarla a los ojos. Se sintió desfallecida.

—La vuelta de Remy es algo bueno, ¿verdad? Podría significar la salvación de Gabrielle.

Marie Claire exhaló un suspiro.

—Podría haberlo sido, pero por lo que dice Bette, parece que Gabrielle ha hecho todo lo posible por alejarlo de ella.

La esperanza que había empezado a arder en Ariane se desvaneció con dolorosa rapidez.

—Claro, Gabrielle... —gimió—, seguro. Debí imaginármelo. ¿Ha existido alguien mejor que Gabrielle para alejar a cualquiera que podría amarla o preocuparse de ella?

La abadesa se cogió el crucifijo de madera que llevaba colgado del cuello. Mirándola a los ojos, Ariane vio en ellos lo suficiente para comprender que le ocultaba algo.

—¿Qué pasa? ¿Qué más dice Bette sobre Gabrielle? ¿No me lo vas a decir?

Marie Claire agitó la mano en gesto de impotencia.

—Perdóname, querida mía. Pero ya estás muy sobrecargada. Ya tienes bastante de qué preocuparte.

—Ya lo creo que sí, pero será mejor que me lo digas de todos modos. —Al ver que Marie Claire continuaba renuente, volvió a sentarse a su lado y le cogió las manos—. Dímelo, Marie.

—Podría no ser nada que tenga que preocupar, pero al parecer Gabrielle se ha hecho amiga de otra mujer sabia que vive en París, Cassandra Lascelles. —Al ver que Ariane la mi-

raba perpleja, le preguntó—: ¿No has oído hablar de esa mujer?

—Algo. —Ceñuda, Ariane trató de hacer memoria—. Cassandra Lascelles es una especie de reclusa, ¿verdad? Una pobre ciega impotente cuya familia murió a manos de los cazadores de brujas hace unos años.

Marie Claire hizo un mal gesto.

—Puede que Cassandra sea ciega, pero ¿impotente? Si son ciertos los rumores que he oído acerca de la señorita Lascelles, practica muchas de las artes negras. Se dice que es especialmente experta en nigromancia.

Ariane sintió vergüenza y evitó mirar a Marie Claire a los ojos, porque una vez también practicó la magia negra invocando el espíritu de su madre. Muchas veces volvía a sentir el deseo de oír los sabios consejos de Evangeline Cheney, pero esa vez le prometió solemnemente a su madre no volver a meterse en nada que tuviera que ver con la magia negra.

—Sobre esa mujer se cierne una nube de sospecha —continuó la abadesa muy seria—. Hay muchas hijas de la tierra que se hacen la pregunta: «¿Cómo es posible que de todas las mujeres Lascelles Cassandra fuera la única que sobrevivió al ataque de los cazadores de brujas?». Algunas incluso piensan si no sería la propia Cassandra la que tuvo que ver con esa incursión en su casa. —Se encogió de hombros—. Claro que todas esas historias acerca de Cassandra podrían no ser otra cosa que chismes o insinuaciones mal intencionadas. De todos modos, habría que prevenir a Gabrielle.

—Sabes que Gabrielle jamás hace caso de nada que yo le diga —suspiró Ariane.

—No eres su única hermana. Miri también ha estado muy preocupada por Gabrielle. De hecho... —Marie Claire titubeó. Hizo una honda inspiración y continuó—: De hecho,

Miri ha tomado la decisión de viajar a París a ver a Gabrielle.

Ariane se la quedó mirando fijamente, pasmada ante la idea de que a su hermana pequeña se le hubiera ocurrido semejante cosa. Al instante su sorpresa dio paso a la alarma:

—¡Miri no hará nada de eso! —exclamó—. Ya es horrible que Gabrielle se haya marchado sola. No toleraré que mis dos hermanas acaben en París, tan cerca de las garras de la Reina Negra. —Levantándose, se alejó de Marie Claire, preguntando—. ¿Dónde está Charbonne con los caballos? Iré a buscar a Miri y le diré que le prohíbo poner un solo pie fuera de la isla Faire.

Pero Marie Claire también se levantó y le cogió el brazo.

—Mi querida hija, no puedes prohibirle nada a Miri. Esto es lo que temía decirte, ya es demasiado tarde. Miri ya se ha marchado.

13

Gabrielle se recogió las faldas para evitar que la orilla tocara el barro, las bostas de caballo y otras menudencias que cubrían la calle. El callejón era estrecho, entre casas y tiendas de tres y cuatro pisos. Algunas casas eran tan viejas que se ladeaban y parecían descansar sobre la vecina.

La ancha ala de su sombrero de paja le protegía la cara del sol de última hora de la mañana, mientras buscaba el número 14 de la Rue des Cartelles. Esa. Era la penúltima casa, casi al llegar a la esquina. Era una casa más nueva, una próspera herrería; en la planta baja estaba el taller, cuya contraventana abatida formaba el mostrador para exponer el género; la primera planta era la morada del herrero; la segunda planta estaba reservada para los aprendices y criados, y en la tercera o ático había habitaciones para alquilar a viajeros.

Entrecerrando los ojos miró atentamente la estrecha ventana de la tercera planta, cuyas contraventanas estaban cerradas. Según los espías de Catalina, ahí había tomado habitación el capitán Nicolas Remy, con el nombre Jacques Ravelle.

Las personas que pasaban junto a ella por la calle eran en su mayoría trabajadores, aprendices, tenderos, artesanos, amas de casa, y unos cuantos mendigos. Comprendió que, vestida como iba con su vestido más viejo y el pelo suelto sobre los hombros, podría muy bien pasar por la hija de un humilde comerciante.

Agotada por todo lo ocurrido esa noche pasada no había podido dormir, y esa mañana no se sintió con fuerzas para tomarse el trabajo de ponerse el corsé, el miriñaque y las enaguas que exigían sus vestidos elegantes y caros. Su apariencia era muy diferente a la de la infame cortesana que se pensaba que era: una mujer capaz de cumplir la promesa que hiciera a la Reina Negra, la de seducir a Remy para desviarlo de su deber.

El anillo que se vio obligada a aceptar de Catalina ya estaba guardado con llave en un cajón, y se había pasado esas horas desvelada, pensando, tratando de encontrar la manera de no cumplir ese pacto y de todos modos mantener a salvo a Remy. No se rompe alegremente una promesa hecha a la Reina Negra, pensó, maldiciendo para sus adentros a Remy por ponerlos a los dos en esa situación.

De todos modos, estaba impaciente por verlo, aunque sólo fuera para saber cómo le fue con Navarra esa noche. Armándose de paciencia, esperó que terminara de pasar una lenta carreta con grano tirada por una robusta mula. Después cruzó la calle de un salto y caminó a toda prisa hacia la casa, consternada al notar que empezaba a acelerársele el corazón.

¿A quién quería engañar?, se dijo. Estaba sencillamente impaciente por verlo.

Al entrar en la herrería la asaltó el ruido de los martillos golpeando el hierro candente sobre el yunque para darle forma. De la fragua parecía salir un torrente de calor, como el aliento de un dragón, que mojaba de sudor las camisas de los aprendices. No tuvo ninguna dificultad en encantar a uno de esos larguiruchos jóvenes para que le explicara por dónde subir a la habitación de Remy.

Se sentía inexplicablemente nerviosa. Su golpe en la puerta fue más tímido de lo que habría querido. Cerrando

más el puño, golpeó más fuerte. Nadie contestó. Frunció el ceño. Según el aprendiz, Lobo había salido, pero el herrero estaba seguro de que el señor Ravelle estaba en su habitación. Iba a golpear otra vez, pero decidió probar la manilla de la puerta. Bajó la manilla y, ante su sorpresa y consternación, la puerta se entreabrió.

¿Tan loco estaba Remy que ni siquiera se tomaba la molestia de cerrar con llave la puerta? No sólo estaban los peligros provenientes de la Reina Negra. Eso era París, por el amor de Dios, no una rústica aldea de Navarra; la ciudad estaba a rebosar de ladrones, rateros, descuideros, asaltantes, asesinos.

Abrió otro poco la puerta y entró cautelosamente.

—¿Remy?

La habitación estaba tan oscura que le llevó un tiempo comenzar a distinguir cosas. No era mucho lo que había que ver, por lo demás. Alguien estaba acostado en la estrecha cama cubierto por una delgada manta. Sobre la almohada vio el brillo dorado oscuro de cabellos revueltos.

¿Remy estaba en la cama? ¿A esa hora? Eso era algo tan impropio de él que se le formó un nudo de miedo en el estómago. De puntillas se acercó a la cama.

—¿Remy? ¿Te sientes...?

La interrumpió un grito gutural salido de los labios de Remy; un grito tan horrible que retrocedió asustada.

Remy se movió agitado y la manta le bajó hasta la cintura, dejando al descubierto su pecho desnudo brillante de sudor. Emitiendo un ronco gemido, agitó la cabeza de un lado a otro, hundiendo la almohada, como si estuviera atacado de delirio o de una fiebre.

La aterró pensar si Catalina no habría faltado ya a su palabra encontrando la manera de administrar a Remy uno de

sus mortales venenos. Se arrodilló junto a la cama y le cogió una muñeca para tomarle el pulso. Sólo logró tenérsela cogida unos segundos, porque él le apartó bruscamente la mano, pero alcanzó a comprobar que tenía el pulso fuerte, aunque demasiado rápido.

Él volvió a gemir, diciendo:

—La espada, maldita sea. Dame... dame una espada. Tengo que luchar... tengo que salvar...

Lo estremeció un desgarrador sollozo, que le oprimió el corazón a Gabrielle.

No era una fiebre lo que tenía Remy. Estaba atrapado en los sufrimientos de una pesadilla.

Las campanas de la iglesia repicaban, repicaban y no paraban de repicar. El estruendo era constante, Remy pensó que lo volvería loco. Tapándose los oídos corrió tambaleante por las enrevesadas calles, doblando una esquina aquí, virando allá. La locura se había desatado a su alrededor; entre repique y repique de campanas se oían gritos agudos de mujeres, llantos de niños, gritos roncos y guturales de hombres. París estaba cubierto por un gris ceniciento: las casas, los adoquines, las caras de los muertos y de los moribundos. El único otro color que se veía era el rojo de la sangre, salpicada sobre las paredes, formando charcos bajo los cuerpos caídos en la acera.

Su espada... Tenía que encontrar su espada antes que fuera demasiado tarde. Pero a cada paso que daba otra maciza pared se levantaba ante él. Corrió por un callejón tras otro, con creciente desesperación. El suelo estaba tan lleno de cuerpos caídos que casi no podía dar un paso sin tropezar. Y tropezó, cayendo al suelo de rodillas, junto al cuerpo sin vida de un hom-

bre corpulento y fornido con la barba toda manchada de sangre.

—Dev —logró decir.

Se abrieron los ojos del muerto y lo miraron acusadores.

—¿Por qué no nos salvaste? Deberías habernos salvado. Eres nuestro Azote.

—Dev, perdona, lo siento. Se me perdió la espada...

Le cogió la mano. Pero la carne de la mano de Dev fue desapareciendo hasta que sólo tuvo cogidos los huesos de los dedos.

Espantado, se levantó, e iba a continuar avanzando cuando sintió fuertes pisadas, el sonido de botas sobre piedra. Sintió dificultad para respirar. Ya venía a por él el diabólico ejército que había asesinado a su gente. Y no tenía armadura, no tenía arma. Se preparó.

Pero de las sombras grises sólo salió un hombre, al final de la calle. Alto e imponente, tenía la cara ensombrecida por la media visera de un yelmo de acero, y su túnica y sus manos estaban empapadas de sangre. El demonio se le acercó, con una fría sonrisa en los labios. Levantó una ensangrentada mano hacia la visera, para subirla y revelar el resto de su odiosa cara.

—¡No! —gritó Remy.

Trató de escapar, porque no quería verlo. Pero estaba sujeto por unas manos suaves y cálidas, y la voz de un ángel lo llamaba desde un lugar muy lejano.

—¡Remy! Remy.

Gabrielle estaba inclinada sobre él, no quería empeorar las cosas despertándolo bruscamente. Le movía suavemente el hombro, lo llamaba en tono suave, tranquilizador, pero todo en

vano. Remy continuaba agitando la cabeza, gritando algo sobre una espada perdida y un demonio. Finalmente le cogió firmemente la cara entre las dos manos y trató de aquietársela.

—¡Remy! Despierta.

Emitiendo un fuerte rugido, él abrió los ojos, se incorporó bruscamente y se abalanzó sobre ella. El sombrero salió volando de su cabeza y aún no había alcanzado a hacer otra respiración cuando él ya la tenía tendida en la cama debajo de su musculoso cuerpo.

Unos mechones mojados le caían sobre los ojos, y su expresión era tan salvaje que a ella se le cerró la garganta de miedo. Gruñendo, él levantó el puño.

—¡No! ¡Remy, para! Soy yo.

Se encogió, preparándose para recibir el golpe. Pero entonces él detuvo el puño, a menos de medio palmo de su cara y, pestañeando desconcertado, paseó la mirada por la oscura habitación.

—¿Gabrielle? ¿Qué...?

—Tenías una pesadilla —dijo ella. Logró liberar un brazo y con la mano temblorosa le echó hacia atrás el pelo que le caía en la frente—. Sólo una pesadilla.

Jadeante, él volvió a mirarla. Ella creía conocer todas las expresiones de Remy, orgullosa, severa, tierna, e incluso esa sombría cuando estaba enfadado, pero jamás había visto tan abatido y vulnerable a ese hombre fuerte y callado. Lo abrazó y le atrajo la cabeza hacia su hombro. Él hundió la cara en su cuello, con la respiración todavía agitada.

—No pasa nada —arrulló, tratando de tranquilizarlo, como habría hecho con su hermana pequeña Miri, que tenía pesadillas con mucha frecuencia. Le acarició la cabeza, la nuca, hundiendo los labios en su pelo—. Ya pasó todo, y estoy aquí. Simplemente, tenme abrazada.

Él cerró los brazos alrededor de ella con tanta fuerza que pensó que le iba a romper todos los huesos. Pero lo abrazó con la misma fuerza, hasta que sintió que el corazón empezaba a latirle más lento y suave. Deslizó la mano por la curva de su espalda, por su piel desnuda, tratando de aflojarle la tensión en los duros músculos. Cuando bajó más la mano, la sorprendió algo que no había notado antes.

Remy estaba totalmente desnudo.

Mascullando algo incoherente, él rodó hacia un lado, se bajó de la cama y buscó a tientas en el suelo hasta encontrar sus calzas. Gabrielle se incorporó con más lentitud, tratando de hacer lo decoroso y desviar la mirada. Había tenido muchos amantes y jamás había sentido el menor deseo de mirar a ninguno.

Pero los cuerpos de esos hombres eran débiles y blandos comparados con el duro cuerpo de un hombre que había pasado su vida siendo soldado. Remy le daba la espalda mientras se subía las calzas por sus musculosos muslos y las firmes curvas de sus nalgas. No pudo dejar de mirarlo.

Remy volvió disimuladamente la cabeza para mirarla por encima del hombro. Cuando terminó de abotonarse las calzas se dirigió al lavabo y se echó agua y más agua en la cara, una y otra vez, como un hombre que intenta ahogarse. Peinándose con los dedos, fue a abrir la contraventana para sentir la brisa en su cara y pecho desnudo.

La repentina entrada de luz en la habitación deslumbró a Gabrielle; tuvo que hacerse visera con una mano para mirar a Remy. Él estaba con un brazo apoyado en el marco de la ventana, con la cara medio vuelta hacia el otro lado, para no mirarla, pero ella vio la mancha roja que le comenzó en el cuello y le subió hasta la mejilla.

Se había hecho un incómodo silencio, por lo que buscó algo que decir. Tenía que ocurrírsele algún comentario inge-

nioso para salvar la situación. Y no limitarse a quedarse sentada ahí, toda ruborizada como una tonta y virginal doncella. Enrollándose nerviosa un mechón de pelo en un dedo, dijo:

—Por el amor de Dios, Remy, no tienes por qué estar tan avergonzado. No es que yo no haya visto nunca a un hombre desnudo.

Tan pronto como salieron las palabras de su boca, hizo un mal gesto, comprendiendo que recordarle eso no era acertado.

—Eso lo sé —repuso él—. Y no es que yo tenga tanto recato. No es que me hayas visto desnudo lo que me molesta. Es... lo otro.

—¿Qué otr...?

No terminó la pregunta, porque de pronto comprendió: era que ella hubiera sido testigo de su vulnerabilidad al despertar de la pesadilla. Eso era lo que avergonzaba a Nicolas Remy hasta el fondo de su orgullosa alma de guerrero. Conocía muy bien esa sensación de desnudez que se experimenta cuando se ha mostrado demasiado lo que pasa en el corazón a un desconocido. Pero ella no era una desconocida para él. A pesar de todo lo que los separaba, seguía siendo su amiga.

Caminó hacia la ventana. Él se tensó al sentirla acercarse, y le volvió la rígida espalda. Ella le puso la mano en el hombro, con una suavidad muy rara en ella.

—Remy, todo el mundo tiene pesadillas.

—Los soldados no —contestó él, y añadió en un tono que denotaba reprobación de sí mismo—: Por lo menos si las tienen, no tiemblan como un niño llorica.

—Nadie te compararía jamás con un niño.

Le cogió el brazo y lo instó a girarse hacia ella. Finalmente él se giró, de mala gana, y a Gabrielle se le quedó atra-

pado el aire en la garganta al ver a la luz lo que no había visto antes.

Remy tenía el pecho lleno de cicatrices; algunas sólo eran finas líneas más blancas, pero otras formaban un relieve rugoso que le estropeaba la tersa piel. Tuvo que taparse la boca para sofocar un grito de horror.

A él se le tensó la boca, pero dijo en tono de broma:

—No es una visión muy bonita, ¿verdad? Me veo mucho mejor por detrás. ¿Me haces el favor de pasarme la camisa?

Gabrielle ni le oyó la petición. Remy era un hombre que había luchado en muchas batallas, y ella le había visto cicatrices que lo demostraban. Pero nada semejante a eso. Deslizó un dedo por una que destacaba más, larga y rugosa, que le bajaba desde el hombro y terminaba peligrosamente cerca del corazón. Se imaginó la espada que le dejó esa cruel cicatriz, rompiéndole la piel y el músculo. Casi sintió el filo de la hoja perforándole el hombro.

—Dios mío, Remy —musitó, abriendo las palmas sobre su pecho, deseando sentir los tranquilizadores latidos de su corazón.

—Esto no es para afligirse tanto, querida mía —dijo él ásperamente—. Sólo son marcas dejadas por unas viejas heridas.

—Son heridas de esa noche, ¿verdad? De la Noche de San Bartolomé. Y con eso estabas soñando.

—Tal vez. Cuando despierto se me olvidan los sueños.

Mentía. Ella veía el recuerdo de esa pesadilla marcado en los surcos que le enmarcaban las comisuras de la boca y en la sombría expresión de sus ojos.

—Decías algo sobre un demonio. Era un hombre al que no le veías la cara, un hombre al que no querías ver. ¿Quién era?

—No tengo ni idea. Sólo fue un sueño, un sueño tonto.

—Pero...

—Olvídalo.

Gabrielle reconoció ese tono terminante, como cuando a uno le cierran la puerta en la cara, porque eso lo hacía ella con frecuencia, para proteger esas partes heridas de su corazón, pero nunca había experimentado lo terrible que es ser la que queda fuera.

Le acarició el pecho con las dos manos, como si quisiera borrarle las cicatrices y al mismo tiempo hacerle desaparecer los recuerdos dolorosos. Notando que él se estremecía, continuó la temeraria exploración, olvidadas ya las cicatrices y cada vez más consciente de él, de los contornos de su pecho y sus brazos, de los potentes y bien esculpidos músculos, del suave y fino vello dorado que le desaparecía bajo la cinturilla de las calzas.

Oyó la respiración de él más rápida y comprendió que el rubor que le subió a la cara ya no tenía nada que ver con vergüenza.

«Podría llevarlo a mi cama, seducirlo», le había dicho a Catalina. La consternó comprender que eso no había sido una simple fanfarronada. Qué fácil sería cumplir esa promesa, tanto más cuanto que deseaba a Nicolas Remy como no había deseado a ningún hombre desde hacía mucho tiempo; tal vez nunca. Ese pensamiento le produjo el conocido terror, y sintió miedo de mirarlo a los ojos.

Pero se obligó a mirarlo y vio que él la estaba mirando fijamente, y que el sutil asomo de barba que le oscurecía la mandíbula le daba un aspecto peligroso a su cara. Pero lo que la desconcertó fue su expresión sombría, cavilosa. Estaba excitado, eso era evidente, pero su excitación estaba moderada por el recelo.

Él le cogió las muñecas y le apartó las manos de su pecho.

—¿Qué haces aquí, Gabrielle? ¿Cómo entraste?

Ese no era el saludo que había imaginado después de ayudarlo a ver a Navarra esa noche. No esperaba que él le manifestara gratitud, pero pensó que habían llegado a una especie de tregua, que él podría sentir un poco más de confianza en ella. Aunque en realidad él no tenía ningún motivo para confiar, pensó, recordando su pacto con Catalina.

Se liberó las manos y se las cogió a la espalda casi en actitud culpable.

—Entré como se entra normalmente, por la puerta. La puerta que no cerraste con llave.

—La cerré, pero la maldita cerradura está estropeada; no siempre funciona.

—Entonces te recomiendo que la hagas reparar. Porque he notado que aún no me has hecho la pregunta más importante.

—¿Y esa sería...?

—Cómo supe dónde encontrarte.

—¿Cómo lo supiste?

—Catalina me dio muy amablemente tu dirección, como también el nombre falso que diste cuando alquilaste la habitación. Te hizo seguir cuando saliste del palacio anoche.

Remy recibió esa información con increíble sangre fría; su agitación sólo la delató el músculo que se le tensó en la mandíbula. Se agachó a recoger la camisa blanca de lino y se la pasó por la cabeza.

—Entonces la Reina Negra sabe...

—Lo sabe casi todo —interrumpió ella—. Nos hizo espiar y sabe muy bien lo de la entrevista que te conseguí con Navarra.

Remy metió los brazos en las mangas y se encogió de hombros. Después de la infernal noche que había pasado

preocupada por él, aterrada pensando que lo matarían, su calma era enloquecedora. Furiosa se plantó ante él con las manos en las caderas.

—¡Remy! ¿Has oído lo que he dicho? Catalina lo sabe. No puedes arriesgarte a seguir en París ni un solo día más. Sería mejor que estuvieras a muchas leguas de aquí.

—¿Mejor para quién? —replicó él—. Si la Reina Negra lo sabe todo, ¿por qué no estoy muerto? O al menos arrestado. Y tú también.

Porque le empeñé mi alma y la tuya, se dijo ella, pero contestó:

—Mmm, no lo sé. Creo que logré convencerla de que ya no eres ningún peligro para sus intereses.

—Mucho ingenio habrás necesitado para convencerla —dijo él, mirándola desconfiado—. ¿Cómo lograste convencerla?

—Soy buena para mentir. Además, si te convirtiera en mártir por segunda vez, eso agravaría las tensiones entre católicos y hugonotes. Catalina encuentra que le ha salido muy cara la guerra civil. Es posible que desee que vuelvas a la corte para poder tenerte vigilado. Estarías a salvo, pero sólo por un tiempo.

Mientras ella convenciera a la Reina Negra de que lo tenía hechizado, controlado y en su cama. Pero ya se imaginaba la reacción de Remy si le decía eso. Por lo tanto, le tendió la mano en gesto de súplica:

—Vamos, Remy, por favor, no es posible que no te des cuenta de lo peligroso que es que te quedes. Tienes que marcharte. Ya.

—Agradezco tu preocupación —dijo él secamente, sin hacer caso de su mano extendida—. Pero me quedaré y continuaré corriendo mis riesgos.

Diciendo eso pasó por su lado y continuó vistiéndose, ajustando los lazos de su camisa. Gabrielle dejó caer la mano al costado, desalentada. Cuando se separaron esa noche en la escalera de atrás del palacio creyó que había algo cercano al viejo afecto entre ellos. Pero esa mañana él tenía una actitud cortante, incluso un poco hostil. Creía saber el motivo. Seguro que no logró convencer a Navarra de intentar escapar. Eso no la sorprendía mucho. A pesar de su indolencia, Enrique era un hombre astuto, pragmático, que había logrado sobrevivir todo ese tiempo gracias a no exponerse jamás a riesgos innecesarios.

Que Enrique continuara en Francia era exactamente lo que ella deseaba, para llevar a cabo lo que ambicionaba. Pero descubrió que no podía alegrarse por el fracaso de Remy. Sin duda Remy deseaba que Navarra fuera un segundo rey Arturo, que estuviera imbuido por el valor y los ideales de ese monarca legendario, que fuera un hombre al cual poder servir y seguir hasta la muerte, tal como en otro tiempo se imaginó que ella era perfecta, intachable y casta.

Encontraba pasmoso que un soldado como Remy, que tanto había visto de la fealdad del mundo, de la brutalidad de la guerra, pudiera continuar manteniendo conceptos tan elevados del honor y esperara que los demás hicieran lo mismo. Ese era su rasgo más entrañable e irritante a la vez, y la hacía desear estrecharlo en sus brazos para protegerlo de las decepciones que sin duda sufriría.

Aunque dudaba mucho de que él aceptara simpatía o compasión de parte de ella respecto al asunto, le dijo dulcemente:

—Por tu actitud deduzco que tu entrevista con Navarra no fue bien. No lograste persuadirlo de huir de aquí.

Remy se miró la mandíbula sin rasurar en el pequeño espejo trizado del mueble palanganero.

—Aceptó.

—¡¿Qué?!

—Navarra aceptó que yo le organizara la huida, pero sólo con ciertas condiciones, todas ellas, lógicamente, relativas a ti. —Giró la cabeza lo suficiente para mirarla resentido—: Te felicito. Lo tienes totalmente hechizado. No volverá a Béarn mientras yo no encuentre la manera de llevarte con nosotros.

—Eso no ocurrirá jamás —dijo Gabrielle secamente, ya recuperada de la sorpresa—. Ya te dije que mi futuro está aquí en París. Y el de Enrique también.

—Pues resulta que Enrique tiene sus propios planes para tu futuro. Quiere encontrarte un marido.

—¡Un marido!

—Sí, tiene la maldita idea de que su romance contigo será más respetable si encuentra a un pobre borrachín dispuesto a casarse contigo. Un legítimo amo y señor que tenga dominio sobre ti y te obligue a hacer lo que el rey desea. Navarra cree que un marido podría ordenarte a dejar París con él.

Gabrielle soltó una maldición y comenzó a pasearse, agitada, por la pequeña habitación. Como si no tuviera ya bastante complicada la vida entre intentar impedir que Remy se hiciera matar y eludir a las traicioneras víboras de la corte y las tretas de la Reina Negra, ahora a Navarra se le metía esa estúpida idea en la cabeza.

No era insólito que algún señor aceptara hacerse cargo de una amante del rey casándose con ella, bien recompensado con tierras, riquezas y títulos. Pero ella no tenía el menor deseo de cargarse con un bobo cortesano como marido.

—Fantástico —masculló—. ¿Y dijo Enrique por casualidad qué pobre borrachín tiene pensado para mí?

Remy cogió su navaja del mueble, aunque por la forma como la miró, ella no supo si estaba pensando en rasurarse o en cortarse el cuello con ella.

—Yo. El rey quiere que yo me case contigo.

Gabrielle lo escuchó en pasmado silencio, segura de que él no podía decir eso en serio. Pero era evidente que sí lo decía en serio. Tuvo que reprimir el loco deseo de echarse a reír como una histérica ante esa ironía. Más o menos al mismo tiempo en que ella le prometía a Catalina seducirlo, Navarra le ordenaba a él casarse con ella.

Pero una mirada a la lúgubre expresión de Remy le quitó el deseo de reír. Con razón estaba tan tenso con ella; su actitud era la de un hombre a cuyo escudo familiar le han arrojado lodo. La proposición de que se casara con una mujer manchada como ella debió considerarla un insulto intolerable. Y que eso fuera así le dolía más de lo que estaría dispuesta a reconocer. Pero agitó la cabeza y alzó el mentón en gesto orgulloso.

—¿Tú casarte conmigo? Qué ridiculez. Sin duda rehusaste, con la debida indignación.

Remy guardó silencio y desvió la mirada.

—Te negaste, ¿verdad? —Al ver que él continuaba en silencio, insistió—: ¿Remy?

Él dejó la navaja en el mueble y dijo bruscamente:

—No. Acepté. Le prometí casarme contigo.

Gabrielle se quedó boquiabierta. Pasado un momento en que fue incapaz de hablar, exclamó:

—¿Estás totalmente loco? ¿Entiendes la naturaleza del arreglo que propone Navarra?

—Ah, sí que lo entiendo, demasiado bien.

—Entonces, ¿por qué diablos consentiste?

Remy la miró con una expresión en que ella vio frustración y otra emoción que no logró interpretar.

—¿Por qué diablos crees que acepté?

—No tengo ni idea.

—Porque... —Remy le dio la espalda y se miró atentamente la cara en el espejo, con las mandíbulas apretadas—. Porque mi rey me lo ordena. Por eso, maldita sea.

Gabrielle tragó saliva. Tal vez en otro tiempo Remy podría haber tenido otro motivo para desear casarse con ella, antes de saber la verdad sobre ella, antes de saber qué era. Pero ahora... ¿qué había esperado que dijera? De todos modos, pensar que él la aceptaba movido por su infernal sentido del deber, la hería y enfurecía más que si la hubiera rechazado de plano.

—Vaya, qué súbdito más leal eres, capitán —dijo glacialmente—. Dispuesto a arrojarte sobre tu espada por tu rey o a casarte con su querida. Para ti es lo mismo lo uno o lo otro, ¿verdad?

Remy acusó el sarcasmo, pero contestó:

—Tú fuiste, Gabrielle, la que insistió en que debía aceptar la decisión del rey, fuera cual fuera.

—Me refería a su decisión sobre tus planes para ayudarlo a escapar, no a un absurdo arreglo matrimonial.

—Eso no tiene por qué perturbarte tanto. Después de todo, son dos las personas que han de consentir para que haya compromiso de matrimonio.

Gabrielle lo miró fijamente. Así que eso era lo que esperaba, que ella se negara, y entonces él quedaría liberado de un deber que evidentemente encontraba desagradable. Pues bien, que la colgaran antes que ponérselo tan fácil.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo, obligándose a esbozar una débil sonrisa—. A mí me parece buena idea.

Esperó la reacción de Remy, imaginándose una de espanto y consternación. Pero él continuó en una postura de estoica resignación, con la espalda tan rígida como si tuviera la columna hecha de hierro y no de vértebras. Sin duda esa era su

postura justo antes de una batalla, cuando estaba mirando las bocas de los cañones enemigos. Resuelta a provocar una reacción en él, continuó:

—Siempre conviene tener una cierta seguridad por otro lado, para el caso de que el rey se cansara de mí. Aunque yo no permitiré que ocurra eso. —Sintió una salvaje satisfacción al ver cómo apretaba él los labios—. El matrimonio será conveniente para ti también, porque seguro que Navarra te va a recompensar pródigamente. Casarte conmigo debería merecerte una propiedad y un título, como mínimo. ¿Te contentarás con el título de caballero, o esperas una baronía?

—Gabrielle...

Aunque el tono de él le aconsejaba callarse, sólo consiguió volverla más temeraria.

—Piénsalo... todos esos años de fiel servicio, arriesgando tu vida en el campo de batalla, y lo más que has conseguido es un título de capitán. Lo que realmente tenías que hacer era dar el honor de tu apellido a la puta del rey.

—Gabrielle, basta —gruñó él.

Si le hubiera quedado un vestigio de prudencia, se habría callado, porque ya conocía de antes el mal genio del Azote, pero estaba tan furiosa y herida que no le importó. Se le acercó más.

—¿Cómo quieres que sellemos nuestro compromiso, capitán? ¿Con un apretón de manos como dos comerciantes al firmar un contrato? ¿O preferirías un beso?

Le echó los brazos al cuello y lo miró desafiante. A él se le oscurecieron los ojos y masculló una maldición en voz baja. Gabrielle se imaginó que la iba a apartar de un empujón, pero él bajó la cabeza y aplastó la boca en la de ella con un frenesí que le pareció que todo el cuerpo se le quedaba sin aire. Su

primera reacción ante ese asalto fue tensarse, pero al instante le correspondió el beso con igual violencia, hasta que eso ya no fue un beso sino una guerra entre ellos, un feroz combate de labios, un acalorado duelo de lenguas.

Remy no le dio respiro, estrechándola contra su cuerpo duro y firme. La llevó hacia la cama. Ella no supo si él la arrojó sobre la revuelta manta o fue ella la que se lanzó allí atrayéndolo con ella. Cayeron sobre la estrecha cama, enzarzados en una andanada de besos y manos frenéticas. Implacable, Remy le soltó los lazos del corpiño y se lo bajó por un hombro; cuando dejó desnudo un pecho ahuecó la callosa mano sobre él. Gabrielle contraatacó metiendo las manos por debajo de la camisa y enterrándole las uñas en la suave piel de la espalda.

Emitiendo un ronco gemido, él le dejó una estela de besos desde el cuello al pecho, abrasándole la sensible piel con la mandíbula sin rasurar. Le cogió el pezón con la boca, succionándoselo y tironeándoselo con los dientes, hasta que a ella se le escapó un ronco gemido, su furia apagada en la corriente más oscura del deseo. Ese era el tipo de pasión que tenía miedo de experimentar desde hacía mucho tiempo, esa pasión intensa, ansiosa, descontrolada.

Remy se acomodó entre sus muslos. A través de los pliegues de tela del vestido, ella sintió la dureza de su miembro excitado presionándole el centro de su sexo, y se apoderaron de ella los conocidos revuelos del miedo. Se puso rígida.

—Remy, por favor...

Él sofocó la súplica volviéndola a besar ardientemente, instándola con la boca a rendirse. Cambió de posición y comenzó a levantarle la falda. El miedo de Gabrielle se convirtió en terror. De pronto ya no era la angulosa cara de Remy la que veía, sino la cara lasciva de Danton.

—¡No! —chilló, encogiéndose y debatiéndose, tratando de apartarlo—. ¡Para!

Sin darle un instante para reaccionar, comenzó a golpearlo frenética, desesperada por liberarse.

Con el corazón desbocado se preparó para sentir sus brazos cruelmente aplastados encima de la cabeza y luego el lacerante dolor de su conquista. Pero él se quedó inmóvil encima de ella, afirmándose en los codos. Pasado un momento, rodó hacia un lado, liberándola. Entonces se aclaró su borrosa cara y volvió a ser la cara limpia de Remy, sus surcos, sus ojos oscurecidos por el deseo frustrado y la confusión. Él se bajó de la cama y se alejó, con el pecho agitado, tratando de dominar su pasión.

Gabrielle se sentó lentamente, sintiendo arder las mejillas de vergüenza por ese ataque de histeria. Remy no era Danton. En su corazón sabía que Remy jamás intentaría tomar a una mujer por la fuerza, y eso sólo hacía más irracional su reacción.

Le tembló la mano al subirse el corpiño sobre el hombro. No se atrevía a mirarlo, comprendiendo que él tenía que considerarla la mujerzuela más despreciable, que lo tentó hasta llevarlo al límite, para luego rechazarlo. ¿Cómo la llamó Danton ese terrible día? Una putita tramposa.

Remy tenía que estar furioso con ella, y tenía todo el derecho a estarlo. Pero cuando él habló, su voz tenía más de desesperación que de furia.

—No te entiendo, Gabrielle. ¿Tan repugnante soy? Al parecer estás dispuesta a hacer el amor con cualquier hombre de París. ¿Por qué no conmigo?

—¿Hacer el amor? ¿Eso es lo que crees que hago? —Emitió una risita hueca—. Sobrevivo. Aguanto. De la única manera que puedo tolerar acostarme con un hombre es hacer los

movimientos y simular mientras me imagino que estoy en otra parte.

Y eso no podría hacerlo jamás con Remy. Él no era el tipo de hombre con el que una mujer puede imaginarse que está en otra parte. Él la haría desearlo, ansiar, arder por él, pero al final ella quedaría igualmente destrozada por sus horribles recuerdos de Danton.

Remy la estaba mirando ceñudo, con una intensidad que daba a entender que esperaba que ella continuara explicando. Pero ella consideró que ya había dicho demasiado. Ocupó las manos en arreglarse los lazos del corpiño, dejándolos convertidos en un enredo. Se tensó al verlo acercarse.

—Sólo quería ayudarte a arreglarte el vestido —dijo él, retrocediendo.

—Bueno, no me ayudes. Los dos estamos en peligro de olvidar que nuestro compromiso es sólo de nombre. Voy a pertenecer a tu rey, así que es mucho mejor que nunca más vuelvas a tocarme.

—Muy bien. Lo... lo prometo. No volveré a tocarte.

En lugar de tranquilizarla, esa promesa le produjo un irracional deseo de echarse a llorar. Cuanto antes se marchara de ahí, mejor. Atándose de cualquier manera los lazos, buscó la pamela de paja que se le había caído. La encontró metida entre el pie de la cama y la pared, junto con otras prendas que Remy había tirado ahí esa noche. Cogió la capa azul medianoche de forro rojo, la dobló bien y se la pasó.

—Deberías cuidar mejor esto. El satén no es fácil de limpiar, y esta capa debió costarte un dineral. ¿De dónde...? —Se interrumpió, al ocurrírsele una idea horrorosa—. Dios mío, Remy. Tú y ese amigo tuyo, Lobo, el ladrón. ¿No habrás...? ¿No habrás...?

—¿Robado bolsas y asaltado a viajeros inocentes? No.

Él continuaba mirándola caviloso. Dejó la capa en la cama, como si no pudiera importale menos lo cara que le costó.

—Entonces, ¿de dónde sacaste el dinero? —insistió ella, inquieta.

—Alquilé mi espada a algunos barones ingleses.

—Trabajaste de mercenario. Para los ingleses.

Remy siempre había asegurado que detestaba la guerra, que sólo luchaba en defensa de su país, de sus paisanos. Descubrir ese desacuerdo con sus ideales la preocupó más incluso que la pérdida de su inocencia.

—Comprendo. O sea, que no soy la única que se ha vendido.

Remy se sonrojó.

—Nunca consideré mis actividades bajo esa luz. Necesitaba dinero para ayudar a mi rey, y por desgracia luchar como soldado es lo único para lo que soy bueno.

—Igual que seducir a hombres es lo único que yo....

—No digas eso. No digas eso nunca.

Diciendo eso él levantó las manos para cogerle los hombros, pero detuvo el movimiento, al parecer recordando su promesa. Con los ojos oscurecidos por la frustración, cerró los puños y los mantuvo rígidos a los costados.

—Condenación, Gabrielle, ¿no puedes olvidar esa maldita tontería de convertirte en la querida de Navarra? Vámonos de París. Ahora mismo. Déjame que te lleve de vuelta a la isla Faire.

Ese inesperado ofrecimiento la sorprendió más que todo lo demás. Pensó que no era posible que él hablara en serio, pero nunca lo había visto más serio que en ese momento.

—Pero... ¿para qué iba a querer volver a la isla Faire? —preguntó, vacilante.

—Porque ahí es donde te corresponde estar. Ese es tu hogar.

Hogar. Remy no tenía idea de las imágenes que le evocaba con esa palabra. La acogedora casa señorial en medio del valle, el humo saliendo lentamente en espirales por la chimenea, la fresca brisa que entraba por la ventana de su dormitorio y agitaba las cortinas, trayendo con ella el olor del mar y los dulces aromas del jardín de hierbas de Ariane. O cuando corría con Miri por las frescas y misteriosas sombras del bosque, o cuando estaba sentada junto al hogar mientras Ariane la peinaba deshaciéndole pacientemente los nudos formados en su pelo.

Las imágenes fueron tan nítidas, tan reales, como si las hubiera pintado de memoria cuando tenía su magia con toda su fuerza, como si las hubiera conservado en las hojas de su cuaderno de apuntes, el cuaderno que cerrara para siempre.

—No puedo ir a casa —dijo, con la voz ronca—. Ariane... Ariane no me querría allí. Nunca me perdonará que me haya venido a París, ni las cosas que he hecho.

—Por supuesto que te perdonará. Es tu hermana. Te perdonará cualquier cosa.

—Y ¿tú? ¿Tú podrías perdonarme? —le preguntó, escrutándole la cara—. Si me llevaras de vuelta a la isla, ¿te quedarías allí conmigo?

Remy guardó silencio, pensando la respuesta, pero no tenía por qué contestar. El pesar que veía en sus ojos le decía todo lo que necesitaba saber. Le dio la espalda, recogiendo los trocitos de su orgullo.

—No te preocupes. Gracias por tu amable ofrecimiento, capitán, pero debo declinar. No busco absolución ni una manera de volver a casa. Estoy muy feliz donde estoy.

—Gabrielle...

Hizo como que no había oído, temiendo que una sola palabra más le quebrara el control de hielo que estaba ejer-

ciendo sobre sus emociones. Calándose el sombrero, se dirigió a la puerta.

—Tengo que irme. —Logró dirigirle una tranquila sonrisa de despedida—. Y tú deberías buscar un buen cerrajero.

Remy sacó más la cabeza por la ventana, alargando el cuello para ver a Gabrielle que ya se iba perdiendo de vista entre la multitud de gente que transitaba por la calle. Incluso vestida con ese viejo vestido y sombrero de paja, su porte y su andar eran los de una duquesa, y las demás mujeres se apartaban instintivamente para dejarle paso, mientras los hombres... los hombres casi se rompían el cuello volviéndose a mirarla, con franca admiración, y miradas lascivas.

Por mucho que esas miradas lo hicieran desear romper unos cuantos cráneos, no podía dejar de comprender la reacción de esos hombres a su sensual belleza. Si todavía le vibraba el cuerpo de deseo, con una dolorosa necesidad; podría golpearse los puños en la pared de pura frustración. O mejor aún, la cabeza. ¿Por qué se quedó ahí como un maldito idiota y la dejó marcharse de esa manera?

¿Por qué no fue más rápido para contestar sus preguntas? ¿Podría perdonarla? ¿Estaría dispuesto a llevarla de vuelta a la isla Faire? ¿Podría olvidar la misión que lo trajo a París y quedarse allí con ella?

Ah, ese era el problema, la parte con que había tropezado y seguía tropezando todavía. Desde la Noche de San Bartolomé, lo único que lo había sostenido, mantenido cuerdo, era su misión de rescatar a Navarra. Había sido soldado toda su vida, sin hogar, sin familia. Su deber y su honor eran lo único que tenía, y temía que ya había comprometido eso último.

Le dolió cuando Gabrielle lo acusó de venderse, pero ella tenía razón. Había vendido su honor por oro inglés, y ahora empaquetaba el resto consintiendo en cumplir la repugnante orden de Navarra. Ser marido de Gabrielle, pero sin serlo. Ponerse los cuernos incluso antes de la boda.

Mientras veía desaparecer a Gabrielle en medio de la multitud, seguía oyendo ecos de su asombrosa pregunta: «Entonces, ¿por qué diablos consentiste?»

Se apoyó cansinamente en el alféizar. Su deber. Esa fue la respuesta que le dio a Gabrielle, e incluso logró convencerse de que ese era el motivo, hasta que despertó esa mañana y la encontró en su habitación.

Rechinó los dientes. Si Gabrielle tenía que venir a verlo sin anunciarse, ¿por qué no vino ataviada con uno de sus vestidos elegantes, en todo su esplendor y poder? ¿Por qué tuvo que presentarse toda dulce y amable, consolándolo por la pesadilla, aliviando su magullado orgullo? Cuando le acarició las feas heridas sin encogerse y lo miró con esos ojos azules tan dulces y tristes, le recordó a la jovencita que había llenado sus sueños durante mucho tiempo, a la Gabrielle de esos días en la isla, la que ella aseguraba que no existía.

Entonces comprendió que no fue su sentido del deber lo que lo hizo prometer casarse con ella. Aceptó porque la deseaba más de lo que había deseado a cualquier otra mujer en toda su vida. Temió que si no aceptaba, el rey la entregaría a otro. Y eso no podría soportarlo; no soportaba ni imaginarse a Gabrielle como la mujer de otro hombre, de un cabrón sin escrúpulos que sólo se casaría con ella por trepar él, un hombre que ante Dios le prometería amarla, respetarla, protegerla, cuidarla, siendo todas sus palabras mentira.

¿Y tú lo harías?, se burló una voz en su interior. ¿Como la respetaste y protegiste hace unos momentos? Miró hacia

la cama desordenada y se encogió de vergüenza recordando cómo la arrojó en la cama y estuvo a punto de romperle el vestido. Nunca había tenido mucha sutileza como amante; sólo había tenido relaciones sexuales con mujeres de las que acompañaban a los soldados en los campamentos, mujeres voluptuosas, duras, rápidas; una fugaz satisfacción mutua de la lujuria.

Muchas veces se había imaginado que sería diferente si alguna vez tenía la suerte de llevar a Gabrielle a su cama, que le haría el amor lenta, tiernamente, avasallando con suma delicadeza su recato de doncella.

¿Recato? Sonrió irónico al recordar el ardor con que ella lo besó, enterrándole las uñas en la espalda, con la misma pasión que él. Al menos al comienzo, hasta que apareció ese repentino miedo en su cara. No, era más terror que miedo el que sentía cuando le chilló que parara, y luego lo golpeó, como si temiera que él no fuera a parar. Como si de verdad creyera que él podría intentar forzarla.

Frunció el ceño al recordar cómo le temblaban las manos cuando se subió el hombro del corpiño, y cómo le tembló la voz.

«¿Hacer el amor? ¿Eso es lo que crees que hago? Sobrevivo. Aguanto. De la única manera que puedo tolerar acostarme con un hombre es hacer los movimientos y simular mientras me imagino que estoy en otra parte.»

En ese momento no parecía en absoluto una hábil cortesana. La angustiada expresión que vio en sus ojos le trajo el recuerdo de la desolación que había visto en las caras de otras mujeres después de una batalla o un asedio, en que habían salvado la vida, pero perdido el alma. Mujeres brutalmente violadas por soldados embriagados por la sed de sangre.

¿Sería posible que a Gabrielle la hubieran...? Esa sola idea le revolvió el estómago de furia. Si llegaba a ponerle las ma-

nos encima al cabrón, lo haría picadillo, hasta que suplicara que lo matara. Se le cerraron las manos como si ya las tuviera alrededor del cuello del bellaco. Tuvo que obligarse a aflojarlas, a relajarse. Por todo lo que sabía, ese hombre no existía, y a Gabrielle no le había ocurrido nunca nada. Tal vez estaba dejando que se le descontrolara la imaginación.

Pero de una cosa estaba seguro que no se la había imaginado. Declarara lo que declarara, Gabrielle se sentía terriblemente desgraciada en su vida como cortesana y con ese supuestamente glorioso futuro que planeaba como querida de un rey. Necesitaba que la rescataran más de lo que lo necesitaba su rey.

Pero siempre habría un impedimento importante para salvarla, que era la propia Gabrielle. ¿Cómo demonios empieza un hombre a hacer de caballero andante con una mujer que jura que no desea que la salven?

14

Gabrielle iba caminando por la transitada calle todavía atolondrada por su encuentro con Remy. Ya hacía rato que la había abandonado el obstinado orgullo que le permitió salir por la puerta con el mentón muy en alto. Cuando chocó de cabeza con una rolliza señora, esta la pinchó con la esquina de su cesta de la compra.

—¿Qué te pasa, jovencita? —gruñó, pasando por un lado—. Vale más que bajes la cabeza de las nubes y te fijes en lo que haces.

Gabrielle se disculpó, pensando «¿Que te fijes en lo que haces?» Pues ya era demasiado tarde para eso. Acababa de aceptar casarse con Nicolas Remy, simplemente para desafiarlo.

Pero eso no ocurriría, se dijo para tranquilizarse. La próxima vez que lo viera le diría que no tenía la menor intención de continuar con esa farsa, y que él y su rey podían irse al infierno. Claro que una parte triste de ella no paraba de pensar cómo sería ser la esposa de Remy si las cosas fueran distintas. Si no hubiera existido un Danton ni un Navarra ni una Reina Negra.

Se habría casado en la isla Faire, llevando un sencillo vestido de suave tela azul hecho por las tejedoras de la isla. Ariane le habría adornado amorosamente el pelo con una guirnalda de flores mientras Miri bailaba alrededor sin poder contener

su entusiasmo. Aunque ella era hija de un caballero católico y Remy era hugonote, no habrían importado esas diferencias religiosas en la isla. Habrían hecho sus promesas en el claro del bosque detrás de Belle Haven, sellándolas con un tierno beso.

Ella le habría hecho a Remy un regalo de bodas, una vaina para la espada en que habría grabado dragones echando fuego por las fauces para recordarle el día en el bosque en que él simuló que era su caballero. Y esa noche, cuando le entregara su virginidad, él sería paciente y amable. Su deseo mutuo habría sido hermoso...

—Vamos, despierta, Gabrielle —se dijo enérgicamente—, déjate de sueños idiotas.

¡Maldito Nicolas Remy! Antes que él reapareciera en su vida como un estallido, por lo menos estaba segura de sus ambiciones y de su destino. Él la enredaba, la confundía, haciéndola desear cosas que ya había perdido: su hogar, su inocencia, su magia, su amor.

¿Su amor? ¿Su amor por Remy?

Se detuvo bruscamente en medio de la calle. Un mercader que venía a caballo se limitó a soltar una maldición. Gabrielle saltó hacia un lado y se aplastó contra la pared de una tienda. Tenía acelerado el corazón, pero no tanto por salvarse por un pelo de que la pisoteara el caballo sino por ese pensamiento que ya no podía desechar.

Estaba enamorada de Remy.

No, le tenía afecto. Lo consideraba un amigo, nada más.

Eres fatal para mentir, le dijo una voz en su interior. Has estado enamorada de él desde aquel día en que se arrodilló a tus pies y juró protegerte eternamente.

Negó con la cabeza, deseando negarlo. ¿Cómo podía estar enamorada de un hombre que...? Que era el sueño dorado de toda mujer por su valentía y caballerosidad, un hombre tan

seguro de su fuerza que no temía ser amable. Un hombre cuya honradez brillaba como armadura bruñida en medio de la corrupción que veía ella en la corte. Un hombre que se esmeraba en cumplir las promesas que hacía, un hombre que, a diferencia de su padre, siempre sería fiel y estaría presente para su mujer y su familia.

A no ser, claro, que eso estuviera en conflicto con su deber para con su rey. Le convenía recordar eso, pensó, si no, la aplastaría el pesar por lo que no podría ser jamás. No era una mujer conveniente para Remy, no era la dama dulce, paciente y buena que él se merecía. Ella era mordaz, dada a los arranques de genio, cínica, sinuosa, tenía la virtud manchada sin esperanzas de redención.

Pero ni siquiera saber eso le impidió enamorarse de él. Cerró los ojos cediendo a la desesperación, pero se recuperó enseguida, agitando enérgicamente la cabeza. Sólo había una cosa que podía hacer por Remy, mantenerlo a salvo, lo cual significaba que debía alejarlo de ella todo lo posible.

Mientras tanto, tendría que convencer a Catalina de que ya había logrado seducirlo. No permitiera Dios que la Reina Negra llegara a adivinar cómo ella, la famosa cortesana, quedó absolutamente hecha polvo ante las caricias de Remy. Y tendría que trabajarse a Navarra. Si bien era el más acomodadizo de los hombres, de tanto en tanto Enrique se acordaba de que era rey y sabía ser tremendamente obstinado cuando se le metía una idea en la cabeza.

Tendría que encantar a Enrique para que olvidara su idea de casarla con Remy, para impedirle que participara en el peligroso plan de huida de Remy, convencerlo de que le ordenara a Remy marcharse de París.

—Ay, Dios, Ariane —gimió desolada—, en qué lioso desastre se me ha convertido la vida.

Deseó más que nunca poder acudir a Ariane y contarle todo. Su hermana tenía una manera tan tranquila, tan clara, de ver las cosas; una sabiduría que ella nunca había apreciado bien, hasta esos momentos. Pero no le veía ningún sentido a desear lo imposible, ya fuera el amor y el perdón de Ariane o de Remy.

Exhaló un largo suspiro, sintiéndose más sola que nunca en su vida. Necesitaba angustiosamente hablar con otra persona, de preferencia una mujer sabia. Y sólo había una persona en París a la que casi podía llamar amiga.

La Casa del Espíritu era muy diferente a la luz del día; no se veía tan tenebrosa ni siniestra como triste y descuidada. Esta vez no fue Cerbero el que la recibió con un gruñido sino Finette.

La criada le saltó encima tan pronto como puso un pie en el ruinoso salón vestíbulo. Con los brazos cruzados sobre su flaco pecho, le cerró el paso gruñendo ceñuda.

—¿Qué hace aquí? A la señora Cass no le gustan las visitas inesperadas.

Gabrielle procuró disimular la repugnancia que sentía por la criada de Cassandra. Finette era una mujer de cara angulosa, sucia, y de ojos astutos. Su enredado pelo rubio daba la impresión de no haber sido lavado desde hacía un año por lo menos, y también su piel. Las arrugas de sus muñecas y cuello estaban permanentemente negras de mugre, y su manchada falda marrón desprendía un olor agrio a sudor y desaseo.

—Sé que no le gustan las sorpresas —dijo—, pero si vas a decirle que he venido...

—¡No! Ya tuve problemas por decirle a usted lo de la nigromancia. No voy a correr el riesgo de que se enfade otra

vez. Además, la señora no se encuentra en estado de ver a nadie.

A los oídos de Gabrielle llegó un sonido procedente de la habitación subterránea, un inconfundible gemido.

—¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

Finette se encogió de hombros y se metió la mano por debajo del lacio pelo para rascarse la nuca, pero su sonrisa burlona le dijo a Gabrielle todo lo que necesitaba saber. Cassandra había vuelto a beber.

Ay, Cass, pensó, sin saber si sentir lástima o frustración por ese destructivo hábito. Sonó otro gemido, esta vez más fuerte, seguido por un lastimero gemido de Cerbero. Haciendo a un lado a la huesuda criada, se dirigió resueltamente al armario que ocultaba la puerta secreta. Finette le cogió el codo.

—Pare ahí. La señora Cass intentará desollarme viva si le permito...

Finette se interrumpió con un grito, porque Gabrielle le apartó la mano con un fuerte golpe.

Pasó las manos por los estantes buscando a tientas hasta encontrar la palanca que abría la puerta. Cuando el armario se movió con un crujido, no vaciló, se lanzó por la oscura escalera, con Finette detrás pisándole los talones y regañándola. Cuando se asomó a la habitación, la luz de una sola vela le reveló a Cassandra caída en el suelo junto a la cama. Medio sentada en el suelo con las piernas dobladas, tenía apoyada la cabeza en la cama, su cara oculta por la mata de pelo negro. Cerbero estaba a su lado, pisándole la falda, tratando de hocicarle la cara.

Cuando el perro vio a Gabrielle ladró varias veces, pero no amenazante. Empezó a gemir, paseándose entre Cassandra y ella. No podría haber pedido ayuda con más claridad si hu-

biera sabido hablar. Gabrielle corrió a arrodillarse al lado de la joven, y a punto estuvo de caerse de bruces al tropezar con la botella vacía.

—¿Cass? —la llamó suavemente.

Tuvo que hacer a un lado a Cerbero para poder levantarle la cabeza y echarle hacia atrás el pelo. Cassandra apestaba a licor fuerte. Tenía la cara pálida como un muerto, y unas profundas ojeras le circundaban los ojos sin vista.

Antes que Gabrielle pudiera impedírselo, Cerbero saltó a lamerle la cara. Mascullando una maldición Cassandra giró la cabeza hacia el otro lado.

—¡Échate!

La orden le salió con voz estropajosa, pero Cerbero obedeció; se echó, emitiendo otro ronco gemido. Aunque le costó muchísimo esfuerzo, Cassandra le pasó torpemente las manos por la cara a Gabrielle, tratando de reconocer los rasgos.

—¿Helene? ¿Errres tú?

Finette estaba detrás de Gabrielle con cara hosca, pero al oír la pregunta de Cassandra emitió una risita aguda.

—Ay, Señor, cree que usted es su hermana muerta.

Gabrielle logró cogerle las manos a Cassandra.

—No, Cass, soy yo, Gabrielle.

—¿Gab... Gabliel? —balbuceó Cassandra, apoyándose en su hombro, convirtiéndose nuevamente en peso muerto.

Tratando de impedir que la joven cayera de bruces al suelo, Gabrielle miró a Finette furiosa.

—¿Cómo puedes permitirle que se ponga en este estado?

La sonrisa burlona de la criada se convirtió en un morro.

—Nadie le permite hacer algo a Cassandra Lascelles, y si usted fuera su amiga, como asegura, lo sabría.

—Ayúdame a ponerla en la cama —ladró Gabrielle.

—Cuando la señora se pone borracha perdida no le importa mucho dónde se acuesta.

Bastó otra feroz mirada de Gabrielle para que la mujer se acercara arrastrando los pies a obedecer.

A pesar de lo delgada y ligera que era Cassandra, les resultó difícil levantarla; la tarea la dificultaba más aún Cerbero, con sus renovados esfuerzos por despertar a su ama. Pero con la ayuda de Finette, finalmente logró tenderla en la cama. Finette emitió otra de sus irritantes risitas.

—El otro día la señora se escapó sola a la taberna y creyó que había encontrado un buen espécimen de hombre, un verdadero príncipe encantado, pero estaba tan borracha cuando se fue a la cama con él, que no se dio cuenta que era un flaco pinche de cocina cachondo al que le faltaban la mitad de los dientes.

Gabrielle se imaginó claramente la soledad que indujo a Cassandra a abandonar su escondite en busca de consuelo en una botella de licor y en un par de brazos fuertes, sólo para que se aprovechara de ella un hombre excitado. La cruel risa de Finette a expensas de su ama la hizo desear darle de bofetadas. Su disgusto debió penetrar el grueso cráneo de la mujer, porque dejó de reírse.

—No me mire así —dijo, irguiendo los hombros, a la defensiva—. Incluso la señora Cass lo encontró divertido cuando se dio cuenta de su error. Las dos nos reímos muchísimo de su príncipe de ollas y sartenes.

Gabrielle la miró fríamente.

—Tráeme una palangana con agua y unos cuantos paños. Limpios.

Finette se erizó ante la orden, pero hundió los hombros y fue a buscar lo pedido. Cerbero saltó sobre la cama. Gabrielle temió que se pusiera protector y le gruñera para que se apar-

tara, pero el perro fue a echarse a los pies de la cama. Entonces ella se sentó con sumo cuidado junto a Cassandra y comenzó a soltarle los lazos del vestido.

Al sentirla, Cassandra abrió los ojos. Cuando Gabrielle se inclinó sobre ella, Cassandra le tocó la mejilla, pero seguía sin reconocerla.

—¿Helene? —dijo, en un débil y quebrado susurro—. Perdóname.

Gabrielle no tenía idea de cuánto tiempo llevaba en la habitación subterránea. Cuando Cassandra se sintió lo bastante recuperada para levantarse, calculó que la tarde ya habría dado paso al crepúsculo. De todos modos la sorprendió la increíble capacidad de recuperación de la mujer. Estaba segura de que si ella se hubiera emborrachado de esa manera habría estado gimiendo en cama lo menos una semana.

Cassandra caminó a tientas hasta la tosca mesa. Cuando encontró la silla y la retiró, hizo un mal gesto por el sonido de las patas de la silla al raspar el áspero suelo de piedra. El parecer, era sensible al menor sonido. Tal vez por eso despidió al perro y a la criada, ordenándole a Cerbero que subiera a vigilar la casa y enviando a Finette a hacer un recado. Gabrielle sólo podía esperar que no la hubiera enviado a comprar más whisky.

Cassandra se sentó y le indicó que se sentara frente a ella. Gabrielle se sentó, aunque de mala gana, pensando que también debería marcharse. A pesar de su insistencia en que se quedara, Cassandra tenía todo el aspecto de necesitar estar en la cama; tenía unas oscuras ojeras, los ojos hinchados y el blanco de los ojos enrojecido.

Apoyando un codo en la mesa, Cassandra se afirmó en la frente la compresa que le había hecho Gabrielle. Era visible

su vergüenza por haber sido sorprendida en un estado tan lamentable.

—Gracias. Hacía mucho tiempo que nadie cuidaba de mí tan... con tanta amabilidad. Desde...

—¿Desde que murió tu madre?

Cassandra hizo un mal gesto.

—No, mi madre no era lo que se diría una mujer cariñosa. Estaba pensando en... en una de mis hermanas. En Helene.

Helene, una de las mujeres sabias Lascelles que fueron torturadas y quemadas por los cazadores de brujas; la hermana con que Cassandra la confundió. Aquella a la que le pidió perdón. ¿Perdón de qué?

Pero Cassandra no parecía inclinada a continuar con el tema. Se quitó la compresa y, frotándose los ojos, se apoyó en el respaldo de la silla.

—Han pasado dos semanas desde que viniste a verme. Pensé que ya te habrías olvidado del todo de tu pobre vieja amiga.

Gabrielle sintió una punzada de culpabilidad.

—Noo, no te he olvidado. Lo que pasa es que he estado algo confundida últimamente. Ha ocurrido algo... algo totalmente inesperado. Pero no creo que este sea el momento para molestarte con mis dificultades.

—No digas tonterías. Ya estoy totalmente sobria. Cuéntame lo que pasa. —Hizo un gesto de dolor y se presionó una sien—. Pero habla en voz baja.

Gabrielle seguía pensando que no debía decirle nada, pero vio una inesperada expresión de dulzura en su cara, y eso la impulsó a hablar. Comenzó algo vacilante, pero pasado un momento ya estaba lanzada contándole toda la historia: el sorprendente regreso de Remy, la discusión que tuvieron, lo

ocurrido en el baile de máscaras, el diabólico pacto que se había visto obligada a hacer con Catalina, la exigencia que impusiera Navarra a Remy, en fin, la apurada situación en que se encontraba.

Cassandra la escuchó sin hacer ningún comentario. Ni siquiera manifestó sorpresa al saber el motivo de que hubiera fracasado la sesión de espiritismo: que Remy seguía vivo.

—¿Y? —preguntó cuando Gabrielle se quedó callada.

—Y... y eso es todo. No hay nada más que decir.

Cassandra estiró un brazo sobre la mesa, buscando a tientas la mano de Gabrielle, hasta que se la cogió. Le pasó las yemas de los dedos por la palma.

—Hay algo más —insistió—. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

Gabrielle trató de retirar la mano, pero Cassandra se la retuvo firmemente por la muñeca.

—Dímelo.

Exhalando un suspiro, Gabrielle admitió en voz muy baja:

—Es posible que... que esté enamorada de Remy. No quiero estarlo, pero no lo puedo evitar.

A Cassandra se le escapó un sonido ahogado. Le soltó la mano y se llevó las dos manos a la frente, como si temiera que se le fuera a desprender esa parte de la cabeza.

—Vamos, por favor —gimió—. Haz lo que quieras, pero no me hagas reír.

—Acabo de desnudarte mi corazón, ¿y lo encuentras divertido?

—Mucho. —Se echó a reír, pero paró al instante y gimió—: Buen Señor, Gabrielle, hasta un ciego podría «ver» lo que sientes por ese hombre.

—Pero es que no deseo estar enamorada de Remy. Eso es... imposible. Ay, qué desastre —musitó, cubriéndose la cara con las dos manos.

—¿Desastre? No logro ver la naturaleza de tu problema. Estás destinada a ser la querida del rey de Francia y te vas a casar con el valiente capitán que adoras. Yo diría que el sol brilla resplandeciente sobre tu bonito culo, Gabrielle Cheney.

Gabrielle creyó detectar una insinuación de envidia y resentimiento en su tono, pero cuando la miró, Cassandra le estaba sonriendo tan amablemente que pensó que se lo había imaginado.

—Pero, Cass, no puedo ser la esposa de Remy y compartir cama con el rey —protestó.

—¿Por qué no? Los hombres lo hacen constantemente; tienen esposa y querida. ¿Por qué habría de ser distinto para una mujer? —Arqueó las cejas y se encogió, pues ese pequeño gesto le agravó el dolor de cabeza—. ¿Supongo que no creerás que tu afecto por el capitán Remy cambia en algo las cosas? Estás destinada para la grandeza. El propio Nostradamus te lo dijo.

—¿No es posible que se haya equivocado?

—No, el viejo maestro no se equivoca jamás. Y mucho menos desde que murió. Si dice que Navarra será rey de Francia y que tú serás su reina no coronada, eso es lo que ocurrirá. Es imposible cambiar el destino. Además, ¿por qué querrías evitar ese futuro tan glorioso?

¿Por qué, en realidad?, se dijo Gabrielle, apoyándose abatida en el respaldo de la silla, con la cabeza llena no de imágenes de palacios, reyes y poder sino con la imagen de un soldado de pelo veteado por el sol y ojos de un alma cansada. Ese destino que antes le producía tan enorme entusiasmo ahora sólo le producía hastío y angustia. No contestó la pregunta de

Cassandra, pero al parecer esta logró interpretar con mucha claridad su silencio.

—¡Gabrielle Cheney! ¿Considerarías por un instante la posibilidad de sacrificar tu futuro por un hombre que nunca te amará más de lo que ama a su deber? ¿Un hombre que jamás mancillaría su honor casándose con una mujer como tú, si no se lo ordenara su rey?

Gabrielle se encogió; esas duras palabras la herían más profundo aún porque sabía que expresaban la pura verdad.

—Sabes qué tontería es el amor —continuó Cassandra—. Es una emoción pasajera a lo más. No es nada comparado con la riqueza, la posición y el poder. Esas son las cosas que importan, las cosas que perduran. Si no te casas con el capitán, el rey te cargará con cualquier otro. Utiliza a Remy tal como utilizarías a cualquier otro hombre. Manténte fuerte e implacable, Gabrielle. Esa es la única manera de sobrevivir para una mujer. Además, considéralo así. Tu Azote me da la impresión de ser bastante temerario. Cuanto más poderosa seas, mejor podrás protegerlo.

Cass no podría haber encontrado un argumento más convincente, pensó Gabrielle. Volver a perder a Remy, que le ocurriera algo terrible, era su mayor temor. Pero dijo:

—No veo cómo protegerá a Remy que yo siga con mi ambición de conquistar a Navarra, en especial, protegerlo de Catalina. Es mucho más probable que con eso la provoque. A pesar del acuerdo al que llegamos, no me fío de ella.

—Ni debes. Pero yo podría ofrecerte cierta ayuda en eso.

—¿Qué quieres decir?

—Mi magia no se limita a invocar a los muertos. También tengo mucho poder para otras cosas.

Sonriéndole con expresión astuta, apoyó las palmas en la mesa y se levantó. Con demasiada rapidez, al parecer, porque

hizo un gesto de dolor, se tambaleó, y tuvo que afirmarse en el respaldo de la silla. Al instante Gabrielle se levantó para ayudarla, pero Cassandra la hizo a un lado, impaciente.

A tientas caminó hasta el armario y pasó las manos por un estante hasta encontrar una caja pequeña. Dándole la espalda a Gabrielle, como si quisiera proteger la cajita, hurgó entre los objetos que contenía. Gabrielle oía el ruido de los objetos al chocar. De pronto, Cassandra se volvió y extendió el brazo en dirección a donde suponía que estaba Gabrielle.

—Ten. Coge esto.

Extrañada, Gabrielle cogió el objeto y lo examinó. Era un pequeño medallón pentagonal que colgaba de una deslustrada cadenilla metálica.

—Cass, ¿qué demon...?

—Es un amuleto protector. Dáselo a tu Azote. Oblígalo a llevarlo siempre. Le servirá para mantenerse a salvo.

Gabrielle trató de encontrar la manera de rechazarlo sin insultarla ni herirle los sentimientos.

—Esto... gracias. Te lo agradezco pero mi madre nos enseñó a no conceder mucho valor a cosas como ensalmos y amuletos.

—También os enseñó a dejar de lado la magia negra, pero tú has visto con tus propios ojos qué potente instrumento puede ser la nigromancia en mis manos. No es una simple chuchería de gitana lo que te he dado. Examínalo con más atención y dime si alguna vez has visto algo semejante.

Gabrielle se acercó a la antorcha y examinó el medallón a su parpadeante luz. Era metálico, pero no de ningún metal que ella supiera identificar; no era de cobre, ni de hierro ni de plata. En su opaca superficie estaban grabados unos extraños signos rúnicos. Frunció ligeramente el ceño, observándolo. El metal y los signos se parecían mucho a los del

extraño anillo que su cuñado Renard le regaló a Ariane, con el fin de que estuvieran unidos por el pensamiento fuera cual fuera la distancia que los separara. Nunca habría creído posible una cosa así si no hubiera visto la prueba con sus propios ojos.

Levantó el medallón poniéndolo delante de los ojos todavía un tanto escéptica.

—¿Qué hace este amuleto? ¿Aseguras que podría proteger a Remy?

—No exactamente. Pero si lo lleva puesto, podría percibir si hay malignidad dirigida a él, presentir el peligro inminente. Hombre prevenido vale por dos.

—Increíble —musitó Gabrielle.

—Cree o no en el poder del amuleto, tú misma. Pero ¿qué mal podría hacerle a tu capitán probarlo?

—Ninguno, supongo. Pero ¿qué querrías por algo así? —le preguntó Gabrielle inquieta, recordando el último trato que hiciera con ella.

Cassandra alargó la mano hasta encontrarle el brazo y se lo apretó.

—Considéralo un regalo, una muestra de nuestra amistad. Tú me recuerdas una parte de mí que he perdido. Mis hermanas...

Se le cortó la voz y se quedó pensativa, con la cara realmente triste.

Cassandra podía ser una mujer extraña y difícil a veces, pero en ese momento Gabrielle sintió una cierta afinidad con ella. Tal vez porque también sabía lo que era perder a sus hermanas. Por lo menos ella tenía una esperanza, por débil que fuera, de volver a ver a Ariane y a Miri algún día.

Entonces Cassandra le deslizó la mano por el brazo y el hombro hasta dejarla ahuecada en su mejilla.

—Tal vez ahora seas mi hermana. Ya hemos hecho un pacto inquebrantable. Me prometiste hacerme un favor. ¿Lo recuerdas?

Gabrielle le cogió la mano y se la apretó suavemente.

—Déjame que cumpla mi promesa sacándote de esta lúgubre casa. Con razón te vienen esos ataques de melancolía, viviendo sola aquí, sin más compañía que tu perro y esa maldita criada. No tienes ninguna necesidad de vivir escondida en esta horrenda casa. La manada de cazadores de brujas que atacó a tu familia ya no existe.

—Ah, siempre habrá más cazadores de brujas, mi querida Gabrielle. Eso es tan seguro como la muerte y los impuestos. —Retiró la mano—. No vivo escondida en la Casa del Espíritu por miedo, sino por elección. Estoy esperando.

—¿Esperando? ¿Qué?

—Que cobre forma mi destino. Lo sabré cuando me llegue el momento de salir, de dar a conocer mi presencia al mundo.

Dijo eso en voz baja, y esbozó una extraña sonrisa que le produjo un inexplicable estremecimiento a Gabrielle.

Pensó si ese encierro y la cantidad de licor que consumía no la estarían volviendo loca. Pero olvidó su inquietud al oír un ruido procedente de arriba, unos feroces ladridos de Cerbero.

Cassandra se tensó.

—Un intruso. Gabrielle, ¿tuviste cuidado de que nadie te siguiera cuando viniste?

—Por supuesto.

Después del incidente con el espía de Catalina, tenía el doble de cautela, dondequiera que fuera. Pero a pesar de la seguridad con que dijo eso, se le formó un nudo de miedo en el estómago, pues aumentó el alboroto arriba. Cerbero ladraba más fuerte y entre ladrido y ladrido se oían ruidos de pasos.

—No te preocupes —dijo Cassandra secamente—. Nadie puede encontrar la entrada secreta a mi habitación, y Cerbero no tardará en hacer lamentar...

Interrumpió la valiente parrafada porque Cerbero se quedó en silencio. No emitía ni un ladrido, ni siquiera un gruñido. El silencio era más terrible de lo que fuera el alboroto.

Cassandra palideció, su cara se puso blanca como la leche.

—Mi perro, algo le ha ocurrido a mi perro.

Se abalanzó hacia la puerta, chocando con la mesa en su prisa por llegar a la escalera. Gabrielle le interceptó el paso y la cogió de los hombros.

—No. Tú quédate aquí. Deja que vaya yo.

Si ella había traído cualquier peligro a la casa, estaba resuelta a proteger a Cassandra a toda costa. Pero Cassandra estaba tan frenética por la seguridad de su perro, que tuvo que insistir e insistir hasta convencerla de quedarse abajo.

Miró alrededor en busca de algo que pudiera servirle de arma. Miró el amuleto que tenía en la mano. Hasta ahí llegaba el poder protector del amuleto, pensó irónica. No había sentido ni siquiera un débil hormigueo que le indicara que se aproximaba un peligro.

Metiéndose el amuleto en el bolsillo, cogió el grueso bastón que usaba Cassandra para caminar. Sujetando el bastón con fuerza, subió la escalera.

Cassandra se quedó abajo, susurrando nerviosa:

—Ten cuidado.

Gabrielle no contestó, pues estaba concentrada en orientarse en la oscuridad para encontrar la palanca que abría la trampilla. Siguiendo las instrucciones de Cassandra, giró un poco la manilla hacia la izquierda, justo lo suficiente para mover apenas el armario.

El crujido del mecanismo sonó infernalmente fuerte a sus oídos, más que suficiente para alertar a cualquier intruso. Esperó unos pocos segundos y entonces subió otros cuantos peldaños y asomó cautelosa la cabeza por la abertura. El inmenso salón vestíbulo estaba bañado por la tenue luz del crepúsculo, y no se veían pisadas en la gruesa capa de polvo que cubría el suelo. Pero el feroz bufido de un felino le erizó el vello de la nuca.

Reprimiendo el grito que le subió a la garganta, miró hacia el lugar de donde procedía el bufido. Un gato negro de patas níveas había encontrado refugio encima de la enorme mesa, donde estaba con el lomo arqueado, bufando furioso. ¿Sería posible que el temible intruso sólo fuera ese gato? Pero ¿y Cerbero? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no estaba ladrando y acorralando al gato amenazando con comérselo?

Cuando el gato volvió a bufar, comprendió que su furia no estaba dirigida a ella. Esos ojos felinos dorados estaban fijos en algo que ella no alcanzaba a ver. Apretando más la mano en el bastón, terminó de subir la escalera y se asomó por detrás del armario hasta que vio a Cerbero. Este estaba echado de espaldas, pero no porque hubiera recibido algún daño.

El mastín de Cassandra estaba desvergonzadamente tendido de espaldas a los pies de un joven delgado envuelto en una larga capa gris con la capucha echada sobre la cara. Lo único que logró distinguir del muchacho fueron sus polvorientas botas y unas piernas bien formadas enfundadas en ceñidas calzas oscuras. Estaba agachado rascándole el vientre al perro, sometiéndolo sólo con sus caricias y unas dulces palabras. Sólo conocía a una persona en el mundo que tuviera ese mágico don con los animales. No podía ser posible.

Avanzó un paso y el suelo crujió. Entonces el muchacho levantó la cabeza para mirarla y se incorporó tranquilamen-

te para saludarla. Se echó atrás la capucha y su cara... no era la de un muchacho. Era la cara de una jovencita alta de pelo liso dorado casi blanco como la luna y unos ojos azul plateado.

—Hola, Gabby —la saludó, sonriendo traviesa.

—¿Miri?

Bueno, por lo menos ya sabía por qué el amuleto de Cassandra no indicó peligro. Recuperada de la impresión, lanzó un grito de alegría y corrió a estrechar en sus brazos a su hermana.

Gabrielle estaba hurgando en su ropero, sacando y descartando un vestido tras otro; el sillón de su dormitorio ya desaparecía debajo de un arco iris de sedas. Entre vestido y vestido, miraba disimuladamente hacia la jovencita tendida en su cama, temiendo que pudiera desaparecer como la niña hada que había sido siempre.

Tal vez sólo se imaginaba a la chica tendida ahí apoyada en un codo embromando al gato con un trozo de cinta; tal vez la había conjurado debido a su dolorosa soledad y añoranza de su hogar y su familia. Aunque esa no era la Miri que recordaba. Esta era una chica ya en el umbral de la edad adulta; su figura se había moldeado con suaves curvas femeninas que su ropa de muchacho no conseguía ocultar del todo. Sus pómulos altos y sus cejas que daban la impresión de ser alas, combinados con su pelo color luna dorada y sus insólitos ojos azul plateado le daban una apariencia etérea, de ensueño.

¿Cuándo ocurrió eso? ¿En qué momento durante esos dos años pasados su pícara hermanita se transformó en esa serena beldad? Los cambios que notaba en Miri le producían una sensación agridulce en el corazón y le empañaban los ojos de lágrimas. Cuando Miri levantó la cabeza y la miró muy se-

ria, Gabrielle se apresuró a girarse. Cerrando con fuerza los ojos para contener las lágrimas, volvió a meterse en el armario y sacó uno de sus vestidos más sencillos, con un recatado escote cuadrado y mangas con delicados volantes solapados en los puños.

—Este podría ir bien —comentó, extendiendo los pliegues de seda verde—. Ven aquí para vértelo.

Nigromante ya estaba instalado en el regazo de Miri, por lo que maulló una fuerte protesta cuando ella se lo quitó de encima.

—No es necesario que te tomes tantas molestias, Gabby —dijo, acercándose de mala gana.

—¿Que no? Ya está bastante mal que hayas recorrido todo el campo vestida como un muchacho. No puedes continuar vistiendo así aquí en París. Ahora, quédate quieta.

Miri exhaló un largo suspiro, pero obedeció. Gabrielle reprimió una sonrisa. Al menos en una cosa no había cambiado su hermanita. Miri seguía prefiriendo la libertad que le daban los jubones y las calzas a los encajes y volantes femeninos. Pero cuando le afirmó el vestido en los hombros, hizo otro sorprendente descubrimiento.

—Santo cielo. Estás más alta que yo.

—Sí —repuso Miri, alzando orgullosa el mentón—. Soy un poco más alta que Ariane también.

Gabrielle se tensó al oír la alusión a su otra hermana; le pareció que había caído una sombra entre ellas. Miri debió percibirlo porque dijo dulcemente:

—Ariane te echa mucho de menos, Gabrielle.

Gabrielle sintió animado el corazón por una repentina esperanza.

—¿Sí? ¿Por eso has venido a París? ¿Ariane te envió para actuar de mediadora?

—No, ni siquiera supo que venía.

—Ah.

Gabrielle disimuló la decepción, regañándose por ser tan tonta. Debería haber supuesto que su hermana mayor no haría eso. Si Ariane tuviera un mínimo interés en hacer las paces, habría venido ella.

Levantó la tapa del arcón del pie de la cama y empezó a buscar enaguas y una camisola que fueran bien con el vestido.

—Entonces, ¿cómo demonios hiciste todo el camino hasta París?

—Eh..., esto... cogí un caballo de Renard y colgué de la silla una cesta para Nigromante. Ni a Brindel ni a Nigromante les gustó el arreglo, pero logramos hacer el viaje en cómodas etapas.

Gabrielle detuvo el movimiento de sacar una camisola para mirarla consternada.

—¡Mirebelle Cheney! ¿Has hecho todo el camino sola?

—No venía sola. Ya te lo dije, me acompañaban Brindel y Nigromante.

—¡Un caballo y un estúpido gato!

Nigromante se había instalado al pie de la cama y estaba lamiéndose altivamente una pata blanca. Como si hubiera entendido, interrumpió su aseo para mirar a Gabrielle enfadado.

Gabrielle cerró bruscamente la tapa, se enderezó y gritó:

—Condenación, Miri. Yo pensaba que ya habrías adquirido un poco más de sensatez. Ese es un viaje que muchos hombres habrían temido hacer.

—Ah, pero yo no soy un hombre. Tampoco soy una mujer cualquiera.

La imperturbable serenidad de la chica sólo añadió combustible a la indignación de Gabrielle.

—¿Te das cuenta de lo que podría haberte ocurrido? Podrías haberte encontrado con bandoleros, podrían haberte atacado, robado, o hecho algo peor aún.

Se le heló la sangre al imaginarse los horrores que podrían haberle ocurrido a su inocente hermana pequeña, daños que podrían haber hecho deseable la muerte antes que sufrirlos. Pero Miri contestó con enloquecedora parsimonia:

—No podía ocurrirme nada malo. Nigromante me habría avisado si hubiera habido algún peligro cerca y yo tengo un sexto sentido para detectar el peligro. Además, no me alojaba en lugares públicos como las posadas. Gracias a las reuniones del consejo de Ariane, sé donde viven otras mujeres sabias. Simplemente viajaba de una casa segura a otra.

—Y ¡a mí qué! —gritó Gabrielle, furiosa—. De todos modos fue algo temerario e irresponsable. Ariane debe de estar desesperada de angustia. ¿Te das cuenta de que me echará la culpa a mí de tu huida y me odiará más que nunca?

—Ariane no te odia. Y sabe que yo tomo mis propias decisiones. Entiende que ya no soy una niña.

—Entonces debe de estar muy distinta a la Ariane que yo recuerdo. Pensé que nunca estaría dispuesta a dejarnos crecer.

—Ha cambiado —dijo Miri; sus extraordinarios ojos oscurecidos por una especie de nube gris—. No ha sido ella misma desde que el bebé...

—¿Bebé? ¿Ariane ha tenido un hijo? —preguntó Gabrielle, desvanecida su furia ante esa pasmosa noticia—. ¿Soy... la tía de alguien? Pero bueno, ¿qué es? —añadió impaciente—. ¿Niño o niña?

—Ariane perdió el bebé antes que pudiéramos saberlo. Ha tenido otros abortos y parece que no puede volver a concebir. Eso la aflige terriblemente. Yo creo que se está destrozando por dentro.

¿Ariane destrozada? Gabrielle no podía ni llegar a imaginarse algo así. Su hermana mayor siempre había sido un pilar de fortaleza, desde que ella tenía memoria. La señora de la isla Faire, la sabia, la maravillosa curandera. Qué terrible pensar que estuviera acosada por los tipos de aflicciones que sufren otras mortales inferiores. Y mientras ella se imaginaba que gozaba de una vida perfecta, Ariane estaba sufriendo el peor tipo de dolor que puede conocer una mujer.

—Yo debería haber estado con ella —se regañó—. ¿Por qué no me envió recado, por qué no me lo comunicó? Tendría que saber que nada me retendría lejos si hubiera sabido que tenía problemas. No sé qué podría haber hecho, pero por lo menos le habría ofrecido un cierto consuelo.

—Ya sabes cómo es Ariane. Siempre piensa que tiene que ser fuerte, jamás cargar a nadie con sus penas. Infernalmente independiente, muy parecida a otra persona que conozco.

Miri le besó la frente. Gabrielle la rodeó con los brazos y se abrazaron fuertemente. El aroma del brillante y soleado pelo de Miri le recordó a Gabrielle los dulces aromas del jardín de hierbas medicinales de Ariane, y la llevó de vuelta a esa época en la isla en que vivían solas las tres, Ariane, Miri y ella. Las hermanas Cheney. A pesar de sus diferencias y desacuerdos, siempre habían estado muy unidas por esos lazos fraternales que ella rompió brutalmente cuando huyó a París.

Le había causado una inmensa aflicción a Ariane. No permitiría que Miri hiciera lo mismo. Por mucho que deseara tenerla a su lado, de ninguna manera podía permitir que su hermana pequeña continuara en París. Y mucho menos en esos momentos, con todos los peligros e intrigas que giraban en torno a ella, que amenazaban con atraparla en

cualquier momento. Había muchas cosas de ella que su inocente hermanita no sabía, y prefería con mucho que no las supiera nunca.

Pero continuó estrechándola en sus brazos, aprovechando de disfrutar del calor de su presencia unos preciosos momentos. Miri apoyó la cabeza en su hombro y suspiró:

—Te he echado mucho de menos, Gabby. Cuando te marchaste, ni siquiera te despediste de mí.

Su tono no era acusador sino dolido.

Gabrielle sabía muy bien por qué fue tan cobarde y evitó despedirse. Miri se habría aferrado a ella llorando y le habría hecho muchas preguntas incómodas. ¿Cómo podría haberle dicho que huía a París para hacer fortuna seduciendo a hombres poderosos? ¿Que iba a vivir en la casa comprada por su padre para su querida? Miri siempre estuvo más unida a su padre que Ariane y ella. Si Miri llegaba a descubrir todo el alcance de su traición...

Miró inquieta los lujos del dormitorio que en otro tiempo fuera el de la amante de Louis Cheney.

—Lo siento, Miri. No quería herirte, pero cuando me marché eran muchas las cosas que no habrías entendido porque eras muy niña.

Miri levantó la cabeza.

—Como por ejemplo tu decisión de convertirte en cortesana, como la mujer que poseía esta casa. La mujer que sedujo a nuestro padre.

Gabrielle la miró horrorizada.

—Qué, entonces sabes lo de nuestro padre...

—Lo he sabido desde hace mucho tiempo. Os oí esa noche, cuando discutisteis tú y Ariane, lo de venirte a París y aceptar esta casa.

—Ay, Miri —gimió Gabrielle.

Trató de abrazarla otra vez, pero Miri se puso fuera de su alcance y fue a detenerse a un lado de la cama. Logró sonreír, pero la expresión de sus ojos era triste, cansada, una expresión impropia de su edad.

—Ya no soy una niña. Sé que no hay unicornios ni elfos escondidos en el bosque. Sé que mi padre no era perfecto y que mi hermana tampoco lo es.

Gabrielle recordó cuántas veces le había fastidiado la fantasiosa imaginación de Miri, cuánto había deseado infundirle algo de sensatez. Pero oírla renunciar a sus creencias de la infancia casi le rompió el corazón. Nunca se había permitido avergonzarse del camino que había elegido, pero sintió arder las mejillas. Bajó la cabeza, sin poder mirar a los ojos a su hermana.

—Ay, Miri, cuánto me desprecias.

—No seas idiota, Gabby. —Miri se le acercó, le cogió el mentón y se lo levantó, obligándola a mirarla—. Muchas veces me desilusionan y entristecen las decisiones que toman las personas que quiero, pero eso no influye para nada en mi cariño.

Gabrielle sintió un nudo en la garganta. Sin poder hablar, sólo pudo apretarle la mano.

—Incluso he logrado perdonar a Simon —añadió Miri.

¿Simon Aristide?, pensó Gabrielle. ¿El joven cazador de brujas que tomó parte en el ataque a Belle Haven? Miri había insistido en creer que Simon era su amigo, hasta que este traicionó cruelmente su confianza. Preocupada, la miró ceñuda.

—¿Sigues pensando en ese muchacho? Yo esperaba que ya lo hubieras olvidado.

Miri fue hasta la ventana y se quedó ahí contemplando. La suave luz del crepúsculo había dado paso a la oscuridad de la noche, que cubría la ciudad como un pesado manto.

—Ya no sufro por Simon como antes. Pero pienso en él de vez en cuando —dijo Miri—. Espero que dondequiera que esté haya superado su pena y amargura, que de alguna manera su espíritu haya logrado sanar.

Nigromante llegó hasta la ventana y apoyó las patas en la falda de Miri, como si percibiera su pena. Ella lo cogió en brazos y hundió la cara en su pelaje.

—Haya hecho lo que haya hecho Simon, yo lo amaba, Gabby.

—Miri, eso fue hace tres años. Eras pequeña, apenas mayor que una niña —protestó Gabrielle débilmente—. Fue tu primer enamoramiento.

—No, lo amaba. Y cuando amo a alguien es para siempre.

Gabrielle se impresionó y desconcertó a la vez por esa seguridad de Miri. No pudo dejar de envidiarle esa capacidad para amar tan sencillamente y con tanta convicción. Sobre todo, tomando en cuenta lo complicados que eran sus sentimientos por Remy. Aun no le había dicho nada de Remy a Miri, ni de su milagroso regreso ni de la extraña naturaleza de su compromiso con ella. Gimió para sus adentros, pensando si su hermana sería capaz de aceptar eso. Pero ya habría tiempo al día siguiente para sacar el tema.

Miri bajó la cabeza, con el aspecto de estar cansada. Gabrielle corrió a cogerle el hombro con un suave apretón.

—Hay mucho más de qué hablar, para ponernos al día. Pero tienes que estar agotada. Llamaré a Bette para que te prepare un baño y te traiga una cena ligera. Y después te irás derecha a la cama, jovencita. Por muy encantada que esté de verte, te das cuenta, supongo, que tendré que buscar una manera de enviarte a casa.

Miri se friccionó la mejilla en el pelaje del gato, pero apretó los labios en ese gesto obstinado que Gabrielle conocía tan bien.

—No tengo la menor intención de ir a ninguna parte mientras no esté segura de que te encuentras bien, estás a salvo y eres feliz.

—¿Pretendes quedarte en París todo el resto de tu vida? —preguntó Gabrielle sonriendo irónica.

—Esto no es para hacer bromas, Gabby. No es un capricho el que me trajo aquí para encontrarte. Me han vuelto las pesadillas. Y esta vez son contigo.

Se desvaneció la sonrisa de Gabrielle. Los sueños de su hermana no eran para reírse. Desde que era muy pequeña, Miri sufría de pesadillas recurrentes de naturaleza profética. Soñó con la muerte de su madre y con la matanza del Día de San Bartolomé mucho antes de que ocurrieran.

—¿Qué tipo de sueños has tenido?

—Ya sabes cómo son mis pesadillas, nunca son claras hasta que ya es demasiado tarde para que yo pueda hacer algo. —Miri se estremeció y abrazó con más fuerza al gato—. Veo una y otra vez un grandioso palacio con interminables corredores y galerías. El aire está plagado de voces, que susurran cosas de ti. Oigo tu nombre una y otra vez. Gabrielle, Gabrielle. Y entonces veo a una mujer rubia con un precioso vestido caminando por los corredores. Nunca le veo la cara, pero estoy segura de que eres tú, y cada vez te acercas más a unas puertas. No sé cómo, pero sé adónde llevan esas puertas. Al dormitorio del rey. Te llamo, te grito, trato de detenerte, convencerte de que vuelvas. Pero nunca me oyes. Cada vez que tengo el sueño, tú te acercas más a esas puertas.

Gabrielle sintió subir un ardiente rubor a las mejillas. ¿Cómo podía explicarle a Miri que lo que ella consideraba una pesadilla era justamente el objetivo por el que había trabajado esos meses pasados? Esos sueños no hacían otra cosa que confirmar la profecía de Nostradamus: Gabrielle sería la que-

rida del rey. Ese era su destino, su deslumbrante futuro. Sin embargo se sentía como si alguien acabara de martillar el último clavo en su ataúd.

Pero se obligó a recuperarse, y esbozó una frágil sonrisa:

—No encuentro tan alarmantes tus sueños. Hay quienes consideran un honor compartir la cama de un rey, una fabulosa oportunidad.

—Ya lo sé —dijo Miri—, pero de todos modos tengo una sofocante sensación de peligro. La misma sensación que tuve hoy cuando te seguí hasta esa casa donde se esconde esa extraña mujer. —La miró preocupada—. Hay algo muy inquietante en tu nueva amiga, Gabby. Algo tenebroso, perturbador.

—¿En Cass? Reconozco que es un poco... desconcertante a veces. Pero es que ha tenido una vida difícil y trágica. Sólo cruzaste unas pocas palabras con ella. ¿No te parece que eres muy rápida para juzgar?

—No es mi juicio sino el de Nigromante. —Miri levantó más al gato en los brazos, como si esperara que este le confirmara sus palabras—. Él opina que Cassandra es muy peligrosa.

Gabrielle tuvo que hacer un esfuerzo para no poner en blanco los ojos. Nunca había compartido la inamovible creencia de Miri en la sabiduría de los animales.

—Bueno, ¿no te parece que Nigromante es muy severo? Es evidente que su perro la adora. Eso tendría que valer algo.

—Nigromante no tiene muy buena opinión de los perros tampoco. Encuentra que no tienen ningún discernimiento.

—Tal vez al ser gato tiene sus buenos prejuicios en ese aspecto.

—Tal vez —rió Miri, pesarosa—. Simplemente ten cuidado con la señorita Lascelles, ¿de acuerdo?

—Siempre tengo cuidado, hermanita.

Después de darle otro abrazo, fue a llamar a Bette.

Mientras Miri y la ex criada de Belle Haven se abrazaban y saludaban con alegre alboroto, Gabrielle se alejó discretamente para dar órdenes a otra criada relativas a la preparación del dormitorio para su hermana. Más tarde, antes que Bette se la llevara para atenderla, decidió que era mejor decirle lo del regreso de Remy del mundo de los muertos. No quería que se desmayara de la impresión, como le ocurrió a ella.

Pero cuando terminó de darle la noticia, con la mayor suavidad posible, su hermana simplemente curvó los labios en una de esas extrañas sonrisas de vidente.

—Es una noticia excelente, Gabby, aunque... incluso cuando lloraba por Remy, era más porque lo echaba de menos. No sé cómo, pero siempre he sabido que no había muerto.

Dicho eso, Miri salió con Bette llevando en brazos al gato, dejando a Gabrielle mirándola boquiabierta.

Había ocasiones en que su hermana pequeña la amilanaba un poco, pensó Gabrielle.

15

Los cotilleos que circulaban por los corredores del Louvre se propagaron rápidamente hasta las tabernas más humildes de la ciudad. No se había oído una noticia tan sorprendente y escandalosa desde que la muy amada princesa de Francia, Margot, se casó con ese patán protestante, Navarra.

Durante las semanas siguientes no se hablaba de otra cosa que del milagroso regreso de Nicolas Remy. El hombre al que llamaban el Azote, enemigo de todos los franceses leales y de los devotos católicos de todas partes del mundo, había sobrevivido a la matanza de la Noche de San Bartolomé.

Pero por extraordinario que fuera eso, lo eclipsaba totalmente la más sorprendente realidad de que no habían arrestado al Azote a su regreso. Iba a ser recibido de vuelta en la corte, con la aprobación y bendición de un personaje tan importante como la reina Catalina, nada menos. El tema era muy comentado y discutido en las tiendas, las calles y los mercados. Los parisienses más prudentes se limitaban a mover la cabeza susurrando que los métodos de la Reina Negra eran muy enrevesados. La opinión general era que ese señor el Azote haría muy bien en cuidarse las espaldas.

Vestida como siempre de austero negro, Catalina estaba asomada a una ventana de la antecámara del rey. Desde allí tenía una excelente vista de la bullente actividad del patio, en el que los carpinteros hacían sonar sus sierras y martillos, tra-

bajando sin descanso para terminar a tiempo la construcción de la liza y las tribunas para las festividades del día siguiente. Ya ondeaban las banderolas agitadas por la brisa, trayéndole los desagradables recuerdos de otro torneo, el celebrado hacía muchos años para honrar el matrimonio de su hija Isabel con Felipe II de España; tres días de celebraciones que culminaron con esa justa fatal el último día.

Aunque ya tenía el pelo cano, su marido presentaba muy buena estampa con su armadura y llevando los colores de su dama. No los colores de ella, lógicamente, pensó con amargura, sino los de su bienamada querida, Diana. Tan fornido y potente como siempre, Enrique fue derrotando a cada contrincante, uno a uno, hasta que se enfrentó al conde de Montgomery.

Si cerraba los ojos podía ver todavía esa terrible y última justa, los dos caballos corriendo atronadores el uno hacia el otro, con sus jinetes lanza en ristre; luego el estrepitoso choque entre lanzas y escudos, de los que saltaron astillas; entonces fue cuando Enrique perdió el equilibrio, pasó por encima del arzón de la silla y cayó al suelo, con la visera bañada en la sangre que manaba de la herida causada por la lanza al perforarle el cráneo.

Un accidente fortuito, sin duda, del que no se podía culpar a nadie, pero el rey de Francia había muerto. Recordaba cuánto lloró, hasta que tuvo los ojos rojos. Y esa era la última vez que recordaba haber llorado por alguien. Su llanto se debió tanto a la aflicción como al sentimiento de culpabilidad. Nostradamus se lo había advertido. El fabuloso vidente predijo la muerte de Enrique mucho antes de que ocurriera, y esa misma mañana ella había tenido una negra premonición.

Entonces, ¿por qué no insistió más para convencer a Enrique de que no participara en el torneo? ¿Acaso una parte de

ella deseaba la muerte de su marido, la oportunidad de tomar el poder que se le había negado durante tanto tiempo? Todavía no lo sabía, pero, pensándolo bien, en realidad ya no importaba. Enrique y su querida habían muerto hacía mucho tiempo.

Ya no era una reina en la sombra. Pero ese era el maldito problema de conseguir el poder, pensó, exhalando un cansino suspiro; era necesario luchar para conservarlo, y últimamente comenzaba a encontrar agotadora la lucha.

Aún no llegaba su espía de la isla Faire. No tenía idea de lo que ocurría en esas reuniones secretas de Ariane Cheney. En cuanto a Gabrielle, esta no había hecho el menor esfuerzo por cumplir su promesa de seducir a Nicolas Remy. Por lo que podía discernir, la muchacha ni siquiera había estado cerca Remy desde la noche del baile de máscaras. Aunque en realidad no había esperado que las cosas fueran de otra manera. Tendría que ocuparse personalmente del Azote, y ya tenía trazados sus planes.

Un ruido en la sala vecina la sacó de sus reflexiones y se giró a mirar dando la espalda a la ventana. Se abrieron las puertas con solemne ceremonia para anunciar la llegada de su hijo, Su Majestad el rey de Francia. Aunque llevaba el mismo nombre, Enrique no se parecía en nada a su fornido padre, pensó Catalina, curvando ligeramente la comisura de la boca en gesto despectivo.

Seguido por su séquito de favoritos, su hijo traía en los brazos a uno de sus molestos perros falderos. Ella no tenía nada en contra de los perros, por lo menos contra los perros de tamaño decente que tienen su utilidad como guardianes o para la caza. Pero los perritos de Enrique la hacían pensar en ratas desnutridas, y no contribuían en nada a realzar su masculinidad.

Y le vendría muy bien una apariencia más masculina, pensó. Su jubón guarnecido con galones y festones destacaba su esbelto talle, pero le daba una apariencia ligeramente afeminada; el mismo efecto tenían los pendientes de perlas que le colgaban de las orejas y la larga melena negra peinada hacia atrás dejando descubierta la frente. De todos modos no podía evitar sentirse orgullosa de él. Su tez morena, italiana, y su absoluta falta de escrúpulos daban la impresión de que por sus venas corría más sangre de ella que en todos sus otros hijos.

Enrique le entregó el perro a uno de sus lacayos y, después de detener con un gesto al resto de su séquito, avanzó solo hasta la ventana donde lo esperaba Catalina. Ella se inclinó en una reverencia y luego adelantó la cabeza y le presentó la mejilla para recibir un beso. Haciendo caso omiso de esa invitación, él fue a asomarse a la ventana. Se le avinagró el semblante al ver los trabajos de construcción para el torneo. Catalina fue a situarse junto a él para poder hablarle sin que la oyeran los cortesanos que estaban en el otro lado de la sala.

—¿Todavía malhumorado, Vuestra Excelencia?

Enrique la miró irritado.

—Si lo estoy, tengo motivos para estarlo, señora. Por lo que he oído, todos los cortesanos, y hasta el último paje, se enteraron del regreso del Azote antes que yo. Y todo porque mi madre, que fue la primera en saberlo, no tuvo a bien decírmelo.

—No vi ningún motivo para molestaros con esa información.

—¿Molestarme? Soy el rey. Deberíais haberme dicho que uno de mis peores enemigos estaba escondido aquí en París. Buen Dios, señora, puede que vos hayáis olvidado cómo Nicolas Remy con su andrajosa tropa de rebeldes hugonotes de-

rrotaron una vez a mi ejército en el campo de batalla, pero yo no lo he olvidado.

—Todo el mundo pierde de vez en cuando, Enrique querido. Procurad olvidarlo.

Se contrajo el músculo de la mejilla de Enrique; lamentable tic que se hacía más recurrente cuando estaba agitado. Para tranquilizarlo, Catalina le puso la mano sobre los dedos llenos de anillos que tenía apoyados en el alféizar.

—Tardé en informaros del regreso del capitán Remy porque temí que pudierais hacer algo temerario.

—¿Como acabar lo que comenzamos la Noche de San Bartolomé?

—Exactamente. Aparte de unas cuantas escaramuzas sin importancia, hemos logrado un delicado equilibrio en la paz con los hugonotes, y es mi intención mantenerlo. Ya hicisteis bastantes mártires esa noche.

—A petición vuestra, señora —gruñó Enrique—. A veces pienso que no habría participado en esa matanza si no hubiera inspirado ese extraño incienso que quemasteis.

—No os engañéis, hijo mío. Todos los hombres son violentos por naturaleza. No necesitan que se les eche ningún ensalmo para que maten. Y en ese incienso no había absolutamente nada mágico. Cualquiera diría que habéis empezado a dar crédito a esos ridículos rumores de que vuestra madre es una bruja.

Enrique guardó silencio. Se limitó a arquear las depiladas cejas y a mirarla con una expresión extraña. Retirando la mano de debajo de la de ella, comenzó a tamborilear sobre el alféizar creando irisados destellos en los anillos iluminados por el sol.

—Muy bien —dijo al fin—. Admito que podría ser mala política matar al Azote. Pero explicadme, eso sí, por qué ha-

béis considerado necesario honrar al maldito invitándolo a participar en «mi» torneo.

Enrique estaba malhumorado como un niño pequeño al que lo obligan a compartir sus juguetes con otros, y Catalina tuvo que resistir el deseo de darle un buen cachete. Su hijo era ostensiblemente el rey de Francia, inconveniencia que debía tener muy presente. Dominando la impaciencia, se lo explicó en el tono pausado con que se razona con un crío retardado.

—Desde la muerte de vuestro padre se controlan mucho las justas para que sean moderadas y los participantes corran menos riesgos. Pero siempre hay sorpresas. Siempre es posible que ocurra un lamentable accidente.

Enrique la miró con los párpados entornados.

—Ah, así que ese es vuestro juego. Bueno, no será tan satisfactorio como cortarle el cuello al cabrón yo mismo, pero supongo que habrá que conformarse con cual sea el accidente que habéis organizado para el Azote. —Se apartó de la ventana y sus ojos oscuros, tan parecidos a los de ella, relampaguearon al mirarla—. Sin embargo, quiero dejaros muy clara una cosa. Habéis tenido tres hijos reyes. Mi hermano Francisco era enfermizo y débil. Carlos estaba simplemente loco de remate. Yo no soy ninguna de las dos cosas. Es mi intención gobernar sin que mi madre esté constantemente intrigando a mis espaldas. Y en cuanto a este torneo, yo podría tener una sorpresa que ofrecer.

Acto seguido, Enrique la miró con una astuta sonrisa, le hizo una burlona venia y fue a reunirse con su séquito.

Catalina se lo quedó observando con el entrecejo muy fruncido. Siempre había sido capaz de leerles los pensamientos en los ojos a todos su hijos. Esa era la primera vez que uno de ellos lograba ocultárselos, y eso la inquietaba muchísimo.

¿Una sorpresa? ¿En el torneo? ¿Quería gobernar sin las intrigas de su madre? Y ¿qué quiso decir con todo eso? Si no supiera que no, podría imaginarse que su hijo acababa de tener el atrevimiento de amenazarla.

16

Los jardines del Louvre estaban transformados en un paraje sacado de las leyendas de Camelot, con sus coloridas tiendas y banderolas agitadas por la brisa. Daba la impresión de que en lugar de flores brotaban caballeros, fornidos jóvenes en diversas fases de ponerse la armadura que se saludaban y bromeaban entre ellos, mientras sus escuderos se afanaban abrillantando las armas.

El sol que caía abrasador sobre las tiendas de lona prometía un día de trabajo muy caluroso. Remy interrumpió un instante su tarea para quitarse el sudor de la frente. Encorvado junto a su rey, estaba abrochándole las correas de las piezas de la armadura, lo cual no era tarea fácil pues a Navarra le costaba estarse quieto y él se sentía bastante nervioso.

Continuaba entrando gente por las puertas del palacio. Los jinetes se mezclaban con los más plebeyos que llegaban a pie. Se detenían coches para que se apearan los nobles y sus damas vestidos de seda. Cada vez que atisbaba un vestido ensanchado por el miriñaque, cada vez que veía un tocado con velo, Navarra alargaba el cuello y luego hundía los hombros decepcionado.

Remy pensaba que se sentía igual. No contribuía a aliviarle la tensión saber que él y el rey estaban impacientes esperando la llegada de la misma mujer. Terminó de abrochar la última correa del peto con un fuerte tirón.

—Condenación, capitán —exclamó Navarra—, ¿es que queréis dejarme aporreado antes que entre en la liza?

—Perdonad, Excelencia.

—¿Y por qué estáis tan triste, hombre? Esa expresión podría cortar la leche. Es a un torneo que vamos a asistir, no a un funeral.

—Esperemos que no, Sire. —Apretando los dientes se concentró en hacer calzar el espaldarón con la hombrera—. Confieso que no me gusta nada que os arriesguéis participando en la justa.

Navarra soltó una risa parecida a un ladrido.

—¿Qué riesgo? El combate a muerte está prohibido por la ley en Francia desde hace mucho tiempo. A lo más que me arriesgo es a salir con unas cuantas costillas magulladas. Es una pena pero ya pasaron los tiempos de embestir y derribar, cuando un torneo era verdadero deporte. Ahora todo se reduce a hacer cabriolas para alardear ante las damas. —Haciéndole un guiño, añadió guasón—: Seguro que muchas damas de la corte se desmayarían si vieran vuestro fornido cuerpo en acción, capitán. ¿Veamos si logramos encontrar una armadura para que podáis participar en una o dos justas?

—Gracias, Sire, pero no.

Navarra se echó a reír.

—Lo olvidaba. Nunca fuisteis aficionado a los juegos. Incluso cuando me ayudabais a entrenarme en mi juventud, siempre lo hacíais mortalmente en serio.

—Porque la guerra es un asunto serio. —Remy cambió de posición para fijarle la otra hombrera—. En todo caso, no podría participar en el torneo. No soy ni un noble ni un caballero.

—Ah, pero podemos ponerle remedio a eso en este mismo instante. Simplemente arrodillaos ante mí. Un título de

caballero es lo menos que os puedo otorgar por vuestro servicio.

—Todavía no os he ayudado a escapar —dijo Remy en voz baja.

Navarra sonrió y le contestó también en voz baja:

—Me refería a ese otro servicio con respecto a la dama, a Gabrielle.

Apretando los labios, Remy se concentró en las correas de la armadura y evitó mirarlo directamente a los ojos. El rey se había mostrado muy complacido con él cuando le contó que había conseguido la promesa de Gabrielle de casarse con él. Su Excelencia aún no tenía idea del torbellino que agitaba por dentro a su leal capitán, de su obsesión por encontrar una manera de evitar que Gabrielle se convirtiera en su amante.

Varios de los caballeros que atendían a Navarra llegaron a enseñarle toda una variedad de lanzas para que eligiera. Remy agradeció la oportunidad de poner cierta distancia entre él y Navarra. Se le hacía cada vez más difícil representar su papel en esa farsa y controlar firmemente sus sentimientos por Gabrielle.

Salió de la tienda y fue a refugiarse a la agradable sombra de un inmenso y frondoso roble. A su alrededor predominaba el ánimo festivo, pero todo ese entusiasmo lo dejaba completamente indiferente. Apoyó la espalda en el tronco y, cruzado de brazos, se puso a observar, desdeñoso, la bullente actividad.

Navarra estaba en lo cierto. Ya pertenecían a la historia pasada los torneos que servían a una utilidad, como la de entrenarse para el combate o dar salida a la energía de los guerreros entre batalla y batalla. Un torneo ya era más que nada un espectáculo. Habían pasado los tiempos del caballero y su

osado caballo de guerra. Cerca de él vio a dos pajes lidiando con un caballo terco para ponerle las guarniciones. Con las orejas aplastadas, el lustroso bayo castrado, que evidentemente no estaba entrenado para ese tipo de tonterías, tiraba de las riendas, encabritado, piafando y tratando de impedir que lo cubrieran con esas largas y elaboradas gualdrapas de terciopelo dorado y púrpura.

Comprendía perfectamente al pobre animal, pensó, tironeándose la modesta gola almidonada que llevaba al cuello. Vestía otro conjunto de ropa fina, el jubón y las calzas de color verde bosque. Pero por lo menos esta vez tenía el consuelo de llevar una verdadera espada colgada al costado.

Tenía que estar bien vestido para formar parte del séquito de su rey, pero seguía lamentando el gasto hecho para comprar esa ropa elegante. Bueno, la suya; no le importaba nada lo que gastó para vestir a Lobo como su lacayo. A pesar de su tensión no pudo dejar de sonreír al ver a Lobo caminando hacia él, vestido con su nueva librea. Qué distinto del ladronzuelo harapiento que lo rescatara la Noche de San Bartolomé.

Lobo venía comiendo una manzana, y sus ojos parecían saltar de un lado a otro, observando la colorida vista que presentaban los hombres haciendo sus preparativos para jugar a la guerra. Venía pavoneándose, con la cabeza muy erguida, como si se imaginara que era un noble caballero. Pero al detenerse ante Remy estropeó el efecto al limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Ah, señor, lo he recorrido todo mirando el campo para el torneo. Debería ver la liza, las tribunas y el trono dorado que han construido para el rey. Incluso hay una imitación de torre, pintada para que parezca de piedra, pero es de madera. Y hay que ver la cantidad de damas hermosas —aña-

dió, besándose las yemas de los dedos—. Qué despliegue de riqueza. Unas bolsas llenas que llevan con tanta despreocupación que bastaría un rápido movimiento del cuchillo para cortar los cordones...

—Martin... —gruñó Remy, interrumpiendo su entusiasmada cháchara.

—Sólo era una broma, señor. Aunque la tentación es muy grande. Como repetía una y otra vez mi tía Pauline, a los viejos hábitos les cuesta morir.

—Se supone que eres mi respetable paje.

—Sí, señor —suspiró Lobo—, pero encuentro que la respetabilidad es infernalmente aburrida.

Remy le tiró de una oreja en gesto afectuoso.

—Creo que será mejor que vayas a ofrecer tu ayuda al escudero del rey en la guarnición de los caballos. Eso te servirá para no meterte en dificultades.

—Ay, señor —gimió Lobo—, sabe que nunca he sido bueno para tratar a los caballos.

—¡Ve! —dijo Remy en tono severo.

Lobo gruñó algo en voz baja, pero obedeció y echó a andar. Cuando desapareció por un lado de la tienda, llegó al lugar un elegante coche tirado por un equipo de lustrosos caballos negros. Las cortinas de la ventanilla estaban totalmente descorridas, dejando ver el hermoso y elegante perfil de Gabrielle.

El cochero tiró de las riendas y un lacayo bajó de un salto a abrir la puerta. Gabrielle se levantó y se detuvo en la puerta abierta. Rizos dorados asomaban bajo el ala acolchada y rígida, en forma de corazón, de la papalina que le enmarcaba la perfeccion marfileña de la cara. Delicados zapatos de brocado asomaban bajo el borde guarnecido con bordados dorados de un vestido azul celeste, del mismo matiz de sus ojos.

El escote era más recatado que el que solía llevar, pero la suave seda le ceñía el talle y los pechos lo bastante para excitar las más locas fantasías de cualquier hombre.

Remy se apresuró a acercarse para ayudarla a bajar del coche, pero el rey se le adelantó. A pesar del peso y la incomodidad de la armadura, Navarra había salido corriendo de la tienda al verla. Sonriéndole, le rodeó la estrecha cintura con las manos y la bajó del coche. Después inclinó su morena cabeza y entabló conversación con ella en voz baja, tal vez instándola a encontrarse con él después del torneo. Esa sola idea hizo sentirse a Remy como si hubiera tragado carbones encendidos. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contenerse y no correr a alejarla del rey, y al diablo con su deber.

Su atención estaba tan concentrada en Gabrielle y el rey, que tardó un momento en darse cuenta de que también habían bajado otras mujeres del coche. Una era Bette. La otra era una jovencita ataviada con un sencillo vestido verde que atraía muchas miradas de admiración; su belleza de luna plateada en fuerte contraste con la belleza de sol dorado de Gabrielle.

Era bastante más alta y su figura plana de chico se había redondeado con curvas femeninas. Pero su lisa melena de pelo rubio claro y sus extraordinarios ojos, que le daban una apariencia de otro mundo, estaban tal cual como Remy los recordaba.

—¿Miri? —dijo, sin poder creerlo.

Al oír su nombre, Miri se giró a mirar, y al verlo se le iluminó la cara. En ese momento Gabrielle la estaba presentando al rey, pero ella, lanzando un grito de alegría y dejando al rey con la mano extendida, corrió hacia Remy y se arrojó en sus brazos, con tanta fuerza que lo hizo retroceder

un paso. Conmovido por la franca alegría de su saludo, Remy la abrazó fuertemente como si fuera su hermana pequeña.

Lejos de ofenderse por el desaire de Miri, Navarra estalló en una sonora carcajada.

—Bueno, parece que nuestro osado Azote ha hecho una conquista.

Miri Cheney había sido terriblemente tímida de niña y se notó en ella cierta inhibición cuando el rey de Navarra le entabló conversación cerca de la tienda. Pero Navarra tenía un verdadero don para encantar a las mujeres y ponerlas cómodas. No tardó mucho en lograr que Miri le sonriera. Remy estaba a cierta distancia de ellos, observando receloso a su rey. Lo alegró ver que su actitud hacia la joven parecía más la de un tío mayor amistoso.

Pese a la alegría que sintió al ver a Miri, deseaba fervientemente que volviera a su casa en la isla Faire. Era una complicación más en su vida, que se añadía a las muchas que ya tenía; una cosa más de qué preocuparse. Oyó un suave frufrú de faldas de seda y por el rabillo del ojo vio a Gabrielle caminando hacia él. Su señoría se dignaba por fin a acordarse de él, pensó amargamente.

—Buenos días, capitán Remy.

Encontró casi doloroso ese saludo frío, tan en contraste con el cariñoso de Miri. Dolido por su actitud distante, se giró a mirarla.

—Condenación, Gabrielle, ¿cómo diablos se te pudo ocurrir permitirle a Miri que viniera a reunirse contigo en París? La corte francesa no es lugar adecuado para una niña inocente.

Ante esa reprimenda, Gabrielle irguió la cabeza y arqueó el cuello en gesto altivo, pero un leve rubor le tiñó las mejillas.

—No le he permitido absolutamente nada a Miri y, como tal vez habrás notado, ya no es una niña. Se ha convertido en una joven bastante voluntariosa. Pero no tienes por qué preocuparte. Me imagino que Ariane no tardará en llegar rugiendo a arrancarla de mi mala influencia. ¿Qué? ¿Creíste que yo pensaba retener a Miri conmigo, que la alentaría a convertirse en cortesana? ¿Que le enseñaría los gajes de mi oficio?

—No —ladró Remy—. Sabes muy bien que jamás se me ha pasado por la mente una cosa así. Sé lo protectora que has sido siempre con tu hermana menor.

Gabrielle trató de mantener la actitud fría, pero no lo consiguió. De pronto se le hundieron los hombros.

—Remy, por favor, no riñamos hoy. Ya he reñido bastante con Miri.

Bajo la hermosa fachada que presentaba, él detectó señales de agotamiento, unas leves ojeras, como si no hubiera podido dormir bien. Deseó cogerle la mano, pero había prometido no volver a tocarla más, promesa que lamentaba de todo corazón. Mantuvo fuertemente cerrada la mano al costado.

—¿Por qué habéis reñido?

—Ah, por todo. Porque quiso acompañarme al torneo hoy. Porque quiere quedarse en París. Incluso la amenacé con enviarla a la isla atada en una carreta. Dice que se escapará y volverá derecha aquí. Está absolutamente resuelta a cuidar de mí. ¿Te lo puedes imaginar? Mi hermana pequeña. —Levantó la cabeza y lo miró esperanzada—. ¿Podrías hablar con ella? ¿Hacerla entrar en razón?

—Podría intentarlo —dijo él, dudoso—. Pero ninguna de las hermanas Cheney ha sido nunca lo que un hombre llamaría una mujer sumisa.

Al oír eso Gabrielle se echó a reír, aunque de mala gana.

—No, parece que no.

—Señor, cuánto me alegraré cuando todos estemos a salvo lejos de esta maldita ciudad.

—Sí —musitó Gabrielle, pero él notó poco entusiasmo en su voz.

Seguía sin entusiasmarla su plan de liberar a Navarra y sacarlos a todos de Francia, pero puesto que él había convencido al rey, Gabrielle no tenía otra opción que someterse.

Descendió un incómodo silencio entre ellos. Remy notó las miradas curiosas que les dirigían, observó que muchas personas hablaban en susurros con la mano sobre la boca. Se irguió en toda su estatura y miró fijamente al frente. Pero Gabrielle se conducía con todo ese «nobleza obliga» de una princesa, saludando con una inclinación de la cabeza a uno y otro lado, musitando saludos a todas las damas, y deseando buena suerte en el torneo a los diversos combatientes armados.

Un caballero en particular se detuvo a inclinarse ante ella al pasar. No parecía mucho mayor que un niño con su pelo rubio ondulado y unas cuantas pecas en la cara, pero su actitud era tan solemne como si fuera de camino a matar dragones o a emprender alguna hazaña heroica. Al joven se le suavizó la cara al ver a Gabrielle, y levantó una mano cubierta por el guantelete, en tímido saludo. Pero fue la dulzura con que le sonrió y saludó Gabrielle lo que picó a Remy.

—¿Otro de tus admiradores? —preguntó secamente cuando el joven ya se alejaba.

Gabrielle no contestó enseguida. Bajó lentamente la mano y entonces dijo:

—Ese es Stephen Villiers, el marqués de Lanfort.

Lanfort. Al recordar ese título Remy se sintió como si le hubieran dado una despiadada patada en el mismísimo vientre. Giró la cabeza y alargó el cuello para volver a mirar al joven, que ya se iba perdiendo de vista en medio de la muchedumbre.

—¿Ese era Lanfort, tu ex amante? ¿Ese por el cual me hiciste pasar en el baile? ¿Ese cachorro? ¿Tiene ya barba para rasurarse, Gabrielle?

—Es mayor de lo que parece. No puede evitar que su cara se vea tan joven y tan dulce. Los demás cortesanos, en especial sus hermanos, se burlan cruelmente de él por eso. Debido a eso, siempre ha sido tímido y desgarbado. Le hace falta que se fije en él una mujer experimentada, que le dé seguridad en sí mismo.

—¿Así que te echaste a ese joven por amante sólo por ser amable con él? —preguntó él, incrédulo.

—¡No! Pero después que Georges, o sea mi duque, decidió marcharse de París y volver a su propiedad en el campo, a mí... me sentí bastante sola. Y Stephen fue muy amable y atento.

Remy la miró ceñudo.

—Me diste a entender que no sentías nada por tus amantes. Me dijiste que tenías que imaginarte que estabas en otra parte, no con ellos.

—Sólo en la cama. El resto del tiempo... —Lo miró a los ojos francamente—. Sé que me consideras la más calculadora de las rameras, pero nunca me he entregado a un hombre al que no estimara. Les he tenido afecto a todos mis amantes, a mi manera.

—Pero ¿no has amado a ninguno? ¿Nunca has estado enamorada? —preguntó él, odiándose por la desesperación que delataba su pregunta.

—No —contestó ella en voz baja.

—¿Ni siquiera la primera vez?

—¿La primera vez? Pues... no entiendo qué quieres decir.

—Me diste a entender que habías tenido un amante antes que me conocieras. ¿Te creías enamorada de él?

—Eh... no, por supuesto que no —repuso ella, emitiendo una risa forzada—. Era un muchacho insignificante. Ni siquiera recuerdo su nombre.

Se apresuró a desviar la vista, pero no antes que él viera la amargura que pasó por sus ojos. Sí que lo recordaba, y muy bien. ¿Quién demonios sería ese hombre?, pensó. ¿Ese cabrón que le quitó la inocencia? Él estaba seguro de que ese hombre la había herido; con qué crueldad, únicamente podía suponerlo. La suficiente crueldad para destrozar su fe en el amor y en sí misma; la suficiente para bloquearle el deseo y acobardarle el corazón, tanto que cuando él entró en su vida ya no había manera de que tuviera una oportunidad con ella.

De pronto odiaba a un enemigo cuya cara no había visto nunca; ardía en deseos de matar a un hombre cuyo nombre ni siquiera sabía. Apretó tanto el puño que los volantes de la manga le bajaron hasta el dorso de la mano. Había lidiado con esos malditos encajes toda la mañana. Soltando una maldición en voz baja, los metió bajo la manga del jubón.

—No hagas eso —lo reprendió ella.

—Malditas porquerías —masculló él—. Me hacen parecer un maldito pavo real.

—El pavo real tiene un motivo para desplegar sus plumas: atraer a la pava. Hay un algo muy seductor en el con-

traste entre el encaje y los duros contornos de las manos de un hombre. En especial de manos tan fuertes como las tuyas.

Le cogió el brazo y le alisó el volante, rozándole el dorso de la mano con las yemas de los dedos. Ese contacto, tan ligero, le hizo pasar a él una impetuosa corriente por las venas. Deseó cogerle la mano y hundir la boca en su sedosa palma. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para resistirlo.

—¿Tú encuentras seductor esto? —preguntó.

Gabrielle levantó la cabeza de mala gana y se encontraron sus ojos. Remy sintió el tirón del deseo, como si estuvieran atados por una cuerda que se iba tensando, tensando. Más aún, estaba convencido de que Gabrielle también lo sentía. Sólo había una diferencia entre ellos. Ella no deseaba sentirlo; incluso parecía asustada.

Gabrielle retiró la mano como si de pronto el volante de encaje estuviera ardiendo.

—Gabrielle, no tienes por qué tenerme miedo —le dijo dulcemente—. Te prometí que no volvería a tocarte. Lo dije en serio.

—Sé que lo dijiste en serio y que siempre cumples tus promesas. —Vaya, ¿por qué eso le sonaba tan triste?—. Quiero que me hagas otra promesa más —añadió.

—¿El qué?

—Que no te dejarás persuadir de participar en este torneo. Estas justas deben ser simples imitaciones de las de antes, pero en un acontecimiento así sería muy fácil que... que ocurrieran accidentes.

—¿Crees que la Reina Negra podría tener planeado uno para mí?

Gabrielle se encogió de hombros.

—¿Quién puede saber lo que pasa por la cabeza de Catalina?

O por la de Gabrielle, pensó él. Se veía tan inquieta que no pudo dejar de pensar si en esa entrevista de medianoche entre ella y Catalina no habría ocurrido algo más de lo que le había contado. Catalina era una experta en la intriga, pero también lo era Gabrielle. Detestó tener que recordarse eso. Deseaba confiar en ella. Deseaba que todo fuera claro y sincero entre ellos.

—Prométeme que no vas a participar en el torneo —insistió ella.

—Pero es que podría disfrutar con la oportunidad de romper unas cuantas cabezas.

—¡Remy!

Lo estaba mirando furiosa pero, mezclada con el reproche, él vio la preocupación que oscurecía sus ojos. Tenía miedo por él. Eso distaba mucho del profundo sentimiento que deseaba inspirarle, pero por lo menos era algo.

—No te apures, querida mía. No tengo la menor intención de darle a nadie un pretexto para enterrarme una espada entre las costillas. Sabes lo que pienso de los juegos, y este torneo es sólo eso. Pura exhibición y tontería.

—Tontería peligrosa —musitó ella, flexionando los dedos nerviosa—. Remy, hay una cosa, una cosa que quería darte.

Le tironeó la manga y lo sorprendió llevándolo hasta un lugar relativamente protegido detrás de una de las tiendas. Mirando furtivamente alrededor para asegurarse de que no había nadie mirando, metió la mano en la pequeña bolsa de terciopelo que llevaba atada su cinturón dorado. Sacó un objeto de metal y se lo puso en la palma.

Con el ceño fruncido, él examinó detalladamente el medallón que colgaba de una deslustrada cadenilla de plata. Era

liso, de cinco lados, y en él estaban grabados unos extraños símbolos.

—¿Qué es esto?

Ella cerró el bolso tirando de los cordones y lo miró algo inhibida:

—Es un amuleto protector, para mantenerte a salvo. No sé cómo funciona, ni qué hace. Tendría que capacitarte para percibir la malignidad, avisarte si hay alguien que desea hacerte daño.

—Para eso no necesito ningún amuleto. La vista de una enorme espada apuntada a mí y en la mano de otro, suele bastar.

Pero Gabrielle no sonrió. Estaba tan increíblemente seria que Remy no insistió en la broma. Le dio vueltas al amuleto en las manos examinándolo más detenidamente. A pesar de todas las cosas raras que había visto en la isla Faire aquel verano, sabía que algunos elementos de lo que se llamaba magia sólo eran supercherías, tonterías supersticiosas parecidas a las creencias de su joven amigo Lobo.

Ese medallón con extraños símbolos era muy diferente de los amuletos toscos y hediondos que se fabricaba Martin. Al palpar el extraño trozo de metal sintió una inexplicable inquietud. De todas las hermanas Cheney, Gabrielle era la que menos creía en la magia, al menos antes de venir a París. Esperaba que no hubiera hecho más visitas a esa misteriosa casa abandonada de historia tan perturbadora para volver a ver a esa reclusa que aseguraba ser capaz de invocar los espíritus de los muertos.

—Gabrielle, ¿de dónde sacaste esto? —preguntó, levantando el medallón.

¿Se lo imaginó o ella titubeó un momento antes de contestar?

—Ariane. Me lo dio hace mucho tiempo. Dame. Te lo pondré.

Empinándose un poco, Gabrielle le pasó la cadena por la cabeza. Estaba tan cerca que él sintió su aliento en la mejilla y el calor de sus manos en la piel cuando le metió el medallón bajo la camisa para ocultarlo de la vista. Sintió su frío peso sobre el corazón, pero casi no lo notó. Ella dejó las manos en sus hombros y lo miró, con los ojos brillantes como joyas. Entonces lo asombró acercando más la cara hasta tocarle los labios con los de ella, en un beso dulce, cálido, lleno de promesas, y que acabó demasiado pronto. Aun cuando ella se apartó, él siguió su movimiento sin separar la boca de la de ella.

—Lo siento —balbuceó ella—. No debería haber...

—¿Por qué no? —preguntó él, tratando de reprimir el deseo y la frustración—. Estamos comprometidos en matrimonio. Supongo que eso exige un cierto afecto entre nosotros.

—No. Nos ridiculizarían. Los matrimonios se conciertan por riqueza, título, o como alianza política. Sólo los tontos se casan por amor, Nicolas Remy.

Al decir eso le sonrió con una extraña expresión de tristeza. Y antes que él pudiera responder, se giró y echó a caminar. Cuando la iba siguiendo para salir de detrás de la tienda, Remy sintió resonar en la cabeza sus últimas palabras: «Solamente los tontos se casan por amor». Entonces él tenía que ser el más grandísimo tonto de la cristiandad, pensó.

Navarra cogió el pañuelo de seda ligeramente perfumado que le presentaba Gabrielle y lo llevó a sus labios.

—Lo llevaré sobre la manga y competiré en vuestro honor, mi señora. Me honra inmensamente que me hayáis

otorgado vuestro favor a mí y no a algún otro osado paladín.

La ironía de su tono no pasó despercibida a Gabrielle. Se obligó a sonreír, aunque sentía rígidos los labios.

—¿Por qué habría de creer Vuestra Excelencia que yo favorecería a otro?

Navarra arqueó las cejas y la miró interrogante.

—Últimamente habéis estado enloquecedoramente esquiva, Gabrielle. He llegado a pensar si no os habré ofendido en alguna cosa.

—No, Sire, no, de ninguna manera.

Al decir eso sintió subir un delatador rubor a las mejillas. Estaba esforzándose al máximo en no desviar la mirada hacia Remy, pero eso era una batalla perdida de antemano. Miró disimuladamente hacia donde Remy estaba montando guardia junto a su hermana. Si algún hombre sentía la tentación de hacer de Miri el objeto de dudosas galanterías, la sombría mirada de Remy le hacía pensárselo mejor. No llevaba armadura, pero tenía más apariencia de caballero que cualquiera de esos tontos envanecidos.

Estaba muy consciente de la conmoción que causaba entre los cortesanos la presencia de Remy en el torneo. Mientras las damas lo examinaban de arriba abajo con miradas apreciativas, los hombres lo miraban mal agestados. Otros simplemente lo miraban con curiosidad. Vio que Remy se llevaba la mano al pecho y se tocaba el medallón por encima del jubón. ¿Funcionaría el amuleto? ¿Estaría él presintiendo alguna traición?

Si lo estaba, sólo tenía que mirar hacia ella, pensó tristemente. Le había mentido acerca del medallón, pero si le hubiera dicho la verdad, lo más probable era que él no lo hubiera aceptado como amuleto.

Remy habría deplorado su amistad con Cassandra Lascelles, en total acuerdo con Ariane, que opinaba que era preciso evitar a cualquiera que practicase la magia negra. Sí, cierto que amilanaba la capacidad de Cassandra para invocar los espíritus de los muertos, pero ¿cómo podría considerarse mala a una mujer que lamentaba tanto la muerte de sus hermanas, y que quería tanto a su perro que estaba dispuesta a arriesgar su vida para correr a rescatarlo?

Cassandra era simplemente otra mujer endurecida por las tragedias que había sufrido en su vida y que se esforzaba en superar sus debilidades y sobrevivir de la mejor manera que conocía. Y eso era algo que ella comprendía muy bien.

La mentira que le dijo a Remy acerca del amuleto era el menos grave de sus pecados, porque en realidad lo estaba engañando de un modo mucho peor. Remy suponía que el hecho de que ella hubiera consentido en casarse con él indicaba que estaba resignada a su plan, pero una vez que terminara el torneo, cuando Navarra estuviera achispado por el vino, ella pensaba hacer uso de sus encantos para disuadirlo de volver a su país. El destino de él estaba en Francia, tal como el de ella. Por mucho que le desesperara el destino que antes deseaba tanto abrazar, no había manera de evitarlo.

No podía salvarse ella, pero sí podía salvar a Remy. Conseguiría que Navarra lo obligara a marcharse de París, a volver a ese pequeño país fronterizo en medio de inmensas montañas donde estaría muy lejos del alcance de Catalina y de cualquier otro enemigo que tuviera en la corte. Remy la despreciaría y odiaría cuando descubriera toda la envergadura de su engaño, pero tal vez ese odio le serviría a ella para poner fin a esos locos anhelos que no podrían hacerse realidad jamás. Su ausencia le permitiría volver a encerrar su corazón

en hielo, volver a esa bendita insensibilidad que le había hecho posible resistir tanto tiempo.

—¿Gabrielle?

Miró a Navarra y cayó en la cuenta de que él le había cogido la mano y sus oscuros ojos la estaban mirando tiernamente.

—Estáis muy triste, amiga mía. Decidme qué os preocupa.

A Gabrielle se le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar. En todo caso, no habría podido contestarle. ¿Cómo podría decirle que el destino le había gastado una cruel broma? ¿Que estaba destinada a ser su querida cuando su corazón pertenecía justamente al hombre al que él, sin saberlo, había elegido para que hiciera el falso papel de marido?

Afortunadamente, el toque de trompeta de un heraldo desvió la atención de Navarra. Apareció el rey de Francia, seguido por su séquito como la cola de un cometa. A diferencia de Navarra, era evidente que Enrique de Valois no tenía la menor intención de participar en el torneo. Lucía un jubón de exquisito terciopelo púrpura ribeteado por armiño, y lo precedía uno de sus odiosos perros al que llevaba sujeto por una correa. El perro le ladraba a todos los que se ponían a su vista, lo que claramente divertía muchísimo al rey.

Pero cuando el rey se iba a acercando a la tienda de Navarra, el perro se soltó, corrió derecho hacia Miri y casi cayó en sus brazos de un salto. Riendo encantada, Miri se agachó a cogerlo en brazos y le susurró unas palabras al oído; retorciéndose de felicidad y moviendo la cola, el animalito manifestó su adoración lamiéndole todas las partes de la cara a las que logró llegar.

Valois apretó los labios, indignado. Al ver que el rey de Francia caminaba derecho hacia su hermana, Gabrielle se

apresuró a intervenir, pero Remy ya estaba ahí. Sonriéndole irónico a Miri, Remy cogió el perro y se lo entregó al rey. El perro gimió, tratando de volver a los brazos de Miri, por lo que el rey, impaciente, lo entregó a uno de los cortesanos de su séquito, claramente molesto.

Miri se inclinó en una profunda reverencia. Remy también se inclinó, pero con la espalda tan rígida que a Gabrielle le extrañó que no se le partiera en dos el espinazo. El rey se echó hacia atrás la oscura melena, les correspondió el saludo con una hosca inclinación de la cabeza y al instante se desentendió ostensiblemente de ellos.

—Ah, capitán Remy —dijo entonces una voz—. Bienvenido a vuestro regreso del mundo de los muertos. Por fin nos honráis con vuestra presencia.

La orilla del vestido negro de Catalina rozaba la hierba al acercarse a ellos. Remy no se movió ni hizo ademán de responderle, ni siquiera con una leve inclinación de la cabeza.

—Vamos, mi querido capitán. Olvidemos nuestros malos entendidos del pasado. Me complace enormemente recibir a un héroe tan famoso en nuestra celebración de hoy. Os ofrezco mi mano en señal de amistad. Dejadme ver una señal de vuestra buena voluntad y consideración.

Diciendo eso, le tendió la mano. Su sonrisa era amabilísima, pero la astucia que expresaban sus ojos le dijo a Gabrielle que sabía muy bien cuánto le costaría a Remy rendir homenaje a la mujer responsable de la matanza de su pueblo. A Remy se le movió un músculo de la mandíbula y sus ojos castaño oscuro no pudieron disimular su odio por la Reina Negra. No lo hará, pensó Gabrielle, aun cuando eso le cueste la vida. Se le oprimió el corazón de miedo, al pensar en cómo reaccionaría Catalina ante ese insulto.

La Reina Negra acercó más la mano con gesto imperioso. Un expectante silencio había descendido sobre las personas congregadas cerca de la tienda. El rey de Francia observaba, con una sonrisa lobuna.

Catalina avanzó un paso y le dijo en voz baja:

—Vamos, capitán, si no aceptáis mi amistad por vuestro bien, hacedlo por el bien de vuestra querida amiga, la señorita Cheney.

Al decir eso Catalina sonrió e hizo un gesto hacia Gabrielle. Su voz fue dulce, incluso acariciadora, pero la amenaza implícita no podía ser más clara: si Remy no se inclinaba ante ella, se arriesgaba a que su desagrado recayera sobre Gabrielle.

Remy sólo vaciló un instante más y luego se inclinó lentamente hasta quedar con una rodilla hincada ante la Reina Negra. Gabrielle tuvo que morderse fuertemente el labio para no suplicarle que no sacrificara así su orgullo, al menos no por ella. Remy le cogió la mano a Catalina y con la cara gris como ceniza posó los labios sobre el dorso. Se oyó un suspiro de satisfacción entre los observadores. El rey de Francia se echó a reír al ver al orgulloso Azote, que rara vez conocía la derrota en el campo de batalla, obligado a humillarse ante sus enemigos.

Remy lo soportó estoicamente, y sólo sus ojos revelaban toda la profundidad de su sufrimiento y vergüenza. Gabrielle sintió arder los ojos con lágrimas de furia, y en ese momento odió a Catalina más que nunca en toda su vida. Catalina mantuvo a Remy arrodillado hasta que ella no pudo soportarlo.

—¡Basta! —exclamó.

Apartándole la mano a Catalina, le tocó el hombro a Remy instándolo a incorporarse. Catalina arqueó las cejas y la miró interrogante. Muchos la estaban mirando pasmados

por ese estallido, y uno de ellos era el propio Navarra. Gabrielle apretó los dientes y, recuperando el aplomo, esbozó una tranquila sonrisa.

—Perdonadme, Vuestra Excelencia, pero el capitán ha prometido ser mi acompañante hoy y me ofende verle rindiendo homenaje a cualquiera otra dama, aun cuando sea una reina. —Miró a Catalina francamente a los ojos—. Y nunca se sabe lo que podría hacer una mujer celosa cuando se siente provocada.

—Oh, oh, eso suena a desafío, Vuestra Excelencia —exclamó el rey de Francia—. Traed las espadas de señora. Apostaré diez céntimos por mi madre.

Sus burlonas palabras produjeron un murmullo de risas entre los espectadores, lo que alivió la tensión de todos, a excepción de la de Remy. Incluso Catalina sonrió:

—La señora Cheney y yo preferimos una forma de torneo más sutil. Dejaremos el combate más rudo y violento a los caballeros. Por ejemplo, a nuestro osado capitán, que debe de estar sintiendo comezón por entrar en la liza. —Entonces la reina se dirigió a su yerno—. Mi querido Navarra, ¿por qué no habéis provisto de armadura a vuestro osado Azote?

Navarra se encogió de hombros.

—Mi osado Azote es un hombre serio, Vuestra Excelencia. No le gusta este tipo de deporte.

—Tampoco poseo el título de caballero —añadió Remy.

—Entonces os haremos uno, al menos por el día —ronroneó Catalina—. Seréis mi paladín especial. Yo os proveeré de caballo y armadura.

—¡No! —exclamó Gabrielle, cogiéndole el brazo a Remy. Se mojó los labios y se obligó a continuar en tono juguetón—. ¡Qué, Vuestra Excelencia! ¿Me vais a privar de mi gallardo

acompañante? Estoy resuelta a que el capitán asista al torneo conmigo.

—¿Atado a las faldas de la dama, señor? —preguntó el rey.

La burla hizo subir un fuerte rubor a las mejillas de Remy.

Gabrielle le apretó el brazo, a modo de aviso, no fuera que abandonara toda prudencia y se dejara tentar así de participar. La mirada de reojo que intercambiaron Catalina y su hijo le produjo aun más recelos y miedo por la seguridad de Remy.

—Qué desilusión —dijo el rey de Francia arrastrando la voz—. Esperábamos ver una muestra del famoso valor y habilidad del Azote en el combate.

—Yo habría pensado que Vuestra Excelencia ya ha visto bastantes pruebas de eso en el campo de batalla —dijo Gabrielle dulcemente.

El rubor que subió a la cara de Valois y la mirada indignada que le dirigió a ella le hizo pensar que en realidad no era nada juicioso recordarle al rey su derrota a manos de Remy. Ya estaba bastante difícil la situación.

Aliviada y orgullosa de él, vio que Remy no perdía la calma.

Con callada dignidad, él miró a Catalina y luego al rey.

—Por mucho que me desagrade causar desilusión a nadie, estas imitaciones de combates nunca han tenido ningún interés para mí. No juego a la guerra.

El rey pareció fastidiado, pero Catalina continuó insistiendo, en tono meloso:

—Pero seguro que en esta ocasión podríais complacernos. Vuestra fama como el Azote es conocida en toda Francia, y muchos de nuestros jóvenes nobles desean desafiar vuestra pericia, sobre todo uno en particular. —Se hizo visera con una

mano y miró hacia el campo lleno de tiendas—. ¿Dónde se habrá metido? Ah, sí, ahí está.

Sonriendo de una manera que a Gabrielle le produjo un estremecimiento de recelo y miedo, Catalina salió del espacio resguardado que ofrecía la puerta plegadiza de la tienda de Navarra y, levantando la mano, llamó a un hombre que parecía haber estado esperando en la distancia su señal para que se acercara. Ya llevaba la armadura para la justa, sólo le faltaba ponerse los guanteletes y el yelmo, pero el brillo del sol sobre su peto hacía imposible distinguir su semblante.

Gabrielle le cogió la mano a Remy y lo miró con expresión suplicante y de aviso a la vez, pero él no la estaba mirando. Con un profundo surco en el entrecejo, estaba, como todos los demás, con la atención fija en el hombre que se iba acercando.

Si ese hombre resultaba ser el duque de Guisa, pensó Gabrielle, o cualquier otro de los grandes señores católicos que participaron activamente en la matanza, nada convencería a Remy de abstenerse de aceptar el reto.

Con el pulso latiendo fuerte en la garganta, por el temor y la angustia, observó al hombre con armadura que se iba acercando, sin poder distinguirle el rostro, hasta que este hizo una rígida inclinación ante Catalina y luego levantó lentamente la cabeza. Entonces sintió bajar bruscamente la sangre de las mejillas al ver el taciturno semblante de Etienne Danton.

Estaba soñando, se dijo, desesperada; estaba atrapada en una de sus pesadillas. Si pestañeaba o se daba una buena sacudida, seguro que despertaría y desaparecería la odiosa cara de Danton.

Pero no desapareció. El caballero llamó a su escudero y ofreció a la Reina Negra una rosa color rojo sangre. Su acti-

tud y movimientos denotaban una despreocupada arrogancia, una falsa imagen del verdadero caballero que en otro tiempo ella creyó que era.

Gabrielle retrocedió un paso, pisó mal, sintiéndose como si el suelo se estuviera moviendo; lo único firme y sólido era la mano de Remy. Él la cogió del codo para afirmarla.

—Gabrielle, ¿te sientes mal?

Gabrielle lo miró y vio sus ojos ensombrecidos de preocupación. Trató de contestar, pero tenía los labios tan paralizados que no pudo formar las palabras. Giró la cabeza, para evitar ver al hombre embutido en esa armadura tan extremadamente brillante.

Danton en París. ¿Cómo era posible eso? Desde esa terrible tarde en el granero había temido volver a encontrarlo, pero se sentía bastante segura en la corte francesa. Había oído decir que él hizo algo deshonroso por lo cual lo expulsaron de la corte desterrándolo a sus propiedades en Normandía.

¿Por qué le habían permitido volver, entonces? Aunque en realidad eso no tenía ninguna importancia. Lo único que importaba era que él estaba ahí y sólo con que avanzara unos pasos estaría cerca de ella, lo bastante para volver a tocarla.

—¿Gabrielle? —insistió Remy.

Pero ella liberó el brazo de su suave sujeción, con un solo pensamiento en la cabeza, con un solo deseo. Huir. Echar a correr con toda la velocidad que le permitieran las piernas. Y continuar corriendo hasta llegar a la isla Faire.

Ya había retrocedido unos cuantos pasos cuando su mirada se encontró con la de Catalina. La cara de la reina estaba tan impasible como siempre, pero en sus oscuros ojos había una expresión calculadora, una leve insinuación de triunfo. La comprensión la golpeó entonces como un potente puño. Si no hubiera estado tan cegada por la conmoción y el terror que

le produjo ver a Danton, habría visto la verdad inmediatamente. Fue Catalina la que ordenó la vuelta de Danton a la corte; Catalina, tejiendo como siempre alguna funesta red para llevar a cabo sus designios.

La mirada fija de Catalina se burlaba de ella, y su leve sonrisa le revelaba que estaba muy al tanto de su relación con Danton en el pasado. Eso fue lo que temió esa noche en la entrevista con la Reina Negra después del baile de máscaras. O sea, que Catalina había logrado leerle el interior cuando la miró a los ojos esa noche. Ahora estaba en conocimiento de sus vulnerabilidades, de su miedo, de sus recuerdos de ese vergonzoso encuentro con Danton.

Se sintió enferma al pensarlo, pero comprendió que si no se dominaba, tal vez Catalina no sería la única que conocería su humillante secreto; los demás podrían adivinarlo, tal vez incluso Remy. Eso no lo podría soportar.

La insolente mirada de Danton la recorrió de arriba abajo. Sintió subir bilis a la garganta y tuvo que tragar saliva. Aunque el corazón le latía desbocado, se armó de valor y se lanzó a enfrentar su peor pesadilla.

17

Con los ojos entrecerrados, Remy estaba contemplando a Gabrielle y al caballero de la elegante y cara armadura. El recién llegado la había invitado a alejarse un poco de la tienda, y en ese momento estaban sumidos en una conversación en voz baja. Aunque por su lado pasaban muchos grupos de personas, ella tenía absolutamente concentrada la atención en el desconocido; aunque él dudaba que el hombre fuera un desconocido para ella. Ella se tensó cuando lo vio, y en su cara se reflejó una expresión que él jamás había visto, ni siquiera el día en que los cazadores de brujas atacaron su casa.

Miedo. Era miedo lo que vio en su cara, un terror que lo hizo pensar que echaría a correr como si la fuera persiguiendo una jauría del infierno. Pero enseguida se recuperó y se adelantó a saludar al hombre y, aunque pálida, estaba tan serena que él llegó a pensar que se había imaginado el miedo.

No veía nada en el hombre como para aterrar a ninguna mujer. El caballero desconocido era bastante guapo, tuvo que admitir a regañadientes. Llevaba peinado hacia atrás el pelo de suaves rizos, y su cara estaba definida por pómulos altos y una nariz aguileña. Pero su rostro revelaba una actitud que él siempre había detestado; una expresión arrogante como si se

creyera el dueño del mundo y con derecho a hacer cualquier cosa que se le antojara.

¿Quién diablos sería? Y más importante aún, ¿qué significaba para Gabrielle?

Como si hubiera hecho estas preguntas en voz alta, una voz dulce dijo a su lado:

—Parece que la señorita Cheney está entusiasmada reanudando su amistad con Danton.

Remy giró la cabeza hacia la voz y se encontró ante la Reina Negra, que estaba muy cerca de él. Su sonrisa parecía querer atormentarlo con un conocimiento secreto.

—No sabía que nuestra querida Gabrielle lo conocía —continuó Catalina—. Pero parece que hay bastante intimidad entre ellos. ¿Una de sus conquistas, tal vez?

Remy sabía muy bien lo que quería insinuar: que ese Danton había sido uno de los amantes de Gabrielle. Volvió a mirar a Gabrielle. El hombre le estaba susurrando algo al oído. Sintió el salvaje mordisco de los celos, pero trató de disimularlo. No sería nada prudente exhibir demasiado interés delante de la Reina Negra, y mucho menos dar algún indicio de sus sentimientos por Gabrielle. No reveles ninguna debilidad ante Catalina; nunca la mires directo a los ojos. La propia Gabrielle le había advertido eso. Pero se sorprendió mirándola a los ojos como si estuviera atontado. Esos ojos oscuros entornados prometían respuestas a sus preguntas, respuestas que tenía la impresión de que no le gustarían. Pero no lograba desviar los ojos.

—¿Quién es ese Danton? —preguntó al fin.

—El caballero Etienne Danton es vástago de una de nuestras familias más antiguas y nobles de Normandía. No ha sido recibido en la corte durante muchos años debido a... esto... a indiscreciones del pasado.

—Pero ¿cómo podría ser una de las conquistas de Gabrielle? Ella sólo ha estado dos años en París.

—Cierto. A mí también me ha extrañado. Debe de haberlo conocido en su infancia, en la isla Faire. —Chasqueó la lengua—. No sé en qué habrá estado pensando su madre. Pero claro, ay de mí, lo olvidaba. Evangeline ya había muerto. Si no, dudo que hubiera permitido que un hombre como Danton se acercara siquiera a su inocente hija.

—¿Un hombre como Danton? ¿Qué queréis decir?

—El caballero tiene mala fama con las mujeres —contestó Catalina—. Se rumorea que ninguna mujer puede negarle nada. —Se le acercó más y bajó la voz, dándole un timbre más íntimo—. Pero tal vez eso se debe a que él no permite a ninguna mujer decir no. Lo que ella no está dispuesta a entregarle, él lo toma.

Remy pestañeó, recorrido por una extraña sensación. Le vacilaron las piernas y se sintió como si fuera cayendo en un pozo negro: los ojos de Catalina. Como relámpagos pasaron por su mente imágenes de Gabrielle. Gabrielle con las faldas subidas hasta la cintura, atrapada debajo de un hombre que se introducía brutalmente en ella; Gabrielle con las lágrimas corriéndole por las mejillas, mordiéndose el labio para sofocar los sollozos; Gabrielle aturdida y magullada, tratando de unir las dos partes del corpiño roto para cubrirse los pechos desnudos.

Haciendo una brusca inspiración, desvió la mirada de la de Catalina y se presionó los ojos con las yemas de los dedos como para borrar esas horrorosas imágenes. En todos los poros del cuerpo presentía el peligro. Tal vez era el amuleto el que se lo advertía, o tal vez era su propio instinto. La Reina Negra estaba practicando su brujería con él. Trató de despejarse la cabeza, pero sus pensamientos se chocaban entre ellos,

y en su mente sonaron fragmentos de una conversación con Gabrielle: «¿Nunca has estado enamorada? ¿Ni siquiera la primera vez?» «No, por supuesto que no. Ni siquiera recuerdo su nombre.»

Pasó ante él el recuerdo de la cara atormentada de Gabrielle, y dejó de importarle lo que fuera que tuviera planeado Catalina, lo que fuera que tuviera pensado hacerle. Nada importaba, aparte del odio que sentía correr por sus venas, tan helado que quemaba.

Su enemigo desconocido ya tenía cara y nombre: Etienne Danton.

—Gabrielle, estás tan hermosa y hechicera como siempre.

Aunque el corazón le golpeaba las costillas, Gabrielle se obligó a mirar a Danton. Las arrugas que revelaban su vida disipada estaban más marcadas alrededor de la boca y los ojos, pero seguía siendo apuesto. El pelo moreno peinado hacia atrás le dejaba libre la frente, y su cara era toda ángulos aristocráticos, desde los pómulos a su nariz aguileña. Con su encanto y belleza había deslumbrado totalmente a la ingenua niña de dieciséis años que era ella entonces. Ya no era ingenua ni tenía dieciséis años, se dijo enérgicamente, pero tuvo que esforzarse para no amedrentarse cuando él se le acercó más.

—Hace muchísimo tiempo que no he tenido el placer de tu compañía.

—No el suficiente —replicó ella.

Él echó atrás la cabeza y se rió. Esos modales que a ella le parecían tan encantadores antes, los encontraba afectados. Él trató de cogerle la mano, pero ella se apresuró a ponerla fuera de su alcance. Temía que si llegaba a tocarla, vomitaría.

Danton adoptó la expresión de estar muy dolido.

—Gabrielle, ¿no me has echado de menos?

—No. No he pensado en ti ni una sola vez en todos estos años.

Él sonrió burlón.

—Mientes. Una mujer jamás olvida a su primer amante. —Su mirada la recorrió de arriba abajo, insolente—. Por lo que he oído, después de nuestra pequeña cita has dispensado generosamente tus favores.

Gabrielle apretó fuertemente los puños para resistir el deseo de arañarle su cara burlona. Observó que los estaban mirando muchos ojos curiosos. Remy los estaba observando ceñudo.

—¿Qué haces aquí, Danton? —le preguntó en voz baja—. Tenía entendido que te expulsaron de la corte.

—Todo está completamente perdonado. Me ha dado la bienvenida nada menos que la propia reina madre. Así que debes ser simpática conmigo, Gabrielle. Con el auspicio de la reina, es probable que me convierta en un hombre muy importante.

—Es más probable que te conviertas en un tonto si te fías de una promesa de Catalina. Pero claro, nunca has sido muy listo.

Una expresión fea pasó por los ojos de Danton, que se apresuró a ocultar con una sonrisa. Le cogió las dos manos, causándole dolor con la presión, y la acercó más a él. Gabrielle ahogó una exclamación; no podría liberarse sin provocar una escena. Sin dejar de sonreír, él se agachó a susurrarle en el oído:

—No tienes idea de qué tipo de planes tiene la reina para mí, en especial si se me declara el campeón de este torneo. Me dará cualquier cosa que yo quiera, incluida tú.

Gabrielle lo miró indignada, aunque esa amenaza no la hizo sentir débil ni temblorosa. Pero cuando él se llevó a los labios primero una mano y luego la otra, sí la recorrió esa mareante sensación de impotencia que experimentara esa tarde en el granero. El roce de sus labios en su piel le trajo de golpe todos los dolorosos recuerdos de las cosas que le hizo entonces.

—Soltadla.

La voz sonó baja, pero fría y afilada como una hoja de acero. Remy se les había acercado tan silenciosamente que tanto ella como Danton se sobresaltaron. Danton aflojó la presión de sus manos y ella entonces pudo retirarlas y apartarse de él.

Remy le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia su lado en ademán protector. Gabrielle tuvo que resistir la abrumadora tentación de apoyarse en él y desmoronarse en sus fuertes brazos; la situación ya presagiaba bastante desastre como para ceder a la debilidad en ese preciso momento.

Remy y Danton se estaban mirando, midiéndose mutuamente. Danton arqueó altivamente las cejas:

—La señorita y yo estábamos hablando en privado, señor. ¿Quién sois vos para interrumpirnos?

—El hombre que os va a matar —dijo Remy tranquilamente.

Danton agrandó los ojos y luego se echó a reír, incrédulo.

—Decidme, señor, os lo ruego, ¿qué he hecho que os ofenda?

—Continuar vivo.

Gabrielle lo miró atónita y alarmada. En el corto rato en que ella no estuvo con él junto a la tienda, Remy parecía ha-

ber perdido totalmente el juicio. Sus bellos ojos castaños tenían una expresión tan fría que se asustó terriblemente. Le tironeó el brazo.

—Remy, por favor. Volvamos a reunirnos con los demás.

Remy ni la oyó. Sus ojos estaban fijos en Danton.

—Ah, el capitán Remy —dijo Danton, mirándolo de arriba abajo, despectivo—. Así que sois el famoso Azote. Tenemos muchísimas cosas en común. Me da la impresión de que sois el último amante de Gabrielle. Yo tuve el privilegio de ser el primero.

En la mandíbula de Remy se movió peligrosamente un músculo. Con el corazón más acelerado, Gabrielle le apretó el brazo:

—Remy...

Él se soltó el brazo y avanzó un paso hacia Danton.

—Por lo que dijo la reina he entendido que deseabais retarme a un asalto en la liza.

—¡Remy, no! —exclamó Gabrielle.

Pero antes que pudiera impedírselo, Remy sacó uno de los guantes de piel que llevaba cogidos bajo el cinturón y con él le golpeó fuertemente la cara a Danton.

—Considerad aceptado el reto —dijo secamente.

Danton se cubrió con una mano la mancha roja que le dejó el guante en la mejilla y furioso puso la otra en la empuñadura de su espada. Gabrielle temió que quisiera atravesar ahí mismo a Remy con la espada. Pero Danton pareció pensárselo mejor y haciendo una rígida inclinación de la cabeza, giró sobre sus talones y se alejó.

Con los labios trémulos, Gabrielle dejó salir el aliento que tenía retenido, con la mente hecha un torbellino por la rapidez con que se le escapó el control de la situación. Entonces cayó en la cuenta de la sensación que había causado

el enfrentamiento entre Remy y Danton. Se oían exclamaciones, murmullos y susurros procedentes de las personas congregadas fuera de la tienda de Navarra. Oyó la queja del rey de Francia a su madre:

—Maldito hugonote. Uno reta a un hombre a una justa golpeándole el escudo, no la cara. El capitán Remy desconoce las reglas del combate caballeroso.

—Exactamente —contestó Catalina.

Gabrielle se giró bruscamente a mirarlos. La indignación del rey no la alarmó tanto como la leve sonrisa que estiraba los labios de la reina.

Gabrielle se paseaba por la tienda hirviendo de rabia, para ocultar su miedo. Las otras damas ya se habían marchado para encontrar buenos lugares en las tribunas, y la mayoría de los hombres a montar sus caballos, entre ellos Navarra. Le había suplicado al rey que prohibiera a Remy combatir con Danton en el torneo, pero este se limitó a encogerse de hombros y esbozar su encantadora sonrisa. Navarra no sabía la causa de la riña de Remy con Danton, pero no podía inmiscuirse. Era cuestión de honor.

Honor, masculló para sus adentros, furiosa, dando otra vuelta. Ese maldito pretexto que aprovechaban los hombres para arriesgar la vida y darse palizas entre ellos. Eso la enfurecía tanto que deseaba tirarles las orejas a todos los hombres que se cruzaran en su camino, comenzando por el cabezota que ya estaba en mangas de camisa, preparándose para el combate.

Sordo a todos los argumentos y súplicas, Remy se puso el gambesón, acomodándoselo bien en los hombros, mientras Lobo extendía las piezas de la armadura. A Gabrielle se le

oprimió el corazón al verlas. Incluso ella se daba cuenta de que esa armardura no era de la mejor calidad, y de ninguna manera se le ceñiría a Remy con la precisión con que se le ceñía a Danton la suya. El yelmo parecía recién salido de la fragua del herrero, tosco y sin abrillantar.

Por lo visto a Remy eso lo dejaba indiferente. Chasqueó los dedos hacia Lobo.

—Pásame esa coraza, y rápido. —Al ver la mirada interrogante de Lobo, explicó, impaciente—. El peto y el espaldar. Date prisa.

—Déjalos donde están, Martin —ordenó Gabrielle.

Lobo, que ya había cogido el peto, vaciló.

—Tráelo aquí, rápido —ladró Remy.

Lobo avanzó un paso, pero se quedó inmóvil cuando Gabrielle exclamó:

—¡No! No te muevas.

Remy lo miró con el entrecejo fruncido.

—Maldita sea, muchacho. ¿Qué órdenes vas a obedecer? ¿Las mías o las de ella?

Lobo miró del uno al otro, inquieto.

—Las de ella. Porque podría convertirme en un sapo de tres ojos si la fastidio. Y en todo caso, estoy de acuerdo con ella. Pienso que...

—Me importa un bledo lo que pienses —dijo Remy, quitándole el peto—. No te preocupes. No tienes la menor idea de esto para ayudarme a abrochar las correas. Eres bastante inútil aquí. Ve a buscar a uno de los hombres de Navarra para que me ayude y luego ve a ver si han ensillado mi caballo.

Por la delgada y angulosa cara de Lobo pasó una expresión muy dolida. Se irguió dignamente y le hizo una seca venia a Remy.

—Como quiera, señor.

Dicho eso salió de la tienda con los hombros hundidos y se perdió de vista. Gabrielle detuvo el paseo y se acercó a Remy.

—Ah, qué bien ha estado eso. Ese niño te adora como si fueras Hércules que ha bajado del Olimpo. Se siente muy orgulloso de servirte, pero se considera un compañero de armas, no un humilde lacayo.

—Le pediré disculpas después.

—Podrías no estar aquí después.

Al ver que él no le hacía caso, Gabrielle se plantó delante de él.

—¿No has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho? ¿Tan cabezota o tan ciego eres que no ves la verdad? El enfrentamiento entre tú y Danton lo organizó Catalina. Es una conspiración para librarse de ti.

—Eso no importa.

—¡Que no importa!

Remy continuó atándose los lazos del gambesón.

—Parece que tienes muy poca fe en mi capacidad para defender tu honor.

—¿Qué honor? No tengo ningún honor. Soy una cortesana.

Remy hizo un mal gesto al oír el recordatorio, pero continuó atándose los lazos. Gabrielle le cubrió las manos con las suyas para impedírselo.

—¿Es que no lo entiendes? Esta es una lucha que no puedes ganar. Los duelos y los combates a muerte están prohibidos en Francia. Si Danton te mata van a pretextar que fue un accidente. Si tú lo matas, van a tener el pretexto para arrestarte y ejecutarte. Ni siquiera Navarra podría declarar eso injusto. ¿Vas a sacrificar tu vida por un comentario burlón que hizo Danton?

—No, no por lo que dijo hoy sino por lo que te hizo hace años.

—Eh... no entiendo qué quieres decir.

—Danton te violó, ¿verdad? —le preguntó Remy bruscamente.

Gabrielle se encogió, tanto por su brusca franqueza como por su mirada acerada, escrutadora. Retiró las manos y se apartó, porque no se sintió capaz de sostenerle la mirada. O sea, que Remy lo sabía; sabía el patético y vergonzoso secreto que intentaba negar desde hacía tanto tiempo, incluso para sí misma. Se alejó de él, rodeándose fuertemente con los brazos.

—Eso... seguro que eso es una ridícula historia que se ha inventado Catalina para hacerte...

—No. ¿Me crees incapaz de pensar y descubrir ciertas cosas yo solo, por tu forma de comportarte el día que intenté hacerte el amor? ¿Por lo que dijiste de Danton y tu manera de mirarlo? Nunca te había visto tan asustada de alguien, ni siquiera de un cazador de brujas.

Gabrielle no pudo evitar hacer un mal gesto. Ya estaba mal que hubiera permitido que Danton hiciera de ella una puta, también le había permitido convertirla en una cobarde. Se puso rígida al sentir las manos de Remy en los hombros.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó él en tono más dulce.

—¿Lo de Danton? ¿En qué habría cambiado algo eso?

—Yo podría haberte vengado mucho antes.

Gabrielle movió la cabeza, comprendiendo que Remy no entendía del todo lo ocurrido esa tarde en el granero. Danton la violó, sí, pero fue culpa suya porque...

Se resistió cuando él intentó girarla, porque no sabía si alguna vez volvería a ser capaz de mirar sus sinceros ojos

castaños. Entonces él le pasó los brazos por la cintura, le apoyó la espalda en su pecho y presionó la mejilla tiernamente en un lado de la cabeza, calentándole la oreja con su cálido aliento.

—Gabrielle, una vez te hice un juramento, ¿no te acuerdas? Ese día que me enseñaste a jugar a caballeros y dragones me arrodillé a tus pies y te prometí... —Hizo una pausa y continuó con la voz ronca—: «Mi señora, mi espada está siempre a vuestro servicio. Juro por mi sangre serviros y protegeros eternamente.»

—Eso fue un juego, Remy. Sólo un juego.

—Para mí no lo fue. Te hice una promesa solemne y luego me permití olvidarla. Hoy tengo la intención de cumplir mi promesa.

—Dios mío, Remy, eres increíble —exclamó ella con la voz ahogada, apartándose—. Después de todo lo que sabes de mí, sigues negándote a ver lo que soy. Hablas de vengar mi honor, sencillamente no comprendes. —Se atrevió a mirarlo, sintiendo correr lágrimas calientes por las mejillas—. No soy digna de eso. Nunca lo he sido, Remy, ¿no lo entiendes? Simplemente no lo merezco.

Ahogando un sollozo, giró sobre sus talones y salió corriendo de la tienda. Remy se la quedó observando, desgarrado entre el apremiante deseo de seguirla y la necesidad de terminar de ponerse la armadura. Las lágrimas de Gabrielle sólo añadían combustible a su odio, a su resolución de arrancarle el negro corazón a Danton y hacérselo comer antes que se pusiera el sol ese día. Fue a examinar el variopinto conjunto de piezas de armadura que le habían entregado, pensando qué demonios retenía al escudero que envió a buscar con Lobo.

—¿Remy? —dijo en ese momento una tímida voz.

Se giró a mirar y vio la silueta de Miri a contraluz en la puerta abierta de la tienda. Casi había olvidado su presencia en el torneo. La chica siempre había sido algo así como un ser etéreo, capaz de aparecer y desaparecer como una voluta de niebla.

Lo estaba mirando con los ojos agrandados, que le recordaron a la niña que fuera en otro tiempo. Soltando una maldición en voz baja, se pasó la mano por el pelo. Enfrentar a otra de las hermanas Cheney era lo último que necesitaba en ese momento. Antes que Miri pudiera abrir la boca para hablar, le ordenó:

—Miri, deberías estar en las tribunas con los demás espectadores, o buscar a Bette para volver a la casa. Esto nunca ha sido un lugar para...

—Vi a Gabrielle —interrumpió ella—. Iba llorando.

—Entonces debes ir a consolarla.

—No, debes ir tú.

—Tengo que hacer otra cosa, que necesito hacer. No entiendes lo que pasa.

—Ah, pues sí que lo entiendo. Presencié tu encuentro con Etienne Danton. —Bajó los ojos, velando con sus largas pestañas sus extraordinarios ojos—. Al principio no lo reconocí. Yo era poco más que una niña ese verano cuando estuvo en la isla. Todavía estábamos de duelo por la muerte de nuestra madre, y mi padre había desaparecido en su viaje de exploración a Brasil. —Tuvo que tragar saliva para poder continuar—: Danton fue... era como un caballero salido de las historias que nos contaba nuestro padre, y pareció que se enamoraba de Gabrielle a primera vista. ¿Quién podría haberlo evitado? Ella es fuerte, tan inteligente, tan hermosa. Pensamos que Danton quería cortejarla para hacerla su esposa, pero en lugar de eso... en lugar de eso...

—En lugar de eso la violó —terminó Remy con voz dura—, hecho que Gabrielle parece resuelta a negar.

—Siempre lo ha negado. Gabrielle nunca ha querido hablar de lo que ocurrió, ni siquiera con Ariane. Pero yo vi que mi hermana había cambiado. Nunca volvió a ser la misma después que ese hombre estuvo en nuestra isla. Teníamos la costumbre de salir juntas a explorar el bosque, jugábamos a tener aventuras, nos inventábamos hadas, elfos, unicornios y dragones que salían por entre los árboles. Pero después de eso fue como si Gabrielle me hubiera abandonado, trasladándose a un lugar tenebroso adonde yo no deseaba seguirla. —Se mordió el labio inferior y continuó—: Gabrielle tenía una magia fabulosa. Tú viste algunos de los cuadros maravillosos que pintaba. Pero después de lo que le hizo Danton abandonó su paleta y su cuaderno de dibujo para que se llenaran de polvo. Se pasaba cada vez más tiempo ante el espejo, poniéndose emplastos en la cara, pero era como si nunca lograra hacerse lo bastante hermosa. Y luego estaban las pesadillas. Lloraba dormida y se despertaba sollozando. Cuando yo intentaba tranquilizarla, se daba la vuelta en la cama y me gritaba que la dejara en paz. Me hería mucho los sentimientos, y nos fuimos distanciando. Yo era muy niña, ¿sabes? —le tembló la voz—. Me llevó mucho tiempo entender lo que... lo que iba mal...

Se le llenaron los ojos de lágrimas y una le bajó por la mejilla. Remy se la quitó con el dorso de un dedo.

—La sangre de Danton va a pagar las lágrimas de Gabrielle... y las tuyas.

—No te he dicho esto para que seas más vengativo. Sólo te lo digo para que comprendas mejor a Gabrielle.

A Remy se le endureció la mandíbula.

—Entiendo muy bien lo que debo hacer.

—¿Quieres matar a Danton? Eso no cambiará lo que le ocurrió a Gabrielle.

—No, pero no tendrá que volver a mirarle la cara y soportar que él... —Remy rechinó los dientes y apretó el puño—. Por la sangre de Cristo, ese bastardo piensa volver a tenerla. Vi eso en sus ojos, en el modo como la miraba...

—Entonces llévatela lejos de aquí —dijo Miri—. Volvamos todos a la isla Faire. —Le colocó las palmas en las mejillas, lo que solía hacer para calmar a un corcel inquieto, pero los músculos tensos de Remy no se relajaron con su contacto—. Remy, tienes que hacerme caso. Tu espada no le sirve de nada a Gabrielle. Sólo tu amor puede sanarla.

Remy negó con la cabeza, sus ojos oscurecidos de rabia y angustia a la vez.

—Ella no desea mi amor, Miri. —Levantó la espada y el brillo del acero se reflejó en sus ojos—. Mi espada es lo único que le puedo ofrecer.

Miri se estremeció al ver la espada y la expresión triste e implacable de Remy. Jamás había entendido la necesidad de los hombres de recurrir a la violencia, ese misterioso deseo de quitar la vida y derramar sangre, por noble que fuera la causa. Pero con gran pena ya sabía que cuando un hombre está decidido a hacer uso de su espada no hay manera de disuadirlo, ni siquiera a un hombre tan bueno como Nicolas Remy. No pudo hacer otra cosa que rozarle la mejilla con un beso resignado.

—Que Dios te acompañe, Nicolas Remy —musitó—, y que todos los espíritus de la Madre Tierra te protejan.

Los sonidos de los tambores y gaitas tocando un aire marcial se mezclaban con los aplausos del público. Caminando a

toda prisa por detrás de la tienda, Miri se hizo visera y miró hacia la hilera de caballeros montados que iban desfilando ante las tribunas. El cuadro era magnífico, las armaduras brillando a la luz del sol, los caballos tan engalanados como sus jinetes, cubiertos por mantos de seda y finos caparazones.

Sólo quedaba un caballo en el espacio libre detrás de las tiendas, resistiéndose a que lo ensillaran. El bayo castrado, cubierto por una gualdrapa de terciopelo púrpura ribeteado en oro, se encabritó, tratando de alejarse del escudero, que dejó caer al suelo la pesada silla de montar con respaldo alto. Un par de pajes ociosos refugiados a la sombra de los árboles se burlaban y reían de los inútiles esfuerzos del escudero; sus estridentes risas y burlas no contribuían en nada a mejorar la situación, sólo exacerbaban los nervios del caballo y el malhumor del escudero.

Con la cara roja de frustración y su largo pelo caído sobre los ojos, el muchacho gritó:

—¡Maldito bruto estúpido! ¡Maldito engendro de Satán!

Diciendo eso le dio un fuerte tirón a las riendas, como si creyera que si maldecía en voz alta y tiraba fuerte, obligaría al caballo a quedarse quieto. El caballo no tardó en demostrarle lo contrario. Aplanando las orejas, tironeó y lanzó coces, moviendo de arriba abajo la cabeza.

El ánimo de Miri bajó al suelo. Si esos eran el caballo y el escudero de Remy, el problema era más grave de lo que se había imaginado. El tonto muchacho estaba enzarzado en un inútil tira y afloja con el inmenso animal, y a ella no le cabía duda de cuál de los dos iba a ganar. El castrado se encabritó, levantando en el aire al muchacho. En medio de las risas y gritos de los pajes, a este se le soltaron las riendas y cayó de bruces encima de un montón de bostas de caballo. Emitiendo

un fuerte bufido, el caballo echó a correr hacia el pasillo que quedaba entre las tiendas.

Miri ya estaba preparada. Abriendo los brazos se colocó en el camino del caballo, cerrándole el paso. Los pajes lanzaron gritos de horror, imaginándose que el caballo le iba a pasar por encima. El caballo se desvió en el último instante, y Miri fue igualmente rápida para acorralarlo. El caballo trató de pasar por un lado.

Levantando las manos en gesto de súplica, Miri emitió un canturreo gutural, aplicando su magia propia hasta que el enorme animal se detuvo temblando, resoplando asustado.

—Tranquilo, tranquilo, mi hermoso amigo. Soy una hija de la tierra. Jamás te haría daño.

Cautelosa, alargó la mano y cogió las riendas que colgaban. Cuando lo tuvo bien cogido, le acarició la nariz susurrándole palabras tranquilizadoras. Cuando el caballo agitó la cabeza y comenzó a retroceder nuevamente, comprendió que el escudero venía furioso hacia ellos.

Cubierto de hierba, polvo y estiércol de caballo, y la cara tapada por su pelo negro revuelto, el escudero gruñó:

—Condenación, señorita. ¿Cómo se le ocurre cerrarle el paso así a este bruto estúpido? Podría haberla...

—Chss —dijo Miri, poniéndose un dedo en los labios y mirando severa al escudero.

Al menos este tuvo la inteligencia de parar en seco y no volver a asustar al animal. Dando palmaditas y acariciando al caballo, Miri le dijo en voz baja:

—El nombre de este animal no es bruto estúpido ni engendro de Satán. Se llama Bayona.

—Debería llamarse demonio —gruñó el escudero—. Va a lograr que maten a mi capitán con ese mal genio y esos cobardes trucos.

El caballo levantó las orejas, como si hubiera entendido los insultos del escudero. Unos tristes ojos equinos miraron a Miri por los agujeros de la capucha de terciopelo que le cubría la cabeza. Su capacidad de comunicación con otros animales no igualaba a la que tenía con Nigromante; el lazo entre ella y el gato era extraordinario. Pero comprendió bastante bien los pensamientos del caballo para saber lo que le molestaba.

—A este caballo no le falta valor, señor. Ni es estúpido. —Haciendo un gesto indignado hacia la capucha y el elegante manto de terciopelo, explicó—: El problema es este estúpido ropaje que le ha puesto encima. Ha ofendido su dignidad.

—¿Y cómo demonios sabe eso?

—Porque Bayona me lo ha dicho —repuso Miri, mirándolo con altivo desprecio.

El muchacho la miró tan boquiabierto que ella pensó que se le iba a llenar la boca de moscas.

—¿Y quién es usted, señorita? —logró preguntar al fin el muchacho.

—Me llamo Miribelle Cheney.

—¿Cheney? ¿Es...? ¿Es usted la hermana de la señorita Gabrielle?

—Sí, pero no tenemos tiempo para esta cháchara ociosa. Ayúdeme a quitarle esta tontería de terciopelo a Bayona y seguro que podré persuadirlo de llevar valiente y fielmente a Remy durante la justa.

El escudero no hizo ni mínimo ademán de obedecer. Continuó mirándola por entre los enredados mechones de pelo, con una expresión completamente aturdida en su sucia y pasmada cara. Tal vez aquel pobre muchacho era un poco bobo.

Sin esperar la ayuda, comenzó a quitarle ella sola las gualdrapas al caballo. Mientras le quitaba la ofensiva capucha, el caballo se estremeció y piafó inquieto. Miri le enmarcó la nariz entre las palmas y le canturreó, ejerciendo su maravillosa magia con palabras de un antiquísimo lenguaje inventado por mujeres sabias mucho antes que los caballeros deambularan por la Tierra.

Martin el Lobo pestañeó, comprendiendo que debía quitarle el caballo a esa chica que parecía haberse hecho cargo de él. Pero no podía moverse. Tampoco podía pensar. Se sentía perdido en medio de una neblina de confusión mirando a Miri Cheney. ¿De dónde salió tan de repente? Era como si hubiera caído del cielo, de la misma luna, con su cascada de pelo del color de la luna, su piel tan blanca que parecía translúcida. Tenía los ojos azules como... no, grises. No, eran tan plateados como su canción.

Una canción a la vez rara y bella, en un idioma que él no entendía, pero sentía vibrar las notas en él, tironeándole el corazón. Su música no sólo tranquilizaba a ese enorme bruto, sino que en cierto modo lo domaba a él también.

Si Miri era hermana de Gabrielle, entonces era bruja también. Pensó que debía taparse los oídos, para no escucharla, pero su hermosa melodía se enroscaba en él, haciéndolo sentir ganas de llorar y de gritar de alegría al mismo tiempo.

De repente Lobo se sintió identificado con el capitán; de pronto entendió que estuviera enamorado de Gabrielle. Mirando a Miri embelesado, comprendió finalmente lo que era estar hechizado, encantado. Y no tenía el menor deseo de que lo salvaran.

—René de Chinon, Pierre de Foix —entonó el heraldo mientras los caballeros hacían sus maniobras para situarse en los extremos opuestos de la liza.

El rey de Francia caminó hasta la baranda de las tribunas, sonriendo de oreja a oreja, mientras dos de sus favoritos se preparaban para el enfrentamiento. Los caballeros bajaron sus viseras, levantaron sus escudos y pusieron en posición las lanzas. El rey levantó en alto un pañuelo de seda roja, lo soltó y este cayó ondulando al suelo.

En medio de los vítores de la multitud, los dos caballeros se lanzaron al ataque, a todo galope, las lanzas en ristre para golpear, y fallaron, cruzándose veloces y atronadores sin tocarse. Los espectadores de la galería gimieron al unísono, decepcionados. Los caballeros viraron en U para un segundo asalto. Esta vez la lanza de René de Chinon golpeó débilmente el escudo de su contrincante.

—Ah, muy bien, René —dijo el rey, aplaudiendo entusiasmado, como si su favorito hubiera realizado una hazaña.

Se oyeron unos pocos vivas aquí y allá, pero para Gabrielle todo era borroso, tanto el espectáculo como los sonidos. Estaba sentada en el borde de su banqueta, sintiéndose cada vez más desesperada, temiendo ver en cualquier momento a Remy situándose en su lugar en un extremo de la liza. Todavía le ardían los ojos por el ataque de llanto, y se despreciaba por eso. Qué estúpida debilidad; como si sus lágrimas pudieran servirle de algo a Remy. Nada le serviría.

De reojo miró fastidiada a la mujer responsable de ese peligro. Catalina estaba de pie detrás del trono del rey mirando el torneo con una expresión tan serena que sintió deseos de querer estrangularla. Mientras los siguientes contendientes se lanzaban al asalto, no pudo soportar más el

suspense. Se levantó y, caminando por el borde para no obstaculizar la visión a nadie, fue a ponerse a un lado de Catalina.

—Tenéis que poner fin a esto —le susurró al oído.

—¿Al torneo? —dijo Catalina sin dejar de mirar la justa—. Mi hijo ha gastado muchísimo en la organización de esta diversión, así que dudo que...

—Sabéis perfectamente bien a qué me refiero —interrumpió Gabrielle furiosa—. La justa entre Remy y Danton.

—Ah, eso. Fue Remy el que aceptó el reto. Qué hombre más impetuoso. Erróneamente siempre creí que nuestro buen capitán era más bien flemático. ¿Quién hubiera sospechado que posee ese genio?

—Vos lo provocasteis. Le vertisteis veneno en el oído.

—En realidad fue más en sus ojos —dijo Catalina, con una astuta sonrisa, y luego se encogió de hombros—. El capitán me preguntó quién era Danton. Yo simplemente le contesté la pregunta.

—Porque deseabais que se realizara este combate. Queréis eliminar a Remy. —Miró fijamente a la implacable vieja, furiosa y angustiada a la vez—. ¿Por qué? Pensé que habíamos hecho un trato. Aceptasteis dejarlo en paz si yo lo seducía y le impedía tramar algo con Navarra.

—Promesa que sin duda pretendíais cumplir —dijo Catalina irónica—. Francamente dudo de vuestra capacidad para hacerlo.

—No me habéis dado la oportunidad. Yo podría controlar a Remy si vos...

—¿Controlarlo? —repitió Catalina, mirándola de arriba abajo, despectiva—. Mi querida Gabrielle, me parece que vuestros encantos están menguando. Ni siquiera tenéis la influencia en él para impedirle que luche.

Gabrielle se encogió, pues el dardo de Catalina dio en el blanco. Eso era cierto. Nada que hubiera dicho o hecho habría logrado apartar a Remy de esa malhadada justa. Estaba resuelto a luchar, a arriesgar su vida, y ¿por qué? Por «ella», una mujer deshonrada, una ramera, una puta. Antes que se le ocurriera qué contestar, el heraldo anunció los nombres que tanto temía oír:

—El caballero Etienne Danton, el capitán Nicolas Remy.

—Será mejor que volváis a vuestro asiento, querida mía —dijo Catalina, mirándola con sus oscuros ojos burlones—. Os vais a perder la mejor justa del día.

Gabrielle se volvió por donde había venido, mirando con el corazón oprimido a los dos jinetes que estaban ocupando sus puestos en los extremos de la liza. Danton resplandecía de la cabeza a los pies con su carísima armadura labrada, su yelmo adornado con plumas rojas a juego con las gualdrapas de seda que cubrían a su semental blanco. En total contraste, el bayo castrado de Remy no llevaba absolutamente ningún adorno, aparte de la silla con respaldo especial para los torneos; él no se había molestado en ponerse todas las piezas de la armadura; aparte del peto y el tosco yelmo de hierro, no llevaba ninguna otra protección. Tenía más el aspecto de un vulgar soldado entrando en el campo de batalla que el de un caballero. Su apariencia provocó unas cuantas pullas.

Pero la gran mayoría de los espectadores guardaban un expectante silencio; incluso los cortesanos más tontos percibían la diferencia en esa justa, las letales intenciones ocultas detrás de las viseras de los dos combatientes.

Sonriendo presumido, el rey se apoyó en la baranda y levantó el pañuelo con el brazo extendido. Gabrielle sintió el loco deseo de correr a quitárselo, pero ya era demasiado tar-

de. La seda roja revoloteó y cayó al suelo. Remy y Danton se lanzaron al ataque.

Gabrielle caminó vacilante hasta el borde de la tribuna y se cogió de la baranda. El corazón le retumbaba al compás de los golpes de los cascos de los caballos. Danton había alardeado muchas veces de su pericia en una justa. Sin esfuerzo aparente manejaba las dos riendas, el escudo y la lanza apoyada sobre el morral colocado sobre la perilla de la silla.

En cambio Remy, era evidente que no estaba entrenado para una justa. Ese no era su tipo de combate. Aunque guiaba bien a su caballo, llevaba la lanza en la mano sin ningún otro apoyo aparte de su fuerza. Cuando se iban acercando, Gabrielle tuvo que hacer un esfuerzo para no cerrar los ojos. La lanza de Remy pasó rozando el escudo de Danton. Este dirigió la lanza hacia el yelmo de Remy, pero erró. Cuando los caballos continuaron la carrera al galope, Gabrielle ya tenía mojadas las palmas.

Se aferró a la baranda con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos, pero no hubo respiro, ningún alivio a su sofocante miedo. Cuando los jinetes llegaron al final de la liza, Danton hizo caracolear a su montura, mientras Remy daba la vuelta resueltamente, como si él y el animal fueran uno. Esta vez la lanza de Remy golpeó el escudo de Danton, pero entonces se le soltó de la mano y cayó al suelo, pero logró parar a tiempo con el escudo el golpe de Danton. La lanza de Danton se partió en dos.

La multitud rugió de entusiasmo. Gabrielle tuvo que cubrirse la boca para ahogar un gemido. Dios mío, por favor, rezó, que eso sea el final. Pero el corazón le cayó al suelo cuando los dos hombres galoparon hasta los extremos de la liza mientras los escuderos corrían a buscar lanzas nuevas. Observó que el caballo de Danton parecía inquieto; tal vez se

negaría a repetir el asalto. Pero no tardó en desvanecerse su esperanza al ver que Danton lograba controlar al animal. Con una nueva lanza en la mano, Remy dirigió su caballo a su lugar.

Nuevamente se hizo el silencio entre los espectadores cuando los dos hombres se lanzaron al galope, aumentando la velocidad, como si toda la furia, toda la hostilidad, se hubieran acumulado en esa carga final. Se encontraron los jinetes con un violento choque de lanzas y escudos. El caballo de Danton se encabritó; así arrojado de la silla, Danton cayó al suelo con tanta fuerza que su yelmo salió volando de su cabeza. Remy tiró de las riendas y el caballo frenó, mientras el de Danton galopaba hasta el final de la liza sin jinete. Toda la alegría que podría haber sentido Gabrielle porque Remy estaba ileso se apagó al ver a Danton tendido en el suelo de costado, inmóvil. En las tribunas se elevó una exclamación ahogada, y muchos cortesanos se pusieron de pie para mirar.

Ay, Dios, pensó Gabrielle. Dios mío, te lo ruego, por el bien de Remy, que no esté muerto el maldito. Dios mío, que Remy no lo haya matado. Le pareció que transcurría una eternidad; pasaron interminables segundos, hasta que Danton emitió un gemido y luego se incorporó con dificultad hasta quedar sentado. La multitud estalló en un fuerte aplauso. Gabrielle se estremeció, con un alivio tan inmenso que casi se cayó al suelo de rodillas.

Cerró los ojos, dando las gracias a Dios. Ya había pasado todo y Remy estaba a salvo. Fracaso de la Reina Negra y su ingeniosa conspiración. Estuvo tentada de girase a mirar a Catalina desafiante y triunfal. Pero cuando abrió los ojos, casi se le paró el corazón al ver que Danton estaba de pie pidiendo a gritos su espada.

Remy desmontó. Se quitó el yelmo y también pidió su espada. Con una expresión de tristeza infinita, Lobo corrió a entregarle a Remy su espada de dos manos mientras un paje se llevaba al bayo castrado. El escudero de Danton también fue rápido en llevar el arma a su señor. Remy y Danton avanzaron y chocaron sus espadas con un terrible ruido de aceros.

—¡No! —gritó Gabrielle, pero su grito se perdió entre los gritos de entusiasmo de los demás espectadores.

Ese duelo era una transgresión flagrante de las leyes que prohibían el combate a muerte. El rey tendría que pararlo. Ni siquiera Enrique de Valois podía quedarse ocioso mirando cómo se incumplían sus leyes. Pero cuando Gabrielle lo miró desesperada, vio que el rey estaba agachado dándole golosinas a su perro, fingiendo que no veía el feroz duelo que se estaba luchando. Con las manos cogidas remilgadamente por delante, la Reina Negra observaba con una expresión de hastiada indiferencia, como si no tuviera muchas dudas acerca del resultado.

Gabrielle comenzó a sentir codazos y empellones, pues muchos cortesanos habían dejado sus asientos para ir a mirar desde la baranda de la tribuna. Le repugnó ver sus caras, sus expresiones la hicieron pensar en chacales que han olido sangre. No había nadie que interviniera, nadie que pusiera fin a ese mortal combate, nadie a excepción de ella. Se abrió camino a codazos por entre el gentío en dirección a los peldaños que bajaban de la tribuna.

Remy atacaba haciendo chocar su espada con la de Danton con golpes que le reverberaban en todo el brazo, pero no veía ni oía nada fuera de un lejano rugido de la multitud. La sangre le zumbaba en los oídos y por sus venas corría ese cono-

cido ímpetu que había experimentado en tantas batallas, que lo dominaba totalmente.

Con los labios estirados en esa mueca que siempre infundía terror en sus enemigos, atacaba sin piedad, con estocadas, tajos y reveses, haciendo retroceder a Danton. Este paraba los golpes con los labios apretados en implacable concentración.

Haciendo una finta a la izquierda, Danton logró encajar una estocada y le perforó la manga acolchada a Remy y enterró la punta de la espada en el brazo. Remy sintió el ardor de la herida y emitiendo un gruñido atacó más fuerte y rápido en una lluvia de golpes. Danton retrocedió tambaleante y estuvo a punto de caerse.

El no llevar armadura hacía más vulnerable a Remy, pero a Danton el peso de la suya le obstaculizaba los movimientos, que se fueron haciendo más lentos y trabajosos, mientras el sudor le corría por su hermosa cara. El brazo de Remy era incansable; sus músculos estaban más acostumbrados a las largas horas de duro entrenamiento que se exigían a un soldado. Su brazo se convertía en acero hasta que casi era una extensión de su espada.

Mientras Danton paraba sus golpes, Remy veía que iba desapareciendo su arrogancia; sus ojos revelaban que comenzaba a pensar que podría perder, que podría estar a punto de perder la vida. Jadeaba y luchaba con más desesperación. Remy olía su miedo y lo saboreaba; bajó la espada en un salvaje tajo que casi le rebanó la oreja.

Danton emitió un chillido y empezó a salirle sangre de la mejilla. Retrocedió balbuceando:

—D-de acuerdo. Basta.

—Ah, no, no basta —contestó Remy.

Atacó con otro tajo.

Danton logró pararlo justo a tiempo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡He dicho basta! —Retrocedió otros pasos, con los ojos agrandados, de dolor y miedo—. Me rindo. Te ruego que pares.

—¿Tal como Gabrielle te rogó que pararas?

—Sí, o sea no, no me rogó. Me deseaba...

Remy volvió a atacar, deteniendo la espada a un dedo de la mejilla de Danton.

—¿Deseaba que la violaras, cabrón? Te rebanaré en trocitos. Te haré picadillo.

Emitiendo un áspero resuello, Danton golpeó la espada de Remy. Con las espadas trabadas, Remy lo miró fijamente a los ojos. Con la cara chorreando sangre y sudor, Danton intentó esbozar una sonrisa apaciguadora.

—Por... por el amor de Dios, hombre, ¿por qué tan quisquilloso? Gabrielle es... sólo es una puta.

El frío y negro río que corría por las venas de Remy se convirtió en uno de exultante fuego, y ante sus ojos pasó una niebla roja. Hizo retroceder a Danton y bajó violentamente la espada, golpeándole la mano y desarmándolo. Danton se tambaleó y cayó al suelo de espaldas. Pero Remy ya no veía al hombre acobardado a sus pies suplicándole que tuviera piedad. Por su mente iban pasando borrosas imágenes de los ojos atormentados de Gabrielle, de sus desgarradores sollozos. De pie junto al hombre caído, levantó la espada...

—¡Remy! ¡No!

Vagamente se dio cuenta de que alguien llegaba hasta él corriendo y le cogía el brazo en que tenía la espada. Estaba a punto de apartarla de un empujón cuando vio quién era. De todos modos trató de hacerla a un lado gruñendo:

—Gabrielle, no me estorbes, maldita sea.

Con la cara blanca de miedo, Gabrielle se aferró a él con toda la fuerza que le daba la desesperación.

—No, no debes matarlo. Remy, por favor, no.

—¿Quieres proteger a este cabrón? ¿Después de lo que te hizo?

—No, condenado idiota. Es a ti a quien quiero proteger.

Tuvo la impresión de que Remy no la oía; su expresión era sombría y aterradora, sus pupilas unos simples puntitos en unos ojos que sólo parecían contener sangre y venganza. Los ojos del Azote.

Le cogió la cara entre las manos.

—¿Es que no entiendes nada? Sólo tú me importas. Sólo tú me preocupas. No quiero que te ocurra ningún mal. —Se le escapó un medio sollozo—. Te amo, grandísimo idiota.

Sus palabras le parecieron inútiles, no bastaban para apaciguar esa furia asesina. Se imaginó que Remy la iba a apartar de un empujón. Pero él se quedó inmóvil, mirándola sorprendido.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Dije que... que te amo —musitó ella.

Remy continuó mirándola un largo rato, que a ella le pareció una eternidad, y desapareció esa aterradora expresión. Desaparecieron los ojos del Azote, reemplazados por los dulces ojos castaño oscuro de Remy, maravillados. Se le aflojó el brazo y la espada cayó al suelo.

Mientras tanto Danton había logrado ponerse de pie con la ayuda de su escudero. Cabizbajo y cubriéndose la oreja con la mano, el caballero iba abandonando la liza. Remy ni se fijó ni le importó. En ese momento lo único que le importaba era que Gabrielle había dicho las palabras que no esperaba oír jamás, palabras milagrosas que todavía no podía creer.

Se quitó los guanteletes de piel y le cogió las manos.

—Repítelo.

Ella levantó la cara y lo miró, con la mandíbula apretada en un gesto de desafío, pero los ojos dulces y brillantes de lágrimas.

—Te amo. Siempre te he amado.

Él le apretó las manos. La sensación que lo recorrió en espiral fue muy diferente al estallido de emoción que podría haber esperado en otro tiempo. La dicha fue entrando en él con bastante suavidad, como el calor y la luz que empezó a correrle por las venas expulsando los últimos restos del frío y la oscuridad que últimamente habían atenazado su corazón.

El mundo se desdibujó y hasta el tiempo se detuvo para darles ese precioso momento, momento que acabó muy pronto. Gabrielle fue la primera que volvió a la realidad y retiró las manos de las de Remy. Al tomar conciencia de los gritos y el murmullo de voces provenientes de las tribunas, cayó en la cuenta del alboroto que debió provocar su intervención en el duelo, pero no le importó. Otro día analizaría si fue juicioso o estúpido confesarle su amor a Remy; en ese momento lo único que le importaba era que Remy estaba a salvo.

Se giró, dispuesta a desafiarlo todo, preparándose para enfrentar el desagrado de la Reina Negra además de las miradas curiosas y los dedos apuntándola. Entonces vio, sorprendida, que ni las miradas ni los gestos estaban dirigidos a ellos. Todas las cabezas estaban giradas hacia un grupo de hombres montados que en ese momento iban haciendo su entrada desde el patio del Louvre.

La atenazó el miedo de no haber conseguido salvar a Remy. Aunque impidió que Remy matara a Danton, el rey debió haber enviado a llamar a sus guardias para que lo arrestaran de todos modos. Miró a Remy, que estaba ceñu-

do mirando a la tropa de hombres que se acercaba. Le daría una fuerte sacudida suplicándole que huyera, si creyera que eso serviría para algo. Lo único que podía hacer era ponerse delante de él para protegerlo, pero antes que pudiera hacerlo Remy la cogió del brazo para obligarla a ponerse detrás de él.

Sin perder un instante, el tierno amante de hacía unos momentos recogió su espada y se convirtió en el severo capitán.

—Gabrielle, ve a buscar a Miri y a Lobo. Cuando los encuentres, los tres os...

—No iré a ninguna parte —ladró ella.

Él la miró indignado, pero el rápido avance de la tropa hacía inútil cualquier discusión. Soltando una maldición en voz baja, se limitó a ponerla detrás de él y se preparó. Gabrielle se asomó por un lado de su fornido cuerpo para mirar a la tropa.

En ese grupo no había nada de la guardia del palacio que ella hubiera visto alguna vez. Los hombres llevaban toscos yelmos y cotas de malla cubiertas por túnicas negras con cruces blancas en la parte delantera. Parecían un grupo de caballeros de antaño a punto de embarcarse en una de las Cruzadas.

Cuando llegaron a la liza, el jefe levantó una mano y todos los jinetes se detuvieron. Luego dieron la vuelta para formarse en filas y columnas delante de la tribuna principal. Gabrielle no logró verles bien las caras bajo las viseras levantadas, pero vio lo suficiente para pensar que eran los hombres de más mala catadura que había visto en su vida. Parecían un grupo de crueles mercenarios.

—Pero bueno, ¿qué diablos significa todo esto? —dijo Remy, ceñudo, revelando confusión y recelo en su expresión.

—No lo sé. ¿Una parte del torneo tal vez? —repuso Gabrielle detrás de él.

Al instante él le pasó el brazo por la cintura y la puso a su lado alejándola, como si temiera que uno de esos hombres pudiera sentir la tentación de apoderarse de ella. Y la verdad era que muchos parecían muy capaces de hacerlo.

Las caras de los demás espectadores reflejaban desconcierto. Solamente la cara del rey de Francia no manisfestaba el menor asombro cuando avanzó hasta el borde de la tribuna e hizo un gesto pidiendo silencio.

—Buenos amigos. Damas y caballeros de la corte —dijo con voz estentórea, muy diferente a su habitual tono quejumbroso—. Tenía planeado presentaros una sorpresa en el banquete de esta tarde, pero ha llegado un poco antes de lo que esperaba.

¿Una sorpresa? Gabrielle y Remy se miraron inquietos. Ella se apretó más a Remy, pensando que ese día ya había tenido sorpresas suficientes para toda la vida.

El rey se echó atrás su larga melena, haciendo destellar sus anillos, e intentó adoptar una expresión solemne:

—Existe una grave amenaza a la paz de nuestro reino que desde hace tiempo ha reclamado nuestra atención; fuerzas de las tinieblas tan potentes que es imposible enfrentarlas en nuestros tribunales eclesiásticos y de justicia. Ya casi había perdido la esperanza de poder combatirlas cuando me enteré del trabajo de estos hombres que veis reunidos ante vosotros. Soldados que han consagrado su vida a una sola causa, la destrucción de la plaga que se ha extendido por toda Europa. —Calló un momento para dar el efecto dramático—. Las horribles prácticas de la brujería.

Cazadores de brujas. Esos siniestros hombres eran cazadores de brujas, comprendió Gabrielle.

Eso tenía que ser otra de las perfidias de Catalina, otra traición más, pensó, furibunda. No sería la primera vez que la Reina Negra recurría a cazadores de brujas para enfrentar a sus enemigos. Esa práctica se consideraba la peor de las traiciones que una mujer sabia puede hacer a otra. Con los labios apretados buscó la cara de Catalina en la tribuna. La desconcertó ver que Catalina había palidecido, y su cara impasible estaba rígida por la conmoción y por otra expresión que ella nunca había imaginado que vería en la cara de la Reina Negra: miedo.

Estaba claro, entonces, que Catalina no tenía nada que ver con eso. Fuera cual fuera la intriga que se estaba tramando, no era obra de ella, la situación escapaba a su control. Se estremeció al comprender eso y, curiosamente, la hizo sentir más miedo aún.

El hijo de Catalina se paseaba por el borde de la tribuna, sus labios levemente curvados en una sonrisa satisfecha, claramente disfrutando de la sensación que había causado.

—Mi pueblo se ha visto obligado muchísimo tiempo a someterse al terror y la intimidación de esas mujeres impías dadas a la práctica de las artes negras —continuó en tono piadoso—. Permitidme que os presente al hombre que va a expulsar al demonio y va a librar a Francia de sus brujas de una vez por todas. —Levantó la mano en gesto teatral—. El señor Le Balafré.

Uno de los jinetes se apartó de las filas e hizo avanzar su caballo hasta situarlo justo debajo del rey. Se quitó el yelmo y al verle la cara muchos espectadores ahogaron una exclamación.

Gabrielle vio por qué. Era un hombre feo, de aspecto brutal, con la cabeza casi rapada, y la mejilla derecha cruzada por una horrible cicatriz. Cuando el hombre se inclinó sobre el ar-

zón para hacerle una rígida venia al rey, la sorprendió ver lo joven que era. Era demasiado joven para ser el jefe de ese grupo de hombres endurecidos.

En realidad... Se le quedó atrapado el aire en la garganta. Se apartó de Remy y entrecerró los ojos para observar más atentamente al cazador de brujas, para ver mejor, desentendiéndose de la cicatriz, esos rasgos que encontraba perturbadoramente conocidos.

—Ay, Dios mío —gimió.

Remy ya estaba detrás de ella, obligándola a retroceder.

—Gabrielle, ¿qué te pasa? ¿Conoces a ese hombre? ¿Quién es?

—Simon —contestó Miri en voz baja.

Gabrielle se giró y se encontró ante su hermana pequeña, que estaba detrás de ellos. Miri estaba pálida, su cara triste y sus ojos angustiados.

—Simon Aristide —musitó.

18

La luz del sol poniente caía tenue sobre los techos de París, anunciando la llegada de la noche que por fin pondría fin a ese terrible día. Gabrielle estaba asomada a la ventana del dormitorio de Miri contemplando la caída de la noche sobre la ciudad que veía más allá de los muros de su casa, una oscuridad que se le antojaba llena de nuevos peligros.

Simon Aristide. Ese maldito muchacho cuya traición estuviera a punto de costarle la vida al bienamado de Ariane, Renard, y cuya falsedad casi le rompió el confiado corazón a Miri. ¿Qué perversidad del destino hizo reaparecer a esos fantasmas del pasado el mismo día? Primero Etienne, después Simon.

Apartándose de la ventana, se giró a mirar preocupada a su hermana. Habiendo dejado el vestido verde sobre una silla, Miri estaba acurrucada en el centro de la cama con sólo la camisola, con las piernas flexionadas y el mentón apoyado en las rodillas, el pelo caído sobre la cara como una brillante cortina. Parecía haber vuelto a la infancia; era la imagen de una niñita herida.

No había dicho más de dos palabras desde que Remy las sacó a toda prisa del torneo y las acompañó hasta la casa de la ciudad. Siempre había considerado segura esa casa, pero ahora sus paredes parecían ofrecer poca protección de cuales fueran las misteriosas fuerzas que conspiraban contra ellos. Ca-

minó hasta la cama y se sentó al lado de Miri. En ese momento Nigromante frotó la cabeza en la pierna de Miri, ronroneando, pero ella no le hizo caso, lo cual era muy insólito. Gabrielle le pasó los dedos por entre los cabellos, peinándoselos hacia atrás, pasándoselos por encima de los hombros.

—¿Miri?

Miri levantó la cabeza y esbozó una llorosa sonrisa.

—No te preoupes tanto, Gabby. Estoy bien.

—No lo pareces, cariño. Estás muy pálida. En realidad, las patas de Nigromante tienen más color que tu cara —bromeó.

Nigromante se levantó sobre las patas traseras y le dio unos golpecitos en las mejillas como para manifestar su acuerdo con lo dicho por Gabrielle. Miri exhaló un suspiro y lo cogió en los brazos.

—He tenido una especie de conmoción, nada más. Recuerdo una y otra vez la primera vez que vi a Simon, la noche cuando esas chicas malvadas querían ofrecer a Nigromante en sacrificio en el círculo de piedras gigantes. Huyeron cuando llegaron los cazadores de brujas y Vachel Le Vis... —Se estremeció al recordar al malvado Gran Maestre de la Orden del Malleus Maleficarum—* creyó que yo era la responsable, pero Simon sabía que no. Me defendió y yo pensé que era el chico más hermoso que había visto en mi vida. Tenía el pelo negrísimo y lustroso, la piel blanca como la leche, y unos ojos oscuros tan amables.

—Y ahora su exterior por fin refleja la verdadera fealdad de su corazón —dijo Gabrielle ásperamente.

—Si me hubieras dejado acercarme a hablar con él...

Gabrielle negó enérgicamente con la cabeza. Tenía muchos motivos para estarle agradecida a Remy, pero ninguno tan importante como su prontitud para actuar ese día. Las ale-

jó de allí antes que ese traicionero Aristide tuviera la oportunidad de ver a Miri.

—¿Cuándo ha hecho algún bien intentar hablar con un cazador de brujas? —preguntó.

—Pero Simon era distinto. Había mucho de bueno en él. O al menos eso creía yo. —Miri apoyó la mejilla en la cabeza de Nigromante—. Ese plan de librar a Francia de las mujeres sabias podría ser más obra del rey que de Simon.

—No tiene importancia quién está detrás de eso, porque no nos quedaremos aquí para descubrirlo. —Al menos no tú, hermanita, pensó.

Miri levantó la cabeza, y al ver el destello de rebeldía en sus ojos, Gabrielle añadió:

—Supongo que incluso tú tienes que ver la necesidad de volver a la isla Faire. ¿A no ser que quieras arriesgarte a otro juicio por brujería?

Se sintió fatal por traerle ese doloroso recuerdo a su hermana, pero estaba resuelta a aprovechar cualquier argumento que se le ocurriera para lograr que Miri se marchara de París.

Miri suspiró y hundió los hombros.

—Es posible que tengas razón. Me llevé una terrible impresión al ver a Simon de nuevo, al comprender en qué se ha convertido. No soy capaz de pensar con claridad en estos momentos.

—No, claro que no —la tranquilizó Gabrielle—. Ha sido un día largo y agotador para todos. Todo se verá más claro mañana. Le diré a Bette que te traiga algo para cenar, y después te aconsejo acostarte.

—No te preocupes por la cena. Tengo poco apetito.

Gabrielle abrió la boca para protestar, pero Miri ya se estaba metiendo bajo las mantas. Verle la triste carita la decidió

a callar. Tal vez una larga noche de sueño reparador sería el mejor remedio para su pena. Remetiéndole la colcha por los dos lados, le dio un suave beso en la frente. Miri ya había cerrado los ojos, así que salió de puntillas de la habitación.

Tan pronto como se cerró la puerta al salir Gabrielle, Miri abrió los ojos. Arrugó la nariz al encontrarse mirando los ojos color ámbar de Nigromante. Con las manos apoyadas en la almohada, el gato tenía la cabeza encima de la de ella y su mirada era un puro reproche.

Sé lo que estás pensando, hija de la tierra. Olvídalo.

—No sabes lo que dices —masculló Miri.

Esa mansa sumisión puede haber engañado a tu hermana, pero a mí no. Sigues deseando ver a ese despreciable Aristide. No debes acercarte a él. Es un predador.

—Mira quién habla. Por bien que te alimente, sigues persiguiendo a los pobres ratones.

Nigromante se echó y comenzó a lamerse las manos con aire de suficiencia.

Cazar está en mi naturaleza, tal como está en la de él.

—También parece que está en tu naturaleza perturbar mi sueño constantemente —gruñó Miri—. Buenas noches.

Diciendo eso se metió más bajo las mantas, para que Nigromante ya no pudiera leerle la expresión. Era posible que Gabrielle y el gato tuvieran razón en su juicio sobre Simon, pensó. Tal vez lo que pensaba hacer era temerario y estúpido, pero no estaba en «su» naturaleza abandonar tan fácilmente a las personas que amaba.

Cuando Gabrielle llegó a su dormitorio ya estaban encendidas las velas. Se quedó inmóvil en el umbral, sorprendida al ver a Remy inclinado sobre la jofaina, desnudo hasta la cin-

tura, con sólo sus calzas. La parpadeante luz de las velas le iluminaba los ondulantes músculos de la espalda y los anchos hombros. Su suave exclamación ahogada le advirtió a él su presencia. Se enderezó y se giró a mirarla.

—Perdona, no era mi intención sobresaltarte. Bette me dijo que no te importaría si me lavaba la suciedad acumulada en el día y me curaba esto. —Dobló el brazo, enseñándole una fea herida que le bajaba por el antebrazo.

—N-no, n-no, claro que no —tartamudeó ella.

Con la llegada de los cazadores de brujas y su preocupación por Miri había olvidado la herida de Remy. Impelida por el remordimiento corrió a quitarle el paño mojado de la mano.

—Dame, yo me ocuparé de eso.

Cogiéndole la muñeca para mantenerle firme el brazo, comenzó a limpiarle suavemente la herida. Aliviada vio que ya no sangraba. Aunque de casi un palmo de largo, no se veía tan profunda que necesitara puntos. De todos modos, tuvo que morderse fuertemente el labio mientras se la limpiaba. Pero su angustia no le pasó desapercibida a Remy.

—Sólo es un rasguño, Gabrielle —le dijo, apartándole suavemente un mechón de pelo de la mejilla.

Eso ella lo sabía; era pensar en lo que podría haberle ocurrido a Remy lo que la hacía desear desmoronarse apoyada en su pecho y echarse a llorar. Resueltamente, concentró la atención en la herida. Aunque Remy protestó diciendo que no era necesario, insistió en aplicarle el ungüento de olmo escocés que había traído Bette. El ardor lo hizo retener el aliento, pero por lo demás soportó pacientemente el trabajo que le costó ponerle una venda de lino.

No tenía las manos tan firmes como habría querido, y no se atrevía a mirarlo a los ojos. Jamás le había dicho a ningún

hombre tan francamente que lo amaba. Esa confesión la hacía sentirse inhibida y vulnerable. Y la semidesnudez de Remy no contribuía en nada a desinhibirla. Tímidamente contempló los potentes contornos de su pecho lleno de cicatrices. El medallón de Cassandra reposaba sobre la alfombra que formaba su vello dorado oscuro rizado; el amuleto había resultado ser totalmente inútil. ¿De qué sirve un amuleto que avisa del peligro si el hombre es tan obstinado que no hace caso?

Estuvo tentada de sacarle el amuleto por la cabeza y tirarlo, pero el contraste que hacía el metal brillando sobre su pecho desnudo era en cierto modo muy masculino y extrañamente seductor. Esos pensamientos no contribuían a afirmarle las manos, y debido a esa torpeza tardó una eternidad en enrollarle la venda en el antebrazo. Remy no se quejó, pero hizo un gesto de dolor cuando le apretó demasiado la venda.

—Perdona. Nunca he sido tan buena como Ariane para esto.

—Lo estás haciendo muy bien.

Se atrevió a mirarlo a la cara y se encontró con su cálida mirada, sus ojos con una expresión tan tierna y apasionada como para debilitarle las piernas a cualquier mujer. Cuando le confesó su amor en el campo del torneo, por un breve instante todo le pareció posible, toda la felicidad al alcance de su mano. Pero ya había recuperado la sensatez.

Amaba a Remy, sí, y se lo había dicho al fin, pero eso no cambiaba nada, ni el peligro que enfrentaban, de la Reina Negra o los cazadores de brujas, ni la difícil situación con Navarra. Y mucho menos cambiaba la clase de mujer que era ella; no la hacía más digna del amor de Remy.

Cuando terminó de atar la venda fue a tirar el agua ensangrentada de la jofaina y llamó a una criada para ordenar-

le que trajera otro jarro de agua para que Remy pudiera terminar de lavarse.

Mientras estaba poniendo agua limpia en la jofaina, notó que él estaba observando todos sus movimientos. El calor de su mirada le aceleraba el corazón y le hacía hormiguear la piel. Hasta ese momento no sabía que un hombre pudiera hacer que una mujer lo deseara simplemente con su callada mirada.

El tenso silencio que se fue alargando entre ellos no era cómodo; expresaba demasiados deseos. Cuando estaba extendiendo una toalla de lino para él, se le ocurrió aligerar la tensión preguntándole con fingida alegría:

—¿No te gustaría usar mi jabón perfumado?

—¿Para acabar oliendo como uno de los amiguetes del rey de Francia? —dijo él, irónico—. No gracias. Mejor lo reservas para Miri. Tal vez ella quiera probarlo. —Pasado un momento preguntó—: ¿Cómo está tu hermana, por cierto?

—Bastante bien. Me parece que estará muy bien una vez que se haya recuperado de la conmoción. Pero me sentiré mejor cuando esté a salvo de camino a la isla Faire.

—Cuando las dos estéis de camino —dijo él firmemente.

Gabrielle dobló la toalla por la mitad y luego otra vez por la mitad. Había llegado el momento, ya no podía evitarlo. Lo que sí evitó fue mirarlo.

—Sólo hay un lugar al que voy a ir. El palacio. Volveré allí esta noche.

—¡Qué! ¿Estás totalmente loca?

Ella aferró la toalla recién doblada, arrugándola.

—Tengo que encontrar a Navarra para explicarle las cosas. Tienes que haberlo visto montado al final de la liza cuando pasamos corriendo. La expresión sorprendida en su cara.

—Sí, me fijé. Pero es mi deber explicarle lo nuestro, no el tuyo.

—Remy, no hay ningún «lo nuestro». No quiero que Navarra interprete mal lo que hice hoy y se enfade contigo. Por suerte no estaba lo bastante cerca para oír lo que te dije. Todavía hay tiempo de que lo tranquilice y enmiende las cosas con él.

—¿Qué tipo de enmiendas?

Gabrielle no se atrevió a contestarle. Ocupó las manos en volver a doblar la toalla. Remy se la quitó y la arrojó al suelo. Cogiéndola con fuerza de los hombros, la obligó a girarse a mirarlo.

—Sigues con el plan de convertirte en su querida, ¿verdad? ¿Vas a compartir su cama después de lo que me dijiste hoy? Maldita sea, Gabrielle, dijiste que me amas. ¿No lo dijiste en serio?

Sería mejor mentirle, simular que sólo le dijo lo que tenía que decir para poner fin al duelo. Pero vio tanto dolor e inseguridad en los ojos de él que no pudo soportarlo.

—Lo dije en serio. Te amo, pero no debo volver a decírtelo nunca más.

—¿Por qué, por el amor de Dios?

—Porque... ¿es que no lo comprendes? Porque no cambia nada.

—Para mí lo cambia todo en el mundo.

La atrajo hacia sí y se inclinó para besarla. Gabrielle desvió la cara y la boca de él sólo le rozó la mejilla.

—Remy, no importa lo que siento por ti...

—Lo que sentimos el uno por el otro —insistió él, besándole suavemente el pelo, haciéndola sentir su cálido aliento en la oreja—. Te amo Gabrielle, te quiero. No necesito decírtelo. Tienes que haberlo sabido siempre.

Le besó el sensible hueco de detrás de la oreja y bajó la boca por su cuello. El cálido roce de sus labios le hizo bajar un

estremecimiento por todo el cuerpo; besos suaves, besos fuertes, besos tiernos y apasionados. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para resistirse.

—Remy, por favor, no —le suplicó, apartándose—. ¿No ves que el amor entre nosotros es tan imposible como siempre?

Una expresión de deseo y frustración mezclados le ensombreció la cara a él.

—¿Por qué? ¿Por una visión que te conjuró una maldita bruja? ¿Por una estúpida predicción de que Navarra será el rey de Francia, que tú serás su querida y gobernarás a su lado? ¿Es eso lo que deseas realmente? ¿Es eso tan importante para ti?

Gabrielle retrocedió otros pasos llevándose la mano al cuello; le hormigueaba y ardía la piel por el calor de los besos de Remy.

—Hace mucho tiempo me hice la promesa de no ser nunca más débil como otras mujeres, sin poder en un mundo de hombres.

—¿Y qué demonios harás con todo ese poder cuando lo tengas? Dudo que el poder caliente a nadie por la noche, que haga sentir menos soledad y más felicidad.

—Nunca he deseado calor ni felicidad —dijo Gabrielle con voz débil—. Pero si fuera ama de toda Francia, te prometo una cosa. Ningún cazador de brujas volvería a cruzar la frontera. —Y añadió en tono más enérgico—: Y pondría fin a todas las luchas. Ninguna mujer tendría que sufrir la pérdida de un marido o un hijo en una estúpida batalla sin sentido.

—¿De veras crees que eso sería tan fácil, Gabrielle? ¿Desterrar el mal por decreto real? ¿Crees que un simple mandato va a convertir las espadas en herramientas para cultivar la tierra? Si crees eso quiere decir que conoces muy poco la natu-

raleza tenebrosa de los hombres, querida mía. Pero no creo que tu intento de alejarme tenga algo que ver con ansias de poder o de ser la querida de un rey. Esto tiene que ver con ese cabrón de Danton. Desde que comprendí lo que te hizo, prácticamente no has podido mirarme a los ojos.

Gabrielle trató de refutar eso mirándolo osadamente, pero descubrió que no podía. Remy cruzó la distancia que los separaba y doblando los dedos bajo su mentón le levantó la cara y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Gabrielle, cuando un hombre se porta como una bestia, es él quien pierde la honra, no la mujer.

Gabrielle sólo pudo mirarlo incrédula. La violación siempre se consideraba la ruina, la deshonra de la mujer; disminuía su valor, la convertía en mercancía dañada. Sin embargo, Remy continuaba mirándola con tanta ternura, con tanta comprensión, con tanto... tanto amor, que le resultó insoportable. Se apartó de él nuevamente.

—Si tú supieras —dijo, con la voz ahogada—. Nunca me has visto tal como soy. Tratas de hacer de mí una especie de ángel maltratado. Lo que ocurrió en el granero ese día fue por culpa mía. —Se le oprimió tan dolorosamente la garganta que tuvo que esperar un momento para continuar—: Yo estaba enamorada de Danton. Cuando me hizo entrar en el granero ni siquiera traté de resistirme. Nunca antes me había besado un hombre y deseaba saber cómo era. Cuando él me cogió en sus brazos fue... fue emocionante al principio. Nunca había sentido esa extraña oleada de excitación. Ni siquiera protesté, hasta que él... él quiso hacer algo más que besarme. —Bajó la cabeza, sintiendo arder las mejillas—. Traté de liberarme, apartarme, pero él se puso más violento y agresivo. Me asusté y le rogué que parara, pero ya era demasiado tarde. Yo lo había provocado, seducido, hasta que él no pudo resistirse.

Me... me hizo daño. Yo era tan tonta que creí que él me amaba, que podría querer casarse conmigo. Pero después de hacerme lo que me hizo me dijo que para lo único que serviría era para ser una prostituta.

—El hijo de puta —gruñó Remy—. Deberías haberme dejado que lo matara.

Gabrielle negó tristemente con la cabeza.

—Aunque odié a Danton por lo que me hizo, me odié más a mí misma. Porque comprendí que él tenía razón.

—Oh, Gabrielle —gimió Remy. Antes que ella pudiera resistirse, la cogió en sus brazos y le acunó la cabeza bajo el mentón—. Es lógico que te hayas sentido excitada por tu primer beso. Eras una jovencita muy apasionada, pero todavía eras doncella. Cualquier hombre decente habría sido el primero en dar marcha atrás. En lugar de respetar tu inocencia, Danton se aprovechó de ella para satisfacer su lujuria egoísta.

—Puede que eso sea cierto. Pero fue decisión mía continuar por el camino en que él me puso, convertirme exactamente en lo que él me acusó de ser.

—Porque él te quitó el respeto por ti misma.

—Dijo que no pudo evitarlo. Que yo lo hechicé.

El salvaje juramento que soltó Remy reveló lo que pensaba de eso.

—Cariño, a mí me has tenido hechizado años. Ningún hombre podría haber estado más excitado que yo esa tarde en mi habitación. Pero cuando me pediste que parara, me las arreglé para parar.

—Pero es que tú eres extraordinario. Jamás en mi vida he conocido a un hombre más honorable, más caballeroso, más amable.

—Ah, sí —rió él.

La amargura que detectó en su risa la sorprendió. Levantó la cabeza y la preocupó ver en sus ojos una expresión de burla de sí mismo.

—Aseguras que nunca te he visto tal como eres —continuó él—. Yo podría decir lo mismo de ti. Te has hecho de mí una imagen imposible: el gran héroe, el Azote. —Su voz sonó con un odio intenso al pronunciar ese apodo—. ¿Qué pensaste de mí hoy cuando me preparaba para cortarle la cabeza a Danton?

—Bueno, eh... —tartamudeó ella, inquieta por el recuerdo de la terrible expresión que vio en su cara—. Querías defender mi honor. Estabas furioso...

—Estaba más que furioso. Existe una negrura que se acumula como veneno para correr por mi sangre. La he sentido antes. Cada vez que pongo un pie en un campo de batalla. Cuando miro al otro lado del campo, al mar de caras valientes, muchas de ellas de muchachitos todavía imberbes, me repugna la idea de matar, de la pérdida de la vida. Pero una vez que comienza la batalla, soy tan bestia como cualquier prójimo. Me invade el deseo de ver sangre, el horrible deseo de destruir a mi enemigo. Y soy bueno para matar, Gabrielle. Demasiado bueno. ¿Por qué crees que tengo esas malditas pesadillas?

—Porque... por la Noche de San Bartolomé. Por todos los amigos que perdiste...

—Esas caras me atormentan, sí, las personas que no logré salvar. Pero hay otros espectros también, las imágenes fantasmales de los hombres que he matado, las vidas que he segado con mi espada. —Le dio la espalda y apoyó las manos en el mueble palanganero—. Tú me has contado tu secreto. Ahora te voy a contar el mío. Me preguntaste quién es el hombre que aparece en mis pesadillas, el demonio cuya cara

está oculta detrás de la visera. Si tengo suerte, despierto antes de verlo. Pero las noches en que no tengo tanta suerte, levanto la visera y veo que ese odioso demonio soy yo. Es la brutalidad de mi cara la que veo, son mis manos y mi espada las que están empapadas de sangre. Mi alma está mucho más manchada que la tuya.

Dicho eso guardó silencio, y ella comprendió que hacer esa confesión le había costado tanto como le costó a ella decirle lo de Danton. Deseó rodearlo con los brazos y consolarlo, pero la contuvieron los restos del pasado, los viejos miedos que la perseguían desde hacía tanto tiempo.

Ceder al amor y al deseo entrañaba riesgos enormes, pensó; la exponía al sufrimiento y la decepción. Era mucho más fácil no sentir nada, poner la fe en la profecía de un astrólogo ya difunto muchos años. Si dejaba que las estrellas dictaran su destino, no habría decisiones difíciles que tomar ni errores que cometer. Miró por la ventana del dormitorio y contempló la luna, a la que le faltaba muy poco para estar llena, rodeada por esos dispersos y misteriosos pequeños satélites. Nuevamente recordó las palabras de su madre: «Tu destino no está escrito en unas estrellas lejanas, cariño, depende totalmente de tus decisiones».

Mirando en retrospectiva sus decisiones de esos últimos años vio que eran muy pocas las que podía considerar sin pesar. Entonces percibió que él la estaba observando intensamente, como si quisiera discernir lo que estaba pensando. Cuando se giró a mirarlo, él la obsequió con una triste sonrisa:

—Es posible que tengas razón después de todo, y sea imposible. Tal vez nuestros distintos demonios son demasiado grandes, no es posible derrotarlos.

Aunque a ella le latía desbocado el corazón, se armó de valor y se le acercó:

—Pero mi señor caballero Nicolas, siempre habéis sido bueno para luchar contra dragones. Los dos somos personas defectuosas, manchadas por los remordimientos de actos pasados. Pero tal vez sea posible... podríamos... podríamos lavarnos mutuamente.

Cogió un paño limpio, lo mojó en el agua y lo escurrió. Le temblaban las manos cuando se giró hacia él y comenzó a pasarle el paño, comenzando por sus hombros y bajando luego por la amplia extensión de su pecho. Remy se estremeció ante su contacto, pero se mantuvo inmóvil, como si ella fuera un animalito salvaje del bosque y el más mínimo movimiento pudiera ahuyentarlo.

Y bien que podría. No había nada en ella de la osada cortesana en ese momento. Se sentía tan tímida e inhibida como una recién casada en su noche de bodas. Haciendo a un lado el medallón, le acarició con el paño la capa de vello dorado, pasándolo con más suavidad cuando llegaba a una cicatriz, como si esas crueles marcas pudieran dolerle todavía.

Le dolía mirar esos duros recordatorios de lo que él había sufrido. Nicolas Remy era un soldado valiente que había luchado, tal como se le entrenó, y luchado bien. Otros hombres podían ser capaces de dejar los horrores en el campo de batalla y olvidarlos, pero Remy llevaba esos negros recuerdos en el cansancio que expresaban sus ojos y en esas pesadillas. Era demasiado sensible ese hombre al que apodaban tan erróneamente el Azote. Se detuvo en la peor de las cicatrices, la rugosa que le bajaba del hombro. Se la limpió cuidadosamente con el paño mojado y luego se acercó a besársela.

Remy emitió un siseo entre dientes y cogiéndola de los hombros la apartó.

—No, por favor, no hagas eso, Gabrielle. Mis heridas son muy feas para besarlas.

—Mis cicatrices son tan feas como las tuyas, sólo que no tan visibles —dijo ella—. Sin embargo tú no te apartas de mí asqueado.

—Te amo, Gabrielle, ¿cómo podría...?

Gabrielle lo silenció con un beso.

—Entonces debes permitirme amarte también. Todo entero.

Procedió entonces a besarle las cicatrices una a una, lentamente, deteniéndose en cada una como si pudiera extraerle todos los dolorosos recuerdos e introducirlos en ella. Cómo deseó poder hacer eso. Se le empañaron los ojos y el sabor a sal de sus lágrimas se mezcló con el de la piel de Remy. A él se le fue agitando la respiración con cada beso; le acarició el pelo y se inclinó a besarle la coronilla de la cabeza. Después le fue quitando las horquillas hasta que el pelo le cayó suelto alrededor de los hombros. Después empezó a desabotonarle el vestido, con las manos tan temblorosas como las de ella.

Continuó desabrochando y soltando lazos y, apartándole las capas de ropa, se las bajó por los hombros dejándola desnuda hasta la cintura. Le quitó el paño, lo mojó, lo escurrió y empezó a pasárselo, comenzando por la cara, limpiándosela de lágrimas, y luego bajó por el cuello, siguiendo una ruta sensual que a ella le produjo un estremecimiento. Bajando con el paño hasta llegar al valle entre sus pechos, se lo pasó en círculos alrededor de cada pecho.

Continuó así pasando el paño en círculos más pequeños, y con más fuerza hasta que a Gabrielle le reaccionó el cuerpo tensándose, y se le endurecieron los pezones con el suave roce. Del paño se escaparon unas gotitas y Remy se apresuró a inclinarse a cogerlas con los labios. Entonces deslizó la boca y la lengua sobre la piel desnuda y fue subiendo hasta coger-

le un pecho. Cerró los labios sobre el pezón, bañándoselo con el calor de su lengua. Gabrielle ahogó una exclamación y se aferró a sus anchos y fuertes hombros. Como una persona que lleva muchísimo tiempo extraviada en un gélido paraje en invierno, sintió hormiguear la piel como si fuera volviendo penosamente a la vida.

Suspirando le enterró los dedos en la cabeza por entre el pelo mientras él le succionaba el pecho, y luego bajó las manos por su espalda con creciente y urgente deseo. A Remy se le cayó el paño de la mano y ni se fijó. Se enderezó para cogerla en sus brazos y la estrechó contra él, aplastándole los sensibles pechos en la dura pared de su pecho. El medallón de Cassandra quedó entre ellos, y el contacto con el frío metal le produjo un extraño estremecimiento a Gabrielle.

Remy se apartó para sacarse el amuleto por la cabeza y dejarlo a un lado y al instante volvió a estrecharla en sus brazos quedando los dos piel con piel, corazón contra corazón. Se apoderó de su boca en un beso violento y tierno a la vez, acariciándole la lengua con la suya en una ardiente unión. Gabrielle se aferró a él, correspondiéndole el beso con las mismas ansias.

No se dio ni cuenta de cómo Remy le quitó el resto de la ropa y de pronto estaba totalmente desnuda y vulnerable en sus brazos. Sin dejar de besarla en la boca él bajó las callosas y grandes manos por su espalda, deteniéndolas ahuecadas en las nalgas. La apretó contra él; a pesar de la barrera que formaba la tela de sus calzas, a ella no le quedó duda del grado de su excitación, de su hambre de ella. Aunque intentó dominarlo, experimentó ese viejo y conocido revoloteo de terror.

Ese era el momento en que siempre emprendía la retirada, su mente se separaba de su cuerpo para huir a un refugio

distante y seguro. Pero Remy la tenía fuertemente abrazada y su beso, sus caricias y sus adoradores ojos tejían ataduras irrompibles a su alrededor que no le permitían escapar.

Puso fin al beso, se apartó de él y se giró, temblando. Por lo menos podría apagar las velas para encontrar cierta seguridad en la oscuridad. Cogió el matacandelas y se dirigió al hogar a apagar las velas encendidas sobre la repisa.

Remy se apresuró a seguirla y cerró la mano en la de ella.

—No, Gabrielle, no las apagues. He esperado demasiado tiempo. Necesito verte.

De mala gana ella se rindió y dejó a un lado el matacandelas. Volverse a mirar a Remy otra vez, totalmente desnuda ante él, fue una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida. Por instinto levantó las manos para cubrirse los pechos, pero Remy se las cogió antes. Apartándole suavemente los brazos, la miró lentamente de arriba abajo. Jamás los ojos de ningún hombre habían combinado tanta ternura con deseo.

—Qué hermosa eres —dijo con la voz ronca.

Que era hermosa se lo habían dicho muchísimas veces. Conocía muy bien las perfecciones de su cuerpo, de un modo objetivo, clasificándolas como un soldado podría hacer evaluación de sus armas. Pero hasta ese momento jamás se había «sentido» hermosa, jamás, hasta ese momento en que Remy la estaba adorando con los ojos. Se ruborizó y se estremeció, y de pronto sintió la absoluta necesidad de verlo a él todo entero también.

Sintió rígidos y torpes los dedos cuando intentó desabrocharle las calzas. Con la ayuda de él logró desvestirlo. Entonces lo miró, lenta y tímidamente, los osados contornos de su pecho, su estrecha cintura, sus delgadas caderas, los duros músculos de sus muslos. Al pasar la vista por su erección no pudo evitar un ligero estremecimiento.

Remy debió notar su reacción, porque le cogió la cara entre las manos y le rozó suavemente los labios con los suyos.

—Todo irá bien, Gabrielle. Jamás te haría daño.

—E-eso lo sé —dijo ella, pero tembló de todas maneras.

Sus temores no estaban basados en la razón, pero los sentía, eran muy reales. El legado de Danton.

—Nos vamos a tomar esto con mucha calma. Puedes detenerme cuando quieras —le prometió Remy, volviendo a besarla.

La llevó hasta la cama, con toda la ternura con que un recién casado llevaría a su esposa virgen. Echando atrás las mantas, se tendió sobre la sábana y la atrajo hacia él, acostándola a su lado.

Así tendidos lado a lado, ella apoyó la frente en su hombro mientras él le besaba suavemente la cabeza por entre el pelo. Remy siempre había sido hombre de muy pocas palabras. No era el tipo de amante que susurra bonitas declaraciones de amor ni epítetos cariñosos. Hablaba con la intensidad de su mirada, con el calor de sus caricias, el ardor de sus besos.

Le levantó la cara hacia él y le besó la frente, los párpados, la punta de la nariz y de ahí pasó a su boca, en un beso largo, profundo, lento. A pesar de la aceleración de su pulso por los nervios, Gabrielle no pudo dejar de responder, abriendo los labios para que él introdujera la lengua, y sintiendo correr el calor por sus venas.

Paciencia. Él tenía mucha paciencia. Sólo podía maravillarla su autodominio cuando su deseo y necesidad eran tan evidentes. Sintió el roce de su endurecido miembro en el muslo, sensación que le produjo deseo y la alarmó al mismo tiempo.

Besándola una y otra vez, Remy la recorrió con las manos, acariciándole los pechos, atormentándole los pezones hasta que estuvieron duros de ansias, haciéndole bajar espirales de excitación por todo el cuerpo. Pero cuando le deslizó la mano por el plano del abdomen, acercándola al nido de rizos del pubis, ella volvió a tensarse.

Juntó con fuerza las rodillas y le hizo a un lado la mano. Con la boca pegada a la de él, comenzó a acariciarlo casi con frenesí. Había aprendido los trucos para dar placer a un hombre, a satisfacerlo sin entregar nada de ella. Era posible incluso llevar a un hombre a la eyaculación sin que estuviera dentro de ella.

Casi desesperada, comenzó a aplicar esos ardides en Remy, acariciándole el pecho con las yemas de los dedos y la boca. Cerró la mano sobre su pene y se lo atormentó con las yemas de los dedos. Remy emitió una exclamación ahogada, y le cogió la muñeca.

—No, Gabrielle, no tan rápido. Primero tengo que darte yo placer a ti.

Ella se puso de espaldas y fijó la vista en el dosel de la cama, para que él no viera sus dudas, su miedo de que por mucho que lo amara a él, nunca le sería posible sentir el placer último con las caricias de ningún hombre.

Él hizo varias respiraciones profundas, como esforzándose en refrenar su oleada de excitación. Después se colocó encima de ella, afirmado en los codos para no aplastarla, y reanudó el tierno asalto a sus sentidos, tratando de excitarle la pasión. El cuerpo de ella ansiaba apremiantemente reaccionar a sus besos, a sus caricias, abrirse a él con toda la plenitud del deseo, pero los viejos miedos seguían aferrados a ella, estorbando. Parecía tener incrustado bajo la piel el negro recuerdo de Danton.

Sintió el áspero roce de la barba de un día de Remy en la sensible piel del abdomen mientras él la besaba ahí avanzando peligrosamente hacia abajo. Él trató de separarle los muslos con la mano, y entonces se le quedó atrapado el aire en la garganta. A pesar de su firme resolución, notó cómo su mente trataba de escapar.

Ninguno de sus amantes se había fijado en eso jamás, pero de pronto notó que Remy se quedaba inmóvil, su cálido aliento sobre su muslo. Crujió la cama al cambiar él de posición. Poniéndole una mano en la mejilla, le dijo con la voz áspera:

—Ah, no, Gabrielle, no. Por favor, no simules que yo estoy lejos.

—L-lo siento —tartamudeó ella—. Esta primera vez podrías tomarme rápido y... y...

—Pero es que no te voy a tomar yo. —Le apartó suavemente el pelo de la frente, su sonrisa tierna y misteriosa a la vez—. Tú me vas a tomar a mí.

Antes que ella pudiera preguntarle qué quería decir, él se tendió de espaldas, llevándola con él hasta dejarla encima suyo, su potente cuerpo aplastado por el de ella. Gabrielle agrandó los ojos al comprender qué pretendía él que hiciera. Como cortesana debería conocer todas las formas de hacer el amor, pero nunca había tenido una pareja que no prefiriera la posición dominante, con la mujer sumisa debajo. La avergonzó confesar:

—Remy, nunca he... no sé si puedo darte placer de esta manera.

—No se trata sólo de mi placer sino del tuyo también. ¿No confías en mí, Gabrielle?

—Te confiaría mi vida.

—Entonces confíame tu corazón también.

La besó y le separó las piernas hasta dejarla montada a horcajadas sobre su potente cuerpo; ella sintió el calor que emanaba de él, y se excitó a pesar de sus miedos.

Él le deslizó las manos por los brazos, los pechos y las curvas de la cintura como si fuera un escultor modelándola amorosamente. Cuando le introdujo los dedos en la entrepierna, se estremeció del placer que le produjo eso y se sintió mojada y más excitada. El deseo amenazó con tragársela como una ola de marejada. Acariciándola, Remy le echó el pelo detrás de los hombros, claramente deseando mirarle la cara.

—No lo combatas, Gabrielle. No tengas miedo. Tu deseo está seguro conmigo.

Respiraba rápido y fuerte y le temblaba el cuerpo de necesidad, pero no hizo el menor movimiento para introducirse en ella. Continuó explorándole ahí con los dedos, acariciando, frotando, hasta que su deseo de él superó todo el miedo.

—Remy, por favor —jadeó—. Te... te necesito dentro de mí.

—Entonces introdúceme ahí.

Gabrielle se desplazó un poco y cerró la mano alrededor del duro pene; se posicionó y comenzó a bajar hasta sentir estirarse su interior como una vaina alrededor del miembro. La sensación de tener a Remy dentro de ella la hizo hacer una inspiración entrecortada, impresionada por la potencia de su cuerpo, la potencia de un hombre tan seguro de su fuerza que era capaz de entregarle el mando a ella totalmente.

Él le cogió las caderas entre las palmas, ayudándola a moverse contra él, pero dejándola imponer el ritmo. A medida que se iban intensificando el deseo y el placer, fue embistiendo más rápido y más fuerte. Cuando le cayó el pelo sobre los ojos, agitó la cabeza para echarlo atrás, porque deseaba verlo.

Continuó embistiendo, embelesada al verlo moverse debajo de ella, sus duros músculos brillantes por una fina capa de sudor, sus angulosos rasgos inundados de pasión. Se sintió impelida a sumergirse en la cálida oscuridad de sus ojos, sus jadeantes respiraciones al unísono.

La tensión se fue enroscando, enrollando dentro de ella hasta que ya no pudo soportarlo. Emitió un ronco gemido cuando el cuerpo se le estremeció por un estallido de placer tan intenso, tan fuerte, tan dulce que jamás podría haberse imaginado. Entonces, al fin, a Remy se le escapó el autodominio. Arqueándose con fuerza, emitiendo un ronco gemido, le aferró las caderas y derramó su simiente en lo más profundo de ella.

La potencia de la liberación dejó a Gabrielle débil y temblorosa. Echó el cuerpo hacia delante, agradeciendo el apoyo de las fuertes manos de Remy afirmándole los brazos, y sin el menor deseo de poner fin a la unión de sus cuerpos. Sentía subir y bajar los pechos mientras su acelerado corazón iba recuperando un ritmo más tranquilo. Cerró los ojos y exhaló un largo y profundo suspiro.

Cuando los abrió vio que Remy la estaba mirando, con la boca curvada en esa media sonrisa de niño que a ella tanto le gustaba. Su expresión era tierna pero contenía también un cierto elemento de triunfo puramente masculino. Él sabía lo bien que le había dado placer, pero su conocimiento no la avergonzaba. Emitiendo una risita entrecortada, agitó la cabeza para echarse atrás el pelo y le correspondió la sonrisa. Incorporándose un poco para aliviarlo de su peso, buscó las palabras para explicar cómo la hacía sentirse. No como un premio para coger, no como un cuerpo para utilizar o poseer, sino como estaba destinada a sentirse una hija de la tierra: fuerte y hermosa, dadora de vida y amor.

Abrió la boca para decirle todo lo que había restablecido en ella. Pero fue en vano. Al final, lo único que pudo hacer fue desmoronarse en sus brazos y susurrar:

—Gracias.

19

Las velas se habían ido apagando una a una y sólo continuaba encendida la del candelabro de la mesilla de noche. Esta iluminaba a Remy y Gabrielle entrelazados bajo la sábana, bañándolos en una suave luz parpadeante que mantenía a raya la oscuridad. Remy estaba de espaldas, sin apenas moverse, para no perturbar el sueño de Gabrielle que estaba a su lado. El agotamiento había rendido a Gabrielle al fin. Tenía la cabeza apoyada en su hombro, su pelo dorado desparramado sobre su pecho. Sentía el blando y cálido peso de sus pechos, la suave brisa que producía su aliento al respirar, su piel todavía mojada por la agitación de la relación sexual.

Le ardía el cuerpo de deseo. Podría introducirse en ella una y otra vez, pero tal vez ella no estuviera preparada para eso. Le había agradecido la ternura con que le hizo el amor. Eso decía muchísimo sobre la brutalidad que sufriera a manos de Danton y del vacío de su vida como cortesana, de las concesiones que había hecho, de las cosas que hacía para sobrevivir. La batalla por sobrevivir; eso era algo que entendía muy bien, porque esos últimos años él había hecho muchas concesiones también, cuando vendía el servicio con su espada al mejor postor.

Le rozó el pelo con los labios en un suave beso. Lo que lo preocupaba más en esos momentos era el futuro, un futuro que veía plagado de peligros: el de los cazadores de brujas, el

de la malignidad de la Reina Negra e incluso el de la furia de su rey. ¿Cómo reaccionaría Navarra cuando se enterara de que él pensaba casarse con Gabrielle pero no tenía la menor intención de compartirla con ningún hombre, ni siquiera con su rey? Navarra podía ser uno de los hombres más acomodadizos y afables que había conocido, pero los reyes tenían fama de no permitir que se frustraran sus deseos.

Lógicamente no habría ninguna recompensa real, ni propiedades ni títulos en su futuro. Jamás le habían importado esas cosas por él, pero Gabrielle se había acostumbrado a la ropa suntuosa, a finas joyas y a la elegancia de esa casa de ciudad. Le roía el orgullo pensar que nunca podría darle ese tipo de cosas.

Incluso antes de venirse a París, ella llevaba una vida muy cómoda en la casa señorial de su familia en la isla Faire y después en el castillo de su cuñado. Se veía apurado para imaginarse a esa bella mujer compartiendo con él una pequeña casa de campo o granja; o soportando las privaciones de la vida de un campamento: el barro, el frío, la mala comida, cuando lo siguiera en alguna campaña militar.

La amarga verdad era que no tenía para ofrecerle más de lo que había tenido siempre, pero tomando en cuenta los otros peligros que los amenazaban, la manera de mantener a Gabrielle debería ser el menor de sus problemas. Acercándola más, apoyó el mentón en su cabeza, pensando que era un perro desagradecido; debería estar contento por ese momento, feliz por tener lo que deseaba desde hacía tanto tiempo.

Gabrielle estaba con él, a salvo y abrigada en sus brazos. No deseaba rendirse al sueño, no fuera que al despertar descubriera que todo había sido sólo un sueño. Pero a pesar de sus esfuerzos por continuar despierto, pudo con él el agotamiento de esa jornada. Se le cerraron los ojos pero sus pensa-

mientos inquietos lo llevaron a sueños inquietos. Esta vez no iba tambaleándose por las calles de París la Noche de San Bartolomé buscando su espada extraviada, sino vagando desesperado por los corredores del Louvre buscando a Gabrielle, y no lograba encontrarla, por muchas puertas que abriera.

Mascullando, agitó la cabeza en la almohada y despertó. Su primer impulso fue coger a Gabrielle en los brazos y acercarla a él, pero sólo encontró el espacio desocupado junto a él. Con el corazón oprimido por un terror irracional se sentó bruscamente.

—¿Gabrielle?

—Estoy aquí.

Sintiendo un inmenso alivio vio su silueta dibujada en la ventana; estaba con la nariz casi pegada al cristal. Se había puesto otra de sus carísimas batas, aunque esta la envolvía como una especie de nube de seda azul, haciéndola parecer blanda y accesible.

Echando atrás las mantas, bajó las piernas y se apresuró a ponerse las calzas que había dejado tiradas en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó, angustiado—. ¿Ha ocurrido algo?

—No. Me desperté y no logré volver a dormirme, pero no quería despertarte. —Alargó la mano y lo atrajo hacia la ventana—. Ven a mirar esto.

Entrecerró los ojos para mirar hacia la oscuridad. En la distancia se veía una explosión de luces, que le recordaron desagradablente el fuego de artillería en el campo de batalla.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó, tenso por el deseo de ir a buscar su espada.

—¿Una estrella fugaz? A lo mejor eso es lo que ocurre cuando uno desafía al destino. Caen estrellas del cielo. —Al verlo sorprendido por esas palabras, se echó a reír y le apretó

la mano—. Era una broma. Sólo son fuegos artificiales, sin duda en los jardines del palacio.

Acercándose más a la ventana, él vio que, efectivamente, era eso. En ese momento subió otra luz por el cielo nocturno y explotó en una cascada de lucecitas rojas y doradas que bajaron y se perdieron de vista detrás de los techos de las casas cercanas.

—¿Qué crees que están celebrando, la llegada de los cazadores de brujas?

Gabrielle sonrió como celebrándole el sarcasmo.

—Muchas veces hay fuegos artificiales en el Louvre. Es sólo una parte de la diversión durante el festín que siguió al torneo.

Una diversión muy cara, en opinión de Remy, un estúpido desperdicio de pólvora negra, pero Gabrielle tenía apoyadas las manos en los paneles, disfrutando del espectáculo. No pudo dejar de pensar que si no fuera por su regreso a París, ella habría estado en ese festín, radiante con uno de sus más preciosos vestidos, cogida del brazo de Navarra, mirando los fuegos artificiales con él. Si a Enrique le fuera posible casarse con ella, qué maravillosa reina sería. Ese era un papel que le venía mucho mejor que el de esposa de un soldado.

Ese pensamiento le bajó tremendamente el ánimo.

—Gabrielle... esto... ¿no lamentas lo ocurrido entre nosotros esta noche?

Ella se giró a mirarlo, sus finas cejas arqueadas por la sorpresa.

—No, Remy, por supuesto que no. ¿Cómo se te puede ocurrir preguntarme eso?

—Bueno, porque deseo casarme contigo...

—Eso espero. Te has acostado conmigo. Sería horroroso si ahora me dejaras plantada.

Le echó los brazos al cuello y le sonrió tiernamente, sus labios todavía rojos y llenos por los besos que se habían dado. Él le rodeó la cintura con las manos.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Quiero estar verdaderamente casado contigo, ser tu marido en todo el sentido de la palabra.

—Y ha sido un comienzo excelente.

Diciendo eso se apretó seductoramente contra él, haciéndolo muy consciente de que sólo una delgada capa de seda lo separaba de sus exuberantes curvas, y luego le deslizó los labios por el contorno de la mandíbula. Se le tensó el cuerpo con la inevitable reacción. Pero sus dudas eran demasiado inquietantes para dejarlas de lado.

—No soy un rey, Gabrielle —dijo, apartándose a una distancia segura—. ¡Demonios! Ni siquiera soy un caballero.

—No deseo un rey —dijo ella, intentando volver a sus brazos.

Pero había deseado uno, pensó él, y de eso sólo hacía unas horas. Tal vez ella le leyó el pensamiento en los ojos, porque retrocedió y dejó caer los brazos.

—De acuerdo, lo reconozco. He estado pensando en Navarra.

Remy hizo un mal gesto; no era eso lo que había deseado oír. Ella se apresuró a continuar:

—Pero sólo he pensado en él porque me siento un poco culpable. Hice todo lo posible por hechizarlo, por hacer que se enamorara de mí. Bajo su fachada indolente, despreocupada, es un hombre bueno, Remy. No tengo el menor deseo de herirlo.

—Yo tampoco —dijo él.

Recordó inquieto cómo se le iluminó la cara a Navarra cuando le habló de su amor por Gabrielle. Claro que había

visto muchas veces enamorado a su joven rey, y se imaginaba que se recuperaría muy pronto y encontraría consuelo en otra. De todos modos, si había una mujer capaz de inspirar un amor duradero en un hombre, incluso en uno tan mariposón como Navarra, esa era Gabrielle. Pero incluso pensando en esa posibilidad, negó con la cabeza:

—Navarra no puede estar tan enamorado de ti; si lo estuviera no te habría propuesto un arreglo tan deshonroso como casarte conmigo para que estés segura cuando él se canse de ti.

—Los reyes tienen normas de conducta distintas a las del resto de los mortales.

Remy apretó la mandíbula, obstinado.

—Un rey debería tener un código de nobleza superior al de sus súbditos.

Gabrielle le acarició la mejilla, sonriéndole tiernamente.

—Exiges demasiado de las personas, Remy, principalmente de ti. Pero creo que es por eso por lo que te quiero tanto.

Esas palabras le produjeron un agradable calorcillo, disipando parte de sus preocupaciones y dudas. Ella lo amaba. Le parecía que nunca la oiría decir eso con la suficiente frecuencia. La cogió en sus brazos y sus labios se encontraron en un beso profundo, profundo y largo. Continuaron abrazados un buen rato, él con la frente apoyada en la suya. Sintió pasar un ligero estremecimiento por el esbelto cuerpo de ella.

—Casi me asusta ser tan feliz —musitó ella.

Él la estrechó con más fuerza; sabía muy bien qué quería decir. Él tenía miedo, como si en cualquier momento algún dios celoso pudiera encontrar la manera de arrebatarle a Gabrielle. O tal vez un rey celoso...

—Ni siquiera deseo pensar qué podría traernos el mañana, pero supongo que debemos hacerlo —suspiró ella, levantando la cabeza para mirarlo—. ¿Qué vamos a hacer, Remy?

—Bueno, para empezar, debo continuar con mis planes para rescatar a Navarra, porque...

—Porque es tu deber —terminó ella, haciendo un mal gesto.

Remy abrió la boca para pedir disculpas, pero ella lo detuvo negando con la cabeza, irónica.

—No, está bien. Lo comprendo. ¿Se te ha ocurrido algún plan para cumplir ese deber?

—Creo que sí, pero mi primera prioridad es encontrar un buen grupo de hombres armados para que os escolten a ti y a Miri hasta la isla Faire, lo más lejos posible de esos cazadores de brujas.

—Eso irá bien para Miri, pero yo no me voy a ir.

—Gabrielle...

Ella le tapó la boca con la mano.

—No. Y no me mires con una de esas severas miradas de capitán, Nicolas Remy, como si esperaras que me pusiera en posición de firmes. No voy a huir a la isla dejándote a ti aquí en peligro.

—El peligro será muchísimo menor si puedo concentrarme en mi misión sin tener que preocuparme por tu seguridad.

Gabrielle se apartó de él poniendo los ojos en blanco.

—Uy, señor, qué argumento más masculino. No podrás rescatar a Navarra sin mi ayuda, ¿lo has olvidado? Él sólo accedió a marcharse de París porque pensó que conseguiría tenerme.

—Pues bien, no te va a tener, y con eso queda dicho todo —ladró él.

Gabrielle se dio media vuelta, como si no lo hubiera oído, y juntó las yemas de los dedos bajo el mentón, pensativa.

—Fue egoísmo por mi parte tratar de retener a Navarra conmigo en París. Eso lo veo ahora. Es posible que sea el rey de Francia algún día, pero por ahora estaría mejor restaurado en su propio reino. Por desgracia, es posible que él no vea que eso es lo que más le conviene, sobre todo si se enfada contigo y conmigo por traicionarlo.

—¿Traicionarlo? —repitió él, sofocado.

—Tendremos que simular que sigo deseando ser su querida.

—¡No! De ninguna manera.

—Sólo será por un tiempo. Una vez que lo tengamos seguro fuera de Francia, al otro lado de la frontera, entonces podemos decirle...

—Maldita sea, Gabrielle. ¿No me has escuchado? —La cogió por el codo y la obligó a girarse a mirarlo—. He dicho ¡no! Estoy harto, ¡harto!, de todo este fingimiento y engaño. No quiero que vuelvas a acercarte a Navarra.

—¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? ¿De que yo acabe en su cama?

—Francamente, sí.

—Me las he arreglado para evitar eso todo este tiempo. ¿No tienes fe en mi amor por ti? ¿No te fías de mí?

—Es de Navarra del que no me fío. —Remy arrastró un pie por el suelo y añadió en tono hosco—. Ni de mí. Dudo de mi capacidad para retener tu corazón.

—Ay, Remy —musitó ella, acercándosele conmovida—. Resulta que mi corazón es tuyo y siempre lo será. Detesto este engaño tanto como tú, tal vez incluso más. Pero Catalina ya hizo un intento para eliminarte. Está claro que sospecha de tus planes de liberar al rey de sus garras. La llegada de

esos cazadores de brujas podría resultar una distracción para ella por un tiempo. No creo que esperara ni deseara su llegada más que nosotros. Pero se te está acabando el tiempo. No puedes permitirte una desavenencia con Navarra por mi causa. Si de verdad deseas rescatar a tu rey, esta es la única manera.

Remy comprendió su razonamiento, aunque no le gustó. Pero no logró mantenerse firme contra esos argumentos más de lo que logró resistirse al beso que ella le dio en la boca.

—Muy bien —concedió, exhalando un suspiro de amargura—. Pero tienes que prometerme una cosa. Una vez que tengamos a Navarra fuera de París se acaban los engaños y las intrigas. Todo será claro, honrado y sincero, especialmente entre nosotros.

—Si tú me prometes algo a cambio. Dime que nunca más volverás a darme un susto como el que me diste hoy. Morí mil veces mientras te veía arriesgar tu vida en el torneo.

—Soy soldado, Gabrielle. No te puedo prometer no volver a luchar nunca más. Sobre todo teniendo que rescatar a un rey, y ahora con esta nueva amenaza de los cazadores de brujas.

—Por lo menos júrame que no vas a arriesgar la vida por una causa estúpida como lo de luchar con Danton.

Remy se tensó al oír nombrar a ese hombre.

—No lo consideré estúpido. De hecho, sigo deseando aniquilar a ese cabrón.

Ella ahuecó la mano en su mejilla y lo obligó a mirarla.

—Pero ¿es que no lo ves, Remy? Lo has aniquilado. Su muerte no me habría liberado de su poder. Lo que hicimos aquí esta noche, la ternura con que me hiciste el amor, eso lo derrotó.

Si eso era completamente cierto, estaba tremendamente contento, pensó él, pero sólo aplacaba ligeramente su ira contra Danton.

—Este no es el tipo de derrota al que estoy acostumbrado. Lo que quieres decir, en otras palabras, es que esta noche blandí un tipo de espada que no correspondía.

—¡Nicolas Remy!

Su ofendida exclamación lo hizo reír a su pesar. Entonces ella le dio un golpe en el hombro en fingido reproche y él se desquitó haciéndole cosquillas. Gabrielle se desquitó haciéndole cosquillas a él también. Danton ya estaba totalmente olvidado cuando Remy se arrojó de espaldas en la cama tironeándola hasta hacerla caer junto a él. Y así continuaron en una juguetona pelea hasta que los dos estuvieron sin aliento de tanto reír. Remy se colocó encima de ella afirmándose en los codos para no aplastarla con su peso, sintiendo el corazón más ligero que nunca desde hacía mucho tiempo. El pelo dorado de ella estaba bellamente esparcido sobre la sábana como un abanico y tenía la cara sonrosada de tanto reírse, pero sus ojos brillaban con una especial dulzura.

—Qué fantástico es oírte reír, Remy. Llevas gran parte del peso del mundo en los hombros. Cuando te ríes te ves mucho más joven.

—¿Es que tengo una barba canosa, entonces?

Ella le pasó los dedos por entre el pelo cerca de la sien y lo miró con cara pícara:

—Creo que veo unos cuantos hilos de plata aquí, señor.

—Si tengo alguna cana, tú la has puesto ahí, señora —replicó él sonriendo—. ¡Mira quién me dice que soy temerario y corro riesgos! Ni que viviera hasta los cien años, jamás olvidaré el día en que me robaste la espada para luchar con los

cazadores de brujas. Cuando seas mi mujer, te lo advierto, no voy a tolerar...

—¡Ay, Dios! —exclamó ella, interrumpiéndolo—. Se me había olvidado.

Empujándolo por el pecho salió de debajo de él y apartó la sábana con los pies para bajarse de la cama. Remy la cogió por la cintura para retenerla.

—Lo que sea que se te olvidó, ¿no puede esperar hasta la mañana?

—No, tengo algo que deseo darte.

Él comenzó a asegurarle que sólo deseaba una cosa, pero al ver que ella continuaba tratando de liberarse, la soltó de mala gana. Ella se bajó y, echándose atrás la cascada de pelo, fue hasta el pie de la cama. Abrió la tapa del arcón que tenía ahí, se agachó y empezó a hurgar impaciente, tirando a un lado ropa de cama, enaguas y otras prendas. Despertada su curiosidad, él se sentó.

—¿Qué diablos andas buscando?

—Ya lo verás.

Incorporándose, levantó un objeto largo envuelto en terciopelo. Volviendo al lado de la cama, quitó la envoltura y dejó a la vista una espada. A Remy se le quedó atrapado el aire en la garganta, no tanto por el arma como por Gabrielle. La luz de la vela hacía resplandecer su pelo dorado, le daba un cálido fulgor a su blanquísima piel y hacía brillar sus ojos como joyas.

De pie con la empuñadura en la mano, la espada apuntando hacia abajo, parecía un ser de leyenda, la hechicera que salió de las místicas profundidades del lago a entregarle su espada al rey Arturo. Claro que no era Excalibur lo que Gabrielle le ofrecía; la empuñadura era sencilla y sin adornos, tal como era sencilla la hoja desnuda. Era su espada,

aquella que creía haber perdido la Noche de San Bartolomé, el objeto de su desesperada búsqueda en tantas pesadillas a partir de entonces.

Afirmando la pesada hoja en el antebrazo, Gabrielle le presentó la empuñadura. Él vaciló un momento antes de cogerla, temiendo que la espada estuviera llena de los recuerdos de la última vez que la usó, la noche de la masacre. Pero cuando cerró la mano sobre la desgastada empuñadura, tan conocida para él, hasta cada mella de la cazoleta, el recuerdo que le vino fue muy diferente: el del día en que recibió esa espada.

No tendría mucho más de diez años. Aunque era alto para su edad, su padre tuvo que inclinarse para dársela. Tuvo dificultad para recordar con claridad los acentuados rasgos de la cara de Jean Remy y su barba salpicada de canas. Pero recordaba muy bien sus manos, grandes, callosas, curtidas, con los dedos nudosos y algo torcidos por las muchas fracturas que sufrió.

—¿Te crees lo bastante fuerte para manejar una espada como esta, muchacho?

—Ah, sí, señor —contestó él, aun cuando sintió la tensión en los músculos del hombro por el esfuerzo al sopesarla.

—Cuídala. Trata a esta espada con respeto, aprende a usarla bien, y te servirá. Con la gracia de Dios, podría mantener siempre a tus enemigos a una distancia segura.

Diciendo eso, Jean Remy esbozó una de sus raras sonrisas y le revolvió el pelo.

* * *

Su padre era un hombre hosco, de pocas palabras, no el tipo de hombre que dice palabras de elogio o afecto así como así. Pero el día en que le dio esa espada él sintió toda la fuerza del amor y del orgullo que sentía por su único hijo.

—Mi vieja espada —exclamó, maravillado—. ¿La has tenido todo este tiempo?

Cambió de posición en la cama para acercar la espada a la vela y poder examinarla mejor. Era evidente que Gabrielle la había cuidado, manteniendo la hoja afilada y bruñida.

—¿Qué creías que iba a hacer con tu espada? —preguntó ella instalándose junto a él en la cama—. ¿Arrojarla al Sena?

—Tomando en cuenta cómo te traté a mi regreso a París, todas las cosas duras que te dije, te habría comprendido.

—Yo dije e hice muchas cosas que lamento —dijo ella y colocó una mano sobre la de él en la empuñadura—. Durante mucho tiempo esta espada ha sido lo único que tenía de ti, Remy. Seguro que te vas a reír por lo que digo, pero tenía la impresión de que tu fuerza y tu valor daban a esta arma una especie de magia. Siempre que me sentía sola o asustada, llevar tu espada me hacía sentirme segura y protegida.

Remy no sintió el menor deseo de reírse. Poniendo la espada en el suelo junto a la cama, volvió a cogerla en sus brazos.

—Ojalá tuviera ese tipo de magia para mantenerte a salvo —dijo con la voz ronca—. Pero la noche de San Bartolomé me enseñó lo inútil que es prometer proteger a alguien eternamente.

—Nadie puede hacer esa promesa nunca. Será más que suficiente si me prometes amarme.

—Eso sí lo juro. Ahora y hasta la hora de mi muerte.

Selló el juramento con un beso.

Gabrielle abrió los labios para el beso y pronto la ternura cedió el paso a un deseo más urgente. Remy le desabotonó la bata y se la abrió. Metiendo las manos bajo la tela, empezó a explorar sus seductoras curvas, la suave y cálida piel desnuda para él. Besándola ávidamente, se entregó a la dicha de oír sus suspiros y suaves gemidos de placer. Gabrielle empezó a desabrocharle las calzas, y entre tirones y tirones, se fueron quitando las prendas hasta quedar nuevamente desnudos, el uno en los brazos del otro.

Remy intentó ser igual de suave y paciente como antes, pero ella no se lo permitió. Echándole los brazos al cuello, lo hizo caer encima de ella, besándolo y acariciándolo. A Remy lo alegró verla más osada, tan impaciente por él como él por ella. Ella se abrió de piernas, invitándolo con una seductora sonrisa y los ojos nublados de deseo, una mujer tan apasionada y desenfadada como estaba destinada a ser por la naturaleza. Entregándose a sus caricias y a su amor, Remy se dejó llevar por ella a ese lugar donde nada más importa, ni el sufrimiento del pasado ni los peligros del mañana.

Se apagó la vela de la mesilla de noche, dejándolos a oscuras, a no ser por el suave resplandor que entró por la ventana de otra cascada de fuegos artificiales en la distancia iluminando el cielo nocturno.

El último cohete subió silbando por el aire y explosionó en una lluvia de chispas que provocó eufóricos aplausos y exclamaciones entre los cortesanos sentados a las mesas de banquete bajo los árboles. Muchos de los participantes en el torneo estaban bastante achispados por el vino servido en el festín. Las estridentes risas se mezclaban con las exclamacio-

nes de placer provocadas por el espectáculo de los fuegos artificiales.

Envuelta por la oscuridad de sus aposentos, Catalina estaba junto a la ventana observando lúgubremente la distante escena. Las llamas de las antorchas, el ocasional grito o sonido de voces rudas, le traían un desagradable recuerdo. El de aquella noche cuando, casi apenas cumplidos los doce años, heredera huérfana, la niña duquesa de Florencia, la ciudad se rebeló contra sus gobernantes Médicis. La gente rodeó el convento donde la habían refugiado y comenzó a golpear las puertas.

«¡Entregadnos a la niña! Entregadnos a la niña bruja. No queremos ser dominados por más Médicis. La colgaremos de los muros de la ciudad.»

«¡No! Que primero se diviertan con ella los soldados. Después la ejecutaremos.»

Aun transcurridos tantos años, seguía estremeciéndose al recordar esas obscenas amenazas, ese odio dirigido hacia ella. Por milagro sobrevivió ilesa y la rebelión se sofocó finalmente. Pero esa noche le enseñó que ni siquiera la alcurnia, el apellido noble ni las sagradas paredes de un convento la podían proteger. Sólo podía contar con su magia negra y su ingenio.

Pero esa noche sentía inexplicablemente embotado su ingenio. Seguía atolondrada por la comprensión de que su hijo, el hijo al que siempre había considerado con más afecto, se había vuelto en contra suya, montando algo equivalente a una rebelión. Enrique tuvo incluso la desfachatez de sonreírle después del alboroto inicial causado por la llegada de los cazadores de brujas.

«¿No ha sido esta una sorpresa excelente, mamá? ¿No os sentís orgullosa de mí por haber tomado esta iniciativa? Sin

duda Le Balafré y sus hombres van a hacer pensárselo dos veces a cualquier bruja, por poderosa que sea, antes de inmiscuirse en mi reinado.»

En ese momento ella estaba tan furiosa y alarmada que no pudo darle la áspera y terminante respuesta que se merecía. En lugar de eso, le hizo una rígida reverencia y se retiró al palacio. Después de despedir a sus damas, se quedó acobardada en la oscuridad de su aposento, como un conejo asustado, pensó, sintiendo una oleada de desprecio por sí misma.

Y ¿por qué? Todo debido a la llegada de Le Balafré. Lo reconoció casi al instante. Ese aterrador señor Cara Acuchillada, era nada menos que ese joven que atendía al gran maestre de los cazadores de brujas, Vachel Le Vis. Simon nosecuántos, no recordaba el apellido. Ese era su nombre, y en ese tiempo parecía un niño insignificante. Pero incluso entonces ella vio algo en los ojos del muchacho que la inquietó. Le Vis era un loco y un idiota, al que ella engañó fácilmente para que sirviera a sus fines, sin que nunca se diera cuenta de que servía a una bruja mucho más poderosa que aquellas a las que lo envió a buscar. Simon, en cambio, la miró como si le conociera el juego, como si la viera hasta el mismo fondo tal cual era. El chico parecía poseer una intuición impensable para sus años.

Cuando Le Vis dejó de serle útil se libró de él. Debería haberse librado también del muchacho, pero lo dejó marcharse libre, error por el que podría tener que pagar muy caro, tal vez incluso con su vida.

—Deja de pensar como una tonta —se regañó, disgustada.

Una vez dicho y hecho todo, ese Le Balafré seguía siendo un muchacho insignificante, un fantoche, igual que su hijo.

Lo aplastaría como a tal, pensó, haciendo chasquear los dedos, despectiva. Pero Simon no era tan tonto como lo fue su difunto maestro; declinó el ofrecimiento de Enrique de alojarse con sus hombres en el palacio. Ella ya se había enterado de que el joven se había apoderado por la fuerza de una posada, y la tenía convertida en una fortaleza en miniatura. Eso haría más difícil llegar hasta él, pero no imposible.

Lo único que tenía que hacer era esperar y tener paciencia, aunque no sabía si podía darse ese lujo. Trató de convencerse de que Enrique utilizaba a esos cazadores de brujas como una fanfarronada, con el fin de intimidarla para que dejara su posición de poder detrás del trono.

Porque su hijo no se atrevería a permitir que esos hombres la acusaran de brujería, ¿verdad? Y aunque se atreviera, ¿qué pruebas tendrían? Aparte de ese asunto de los guantes envenenados, ella siempre había tenido mucho cuidado; jamás había revelado a nadie sus secretos de magia, si siquiera a sus hijas, como hacían otras mujeres sabias.

Muy pocos conocían el escondrijo detrás de su capilla donde guardaba todos sus más negros secretos. Sintió un fuerte deseo de limpiar ese cuarto, de destruir todas las pociones y antiguos pergaminos, pero lo aplastó, negándose a ceder al terror. Ya no era una niña aterrada de doce años, se dijo enérgicamente; era la reina viuda de Francia. De todos modos no pudo dejar de recordar que ese augusto título no fue suficiente para salvar a otra reina de memoria no muy lejana.

A la reina inglesa Ana Bolena la llevó a juicio su propio marido, Enrique VIII. A las acusaciones de adulterio y traición añadieron también las de brujería. Y Ana Bolena, por muy reina que fuera, perdió la cabeza.

Involuntariamente se llevó la mano a la garganta y se estremeció, cediendo un momento a su sombrío y secreto miedo. La muerte...

—¿Su Majestad?

El susto que le produjo oír la voz le hizo saltar el corazón hasta la garganta. Se giró a enfrentar al hombre que se había atrevido a entrar en su aposento sin anunciarse. La luz de la luna que entraba por la ventana le permitió discernir la figura esquelética de Bartolomy Verducci.

—¡Verducci! —Catalina cerró la mano sobre la cruz que colgaba sobre su pecho. El susto dio paso a la furia—. ¡Señor! ¿Qué pretendéis al presentaros ante mí de esta manera? ¿No di la orden de que no se me molestara?

El hombrecillo se inclinó en una profunda reverencia y retrocedió como un perro azotado.

—Perdón, Su Excelencia. No la habría molestado si no lo hubiera considerado importante. Hay una persona que solicita una audiencia privada...

—Si es ese idiota de Danton, no le veré. Ya se lo he dicho. Detesto a los que me fallan. Además, lo que hagan o no hagan la señorita Cheney y su Azote es la menor de mis preocupaciones en estos momentos.

Con un fuerte crujido de sus faldas, Catalina se giró y volvió a la ventana. Verducci no hizo ni el menor ademán de volver a acercársele, pero insistió con voz tímida:

—No es... no es el caballero Danton el que desea admisión a la presencia de Su Majestad, mi señora...

—No me importa quién sea. Dile que se vaya.

—Es su emisaria, Majestad. Viene de... de la isla Faire.

Catalina ya había abierto la boca para volver a regañarlo, pero la cerró. ¿Su emisaria? Qué típico de Bartolomy exponer el asunto con tanta discreción. Su espía había llegado por

fin a informarla sobre la señora de la isla Faire y su reunión de consejo. Eso podría ser la noticia más alentadora de todo el día.

—Muy bien. Hazla pasar, pero primero enciende unas cuantas velas.

Mientras Bartolomy se apresuraba a cumplir la orden, Catalina empezó a tamborilear con los dedos en el cristal de la ventana. Al darse cuenta de lo que hacía, dejó la mano quieta; nunca había sido su costumbre entregarse a los gestos nerviosos que delataran alguna debilidad. Cuando Bartolomy volvió con su visitante, ya estaba muy serena.

Verducci se adelantó a anunciar a la visita, pero Catalina lo interrumpió:

—Déjanos.

El flaco hombrecillo hizo su reverencia y salió cabizbajo, dejándola sola con su espía. Las velas encendidas por Bartolomy eran las que estaban sobre el escritorio. Le indicó a la mujer que fuera a reunirse con ella bajo ese pozo de luz. Aunque la noche era calurosa, la mujer estaba envuelta en una larga capa marrón y llevaba puesta la capucha, que le ocultaba la cara. Cuando se arrodilló ante ella, Catalina le tendió la mano para que le besara el dorso, pero al ver que la mujer no hacía ademán de echarse atrás la capucha, la retiró.

—No es mi costumbre recibir a aquellos que me ocultan los ojos, señora —dijo fríamente.

De mala gana, la mujer se echó atrás la capucha y quedó a la vista el pálido semblante de Hermoine Péchard. Entonces Catalina se dignó tenderle la mano otra vez, y madame Pechard se la besó. El contacto fue desagradable pues tenía la piel pegajosa y fría.

Catalina retiró la mano, flexionando los dedos, con repugnancia.

—Bien, madame Péchard. Habéis llegado a París, por fin. Ya casi no os esperaba, habéis tardado muchísimo.

—Eso no ha sido por mi culpa, Vuestra Excelencia —gimió Hermoine, pero Catalina la silenció con un imperioso gesto.

No soportaba a las mujeres que gimoteaban o chillaban como gusanos asustados; a esas mujeres había que meterlas en un saco y tirarlas al río para que se ahogaran, destino que en otra ocasión tuvo planeado para madame Péchard, cuando a ella y a la cortesana Louise Lavalle las sorprendieron espiándola para informar a la señora de la isla Faire.

No soportaba a los espías de otros, pero si Hermoine le resultaba útil en esos momentos, se alegraría de haberle perdonado la vida. Si no... bueno, todavía había muchos sacos por ahí. Comprendiendo que obtendría más información si no le obnubilaba la poca inteligencia que tenía aterrándola, la invitó amablemente a levantarse. Reprimió la irritación cuando madame Péchard reanudó las disculpas por el retraso en ese molesto tono quejumbroso.

—Es largo el viaje desde la isla Faire. Y estuve a punto de volverme a toda prisa a la isla. —Se apretó los brazos por debajo de la capa—. Él está aquí. Ay, Dios santo, está aquí en París. Ese hombre malvado.

—Creí que esperabais reuniros con vuestro marido —dijo Catalina irónica.

—No me refiero a mi Maurice —contestó madame Péchard con un chillido de indignación—, sino a ese... ese demonio. —Miró nerviosa alrededor, y añadió en un susurro—: Le Balafré.

—¿Conocéis a ese cazador de brujas?

—Se habló mucho de él en la reunión.

—A ver, contádmelo.

Ante el fastidio de Catalina, Hermoine retrocedió, mordiéndose los pálidos labios. Deseó cogerla por los huesudos hombros, aplastarla contra la pared y examinarle implacable los ojos. Hermoine movía los ojos a uno y otro lado, como un ratón aterrado buscando un lugar para ocultarse. Dominando su impaciencia, Catalina decidió ponerla cómoda ofreciéndole ordenar que le trajeran una copa de vino e invitándola a sentarse, pero madame Péchard declinó el ofrecimiento de refrigerio y miró la silla como si fuera un sillón de hierro con el llamado collar de púas con que Catalina se proponía torturarla.

—Antes que os diga algo más, Vuestra Excelencia, debéis entender una cosa. No tengo el menor deseo de traicionar a la señora de la isla Faire. Ella fue buena conmigo cuando... cuando me hicisteis arrestar y después cuando tuve que huir de París.

En realidad Hermoine dijo esto con bastante dignidad, y en su voz se detectaba una leve insinuación de reproche. A su pesar, Catalina sintió un aleteo de admiración, no por Hermoine, sino por Ariane, que sabía inspirar lealtad y valor incluso en una mujer tan despreciable como esa.

—Ese arresto se debió a un lamentable malentendido, como os expliqué en la carta en que os solicitaba que trabajarais para mí. Todo se debió a Louise Lavalle, a su malvado comportamiento, que implicó en sus fechorías a una mujer tan virtuosa como vos.

Catalina descubrió que no podría haber esgrimido un argumento más eficaz. Hermoine asintió y apretó los labios en un gesto de gazmoña indignación.

—Efectivamente, la señorita Lavalle es una mujer malvada, disoluta, tal como lo son muchas de las mujeres sabias jóvenes hoy en día. Pero la señora de la isla Faire posee inmensa sabiduría y virtud.

—Por supuesto, y yo deseo ser amiga de Ariane también —dijo Catalina en tono tranquilizador—. Pero mientras no logre que ella se fíe de mí dependo de vos para tener información, mi querida madame Péchard. Os aseguro que sé ser generosa con aquellos que me sirven.

La ridícula mujer juntó las manos y se le llenaron de lágrimas los ojos.

—Lo único que deseo es recuperar mi cómoda casita, mi buen nombre como la respetable esposa de un doctor de la universidad. Que se me devuelva la vida que llevaba antes de que me involucrara con esa malvada mujer Lavalle en su espionaje de Vuestra Excelencia.

Y qué patética vida era esa, pensó Catalina, sin ningún valor para nadie. No lograba imaginarse a ninguna mujer que deseara la devolución de esa existencia, pero le dio una palmadita en la mano a Hermoine.

—Me encargaré de que se os devuelva todo, querida mía. Ahora explicádmelo todo acerca de esa reunión y lo que se dijo sobre ese hombre le Balafré.

—Bueno, había una pelirroja loca que venía de Irlanda, Catriona O'Hanlon. Una chica muy grosera. Me interrumpió cuando me tocaba hablar a mí, para explicar al consejo lo de ese le Balafré y el libro perdido que lo trajo a Francia...

Catalina no tardó en comprender que una vez que la mujer comenzaba a hablar no había manera de hacerla callar. Aumentó tanto su locuacidad hablando de sus agravios por el comportamiento de las demás mujeres de la reunión que se olvidó del tema de Le Balafré. Pasados los diez primeros minutos, Catalina dejó de prestarle atención. Ya había oído todo lo que necesitaba oír.

Un libro perdido. El *Libro de las sombras*, el tema de leyendas y de las más negras fantasías de una hija de la tierra.

Caminó hasta la ventana, casi sin poder contener su entusiasmo. Si poseyera ese libro no tendría por qué volver a tener miedo nunca. Ni al Azote, ni a los rebeldes hugonotes, ni a los cazadores de brujas y ni siquiera a la muerte. Se convertiría realmente en una Reina Negra y nada ni nadie sería capaz de oponérsele.

Tenía que conseguir ese libro.

20

Empezaba a asomar la primera claridad de la aurora tras el horizonte de techos, y la oscuridad de la noche iba cediendo el paso a la luz gris del amanecer. Caminando sigilosamente por el patio alfombrado de neblina, Miri se subió la capucha para ocultar la cara. Las suelas de sus zapatos dejaban entrar la humedad; tiritando miró atrás por encima del hombro.

La casa estaba sumida en el silencio; no había señales en ella de que alguien estuviera despierto. No se veía a ninguna persona asomada a una ventana, ni se oía ningún ruido de abrir y cerrar puertas que podría indicar que la andaban buscando. Los había eludido a todos, a Gabrielle, a Remy, a Bette, e incluso al vigilante Nigromante.

Si tenía suerte, podría hacer lo que se proponía hacer y estar de vuelta antes que la echaran de menos. Si no..., exhaló un suave suspiro. No tenía el menor deseo de preocupar ni afligir a ninguna de esas personas que tanto la querían pero que no eran capaces de entender. Sabía el peligro que corría al hacer lo que iba a hacer. Una vez lo arriesgó todo para salvar a Simon Aristide de la mala influencia del terrible cazador de brujas Le Vis, y fracasó. El hermoso muchacho estaba transformado en Le Balafré, el hombre de la cicatriz en la cara y esos ojos sin alma. Y de todos modos, no podía abandonarlo.

Continuó avanzando sigilosa por el jardín, con la mayor rapidez posible sin hacer ruido. Unos cuantos pasos más y es-

taría fuera de la puerta de hierro forjado. Pero ¿entonces qué? París era un lugar abrumador con sus interminables y laberínticas calles y el mar de techos. Sin el extraordinario sentido de orientación de Nigromante para guiarla, no sabía cómo lograría localizar la posada donde se alojaba Simon.

Se vería obligada a preguntar a alguien, y la ciudad parecía estar todavía durmiendo profundamente. No se oían más ruidos que el distante crujido de ruedas de carretas, el golpeteo de cascos de caballos y... y el crujido de una ramita.

El agudo sonido procedía de un recoveco del jardín, detrás de ella. Se quedó inmóvil, tensa, con el oído alerta. Un par de alondras trinaban en las ramas de un olmo, pero algo apagado por el alegre canto sintió el sonido de una pisada, el suave murmullo de la hierba. Cualquier otra persona no habría percibido esos sonidos, pero sus sentidos eran tan agudos como los de cualquier zorro o tejón.

Se le puso la carne de gallina en la nuca al darse cuenta de que no estaba sola en el jardín. La venían siguiendo, y tuvo la impresión de que sabía quién era. Girándose, trató de penetrar las densas espirales de niebla que flotaban sobre los senderos.

—¿Nigromante? —susurró, enfadada.

—No, señorita, soy yo —dijo una voz.

De los arbustos salió una figura oscura.

El corazón le dio un salto mortal. Retrocedió, tapándose la boca para sofocar un grito de espanto. Un joven estaba ante ella, su negrísima melena flotando detrás de sus angulosas facciones. Unas espesas cejas y tupidas pestañas oscuras acentuaban el color verde de unos ojos que la miraban con avidez.

—No se alarme, señorita. No era mi intención asustarla. Lo que pasa es que me he pasado toda la noche mirando la ventana de su dormitorio.

Miri no encontró nada tranquilizadora esa información. Reflexionó sobre qué le convenía hacer: si echar a correr hacia la seguridad de la casa, que estaba bastante lejos, o salir corriendo por la puerta a buscar algún refugio en la calle. Al parecer él le adivinó los pensamientos, porque se acercó más:

—No huya, por favor. La he estado esperando.

Miri retrocedió varios pasos.

—¿Eh... esperándome?

—Sí, toda mi vida.

Miri pensó que su vida no podía ser muy larga. Era difícil calcularle la edad. Aunque su piel tersa indicaba que no era mucho mayor que ella, los duros ángulos de su semblante sugerían una larga vida de experiencia. Vestía bastante bien, su jubón sin mangas de brocado se ceñía sobre una reluciente camisa blanca. Llevaba primorosamente atadas las perneras de sus calzas bajo las rodillas, tal como las llevaría el criado de una casa rica. Pero la capa corta azul medianoche que llevaba plegada con tanto garbo sobre el hombro derecho era más una prenda de un noble.

A pesar de su elegante vestimenta, tenía un aire de pícaro sinvergüenza y su radiante sonrisa insinuaba mucha... familiaridad. Él avanzó un paso y entonces ella levantó una mano para mantenerlo a raya.

—Pare. Si da un solo paso más, gritaré.

Era una amenaza hueca. Alertar a toda la casa de su desaparición era lo último que deseaba, pero ese intruso no lo sabía.

—Si es un ladrón —continuó—, se ha equivocado de jardín. No llevo ni un céntimo encima.

Ante esas palabras él se quedó inmóvil y, con expresión horrorizada, levantó las manos como para apelar al cielo:

—¡Dios mío! Me cree un ladrón y es ella la que me ha robado.

—Jamás le he robado.

—Pues sí, señorita —dijo él juntando teatralmente las manos junto al pecho—. Me ha robado totalmente el corazón.

Ay, Dios, pensó Miri. El muchacho era peor que un ladrón; era un lunático escapado. Corrió a ponerse detrás de un macizo roble, para interponer el ancho tronco entre ellos. Él asomó la cabeza por un lado y la miró con los ojos agrandados y dolidos.

—¿Cómo pudo ser tan valiente ayer cuando estaba ante ese enorme bruto y ahora tiene tanto miedo de mí? ¿No me recuerda?

¿Recordarlo? ¿Cómo podía recordar a alguien que no había visto jamás? Aunque había algo en él que le parecía conocido. Aun cuando era capaz de identificar con facilidad a todos los pájaros y a cualquiera de los animalitos peludos que habitaban en la isla, nunca había sido buena para distinguir la cara de un hombre de la de otro. Fue la referencia a un «enorme bruto» lo que le abrió la memoria. Mirándole atentamente la cara, pensó que bien podía perdonársele el no haberlo reconocido. La última vez que lo vio estaba cubierto de polvo y bostas de caballo, y tenía la cara toda manchada de suciedad. Salió recelosa de detrás del árbol.

—Ah, ya sé quien es. Es el escudero que tenía tanta dificultad para ensillar a Bayona ayer.

—Entonces... ¿se fijó en mí?¿Me recuerda?

Ella asintió. Entonces él levantó bruscamente el puño y lanzó un dichoso grito.

—La hermosa diosa de la luna me recuerda. Se fijó en mí. Tengo que despertar a todo París para anunciar mi dicha.

¿Despertar a todo París?, pensó ella, consternada. Despertaría a todo el personal de la casa. Él corrió hasta la puerta y de un salto subió al primer travesaño e hizo una inspira-

ción para gritar. Miri corrió tras él y le cogió la capa; tiró con fuerza y los lazos le apretaron el cuello ahogando su grito, que le salió como un borboteo. El muchacho perdió pie y cayó hacia atrás, aterrizando de espaldas en el suelo. Miri miró nerviosa hacia la casa.

—Lo siento —siseó—. Pero, por favor, no grite. Guarde silencio.

Él se incorporó apoyado en los codos y la miró sonriendo de oreja a oreja.

—Por usted, señorita, estaré callado como una tumba.

Miri dudaba de que fuera capaz de estar callado más de un segundo.

—Usted está al servicio del capitán Remy, ¿verdad? ¿Es su escudero?

—Su escudero, su teniente, su compañero de armas, su amigo. Ah, pero para usted señorita, soy su esclavo.

—Gracias, pero no estoy interesada en comprar un esclavo.

—Lo tiene de todas maneras. —Se levantó de un salto, se arregló la capa y se inclinó en una profunda reverencia, todo en un solo y fluido movimiento—. Martin le Loup, señorita. Para siempre a su servicio.

—¿Martin el lobo? Sí, ese nombre le va bien.

—Pues sí que me va bien. Tengo el valor, la inteligencia, la astucia y...

—La modestia —interrumpió Miri, irónica.

Él la miró ofendido.

—Iba a decir el corazón de un lobo. ¿Sabía que los lobos se emparejan de por vida cuando encuentran a la loba adecuada?

—Entonces le deseo buena caza, señor.

—No necesito buscar más. Ya he encontrado a mi pareja. —Se le acercó un poco—. Ayer lo supe, desde el instante en

que la vi. Sus ojos son más brillantes que la luna llena, su pelo más suave que la luz...

—Y mi cara tan redonda como la luna, sin duda. Siendo usted un lobo, no es de extrañar que se sienta atraído por mí.

Él se quedó inmóvil, con una expresión profundamente dolida.

—Se burla de mí, señorita.

—Perdóneme señor, pero soy una sencilla muchacha de una isla muy pequeña. No hago sonrisas bobas por los cumplidos ni coqueteo como las damas de París.

—¡Coqueteo! —exclamó él—. Tal vez me he expresado un poco... con demasiada exuberancia, pero mi devoción es verdadera. La amo tanto que no me importa lo que es.

Miri frunció el ceño, perpleja.

—¿Qué soy?

Él se acercó más y bajó la voz a un susurro de complicidad.

—Es bruja, ¿verdad? Pero eso a mí no me importa en absoluto. Yo también tengo mis defectos.

Miri emitió una exclamación ahogada, ofendida.

—No soy una bruja. Detesto esa palabra. Soy hija de la tierra.

Al instante él pareció contrito.

—Perdóneme, señorita. No quería ofenderla. Claro que es una hija de la tierra, y del cielo también.

Acto seguido le cogió la mano y le cubrió de ardientes besos las yemas de los dedos. Ahogando una exclamación, ella retiró la mano.

—Pare esto de inmediato.

—Soy muy atrevido. Lo siento, pero no puedo evitarlo. Estoy hechizado por usted. Estoy embobado, deslumbrado.

—También está completamente loco. Y no tengo tiempo para quedarme aquí hablando con usted. Le recomiendo que vuelva a lo que sea que llama su hogar y se eche un rato con un paño con agua fría en la cabeza.

—¿De qué me serviría eso cuando tengo el corazón en llamas?

—Pues, póngase uno ahí también.

A su pesar, Miri curvó los labios, divertida. Bajó la cabeza para ocultar la sonrisa, pero Martin fue muy rápido; bajó la cabeza hacia un lado hasta lograr verle la cara.

—Ajá —graznó—. No me toma en serio, pero al menos la he hecho sonreír. Es un comienzo.

Miri intentó adoptar su expresión impasible.

—Señor...

—Llámeme Lobo. Su Lobo, ahora y para siempre.

Miri exhaló un suspiro, al ver que el cielo iba aclarando. En la casa comenzaría el movimiento en cualquier momento.

—Lobo, entonces. Por interesante que haya sido conocernos un poco más, necesito ponerme en marcha.

Haciéndole un gesto de despedida, echó a andar a toda prisa hacia la puerta. Pero Lobo dio un salto y empezó a caminar a su lado.

—¿Adónde piensa ir a esta hora tan temprana, mi bienamada? Toda sola y tan sigilosa. París es una ciudad peligrosa. Será mejor que me permita acompañarla en esta misión secreta.

Miri se detuvo, vacilante. A pesar de sus modales rimbombantes y su manera de hablar, Lobo era más listo de lo que parecía. Estaba claro que ya había adivinado que ella iba a salir en una misión que no quería que se supiera. Lo miró con los ojos entornados. Sí que necesitaba un guía, pero habría preferido a una persona menos volátil.

—Lobo, ¿puedo fiarme de usted?

—¿Que si puede fiarse de mí? Juro por la última gota de mi sangre...

Miri se apresuró a silenciarlo tapándole la boca con una mano.

—No, por favor. Simplemente conteste sí o no.

—Sí —balbuceó él por entre los dedos, y aprovechó la situación para besarle la palma.

—Y ¿conoce París?

Lobo le cogió la mano para apartársela de la boca y aprovechó para besarle la muñeca.

—Ah, vamos, como la palma de mi mano. La llevaré dondequiera que desee ir, le enseñaré las mejores tiendas, los lugares donde se consiguen las mejores rebajas. Y ¿qué tal Notre Dame? Nadie debe visitar París sin ir a ver las maravillas de su majestuosa catedral.

—Bueno, lo que... —Miri se distrajo por los besos que le estaba dando Lobo en las yemas de cada dedo. La sensación no era nada desagradable—. Querría ir a la posada Charters.

Lobo se detuvo a medio beso y agrandó los ojos.

—¿Qué?

—La posada Charters —repitió Miri, con más firmeza—. He oído decir que allí se alojan Le Balafré y sus hombres.

Lobo le soltó la mano y ladró una sola palabra:

—No.

—¿No?

Lobo le cerró el paso, negando con la cabeza. Miri lo miró con creciente indignación.

—¿Qué ha sido de eso de «Ah, señorita, soy su Lobo, su esclavo. La llevaré dondequiera que desee ir»?

Lobo apoyó la espalda en la puerta y se cruzó de brazos.

—Presiento que vamos a tener nuestra primera pelea de amantes.

—¡No somos amantes! Sólo le conocí ayer.

—Pues entonces quiero mantenerla viva para que nos conozcamos más tiempo. —Le cogió las manos y se las apretó—. Miri, ese Le Balafré, ese demonio con la cicatriz en la cara es un cazador de brujas, ¿y usted se propone ir a la posada donde está alojado? ¿Qué quiere hacer? ¿Ponerle fácil el trabajo?

—No creo que me haga daño. Le conocí antes que fuera el demonio con la cicatriz, como lo llama. No se llama Le Balafré. Su verdadero nombre es Simon Aristide.

Lobo le escrutó la cara con los ojos entrecerrados.

—Le conoció. ¿Cuánto?

Miri sintió subir rubor a las mejillas.

—Muy bien, o al menos eso pensé. Sólo hace tres años que estuvo en la isla, pero parece que haya pasado mucho más tiempo. Yo era mucho más joven entonces, pero él también. Éramos... éramos amigos.

—¿Qué tipo de amigo le hace subir ese rubor a sus mejillas? No me diga que está enamorada de ese hombre. —Emitiendo un angustiado gemido, se echó atrás la capa y puso la mano en la daga que llevaba sujeta a un costado—. Bien podría enterrarme esto en el corazón ahora mismo y se acaba todo.

Miri le puso la mano encima de la de él para impedirle que sacara la daga.

—No hará nada de eso. Lobo, por favor, escúcheme aunque sea dos minutos. Yo sólo tenía trece años, era poco más que una niña cuando conocí a Simon. No fuimos amantes y dudo que lo seamos alguna vez —añadió tristemente—. Pero he visto con mis ojos las desgracias que pueden causar los cazadores de brujas. Si todavía tengo alguna influencia en él,

debo intentar usarla antes que sufran muchas mujeres buenas e inocentes. ¿Me va a ayudar?

Lobo negó con la cabeza.

—No lo entiende. Si la acompañara a ver a ese cazador de brujas y le ocurriera algo, no tendría que cortarme el cuello. Mi capitán me haría el favor de hacerlo por mí.

—No me ocurrirá nada. Si nos vamos ahora mismo, y rápido, volveremos antes que Remy o cualquier otra persona tenga la oportunidad de saber que salimos. Lo juro. Claro que si tiene miedo, lo comprenderé muy...

—¿Miedo? —Lobo se echó la capa hacia atrás, plantó las manos en las caderas y adoptó una agresiva postura masculina—. Por una sola de sus sonrisas lucharía contra cien tigres, atacaría a una horda de bandoleros o batallaría con el propio Lucifer.

—Sólo quiero algo pequeño, ver a Simon. ¿Me llevará?

Lobo la miró ceñudo.

—Un hombre tendría que ser un tonto rematado para llevar a la mujer que ama a la presencia de un rival —masculló—. Y uno peligroso, además.

Miri le puso suavemente la mano en la manga y le suplicó con toda la fuerza de sus ojos:

—Vamos, Lobo, por favor. No tiene idea de lo importante que es esto para mí.

Lobo la miró un buen rato en silencio y luego emitió un sonido que parecía una mezcla de suspiro y gemido.

—Ay de mí, pareciera que soy un tonto, tratándose de usted.

Se arregló la capa sobre el hombro y luego le ofreció galantemente el brazo.

* * *

La posada Charters estaba situada justamente a un lado de las puertas de la ciudad; era un edificio bastante grande cuya estructura central y dos alas laterales enmarcaban por tres lados un enorme patio rectangular. Le Balafré y sus hombres se habían apoderado por completo de ella, convirtiéndola en una especie de cuartel general. Ni siquiera le era posible acercarse a Simon sin pasar el minucioso examen de los centinelas.

Aun cuando Miri agradecía muchísimo la compañía de Lobo, sintió alivio cuando los centinelas le negaron la admisión y sólo la dejaron entrar a ella. La fiera determinación del muchacho de protegerla y su carácter extravagante sólo crearía problemas, y ya resultaría difícil ese encuentro con Simon. Dejó a Lobo farfullando maldiciones y paseándose por el patio enfurruñado, jurando que si no salía dentro de una hora iría a buscarla.

Entró detrás de un guardia canoso y tuvo que pestañear para adaptar los ojos a la oscuridad del interior, viniendo del patio inundado de luz del sol. El bodegón principal de la posada estaba atiborrado por los hombres de Simon, algunos jugando a las cartas, otros a los dados. Uno incluso tenía sentada en la rodilla a una de las camareras.

Ese grupo de cazadores de brujas era muy diferente a la tropa de monjes encapuchados de Vachel Le Vis. No había a la vista ni un solo rosario ni una Biblia. Era un hecho bien sabido que aquellos que contribuían a que se enjuiciara y condenara a una bruja tenían derecho a repartirse los bienes mundanos de la condenada. Los hombres de Simon eran aventureros endurecidos motivados por el lucro, no por la fanática creencia de que actuaban por órdenes divinas de Dios. Miri se estremeció, sin poder decidir qué motivo era peor para matar a mujeres inocentes.

Muchas miradas interesadas siguieron su avance por la sala detrás del guardia mayor que luego subió delante de ella la escalera que llevaba a la primera planta. Mantuvo la cabeza bien erguida y el paso tranquilo, ocultando así la manera como había comenzado a retumbarle el corazón. Después de todos esos años, de pronto un corredor y una simple puerta eran lo único que la separaba de Simon.

A los trece años estaba retrasada respecto a otras chicas de su edad en cuanto a prestar atención al sexo opuesto. Pero una niña tendría que haber estado muerta para no fijarse en Simon. Era pasmosamente apuesto, con sus brillantes ojos oscuros y el pelo que parecía un gorro de rizos negrísimos. Su sonrisa era muy amable para ser la de un cazador de brujas, y sus ojos tendían a hacer guiños, con buen humor y un cierto juguetón destello de travesura de niño. Y sus manos... Recordaba especialmente sus elegantes dedos largos cuando rascaba a Nigromante detrás de las orejas y lo hacía ronronear. Por entonces su gato todavía confiaba en él tanto como ella.

El guardia canoso se detuvo ante una puerta al final del corredor, custodiada por otros dos centinelas. Después de intercambiar unas pocas palabras con ellos, el guardia le hizo una seña a Miri para que se acercara; luego abrió la puerta y con un gesto le indicó que entrara delante de él.

Estar cerca de Simon siempre le había producido una extraña sensación de revoloteo en la boca del estómago. Pensó que ya era mayor y más juiciosa para esa tontería, pero cuando pasó por el umbral sintió el revoloteo como si tuviera unas mariposas locas dentro.

El guardia no entró detrás de ella en la habitación, sino que cerró silenciosamente la puerta. La habitación era una de las más modestas de la posada, con muy pocos muebles apar-

te de una cama estrecha y el palanganero. Pero habían llevado ahí una mesa grande que estaba toda cubierta por diversos documentos, plumas y tinteros.

Tuvo que entrelazar con fuerza las manos para que dejaran de temblarle. Miró alrededor en busca de Simon, esperando encontrar en él alguna señal del jovencito que conociera, cuyos tiernos labios le dieron su primer beso. Pero la persona cuya silueta vio recortada contra la ventana, a contraluz, era un desconocido. Simon Aristide no había crecido en altura al hacerse hombre, más bien se había endurecido. Antes ya era alto, pero muy esbelto. En esos años se le habían llenado los hombros y ensanchado el pecho. Vestía unas sencillas calzas oscuras y una camisa de lino de mangas muy largas que le cubrían hasta más abajo de las muñecas. Tenía la camisa abierta en el cuello, lo que dejaba ver la cota de malla que llevaba debajo para protegerse.

Había desaparecido la corona de rizos negros; llevaba el pelo muy corto, casi al rape, que parecía más una sombra sobre el cráneo. Una fea cicatriz le atravesaba la mejilla y desaparecía debajo del parche que llevaba sobre un ojo. El otro ojo estaba fijo en ella, oscuro y frío. Era difícil creer que sólo se llevaban cuatro años; Simon no podía tener más de veinte y sin embargo se veía mucho mayor.

El silencio que se instaló entre ellos fue tan profundo que ella se sintió incómoda al oír los latidos de su corazón y sus suaves respiraciones. Apoyó la espalda en la puerta para afirmarse, sin poder decir ni una sola palabra. Simon le hizo un gesto indicándole que se acercara. Una cosa que no había cambiado en él era la elegancia de sus manos.

—Señorita, solamente puedo dedicarle unos pocos minutos de mi tiempo, así que por favor dígame qué la ha traído aquí.

—¿Se-señorita? —tartamudeó Miri—. Simon, ¿vas a simular que no me recuerdas?

—Sí que la recuerdo, señorita Cheney.

—Miri —insistió ella.

—Miri.

La mirada del único ojo pareció suavizarse, y eso le dio esperanzas a ella, aun cuando él ocultó al instante esa expresión debajo de su fachada dura. Cuando se iba acercando, él la miró de arriba abajo.

—Has cambiado muchísimo.

—Tú también.

—Como tal vez recuerdes, tuve ayuda —dijo él, pasando el dorso de un dedo por la cicatriz, su voz cargada de acusación.

Acusación que no era necesaria para hacerla sentirse culpable. Pero contestó tranquilamente:

—Lo siento, pero tú atacaste a Renard. Yo sólo quería impedirte que lucharas cuando te cogí el brazo. No quería que resultaras herido. Él tampoco quería herirte; se le deslizó la espada. —Le acarició suavemente la mejilla—. Se me partió el corazón cuando huiste y desapareciste en las calles de París después de haber quedado tan mal herido. Deberías haberte quedado, Simon. Ariane es una curandera fabulosa. Ella te habría curado.

—No quería la atención de una bruja. En cuanto a tu cuñado, lo ataqué porque lo creía muy poco mejor que un demonio.

—Y ¿de mí, Simon? ¿Qué pensabas de mí?

A él se le movió un músculo de la mandíbula.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. Lo que pensaba no tiene más importancia que mi cicatriz.

Miri continuó su exploración deslizando la mano hasta su cabeza. Sorprendentemente, Simon no hizo ningún movi-

miento para impedírselo. Le pasó las yemas de los dedos por la cabeza, perturbada al sentir como un cepillo lo que antes fuera suave y lustroso pelo rizado.

—Tu hermoso pelo —musitó—. ¿Por qué te lo has cortado así?

Él se encogió de hombros.

—Era una maldita molestia, siempre cayéndome sobre la cara. Cuando un hombre tiene un solo ojo bueno debe proteger la vista que tiene.

—¿O tal vez tu intención era querer verte lo más lúgubre posible?

Esa sugerencia debió dar muy cerca del blanco porque él le apartó la mano y contestó:

—Mi pelo fomentaba mi vanidad. El Maestre Le Vis siempre me decía que yo era muy vanidoso.

—Yo no te habría llamado vanidoso; sí diría que sabías lo guapo que eras, lo capaz que eras de ser agradable a los ojos de una dama.

—Eso ya no es algo que tenga que importarme, ¿verdad?

Diciendo eso se quitó el parche del ojo. La rugosa cicatriz le continuaba hasta la frente, pasando por encima del párpado y dejándolo sellado.

Miri comprendió que deseaba producirle repugnancia. Ciertamente no se imaginó lo que ella haría: se puso de puntillas y le rozó suavemente el párpado con los labios. Él apartó la cara y ella alcanzó a ver en su ojo bueno una tormentosa expresión de anhelo y desesperación. Alejándose rápidamente de ella, él volvió a ponerse el parche, pero lo que acababa de ver ella en ese breve instante le dio esperanza; el verdadero Simon Aristide seguía existiendo, atrapado bajo el endurecido exterior de Le Balafré. Incluso cuando le dijo bruscamente:

—Como te dije cuando entraste, no tengo mucho tiempo, así pues, ¿tendrías la amabilidad de tomar asiento y decir qué quieres?

Antes que Miri pudiera contestar, sonó un suave golpe en la puerta.

—Adelante —dijo Simon.

Se abrió la puerta y apareció el guardia canoso que había acompañado a Miri llevando una bandeja con un panecillo, un tazón de avena con leche y una copa de vino.

—Su desayuno, señor. Y no tiene por qué preocuparse. Se ha probado todo.

—Gracias, Braxton. —Indicó la mesilla de noche—. Deja ahí la bandeja.

El hombre llamado Braxton obedeció y salió. Tan pronto como se cerró la puerta, Miri se giró a mirar a Simon, exclamando:

—¿Haces... haces probar tu comida?

—Precaución bastante juiciosa, ¿no te parece? Para un hombre que ha venido a cazar brujas en una ciudad dominada por una Reina Negra especialmente experta en preparar venenos. —La miró fríamente—. Y, como bien sabes, me he hecho de otros enemigos además.

Miri alzó un tanto el mentón.

—Yo no soy uno de ellos, Simon.

—Nunca he dicho que lo seas.

Acercó una silla a la mesa que le servía de escritorio y volvió a indicarle que se sentara, esta vez con un poco de marcada impaciencia. Miri se sentó, moviendo la cabeza apenada.

—Tener que hacer que prueben tu comida, usar armadura bajo la ropa, tener guardias en la puerta... Qué manera más horrible de vivir.

—No la he elegido yo —dijo él, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla, en tono acusador.

Esta vez Miri no lo soportó tan mansamente; se giró a mirarlo ceñuda.

—Sí lo elegiste. En parte. Una vez te di la oportunidad de algo muy diferente. Te ofrecí mi amistad, mi confianza, y tú aprovechaste eso para ayudar a tu maestro Le Vis a capturar a mi cuñado.

—El conde de Renard es uno de los brujos más malignos que he tenido la desgracia de conocer. Esperaba liberaros a ti y a tus hermanas de su diabólica influencia. Si tuve que traicionar tu confianza, si te herí, fue... fue necesario. No pido disculpas.

A pesar de esa enérgica afirmación, Miri percibió otra cosa en su mirada: vergüenza y remordimiento. Eso le calmó un poco el dolor que sentía desde entonces por su traición.

—Está bien, Simon, te perdono.

Le sonrió dulcemente, pero él retrocedió como si le hubiera dado una bofetada.

—No necesito tu perdón. ¿Para eso has venido a verme? —se burló—. ¿Para recordar viejos tiempos?

Miri exhaló un profundo suspiro.

—No. Estaba en el torneo ayer cuando el rey anunció tu cruzada para librar a París de las brujas. Sé que podría ser inútil, pero esperaba disuadirte antes que sufran muchas mujeres inocentes. A no ser que de verdad te hayas vuelto igual a tu difunto maestro y creas que no existe lo que se llama una mujer inocente.

—El señor Le Vis fue bueno conmigo. Me acogió después que destruyeron mi pueblo y me dio un hogar. Pero concedo que tenía una desafortunada vena de locura. No odio

a todas las mujeres ni creo que sean malas. De hecho, no soy totalmente inmune a los encantos de tu sexo.

La miró fijamente de una manera osada, muy diferente a la manera dulce y traviesa como la miraba antes. Muchas veces su mirada le producía un revoloteo en su corazón de niña, en cambio su mirada de ese momento producía en ella algo más elemental, primitivo: una oleada de calor que la excitaba y alarmaba al mismo tiempo.

Se ruborizó y cruzó protectoramente los brazos sobre los pechos. Ese gesto pareció volverlo al presente.

—Pero vosotras, damas, podéis resultar una distracción cuando un hombre tiene asuntos de más peso en la mente.

—¿Como el de acusar de brujería a mujeres inocentes?

—Y a brujos como el conde de Renard. No hago discriminación entre hombres y mujeres cuando voy de caza, y te aseguro que nunca he perseguido a nadie que sea inocente.

Miri intentó relajarse. Y tal vez lo habría conseguido si él no hubiera empezado a pasearse por la habitación de una manera que le recordó a Lobo. ¿Qué tenían los hombres que no podían sencillamente quedarse quietos?, pensó, exasperada.

—Cualquiera puede confesarse culpable de lo que sea bajo tortura, Simon —dijo—. Esa vez que tu maestro me amenazó con la ordalía del agua me asusté tanto que casi confesé cosas que no había hecho.

—Yo no recurro a la tortura. Prefiero ofrecer recompensas por información.

—Quieres decir sobornar a ciudadanos para que presenten acusaciones. ¿Es eso más fiable que la tortura para obtener veracidad?

Simon se detuvo un instante para mirarla ceñudo.

—Muchas veces las personas les tienen tanto terror a las brujas que necesitan un incentivo. Pero no acepto como ver-

dad la palabra de nadie. Investigo minuciosamente cada acusación.

—¿Cómo se investigan afirmaciones como «Ah, esa mujer me echó mal de ojo y ahora mis gallinas no ponen huevos y mi vieja vaca ya no da leche»?

—No todas las acusaciones son tan ridículas. Tengo un caso que se me presentó justamente esta mañana. —Fue hasta la mesa y cogió un documento—. El caso de un tal Anton Deleon, desgraciado pinche de cocina que cometió el error de acostarse con una bruja de pelo negro y después ella le echó un maleficio.

Le enseñó el documento invitándola a cogerlo y leer sus anotaciones. Miri negó con la cabeza y no lo cogió. No quería mirarlo.

—Eso sí es totalmente ridículo.

—No dirías eso si hubieras visto a ese chico Deleon. Le ha venido una enfermedad horrible, jamás había visto algo parecido. Se le está pudriendo la carne, cayéndosele a trozos.

—En ese caso, lo siento por el pobre muchacho, pero muchas veces el ataque de una enfermedad no tiene ninguna explicación lógica. El señor Deleon haría mucho mejor en buscar los servicios de alguna curandera sabia en lugar de hacer acusaciones infundadas de brujería.

Simón dejó caer el documento en la mesa con expresión exasperada.

—Has adquirido todas las gracias de una mujer, Miri Cheney, pero sigues siendo tan sumamente ingenua como una niña. Nunca podrías ver todo el mal que existe en el mundo.

—Estás muy equivocado —repuso ella, apenada—. He visto más de lo que me correspondería ver del mal que hacen

los hombres, la violencia. Simplemente es que nunca lo he entendido.

—Eso se debe a que tu corazón todavía no ha sido tocado por la oscuridad. Nunca has aprendido a sentir rabia, odio.

Miri le miró los rasgos endurecidos y se estremeció.

—Y espero no aprender nunca.

—Eso espero yo también —dijo él en tono más suave, sorprendiéndola—. Estos últimos años he visto cosas que destruirían tu visión del universo con los colores del arco iris. Hombres y mujeres han vendido su alma al diablo mil veces. Muchos simplemente por un libro.

—¿Un libro?

—La caza de brujas no es lo único que me ha traído a París. También ando buscando un libro diabólico que ha llegado a nuestras costas, el *Libro de las sombras*.

Miri trató de no sonreír, pero no lo consiguió.

—¿Lo encuentras divertido?

—Sí, la verdad es que sí. Han circulado historias acerca de una obra maestra maligna desde que existen hijas de la tierra. El *Libro de las sombras* es un mito, y si has estado perdiendo tu tiempo intentando seguirle la pista, eres tú el ingenuo.

—No soy el único que lo busca.

—Entonces esos otros son tan tontos como...

Se interrumpió. Había ido ahí a razonar con Simón, no a pelear.

Se tensó al verlo rodear la mesa. Él se sentó en el borde, y tan cerca que tuvo que echar atrás la silla para no rozarlo con la falda. Bamboleando las piernas, él se inclinó un poco para apoyar un brazo en la rodilla, haciéndola muy consciente de sus potentes y flexibles dedos, de los gruesos músculos

de su muñeca y antebrazo. Era una postura perturbadoramente masculina y temible. Más aún, estaba segura de que eso era lo que él pretendía.

—Por desgracia, Miri, creo que es posible que sepas más de este asunto de lo que das a entender. Hace poco tuvo lugar una asamblea de brujas en tu isla.

Miri se sobresaltó ante esa alusión a la reunión de consejo de Ariane, pero simplemente se cogió las manos en la falda, sin decir nada.

—Capturé a una de las brujas que asistieron, una joven portuguesa muy nerviosa a la que no me costó persuadirla de que me dijera lo que ocurrió en esa reunión.

—¿Persuadirla o aterrarla?

Sin hacer caso de la acusadora pregunta, él continuó:

—Ese libro que aseguras que no existe fue el principal tema de discusión, y desde ese aquelarre de tu hermana se ha organizado una seria búsqueda del libro.

—Mi hermana no hace aquelarres...

—Y se dice que el más interesado en esa búsqueda es el diabólico conde de Renard. —Se inclinó más, por lo que Miri tuvo que encogerse—. Ahora bien, ¿qué crees que quiere hacer tu cuñado con ese diabólico libro?

—No lo sé. Nada... es decir, ese libro no existe.

Aturullada por esa manera de interrogarla y por las cosas que le decía, finalmente se levantó. Había huido de la isla antes de esa reunión y, una vez en París, su preocupación por Gabrielle no le había dejado tiempo para comunicarse con su hermana mayor, aparte de la nota que le envió para decirle que había llegado bien. No se le había pasado por la mente que pudiera haber problemas en casa.

Pero seguía sin creer en lo que le decía Simon. Cogida por esa banda de crueles cazadores de brujas, esa pobre chica por-

tuguesa podría haber dicho cualquier cosa, por el susto. La idea de que Simon, antes tan bueno y amable, pudiera aterrorizar a alguien la hizo sentirse enferma.

Se puso detrás de la silla, afirmada en el travesaño del respaldo. De ninguna manera iba a reconocer que Ariane celebraba reuniones de consejo, pero dijo:

—Si Ariane y Renard oyeron rumores sobre un libro así, harían investigaciones simplemente para tranquilizar a todo el mundo. Pero ninguno de los dos, te lo aseguro, tendría ningún interés en poder adquirir un *Libro de las sombras*.

Simón bajó de la mesa de un salto, aterrizando en las almohadillas de las plantas con la misma ligereza con que lo habría hecho Nigromante.

—¿De veras? Con mis hombres encontramos al que trajo el libro de Irlanda. Por desgracia, el señor O'Donal resultó mal herido cuando intentó eludirnos. Antes de morir escupió una maldición en gaélico, y no me enteré de nada más por él. No era mucho lo que llevaba, aparte de una alforja llena de monedas de oro y maravillosas joyas. Ahora bien, ¿dónde crees que podría haber adquirido ese tesoro un sucio irlandés?

—No tengo ni idea. Tal vez era un ladrón.

—O tal vez era un brujo, como tu cuñado, e hicieron un intercambio satisfactorio entre ellos.

—Eso es un puro disparate.

Simon le arrebató la silla y la hizo a un lado. Miri retrocedió, algo insegura, y él la siguió, avanzando lentamente, como un predador. Miri recordó lo que solía decirle su gato sobre Simon: «Cuidado con él, hija de la tierra. Es un cazador».

Continuó retrocediendo hasta que chocó con la pared. Entonces él la dejó encerrada, apoyando las manos en la pared a

ambos lados de ella, acercándose tanto que el duro plano de su pecho casi le rozaba el corpiño. Su ojo se veía oscuro y despiadado.

—Si sabes quien ha adquirido ese libro, Miri, harías bien en decírmelo.

Ella sintió golpear el corazón en las costillas, pero levantó el mentón; no se dejaría intimidar por Le Balafré. Aunque se hiciera llamar así, seguía siendo Simon.

—¿Cómo puedo decirte quién ha adquirido algo que sé que no existe?

—Siempre estabas dispuesta a creer en cualquier cosa. Si crees en los unicornios tienes que creer en los dragones.

—No hay nada malo en los dragones. Sólo echan fuego por las narices cuando están atrapados y se ven obligados a defenderse de caballeros idiotas..., o de cazadores idiotas.

Él le enseñó los dientes en una breve sonrisa, pero no una agradable. Le cogió un enmarañado mechón de pelo y se lo enrolló en el dedo.

—¿A qué has venido aquí en realidad, Miri?

—Estúpidamente supuse que podría hacerte algún bien y..., y Dios me asista, quería volver a verte.

—Dios te asista, sí. Tienes la desgracia de estar conectada con una familia metida hasta el cuello en la brujería, por tu madre, y ahora por el desafortunado matrimonio de tu hermana con el demonio Renard. Tengo que advertírtelo. Es mi intención encontrar ese libro y erradicar el mal de Francia de una vez por todas. Harías bien en mantenerte alejada de mí y no interponerte en mi camino.

—¿Si no, qué? ¿Me acusarás de brujería? ¿Me quemarás en la hoguera?

—No quemo a las brujas, Miri. Las cuelgo o las atravieso con la espada. Eso es más rápido y mucho más eficaz.

Sin soltarle el pelo enrollado en el dedo, sacó una daga del cinturón.

A Miri se le quedó atrapado el aire en la garganta. Cuando él levantó la hoja, pensó, aterrada, que iba a sentir el pinchazo en el cuello, pero no, lo que sintió fue un fuerte tirón en el pelo, porque él cortó el mechón. Eso no se podía interpretar como un gesto romántico; claramente era un aviso, porque aplastó el mechón en el puño y le dijo con escalofriante suavidad:

—Ahora... creo que será mejor que te vayas. Vete a casa. Vuelve a la isla Faire.

Tocándose el lugar de donde le había cortado el mechón, lo miró. El ojo oscuro que la miraba estaba vacío, frío, obligándola a aceptar la verdad. Si algo quedaba de Simon Aristide, lo tenía enterrado tan al fondo que ella no lo encontraría jamás.

Sin decir otra palabra, se apartó de él y buscó el pomo de la puerta. Cuando la abrió, pasó el umbral y echó a correr. Todo lo vió borroso, los centinelas, la escalera, los hombres del bodegón. No paró de correr hasta salir al patio.

Sólo entonces se dio cuenta de los fuertes temblores que agitaban su cuerpo. Se cogió fuertemente los brazos, esforzándose por recuperar la serenidad. Durante tanto tiempo había estado preocupada por Simon, pensando qué le habría ocurrido. Hubiera sido mejor no saberlo. Nigromante y Gabrielle tenían razón. No debería haber venido.

Lo único que deseaba era estar de vuelta en su habitación en la casa de Gabrielle y echarse en la cama como un animalito salvaje en su madriguera, para lamerse las heridas. Pero en el otro lado del patio vio a Lobo, discutiendo acaloradamente con uno de los guardias, preparándose para entrar a buscarla.

Se le vino el corazón al suelo. Con todo lo amable que fue Lobo al acompañarla hasta ahí, deseaba haber podido evitarlo. No se sentía con ánimo para responder a todas sus preguntas ni para escuchar sus extravagantes declaraciones de amor.

Mientras caminaba hacia él, Lobo interrumpió la acalorada discusión con el guardia y corrió hasta ella, sus ojos iluminados de alegría.

—Aquí está por fin, mi amor. Estaba a punto de...

Se interrumpió y la miró fijamente. Tal vez algo que vio en su cara lo silenció. Sus ojos verdes se suavizaron por una compasión tan inesperada que ella casi se echó a llorar. Lobo no le hizo ninguna pregunta; tampoco buscó ninguna palabra para decir. Antes que ella hiciera el ridículo echándose a llorar delante de todos esos hombres toscos, él le cogió la mano y suavemente la sacó de ahí.

Simon estaba junto a la ventana, asomado por un lado de modo que nadie lo viera desde el patio. Observó a Miri poner la mano en la de un muchacho de pelo moreno con toda la confianza con que en otro tiempo le cogía la de él. Ver eso le produjo un extraño efecto: lo invadieron sentimientos de envidia y anhelo.

Trató de aplastarlos, como hacía con todas las emociones que le obstaculizaban su implacable eficiencia. Bajó la mirada a su puño y lentamente abrió la mano para examinar el mechón de pelo, que quedó enroscado en su palma como una sedosa sortija de luz de luna. Debería abrir la ventana y arrojar el mechón fuera junto con el recuerdo de ella.

Pero en lugar de hacer eso se lo acercó a la nariz; del mechón emanaba un aroma indescriptible, semejante a la dulce esencia del espíritu libre de Miri, que lo hizo retroceder a esos pocos días en que estuvo con ella en la isla. Aunque

sabía que estaba conectada con brujas, él deseaba protegerla, muy convencido de su completa inocencia. Sentía afecto por ella, aunque casi el afecto de un hermano por una hermana, pues le recordaba a su hermana pequeña, Marie, que, igual que el resto de su familia y la mayor parte de los habitantes del pueblo, murió cuando esa vieja bruja les envenenó el pozo.

Claro que Miri Cheney ya no lo hacía pensar en una hermana pequeña. Había crecido, su cuerpo se había llenado, y sin embargo, a pesar de sus suaves curvas femeninas, continuaba teniendo esa aura de inocencia. Tampoco habían cambiado sus ojos, de ese peculiar color azul plateado, esa mirada de vidente que parecía capaz de iluminar los recovecos del alma de un hombre que mejor estaban en la oscuridad, de explorar caminos en su corazón que ya no deseaba que fueran explorados.

¿Por qué demonios tenía que estar en París justo en esos momentos? ¿Por qué tuvo que venir a verlo? Miri siempre lo ablandaba, lo volvía sentimental y tierno, cuando no podía permitirse ninguna de esas cosas. Después del duelo con el brujo Renard, se había escondido como un animal herido en su madriguera; muerto su maestro, todo su mundo en un caos, nuevamente se había sentido extraviado y abandonado. Pero con las monedas que encontró escondidas en la casa de Le Vis, había logrado sobrevivir.

Más que sobrevivir. Se había hecho más fuerte, más resistente, más duro. Después de dudar muchísimo de sus capacidades como cazador de brujas, había descubierto en él un extraordinario don para detectar el mal y para dirigir hombres también. Cuando se entregó del todo a esa siniestra profesión, tuvo que resignarse a los peligros que entrañaba, a la solitaria existencia que exigía su oficio. Nunca se había permitido sentir ningún pesar, hasta ese momento.

Pero mientras observaba alejarse a Miri y su acompañante por la calle hasta perderse de vista en medio de la multitud, no pudo dejar de pensar en la ironía de su situación. Estaba en París, una de las ciudades más populosas de Europa.

Y jamás se había sentido tan solo.

21

Sentada en el asiento de la ventana con las piernas flexionadas, y disfrutando de la brisa matutina que le agitaba el pelo, Gabrielle estaba pensando en lo mucho que tenía que hacer antes de huir con Remy: organizarlo todo para cerrar la casa, pagarles a los criados, dejar las cuentas en orden. Sin embargo no lograba moverse para ponerse en marcha. Bostezó y se desperezó lánguidamente, como una gata satisfecha, su cuerpo todavía encendido y repleto después de hacer el amor con Remy. Durante esos dos días pasados había experimentado una sensación de paz extraordinaria para su naturaleza inquieta, aun cuando en el horizonte se cernían las amenazas de los cazadores de brujas y de la Reina Negra.

Apoyándose en el marco de la ventana contempló soñadora ese mundo que parecía renacido, desde los diferentes tonos de verde del jardín al cielo tan maravillosamente azul que casi le dolía mirarlo. Se sentía como si hubiera estado mirando la vida a través de un velo y de pronto lo hubieran quitado. Nuevamente veía todos los vivos colores, todos los diminutos detalles, hasta las gotas de rocío sobre los aterciopelados pétalos de la rosa más pequeña.

Le hormiguearon los dedos con el conocido deseo de coger un pincel. La idea de que tal vez estaba recuperando su magia perdida la inundaba de esperanza, aunque también del miedo de que no fuera cierto, de que se encontraría ante la

tela en blanco y volvería a fracasar y sentirse destrozada por la decepción.

Pero ese no era el mejor momento para intentarlo. Ella y Remy tenían que superar aún muchas dificultades, la principal de todas, el rescate de Navarra. Remy había estado muy ocupado buscando a otros hugonotes leales, buscando el servicio de soldados en los que se pudiera confiar. A ella le había tocado la tarea de hacer de mensajera, de llevar los recados de Remy a Navarra.

Aunque le costó muchísimo, al final logró persuadir a Remy de no volver al Louvre. Eso sería demasiado arriesgado, y no sólo porque peligraba su vida. Remy tenía muy poca capacidad para disimular; estaba segura de que a Navarra le bastaría una sola mirada a su cara para adivinar cómo estaban las cosas entre él y ella.

Ya había tenido dificultades ella para controlar las expresiones de su cara cuando se encontró con Navarra la tarde anterior en la corte. Logró disculpar su repentina marcha del torneo atribuyéndola a una indisposición de su hermana pequeña. Más difícil fue explicar su intervención en el duelo entre Remy y Danton.

Frunció el ceño al recordar la conversación; no sabía si Navarra se lo había creído del todo.

—... y vi con tanta claridad que con ese duelo querían atrapar al capitán que me apresuré a bajar para impedirlo. Sé... sé lo mucho que significa el capitán Remy para vos.

—¿Para mí? —preguntó el rey en voz baja.

A pesar de su lánguida postura, sus ojos la miraban con demasiada perspicacia.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no ruborizarse.

—Pues sí, él es vuestro Azote, vuestro más leal servidor, el mejor medio para lograr vuestra libertad.

—Tal vez —musitó Navarra—. Efectivamente, el capitán es un hombre bueno, digno de confianza, pero es posible que me aseste un golpe sin tener la intención de hacerlo.

—¿Qué... qué queréis decir?

—Simplemente que pensé que el regreso de Nicolas Remy era una gran ventaja. Ahora no estoy tan seguro. He hecho todo lo posible por hacer el papel de bufón en la corte, convencer a la reina Catalina de que no me importa en absoluto mi cautividad. Ahora me parece que lo único que ha hecho la presencia de Remy es que vuelvan a sospechar de mí. Me vigilan más que nunca. —Cerró la mano sobre la de ella, con una expresión insólitamente sombría en la cara—. No podría soportar otro intento fallido de escapar, Gabrielle. Creo que sería mucho mejor si enviáramos lejos a nuestro Azote, tal vez a ocuparse de mis intereses en Béarn, mientras vos y yo nos quedamos en París, continuamos observando y esperando, engañando a la Reina Negra. ¿Eh, amiga mía?

Ella tuvo que ocultar su consternación mientras él le levantaba la mano para besársela, sin dejar de mirarle fijamente la cara.

La inquietaba esa incómoda conversación. ¿Cuánto del deseo del rey de enviar a Remy a Béarn se debía a su inquietud por el plan de huida y cuánto a querer librarse de un rival? La verdad, no lo sabía. Había tenido que recurrir a todo su encanto e ingenio para afirmar la confianza de Navarra en Remy, para convencerlo de continuar adelante con los planes para huir. Con la rapidez que se propagaban los cotilleos en

París, sólo podía rogar que el rey no se enterara de que Remy compartía su cama.

Le tenía verdadero afecto y respeto a Navarra; engañarlo le resultaba difícil, casi tanto como ocultarle a Remy que su rey comenzaba a dudar de él. Pero Remy ya tenía bastante de qué preocuparse con encargarse de los aspectos prácticos de la huida.

De pronto lo vio aparecer en el jardín, para ir temprano a la posada a recoger sus cosas. Lo había convencido de que se mudara a su casa, alegando que era lo lógico, pero el aspecto práctico no tenía nada que ver con sus motivos. Con todos los peligros que se cernían alrededor de ellos, no soportaba tenerlo fuera de su vista.

Cuando Remy iba caminando hacia la puerta de hierro, le atrajeron la atención los rubios hijos de Phillipe, el jefe de jardineros. Este había hecho las diligencias para que a sus dos hijos, Jacques y Elise, los cuidara una tía que vivía en el campo, por lo que los dos niños estaban tristes y cabizbajos sentados en un banco de piedra con las pequeñas piernas colgando. Otro hombre habría pasado sin mirarlos una segunda vez, pero Remy fue a acuclillarse delante de ellos y entabló conversación.

Elise ocultó tímidamente la cara en el hombro de su hermano mayor. Entonces Remy se enderezó y, alzando las manos en gesto amenazador, emitió un fuerte rugido. Los niños bajaron del banco de un salto, chillando, y Remy los persiguió por entre los rosales, sin dejar de rugir. Boquiabierta por la sorpresa, Gabrielle sacó tanto el cuerpo por la ventana para mirar que estuvo a punto de caerse fuera.

Remy arrinconó a los niños junto a un espino albar y se arrodilló, con las manos dobladas como zarpas. Jacques chilló y extendió un palo para mantenerlo a raya. Elise se puso de-

trás de su hermano con los ojos agrandados y temblando de nervios. Remy echó atrás la cabeza y emitió otro potente rugido, digno de un dragón.

En ese momento él miró hacia arriba y la vio asomada a la ventana. Le hizo un gesto con la mano y le sonrió, con esa encantadora sonrisa de niño. Gabrielle comprendió que no era ella la única que había cambiado con todo lo que hablaron esa noche. Era como si él se hubiera despojado de muchos años; se veía mucho más joven. El sol hacía brillar su pelo revuelto y la cadena que asomaba por la abertura de su jubón.

Remy continuaba usando el inútil medallón de Cassandra, para gran consternación suya. No sólo lo usaba porque ella se lo había dado como amuleto; lo consideraba un signo de su amor por él, de su deseo de protegerlo, lo cual en cierto modo era cierto. Pero si supiera de dónde procedía el medallón, pensaría muy distinto.

No más secretos, le había prometido a Remy. Debía decirle la verdad, pero no lograba encontrar el valor para hacerlo. El amor que había florecido entre ellos era demasiado nuevo para pisotearlo en una pelea. Alguna noche, cuando él estuviera durmiendo, se encargaría de que el medallón se perdiera y después lo reemplazaría por una muestra de amor hecha por ella. Pero por el momento no quería que absolutamente nada amenazara la armonía entre ellos. Le sonrió tiernamente a su dragón y le correspondió el saludo con la mano justo en el momento en que Jacques le pinchaba las costillas con el palo.

El pinchazo cogió a Remy por sorpresa, porque emitió un grito. Gabrielle tuvo que taparse la boca para sofocar la risa. Entonces Remy se tambaleó hacia atrás, con un brío que habría enorgullecido al mejor actor ambulante, y cayó al suelo de espaldas, gruñendo y pataleando como un dragón mori-

bundo en sus últimos estertores. Luego abrió los brazos y se quedó inmóvil. Jacques y Elise se acercaron sigilosos a mirarlo. Cuando estaban a su alcance, el dragón resucitó, lanzando otro rugido y los cogió a los dos y los puso encima de él. Y qué dragón tan amable era su Azote, lo bastante temible para encantar al pendenciero Jacques pero cuidando de no tratar con brusquedad a la pequeña Elise.

Remy sería un buen padre, pensó. Sorprendida por esa idea, se puso la mano sobre el abdomen. Había empleado todos los trucos conocidos por las mujeres sabias para evitar quedar embarazada con sus otros amantes, pero esas noches con Remy no había tomado ninguna precaución. Bien podría haber concebido.

En lugar de asustarla, la idea de dar a luz un bebé de Remy la maravilló, la hizo sentirse blanda, como si se estuviera derritiendo por dentro. Tal vez podría darle un hijo a Remy, un niñito robusto, de piernas fuertes, pelo dorado revuelto, y los ojos castaños de Remy...

Un golpe en la puerta la sacó de su ensoñación. De mala gana desvió la vista de Remy.

—Adelante.

Se abrió la puerta y entró Bette. La impertinente doncella se veía algo fastidiada.

—Con su perdón, señora, hay alguien que desea verla.

Gabrielle bostezó y se desperezó.

—Sea quien sea, dile que vuelva más tarde. Esta no es una hora decente para recibir visitas.

—Pero es que es esa mujer Lascelles.

Gabrielle la miró con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Cass? ¿Está aquí?

—Sí, e insiste en verla. Está abajo con su criada y un perro grande que parece dispuesto a saltarle al cuello a cual-

quiera que se le acerque. Los lacayos tienen miedo de acercársele, pero creo haber oído al capitán Remy en el jardín. Seguro que él podría...

—¡No! —exclamó Gabrielle levantándose al instante—. Prefiero que Remy no sepa nada de la visita de la señorita Lascelles. No aprobaría nuestra amistad.

—Eso sin duda, señora. Es una mujer peligrosa, por lo que he oído decir de ella. Es evidente que ha venido aquí a hacer alguna maldad.

—Y es evidente que te has pasado mucho tiempo cotilleando con el gato de Miri —replicó Gabrielle—. Haz pasar a la señorita Lascelles a la salita de estar de atrás. Bajaré enseguida.

—Muy bien señora —respondió Bette, pero sorbió por la nariz, desaprobadora, indicando que no encontraba bien eso.

Cuando Bette hubo salido para ir a cumplir la orden, Gabrielle se lavó a toda prisa, se puso uno de sus vestidos más sencillos y se recogió el pelo en una redecilla fina. Antes de salir del dormitorio volvió a asomarse a la ventana, nerviosa. Remy seguía jugando con los niños. Con suerte, no tardaría en marcharse hacia la posada. Alcanzaría a enterarse de lo que quería Cassandra antes que él volviera.

Ese no era el mejor momento para que Cassandra hubiera decidido salir de su encierro, estando los hombres de Aristide deambulando por París. Se estremeció al pensar en lo que podría ocurrirle a su amiga si descubrían la historia de su familia y que vivía en la Casa del Espíritu.

Bajó a toda prisa la escalera y se dirigió a la sala de estar de atrás. Le fastidió encontrar a Finette apoyada en la puerta, con las manos en las caderas, como si estuviera montando guardia. Arrugó la nariz al sentir la hediondez que despedía aquella desaseada mujer.

—La señora la está esperando dentro —anunció Finette, como si pensara que la casa era de Cassandra.

—Ya lo sé —repuso Gabrielle fríamente.

Finette se recogió las sucias faldas para hacerle la reverencia, mirándola con esa sonrisa suficiente que siempre la hacía desear arrearle una buena bofetada. Pasó por el lado de la mujer sin hacer el menor esfuerzo en disimular su asco, entró en la sala y cerró firmemente la puerta en sus narices.

Esa pequeña sala de estar se usaba principalmente para coser. Estaba amueblada con sencillez, pero era cómoda, con una mesa de trabajo, unas cuantas banquetas y un sofá con mullidos cojines bordados. Las ventanas daban totalmente al oeste, con lo que la luz natural era excelente para hacer labor de aguja a última hora de la tarde.

Cassandra estaba esperando cerca de una de esas ventanas, con el perro echado a su lado. El mastín intentó saltar cuando entró Gabrielle, pero Cassandra lo tenía firmemente sujeto por una gruesa correa de cuero. Gabrielle se detuvo, pestañeando sorprendida al ver la transformación de Cassandra Lascelles. No se veía ni un solo indicio de la reclusa de palidez enfermiza, los ojos enrojecidos y la desgreñada melena. El pelo le caía lustroso sobre los hombros, peinado en suaves ondas, y en la frente llevaba una sencilla diadema de oro. En lugar de uno de esos vestidos que prácticamente le caían como un saco desde los hombros, llevaba un vestido nuevo, de hechura sencilla, nada de faldas anchas ni miriñaque, de una seda color vino que hacía excelente contraste con su piel blanca y pelo negro ébano. Su esbelto cuello no estaba circundado por gorguera de encaje, pero una gruesa cadena de plata desaparecía bajo el corpiño bordado.

Estaba derecha, con la cabeza muy erguida y en sus ojos normalmente apagados refulgía un extraño brillo. Gabrielle

recordó lo majestuosa que estaba cuando hizo esa sesión de espiritismo, tan inesperadamente fuerte y poderosa. A pesar de su audición tan aguda, Cassandra pareció no notar su entrada en la sala. Ladeó la cabeza, con la atención puesta en los sonidos que entraban por la ventana abierta, la risa de Remy mezclada con las exclamaciones y gritos de placer de los niños.

Tanto que se había afanado en elegir una sala en la parte más remota de la casa para el encuentro con Cassandra, y olvidó que esas ventanas daban a la parte lateral de la casa y desde ellas se veía el jardín en ángulo.

—¿Cass? —dijo, acercándose.

Cerbero ladró pero golpeó el suelo con la cola de modo amistoso.

Cassandra sonrió afectuosa y alargó la mano hacia la voz. Tan pronto como Gabrielle llegó a su alcance, la rodeó con el brazo en un fuerte abrazo. Incluso Cerbero le lamió la mano como si se alegrara de verla.

—Qué enorme sorpresa —dijo Gabrielle, correspondiéndole el abrazo.

—No una desagradable, espero.

—N-no.

Por encima del hombro de Cassandra miró hacia el jardín, donde Remy iba trotando con Elise montada en sus anchos hombros. La alegró ver que se iba alejando de la casa en dirección a la puerta. Cogiendo a Cassandra por el codo, la alejó de las ventanas.

—Ven a sentarte. Llamaré a mi ama de llaves para que nos traiga un poco de vino.

—¡No! —exclamó Cassandra en tono agudo. Se mojó los labios y añadió con voz más suave—. Es decir, no, gracias. Estoy intentando derrotar a mi viejo mal, evitar toda clase de

bebidas fuertes. Tengo que tener la cabeza despejada, pero no ha sido una batalla fácil.

Levantó una mano para enseñar cómo le temblaba. Cogiéndole la mano para aquietársela, Gabrielle exclamó:

—Bueno, eso es maravilloso. Sin duda lo estás logrando. Nunca te había visto tan bien. Tan fuerte y bella.

—Tendré que fiarme de tu palabra —repuso Cassandra en tono irónico, mientras Gabrielle la ayudaba a encontrar el sofá.

Cassandra se sentó y Cerbero se echó a sus pies. Gabrielle intentó apartarse pero Cassandra le retuvo la mano.

—No hace falta preguntarte cómo estás. Lo noto. Estás radiante. Parece que te llevas bien con el capitán Remy. Muy bien, en realidad.

Desconcertada por esa capacidad de Cassandra para percibir su interior con sólo tocarla, se movió nerviosa y logró soltarse la mano. Sintió subir un ardiente rubor a las mejillas.

—Sí, las cosas van bien, tengo mucho que contarte.

Acercando una de las banquetas se instaló cerca de la ventana, desde donde podía ver si se acercaba Remy. Resumiendo todo lo posible, le contó lo ocurrido en el torneo y las decisiones a que había llegado.

Cassandra la escuchó sin interrumpir, reclinada en el sofá, rascándole distraídamente las orejas al perro, que tenía apoyada la enorme cabeza en su falda. Cuando Gabrielle terminó de hablar, movió la cabeza y le dijo en tono afectuoso y con cierta nota de diversión en la voz:

—¿Así que te vas a oponer a tu fabuloso destino y darlo por perdido por amor? Ay, mi tonta Gabrielle.

—Ya, pero claro, tal vez voy a ser juiciosa por primera vez en mi vida.

—¿Y pensabas marcharte de París sin siquiera despedirte de mí?

—Noo. Si no hubieras venido, pensaba ir a verte a la Casa del Espíritu para avisarte de los cazadores de brujas y comprobar que estabas bien.

—¿Te habrías acordado de hacer eso? —preguntó Cassandra dejando inmóvil la mano sobre la cabeza del perro.

—Por supuesto —dijo Gabrielle, sorprendida por la expresión de tristeza que le nubló el semblante—. Somos amigas, ¿no?

—Sí, como hermanas, así que es posible que hayas adivinado a qué he venido.

—No, la verdad es que estoy perpleja. Rara vez sales de la Casa del Espíritu, y que te arriesgues justo ahora cuando los cazadores de brujas han invadido París...

Cassandra levantó la mano en gesto despectivo.

—¡Bah! Ya te lo dije. Los cazadores de brujas no me preocupan. Ya he tenido experiencia con ellos.

Y esa experiencia había sido tan horrible como para dejar marcada a una mujer para siempre, pensó Gabrielle. Había perdido a toda su familia. No sabía cómo Cassandra podía hablar tan desdeñosamente de algo tan terrible, pero tal vez era su manera de arreglárselas con la aflicción.

Cassandra reanudó las caricias al perro.

—Sólo he venido a cobrar tu promesa. La promesa que me hiciste de hacerme un favor por utilizar mi capacidad para invocar a los muertos. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Llevo tiempo deseando pagarte, sobre todo si se trata de sacarte de esa horrible mazmorra donde te escondes. Dime qué necesitas.

—Sólo algo muy pequeño. A Nicolas Remy.

—¡¿Qué?!

—Antes de molestarte, déjame que te lo explique. Sólo lo quiero prestado por una noche.

Gabrielle estaba tan pasmada que no pudo decir nada un momento. Al final emitió una risa indecisa.

—Cielo santo, Cass. ¿Para qué quieres prestado a Remy?

—Mi querida Gabrielle —repuso Cassandra arrastrando la voz—, ¿para qué querría una mujer tener a un buen espécimen como tu capitán por una noche?

—¿Para... para acostarte con él?

—No te horrorices tanto. No eres una gazmoña de moralidad estricta. Has tenido amantes. Con mucha facilidad puedes dejarme que utilice este.

Gabrielle se levantó tan bruscamente que Cerbero levantó la cabeza y la miró receloso. Pero ella no pudo contenerse; no sólo estaba horrorizada, estaba estupefacta por la despreocupada petición de Cassandra.

—No estamos hablando de un amante sino del hombre al que amo —dijo indignada—. Y me pides que te lo preste como si... como si fuera un caballo.

—Resultará ser un semental de primera clase, espero —dijo Cassandra esbozando una sonrisa lasciva. Al oír la exclamación ahogada de Gabrielle, añadió impaciente—: Buen Señor, sólo lo quiero por una noche.

Gabrielle comenzó a pasearse por delante de las ventanas, pero no tardó en moderar el paso al darse cuenta de que estaba poniendo nervioso a Cerbero, lo que nunca era conveniente con ese perro. Le giraba la mente por esa petición de tan extraordinaria naturaleza. Jamás, ni en sus más absurdos sueños, podría haberse imaginado que Cassandra le pediría algo así.

—No lo entiendo —dijo finalmente—. Si deseas tener amantes, yo podría encontrarte muchos. ¿Por qué tiene que

ser Remy? ¿Un hombre al que no conoces, al que ni siquiera has visto?

—Nunca he visto a ningún hombre —le recordó Cassandra en tono ácido—. Pero percibí algo de Remy esa noche cuando me pusiste la empuñadura de su espada en las manos. Incluso entonces sospeché que él era quien serviría a mi finalidad.

—¿Qué finalidad?

—Quedar embarazada.

Gabrielle la miró incrédula.

—¿Quieres que Remy te engendre un hijo? Pero una vez me dijiste que no tienes ningún interés en los niños, que no te gustan los niños.

—Este sería mío, mi hija. No eres tú la única que tiene un grandioso destino por delante. Puede que tú decidas darle la espalda al tuyo, pero yo no.

—¿Qué destino?

—Nostradamus ha pronosticado que seré la madre de una mujer que cambiará la historia. Una reina entre reinas. Tú pensaste que adquirirías poder convirtiéndote en la querida de un rey. Eso no sería nada comparado con el poder que tendrá mi hija. —Enderezó la espalda y por su cara pasó una expresión apasionada—. No será un poder que le dará ningún hombre sino que lo tomará, en una revolución.

—¿Revolución?

—Una revolución de las mujeres sabias. Conoces las leyendas tan bien como yo, Gabrielle. Hubo una época en que las hijas de la tierra no eran las esclavas ni los juguetes de los hombres, una época en que podían practicar su magia y eran reverenciadas, no quemadas por brujería. Nostradamus ha visto una época en el futuro en que las mujeres comenzarán a recuperar su legítimo lugar, como las iguales de los hom-

bres. No tengo la intención de esperar que pasen siglos para eso, cuando yo ya estaré convertida en moho en mi tumba. Estos cambios se realizarán en mi tiempo, durante mi vida y más. Las hijas de la tierra ocuparán los tronos, despojarán a todos los hombres de sus derechos. Ellos se convertirán en nuestros esclavos. Todas hemos estado vagando por la oscuridad, pero mi hija nos llevará de vuelta a la luz. Será nuestra mesías. Simplemente piénsalo.

Lo único que pensó Gabrielle fue que Cassandra llevaba demasiado tiempo sola en su sótano. Se había vuelto totalmente loca. Reprimió el deseo de decirle eso, pues la amilanó un poco la intensa y cruel expresión que vio en su cara.

—Aun en el caso de que lo que me estás diciendo deba ocurrir —dijo—. ¿Por qué deseas que Remy te engendre esa hija? ¿Por qué tiene que ser él?

—Porque cuando toqué su espada percibí cualidades valiosas en él: rabia, crueldad, la capacidad de destruir sin piedad.

—Esa es la parte que deplora de sí mismo.

—Entonces puede pasar esa negrura a nuestra hija y quedarse en paz.

—¡No!

—¿No? —repitió Cassandra, y se formó una insinuación de arruga en su entrecejo.

Gabrielle se mojó los labios y le dijo en el tono más amable pero firme posible:

—Lo siento, Cass. Me has pedido lo único que no puedo darte. Pídeme cualquier otra cosa y estaré feliz de cumplir mi promesa, pero...

Se interrumpió, preparándose para un arrebato de cólera. Pero Cassandra recibió su negativa con asombrosa calma, simplemente exhaló un suave suspiro. Afirmando una

mano en el brazo del sofá, se levantó, y su perro se levantó también.

—Estás tan estúpidamente enamorada de ese hombre que ya temía que no te sintieras inclinada a ser racional. Pero, a diferencia de ti, yo he aprendido a no dejar mi destino al azar. Dime, ¿está aquí el buen capitán en este momento?

—Ha salido —contestó Gabrielle, rogando fervientemente que fuera cierto, que Remy ya se hubiera marchado—. Acaba de salir, y tardará un buen rato en volver.

Cassandra pasó los dedos por la cadena que se perdía bajo el corpiño y ladeó la cabeza, muy concentrada.

—En realidad, creo que todavía está aquí. Mira por la ventana. Estoy segura de que lo verás al final del jardín.

Con el corazón acelerado de inquietud, Gabrielle miró por la ventana y vio que Cassandra tenía razón. Remy seguía en el jardín, pero a una distancia en que ya no se le podía oír. Estaba con Jacques a la sombra de un roble, enseñándole su espada al niño, que la estaba examinando con expresión reverente.

—¿Tengo razón? —preguntó Cassandra—. ¿Está ahí?

—Sí —contestó Gabrielle, girándose a mirarla, sintiendo una mezcla de confusión y desconfianza—. Pero ¿cómo podías saberlo?

—Porque lleva el amuleto que hice, que es igual al mío.

Tiró de la cadena que llevaba al cuello y le enseñó un medallón igual al que llevaba Remy, hasta en el último detalle. Gabrielle sintió pasar por ella un escalofrío de temor.

—Los dos amuletos se hicieron con el mismo molde, del mismo metal y con el mismo hechizo —continuó Cassandra—. Están unidos como yo estoy unida con tu capitán cuando lleva su amuleto. ¿Recuerdas lo que te dije que haría el amuleto?

—Dijiste que le serviría a Remy para percibir el peligro, pero es evidente que eso no funciona.

Cassandra emitió una risita gutural.

—Esas no fueron exactamente mis palabras. Te dije que permitiría al capitán percibir si hay malignidad dirigida a él. Observa lo que voy a hacer y mira a tu Azote también.

Puso el medallón en la palma ahuecada y se lo colocó en el hombro, presionándolo, mientras, con los ojos vidriosos pronunciaba unas palabras guturales en voz baja. Inquieta, Gabrielle se giró a mirar por la ventana. A pesar de la distancia, vio a Remy palidecer y dejar caer la espada. Retrocediendo se apoyó en el tronco del árbol y se cogió el hombro, doblándose de dolor. Los hijos del jardinero se apartaron de él, asustados.

Gabrielle se quedó inmóvil un momento, sin poder creer que era verdad que Cassandra podía... Se giró a mirarla y gritó:

—¿Qué le estás haciendo? ¡Para!

Se abalanzó a quitarle el amuleto. Cerbero saltó hacia ella gruñendo, impidiéndole avanzar. Mientras miraba alrededor en busca de un arma, Cassandra soltó el amuleto. Gabrielle apoyó la cara en el cristal y miró hacia Remy, angustiada. Aliviada, vio que él se enderezaba y se le relajaba la cara. Con expresión perpleja, se friccionó el hombro una última vez y se agachó a recoger su espada.

—¡Dame eso! ¡Ahora mismo! —exclamó, alargando la mano en gesto autoritario, sin hacer caso de los ladridos de Cerbero a causa de su tono.

—Cálmate, Gabrielle. Y tú también, señor —añadió, poniendo la mano en la cabeza del perro y tranquilizándolo con una orden en voz baja.

El mastín se quedó quieto al lado de Cassandra, pero siguió mirando amenazador a Gabrielle.

—Esto solo ha sido una pequeña demostración de mi poder, Gabrielle. Sólo me puse el medallón en el hombro. ¿Qué crees que le ocurriría a Remy si me lo pusiera sobre el corazón? Te diré lo que le ocurriría. Se le pararía el corazón, antes que tú pudieras hacer nada para avisarle.

—No, por favor. Por el amor de Dios, Cass, no.

—No tengo la menor intención de hacerle daño a tu Azote. No le haré nada mientras tú seas sensata y cooperes con mi plan. Pero ni se te ocurra pensar que puedes vencerme porque me crees ciega e impotente. Puedo actuar más rápido que tú. Sólo hace falta un contacto, una palabra. Trata de quitarme el medallón y él estará muerto. Y a partir de este momento, si él trata de quitárselo, es hombre muerto. Ahora, retrocede.

Cerbero reforzó la orden con otro gruñido. Gabrielle obedeció a regañadientes. El perro que le había lamido la mano sólo hacía unos minutos, parecía dispuesto a arrojársele encima y arrancarle el corazón, y la mujer que estúpidamente había considerado amiga parecía igual de capaz de hacer eso.

Desgarrada entre la pena y la furia, exclamó:

—¿Por qué haces esto? Dijiste que yo me había convertido en una hermana para ti.

—Una hermana egoísta —dijo Cassandra con amargura—. Tú lo tienes todo. Belleza, inteligencia, una familia amorosa, y tienes tu vista. También posees a un hombre magnífico que te ama, y que continuará amándote después que yo haya conseguido lo que quiero de él. Seguro que puedes tener la generosidad de dejármelo por una noche.

—Aun si yo aceptara tu demencial plan, Remy no es mi esclavo para hacer con él lo que yo quiera. No se acostará contigo jamás, ni aunque lo amenaces con quitarle la vida. No es

el tipo de hombre que se acuesta despreocupadamente con una mujer y le engendra un hijo.

—Sé lo del fastidioso sentido del deber del capitán. Lo único que tienes que hacer es encontrar la manera de que él acepte visitarme. Eres una chica inteligente. Se te ocurrirá algo. Una vez que esté conmigo, yo me encargaré del resto. —Curvó los labios en una sonrisa despectiva—. Sé hacer perfumes y afrodisiacos lo bastante potentes para vencer incluso los más nobles escrúpulos. Pon duro a un hombre lo suficiente y verás si le queda algún escrúpulo. Yo podría seducir al mismo Papa si quisiera.

—Entonces, ¿por qué no vas y seduces a Remy? ¿Para qué involucrarme a mí?

—Porque tengo que asegurarme de que él esté disponible la noche exacta en que lo necesitaré, que no esté ocupado en otra cosa. Además, tendrá más significado si él viene a mí como un regalo tuyo. Eso fortalecerá los lazos de nuestra amistad.

—Si esa es tu idea de amistad, no me gustaría ser tu enemiga.

—No, no te gustaría —contestó Cassandra, con una escalofriante sonrisa.

—Eres... eres peor que Catalina.

—Tomaré eso por un cumplido. Lamento que nuestra transacción haya tenido que degenerar en algo tan desagradable. Después de mi noche con el capitán, te prometo que te daré mi medallón. Créeme. Ninguna mujer podría tener un método más eficaz para tener controlado a su amante.

—El gato de Miri tiene razón respecto a ti. Eres... eres mala.

—No, soy una mujer práctica que trata de cumplir su destino de la mejor manera que puede. Tal como eras tú an-

tes, hasta que sucumbiste al amor. Has tenido una enorme conmoción; te daré un tiempo para que pienses en mi proposición. La luna estará totalmente llena dentro de dos noches. Según mis cálculos, mi vientre estará maduro ese día. Envíame recado hoy antes de la puesta de sol. Claro que las dos sabemos cuál debe ser tu respuesta.

Hacía mucho rato que se había marchado Cassandra, y Gabrielle seguía en la sala de estar. El sol seguía entrando a raudales por las ventanas, los pájaros seguían trinando alegremente, las hojas de los árboles rumoreaban mecidas por la brisa, pero Gabrielle era insensible a todo; no veía ni oía nada. Estaba hundida en el sofá con la cara entre las manos; la visita de Cassandra Lascelles ya iba adquiriendo proporciones de pesadilla, una pesadilla fraguada por ella misma. Ay, si no le hubiera mentido a Remy acerca del medallón; si le hubiera dicho la verdad él lo habría rechazado al instante y no estaría en peligro.

Ya tendría tiempo de sobra después para castigarse por su estupidez. Ninguna cantidad de arrepentimiento le serviría a Remy de nada. Tenía que despejarse la cabeza, encontrar la manera de frustrar el plan de Cassandra. Ay, si hubiera logrado impedir que Cassandra saliera de la casa llevando en su poder el maldito medallón. Quedarse a un lado impotente, dejándola marcharse con el poder de vida o muerte sobre Remy, era una de las cosas más difíciles que había hecho en toda su vida.

Pero ¿qué otra opción tenía? Cassandra llevaba el medallón en la mano, lista para cumplir su amenaza si ella se movía o hacía algo. Los extraordinarios sentidos de Cassandra estaban reforzados por los penetrantes ojos de Finette y la vi-

gilancia de su perro. Cualquier intento de emplear la fuerza para recuperar el amuleto habría significado un inmenso peligro para Remy.

Tenía que encontrar una manera de engañar a Cassandra de modo que le entregara el medallón. Pero ¿cómo? El plazo que le había dado y las terribles imágenes de Remy con la mano en el corazón, la inundaban de pánico, haciéndola incapaz de pensar con claridad. Sentía los comienzos de un dolor de cabeza detrás de los ojos. Se presionó las sienes y empezaba a friccionárselas cuando se abrió la puerta. Entró Lobo en la sala y al instante se detuvo, al parecer muy desconcertado al verla.

—Perdone, señora, no sabía que estaba aquí. Ando buscando al gato de la señorita Miri. El maldito animal se ha escondido. La señorita Miri cree que está enfadado con ella porque... porque... Bueno, no se preocupe por eso. No tiene ninguna importancia. Perdone que la haya molestado.

Haciéndole una venia, Lobo retrocedió, preparándose para echar a correr. Gabrielle se limitó a disculpar su intrusión asintiendo tristemente. No tenía idea de qué tipo de aspecto presentaba ante el chico. Pero los penetrantes ojos verdes de él se fijaron en su cara y algo que vio en ella detuvo su movimiento a un paso de la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja—. ¿Se siente mal, señora? Da la impresión de que ha visto al mismo diablo.

—Diabla —masculló Gabrielle.

—¿Qué? —preguntó Lobo, desconcertado.

—En realidad, resulta que el diablo es mujer.

Hizo un esfuerzo por sonreír y horrorizada sintió formarse un nudo en la garganta. Eran pocas las personas de las que se fiaba en París, y sólo había una a la que había considerado su amiga, y esa era Cassandra. Estaba tan afligida por su falta de juicio como por la traición de Cassandra.

Lobo avanzó un tímido paso.

—No parece usted la misma, señora. ¿Podría ayudarla en algo?

—No, mmm..., gracias, Martin. No hay nada que pueda hacer nadie. Por favor...

Hizo un débil gesto indicándole que debía marcharse. Lobo fue a acuclillarse ante ella, le cogió la mano y le dio una tímida palmadita.

—Nada puede ser tan desesperanzador. Créame, señora. Me he visto en muchos terribles apuros a lo largo de los años, y la sorprendería mi capacidad para salir de las peores situaciones. He vivido gracias a mi ingenio desde que tenía tres años. Soy increíblemente listo. Usted me dice lo que va mal y yo lo arreglaré, ¿eh?

Su expresión era persuasiva, pero Gabrielle negó con la cabeza.

—¿Es la amenaza de los cazadores de brujas lo que la preocupa? —insistió Lobo—. ¿Algún peligro para la señorita Miri?

—No. ¿Por qué preguntas eso?

Por la cara de Lobo pasó una expresión de culpabilidad.

—Por ningún motivo especial. Si su aflicción no tiene que ver con su hermana, ¿con quién tiene que ver? ¿Con el capitán?

El sobresalto de Gabrielle le contestó mejor que cualquier palabra.

—Cualquier cosa que amenace al capitán concierne a Martin le Loup —dijo Lobo enérgicamente—. Dígamelo.

Gabrielle trató de retirar la mano, pero Lobo se la apretó más. Sentía la angustiosa necesidad de compartir su carga con alguien, pero jamás se le habría ocurrido hacer de Martin su confidente. Era poco más que un niño a sus ojos,

y lo aterraba cualquier cosa que tuviera que ver con lo sobrenatural o con brujería. No veía qué ayuda le podía ofrecer. Sin embargo había un algo en Lobo, un conocimiento del mundo que no correspondía a sus pocos años, y era la única persona del mundo a la que Remy amaba tanto como a ella.

—Dígamelo —exigió Lobo en un tono más suave.

Gabrielle tragó saliva y, vacilante todavía, se lo contó. Mientras la escuchaba, Lobo se incorporó y retrocedió, con la cara pálida de espanto. Se santiguó una, dos, tres veces, y murmuró:

—Que todos los santos y la santa Madre de Dios nos protejan. Yo creía saber todo lo que hay que saber de los males de la brujería, pero nunca jamás... jamás ni soñé posible...

—Yo tampoco —dijo Gabrielle—. Tal vez ahora lamentas que te lo haya dicho.

—N-no, señorita. Ha hecho bien en confiar en mí.

Comenzó a pasearse por la sala, cayendo en un silencio nada típico de él. Ella había esperado más exclamaciones de horror y furiosos improperios contra ella por su estupidez. En realidad, deseaba que Lobo se volviera contra ella y la maldijera rotundamente. Eso era lo que se merecía. Soportó su silencioso paseo todo el tiempo que pudo, hasta que al fin explotó:

—Bueno, ¿no tienes nada más que decir? ¿Ningún reproche? ¿No me vas a decir que soy una maldita estúpida por haber puesto a Remy en ese peligro?

Sus fuertes palabras lo sacaron de su ensimismamiento.

—Nunca soy pródigo con los reproches, señorita. He cometido muchísimos errores.

La generosa reacción del muchacho a su estupidez casi la hizo llorar. Logró esbozar una débil sonrisa.

—Sólo cabe esperar que Remy sea tan bueno para perdonar como tú. Claro que ahora no tengo otra opción que decírselo.

Lobo detuvo bruscamente el paseo y movió una mano en gesto de advertencia:

—¡No! Eso es exactamente lo que no debe hacer. El capitán no es un hombre sutil. Querrá ir derecho a esa bruja a enfrentarla. O bien acaba muerto o...

—O en la cama de Cass —dijo Gabrielle lúgubremente—. A otro hombre no le importaría tanto que lo sedujeran y utilizaran de esa manera, pero...

—El capitán es un hombre orgulloso y honorable, y también...

—Y ya ha sufrido mucho. No necesita más...

—Pesadillas —dijo Lobo al unísono con ella, y se miraron en silenciosa comprensión del hombre al que los dos amaban tanto.

Gabrielle pensó que dejar a Cassandra obnubilar la razón de Remy para seducirlo sería tan malo como lo que Danton hiciera con ella.

—Pero ¿qué puedo hacer para salvarlo?

—Ah, vamos, la solución es obvia, señora. Debe usar su magia para contramaldecir a esa terrible bruja.

—¿Contramaldecir?

—Sí. Conjurar algún hechizo negro o... o preparar un veneno que le produzca unos horribles ataques, hasta que se le pongan en blanco los ojos y eche espumarajos por la boca, chillando, pataleando y dando zarpazos en una terrible agonía hasta que caiga muerta.

—¡Martin! —exclamó Gabrielle, horrorizada por esa ferocidad.

Lobo alzó el mentón en gesto belicoso.

—¿Por qué no? Esa malvada hechicera amenaza a nuestro capitán. Merece morir.

—Tal vez sí, pero yo no sé preparar venenos y..., y aunque supiera... —Titubeó, pensando cómo explicarle a Lobo el enredo de sentimientos que le inspiraba Cassandra, la mezcla de rabia, horror y lástima—. Cass es una mujer peligrosa, pero hay algo en ella que da pena también. Creo que, en cierto sentido retorcido, me consideraba una amiga, pero ha conocido muy poco amor en su vida, ni siquiera entiende por qué está mal lo que me ha pedido.

Lobo puso los ojos en blanco, escéptico, pero concedió:

—Ah, muy bien. No la mate, entonces. Simplemente prepare un brebaje que la haga dormir como si estuviera muerta.

—Tampoco sé hacer eso.

Lobo la miró acusador.

—¡A fe mía! ¿Qué clase de bruja es usted?

—Una muy inepta, parece —contestó Gabrielle tristemente.

Lobo exhaló un suspiro de frustración, pero se le acercó y le puso la mano en el hombro.

—Ah, no se precupe, señorita. Usted es una de las mujeres más inteligentes de toda la corte francesa y yo tengo toda la astucia del lobo. Entre los dos encontraremos una buena manera de derrotar a esa malvada mujer sin brujería.

Gabrielle le cubrió la mano con la suya, tan consolada por su comprensión y apoyo que no se le ocurrió nada más que hacer un gesto de asentimiento. Él le dio un ligero apretón en el hombro y se apartó diciendo enérgicamente:

—Ahora reflexione, señorita. ¿Qué sabe de esa mujer? Incluso una bruja terrible tiene alguna debilidad. Para empezar, es ciega. Eso nos da cierta ventaja.

—Muy poca. Sus otros sentidos son muy agudos, y tiene a ese feroz perro y a una maldita criada para que sean sus ojos. Tenía una gran debilidad, pero...

—Sí, ¿cuál? —preguntó Lobo al verla vacilar.

—Cass tenía una terrible afición a los licores fuertes, tanto que muchas veces se le confundía peligrosamente el juicio. —Frunció el ceño al recordar la historia que Finette le contó tan divertida—. Según su criada, cuando se emborracha mucho no es capaz de distinguir a un hombre de otro.

—Eso es entonces. Tenemos que lograr que se emborrache, que caiga en un estupor. Entonces podemos robarle el amuleto...

—No me has escuchado. He dicho «tenía». Hace poco juró no volver a beber licores fuertes.

—¡Bah! —exclamó Lobo, sorbiendo por la nariz, despectivo—. He conocido a muchos hombres y mujeres con esa afición a la botella. Ese no es un vicio que se derrote con mucha facilidad. Sólo es cuestión de menearle un vaso de whisky bajo las narices y veremos con qué rapidez sucumbe.

—Tal vez sí, pero si yo me presentara en su puerta ahora a ofrecerle algún licor fuerte, creo que sospecharía algo —dijo Gabrielle irónica.

—Por eso tenemos que lograr hacerla salir de su madriguera, a una u otra posada y yo debo... —Lobo guardó silencio un momento y tragó saliva—. Yo debo ser el que engañe a la bruja y le robe el medallón.

—¡No! Te agradezco el ofrecimiento, Martin, pero de ninguna manera permitiré que corras ese riesgo.

—No tiene otra opción, usted misma lo dijo. De usted va a recelar. A mí ni siquiera me conoce.

Gabrielle negó enérgicamente con la cabeza, pero él continuó insistiendo:

—Usted le envía recado a la hechicera diciéndole que el capitán acepta la cita pero no quiere ir a la maldita Casa del Espíritu. Dígale que ha reservado una habitación en la posada Cheval Noir de la calle de Morte. Conozco a personas en esa posada que me facilitarán...

—De ninguna manera —exclamó Gabrielle exaltada—. No tienes idea de lo peligroso que podría ser, tanto para ti como para Remy. No sabría predecir lo que podría hacerle Cassandra a la persona que intente frustrar sus locas ambiciones, pero te aseguro que no será agradable.

—No me importa. Déjela que conjure el peor de los maleficios. No soy ningún cobarde.

—Yo tampoco. Y yo soy la responsable de este desastre. No permitiré que un simple niño...

—No soy un niño —gruñó Lobo.

—Tampoco eres una mujer sabia.

—Al parecer, usted tampoco demuestra serlo —bufó él, agitando la cabeza para echarse atrás la melena—. ¿Quién se las ingenió para hacer entrar al capitán en el Louvre? ¿Quién fue el que le salvó la vida la Noche de San Bartolomé? ¿Y quién de los dos es el ladrón más experto? ¿Eh? Dígame eso.

Se miraron desafiantes, a punto de gritarse. Gabrielle fue la primera en tratar de recuperar la calma, cruzándose de brazos y caminando hasta el otro extremo de la sala. El pinchazo de Martin acerca de su falta de capacidad como mujer sabia la había herido en lo más profundo, tanto más cuanto que sabía que tenía toda la razón. Pero ya estaba muy avergonzada por las consecuencias de su engaño y estupidez; no estaba dispuesta a hacerse a un lado mansamente y dejar que Martin se las arreglara con Cassandra en lugar de ella.

Pasado un rato de silencio, Lobo caminó cabizbajo hasta ella; su habitual fanfarronería brillaba por su ausencia cuando le tocó tímidamente la manga.

—Perdone si la ofendí, señorita. ¿Cómo podría hacerla entender? Antes de conocer al capitán yo no era nadie, no era nada. Un pillo, un ladrón de bolsas, la peor hez de la calle. Si no fuera por él ya me habrían ahorcado hace mucho tiempo.

—Martin, entiendo totalmente tu cariño por Remy...

—No sólo por Remy, por usted y... por Miri. —Se le tiñeron de rojo las mejillas y bajó la cabeza—. Sin duda usted me va considerar un insolente arribista, un bastardo que no tiene otro apellido fuera del que yo me he puesto, pero... —añadió, rascando la alfombra con un pie—, pero ustedes se han convertido en mi familia, la familia que nunca he tenido.

—Ay, Martin —musitó Gabrielle, envolviéndolo en un abrazo, que él le correspondió con fuerza y luego la apartó.

—Por eso debe dejarme que sea yo el que trate con esa bruja. Se lo suplico, señorita.

Sus ojos oscurecidos la miraban con tanta melancolía que Gabrielle cedió, a pesar de lo que le dictaba su juicio.

—Pero, oye, ¿no le tienes miedo a las brujas?

Él sacó pecho.

—Olvida quién soy, señorita. Martin el Lobo no le teme a nadie. Lucharía con diez brujas, no, con cien, no, con mil...

—De acuerdo, de acuerdo —interrumpió Gabrielle, riendo, antes que él llegara al millón.

De todos modos, volvió a intentar disuadirlo, pero Lobo tuvo respuesta para todos sus argumentos hasta que la derrotó, simplemente porque a ella no se le ocurrió ningún otro plan que tuviera posibilidades de éxito fuera del suyo. Con mu-

cha renuencia dejó que él compusiera el mensaje que atraería a Cassandra a la trampa. Sólo le quedaba rogar fervorosamente que fuera una bruja la que quedara cogida en la trampa y no un lobo.

22

La lluvia y el viento azotaban el letrero de la posada Cheval Noir, haciéndolo crujir. Un relámpago iluminó el símbolo pintado del caballo negro encabritado, como un animal diabólico listo para llevar a su jinete al infierno. La mayoría de los clientes que frecuentaban la posada tenían el aspecto de haber estado ya en el infierno. La posada era el lugar favorito de un nutrido grupo de gente tosca, desertores de las fuerzas navales, contrabandistas, rateros, ladrones callejeros, prostitutas.

Y esa noche estaba una bruja ahí, pensó Lobo lúgubremente, siguiendo una ruta por en medio de las mesas del bodegón. Había más gente que de costumbre debido a la tormenta, y el aire apestaba a cuerpos desaseados, ropa mojada y licores rancios. El bullicio de las toscas voces y risas de borrachos rivalizaba con el del viento y la lluvia que azotaba las sucias ventanas.

En mangas de camisa y con un delantal amarrado a la cintura, Lobo no se distinguía de los otros criados de la posada, pero tenazmente hacía caso omiso de los gordos puños que golpeaban las mesas pidiendo más vino. Equilibrando una bandeja iba resueltamente en dirección a la escalera que llevaba a las habitaciones de la primera planta, tratando de desentenderse de los inquietos latidos de su corazón. En el momento que puso el pie en el primer peldaño, el retumbo de un

trueno pareció sacudir toda la posada hasta sus cimientos. Con el sobresalto casi dejó caer la bandeja; una de las botellas del coñac más potente de la posada se ladeó y estuvo a punto de caer y estrellarse en la escalera; la cogió justo a tiempo.

Enderezando la bandeja, soltó una maldición en voz baja, sabiendo que no era la furia de la tormenta lo que le ponía tirantes los nervios. Era la perspectiva de enfrentar a la mujer que esperaba arriba. A pesar de sus bravatas delante de Gabrielle, no podía negarlo, al menos a sí mismo: le tenía terror a Cassandra Lascelles. En realidad, estaban de más las advertencias de Gabrielle respecto a los peligros de fastidiar a una bruja, a la forma de venganza que podría elegir ella.

Su viva imaginación le suplía los detalles, complementándolos con todas las horripilantes historias que había oído en su infancia; historias de las maldiciones capaces de encoger las partes pudendas del hombre, de pudrirle la carne o volverlo totalmente loco. Lo único que lo mantenía firme en su propósito eran las imágenes de las personas a las que había llegado a querer tan profundamente. La de su valiente capitán, la de Gabrielle, que llevó la paz al atormentado corazón de Remy, pero principalmente la de Miri, con su brillante pelo color luna dorada y sus inolvidables ojos.

Con sus intenciones hacia el capitán, esa maldita bruja amenazaba la felicidad de todos ellos, y Miri ya estaba bastante triste. Él no tenía idea de lo que ocurrió entre ella y ese condenado Aristide, pero Miri volvió a la casa muy apenada, con su aura dorada casi apagada. Esperaba que una vez que la llevara lejos de París, el cariño de su humilde Lobo fuera suficiente para hacerla olvidar a ese cabrón cazador de brujas.

Pero para poder hacer eso, primero debía arreglárselas con una bruja. Enderezó los hombros, apretó con más fuerza

los bordes de la bandeja y continuó subiendo la escalera. Gustosamente daría su vida por el capitán Remy y su dama. Ah, pero por Miri, su hermosa dama de la luna, estaba dispuesto a arriesgar su propia alma.

Cuando llegó al rellano, captaron su atención dos figuras, un hombre y una mujer abrazados con tanta pasión que estaban en peligro de caer por encima de la baranda. A pesar de sus nervios y miedo, sonrió al comprender que Pierre Tournelles ya estaba afanado en su labor. Camarada de los tiempos en que los dos eran harapientos pilluelos de la calle y robaban pan a furiosos tahoneros, Pierre se había convertido en un joven alto y fornido.

Pierre le bajó el sucio corpiño a Finette por el hombro y la hizo emitir chillidos de placer sobándole un flaco pecho. La muchacha lo acariciaba por todas partes casi subiéndosele encima, como una gata flaca excitada. Tan absorta estaba en su placer que no vio el gesto de asco de Pierre ni la mirada contrariada que le dirigió a él por encima del hombro de ella. Sin duda Pierre le cobraría el doble por sus servicios, pensó Lobo, pero lo valdría.

Pasando sigiloso por un lado de Finette, se dirigió hacia el final del corredor, donde llegó justo en el momento en que otro relámpago iluminaba la última puerta. Haciendo una respiración profunda para fortalecerse, golpeó suavemente la puerta de madera. A la llamada contestó un amenazador ladrido, y luego una seductora voz preguntó:

—¿Quién es?

Lobo echó una rápida mirada hacia el otro lado del corredor, temiendo que esos sonidos alertaran a la criada, pero Pierre se echó juguetonamente al hombro a la muchacha, que se echó a reír, y la llevó escalera abajo a ofrecerle alguna bebida. Entonces Lobo giró el pomo. Equilibrando con sumo cuidado

la bandeja con una mano, entró en la habitación y cerró suavemente la puerta.

El perro reaccionó a su entrada emitiendo un terrible gruñido; por lo menos esperaba que el gruñido fuera del perro. Se quedó inmóvil dándole la espalda a la puerta, con las manos tan temblorosas que la botella chocó con la copa. La habitación estaba casi en sombras, sólo iluminada por el fuego de unos pocos leños que ardían en el hogar. Distinguió la silueta del animal del infierno echado a unas pocas yardas de él, al parecer listo para saltarle al cuello. No vio señales de la bruja, pero oyó salir su voz de la parte más oscura de la habitación cerca de la cama de cuatro postes.

—¿Quién está ahí? ¿Qué desea?

—Eh..., no soy nadie, señora, sólo... eh... Guillaume, su humilde servidor, que le traigo el mejor refrigerio que ofrece Cheval Noir.

—No he pedido nada.

—Ah, no, pero su criada pensó...

—Condenada idiota —masculló la bruja, y luego gritó con voz aguda—: ¡Finette!

—Ha bajado a esperar la llegada de su caballero.

Esta información fue causa de un furioso siseo.

—Muchacha estúpida. Le dije que esperara fuera de la puerta y que mantuviera los ojos bien abiertos. Dile que le ordeno que suba inmediatamente y que se lleve lo que has traído.

La enérgica orden fue seguida por otro salvaje ladrido del enorme perro negro. Lobo pensó que el éxito de su misión pendía de un hilo. Recurrió a su tono más mimoso:

—Pero es que le he traído queso y pan, señora, y un coñac tan exquisito que va a creer que está bebiendo el néctar de los dioses. Con esta horrible tormenta, seguro que...

—¡Fuera! —espetó la mujer, con un ladrido peor que el de su perro.

El mastín se acercó un paso. Lobo vio la siniestra mirada del perro, el brillo de sus colmillos, pero se mantuvo en sus trece.

—Piense en su caballero, señora. Fuera la noche está muy fea con esa tormenta. Seguro que agradecerá encontrar aquí algo fuerte para beber. Sería muy poco acogedor no ofrecerle una bebida a un amante.

El silencio que siguió a sus palabras fue tan frío que Lobo temió haberse pasado de la raya. Finalmente ella dijo, impaciente:

—Muy bien, deja ahí esa maldita bandeja y vete.

Lobo avanzó un tímido paso y el mastín se le puso delante gruñéndole.

—Mmm, ¿su perro, señora? Es un animal magnífico, sin duda, pero yo soy tan duro y musculoso que si me mordiera, mmm, no querría hacerle daño a sus dientes.

A la bruja se le escapó un bufido parecido a una risa.

—Cerbero, ven aquí.

Después de emitir otro ladrido de advertencia, el perro se dio media vuelta y trotó hacia su ama. Lobo soltó el aliento retenido y llevó la bandeja hasta una mesa pequeña situada cerca de la ventana. La tormenta continuaba igual, el viento aullaba y la lluvia golpeaba el cristal como si fueran las garras de un hada agorera que quería romperlo para entrar. A pesar de la violenta tormenta, Lobo deseó abrir un poco la ventana. En las narices sentía el picor de un extraño perfume que empezaba a marearlo un poco. Sintió brotar gotas de sudor en la frente y se las limpió con el dorso de la mano.

Cuanto antes terminara su misión y saliera de ahí tanto mejor estaría. Mientras ponía las cosas de la bandeja en la

mesilla, la bruja salió de las sombras, con la mano en el collar del perro. El animal la guió hasta el hogar. Sus movimientos eran gráciles, lo único que delataba su ceguera era el cuidado que ponía para dar cada paso.

Por el rabillo del ojo, Lobo echó su primera y atenta mirada a Cassandra Lascelles. Era más joven y más hermosa de lo que se había imaginado. ¿Es que ya no existía ninguna bruja que fuera vieja y fea? Su vestido de seda color rojo sangre favorecía su cimbreña figura, y el generoso escote dejaba ver unas clavículas tan delicadas que bastaría muy poco esfuerzo para quebrárselas. Pero toda ilusión que se hubiera hecho de su fragilidad se le evaporó cuando ella se echó hacia atrás la negra melena y dejó al descubierto una cara fuerte y terrible por su seductora belleza. Pasó sus delgados dedos por la cadena que llevaba colgada al cuello moviendo de aquí allá el medallón, haciéndolo brillar a la luz del fuego.

A Lobo se le formó un nudo de terror en el estómago al verla juguetear con el letal amuleto. Deseó abalanzarse sobre ella y arrancárselo por el cuello, pero el peligro para el capitán sería demasiado grande.

Tranquilo, Lobo, paciencia, se aconsejó. Hizo más lentos su movimientos, tomándose su tiempo en disponer los platos, copas y botellas en la mesa.

La bruja hizo sonar las uñas sobre el medallón y golpeó el suelo con los pies como si estuviera dibujando un tatuaje.

—¿Qué diablos te hace tardar tanto?

—Nada. Ya casi he acabado, señora.

El ruido que hacía ella al rascar el medallón le producía dentera, hasta que cayó en la cuenta. La bruja estaba tan nerviosa como él, y ¿por qué no? Todas sus locas ambiciones podían irse con el viento esa noche. Su tensión podría hacerla más propensa a sucumbir a la tentación.

Y también podría volverla más peligrosa. Las tigresas eran mucho más propensas a enseñar las garras cuando estaban nerviosas. Debía tratar a Cassandra con sumo cuidado, pero primero tenía que hacer a un lado a ese maldito perro negro. El mastín se había echado cerca de las faldas de su ama, pero sus recelosos ojos caninos no se desviaban de él. Después de secarse en el delantal las palmas pegajosas por el sudor, levantó la servilleta de un plato sobre cuyo contenido no había dicho nada a la bruja.

Un reluciente racimo de uvas negras. Las miró dudoso. Encontraba bastante patético ofrecer esa tentación al inmenso bruto negro. Él habría pensado que ese animal del demonio preferiría con mucho un buen trozo de carne cruda. Sólo pudo rogar que Gabrielle tuviera razón cuando le aconsejó que viniera armado con esa fruta.

Sacó un buen puñado de uvas y subrepticiamente las puso en el suelo en una hilera que llevaba a la cama. Atónito vio que el mastín se levantaba inmediatamente; con la lengua fuera fue oliscando el suelo hasta la uva más cercana, le saltó encima, se la echó en el hocico y luego la siguiente y otra y otra, alejándose de la bruja.

Temió que los golosos ruidos que hacía el perro al comerse las uvas alertarían a su ama, pero Cassandra parecía no oírlo. Fue el ruido que él hizo al quitar el corcho a la botella y servir coñac en una copa lo que la tensó.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

—Nada, señora. Sólo que con esta noche tan horrible...

—Deja de repetir eso —chilló ella.

—Y no he podido dejar de percibir lo nerviosa que está —continuó Lobo a toda prisa—. Es una vergüenza que se tenga esperando a una mujer tan hermosa como usted. Ningún hombre en sus cabales soportaría estar lejos de usted mucho

tiempo. Lo más probable es que esta terrible tormenta haya retrasado a su amante. Mientras tanto, ¿no podría persuadirla de probar nuestro excelente coñac? Sólo un pequeño sorbo le servirá para relajarse.

—¡No! —exclamó ella, apretando tan fuerte el medallón que se le pusieron blancos los nudillos—. Ya te dije que no quiero beber nada.

El perro había dado la vuelta a la cama siguiendo una uva. Lobo se estremeció al levantar la copa de coñac, pero estabilizó la mano para acercarse a Cassandra. Cuando llegó hasta ella sintió más fuerte el olor del extraño perfume, casi avasallador; le entró por las narices, embriagador, dulzón, tejiéndole telarañas en la mente. Se sorprendió mirándole estúpidamente los pechos, sus pezones marcados en la ceñida tela color rubí. Agitó la cabeza para desechar la insistente imagen. Carraspeó para aclarar la garganta y le dijo:

—Si tiene a bien, señora, un trago no le hará ningún daño, y este es un coñac tan fino que no se puede rehusar. Es tan meloso y suave al paladar que le pasará por la garganta como un caliente néctar dorado.

Le puso la copa bajo la nariz, para obligarla a olerlo. Cassandra hizo una honda inspiración y por su cara pasó una clara expresión de deseo.

—¡No! ¡Llévatela! —Al mover la mano para apartar la copa la golpeó y saltó un poco de licor, cayéndole en la manga; furiosa levantó la mano y el coñac cayó chorreando por sus dedos y el puño de encaje—. ¡Maldito idiota, torpe! Tráeme una servilleta. ¡Date prisa!

—Sí, señora.

Volviendo a la mesa, sintió deseos de maldecirse y darse de patadas. Lo había estropeado todo al enfurecerla, y el en-

fadado tono de su voz había llevado al perro a ponerse junto a ella otra vez, en actitud protectora.

Apoyó las palmas en la mesa, abrumado por la desesperación. Tanto alardear y jactarse ante Gabrielle de lo astuto que era, convenciéndola de que se fiara de él y le dejara la vida del capitán en sus manos. Su ingenioso plan de emborrachar a la bruja no iba a dar resultado. Habría sido mejor traer una pistola y matarla de una maldita vez, y al diablo el peligro de que lo cogieran y ahorcaran. Claro que por mucho que le hubiera dicho a Gabrielle que Cassandra se merecía morir, él jamás podría asesinar a una mujer a sangre fría, ni siquiera a una bruja. Además, lo más seguro es que también hubiera tenido que matar al perro, y dudaba mucho que eso se lo perdonara Miri alguna vez.

¿Qué demonios podía hacer, entonces? Mejor llevarle una servilleta antes que le ordenara al perro destrozarlo por mancharle el vestido. Cogió la servilleta, se giró para llevársela, y al punto se quedó inmóvil. Cassandra estaba temblando de la cabeza a los pies, pero no de furia, advirtió.

Haciendo una inspiración entrecortada, la bruja levantó la mano y se olió los dedos mojados de coñac. Luego se los acercó a los labios. Vaciló un instante y luego pasó la lengua por el dorso de la mano, cogiendo y saboreando las gotas de coñac. Un largo suspiro la estremeció toda entera. Lobo retuvo el aliento, esperando, percibiendo la batalla que estaba luchando la hechicera en su interior, tan violenta como los elementos que rugían fuera.

Musitando disculpas por haber derramado el coñac, se le acercó tímidamente hasta ponerle la servilleta en la mano. Cassandra se mojó los labios con la lengua.

—Está bien, no pasa nada —dijo con la voz rasposa—. Como has dicho, es una noche horrible. Tal vez deberías servirme otra copa. Sólo una...

* * *

Gabrielle se paseaba delante de las ventanas de su dormitorio haciendo revolotear la orilla de la bata alrededor de los tobillos; la mayor parte de esa noche se había paseado por la habitación como una polilla atrapada en un frasco de vidrio buscando frenética una salida. Entrecerró los ojos para mirar hacia el camino del establo, que estaba detrás de la casa, con la esperanza de ver brillar la luz de una linterna, que indicaría el regreso triunfal de Lobo. A pesar de la luz de los relámpagos que iluminaban intermitentemente el suelo, era casi imposible ver algo por los cristales, oscurecidos por la noche y chorreando de agua por el implacable aguacero.

La tempestad se le antojaba un mal presagio, un anuncio de desastre. Trató de desechar esa idea supersticiosa, pero la tormenta que caía fuera no era nada comparada con el torbellino que le azotaba el alma. ¿Cómo pudo permitir que Lobo fuera solo a enfrentar a Cassandra? ¿Cómo pudo aceptar su plan? Debía estar loca, seguro.

Pero, como señaló Lobo, no tenía ninguna otra opción. Cualquier intento de intervenir ella habría tenido terribles consecuencias para Remy. Además, si Lobo fracasaba, todavía estaba a tiempo de encontrar la manera de quitarle ese medallón. Pero no quería ni pensar en eso.

Lobo no fracasaría. Era astuto e ingenioso. Le salvó la vida a Remy en circunstancias mucho peores la Noche de San Bartolomé. Comparada con eso, la tarea de esa noche era mucho más sencilla. Distraer a la criada, sobornar al perro, emborrachar a Cassandra y robarle el amuleto. ¿Qué podía ir mal? Muchísimas cosas, en realidad.

El retumbo de un trueno la hizo pegar un salto. Llevándose una mano al acelerado corazón, miró disimuladamente

a Remy para ver si lo había notado. Él estaba recostado en la cama, de costado, apoyado en un codo, mirando un mapa. Su ropa empapada al cogerlo por sorpresa el aguacero se estaba secando junto al hogar. Sólo cubierto por los calzones interiores, estaba absorto trazando la ruta de huida para su rey, tan indiferente a la tormenta como ignorante del peligro que lo amenazaba esa noche. Un peligro en la forma de un amuleto de aspecto inofensivo que llevaba colgado al cuello.

Él pasaba distraídamente los dedos por la cadena mientras miraba el mapa. La luz del fuego del hogar le iluminaba los ondulantes músculos de sus hombros y brazos, la potente extensión de su pecho lleno de cicatrices; mechones de pelo mojado le caían por la frente y él se los echaba atrás, impaciente. Siempre que Remy estaba totalmente concentrado en algo, el color castaño oscuro de sus ojos parecía aumentar en intensidad; sus largas pestañas proyectaban sombras sobre sus angulosas mejillas.

Contemplándolo, sintió deseos de correr a abrazarlo, de recuperar el glorioso desenfado que experimentó la primera vez que él excitó su acobardada sensualidad. Pero las últimas veces que habían hecho el amor no había logrado relajarse y entregarse totalmente a sus caricias; ese odioso medallón se interponía entre ellos, junto con la sombra de sus mentiras. ¿Cuántas veces no había ansiado confesárselo todo, decirle la verdad? No más intrigas, le había prometido, y ya había roto la promesa. Encontraba justo advertirlo del peligro. Con Lobo habían discutido ese asunto una y otra vez.

—Sé que Remy se pondrá furioso cuando descubra lo de Cass. Pero se trata de su vida. Deberíamos consultarlo con él

antes de seguir adelante con el plan, y cuando todo esté explicado, seguro que él verá la prudencia de...

—¿El capitán? ¿Prudencia? —la interrumpió Lobo, soltando un bufido—. Mi señora, ¿estamos hablando del mismo hombre que insistió en combatir con Danton en la justa sabiendo muy bien que era una conspiración para matarlo?

—Remy hizo eso por mí. Quería vengar mi honor.

—Sí, y eso es siempre lo que gobierna a nuestro capitán, aún cuando vaya en su perjuicio. Consideraría innoble emborrachar a una ciega, aprovechar su debilidad para atraparla, aun cuando sea una bruja. Deseará encontrar una manera de tratar con ella con honor y justicia, y usted y yo sabemos que eso es imposible. El capitán es un héroe, y así es como se comportan los héroes. Por eso no debemos decirle nada. Esto no es una tarea para un héroe sino para un muchacho que es un ladrón y un pillo. —Le brillaron los dientes en una de sus pícaras sonrisas—. Una misión sólo adecuada para un lobo.

Ella se vio obligada a estar de acuerdo con él, pero era lo bastante sincera para reconocer que no era sólo el miedo a la heroicidad de Remy lo que la hizo guardar silencio. Era mucho más una especie de vergonzosa cobardía. Se imaginaba muy bien la ira de Remy, cómo se sentiría traicionado si se enteraba de la verdad, no sólo la verdad acerca del medallón sino también de que hubiera permitido que Lobo se aventurara en el peligro en lugar de él. Si le ocurría algo a Lobo nadie la culparía con más dureza que ella misma. Siempre había sido buena para guardar secretos, pero nunca un secreto le había pesado tanto en el corazón.

Se sobresaltó, sintiéndose culpable, cuando cayó en la cuenta de que Remy tenía fija la mirada en ella, con una ex-

presión interrogante en la cara, aun a pesar de su dulce sonrisa. No pudo corresponderle la sonrisa. Desviando la cara, se dirigió al hogar para ver cómo estaba la ropa mojada colgada sobre la silla, levantó la camisa y volvió a dejarla donde estaba.

Crujió la cama al incorporarse Remy para quedar sentado.

—Cariño, has ido a ver mi ropa por lo menos diez veces. No creo que cambiarla de lugar una y otra vez contribuya en nada a que se seque más rápido.

—Podría —contestó ella, alisando la manga de la camisa.

—Gabrielle...

Eso lo dijo en voz baja, pero con una insistencia que ella ya no pudo continuar sin mirarlo. La preocupación que vio en su cara junto con el abrasador cariño que expresaban sus ojos casi la abatió. Sintió flaquear las piernas cuando él añadió con voz ronca:

—Ven aquí.

Nunca se había dado cuenta de que es posible ser gobernada por el simple sonido de la voz de un hombre. Remy parecía enroscarse por toda ella, ardiente como una bebida espiritosa, como para derretirle los huesos. Deseó volar por la habitación a echarse en sus brazos. Pero su sentimiento de culpa la hizo acercársele con renuencia. Tan pronto como estuvo a su alcance él alargó el musculoso brazo y sus fuertes manos le cogieron las de ella. Suavemente la sentó en la cama a su lado y la tumbó de espaldas antes que ella pudiera protestar; y la verdad era que no quería protestar. Cuando se colocó encima de ella afirmado en los brazos para no aplastarla, sintió el calor que emanaba de los duros planos de su pecho desnudo. Él le rozó la boca con los labios en un tierno beso, incitándola a abrir los labios; entonces rozó la

lengua con la de ella, al principio suave, seductor, y fue profundizando el beso, obnubilándole los sentidos y expulsando de su cabeza todos los pensamientos de su cabeza que no fueran él.

Pero el contacto del medallón atrapado entre ellos le produjo la sensación de la fría punta de un puñal suspendido sobre el corazón de él. Tuvo que hacer un esfuerzo para no coger el maligno amuleto y quitárselo. Y ¿si todo hubiera sido sólo un farol de Cassandra? Y ¿si no pudiera percibir si Remy llevaba o no el amuleto? Y ¿si el lazo entre los medallones no fuera tan potente a esa distancia? Pero le dio miedo correr el riesgo, porque el terrible recuerdo del dolor que causó Cassandra a Remy para demostrarle el poder del medallón estaba grabado en su mente.

Remy se apoderó ávidamente de su boca, moviendo los labios, pero por mucho que deseó abandonarse y dejarse llevar por sus caricias, no pudo. Se sentía como un Judas. Jadeando, separó los labios de los de él y desvió la cara. Remy continuó afirmado encima de ella. Sintió el peso de su mirada.

—¿Qué te pasa, mi vida? —le preguntó dulcemente.

Ay, Dios. Tuvo que morderse el labio para reprimir un gemido. Era una suerte que Nicolas Remy nunca se hubiera dedicado al oficio de cazador de brujas. Jamás habría tenido que recurrir a la tortura; sus besos, ese tono tierno, la tenaz mirada de esos ojos castaños, habrían bastado para hacer confesar cualquier cosa a una mujer. Continuar mintiéndole era lo más difícil que había hecho en su vida.

—Nada —dijo débilmente.

—¿Nada? —rió él—. Nunca has sido lo que yo llamaría una mujer apacible, pero lo que veo en ti es un nuevo grado de desasosiego. He visto potrillas a punto de entrar en el campo de batalla menos nerviosas que tú.

—Es... es la tormenta. Las tormentas siempre me ponen nerviosa.

—¿Sí? —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Temía que fuera culpa mía.

—¿Culpa tuya?

—Sé que estos últimos días no he sido un amante muy atento. He estado tan absorto en mi plan para la huida del rey que sin duda te he aburrido de muerte.

Gabrielle lo miró angustiada. ¿Él se echaba la culpa de su tensión, de su inquietud?

—Vamos, Remy —dijo, con la voz ahogada, ahuecando la mano en su mejilla, sintiendo el roce de la barba que empezaba a asomar en su piel—. ¿Cómo puedes decir eso? Por supuesto que estoy muy interesada en tus planes para rescatar a Navarra.

—¿De veras? ¿Te das cuenta de que hace un momento te dije que había contratado a un grupo de elfos para que me ayudaran, y ni siquiera moviste una pestaña?

Gabrielle sintió subir un delator rubor a las mejillas.

—Bueno, los elfos pueden ser útiles cuando... cuando uno logra encontrarlos.

Remy se rió, pero continuó escrutándole la cara; su mirada llena de preguntas tácitas y un asomo de pena. Gabrielle no pudo soportarlo. Salió de debajo de él, se bajó de la cama y volvió a la ventana a continuar la espera. Vamos, Lobo, ¿dónde estás Lobo? ¿Es que no acabaría nunca esa terrible noche?

Remy se sentó lentamente observándola con el corazón afligido. La luz de un relámpago le iluminó la cara inquieta y los esbeltos dedos apoyados en el cristal. ¿Qué buscaba mirando la tormenta por la ventana? Evidentemente algo que no encontraba en él.

Los hombres tenían fama de hacer sus conquistas y luego estar dispuestos a pasar a otra cosa. ¿Sería posible que una mujer se cansara de un hombre después de una sola noche? Gabrielle había tenido otros amantes, por lo menos dos mucho más ricos y nobles que él. ¿Tal vez ya le pesaba, o se estaba pensando mejor lo de abandonar las ambiciones que tenía antes? ¿Por eso mostraba tan poco interés en sus planes para sacar a Navarra de París, algo que nunca había deseado?

Para, se dijo, molesto. Esas dudas suyas eran patéticas. Ella le había dicho que nunca había amado a ningún hombre sino a él. Se lo había demostrado la noche en que hicieron el amor por primera vez. Acobardada como estaba debido al trato brutal de Danton, se abrió a él, se fió de él. Tampoco podía quejarse del número de veces que había hecho el amor con él después. Ninguna mujer podía ser más generosa, más libre para manifestar el placer de su cuerpo que ella. Entonces, ¿por qué lo acosaba la sensación de que ella le ocultaba algo?

¿Es que era insensato al desear no sólo poseer su carne sino también todos los recovecos de su corazón, de su mente y de su alma? ¿Viviría siempre atormentado por la idea de que había una parte de ella que no podría tocar jamás? Se levantó y caminó hasta ella. Cuando la rodeó con los brazos ella se resistió, pero sólo una fracción de segundo.

Al instante se apoyó en él y él le presionó la sien con los labios, sintiendo el roce de los sedosos mechones de pelo dorado en la mandíbula. Sintió dulce e invitador el calor de su cuerpo a través de la seda de la bata. Y sin embargo seguía sintiéndola tan lejos de él que iba a volverse loco.

No debía machacarla constantemente con preguntas como un juez a un testigo renuente, pero no pudo frenarse. Le besó suavemente la oreja.

—Gabrielle, ¿estás segura de que no te preocupa nada?

—No, sólo que... que...

—¿Qué?

—Es que... estoy preocupada por Martin. Aún no ha regresado, y que esté solo por ahí, con esta terrible tormenta...

Remy agrandó los ojos por la sorpresa. De todas las cosas que podrían preocupar a Gabrielle, no habría esperado eso.

—¿Lobo? Es un muchacho muy astuto, y conoce esta ciudad mejor que cualquiera de nosotros. Sin duda se ha refugiado en una posada por ahí y está bebiendo vino con antiguos camaradas y coqueteando con una muchacha bonita. La verdad es que me alegré cuando me preguntó si podía salir esta noche. Últimamente lo he tenido más pegado a mis talones que mi sombra. Casi no puedo ir al retrete sin que él me siga.

Gabrielle bajó la cabeza y su cara desapareció tras la cortina de pelo.

—Los dos hemos tenido miedo por ti, Remy. Tienes más enemigos de los que crees.

—Eso sin duda. Pero te aseguro que me he vigilado las espaldas. —La giró hacia él y le echó atrás el pelo—. ¿De verdad es eso lo que te preocupa? ¿Has estado nerviosa por mi seguridad?

Ella asintió, con la expresión triste. Él le pellizcó la mejilla y fingió un tono severo:

—Bueno, deja de preocuparte. Sé cuidar de mí mismo. Además, tengo tu amuleto para protegerme. Como me obligaste tan ferozmente a prometértelo el otro día, no me lo he vuelto a quitar, ni siquiera para bañarme.

Levantó el medallón y lo movió travieso ante sus ojos, con la esperanza de hacerla sonreír. Pero en lugar de sonreír, ella palideció.

—Sí, tú siempre cumples tus promesas.

Y ¿qué quería dar a entender con eso? ¿Que ella no?

Le cogió la cara entre las manos.

—Gabrielle, sé que seguimos rodeados por intrigas y peligros, de la Reina Negra, de los cazadores de brujas, de todos los nobles católicos que siempre me han odiado. Y, sí, dime que soy un tonto, pero no puedo dejar de pensar que mientras tú y yo sigamos siendo sinceros entre nosotros, todo estará bien. —Le escrutó intensamente la cara—. ¿Estás segura de que no hay nada que desees decirme?

¿Se imaginó la expresión asustada de sus ojos, la forma como entreabrió los labios como si estuviera agobiada bajo el peso de un secreto, un secreto que tenía en la punta de la lengua? Retuvo el aliento, esperando.

—No, nada —respondió ella, ocultando la cara en su hombro.

Mientras la estrechaba con más fuerza, Remy sintió el corazón oprimido por la idea de que ella le mentía. Pero desechó el miedo.

Ella le había dado su palabra. Eso debería bastarle. Si la amaba, tenía que fiarse de ella tal como ella se fiaba de él. Ahuecando la mano en su nuca le levantó la cara y sus labios se encontraron en un apasionado beso. Le desató el cinturón de la bata y acarició todas sus cálidas curvas mientras ella deslizaba las manos frenética por todo él; la excitación fue aumentando entre ellos y él sintió el cuerpo duro de deseo y necesidad. Si notó desesperación en los besos y caricias de Gabrielle, decidió no hacer caso de eso.

Ella se aferró a él y con la respiración jadeante le susurró al oído:

—Remy, por favor, hazme el amor. Hazme el amor como si no fuera a existir un mañana.

* * *

Cassandra Lascelles se había quitado los zapatos y estaba tumbada en la cama, la falda un poco levantada dejando ver sus blancos y bien formados tobillos y pantorrillas. Llenando nuevamente la copa, Lobo trataba de no mirar. Si en un recoveco de su mente había tenido alguna duda de que ella fuera bruja, ya no la tenía; estaba seguro. Ninguna mujer normal podría consumir la cantidad de coñac que había bebido ella y continuar consciente. Ya casi estaba terminada la segunda botella y, aunque su voz sonaba estropajosa, no daba señales de perder el conocimiento.

De los dos, él era el que peor se encontraba. Tenía empapada de sudor la camisa en la parte de las axilas, por los nervios y el sofocante calor de la habitación. El pelo le caía sobre la sudorosa cara, y tenía los labios apretados en un *rictus* de preocupación.

Había pasado la furia de la tormenta y sólo se sentía caer una lluvia uniforme y triste. Ladeando la botella, sirvió el último resto de coñac en la copa. El perro de la bruja estaba echado junto al hogar, mirándolo con una dolida expresión de reproche, casi como si supiera lo que él le estaba haciendo a su ama.

—No es culpa mía, amigo —le dijo—. Tu ama no me dejó otra alternativa.

—¿Con quién hablas? —balbuceó Cassandra—. ¿Con el Azote? ¿Llegó por fin?

—No, señora. Sólo estaba conversando con... con Cerbero.

De la cama salió un ataque de risitas.

—Tonto burro. Mi perro no sabe hablar.

Lobo se acercó a la cama con la copa de coñac. Cassandra se incorporó hasta quedar medio sentada, apoyada en un codo y con los pies colgando por el lado. Estaba claro que la ma-

niobra le costó su buen esfuerzo. Lobo la observó atentamente, pensando si se atrevería a tumbarla en la cama y ponerle la almohada en la cara, justo el tiempo suficiente para que perdiera el conocimiento y...

No, a la primera señal de molestia, el maldito perro se arrojaría sobre él y le destrozaría la cabeza. Apretó los dientes, frustrado, y luego dijo alegremente:

—Su coñac, mi señora.

En lugar de alargar la mano ansiosa, como hiciera con las ocho o nueve primeras copas, ella continuó sentada, con su largo pelo negro desparramado sobre la cara mohína.

—¿Dónde está mi Azote? ¿Por qué no ha venido? Creo que no va a venir.

—Ah, no, señora, estoy seguro de que sólo se ha retrasado.

—No. —Cassandra consiguió sentarse más derecha, moviendo lentamente la cabeza de lado a lado, como si le pesara mucho—. Ese hombre no va a venir. Me traicionó. Gabbiel también. No debería haber hecho eso. Soy una bruch... una bruja, ¿sabes? Le advertí lo que ocurriría si no era una buena amiga y me lo prestaba. Ahora lo va a pagar... su capitán.

A Lobo se le oprimió el corazón de miedo al verla subir la mano para coger el medallón que le colgaba del cuello. Le cogió la muñeca y le puso la copa en la mano.

—Tenga. Beba otro poco y olvídese del capitán Remy. Si no se presenta aquí, es totalmente indigno. Descuidar así a una dama tan hermosa como usted. El muy canalla.

Cassandra curvó la boca como si vacilara entre la venganza y la copa que tenía en la mano. El coñac ganó. Bebió un sorbo y le preguntó:

—¿Me... me encuentras hermosa?

—Sin la menor duda. Es usted tan hermosa como... como una noche de verano iluminada por las estrellas.

—Está lloviendo —dijo Cassandra malhumorada.

—Nunca donde está usted —dijo él, sentándose en la cama a su lado.

Por suerte el olor del extraño perfume ya no era tan fuerte. Consiguió mantener despejada la cabeza y la mirada fija en el medallón, que se balanceaba de uno a otro lado seductoramente cerca. Se obligó a tomarse su tiempo.

Pasándole osadamente el brazo por la cintura, la instó a beber, diciendo:

—Otros hombres harían cola en la calle sólo por el privilegio de besarle la orla de su vestido. No debería pensar más en el capitán.

Cassandra apuró el resto del coñac de un solo trago.

—Eso está bien. Que se joda el cabrón. Ah, lo olvidaba. Eso era lo que quería hacer.

Estalló en otra carcajada, y Lobo se sintió obligado a reír con ella. Con la mirada clavada en el amuleto, sintió hormiguear los dedos. En uno de esos bruscos cambios de humor que él había visto en muchos borrachos, Cassandra dejó de reír y se le llenaron de lágrimas los ojos.

—No es que deseara follarlo. Lo necesitaba. Para tener mi bebé; mi niñita.

Lobo alargó la mano para darle una palmadita en la mano, pero detuvo el gesto. Gabrielle se lo había advertido: «Ten mucho cuidado. No permitas que te toque la palma. Cass sabe leer las manos como otras mujeres sabias leen los pensamientos en los ojos. Te sacará todos tus secretos, todos tus pensamientos».

Se limitó a acariciarle la manga.

—El capitán no es el único hombre del mundo. Usted es una mujer joven. Tiene tiempo de sobra para encontrar a alguien que le engendre a su hija.

—No —dijo ella, sorbiendo por la nariz—. Se me acaba el tiempo. Tiene que ser esta noche.

Lobo casi no la oyó. Con el corazón palpitante de miedo, cogió la cadena entre los dedos. Un buen tirón y ya está. Cassandra estaba borracha, pero no tanto. Debió sentir el tirón en la cadena porque levantó la mano, que chocó con la de él. Cerró la mano en su muñeca como una manilla de esposas. Sólo hacía unos instantes, sus facciones se veían relajadas por la bebida, pero en ese momento pasó una extraña expresión por su semblante.

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo ¿qué? —preguntó Lobo, tratando con suma cautela de soltarse la mano.

—¿Cómo eres? ¿Joven? ¿Vi-viril?

La bruja movió la mano a tientas hasta que chocó con su pecho, y empezó a palparlo y manosearlo. Cuando Lobo comprendió la dirección que habían tomado los pensamientos de la mujer, se le puso la carne de gallina en toda la espalda.

—¿Eres feroz? ¿Despiadado? ¿Dijiste que eras duro y musculoso?

Lobo tragó saliva, apartándose un poco.

—Tengo tendencia a fanfarronear.

Cassandra lo buscó con la mano y le palpó el abdomen.

—A mí me pareces lo bastante duro para engendrar un bebé fiero.

—Soy más un lobo solitario. No del tipo para ser padre.

—Y ¿a quién le importa eso? Mientras seas bueno para follar.

Antes que pudiera impedírselo, ella le había metido la mano por la entrepierna. Lobo emitió una exclamación ahogada, pensando si esa bruja sería tan buena para leer las bolas como lo era para leer las palmas. Aunque no tenía ningún

misterio ahí; su miembro se levantó, con la inevitable reacción.

Le apartó la mano y se puso de pie.

—Mi señora, la botella está vacía. Tengo que ir a buscar más coñac.

—No necesito más. Ya he bebido lo suficiente.

Emitiendo un ronco gemido, se dejó caer en la cama, rodó y reptó con el cuerpo hacia la almohada.

Dios mío, que se duerma, rogó Lobo fervorosamente, para poder quitarle el maldito amuleto y salir de aquí. Cassandra se puso de espaldas y flexionando las piernas las abrió, seductoramente.

—Ven aquí —dijo, dando una palmadita en la cama, al lado de ella.

Lobo habría preferido arrojarse por la ventana, pero temió que si no obedecía, ella volvería hacia Remy sus liados pensamientos y querría vengarse. Valor, Lobo, se dijo. Ella no sería capaz de lanzarse encima de él para violarlo. Fuera bruja o no, estaba borracha como una cuba y era delgadísima por añadidura. Haciendo una mueca, se tumbó a su lado, con las rodillas bien apretadas, no fuera a ser que volviera a meter la mano para palparlo entre las piernas.

Cassandra tenía algo en la mano, pero no era el medallón. Era un pequeño frasquito que había sacado de debajo de la almohada. Cuando lo destapó, salió de él un embriagador perfume, como un genio saliendo de una botella.

El potente aroma le asaltó las narices. Sin poder evitarlo, hizo una inspiración y le entró el perfume, obnubilándole el cerebro. Ella se puso unas cuantas gotas en el cuello y se lo extendió con los dedos; prácticamente se lavó con el perfume. Después se pasó un poco por los labios. Exhalando un sensual suspiro, se echó el resto en el valle entre los pechos, metién-

dose la mano bajo el corpiño. Lobo observaba el rítmico movimiento de fricción como si estuviera embobado.

Hermosos pechos tenían que ser esos, blanquísimos, con insolentes pezones. Por todo él pasó una avidez salvaje, unas ganas de arrancarle el vestido, echarle una buena mirada y... pero ¿qué diablos estaba pensando? Ya había empezado a moverse para echársele encima. Volvió a tenderse, quieto. Era ese maldito perfume. Algo raro tenía aquel maldito olor; era un perfume de sirena, que le hacía estragos en la cabeza. No, peor aún, le hacía estragos en otras partes de su anatomía.

Trató de retener el aliento, de concentrarse en el medallón, no en esos pechos redondos y llenos, no en esos labios rojos y mojados, entreabiertos. Ella tiró el frasco al suelo, diciendo con voz ronca:

—¿Estás ahí, mi lobo solitario? ¿Estás listo?

Lo palpó y detuvo la mano sobre su muslo. Estaba tan pálida la bruja que su mano tendría que estar como el hielo. Pero a través de la tela de sus calzas sintió su mano y estaba caliente, vibrante. ¿O sería la sangre que se precipitaba por sus venas endureciéndole y alargándole el miembro hasta un punto que le dolía?

Se le aceleró la respiración. Tentado por esos atormentadores dedos, por el perfume, volvió a moverse para ponerse encima de ella. Dulce Jesús, lo estaba seduciendo la bruja, su cuerpo estaba excitado hasta un grado insoportable. Un oscuro recoveco de su mente trató de resistirse. «No, recuerda a qué has venido. El medallón. Piensa en aguaceros de lluvia helada, piensa en monjas. Piensa en... en el capitán. Piensa en Miri».

Ese último consejo resultó ser un grave error. De repente se borraron los rasgos de Cassandra y era Miri la que veía acostada debajo de él; su pelo luna dorada desparramado so-

bre la almohada, sus ojos plateados llamándolo como luces de hadas. Bajó la cabeza y presionó febrilmente la boca sobre la de ella. Tan pronto como se tocaron sus labios, desapareció la imagen de Miri y comprendió que estaba besando a la bruja; sentía entrar su lengua en su boca. Pero no le importó. El meloso veneno de sus labios lo despojó de lo que le quedaba de razón, dejando únicamente una necesidad cruda, animal.

Emitiendo un feroz gruñido, se echó sobre ella y le rompió el corpiño del vestido.

Gabrielle estaba lo más inmóvil posible para no perturbar el sueño de Remy. Con la piel todavía mojada por la ardiente pasión de su unión, él estaba con el brazo atravesado sobre su cintura, en gesto posesivo, durmiendo profundamente, un sueño apacible, sin problemas, que ella le envidiaba.

Agotada como estaba, no se atrevía a sucumbir; le dolían los ojos por el esfuerzo de mantenerlos abiertos para continuar despierta velando a Remy, haciendo lo único que podía hacer para protegerlo. Tenía cerrada la mano sobre el medallón, como un escudo, rogando que si Cassandra hacía lo peor, absorbiera ella, no Remy, el vil poder del amuleto.

Ya había acabado la tormenta, e incluso dejado de llover, pero ella encontraba más opresivo aún el silencio. ¿Qué hora sería? No lograba distinguir las manecillas del reloj de la repisa del hogar sin apartarse de Remy. Pero era seguro que ya había pasado la medianoche. Si algo iba a ocurrir, ya debería haber ocurrido. Lobo debió conseguirlo.

Apretó más el amuleto. Seguro que podría quitarle el odioso objeto del cuello, pero vaciló, no se atrevía a correr el riesgo. Había aceptado esperar hasta que volviera Lobo. Pero ¿por qué no regresaba? Ya debería haber vuelto si todo había ido

bien, si no le había ocurrido nada. El miedo la hizo pegar un salto cuando oyó un suave arañazo en la puerta.

Fue algo más fuerte que un arañazo, luego oyó el susurro:

—¿Señorita?

El corazón le dio un vuelco tan violento que casi fue doloroso. Remy se movió dormido cuando ella se apartó de él. Se liberó de sus brazos y se bajó de la cama. Remy frunció el ceño, musitó algo y volvió a hundir la cabeza en la almohada. Gabrielle se puso la bata, caminó sigilosamente hasta la puerta y la abrió con toda cautela. Ahí estaba Lobo esperando, con la cara en sombras bajo la revuelta melena de pelo negro.

No dijo nada; simplemente levantó el medallón de Cassandra, que quedó oscilando en la cadena sujeta entre sus dedos. Gabrielle se cubrió la boca para sofocar un sollozo de alivio. Su primer impulso fue arrebatarle el maldito medallón, pero ignoraba cual sería la naturaleza de su vil poder. Lo cogió con sumo cuidado.

—Uy, Martin, lo hiciste —susurró—. Eres maravilloso.

—Sí, señorita —repuso él.

Ella esperó ver su despreocupada sonrisa, su habitual gesto de fanfarronería, pero él parecía extrañamente abatido. Temerosa de despertar a Remy, salió al corredor.

—Entonces, ¿todo fue bien? ¿Y Cass? ¿Está...?

—Profundamente dormida, señorita. Es posible que tarde un buen tiempo en despertar mañana y se dé cuenta de que el amuleto desapareció.

—¿Y no sospechó nada en ningún momento? ¿No tenía idea de quién eras tú?

—No.

Gabrielle apoyó la espalda en la puerta, con las piernas débiles por el alivio. Sin duda tendría que pagar un infierno

cuando Cassandra despertara de su borrachera y descubriera que la habían engañado. Pero si no sabía quién era Martin no podría hacer nada para vengarse de él. Y ya no tenía ningún arma para usar contra Remy ni contra ella. Cuando se recuperara lo bastante para idear una nueva maldad, ellos ya estarían lejos.

El peligro había pasado. Se le empañaron los ojos de gratitud.

—Martin, ¿cómo podré agradecerte? Te lo debo todo.

Impulsivamente dio un paso hacia él con la intención de darle un feroz abrazo. Pero él retrocedió hacia la oscuridad y levantó las manos para detenerla.

—No, señorita. No es necesario dar las gracias. Debería volver donde el capitán y librarse de esos dos malditos medallones. Yo tengo que irme a la cama. Estoy... muy cansado.

—Sí, claro, por supuesto. Ha sido una larga noche para los dos.

Se las arregló para esbozar una trémula sonrisa. Con todo lo que deseaba expresar su gratitud, ansiaba volver a la cama junto a Remy. No se sentiría segura mientras no le hubiera sacado ese maldito amuleto.

—Mañana hablaremos, entonces, y debes decirme todo lo que pasó.

Lobo se limitó a asentir. Antes que ella desapareciera en el dormitorio, creyó oírla susurrar: «Que Dios te bendiga».

¿Sería posible?, pensó, deprimido. Bendecir a un hombre que estaba condenado. Sí que hablarían, por supuesto, pero no le diría todo lo ocurrido. Había ciertos secretos de esa noche que pensaba llevarse a la tumba.

Bajó medio tambaleante la escalera y recorrió la inmensa y silenciosa casa hasta una puerta lateral que llevaba al jardín. Desde que el capitán compartía la cama de su dama, él se

alojaba con el mozo de caballos en el cuarto de encima del establo.

Caminó sin ver por el embarrado sendero, rozando las hojas todavía mojadas por la lluvia. El cielo estaba despejado, y las nubes se apartaban como un velo de la hermosa cara de la noche, la luna llena y brillante. Pero se estremeció, temeroso de su luz. Se friccionó el hombro; sentía la piel dolorida donde la bruja lo mordió en el ardor de su pasión, y le ardía la espalda por los arañazos que le dejó con las uñas.

Mucho peor era el olor de ella, el aroma carnal de su piel, el olor dulzón y rancio de su perfume. Por muchas veces que se bañara, temía que no se libraría nunca de ese hedor. Ese perfume que lo incitó a la locura ahora le producía ganas de vomitar. Se le revolvió el estómago y tuvo que arrodillarse para vomitar entre los arbustos. Los espasmos siguieron y siguieron hasta que estuvo tan agotado que sólo deseaba acurrucarse y morir, ahí mismo, en ese mojado y embarrado sendero.

Se limpió la boca con la mano. Seguía sintiendo el sabor de la bruja también. Eso volvió a producirle náuseas, pero esta vez dominó las bascas tragando saliva varias veces. Trató de incorporarse, pero le fallaron las fuerzas.

Ay, Dios, ¿qué había hecho? ¿Sólo hacía unos días que había declarado su amor por Miri y ya había traicionado ese amor? Y no sólo con cualquier otra mujer sino con una bruja. No era ninguna disculpa que Cassandra en cierto modo lo hubiera seducido. Debería haberse resistido; debería haber sido más fuerte. Aun en el caso de que tuviera la suerte de conquistar el corazón de Miri alguna vez, ya no era digno de ella.

Le había hecho el amor a una bruja; incluso podría haberle engendrado a su hija del demonio. Se sentía contento y

orgulloso por haber salvado a su capitán, pero sabía que jamás estaría libre de las consecuencias de esa noche. Llevaba la marca de la bruja, que lo manchaba para siempre. ¿Podría tener la presunción de tocar siquiera la mano de una mujer tan pura e inocente como Miri?

Levantó la cabeza, casi sin atreverse a mirar el brillante disco blanco suspendido en el cielo, tan lejos, tan inalcanzable. Le bajaron las lágrimas por las mejillas y emitió un angustiado grito.

La había perdido. Había perdido a su hermosa dama de la luna. Perdido para siempre.

Como un animal escondido en su madriguera, Cassandra Lascelles estaba sentada en la cama de su habitación subterránea. No tenía idea de si era de día o de noche y ni siquiera de cuánto tiempo había transcurrido desde esa fatídica noche en la posada Cheval Noir. Todavía le dolían las sienes, el último vestigio de la peor resaca de su vida que se estaba cuidando. Pero el dolor no era ni con mucho del grado del odio que albergaba en su corazón.

Cerbero volvió a acercarse, por enésima vez, tratando de poner la cabeza en su falda. Ya había perdido la cuenta de las veces. Le puso las patas en la falda, gimiendo, evidentemente sin lograr entender la frialdad de su ama con él.

Cassandra le empujó el pecho con la rodilla, apartándolo.

—Échate.

El perro se echó, gimiendo. Era el colmo de la tontería desahogar su fastidio en un pobre animal mudo que no tenía idea de lo que había hecho para ofenderla. Pero ya se había agotado descargando la ira en el único objeto disponible. Oía a Finette, que estaba acurrucada en un rincón, sorbiendo por la nariz en

silencio, como si la aterrara recordarle su existencia. Y bien que debía estarlo. Casi le arrancó el pelo de raíz mientras estaba agarrada a ella golpeándola con el atizador.

Era un milagro que no matara a la muchacha con la paliza. No sabía por qué no la había matado; tal vez algún vestigio de razón le recordó que seguía necesitándola. Aunque hasta el momento la traicionera muchacha le había sido de muy poca utilidad; le había fallado justo cuando más la necesitaba. Igual que Cerbero. Pero eso no la amargaba tanto como comprender que ella se había fallado a sí misma.

Ese pensamiento la hizo desear arrancarse los inútiles ojos. Ya estaba mal que no pudiera ver, y más encima va y se obnubila la razón volviendo a beber licor, sucumbiendo a ese viejo demonio. Y justamente la noche más importante de su vida, cuando por fin iba a dar el primer paso hacia su grandioso destino, la concepción de la hija con la que tanto tiempo soñaba.

¿Cómo pudo ser tan idiota, tan condenadamente débil? ¿Cómo pudo haberse rendido a la tentación? Claro que había tenido ayuda, pensó amargamente. Ese camarero, con su voz persuasiva, tan atento, tan diligente, tan meloso en sus cumplidos, meneando la copa de coñac bajo sus narices, prácticamente poniéndole la copa en los labios. No tenía idea de quién era ese muchacho, pero estaba segura de que no era un criado de la posada Cheval Noir.

No encontraba ninguna dificultad en adivinar a quién servía: a Gabrielle Cheney, esa marrana egoísta, doble, intrigante, tramposa. Sin duda Gabrielle y ese maldito se estarían riendo, felicitándose por haberse aprovechado de esa pobre ciega débil de voluntad. Se mordió con tanta fuerza el labio que sintió el sabor de la sangre. Bueno, les demostraría lo débil e impotente que era. Pero su furia la apagaba un tanto la

desesperación que la hacía desear gemir como Finette y como su perro.

¿Cómo pudiste hacerme esto, Gabrielle? Ella no tenía la menor intención de hacerle daño a Nicolas Remy. Habría mantenido su palabra; le habría entregado el medallón. Sólo necesitaba a Remy por una noche. Una miserable noche.

Ahora, en lugar de que a su hija la engendrara un hombre tan magnífico como el Azote, la había engendrado un desconocido sin nombre. Se presionó el abdomen y su extraordinario sexto sentido le dijo sin lugar a dudas que había concebido; que esa hija se estaba formando y que necesitaba tomar medidas para librarse de ella. Pero no podía. La profecía de Nostradamus fue muy clara. Esa noche había sido su última oportunidad. Simplemente tendría que infundir en su hija bastante de su negra voluntad de acero, de modo que nunca importara quién fue su padre.

Ah, pero él lo pagaría. Ese astuto sinvergüenza, ese lobo solitario. Descubriría quién era, le seguiría el rastro aunque eso le llevara todo el resto de su vida. Y cuando lo encontrara, él le suplicaría que lo matara. La muerte sería una bendición comparada con lo que le aguardaba. Mientras tanto, había un objeto mucho más digno de su venganza, uno que no tenía que buscar, su ex amiga, la mujer a la que le ofreció todo, el uso de su magia negra, su cariño de hermana.

Gabrielle se merecía un castigo adecuado a su traición, y por suerte no tenía que estrujarse mucho el cerebro para pensar en uno.

23

Las ventanas de la casa de ciudad estaban cerradas y selladas, la mayoría de los criados se habían marchado, los lujosos muebles estaban cubiertos por telas blancas, que le daban un aspecto fantasmal. Era como si la casa se hubiera echado a dormir por obra de un hechizo, como un castillo de cuento de hadas, a la espera de la llegada de la siguiente princesa que vendría a hacer realidad sus sueños. Los pasos de Gabrielle resonaban haciendo eco en las paredes mientras iba recorriendo las habitaciones para echar una última mirada al lugar que había sido su hogar esos últimos años. No, nunca un hogar, enmendó; sólo un caparazón brillante que había albergado sus ambiciones igualmente huecas.

Sabía que Remy seguía temiendo que una parte de ella echara de menos todo eso: los vestidos, las joyas, la casa elegante, la excitación de la corte francesa. Pero ella no sentía ningún pesar por lo que dejaba. Nada de eso era tan real como el hombre fuerte y callado que se había apoderado de su corazón.

Le resultaba difícil recordar lo mucho que tuvo que luchar por poseer esa propiedad, incluso hasta el punto de cortar todos los lazos con Ariane. Esa casa le había salido a un precio tan enorme que ya no significaba nada para ella. La Corona la confiscaría, seguro. Eso era lo que ocurría normalmente con las posesiones de aquellos que fastidiaban a los

miembros de la casa real, y no cabía duda de que la Reina Negra se iba a sentir muy fastidiada.

Ya era posible por fin llevar a cabo los planes de Remy para el rescate de Navarra. El rey de Francia, después de las emociones del torneo, estaba desasosegado y aburrido; tenía la intención de trasladar a toda la corte a Blois. La comitiva real, cortesanos, criados, caballos, carretas con los equipajes, sería inmensa, y el avance sería lento y engorroso. A lo largo de la ruta había muchos lugares donde se podría crear una distracción, lo que permitiría a Navarra desviar su montura y alejarse de los guardias al galope hasta perderse de vista en el campo.

Últimamente, la Reina Negra no era ella misma; su mirada, normalmente vigilante y penetrante, era vaga y distraída. Tal vez eso se debía a la presencia de los cazadores de brujas, aun cuando Simon Aristide aún no había hecho ni un solo arresto. Según todos los rumores, Simon no hacía otra cosa que reunir informes y más informes y tomar declaraciones.

Los ciudadanos de París, que hervían de curiosidad por la sensación de los juicios y quemas de brujas, se sentían muy decepcionados. El temido Le Balafré se estaba comportando más como un secretario de abogado que como un verdadero cazador de brujas, gruñían. A Gabrielle, en cambio, Le Balafré le daba la desagradable impresión de un gato acechando horas y horas fuera de una ratonera, esperando pacientemente a tener la presa segura. Su inactividad la ponía nerviosa, y sin duda a Catalina le ocurría lo mismo, y eso la distraía del asunto de Navarra y la hacía menos vigilante.

Remy no podría encontrar otro momento más propicio para rescatar a su rey, pensó. Había salido a cerrar la compra de otro par de castrados, con los que él y Navarra podrían cambiar de caballos rápidamente siempre que fuera necesa-

rio. Ella y Miri saldrían de París por una ruta diferente, y se encontrarían con Remy, Lobo y Navarra en un lugar ya convenido. Esa era la parte del plan que no le gustaba; detestaba la idea de estar separada de Remy cuando él estaría en un peligro tan grande. Pero Remy fue inflexible, alegando que el rescate le resultaría mucho más fácil si sabía que ella y Miri estaban seguras en otra parte. Por una vez, ella aceptó mansamente ese plan.

Tal vez se debió a que seguía sintiéndose culpable por su engaño en el asunto del medallón. Remy se quedó perplejo cuando, después de haberlo hecho prometer que lo llevaría puesto siempre, le insistió con igual empeño en que se lo quitara. Pero se lo entregó, riendo, besándola y mascullando: «¡Mujeres!»

Todavía no había encontrado el valor para decirle la verdad, y la avergonzaba reconocer que una parte cobarde de ella esperaba que eso nunca fuera necesario. No había sabido absolutamente nada de Cassandra desde esa terrible noche. Era posible que Cassandra hubiera recuperado la sensatez y abandonado sus locas ambiciones, o hubiera aceptado su derrota. Pero ella no lo creía ni por un instante. Mejor que se marcharan de París ese día.

Echando una última mirada a su dormitorio, cogió el último objeto que pensaba llevar con ella, el pequeño cofre con llave en el que guardaba sus secretos más culpables: sobre el forro de seda de la caja reposaban el anillo de sello que le diera la Reina Negra y los dos medallones. Poniéndose el cofre bajo el brazo salió del dormitorio en dirección a la escalera. Abajo, en el vestíbulo, la estaba esperando su cómplice.

No podía dejar de notar el cambio que se había producido en Lobo desde la noche en que le robó el medallón a Cassandra. Se veía mayor, y se había vuelto callado, más apaga-

do, como si esa noche le hubiera dejado una marca indeleble. Eso la preocupaba, y trataba de decirse que sólo eran imaginaciones suyas. Todos estarían con los nervios de punta hasta que acabara lo del rescate del rey. Cuando hubiera pasado todo el peligro, cuando llevaran mucho tiempo lejos de París, Lobo volvería a ser el alegre y desenvuelto muchacho de antes.

—El coche está listo, señorita —le dijo cuando ella iba bajando la escalera; al ver la caja de madera que llevaba, frunció el ceño—: ¿Va a llevarse «eso»?

—No sería seguro dejarlo aquí —contestó ella.

Martin se vio obligado a darle la razón, aunque pareció tremendamente preocupado. La forma de deshacerse de los medallones les había planteado un problema inesperado. El primer impulso de Gabrielle fue tirarlos a la basura, pero eran demasiado peligrosos para deshacerse de ellos a la ligera. Su misterioso poder la ponía nerviosa; temía incluso que los hundiera a todos de alguna manera.

—Tal vez podríamos arrojarlos al Sena con un peso para que se hundan hasta el fondo.

—Lo he pensado, pero creo que será mejor arrojarlos al mar, en la costa de la isla Faire, mar adentro.

Lobo frunció el ceño pero asintió.

—Señorita, ¿no encuentra raro que no hayamos sabido nada más de ella? ¿Que haya vuelto a esa maldita casa y nos haya dejado en paz?

Gabrielle no tenía ninguna necesidad de preguntar a quién se refería al decir «ella». Desde esa noche jamás pronunciaban el nombre de Cassandra en voz alta, ni siquiera entre ellos.

—Sí —suspiró—. Lo encuentro raro. Aunque supongo que no es más raro que el que los cazadores de brujas se es-

tén tomando su tiempo o que la Reina Negra se haya jubilado. —Sonrió tristemente—. Creo que tú y yo somos personas inquietas, Martin. Cuando se nos concede un periodo de calma no sabemos apreciar nuestra buena suerte.

Martin sonrió, apenas un leve asomo de su antigua sonrisa lobuna.

—Desconfío de la calma, mi señora. Prefiero las tormentas. Al menos cuando rugen los truenos y brillan los relámpagos tenemos un aviso para buscar refugio. Será mejor que salgamos de aquí, cuanto antes mejor.

Se adelantó a abrirle la puerta y Gabrielle salió de la casa sin volver a mirar atrás. Lo siguió hasta el patio del establo, donde esperaba el coche, con los caballos ya enganchados. Bette y Miri ya estaban instaladas dentro.

Aparte de la doncella, los únicos criados que se había dejado Gabrielle eran el cochero y dos lacayos para que cabalgaran como jinetes de escolta. Los fornidos jóvenes corrieron a ayudar, uno de ellos a coger la carga que llevaba Gabrielle.

Lobo le hizo un gesto para que se apartara y se hizo él cargo de la caja de madera, cogiéndola con el mismo cuidado que habría puesto si llevara una pistola con el mecanismo a punto de disparar con sólo tocar el gatillo. La colocó dentro del coche y se giró a ayudar a Gabrielle a subir los peldaños.

Uno de los lacayos estaba abriendo la puerta de rejas que daba a la calle cuando alguien le apartó violentamente la mano del pestillo. Gabrielle miró consternada al grupo de jinetes que cerraban el paso al coche: hombres de rostro duro, con yelmo y túnicas con la sencilla cruz blanca. Como en el cuento de la antigua Grecia del letal ejército brotado de los dientes del dragón, parecían haber salido de ninguna parte.

—Dios mío, señorita —le susurró Lobo al oído—, parece que hemos estado perdiendo el tiempo.

Diciendo eso, Lobo bajó la mano hacia su puñal. Gabrielle le sujetó la muñeca para impedirle cogerlo, negando con la cabeza en señal de advertencia. Eran seis los toscos cazadores de brujas de Aristides los que cerraban el paso, demasiados para luchar con ellos, en especial dado que ni Lobo ni los lacayos poseían la pericia guerrera de Remy.

La pálida cara de Miri apareció en la ventanilla del coche justo cuando avanzó el jefe de los jinetes. Por el bien de su hermana, Gabrielle se sintió aliviada al ver que el hombre no era el maldito Aristide. Aparentando una calma que desmentía su retumbante corazón, se adelantó a encontrar al jefe. Levantó la cara hacia él y dijo con fría cortesía:

—Con su perdón, señor, pero estábamos a punto de marcharnos y parece que usted nos estorba el camino.

El cazador de brujas la sometió a una mirada pétrea. Era un hombre mayor, su cara muy arrugada, y su mata de pelo cano no alcanzaba a disimular que le faltaba una oreja.

—¿Señora Gabrielle Cheney?

—Y ¿si lo soy? —contestó Gabrielle, arqueando altivamente las cejas.

—El señor Le Balafré desea hablar con usted, señorita.

—En otra ocasión estaría encantada, pero hoy no me va bien en absoluto. Dígale al señor Le Balafré que con mucho gusto iré a visitarle tan pronto como haya vuelto a París.

El cazador de brujas sonrió y escupió, y sus hombres desenvainaron sus espadas.

—El señor Le Balafré quiere verla ahora. Ahora.

Lobo soltó una maldición y volvió a hacer ademán de dar un paso adelante. Gabrielle alcanzó a sujetarlo a tiempo.

—No.

—Pero señorita, de ninguna manera voy a permitir que se la lleven a ninguna parte estos... estos demonios.

—No me pasará nada —insistió Gabrielle, rogando que fuera cierto—. Por favor, Martin, sólo puedes hacer una cosa por mí. Ve a buscar a Remy.

Las sombras se fueron alargando en el bodegón. Sin duda la posada Charters era un lugar alegre y animado antes que los cazadores de brujas se apoderaran de ella. En ese momento, la tenue luz del atardecer sólo daba un aspecto lóbrego a la sala con todas las mesas desocupadas, aparte de la que ocupaba Gabrielle, esperando. Dos de los cazadores de brujas montaban guardia en la puerta y los demás parecían llenar el patio. Eran demasiados, pensó, lamentando haber enviado a Lobo en busca de Remy. Pero era necesario informarlo del retraso en partir. Sólo podía rogar que el Azote no se lanzara a hacer algo temerario.

No estaba en inminente peligro, a no ser que la mezcla de nervios y aburrimiento la matara. Se apoyó en el respaldo de la silla, resistiendo el deseo de tamborilear sobre la mesa. Con toda la prisa que se había dado para hacerla arrestar, Le Balafré se estaba tomando mucho tiempo para hacer acto de presencia.

No tenía idea de cuánto tiempo llevaba en ese bodegón enfriándose los pies. Entendía la táctica, naturalmente. El retraso de Aristide no era otra cosa que un patético intento de demostrar su importancia y poder, de aumentarle el miedo y el suspenso. Le había dado resultado unas horas, pero en ese momento sólo la enfurecía. ¿Quién diablos se creía que era? Un simple arribista que antes sólo era uno de los lacayos de Vachel Le Vis; el pérfido canalla que le hirió el corazón a Miri.

Podría soportar mucho mejor esa tortura si hubiera logrado convencer a Miri de quedarse con Bette y su gato. Pero dudaba que todo el escuadrón de cazadores de brujas hubiera sido capaz de apartar a Miri de su lado. El jefe del grupo ni si-

quiera lo intentó, se limitó a encoger sus gordos hombros y decir que le importaba un bledo si la chica quería venir con ellos.

Miri estaba sentada frente a ella con el rostro sereno, pero muy callada y ensimismada. Ella sólo podía imaginarse los dolorosos recuerdos que pasarían por la mente de su hermanita, de aquella vez en que tuvo que enfrentar acusaciones de brujería, de la forma como Simon Aristide traicionó su confianza en él. Alargó la mano para ofrecerle un consuelo, pero fue Miri la que le apretó la mano y le dio ánimo diciendo:

—No te preocupes, Gabby. Todo va a ir bien. Simon no es como su viejo maestro Le Vis. No recurre a la tortura. Trata de... de ser justo y sensato.

A Gabrielle se le oprimió el corazón al ver cómo Miri seguía empeñada en creer en ese canalla, en encontrar en él algún indicio de bondad.

—Miri...

—Simon no te hará daño —interrumpió Miri, como si hubiera presentido lo que le iba a decir, y retiró la mano—. Yo no se lo permitiré —añadió enérgicamente.

Gabrielle no sabía por qué Aristide la había llevado allí, qué información quería ni qué acusaciones podría tener para hacerle. Pero era un cazador de brujas, y sabía que ni la sensatez ni la razón tenían nada que ver con eso. Lo último que deseaba era que Miri intentara ser su defensora.

Antes de poder decir algo se distrajo al ver a uno de los criados de la posada bajando la escalera. No se habría fijado en él si no hubiera tropezado en el último peldaño. El hombre se cogió de la baranda para parar la caída, y ella vio que sus dedos eran muy blancos, y tenía las uñas muy bien cuidadas para ser un hombre que pasaba su vida haciendo los trabajos de criado en una posada.

Cuando el hombre pasó cerca de la mesa, bajó la cabeza y su cara quedó oculta por una mata de pelo blanco. Entrecerrando los ojos, Gabrielle lo miró atentamente y de pronto le pareció reconocerlo.

Bartolomy Verducci.

Esforzándose por evitar su mirada, el hombre casi corrió hacia la cocina. A pesar de la peluca y su andar encorvado, no había forma de confundir al cazador favorito de Catalina. Pero ¿qué diablos hacía ahí? La respuesta era obvia: espiar para Catalina. Tenía lógica que la Reina Negra quisiera estar informada de las actividades de su enemigo. Había sido mucho más sabia que ella, que se dejó coger desprevenida. Era posible incluso que Catalina estuviera planeando dejarle caer algo en el vino a Simon.

Por mucho que deplorara los métodos de la Reina Negra, eso no le rompería el corazón de pena, pero conocía a una personita a la que sí se lo rompería. Absorta en sus tristes pensamientos, Miri no había visto al anciano, y si lo hubiera visto no habría podido ver en él un posible peligro para Simon.

Gabrielle se revolvió inquieta en la silla, pensando si debería decirle algo al respecto. Pero antes que lograra decidirse, los guardias de la puerta se pusieron en posición de firmes, mirando hacia la galería de la primera planta. Cuánto tiempo llevaba Aristide allí acechando en las sombras, observándola en silencio, no tenía ni idea. Bajó la escalera con movimientos lentos y medidos.

Gabrielle se levantó, aunque sin saber por qué. Tal vez porque si continuaba sentada le daría mucha ventaja a un hombre como él. Aristide sabía sin duda hacer notar su presencia; tuvo que reconocerle eso al demonio.

Vestía de implacable negro desde las botas al jubón; su cabeza casi rapada reforzaba su aire amenazador. El parche en el

ojo le ocultaba la peor parte de la fea cicatriz en la mejilla. Cuando llegó al pie de la escalera, su acerada mirada se posó en Miri.

—¿Qué hace ella aquí? Sólo pedí ver a la señora Gabrielle. ¿Por qué habéis traído a la otra?

Gabrielle casi se atragantó por la indignación. Su hermana tenía el corazón roto por ese miserable canalla y él se atrevía a llamarla cruelmente «la otra». Mientras los hombres tartamudeaban disculpas, Miri se levantó.

Gabrielle le pasó un brazo por la cintura para retenerla, pero Miri se liberó y fue a situarse delante de Aristide, donde él se viera obligado a mirarla.

—No te enfades con tus hombres, Simon. Yo insistí en venir. Tendrías que haber sabido que vendría.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—Tiene todo que ver conmigo. Gabrielle es mi hermana.

—No tengo nada en contra tuya, Miri. Te advertí que te mantuvieras alejada de mí.

—Si amenazas a mi familia no puedes esperar que haga eso.

Miri alzó el mentón y se miraron. Aun cuando estaban separados por más de una yarda, había un algo en la actitud de los dos que sugería una extraña intimidad entre ellos. Una familiaridad extraña en dos personas que no se veían desde hacía tres años.

No sabía cuándo ni como, pensó Gabrielle, pero su hermana pequeña se las había arreglado para salir de la casa a escondidas. A pesar de todas sus advertencias, se había arriesgado a ir a ver a ese peligroso cabrón. Pero ya tendría tiempo después para regañarla por su estupidez. Al menos esperaba tenerlo.

Miri y Simon continuaban mirándose desafiantes, cada uno cruzado de brazos. Gabrielle pensó que él estaba a punto

de ordenar a sus guardias que sacaran a Miri de ahí cuando él, sorprendentemente, se aplacó.

—Puedes quedarte siempre que me prometas sentarte ahí y estar callada.

Miri no prometió nada, pero caminó hasta el banco indicado con mucho garbo y dignidad. A Gabrielle se le hinchó el pecho de orgullo por su hermana pequeña. Echándose atrás la brillante melena de pelo claro, Miri se sentó y juntó tranquilamente las manos en la falda. Cuando Simon la miró, por su ojo pasó una fugaz expresión casi de cariño, que ya había desaparecido cuando se giró para mirar a Gabrielle.

Pero durante esos dos años pasados Gabrielle se había mantenido firme en medio de las víboras de la corte y contra todos los malvados ardides de la Reina Negra. No se iba a dejar intimidar por un cazador de brujas, aun cuando poseyera el ojo del propio diablo. Antes que Aristide pudiera decir una palabra, se irguió altivamente:

—En primer lugar, permita que deje una cosa clara, señor. Esto no se parece en nada a ninguna iglesia ni tribunal de justicia que yo haya visto —dijo, moviendo la mano en un amplio y despectivo gesto, indicando la sala—. Esto sólo es el bodegón de una posada.

—Eso lo sé. Tengo ojos —dijo él, y añadió irónico—: Al menos uno.

—Tampoco veo a ningún juez ni a prelados de la Iglesia. ¿Dónde está su autoridad para arrestarme?

—Mi autoridad me la da un especial nombramiento del rey, como bien sabe. Y no está arrestada. Todavía.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Simplemente para que contestes unas cuantas preguntas.

—¿Sí? —dijo Gabrielle, arqueando las cejas, escéptica—. Eso se parece a cuando el demonio le dice a alguien que sólo desea pedirle prestada el alma por un tiempo.

Simon curvó los labios con un asomo de inesperado humor.

—Me alivia la mente, señorita. Temía que ya hubiera entregado totalmente la suya.

Gabrielle abrió la boca para replicar, pero él levantó una mano.

—Lo único que deseo es hacerle unas preguntas. Ha llegado a mis manos un molesto asunto que espero usted aclarará. —Apartó una silla para que se sentara—. Tome asiento, por favor.

Gabrielle no se fió ni de su cortesía ni de sus palabras tranquilizadoras, pero no tenía otra opción que sentarse. Se sentó. Antes que Aristide pudiera sentarse frente a ella, entró uno de sus hombres corriendo. Lo llevó hacia un lado y le susurró algo al oído. El guardia estaba muy agitado, pero fuera lo que fuera lo que le dijo, Aristide permaneció imperturbable.

—Por supuesto —contestó—. Hazlo pasar.

El guardia no tuvo la oportunidad de obedecer la orden. Se sintió un ruido en la puerta y Gabrielle oyó una conocida voz ronca por dar órdenes en el campo de batalla:

—Apártate si no quieres separarte de tu otra oreja.

Remy.

Le dio un vuelco el corazón. Se giró en la silla justo en el momento en que él entraba pisando fuerte en la sala, seguido de cerca por Lobo. Varios cazadores de brujas entraron corriendo detrás de ellos aprestando las armas, pero a una rápida orden de Simon, todos se quedaron quietos y bajaron las armas.

Remy no les hizo más caso que si hubieran sido un molesto enjambre de moscas. Era evidente que había cabalgado a toda velocidad para llegar allí; le corría el sudor por la cara y sobre la frente le caían mechones mojados de pelo dorado. Paseó la mirada por la sala hasta ver a Gabrielle, y el alivio le suavizó el duro contorno de la mandíbula.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —preguntó, caminando hacia ella—. Gabrielle, ¿te encuentras bien?

Gabrielle tuvo que resistir el impulso de levantarse de un salto y correr a encontrar consuelo en sus fuertes y consoladores brazos; el orgullo no le permitía hacer esa exhibición de debilidad delante de los cazadores de brujas. Se limitó a tenderle la mano.

—Sí, estoy... estoy bien.

Él le cogió la mano y se la apretó fuertemente, mirándola de arriba abajo como si necesitara comprobar eso por sí mismo. Lobo ya se había precipitado a acercarse a Miri, con el aspecto de hacer lo mismo. Pero se detuvo justo antes de tocarla, y se giró a gruñirle a Simon:

—Maldito cabrón, no le vas a poner las manos encima, ¿me oyes?

—No sabía que le hubiera puesto las manos encima —replicó Simon, mirándolo despectivo.

Simon y Lobo se miraron un momento y por entre ellos pasó una inexplicable corriente de hostilidad. Simon fue el primero en desviar la mirada y se volvió hacia Remy:

—Le aseguro que no hay ninguna necesidad de todo ese heroico afán, capitán.

Remy se le acercó un paso en actitud belicosa.

—¿No? ¿Sabe quién soy?

—Por lo que le dijo a mi guardia cuando solicitó admisión, es el prometido de la señorita Cheney. Mis felicitacio-

nes. Ocurre, además, que es Nicolas Remy, también conocido por el apodo el Azote. Nuestros caminos se cruzaron una vez en la isla Faire, aunque no nos conocimos oficialmente.

—Tal vez porque yo estaba en el sótano de la casa que usted intentó incendiar estando a salvo fuera.

Un leve rubor tiñó las mejillas de Simon y por sus ojos pasó una expresión que podría ser de vergüenza, pero se repuso enseguida y dijo tranquilamente:

—Lamentable incidente que es mejor dejar en el pasado. Estoy más preocupado por el presente.

—Yo también. Quiero saber por qué ha arrestado a mi prometida.

Simon exhaló un cansino suspiro.

—No está arrestada. Como le estaba explicando a la señorita Cheney, simplemente necesito hacerle unas cuantas preguntas.

—Pues, pregunte —espetó Remy—. Y luego nos marcharemos.

—Sí, por supuesto. Siempre que las respuestas de la señorita Cheney sean satisfactorias.

¿Preguntas sobre qué?, pensó Gabrielle, nerviosa. ¿Qué demonios pretendía? Si Aristide no iba a presentar cargos contra ella, ¿qué deseaba de ella? ¿Testimonios en contra de alguna otra hija de la tierra? Jamás obtendría nada de ella, y mucho menos si quería reunir pruebas en contra de Catalina. Si era tan tonto para cargar contra la Reina Negra, lo tendría que hacer solo.

Aristide ordenó a uno de sus mercenarios que le fuera a buscar una carpeta de piel e invitó a Remy y a Lobo a tomar asiento. Lobo se sentó en el banco donde estaba Miri, en actitud protectora, pero Remy declinó tajantemente la invitación. Fue a ponerse detrás de Gabrielle y apoyó la mano en su

hombro. Gabrielle puso su mano sobre la de él, agradeciendo sentir su fuerza detrás. Aristide se sentó frente a ellos y empezó a quitar la cinta que cerraba la carpeta. La abrió y pasó la vista por los documentos. Estuvo un buen rato mirando uno, aunque Gabrielle estaba segura de que se sabía de memoria todo lo que estaba escrito en él.

Eso era otra táctica más de hacer esperar, otro intento de aumentar su nerviosismo y tensión. Tal vez Simon no recurría a hierros calientes, pero era un maestro en formas más sutiles de tortura. Ya estaba a punto de gritarle que le hiciera las preguntas cuando él levantó la vista. Cuando por fin hizo la pregunta, esta era mucho peor que cualquier cosa que hubiera esperado.

—Señorita Cheney, ¿conoce a una mujer llamada Cassandra Lascelles?

Gabrielle presionó involuntariamente la mano de Remy. Lobo se sobresaltó, pero ella no se atrevió ni a mirarlo. Miró a Aristide, tratando de calcular cuánto podría saber ese cazador de brujas. Su mirada burlona no le decía nada. Decidió que una negativa rotunda no sería prudente:

—¿Cassandra Lascelles ha dicho? El nombre me resulta conocido. Sí, tal vez he oído algo sobre ella.

—Ella sí ha oído acerca de usted. Según todos los informes, esta joven es ciega y vive encerrada, pero envió a su criada... —se interrumpió para mirar sus notas—, una tal Finette Dupres, a hacer unas perturbadoras acusaciones en contra suya.

¿Así que esa era la venganza de Cass?, pensó Gabrielle. Le costaba creerlo, y justamente de ella, después de la forma como perdió a su madre y sus hermanas. Cassandra podría estar furiosa con ella, pero tenía muchos más motivos para odiar a los cazadores de brujas.

Remy le apretó el hombro como para tranquilizarla y preguntó:

—¿Quién es esa mujer? ¿Qué dice que ha hecho Gabrielle?

—La señora Lascelles asegura que la señorita ha empleado magia negra para hechizar a los hombres y mantenerlos en su poder. —Miró a Remy con una insolente sonrisa—. A usted en particular, capitán.

—Reconozco que he estado hechizado por la señorita Cheney desde hace mucho tiempo, pero ella nunca ha recurrido a la magia negra. Le aseguro que le he dado mi amor muy libremente.

La ternura con que él dijo eso, su total fe en clla, la hizo sentirse tan culpable que deseó encogerse hasta desaparecer de la silla.

—Qué romántico —dijo Aristide, burlón—. Entonces sin duda la señorita tiene una explicación inocente de ciertos objetos que hemos encontrado en su poder.

—¿Qué objetos? —preguntó Gabrielle, aunque ya lo sabía, incluso antes que él hiciera chasquear los dedos para llamar a uno de sus guardias.

El hombre se acercó y dejó el cofre de madera delante de Simon, con la cerradura rota.

A Gabrielle se le revolvió el estómago. Ahora entendía el motivo de que la hubieran hecho esperar tanto tiempo. El canalla había hecho registrar su casa abandonada y su coche, en busca de pruebas. Y seguro que no habían tardado mucho en encontrar el cofre, puesto que ella les hizo el favor de dejarlo a plena vista en el asiento del coche.

Lobo retuvo el aliento, sentado en el mismo borde del banco. Gabrielle intercambió una mirada de temor con él. Cuánto había agradecido hacía un rato tener a Remy con ella,

contar con su fuerza y su apoyo; en ese momento deseaba que estuviera a leguas de distancia, en cualquier parte menos allí. Retiró la mano de la de él y entrelazó fuertemente las manos en la falda, mientras Aristide levantaba la tapa del cofre.

Entonces Aristide sacó los medallones y los dejó sobre la mesa.

—Señorita Cheney, ¿son suyos estos medallones? —preguntó tranquilamente.

—Bueno, yo... esto...

—Los encontraron en esta caja, en su coche —añadió él, haciendo inútil cualquier intento de negarlo.

Apartándose de la silla de Gabrielle, Remy fue hasta la mesa y cogió uno de los medallones, lo examinó y luego lo comparó con el otro. Pareció perplejo al descubrir que eran idénticos, pero se encogió de hombros y volvió a dejarlos en la mesa.

—¿Y qué importancia tiene que la señorita Cheney posea estos medallones? Son chucherías inocuas, nada más.

—No según la señorita Lascelles —dijo Aristide—. Asegura que son amuletos a los que se les ha imbuido el peor tipo de brujería. La bruja que lleva uno puede controlar a la persona que lleva el otro...

—Eso es ridículo... —alcanzó a decir Remy.

—... produciendo un fuerte dolor que puede golpear sin aviso, en cualquier parte del cuerpo, un brazo, una pierna, un hombro. Al parecer, tienen el poder de matar.

Remy guardó silencio. Involuntariamente se había llevado la mano al hombro y por primera vez la duda nubló sus ojos.

Sin poder contenerse más tiempo, Lobo se puso de pie de un salto.

—Al parecer la señorita Lascelles es una experta en esos diabólicos medallones —exclamó acalorado—. Y ¿por qué no

iba a serlo? Es ella la bruja mala. Ella fue la que hizo esos medallones y le dio uno a la señora Gabrielle para el cap...

Se interrumpió bruscamente. Ya fuera por la sonrisa de triunfo de Simon Aristide, por la expresión horrorizada de Miri o por la forma como palideció Remy, comprendió que lo estaba empeorando todo. Cerró la boca y volvió a sentarse entristecido en el banco.

A eso siguió un terrible silencio. Gabrielle no se atrevía a mirar a Remy. Percibía lo rígido que se había puesto. Entonces él dijo, con la voz ronca, casi feroz:

—Nada de eso es cierto. El medallón que yo llevaba lo hizo la hermana de Gabrielle, Ariane, la señora de la isla Faire, una mujer sabia de inmensa virtud. Una curandera que jamás ha tenido nada que ver con las artes negras. Díselo, Gabrielle.

Ella tenía la garganta tan oprimida que no pudo hablar.

—¿Gabrielle? Díselo.

Ella se encogió cuando él le cogió la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos. Casi no pudo soportar la lucha que vio en sus ojos: la esperanza batallando con la desesperación, la necesidad de creer en ella batallando con la cruda sensación de que ella lo había traicionado.

—Remy...

No pudo continuar. Habría sido mucho más fácil hacerlo entender, confesarle lo que había hecho, si hubieran estado solos. Si Simon Aristide no estuviera observándolos con el rostro inexpresivo, como si ellos fueran actores representando las emociones más íntimas para divertir en un espectáculo.

Remy le escrutó la cara. Lo que fuera que vio en ella lo impulsó a soltarle el mentón. Retrocedió un paso, como si hubiera recibido un fuerte golpe.

Y el maldito Aristide aún no había acabado. Metió la mano en el cofre, sacó el otro objeto que quedaba y lo colocó con sumo cuidado junto a los medallones.

—¿Y esto qué es, señorita Cheney? Parece ser un anillo de sello en el que está grabado una especie de blasón, con la letra ce. ¿También es obra de Cassandra Lascelles?

Gabrielle tragó saliva.

—No, es... es un regalo de otra persona.

—Caro y exquisito, casi podríamos decir un regalo muy «regio».

Al decir eso Simon esbozó una sonrisa burlona. Sabía muy bien quién le había dado ese anillo, pensó Gabrielle, y sospechó que Remy también lo había adivinado. Antes su expresión fue como si hubiera recibido un puñetazo en el vientre; en ese momento daba la impresión de que le hubieran dado un golpe mortal.

Aristide ordenó sus pergaminos y los puso dentro de la carpeta.

—Lamentablemente, voy a tener que retenerla más tiempo, señorita Cheney. Me temo que estas pruebas justifican una orden de juicio por brujería.

—¡Simon, no! —exclamó Miri.

Sin hacerle caso, él continuó dirigiéndose a Gabrielle.

—Su juicio se celebrará el... digamos, dentro de dos semanas. Eso le dará bastante tiempo para preparar una defensa.

Gabrielle apenas lo oyó, su mirada fija y suplicante en Remy. Pero parecía que él ya no soportaba mirarla. Estaba pálido y callado, con la cara sin expresión y los ojos fijos en el anillo de la Reina Negra y los malditos medallones.

Pero los malvados hechizos de Cassandra ya no tenían el poder de hacerle daño, pensó. Era ella la que le había hecho eso, con sus estúpidas mentiras.

Aristide fue más clemente con Gabrielle de lo que ella habría esperado. No actuó de inmediato para hacerla vigilar por hombres armados ni la envió a la prisión donde tendría que esperar el juicio. El cazador de brujas tuvo incluso la amabilidad de permitirle estar un momento a solas con Remy en el saloncito más privado de la posada, aunque dejando claro que no se les ocurriera pensar en intentar escapar.

Había apostados guardias en las puertas y ventanas del pequeño salón. Gabrielle había temido que Remy hiciera un temerario intento de liberarla, pese a que era imposible. Pero al parecer el ánimo de lucha de su Azote había menguado considerablemente. Parecía un hombre que ha caído desde cierta altura y no logra recuperar el aliento. Ni siquiera protestó cuando Simon le pidió que entregara su espada, como condición para estar ese momento a solas con ella.

Gabrielle se estaba paseando delante de las ventanas, friccionándose los brazos por si eso le servía para dominar su desesperación, pues sólo tenía unos cortos minutos para darle explicaciones, para tratar de reparar el daño causado por sus mentiras. Pero cuando le estaba contando la historia de sus tratos con Cassandra, sus explicaciones sonaban vacilantes y flojas incluso a sus propios oídos.

Remy la escuchaba en implacable silencio, cruzado de brazos. Fuera cual fuera el dolor que le había infligido, lo ocultaba tras una expresión tan pétrea, una postura tan imponente que ella sintió desfallecer el corazón. Tuvo que hacer un esfuerzo para acabar la historia:

—... y... y estas acusaciones que ha presentado contra mí deben ser su idea de venganza. Yo debería haber supuesto

que haría algo para desquitarse. Pero puesto que ni Martin ni yo supimos nada más de ella, supongo que pensamos que... que...

—¿Qué ibas a salir impune de todo? —preguntó Remy glacialmente.

—Sí, o sea no.

Conociendo el genio de Remy, se preparó para la explosión de furia. Pero en lugar de enfurecerse con ella, él movió la cabeza, disgustado.

—Si te ibas a meter con las artes negras, por lo menos podrías haber tenido la inteligencia de deshacerte de las pruebas o esconderlas mejor.

—No tuve tiempo para decidir qué hacer con los medallones. Pensé que cuando estuviéramos lejos de París, podría consultar a Renard... —Se interrumpió al comprender de repente el significado de las palabras de él—. No me metí con las artes negras. Te he dicho que no sabía qué era realmente el medallón. Supongo que no creerás que...

—No sé qué diablos creer. —Remy comenzó a pasearse agitado por la sala, pasándose la mano por el pelo—. Me entero de que a mi novia la han cogido los cazadores de brujas y casi me rompo el cuello para llegar aquí a defender su inocencia. Y acabo haciendo el tonto, porque está claro que no tengo idea de lo que ha estado ocurriendo. Entonces tú me cuentas una increíble historia de que le debes un favor a esa hechicera y que lo que deseaba era tenerme a mí por una noche. Para que le engendrara una hija, una diablesa que se alzará algún día para dominar el mundo. Y que si yo no aceptaba, me iba a matar, a usar el medallón para darme un golpe mortal.

—Sé que parece una absoluta locura. Pero ¿te resulta más fácil creer que era yo la que deseaba hacerte daño?

La dura mirada de Remy le perforó los ojos.

—Tú fuiste la que me colgó ese medallón al cuello y no me dijiste ni una palabra de advertencia sobre su origen. Me mentiste, me dijiste que lo había hecho Ariane.

—Porque sabía que no te lo pondrías si te decía la verdad. Pensé que con eso te protegía.

—No necesito ese tipo de protección —exclamó Remy, fastidiado—. ¿Cuántas veces te ha advertido Ariane que no te metas con la magia negra? ¿Cuántas veces te he dicho yo lo mismo? Pero tú siempre eres testaruda, voluntariosa. Nunca le haces caso a nadie.

Se dirigió hacia ella pisando fuerte, y por un instante Gabrielle pensó que la iba a coger por los hombros para zarandearla. Y habría preferido su furia; habría preferido cualquier cosa menos esa desilusión que veía en sus ojos, su manera de detenerse bruscamente, como si no soportara la idea de tocarla. Él fue hasta la ventana y miró hacia fuera. La luz del sol iluminó sin piedad su anguloso semblante, que de pronto revelaba una increíble expresión de derrota.

—Creí que por fin habíamos establecido cierto grado de confianza entre nosotros, no más mentiras, no más secretos. Pero está claro que esperaba demasiado. El engaño se te da tan naturalmente como respirar.

Esas palabras le dolieron, aun cuando se merecía el reproche.

—Remy, eso no es totalmente justo.

—¿No? A mí me parece que nuevamente estás metida hasta el cuello en la intriga. Y lo peor es que has metido a Lobo en todo esto, lo has dejado expuesto a la venganza de esa mujer Lascelles. Me extraña que no lo incluyera a él en las acusaciones que ha presentado contra ti, que no lo hiciera arrestar también.

—Cass no sabe quién es Lobo, y yo traté de disuadirlo de intervenir, pero él es tan tozudo como tú. Insistió en correr el riesgo para ayudarme, porque te quiere. Te quiere tanto como yo.

—De acuerdo. Eso aclara el misterio de los medallones, supongo. Pero ¿qué me dices de esa otra chuchería que guardabas en esa caja? Ese anillo. Sé de quién es. Lo vi en el dedo de la Reina Negra esa noche del baile de máscaras, así que no te molestes en tratar de negarlo.

—No lo iba a negar —dijo ella tristemente.

—Entonces dime por qué lo tienes. ¿Por qué te lo dio?

—Fue un símbolo para sellar un trato entre nosotras. Un pacto que me obligó a aceptar. Pensaba decírtelo, pero... pero...

—¿Lo olvidaste? ¿Se te fue de la cabeza? —preguntó él, tan sarcástico que ella se encogió.

La increíble verdad era que habían ocurrido tantas cosas esos días que ella casi se olvidó del anillo de Catalina. Entre los cazadores de brujas, el problema con Cassandra y, lo principal, el milagro de redescubrirse a sí misma en los brazos de Remy, no había tenido tiempo para pensar en la Reina Negra. Pero comprendió que lo tendría difícil para convencer a Remy.

—¿Qué tipo de pacto? —preguntó él.

Gabrielle fue a ponerse detrás de él. Estaba rígido, inflexible, casi le daba miedo tocarlo. Pero ya le dolía la necesidad de tocarlo, de restablecer en algo la intimidad, la conexión entre ellos, antes que se rompiera para siempre.

Indecisa, le puso suavemente la mano en el hombro. Él no se la apartó, pero ella no notó ni un ligero estremecimiento ni reacción en él.

—Temía que Catalina buscara la manera de hacerte daño. Me prometió que no te haría nada si... si yo te seducía y te impedía que rescataras a Navarra.

—Mis felicitaciones. Creo que lo has conseguido admirablemente.

—Remy, nunca he tenido la menor intención de cumplir ese trato con ella.

—¿Le mentiste también? Me parece que la Reina Negra entiende las reglas de estos juegos mucho mejor que yo.

Gabrielle se hizo un hueco y se puso delante de él.

—Remy, sé que he cometido muchos errores, errores horrorosos, y haré todo lo que pueda para arreglar las cosas entre nosotros. Pero no puedes ni por un instante imaginarte que te he hecho el amor por orden de Catalina, que sólo quería interponerme entre tú y Navarra.

Remy le cogió las muñecas y la apartó bruscamente.

—En realidad no tiene importancia lo que yo me imagine, ¿verdad? El resultado es el mismo. Te has interpuesto entre yo y mi rey.

—No... no entiendo qué quieres decir.

Él la miró frustrado y furioso:

—¿No? Le hice una promesa a mi reina cuando se estaba muriendo. Le prometí que cuidaría de su hijo. Le fallé la Noche de San Bartolomé. Durante tres años he esperado el día en que pudiera redimir mi honor ayudando a mi rey a escapar de sus enemigos. Cuando por fin encuentro la oportunidad de hacerlo, tengo que dejarlo porque me veo obligado a rescatarte a ti.

Gabrielle retrocedió. La comprensión la golpeó tan fuerte como si él le hubiera dado un puñetazo arrojándola al suelo.

—Dios mío. Por eso estás tan furioso, ¿verdad? No porque te mentí sino porque te he impedido cumplir tu... tu precioso deber.

—No lo entiendes. Nunca lo has entendido. Lo perdí casi todo la Noche de San Bartolomé. Mi sentido del honor, mi deber, son lo único que me queda.

—Creí que me tenías a mí —dijo ella, tratando de que no le temblara la voz.

—Yo también lo creí. Pero por lo visto estaba equivocado. Puede que haya poseído tu cuerpo, Gabrielle, pero creo que nunca he llegado a tocar tu corazón. Sospeché que pasaba algo esa noche de la tormenta, que me ocultabas algo. Te di todas las oportunidades para que me dijeras la verdad, hasta que me sentí totalmente culpable por presionarte. —Sonrió amargamente—. No, me dije, si amas a una mujer, debes confiar en ella, por el amor de Dios. ¿Qué es el amor sin confianza? Y mientras tanto tú me mirabas a los ojos y continuabas mintiéndome. Incluso me pediste que te hiciera el amor, simulando que no pasaba nada.

Gabrielle pensó que podría intentar explicarle su esperanza de que si lo tenía en sus brazos, que si Cassandra hacía lo peor, el poder del medallón podría dañarla a ella, no a él. Pero exactamente ¿de qué serviría? Remy ya no quería escuchar nada que ella pudiera decir. Además, lo que los separaba no era el asunto del medallón, y ni siquiera el anillo de Catalina. Era que ella se había interpuesto entre él y su honor, y ninguna otra cosa le importaba tanto a él, ni siquiera ella.

Armándose con el orgullo que durante tanto tiempo le había servido como un manto protector, dijo:

—Si estás preocupado por Navarra, no tienes por qué. Puedes ir a rescatarlo, con mis bendiciones. No tienes ninguna obligación hacia mí. Sé cuidar de mí. He conseguido hacerlo durante mucho tiempo.

—Estamos comprometidos, Gabrielle. ¿O esa es otra cosa que has olvidado? Creo que sé cuál es mi primer deber.

—No seré yo el deber de ningún hombre, Nicolas Remy. En cuanto a nuestro compromiso, te libero. Siempre hemos

sido una pareja sin esperanzas. La cortesana sin honor y el soldado con demasiado.

Se alejó de él con la cabeza muy en alto, poniendo todo el largo de la sala entre ellos, ocultando con su actitud altiva el dolor que sentía dentro y la esperanza de que él la siguiera, la cogiera en sus brazos y le ordenara enérgicamente que dejara de hablar como una tonta.

Pero él no la siguió. Se quedó callado hasta que uno de los guardias abrió la puerta para anunciar que se había acabado el tiempo. Remy fue hasta la puerta para salir detrás del hombre y allí se detuvo un momento para decirle en voz baja:

—Volveré a buscarte. Por una vez en tu vida sé prudente y no hagas nada para provocar a ese cazador de brujas. Aquí estarás bien hasta que yo pueda venir a rescatarte.

—¿No oíste nada de lo que te dije? No necesito tu ayuda. No quiero tu ayuda.

—Te oí perfectamente, pero de una u otra manera te sacaré de aquí y os llevaré a ti y a Miri a la isla Faire, tal como lo prometí.

—Y ¿después?

Él no contestó, pero su forma de apretar las mandíbulas cuando se giró para seguir al guardia lo dijo todo. Nuevamente Remy se marcharía de la isla para cumplir su deber para con su rey. Y esta vez no volvería a ella.

24

Simon cogió su carpeta y la caja con las pruebas y subió la escalera en dirección a su cuarto y despacho particular, seguido por Miri pegada a sus talones. No sabía por qué no les ordenó a los guardias que se lo impidieran, ni por qué le permitió estar presente en todo el interrogatorio. Su viejo maestro Le Vis era aficionado a flagelarse con una disciplina hecha de varias trallas, para purificar su carne, acto que él siempre había encontrado bastante insensato. Pero ¿acaso no se sometía él a tortura de modos muchísimo más sutiles? No tenía ningún motivo para enfrentar a Miri, para soportar ver sus ojos acusadores. Pero no protestó cuando ella entró detrás de él en su cuarto. Simplemente cerró la puerta.

Sin hacer caso de ella, se dirigió al enorme arcón de madera que tenía al pie de la cama y se acuclilló ante él. Se tomó su tiempo guardando sus notas y las pruebas, a la vez que reunía sus fuerzas para la inminente escena con Miri. No iba a ser agradable. Sólo esperaba que ella no se echara a llorar. Pero cuando se atrevió a mirarla, lo sorprendió ver no a una doncella suplicante sino a una diosa enfurecida. Miri estaba muy erguida, las manos en las suaves curvas de sus caderas, sus ojos de vidente oscurecidos, del color de una tormenta de verano, y su delicada barbilla adelantada en un ángulo belicoso.

—Simon, ¿cómo has podido? Le dijiste a Gabrielle que sólo querías hacerle unas preguntas. Y ahora no la dejas marcharse.

Simon terminó de cerrar el arcón con llave. Se incorporó y se quitó el polvo de las manos.

—Dije si sus respuestas eran satisfactorias, e incluso tú tienes que reconocer que no lo fueron.

Una fugaz expresión de inseguridad pasó por la cara de Miri. A él le quedó claro que la había sorprendido el contenido de esa caja y que no sabía nada de las actividades en que había andado su hermana.

Pero no estaba dispuesta a conceder que Gabrielle hubiera hecho algo malo.

—Ni siquiera le diste la oportunidad de explicarse bien —dijo.

—Tendrá muchas oportunidades de defenderse en el juicio. Considerándolo todo, he sido más que justo. Podría haber arrestado a ese amigo tuyo también.

—¿A Martin?

—Sí, a él.

Le molestó oír esa nota de fastidio en su voz. No sabía qué tenía ese acompañante de Miri que lo encolerizaba. Tal vez era esa forma posesiva del muchacho de rondarla. Tal vez era simplemente su hermosa cara sin defectos. Pero los celos no llevaban a nada productivo, y él no podía permitirse sentir esa emoción.

—Parece que el señor le Loup ha estado muy involucrado en las actividades de tu hermana —continuó—. Ese muchacho me parece carne de horca, si he visto algo así.

—Qué curioso. Martin dice lo mismo de ti.

Simon respondió a la aguda réplica con una tensa sonrisa. Caminando hacia el hogar se cogió las manos a la espalda

y adoptó una postura rígida para indicar claramente que cualquier debate sobre ese asunto sería inútil.

—Lo siento si el arresto de tu hermana te ha afligido. Te prometo que se la tratará decentemente mientras espera el juicio. Incluso puedo disponer que la visites si quieres. Pero eso es todo lo que tengo que decir. Así que, si me disculpas, tengo otros asuntos que requieren mi atención.

Miri hizo como si no lo hubiera oído. Se mordió las uñas, costumbre que tenía cuando estaba pensando.

—¿Y si te dijera que los medallones y el anillo son míos y no de Gabrielle?

—Diría que eres una mentirosa. Una mentirosa hermosa, pero mentirosa de todos modos.

Ella lo miró enfurruñada.

—Eres un cazador de brujas muy raro, Simon Aristide. La práctica habitual de tu especie es arrestar a muchas mujeres, en especial a las de la misma familia. Todas están manchadas por el simple parentesco sanguíneo, por asociación. —Se le acercó tanto que él no pudo dejar de captar su aroma, un aroma dulce y silvestre, como el de las flores que sólo crecen en praderas barridas por el viento—. Entonces, ¿por qué no me arrestas?

Porque aunque ella practicara el tipo de brujería que quisiera, él no se creía capaz de atreverse a levantar una mano en su contra. Desvió la mirada de su cara, mascullando:

—Ya he hecho todos los arrestos que pensaba hacer hoy.

—Y ¿Cassandra Lascelles? Nunca querría hablar mal de otra hija de la tierra, pero ella es la verdadera bruja que buscas. ¿Por qué no la arrestas a ella?

—No temas. Enfrentaré a la señorita Lascelles finalmente. El de tu hermana es el primer arresto que hago. De ninguna manera será el último.

—Y ¿eso a qué se debe exactamente? Llevas días reuniendo información y pruebas. Encuentro muy raro que la primera mujer contra la que decides actuar sea mi hermana.

Miri era mucho más perspicaz que antes.

—Vamos, ¿qué es esto? ¿Sospechas en Miri Cheney? —se burló—. Siempre eras muy confiada.

—Estoy aprendiendo —repuso ella secamente—. ¿Por qué te diste tanta prisa en buscar un pretexto para arrestar a Gabrielle? ¿Detrás de qué andas realmente?

Simon caminó hasta la mesa y se puso a examinar unos cuantos papeles, con el fin de darse tiempo para pensar la respuesta. A excepción de uno, no tenía ningún motivo para confiarle su verdadera intención a Miri. Tal vez podría servirse de ella. Pero no quería. Una parte de él se amilanaba ante la idea de herir por segunda vez su confiado corazón. Pero sabía lo que estaba en juego, la eliminación de un mal mayor que el que hubiera conocido jamás. Batalló con su debilidad por esa extraña chica de ojos de hada. Al final contestó:

—De acuerdo, concedo que arrestar a Gabrielle no era mi primer objetivo, que espero que ella no sea sino un medio para poner fin a una amenaza mucho mayor.

Miri lo miró boquiabierta.

—¿Amenaza? ¿Qué amenaza? Cielo santo, Simon, si estás pensando en utilizar a Gabrielle para atrapar a la Reina Negra, estás totalmente loco.

—No a la Reina Negra, aunque reconozco que soy tan ambicioso que espero poder algún día poner fin al reinado diabólico de la italiana. Pero hay una persona a la que desde hace mucho tiempo he considerado su igual en negrura. Tu cuñado, el conde de Renard.

—Renard. Pero... pero, Simon...

—Si quieres tratar de convencerme de que estoy equivocado respecto a él, no lo hagas. El conde es un demonio al que deberían haber llevado a la justicia hace mucho tiempo.

—¿Justicia o venganza? —preguntó ella.

Sus ojos gris claros parecían perforarlo. Instintivamente movió la mano para tocarse la cicatriz, pero se contuvo a tiempo.

—Procuro no introducir mis enemistades ni mis agravios en mi trabajo. El conde es culpable de delitos más graves que partirme la cara. He visto el alcance de su mala influencia en tu familia; lo vi matar a los hermanos de mi antigua orden.

—Lo que hizo fue para protegernos a mis hermanas y a mí de tu lunático maestro Le Vis. ¿O es que has olvidado eso? Renard es un hombre bueno y honrado...

—Los hombres buenos y honrados no pagan una fortuna como para rescatar a un rey por algo tan diabólico como el *Libro de las sombras*.

Miri dejó escapar un cansino gemido.

—Simon, ya hablamos de...

—Ese libro existe, Miri. Y lo tiene tu cuñado. Estoy tan convencido de eso que le voy a enviar un emisario. Le ofreceré la libertad de Gabrielle a cambio de que venga él solo y entrege el libro. Tú podrías facilitar ese intercambio.

Miri lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Yo?

—El conde podría abatir a mi emisario antes que tenga la oportunidad de explicarle mi oferta. Pero sé que vosotros tenéis medios extraordinarios para comunicaros. Una vez maté de un disparo a uno de esos pájaros a los que las de tu clase hechizan para llevar mensajes.

—No los hechizan, los amaestran —replicó Miri, indignada—. Los pájaros poseen un notable grado de inteligencia, mucho más que algunos hombres que conozco.

A Simon no le pasó desapercibido el dardo, pero prefirió pasarlo por alto.

—Envíale recado al conde. Explícale mi proposición.

Pero Miri ya estaba negando con la cabeza.

—¿No querías hacer algo para ayudar a tu hermana?

Miri lo miró con una expresión de dolido reproche.

—¿Esperas que salve a una hermana rompiéndole el corazón a otra? Renard es el marido de Ariane. Ella lo adora.

Simon pensó que la señora Ariane estaría muchísimo mejor sin ese hombre malo. Romperle el corazón para salvar su alma..., pero sabía que nunca lograría convencer a Miri de eso. Empezó a mover los papeles hasta dejarlos todos en un rimero bien ordenado. Aborrecía la falsedad y el engaño, pero hacía tiempo que había comprendido que para derrotar al demonio a veces hay que recurrir a esos métodos. Cuidándose muy bien de no mirar a Miri a los ojos, dijo:

—Mi principal interés no es aniquilar ni a Gabrielle ni al conde, sino poner mis manos en ese libro, encargarme de que se queme.

—Y ¿esperas que me lo crea?

—No tienes mucha opción, si quieres salvar a tu hermana. Dudo que Gabrielle sea capaz de montar una buena defensa en su juicio.

—Porque no tienes la intención de que lo haga.

Simon evitó mirar su acusador ceño caminando hasta la ventana. Desde ahí tenía una buena vista del patio, donde el amigo de Miri, Martin le Loup, se estaba paseando de un extremo al otro. Esperándola, tal como ella le ordenara. Un lobo domado, pensó, despectivo. Él no permitiría jamás que la chica adquiriera ese tipo de poder sobre él. Ella lo siguió hasta la ventana. De sus ojos había desaparecido toda la rabia y su cara pálida sólo expresaba una profunda aflicción.

—Me han hecho advertencias en contra tuya, Simon. Una y otra vez. Mi familia, Martin, incluso mi gato. Mi cabeza me dice que haría bien en no fiarme de ti. Y sin embargo mi corazón sigue buscando algo que vi en ti hace mucho tiempo. Una persona más bondadosa, más amable y compasiva que el hombre que tengo delante de mí ahora. —Exhaló un largo suspiro—. No creo ni por un instante que mi cuñado tenga ese libro que buscas, pero le enviaré un mensaje, le explicaré tu proposición. Pero sabe esto, Simon Aristide. Si le haces daño a Gabrielle o a Renard, no podré perdonarte jamás. El otro día me dijiste que no he aprendido a odiar. Por favor, procura que mi primera lección no me venga de ti.

Simon continuó rígido, mirando por la ventana. Cuando se giró a contestarle, ella ya no estaba; en la habitación sólo quedaba la dulzura de su aroma. Incluso después de todo ese tiempo, Miri Cheney nunca dejaba de asombrarlo. No era en absoluto una tonta y, sin embargo, aunque estaba rodeada por un mundo hundido en la maldad y la perfidia, seguía buscando sólo lo bueno, esforzándose por creer lo mejor de todos, incluso de él.

«No he aprendido a odiar. Procura que mi primera lección no me venga de ti.»

Bajó la cabeza, desesperado; era imposible hacerle caso a su súplica. Él era un cazador de brujas; ella procedía de una familia de brujos.

Estaba condenado a ser su profesor.

Remy atravesó como un trueno las puertas de la ciudad y se adentró en el campo a galope tendido, harto del bullicio, la suciedad y la frenética actividad de París. Tenía hechos un torbellino el corazón y la cabeza; necesitaba alejarse para poder

respirar, pensar, planear lo que haría. Lo habían abandonado la lógica y esa legendaria calma que tan útiles le fueran en las vísperas de sus muchas batallas. Iba galopando por el polvoriento camino casi sin fijarse hacia dónde iba. El sol le caía encima abrasador, hasta que tanto él como su caballo estuvieron empapados de sudor. Se sintió obligado a aminorar la marcha y luego tirar de las riendas, por el bien de su caballo, no por él.

Estaba cerca de un pequeño poblado, compuesto por unas pocas casas desperdigadas, diminutos jardines, una laguna y un bosquecillo. Desmontó y llevó al castrado caminando hasta que se refrescó lo bastante para atarlo cerca de la laguna. Se echó agua en la cara y se tumbó bajo un frondoso olmo, tratando de aferrarse a su rabia.

Ya casi se le había pasado la furia, y lo lamentaba, porque sabía que cuando se le acabara toda la rabia sólo le quedarían desesperación y amargura. No recordaba haber experimentado una sensación de derrota tan abrumadora desde la Noche de San Bartolomé. Le costaba creer que sólo hacía unas horas estaba a rebosar de entusiasmo y confianza en sí mismo, se sentía tan fuerte y seguro de todo, a punto de realizar todo lo que siempre había deseado: rescatar a su rey, redimir su honor, embarcarse en una nueva vida con la mujer que amaba, lejos de todos los peligros y las intrigas de París. Bueno, ese futuro que había soñado ya estaba hecho cenizas. Había perdido la oportunidad de ayudar a Navarra a escapar y Gabrielle estaba en manos de los cazadores de brujas.

A pesar de lo enfurecido que estaba con ella, casi lo mató dejarla ahí prisionera. Claro que ella no se echó a llorar ni dio la menor señal de sentir miedo, como habría hecho cualquier mujer normal. Ah, no, Gabrielle Cheney no. Incluso enfrentada a un juicio por brujería, seguía siendo orgullosa,

tozuda y desafiante. Aun no sabía qué fue lo que más deseó hacer, si maldecirla o besarla hasta que gimiera suplicando piedad.

Tenía que recordar que ella ya no era de él para hacer ninguna de las dos cosas. Ella puso fin al compromiso. Lo atormentaban las dudas, la idea de que tal vez ella nunca tuvo la intención de casarse con él. Tal vez era cierto que había estado intrigando con la Reina Negra todo el tiempo...

No, no podía creer eso de ella. Esos momentos que Gabrielle pasó en sus brazos, esa intimidad, todo lo que compartieron, no podría haberlo fingido. ¿Por qué no?, le susurró una fea voz en el oído; al fin y al cabo era una cortesana. Se pasó la mano por la mandíbula. No sabía qué pensar. Ya no estaba seguro de nada.

—Maldita sea, Gabrielle —exclamó para sus adentros—. ¿Por qué no pudiste ser sincera conmigo? ¿Por qué tuviste que continuar jugando a esos juegos?

Tal vez ella tenía razón al poner fin a todo entre ellos. Tal vez los dos estarían mejor así. Entonces, ¿por qué sentía el deseo de arrojarse de cabeza en esa laguna y ahogarse? Cuando estaba agitando la cabeza para desechar esos pensamientos, oyó el ruido de cascos de un caballo. Se aproximaba un jinete. Entrecerrando los ojos para poder ver con esa fuerte luz del sol, distinguió el conocido semblante de Lobo.

Lo último que necesitaba en ese momento era soportar otro melodrama más de Martin. En todo momento el muchacho se había mostrado impaciente por luchar, por atacar a toda la tropa de cazadores de brujas ahí mismo; al parecer Aristide le inspiraba una aversión especial. Le había costado lo suyo sacarlo a rastras del patio de la posada antes que los hombres los mataran a todos. Además, antes de salir de París, le había ordenado que se quedara ahí, confiándole una sola ta-

rea: cuidar de Miri y encargarse de que ella subiera al coche y se marchara de una vez por todas a la isla Faire.

Lobo tiró de las riendas y se apeó del caballo. Aun no tenía la pericia necesaria para manejar una montura, pero la yegua que montaba era mansa, de buen carácter. El animal caminó dócilmente a su lado hasta llegar al lugar donde reposaba él. Remy se incorporó haciendo un gesto de disgusto. La abundante melena de Lobo parecía caerle más revuelta que nunca sobre su delgada cara. Lo miró con una expresión mezcla de reproche y desconcierto:

—Capitán...

—¿Qué diablos haces aquí? Te ordené que cuidaras de Miri, no que me siguieras. ¿Está ya en camino hacia la isla Faire?

—No quiso marcharse, como yo podría habérselo dicho si me hubiera dado la oportunidad. No se marchará de París sin su hermana.

—Malditas esas mujeres Cheney. Ninguna hace jamás lo que se le dice. —Remy miró a Lobo furioso—: Ni tú tampoco, si es por eso. Por lo menos podrías haberte quedado con ella. Su seguridad sería una preocupación menos para mí.

Lobo se erizó de indignación.

—Miri volvió a la casa de su hermana. Está bastante segura por el momento, si no, no la habría dejado sola, como hizo usted con su dama.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que me quedara ahí por la fuerza, yo solo en medio de un montón de hombres armados? ¿Y arriesgarme a que mataran a Gabrielle y a Miri? Además —añadió amargamente—, Gabrielle ya no es mi dama.

—¡¿Qué?! —Olvidándose de la yegua, Lobo soltó las riendas para cogerle la manga; mientras la yegua caminaba tranquilamente hacia la laguna, lo miró consternado—: Dios mío,

capitán. Sé que está molesto con la señorita, y... y que tiene ciertos motivos para estarlo. Pero ¿va a plantar a la mujer que ama simplemente porque cometió un pequeño error?

—Yo no la planté. Ella fue la que rompió nuestro compromiso.

—Y ¿usted se lo permitió?

—No entiendes nada, muchacho. Ella... —Apartó a Martin impaciente—. No te preocupes. Esto no es asunto tuyo.

—Debo hacerlo asunto mío si tiene la intención de abandonar a la señorita Gabrielle.

—Maldita sea, Martin. No la voy a abandonar. Deberías conocerme mejor.

Al empezar a sentir el acaloramiento de la ira la dominó, aun cuando tenía motivos para estar enfadado con Lobo. Sabía que el desastre era más obra de Gabrielle, pero la participación de Lobo en el engaño lo hería casi igual de profundo.

—Escucha. ¿Me vas a hacer el favor de montar tu caballo y volver a París a acompañar a Miri? Yo me reuniré con vosotros dentro de poco. No quiero pelearme contigo también. En realidad, no te culpo de nada de lo que ha ocurrido.

Lobo lo miró fijamente, pasmado.

—No me culpa por salvarlo de la madición de una bruja. Qué maravillosamente noble.

—No es que no te agradezca lo que hiciste —contestó Remy secamente—. Pero no deberías haber corrido ese tremendo riesgo. Deberías haberme dicho lo que ocurría, y lo mismo debería haber hecho Gabrielle, en lugar de involucrarte a ti. Ella me prometió que no habría más secretos ni intrigas.

Un vivo color rojo le subió a Martin desde el cuello y se le extendió por las mejillas.

—La señorita Gabrielle no hizo nada malo. Yo tampoco. De acuerdo, nos sentimos obligados a decirle unas pequeñas mentiras. Eso no es un delito tan grande. Fue por su propio bien.

—Nunca he sabido que de la mentira salga algo bueno. No me habría gustado saber la verdad sobre el medallón, pero si me lo hubieran dicho, podría haber...

—¿Cree que habría podido manejar mejor a esa bruja? Eso no era tarea para un soldado, para el gran Azote, sino para un pícaro, para un ladrón, para alguien que entiende la necesidad de torcer la verdad de vez en cuando. Alguien como Martin le Loup. —Sacó pecho para dar el efecto dramático—. ¿Cree que es el único que puede ser el héroe? Puede que yo no tenga su sentido del honor, pero tengo tanto valor y corazón como usted. Tal vez más. Yo jamás renunciaría tan fácilmente a una mujer como la señorita Gabrielle. Ella le ama...

—Pero al parecer no lo suficiente.

Lobo se le acercó con las manos cerradas en puños.

—¿No lo bastante? ¡Dios mío! Si vuelve a decir eso lo... lo moleré a puñetazos. Ah, ya sé que usted me hará papilla, pero por lo menos tendré la satisfacción de meterle sensatez a golpes.

Remy retrocedió un paso, pero gruñó:

—Martin...

—¡No! Usted se calla y escucha —exclamó Lobo, furioso, moviendo un dedo delante de su cara—. ¿Quiere saber por qué la señorita Gabrielle tuvo miedo de confesarle lo del medallón? Yo se lo diré. Tuvo miedo porque para usted todo es muy claro, o correcto o incorrecto, bueno o malo, blanco o negro. Bueno pues, resulta que el resto de nosotros, pobres mortales, tendemos a andar a trompicones por matices de gris. No siempre podemos vivir a la altura de sus elevados valores morales.

Remy abrió la boca para refutar esas palabras, pero volvió a cerrarla al recordar algo que le dijo Gabrielle una vez, algo perturbadoramente similar, mirándolo con sus grandes ojos azules apenados: «Exiges demasiado de las personas, Remy, principalmente de ti».

El recuerdo era inquietante. Obstinadamente trató de expulsarlo de su mente, mientras Lobo continuaba:

—Me dice lo mucho que ama a Gabrielle Cheney, esa hermosa hechicera, tan intachable, tan inalcanzable para usted. Y cuando llegamos a París descubre que no es tan perfecta, que se ha convertido en una cortesana. Eso le rompe el corazón.

—Ya superé eso... —interrumpió Remy.

—No, no lo ha superado. Sigue deseando que sea perfecta para usted.

—Lo único que deseo es que sea fiel, que cumpla su palabra. Que me ame.

Lobo puso los ojos en blanco, exasperado.

—¿Y cree que no le ama? Desde que usted volvió a París no ha hecho otra cosa que amarle. ¿Se acuerda de la noche del baile de máscaras, cuando la señorita Gabrielle lo arriesgó todo, sus intereses, sus ambiciones, incluso su vida, para llevarlo a ver a su rey? ¿Recuerda ese momento en el corredor cuando me susurró algo al oído?

—Sí.

—¿Sabe lo que me dijo, señor? Me dijo: «Cuida de él, fiel Lobo. Cuida de nuestro capitán». Y eso es lo único que ha tratado de hacer siempre. ¿Por qué aceptó ese maldito medallón y lo engañó para que lo usara? Porque no sabía que era malo. Porque creyó que con eso le protegía. ¿Por qué aceptó ese anillo de la Reina Negra, e hizo un pacto con una mujer cuyo poder temía? Lo mismo, quería protegerle. La señorita Gabrie-

lle haría cualquier cosa, se arriesgaría a cualquier cosa para tenerlo a salvo, incluso arriesgaría su vida.

—Y yo estaría más que dispuesto a arriesgar mi vida por ella, pero...

—Ah, pero ¿estaría dispuesto de verdad a sacrificar su honor por ella? —Los penetrantes ojos verdes de Lobo le perforaron los de él hasta hacerlo sentirse incómodo—. Porque ella sí lo haría por usted. ¿A no ser que crea que ella no tiene honor?

—Noo, de ninguna manera creo eso.

—Me alegra, porque si lo pensara tendría que golpearlo. —Continuó en tono menos furibundo—: Sé que salvará a la señorita Gabrielle porque usted es un héroe y eso es lo que hacen todos los héroes. Pero ¿después qué? Después saldrá de su vida porque ella lo decepcionó, porque frustró su trabajo para rescatar a su rey. Continuará con esa empresa para cumplir su deber. Pero yo pienso que los reyes, las causas nobles, incluso los reinos, todo se desvanece hasta quedar reducido a nada. Sólo el amor perdura, y a usted se le ha ofrecido la oportunidad de gozar de un amor que pocos hombres han conocido en su vida. El tipo de amor que nunca... —Se interrumpió y se le agitó la nuez de la garganta—. Si deja escapar este amor por entre los dedos, me quedará claro que he desperdiciado mi tiempo estos tres años pasados, porque he estado siguiendo al más rematado y grandísimo idiota.

Acto seguido, Lobo giró sobre sus talones y se alejó. Remy casi esperó que simplemente montara en su caballo y se marchara. Pero el muchacho se detuvo a la orilla de la laguna y se quedó contemplando el agua con cara mohína. El silencio que siguió se le hizo tan pesado a Remy que dejó de oír el murmullo de la hierba agitada por la brisa, e incluso los

relinchos de los caballos. Sentía arder la cara, pero no de rabia sino de vergüenza.

Una vergüenza tan intensa, que parecía que iba a avasallarlo. Se sentía como si Lobo le hubiera puesto un espejo delante y no le gustó la cara del hombre reflejada en él. Un hombre que se había dejado dominar tanto por sus conceptos del honor y del deber que se había cegado a todo lo demás, volviéndose duro e intransigente.

Lo ofendió que Gabrielle dijera que estaba más furioso porque ella le había frustrado su plan para rescatar a Navarra que por el engaño de ella. Lo humillaba comprender que ella tenía razón.

Desde la Noche de San Bartolomé lo acompañaba esa sensación de fracaso, la quemante necesidad de redimirse. Como si hubiera llegado a creer en su propia leyenda, la del gran Azote. Como si él solo hubiera debido ser capaz de cambiar la marcha de la historia esa noche. Gabrielle decía que él tenía demasiado honor, pero no era ese su verdadero pecado; lo que tenía era demasiado orgullo.

Se torturó recordando esos preciosos momentos que Aristide le concediera para estar a solas con Gabrielle, cómo desperdició ese tiempo entregándose a la rabia y las recriminaciones cuando debería haberla abrazado y tranquilizado. El que ella se mostrara tan desafiante lo enfureció más aún, pero debería haber comprendido que ese comportamiento sólo era una representación. Ya sabía que ella era muy buena en eso. ¿Cuántas veces no la había visto recurrir a esas tozudas bravatas para encubrir su sufrimiento y su miedo?

Tan ocupado estaba en cavilar sobre sus propios agravios que no comprendió lo mucho que ella necesitaba que él le dijera que la perdonaba y que todo iría bien. Si después de todo esos fueran los últimos momentos en que estuvieron juntos...

No, no debía permitirse pensar eso, ni por un instante. La salvaría o moriría en el empeño, y tal vez encontraría una manera de arreglar las cosas entre ellos. Pero había otra persona con la que debía arreglar las cosas. Martin estaba esperando a la orilla de la laguna, con el ceño fruncido arrojando piedras para hacerlas deslizarse rebotando por la superficie del agua. Lo único que conseguía era levantar mucha agua, lo que ya comenzaba a asustar a los caballos.

El muchacho se puso rígido cuando lo sintió acercarse. Lo miró de reojo disimuladamente, y Remy comprendió que estaba algo asustado por su reciente estallido. Pero enderezó los hombros y le dijo en tono malhumorado:

—Sé que le he hablado con mucha insolencia, capitán. Además, le mentí y cometí muchos engaños en ese asunto del medallón. Así que si quiere despedirme de su servicio o... o si desea retarme a duelo, exigir satisfacción, lo comprenderé.

Después de esa triste mañana, a Remy lo sorprendió sentir deseos de sonreír, pero por la dignidad de Martin, consiguió mantener la cara seria.

—En realidad, no quiero ninguna de esas dos cosas. —Le tendió la mano—. Lo único que deseo es pedirte perdón por ser..., eh, ¿cómo fue que me llamaste?, un rematado y grandísimo idiota.

Lobo se rascó la nariz, con el aspecto de estar desconcertado. Pero le cogió la mano y le dio un fuerte apretón.

—Gracias, capitán, pero creo que no es a mí a quien debe pedir perdón.

—Eso ya lo sé. Me temo que siempre me he portado como un imbécil en todo lo que se refiere a Gabrielle. Es la mujer más condenadamente irritante que he conocido. También la más extraordinaria. Eso es parte de mi problema. Me atormenta el miedo de perderla, de no ser capaz de retenerla

para siempre. Tal vez por eso cuando puso fin a nuestro compromiso, me pareció más fácil dejarla ir.

—Ah, pero usted nunca ha sido un hombre dispuesto a tomar el camino fácil, capitán. Estoy seguro de que encontrará una manera de volver a tener a su dama en sus brazos.

—Primero tengo que liberarla de esos cazadores de brujas. —Exhaló un suspiro, apenado—. También debo enviar recado a Navarra, para que sepa lo que ha ocurrido. Es una lástima que sólo sea un rey en la sombra. Yo podría haberle pedido que usara de su influencia para lograr que liberen a Gabrielle.

Martin hizo un gesto de impaciencia ante la alusión a Navarra, pero su mirada era más bien compasiva al decirle:

—Capitán, sé cuánto le irrita la cautividad de su rey, sé también cuánto lo amarga no haber podido cumplir su promesa y asegurar su libertad. Pero por lo que he observado en ese Enrique de Navarra, creo que cuando de verdad desee escapar de la corte francesa lo hará, con o sin su ayuda. Simula ser indolente y despreocupado, pero es un hombre que sabe sobrevivir. Un tipo verdaderamente inteligente y astuto.

—Un tipo muy parecido a ti, mi fiel Lobo.

Lobo se encogió de hombros tratando de parecer modesto, pero fracasó rotundamente. Remy le dio una afectuosa palmada en el hombro.

—Por cierto, hablando de tu inteligencia, no te he agradecido que me hayas vuelto a salvar la vida. Aunque nunca he entendido por qué lo hiciste la primera vez.

Lobo enseñó los dientes en esa su conocida sonrisa.

—Fue por las botas.

—Pero podrías haberlas tenido. Lo único que tenías que hacer era dejarme morir.

Lobo ladeó la cabeza y lo miró con expresión de curiosidad.

—No lo recuerda, ¿verdad, señor? Yo estaba escondido en el callejón cuando usted estaba luchando tan bravamente con sus enemigos hasta que cayó. Sólo cuando los soldados se marcharon y yo creí que usted estaba muerto, salí de la oscuridad, como la rata que era, para robarle. Pero cuando le estaba quitando una bota, usted abrió los ojos. En lugar de maldecirme como debería haber hecho, simplemente me miró. Estaba sufriendo, su vida se le estaba escapando por las heridas y sin embargo se fijó en que yo no llevaba zapatos y me dijo, me susurró: «Coge las botas, muchacho. A ti te servirán más que a mí». Y además me dijo que llevaba escondido su dinero en el cinturón. —Le brillaron los ojos a Lobo, empañados de lágrimas—. Jamás en mi vida nadie me había ofrecido nada. Fue entonces cuando me dije «Martin le Loup, esto sí que es un héroe». No sólo el valor, sino esa grandeza de corazón. —Se encogió de hombros—. Por eso traté de salvarle y por eso he estado dispuesto a seguirlo desde entonces, incluso hasta lo más profundo del infierno.

Esas palabras conmovieron a Remy más de lo que podía demostrar. Le dio un fuerte apretón en el hombro.

—Gracias, muchacho. Por desgracia, es al infierno adonde tenemos que ir.

Lobo lo miró perplejo.

—¿Señor?

—Lo creas o no, no he cabalgado hasta aquí sólo para contemplar las nubes. He estado pensando. Me quedan dos semanas hasta el juicio de Gabrielle. Bien podría haber recurrido a la fuerza para liberarla hoy, pero quiero por lo menos hacer el intento de demostrar su inocencia.

—Pero ¿cómo podría hacer eso?

—Encontrando a la verdadera culpable. Sacando de su escondite a Cassandra Lascelles y a su criada. Obligándolas a confesar la verdad.

La sugerencia hizo palidecer a Lobo.

—Eso no resultaría, capitán. No tiene idea de lo peligrosa que es esa mujer. Y además, ¿cree que ese cabrón Aristide reconocería la verdad si la oyera, en caso de que escuchara?

Remy pensó que Lobo podría tener razón, pero había algo que no sabía cómo explicarle. Era algo que había visto en Simon Aristide, algo que inesperadamente tocó una cuerda en él. Había tenido la impresión de que ese hombre no actuaba motivado por la crueldad ni por una superstición estúpida. Estaba motivado por una fe en su causa, por un sentido del deber que él comprendía muy bien.

—Aristide no me da la impresión de ser un auténtico fanático irracional —dijo—. Me parece que está por encima de los vulgares cazadores de brujas.

—No —bufó Lobo—. Tenemos que matarlo. Yo lo mataré —añadió alegremente.

—No mientras no hagamos un intento de convencerlo de dejar libre a Gabrielle. —Al ver que Lobo abría la boca para lanzar su más fuerte protesta, lo interrumpió—: Tengo que intentarlo, Martin. He vivido como un fugitivo, exiliado de mi país. Sé lo que es eso. Es muy poco lo que le puedo dar a Gabrielle, pero por lo menos puedo intentar librarla de ese destino, librarla de vivir el resto de su vida a la sombra de una acusación de brujería, constantemente mirando por encima del hombro por si la siguen cazadores de brujas.

—Ah, muy bien, señor —suspiró Lobo, pero con la cara tremendamente preocupada.

Remy tenía una idea de lo que le preocupaba al muchacho, por lo que le dijo con la mayor delicadeza que pudo:

—Oye, Martin, sé lo que piensas de la Casa del Espíritu y de las brujas en general. Y no quiero exponerte a la posible ira de esa mujer Lascelles. No es necesario que me acompañes.

Dicho eso se preparó para las vehementes protestas de Lobo, a una fiera indignación por lo que consideraría un insulto a su valor. Pero Lobo lo sorprendió emitiendo una risita sin humor.

—No, capitán. Iré con usted. No le tengo miedo a esa mujer.

Al menos ya no se lo tenía, pensó Lobo amargamente. Ya había experimentado lo peor de Cassandra Lascelles. Lo había manchado, le había robado para siempre sus sueños de amar a Miri. No veía qué más podía hacerle la bruja.

25

Gabrielle cambió de posición en la estrecha cama contemplando las figuras que formaba la luz de la luna en el cielo raso. Hacía rato que había dejado de intentar dormir, aun cuando estaba absolutamente agotada. ¿Cuántas noches hacía desde la última que había dormido apaciblemente en su cama acunada por los brazos de Remy? ¿Seis? ¿Tal vez siete?

Ya empezaba a perder la cuenta de los días y las horas, esas largas horas inútiles que le daban tantísimo tiempo para pensar, afligirse y lamentar. Aparte de eso, tenía que reconocer que no tenía muchos motivos para quejarse de su cautividad. Hasta el momento Aristide había cumplido su palabra. La trataban decentemente, la alimentaban y le llevaban agua caliente para lavarse.

No la habían trasladado a la Bastilla o a otra lúgubre y húmeda prisión como temiera. La tenían encerrada en una de las habitaciones más humildes de la posada Charters, en el ático. Habían quitado de la habitación todo lo que no fuera de primera necesidad, dejando poca cosa más que la cama, una mesa y una vela. No había nada que se pudiera emplear como arma, a no ser que tuviera la temeridad de intentar romperle los sesos al guardia con el orinal.

Lógicamente, entendía por qué la tenían en la posada. Era más una rehén que una prisionera. Durante una breve visita

que Aristide le permitió hacer a Miri, esta le explicó lo que deseaba el cazador de brujas.

Ella no se precipitó tanto como Miri a descartar la posibilidad de que existiera del *Libro de las sombras*. Lo que sí dudaba era que el libro estuviera en poder de Renard, aunque temía que él viniera de todas maneras e hiciera un temerario intento de salvarle la vida. A pesar de sus continuas discusiones, le tenía mucho cariño a ese inmenso ogro que tenía por cuñado, y no soportaba que la utilizaran a ella como cebo para atraerlo a una trampa. En su desesperación, Miri podía desear creer que Aristide sólo deseaba destruir el libro, que no le haría ningún daño a Renard, pero ella no se fiaba en absoluto de ese cabrón.

Si el plan de Aristide era matar a Renard, era necesario impedírselo. Volvió nuevamente la pregunta que no dejaba de atormentarla todos los momentos de vigilia. ¿Dónde estaría Remy? ¿Qué estaría haciendo? Miri no había sido capaz de darle ninguna respuesta satisfactoria, sólo que Remy y Lobo estaban trabajando en un plan para liberarla. Pero Remy no se había ni acercado a la posada desde esa terrible pelea que tuvieron.

¿Seguiría enfadado con ella, sin poder perdonarla? Y ¿si la hubiera tomado en serio cuando ella le dijo orgullosamente que no necesitaba su ayuda? Y ¿si se hubiera marchado de París para continuar su empresa de rescatar a Navarra? No. Remy no haría eso nunca. El cabezota consideraba su deber salvarla. Pero después, una vez que la hubiera llevado a la isla Faire y dejado allí a salvo...

No soportaba ni pensar en eso, en cómo sería pasar el resto de su vida sin él. Debía tomarse las cosas una a una, concentrarse en las dificultades de su situación del momento, si no, se volvería loca. Se arregló las mantas, tratando de en-

contrar una posición más cómoda, pero al final volvió a ponerse de espaldas, suspirando. Lo que más detestaba de todo era su impotencia. Ella fue la que se metió en esa situación, por lo tanto le correspondía encontrar la manera de salir de ella sin poner en peligro ni a Renard ni a Remy.

Los cazadores de brujas se pasaban la vida arrestando y persiguiendo a mujeres por brujería, exhortándolas a arrepentirse. Qué irónico pensar cuántas de esas desventuradas eran iguales que ella, y se pasaban el tiempo de cautividad deseando haber aprendido algo de magia negra para salvarse.

Nerviosa frotó el extremo de la sábana entre las manos y entonces notó lo delgada que era la tela, lo fácil que sería romperla en tiras. Eso la llevó a considerar la posibilidad de formar una escala con las tiras para escapar por una de las estrechas ventanas. Pero la habitación estaba en la última planta, en el ático; la distancia desde allí al suelo era enorme. Si no acababa con el cuello roto, de todos modos tendría que contender con los guardias de Simon que estarían abajo.

Se le ocurrió la posibilidad de conseguir la ayuda de Bartolomy Verducci, ya fuera sobornándolo o amenazando con delatarlo. Una de las veces que abrieron la puerta para llevarle la comida, había visto al espía de Catalina acechando en el corredor. ¿Por qué continuaba ahí el cazador de la Reina Negra? Si Catalina lo envió a deshacerse de Simon Aristide, ya había tenido muchas oportunidades de hacerlo. Era evidente que Catalina tenía otros fines.

La enfurecía presentir todas las conspiraciones que se fraguaban a su alrededor y no saber nada, no poder hacer nada. Seguro que Remy tenía razón cuando la acusó de tener predilección por la intriga. Acostumbrada ya, después de tanto tiempo, a ser una jugadora en el juego, la fastidiaba mortalmente verse reducida al papel de un insignificante peón.

¿Sería eso lo que hizo sentir a Remy cuando le ocultó la verdad sobre el medallón y el anillo de la Reina Negra? Cuando saliera de allí tendría que buscar la manera de hacerle entender cuánto lamentaba eso, cuánto lo amaba. Encontraría la manera de reconquistarlo. Si es que alguna vez salía de allí.

Un fuerte golpe en la puerta la sobresaltó y se sentó bruscamente.

—¿Señorita?

Era la hosca voz de su carcelero principal, Braxton, el poco atractivo hombre mayor al que le faltaba una oreja. Por orden de Simon, tenía la cortesía de golpear antes de abrir la puerta, aunque no siempre esperaba que ella contestara. Oyó girar la llave en la cerradura, y aunque estaba totalmente vestida, se subió la colcha hasta el mentón.

Braxton abrió la puerta. Llevaba en la mano una vela, cuya parpadeante luz iluminó la lóbrega habitación además de su malhumorado semblante.

—Tiene que levantarse, señora. El señor Le Balafré desea hablar con usted abajo y...

—Y lo desea ahora mismo —terminó Gabrielle, remedando su tono.

El hombre la miró enfurruñado. Pero la pulla sólo era un farol, una manera de ocultar que se le había acelerado el corazón de miedo. No lograba imaginarse ningún buen motivo para que un cazador de brujas sacara de su habitación a una prisionera a media noche. Tal vez Simon Aristide se iba a quitar finalmente su máscara de cortesía.

¿Qué haría, entonces? ¿Torturarla hasta hacerla confesar cualquier cosa, o tendría la intención de hacer algo más alarmante? No. Si Aristide era capaz de sentir algo tan humano como el deseo, no sería ella la que se lo inspiraría. Había vis-

to cómo miraba a Miri el canalla, y eso la hacía desear arrancarle el ojo bueno que le quedaba.

Hizo tiempo poniéndose los zapatos y tratando de peinarse con los dedos el desgreñado pelo. Su elegancia en la apariencia, modales y en el vestir siempre había sido su infalible armadura y veía que esto había menguado lamentablemente. Arrugó la nariz al pensar qué apariencia tendría con el vestido arrugado y los ojos enrojecidos por falta de sueño.

Pero se obligó a caminar erguida y con la cabeza muy en alto cuando siguió a Braxton fuera de la habitación. Él le iluminó el camino en los dos tramos de escalera hasta el bodegón. La sala se veía lúgubre, vacía, y sólo unas pocas velas de un candelabro de brazos mantenían a raya la oscuridad de la noche. Aristide estaba esperando cerca de las ventanas. El hombre tenía la molesta costumbre de hacer eso, mantenerse en la oscuridad, mientras su víctima quedaba cruelmente expuesta a plena luz. Su ropa negra era casi invisible en la oscuridad y su altura, cabeza rapada y el parche en el ojo le daban una apariencia siniestra, como una figura de pesadilla.

Qué podía ver de bueno Miri en ese hombre escapaba totalmente a su comprensión. Pero claro, Miri fue la que se aferró más tiempo a su creencia en las hadas y los unicornios. Braxton le dio un empujón para que avanzara hasta el centro de la sala. Después, haciéndole una venia a Aristide, el guardia se marchó y la dejó sola con él.

—Buenas noches, señora Cheney —dijo el cazador de brujas. Su voz toda sedosa amabilidad; ya empezaba a irritarle los nervios—. ¿Me permite ofrecerle algo?

—¿Como qué? ¿Hierros candentes? ¿Empulgueras? ¿Aceite hirviendo?

—Mi pensamiento seguía más la línea de un jarro de vino —contestó Aristide, saliendo a la luz con los labios curvados casi en una sonrisa.

Ese asomo de humor le suavizaba el lúgubre semblante haciéndolo sorprendentemente más atractivo. Eso irritó aún más a Gabrielle. Si era un cazador de brujas debería portarse como tal y ser absolutamente detestable.

—No, gracias. Prefiero que simplemente me diga qué desea.

Ni miró la silla que él le ofreció, y se cubrió la boca con una mano para ocultar un fingido bostezo.

—Es medianoche, por si no lo ha notado. ¿O interrumpir mi sueño es su método de tortura favorito?

—Ah, ¿estaba durmiendo?

Su ojo oscuro la perforó, como si supiera muy bien qué noches había pasado, atormentada por el miedo, la incertidumbre, su angustiosa nostalgia de Remy.

Gabrielle desvió la cara. Maldito Aristide. Ella era la mujer sabia; si alguien tenía que saber leer en los ojos, era ella. Pero la desfigurada cara del cazador de brujas era inescrutable mientras se le acercaba con las manos cogidas a la espalda.

—Lamento las incomodidades de su cautiverio, señorita. Pero su tormento acabará pronto.

Gabrielle se esforzó en no darle la satisfacción de demostrar miedo.

—Pero si me dijo que el juicio sería dentro de dos semanas. Por lo menos me queda una semana para preparar mi defensa.

—Es posible que no sea necesario ese juicio. Si la perdono, espero que haya aprendido la dura lección y evite la compañía de brujas como Cassandra Lascelles.

Gabrielle lo miró indignada.

—O sea, que todo el tiempo ha sabido que ella fue la responsable del asunto de los medallones.

—No todo el tiempo —repuso él muy tranquilo—. Pero reconozco que cuando ella se prestó tan convenientemente a ofrecer información en contra suya su nombre me sonó a conocido. Todavía tengo las anotaciones de mi ex maestro Vachel Le Vis. Las revisé y descubrí que tenía razón. Había oído hablar de la señorita Lascelles. En ese tiempo yo era poco más que un niño. Era un novato al servicio de mi maestro cuando se ocupó del caso de una chica de la que se sospechaba que practicaba las peores clases de brujería, nigromancia y maleficios. Dado que era joven y ciega, mi maestro se sintió movido a perdonarle la vida. En especial cuando Cassandra, a cambio de su vida, se ofreció a entregarle a su madre y a sus hermanas, revelándole el lugar donde se escondían en la Casa del Espíritu.

—¡Dios santo!

Aunque había resuelto no demostrar ningún tipo de emoción delante del cazador de brujas, Gabrielle no pudo evitar palidecer, horrorizada. Esa era una versión muy distinta de lo que le explicó Cassandra sobre el arresto y ejecución de su familia. Su aflicción y tormento por la muerte de su madre y sus hermanas siempre le parecieron muy auténticos, y tal vez lo eran: el tormento de la culpa. Deseaba creer que Cassandra poseía por lo menos esa pizca de conciencia.

—Así que ya lo ve —concluyó Aristide—. No es usted la primera de sus cómplices a la que ha traicionado la señorita Lascelles.

—No era su cómplice. Pero por un tiempo sí que creí que era su amiga.

—Debería tener más cuidado al elegir sus amistades.

—También mi hermana —replicó ella.

A Aristide se le movió un músculo de la mejilla y el ojo se le ensombreció por una emoción que podría haber sido pesar, pero esta emoción fue muy fugaz, y enseguida continuó:

—La señorita Lascelles y su criada han desaparecido, pero les seguiré el rastro y finalmente esa bruja responderá por sus delitos.

O sea, que Cassandra había huido de la Casa del Espíritu, pensó Gabrielle al oír esa noticia, sintiendo emociones contradictorias. Por un lado la asustaba que Cassandra anduviera suelta por ahí y no tener idea de dónde podría reaparecer. Por otro lado, su desaparición le daba a ella una ventaja. Miró a Aristide con expresión triunfante.

—Si Cass y su criada han desaparecido, ya no tiene ningún testigo que declare en mi contra.

—No necesito ningún testigo —dijo él, haciendo un gesto hacia el cofre que estaba en una mesa—. Tengo la prueba de los medallones.

La sonrisa de Gabrielle se desvaneció.

—Pero como le he dicho —continuó él—. Espero que no sea necesario un juicio.

—Sé lo que espera —dijo Gabrielle, despectiva—. Miri me lo explicó todo sobre el trueque que ha ofrecido a Renard. ¿Sabía que todas las noches de San Juan mi hermana pequeña asistía a una ceremonia en el círculo de piedras de un extremo de la isla Faire?

Por la cara de Aristide pasó una expresión de tristeza.

—Sí, allí fue donde la conocí.

—Miri creía que esos dolmenes eran gigantes congelados que podrían cobrar vida en esa noche mágica. Bueno, hay tantas posibilidades de que ocurra eso como de que el conde de Renard...

Se interrumpió bruscamente al ver abrirse la puerta que daba al patio, dejando entrar una fresca ráfaga de aire nocturno y la corpulenta figura de un hombre.

—¿Sí? ¿Como que Renard qué? —preguntó afablemente su cuñado.

Gabrielle sintió bajar la mandíbula por la sorpresa. Seguro que parecía una absoluta idiota con la boca abierta, pero era incapaz de cerrarla, como no podía dejar de mirar fijamente al gigantesco hombre que llenaba el vano de la puerta. Era como si al decir su nombre hubiera conjurado su presencia. Pero el conde siempre había tenido una desconcertante manera de hacer eso de aparecer de repente como salido de la nada.

No era extraño que Simon Aristide sospechara que Renard era un brujo. Aunque era evidente que el cazador de brujas había estado esperando la llegada de Renard esa noche, palideció al verlo. Flexionó los dedos como si deseara coger una cruz para mantenerlo a raya. Aparentemente indiferente a la sensación que había causado, Renard entró en la sala haciendo crujir los tablones del suelo con sus pesadas botas. Tranquilamente se quitó los guantes de montar y sus ojos verdes de párpados entornados recorrieron el bodegón con esa expresión imperturbable que ocultaba su aguda inteligencia y su astucia.

—Señor Le Balafré, ha llegado el conde —anunciaron los guardias que lo escoltaban.

—Eso ya lo veo —ladró Simon.

Luego despidió a los hombres y sólo Braxton se quedó en la puerta montando guardia. Sin hacer caso de Aristide, el conde se dirigió hacia Gabrielle.

Gabrielle alzó el mentón, preparándose para enfrentar la rabia y el desprecio de su cuñado; el conde tenía muy poca to-

lerancia con cualquiera que causara aflicción a su amadísima esposa, y ella nunca había hecho otra cosa que darle problemas a Ariane. Él la desarmó totalmente al cogerle la mano y llevársela a los labios.

—Mi querida cuñada. Como siempre, estoy encantado de verte. ¿Te encuentro bien, espero?

A pesar de su tono travieso, ella descubrió algo asombroso en sus ojos entornados mientras le escrutaba la cara: cariño, amabilidad y preocupación.

Se le formó un nudo en la garganta. El ogro de Ariane se veía inmensamente consolador y sólido. Tuvo que dominar el fuerte deseo de apoyar la cara en su pecho y echarse a llorar.

—Bas-bastante bien —logró contestar, esbozando una trémula sonrisa.

Renard le dio una tranquilizadora palmadita en la mejilla y se volvió hacia Aristide. El conde tenía una prestancia imponente, avasalladora. Incluso un hombre tan formidable como el cazador de brujas Le Balafré parecía haber empequeñecido ante él. De pronto Simon se veía mucho más joven y vulnerable mientras la despectiva mirada de Renard lo recorría de arriba abajo.

—Ah, y este sería nuestro maestro Aristide. Te has desarrollado tanto que no te habría reconocido.

Simon se ruborizó y se llevó la mano a la cicatriz.

—Sí, supongo que he cambiado.

—Lamento esa herida en tu bonita cara, muchacho —dijo Renard en tono más suave—. Nunca fue mi deseo luchar contigo ese día. No tenía el menor deseo de ser tu enemigo.

—Usted nació para ser mi enemigo —repuso Simon. El odio que emanaba de él era tan intenso que Gabrielle sintió un escalofrío. Él hizo una profunda inspiración, como para contener esa ponzoñosa emoción—. Creo que ha venido a

comprar la libertad de la señorita, no a parlotear sobre tiempos pasados. ¿Ha traído el libro que necesito?

Pasado un momento de vacilación, Renard asintió y cogió la bolsa que llevaba colgado del hombro. Gabrielle observaba, casi sin respirar de suspense, mientras él soltaba las correas que cerraban la bolsa. Después Renard sacó lentamente un libro sencillo encuadernado en piel negra. No era de gran tamaño ni grueso, no se veía más amenazador que una libreta con poemas.

A Gabrielle le cayó el corazón al suelo. Aristide no era ningún tonto. ¿Es que Renard creía que podía engañar al cazador de brujas con un libro de apariencia tan inofensiva? Cuando el conde le tendió el libro, la sonrisa burlona de Simon dejó ver su escepticismo.

—¿Ese es el infame *Libro de las sombras*?

—Eso espero. Pagué una fortuna para adquirirlo.

—No, aún no lo ha pagado —masculló Simon.

Diciendo eso cogió el libro y lo llevó hasta el candelabro con velas encendidas y lo abrió.

Gabrielle se puso de puntillas y alargó el cuello para mirar. Por lo que veía desde donde estaba, tuvo la impresión de que las páginas eran viejas y frágiles, como para hacerse polvo si las tocaban. Pero cuando Simon comenzó a pasarlas, las hojas crujieron pero sorprendentemente flexibles y resistentes. Las páginas estaban llenas de signos extraños en tinta negra; era la escritura de un lenguaje antiguo ya casi olvidado; los signos y símbolos producían la sensación de misterio, amenaza. Ella jamás habría creído posible que un simple libro pudiera inspirar esa impresión de misterio, poder... maldad.

Ya no cabían muchas dudas en su mente de que ese fuera realmente el *Libro de las sombras*. Pero ¿qué locura se pudo apoderar de Renard para adquirir ese maldito libro, peor

aún, para conservarlo? Si su intención hubiera sido destruirlo, ciertamente ya lo habría hecho.

Miró inquieta a su cuñado. Con todo lo que Ariane amaba a su marido, siempre había temido esa parte suya a la que tanto interesaban las artes negras, esa fascinación heredada de su malvada abuela Melusine. Mientras Aristide estaba absorto examinando el libro, se acercó a Renard y le susurró:

—Eres un idiota. Lo sabes, ¿verdad?

Él se inclinó a susurrarle al oído:

—Gracias, yo también siempre te he tenido mucho cariño, querida hermana.

—Ariane te va a matar —continuó Gabrielle enérgicamente—. Sabes lo que piensa de la magia negra. ¿Qué se apoderó de ti para meterte con ese libro?

—Amor —fue la inesperada y triste respuesta—. Tu hermana está tan desesperada por tener un hijo que está dispuesta a morir por eso. Pero yo no puedo perderla; me sería más fácil separarme de mi alma. Pensé que podría encontrar alguna solución en ese libro, una manera de dejar que tenga un bebé, pero tenerla sana y salva siempre. Para eso me arriesgaría a emplear la más negra de las magias.

Gabrielle comprendió muy bien su desesperación. ¿Acaso no fueron esos mismos sentimientos de amor, miedo y necesidad de proteger los que la impulsaron a colgarle al cuello ese peligroso medallón a Remy? Si Renard era un idiota, ella también lo era. Puso la mano entre sus grandes y callosos dedos y se los apretó, a modo de consuelo. Renard le correspondió el apretón sonriendo entristecido.

Fueron pasando los minutos y Aristide seguía examinando el libro. ¿Tendría la inteligencia para ver que era auténtico? Daba la impresión de que quería desarmarlo; pasaba los dedos por la cubierta, metiendo el pulgar por el hueco inte-

rior del lomo. Sorprendida vio que echaba hacia atrás una parte de la piel y quedaba a la vista un compartimiento o bolsillo escondido. Aristide puso el libro del revés y lo sacudió vigorosamente, como si esperara que cayera algo.

Al ver que no caía nada, miró a Renard.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué? —preguntó el conde impertérrito.

—Sabe muy bien qué. La lista que debería estar oculta bajo la cubierta. Los nombres de todas las brujas conocidas de ambos lados del Canal.

—¿Eso es lo que busca, entonces? —exclamó Gabrielle, horrorizada—. Cabrón. Le dijo a Miri que lo único que deseaba era el *Libro de las sombras* para destruirlo, cuando en realidad lo que desea es... es...

—La destrucción del propio mal y de todos los hombres y mujeres que lo practican —dijo Simon, avanzando hacia Renard—. ¿Dónde está esa lista, señor?

—Dios mío, supongo que se me perdió. ¡Qué descuidado soy!

A Simon se le ensombreció la cara de furia y frustración. Gabrielle avanzó a ponerse delante de su cuñado en actitud protectora. Pero Simon giró sobre sus talones y fue hasta la mesa donde estaba el cofre que contenía los medallones y el anillo de la Reina Negra. Abrió bruscamente la tapa y metió el libro dentro.

Se quedó ahí un buen rato mirándolo. Cuando se giró a mirarlos, su ojo tenía un destello acerado y frío.

—Lamento informarle que nuestro acuerdo ha terminado, señor conde. La señorita Gabrielle continuará aquí y enfrentará su juicio, y usted queda arrestado.

Renard se cruzó de brazos en actitud totalmente tranquila.

—Ya me parecía que diría algo así. Yo en su lugar lo pensaría dos veces.

—¿Por qué? ¿Porque espera que irrumpan aquí los hombres armados que tiene escondidos fuera en la oscuridad?

Renard se sobresaltó, aunque trató de disimularlo.

Simon curvó la boca en una desagradable sonrisa.

—Recuerdo sus artimañas, señor. Recuerdo que siempre se lanzaba al ataque seguido por un pequeño ejército de lacayos, recuerdo cómo mató despiadadamente a los hermanos de la orden del Maestre Le Vis. Mis cazadores de brujas no son monjes, son mercenarios, y los he preparado para enfrentar a mis enemigos mejor de lo que mi maestro preparaba a sus monjes. Los únicos hombres que entrarán por esa puerta son míos. ¡Braxton!

Como si hubiera estado esperando esa señal, Braxton abrió la puerta y entraron otros tres cazadores de brujas y los rodearon, con las espadas desenvainadas. Renard rodeó con un brazo a Gabrielle y la acercó a él en actitud protectora. Continuaba extraordinariamente tranquilo, aunque ella dudaba que hubiera esperado ese giro de los acontecimientos. Observó que él estaba frotando el anillo que llevaba en la mano izquierda, ese curioso aro de metal que unía sus pensamientos con los de Ariane. ¿Se estaría comunicando con ella mentalmente, avisándola de lo que estaba ocurriendo, tal vez diciéndole lo mucho que la amaba? ¿Tal vez pidiéndole perdón?

Ay, si ella pudiera hacer lo mismo con Remy. Le dio un vuelco el estómago al ver que Renard ni siquiera estaba armado. Lo más seguro es que lo obligaran a entregar su espada para dejarlo entrar en la posada.

—Llevad a la señorita Gabrielle de vuelta a su habitación —ordenó Aristide—. En cuanto al conde, no tiene ningún

sentido perder el tiempo en un juicio; su culpabilidad siempre ha sido más que evidente. Llevadlo fuera. Se le ejecutará inmediatamente.

—¡No! —gritó Gabrielle.

Desesperada se aferró a Renard, pero las duras manos de Braxton le cogieron los brazos sujetándoselos a la espalda. Se debatió para liberarse, por encontrar una manera de ayudar a Renard, pero todo en vano. Se le escapó un sollozo cuando a Renard lo obligaron a caminar hacia la puerta con la punta de una espada pinchándole la garganta.

—¡Alto! —gritó una voz.

Era una voz argentina, cristalina como el agua pura de un arroyo del bosque. Todos se quedaron inmóviles y se giraron a mirar a la figura envuelta en una capa que salió del oscuro pasillo que llevaba a la cocina. Echándose atrás la capucha, Miri Cheney salió a la luz.

De cómo se las arregló su hermana para entrar en esa posada totalmente rodeada de guardias, Gabrielle no tenía idea. Tal vez la respuesta estaba en la conocida figura negra agazapada junto a la falda de Miri, Nigromante. El gato de Miri tenía una increíble habilidad para entrar furtivamente en lugares prohibidos; sin duda le había encontrado una entrada a su dueña.

Ojalá el gato no fuera tan útil, pensó Gabrielle. Ese era el último lugar del mundo donde quería ver a su hermana pequeña en ese momento. A juzgar por la expresión de la cara de Aristide, este estaba pensando lo mismo. Avanzó hacia Miri gruñendo:

—¿Qué demonios haces aquí?

—Me mentiste, Simon. No has cumplido tu palabra.

Miri lo estaba mirando, su mirada tan franca y directa que Gabrielle no entendió cómo él podía tener el valor de sos-

tenérsela sin encogerse. Pero él no dio ninguna explicación ni se molestó en pedir disculpas.

—Soy un cazador de brujas, Miri. Deberías haber entendido eso. Hago lo que tengo que hacer.

—Entonces, lamentablemente, yo también. —Echándose hacia atrás la capa levantó una pistola y la apuntó hacia Simon—. Dile a tus hombres que retrocedan, Simon. Que suelten a mi hermana y a Renard.

—Si no ¿qué? ¿Me vas a disparar?

—Si es preciso. —La cara de Miri se endureció y sus ojos se volvieron tan fríos como las lejanas estrellas. Movió un poco la pistola para apuntarla directamente al corazón—. Diles que se marchen. Inmediatamente.

Él continuó mirándola mientras por su cara desfigurada por la cicatriz pasaban como una tormenta muchas emociones: incredulidad, pesar, desesperación.

Gabrielle sintió que Braxton le sujetaba con más fuerza los brazos, pero también percibió su inquietud. Los hombres que sujetaban a Renard se habían detenido indecisos cerca de la puerta. El conde podría haber aprovechado ese momento para intentar escapar, pero, como todos los demás, estaba mirando a Miri.

—No. Baja esa pistola, niña. Eso no es necesario —dijo, acentuando especialmente las últimas palabras, como si quisiera transmitir un mensaje oculto.

Braxton rascó el suelo con los pies, nervioso.

—¿Señor Le Balafré?

Ni Simon ni Miri reaccionaron; seguían enfrentados mirándose, como si todo y todos los demás hubieran dejado de existir.

—Muy bien —le dijo Simon, esbozando una sonrisa rara, resignada—. Adelante. Hazlo pues. Mátame.

Simon se le acercó un paso y a Miri le tembló la mano con la pistola. La afirmó, apretando los dientes. Gabrielle retuvo el aliento, pensando si Miri sería realmente capaz de...

En ese mismo instante un ensordecedor rugido estremeció la sala, como si un potente dragón hubiera atacado la posada. Se rompieron los vidrios de las ventanas, se movieron las vigas y tembló el suelo. Algo hizo explosión, como una llamarada de luz, que cegó a Gabrielle. La arrojaron violentamente al suelo y se sintió como si todo el aire hubiera abandonado sus pulmones. Vio moverse ante ella unas telarañas de oscuridad y se le cerraron los ojos.

De pronto comprendió que había estado inconsciente, pero cuánto tiempo, no lo sabía. Cuando abrió los ojos se sentía aturdida y desorientada, como si tuviera la cabeza rellena de algodón. Sintió bajar algo por la mejilla. Se tocó y luego miró sin comprender la sustancia roja y pegajosa que le manchaba los dedos. Sangre.

Agitó la cabeza para despejársela, pero tuvo que parar, porque sintió una dolorosa punzada en la sien. Fue disipándose la confusión y le volvió la memoria. La posada Charters, los cazadores de brujas, Aristide ordenando la ejecución de Renard, Miri apuntándolo con la pistola...

Pero era imposible que la pistola de Miri hubiera producido ese grado de destrucción. Cuando logró sentarse se encontró en medio de un caos, luces brillantes, un calor insoportable y una densa neblina. No, no era neblina sino humo, que ya comenzaba a hacerle arder los ojos y producirle tos. La posada estaba ardiendo, las llamas lamían las paredes. Tenía que encontrar a Miri y Renard, y salir de ahí...

Apoyó una mano en el suelo para levantarse, pero la levantó al instante porque había tocado el brazo de un hombre. El cazador de brujas Braxton estaba tumbado al lado de ella.

Si estaba muerto o simplemente inconsciente, no supo discernir. Su atención se desvió hacia la puerta donde oía algo por encima del crepitar de las llamas. Sonidos de choque de aceros. A través de la neblina de humo vio que Renard le había quitado la espada a uno de los guardias que lo retenían; un hombre yacía muerto a sus pies y él estaba batallando furiosamente con otro.

Y al lado de Renard, hombro con hombro, moviendo velozmente la espada para mantener a raya a otro cazador de brujas estaba... Remy. El corazón le dio un vuelco de emoción, una mezcla de incredulidad, alegría y miedo por él. Trató de llamarlo, pero se atragantó con el humo. Pero Remy ya la había visto. Con un rápido y potente tajo derribó a su contrincante, y antes que este cayera al suelo ya venía corriendo hacia ella.

Se acuclilló a su lado, con la cara chorreando de sudor y las mejillas negras de hollín. Mechones de pelo dorado, mojados y revueltos, le caían sobre la frente, pero jamás había visto a un hombre más bello. Le echó los brazos al cuello.

—Oh, has venido a por mí —sollozó.

—Por supuesto, tontita —le dijo él al oído; la estrechó con tanta fuerza que ella creyó que se le iban a quebrar las costillas—. Tenemos que salir de aquí. ¿Estás mal herida? ¿Puedes sostenerte en pie?

Ella asintió, pero cuando él la puso de pie no pudo evitar un gesto de dolor. Le dolía el tobillo. Pero se olvidó del dolor al asaltarla un pensamiento: Miri, ¿dónde estaba? Con los ojos llorosos por el humo, miró hacia todos lados, angustiada, rogando que Miri ya hubiera logrado salir.

Entonces la horrorizó ver a su hermana pequeña inclinada sobre el cuerpo de Simon, que estaba tendido en el suelo inmóvil, con un lado de la cara oscurecido por la sangre. Miri

intentaba despertarlo, sin hacer caso de Nigromante, que le tironeaba la falda como instándola a huir mientras estuviera a tiempo.

—Miri —logró decir Gabrielle, con la voz ahogada.

Le tironeó el brazo a Remy, atrayendo su atención hacia su hermana. Antes que él pudiera reaccionar, Renard ya iba pasando junto a ellos. Con un brazo levantado para protegerse la cara del humo, Renard le gritó a Remy:

—Yo la sacaré. Llévate a Gabrielle. Ahora mismo.

Gabrielle intentó protestar y correr hacia su hermana, pero el brazo de Remy se cerró como un hierro alrededor de su cintura. Con la espada en la otra mano, la llevó hasta la puerta, haciéndola caminar agachada para evitar lo peor del humo. Ella sentía los pulmones como si estuvieran ardiendo. Iba medio ciega por las lágrimas. Lo único que podía hacer era aferrarse a Remy y cojear a su lado, hasta que por fin salieron a la noche.

Remy medio la arrastró y medio la llevó a peso por el patio hasta una distancia segura del edificio incendiado. Tosiendo por el ahogo ella inspiró a bocanadas el limpio aire nocturno. Remy tosía, ahogado, sofocado, con el pecho agitado. Aflojó la presión del brazo y Gabrielle aprovechó eso para liberarse. Frotándose los ojos irritados, se giró a mirar hacia la posada. Se le escapó un sollozo de alivio al ver salir a Renard llevando a Miri en los brazos y a Nigromante caminando delante de ellos. Él llegó a largas zancadas hasta donde ellos estaban esperando y depositó suavemente a Miri en un banco de piedra bajo las retorcidas ramas de un roble.

Todavía tratando de recuperar el aliento, Gabrielle se apoyó en Remy, observando la locura que se había desatado en torno a la posada. La mitad del edificio estaba envuelto en lla-

mas, iluminando la noche con un infernal brillo que se iba extendiendo hasta el techo del establo. Los aterrados relinchos de los caballos se mezclaban con los gritos de los hombres de Simon. Sus oscuras siluetas se recortaban a contraluz de las llamas rojas. Cazadores de brujas, mozos de cuadra y criados de la posada corrían de un lado a otro frenéticos, algunos intentando salvar a los caballos, otros simplemente para librarse del fuego o contener las chispas que salían volando de la posada.

La confusión aumentó con los ciudadanos de las casas vecinas que empezaron a entrar en el patio, muchos vestidos solamente con sus camisones de dormir. Algunos venían a ayudar, otros simplemente a fisgonear; la luz de las llamas iluminaban sus caras. En medio de todo ese caos, Gabrielle creyó ver a Bartolomy Verducci, moviendo rápido sus flacas piernas para huir del escenario.

Pero tuvo poco tiempo para pensar en el espía de Catalina, porque se oyó un grito de furia y, horrorizada, comprendió que se habían dado cuenta de su huida de la posada. Varios de los cazadores de brujas venían avanzando hacia ellos con las espadas desenvainadas.

Sintió cómo se tensaba el cuerpo de Remy. Él le dio claras órdenes al oído.

—Cuida de tu hermana. Sácala del patio. Ariane está esperando en la calle con caballos. Yo me iré a reunir con vosotras allí.

Entonces Gabrielle tuvo la seguridad de que la explosión le había dañado la audición. ¿Había dicho «Ariane»? No tuvo la oportunidad de preguntárselo. Él le dio un fuerte beso en los labios y se alejó corriendo a atacar a los cazadores de brujas que se acercaban, seguido por Renard que corría pegado a sus talones. Tras ellos corría un refuerzo, un larguirucho mu-

chacho con la oscura y revuelta melena ondeando. Lobo. ¿De dónde había salido? Gabrielle se quedó inmóvil un momento, observando la pelotera que se armó, un enredo de figuras masculinas y espadas relampagueantes.

Incapaz de ayudar a sus hombres, hizo lo único que podía hacer; se volvió hacia su hermana. Miri seguía sentada en el banco, con aspecto aturdido, pero prácticamente ilesa. En la cara y las manos tenía cortes causados por los trozos de cristal que salieron volando cuando se rompieron los cristales de las ventanas. Nigromante le estaba lamiendo una de las palmas, como tratando de curarle esas heridas, pero Miri no le hacía ni caso. Su mirada estaba fija en la posada en llamas, con una expresión de horror en los ojos.

—Simon —susurró.

Gabrielle no pudo creer que después de todo lo ocurrido su hermana siguiera preocupada por ese cazador de brujas, temiendo por su vida. La cogió por los hombros y la obligó a ponerse de pie.

—Vamos, cariño. Tenemos que irnos.

Miri trató de soltarse.

—Simon —repitió.

Gabrielle aumentó la presión de sus manos, temiendo que Miri tratara de correr a la posada a buscarlo. Pero entonces comprendió la expresión de Miri. No era miedo por Simon Aristide sino de él. Tanto Aristide como Braxton habían logrado salir de la posada y sus amenazadoras siluetas se recortaban contra el telón de fondo de las llamas.

Simon parecía más que nunca el aprendiz del demonio. Se le había caído el parche del ojo y su desfigurada cara estaba a plena vista, ennegrecida por ceniza, sangre y rabia. En ese momento Aristide ladró una orden a Braxton, haciendo un gesto hacia Renard.

El conde estaba luchando a espada denodadamente, inconsciente del peligro que lo amenazaba por la espalda. A Gabrielle se le quedó atrapado el aire en la garganta al ver el arma de Braxton. El hombre estaba poniendo una flecha en la tensa cuerda de una ballesta. Gritó para avisar a Renard, pero su grito se perdió en el estrépito del incendio y la batalla. Sólo se dio cuenta de que Miri se había soltado de su mano cuando la vio correr hacia Renard.

Con el corazón retumbante, trató de correr detrás, pero se lo impedía el dolor del tobillo. Era como estar atrapada en una horrible pesadilla, en que uno trata de correr pero no avanza y sabe que no va a poder llegar a tiempo. Miri se puso entre Braxton y Renard justo en el momento en que aquel apuntaba. Gabrielle sofocó un grito, preparándose para lo peor.

Pero en el último instante, Aristide soltó una maldición y le golpeó el brazo a Braxton. La flecha salió silbando pero desviada de su curso, y no tocó ni a Miri ni a Renard. En ese preciso momento se oyó una segunda explosión que estremeció el aire y el suelo; acababa de hundirse el techo de la posada, con un potente estrépito. Toda la gente agrupada en el patio echó a correr aterrada. Las chispas y las brasas ardientes volaban por todas partes. El mundo se convirtió en una absoluta locura de calor, humo y fuego.

Lo único cuerdo era Remy, que de repente apareció a su lado.

El resto de la huida fue prácticamente un borrón para ella. El fuerte brazo de Remy rodeándole la cintura, apoyándola, su fornido cuerpo protegiéndola de la multitud aterrada, impidiéndole pisar los cuerpos de los cazadores de brujas muertos o mal heridos. Lo siguió a ciegas por el patio hasta que llegaron a la calle.

Milagrosamente, todos llegaron ahí ilesos, Remy, Gabrielle, Renard, Miri, Lobo, e incluso Nigromante, que los guió hacia una parte en sombras cerca de un callejón, donde estaban esperando Ariane y Bette con los caballos.

A causa del tobillo lesionado, Gabrielle tropezó y se cogió del brazo de Remy. Cuando retiró la mano vio que estaba ensangrentada.

—Remy, estás... estás herido.

Espantada apuntó al astil de una flecha que le sobresalía del brazo. Remy se lo miró sorprendido. Entonces el enloquecedor hombre le sonrió y se echó a reír.

—Pero bueno, infierno y condenación —exclamó—. Otra vez.

Simon estaba sentado en el banco, abatido, con el cofre de madera firmemente sujeto entre las dos manos, contemplando las llamas que envolvían la posada y el establo. Era como si se hubiera abierto la tierra dejando salir al mismo infierno. Desde esa considerable distancia sentía el calor, por la cara le chorreaba el sudor negro por el hollín. Tosía, sintiendo los labios resecos y sus pulmones deseosos de inspirar aire puro, que temía no volvería a sentir nunca más. A su alrededor los hombres gritaban formando una brigada, llevando baldes con agua del pozo. Un trabajo inútil y patético, pensó. ¿Cómo se puede extinguir el fuego del infierno?

El suelo del patio de la posada estaba cubierto por los cuerpos de sus cazadores de brujas; algunos sólo eran formas oscuras inmóviles, mientras otros se movían y emitían roncos gemidos. Debía ir a auxiliarlos, pero no era capaz de moverse para levantarse del asiento. Cerca de él estaba Braxton atendiéndose una mano quemada, mirándolo de

tanto en tanto con expresión atontada, como si esperara órdenes.

Órdenes que él no podía dar. No era capaz de moverse ni de pensar; no era capaz de hacer nada aparte de cavilar entristecido sobre ese momento cuando Miri apuntó la pistola a su pecho, con una expresión tan terriblemente fría en los ojos. ¿Tanto había aprendido a odiarlo? ¿Tan bien se lo había enseñado él? ¿De verdad habría sido capaz de apretar el gatillo?

Eso era algo que no sabría nunca. Ya no podía preguntárselo, porque la dejó marcharse. Había dejado que se marcharan Miri, el capitán Remy, Gabrielle y el conde. Simplemente los dejó, sin hacer nada por impedirlo ni enviar a nadie a perseguirlos. Se sentía como si le hubieran quitado algo más que el aliento en la explosión de esa noche; había perdido la fuerza que le daba su finalidad, su confianza en su capacidad para combatir el mal y derrotarlo. Y sabía a quién tenía que agradecer eso.

Al demonio Renard. Tal como su antiguo maestro, había infravalorado totalmente al conde demonio. Sólo Renard, con su magia negra, pudo haber producido un cataclismo de esa terrible envergadura. Podría haber derribado al conde, pero Miri volvió a interponerse. Por la jovencita que ahora lo odiaba había dejado escapar el mal por entre los dedos.

Se pasó cansinamente una mano por el cuero cabelludo desnudo. Por lo menos había conseguido una cosa. Le había quitado al brujo ese manual del demonio. La tapa de la caja estaba negra, chamuscada por el fuego, pero por lo demás, estaba intacta.

Echó atrás la tapa y pestañeó incrédulo. Tuvo que frotarse los ojos irritados y pasar la mano por el forro de seda para convencerse de que no estaba equivocado. No lo estaba. La

caja estaba totalmente vacía. No estaban ni los medallones ni el anillo.

Y lo peor de todo, no estaba tampoco el *Libro de las sombras*.

El palacio estaba convertido en un caos. Se habían parado los preparativos para el traslado de la corte a Blois. Los baúles estaban listos con los equipajes, las carretas estaban a medio cargar, mientras los mozos, criadas y cortesanos por igual estaban en suspenso esperando la orden del rey. Al enterarse del ataque a sus cazadores de brujas, Enrique de Valois montó en cólera y, sólo acompañado por unos pocos favoritos selectos, se retiró a sus aposentos, donde había permanecido esos dos días pasados.

Igual que un niño malhumorado y resentido porque se le habían roto algunos de sus soldaditos de juguete, pensó Catalina, despectiva. Cualquier exceso de emoción agotaba a su hijo hasta el punto de meterlo en la cama. Pero el malhumor de Enrique era la menor de sus preocupaciones en esos momentos, aun cuando a él le faltó poco para acusarla de ser la responsable del ataque.

Sintió la tentación de informarlo irónicamente que se equivocaba de bruja en sus sospechas. Ella había hecho averiguaciones acerca de esa extraña explosión y el incendio, y tenía los datos suficientes para adivinar quién era el culpable: ese marido de Ariane diabólicamente inteligente, Renard. Era una lástima que a pesar de incendiar la posada Charters, el conde no hubiera logrado aniquilar a todos los cazadores de brujas, en especial a ese señor Le Balafré; ese maldito joven había logrado sobrevivir. Según todos los informes, también lo habían logrado Gabrielle y Remy, que huyeron de París

junto con la menor de las hermanas Cheney, el conde de Renard y Ariane.

El cazador de brujas seguía vivo, y el Azote andaba en libertad por el campo. Pero no podía darse el lujo de dedicar más de unos minutos a pensar en esas perturbadoras noticias. Mientras se paseaba por sus aposentos, todas sus energías, toda su mente, estaban concentradas en una sola cosa:

¿Dónde diablos estaba Bartolomy Verducci? No había recibido ningún mensaje del maldito hombrecillo desde la noche del incendio. Ni una sola noticia en dos días enteros. Sólo podía rogar que ese viejo idiota no hubiera volado en trocitos cuando estaba en la misión más importante que le había encomendado en su vida: la obtención del *Libro de las sombras*.

Su espía le había enviado informes periódicos, por lo que se enteró de la proposición de trocar el libro por la vida de Gabrielle. Ella le había dado la orden de que si realmente aparecía el manuscrito, él tenía que obtenerlo como fuera. Pero debería haber sabido que no se podía confiar una tarea tan esencial a Verducci ni a ningún otro criado. A pesar del riesgo de que la descubrieran, tendría que haberse buscado algún disfraz e ido ella personalmente.

La desaparición de Verducci la ponía en un dilema. No podía hacerlo buscar públicamente porque eso plantearía la pregunta de qué había estado haciendo su criado escondido en el cuartel de los cazadores de brujas. Estaba considerando cuál sería la mejor manera de hacer averiguaciones discretas cuando una de sus damas le trajo la agradable noticia del regreso del *signore*.

Con el corazón acelerado por la expectación, Catalina se apresuró a despedir a todos sus servidores. Cuando entró Verducci con pasos inseguros en su antecámara, incluso ella se horrorizó al ver su apariencia. Parecía un hombre que acaba-

ba de escapar de lo más profundo del infierno. Vestía la misma ropa que llevaba puesta la noche del incendio, las calzas y el jubón cubiertos de ceniza y hollín. Le habían desaparecido totalmente las cejas, y la barba se veía chamuscada en las puntas; en su flaca mejilla se veía una fea ampolla. Llevaba la cabeza envuelta en una gruesa venda ensangrentada que le impedía ponerse el gorro.

Verducci avanzó cojeando hacia ella y apenas fue capaz de inclinarse sin perder el equilibrio y caer al suelo.

—Su Excelencia —balbuceó, con la voz rasposa.

En cualquiera otra ocasión ella lo habría reprendido por tardar tanto en volver con su informe, pero no perdió tiempo en preliminares sin sentido, ni siquiera le preguntó dónde había estado todo ese tiempo. Sólo deseaba saber una cosa.

—¿Y bien, señor? ¿El conde tenía el *Libro de las sombras*? ¿Has tenido éxito en tu misión? ¿Lo conseguiste?

Verducci levantó una bolsa con la intención de entregársela, pero se le fue el cuerpo y cayó desmayado a sus pies. Sin hacer caso del hombre inconsciente, Catalina casi lo pisó en su prisa por coger la bolsa.

Con el corazón desbocado y las manos temblorosas por la impaciencia, soltó los cordones. Apenas pudo reprimir un grito de triunfo cuando al meter la mano tocó la desgastada piel y sacó el libro.

La mayoría de los cortesanos andaban con el ánimo apagado y comentaban en voz baja el misterioso asunto de la posada Charters, por temor a ser oídos y que alguien le fuera con el cuento al rey y eso lo enfureciera más aún. Navarra estaba sentado en un banco del jardín de las Tullerías, con las piernas extendidas despreocupadamente ante él, haciendo como

que leía un libro, actuando como si esos acontecimientos recientes no tuvieran ninguna importancia para él.

Pero le costaba mantener su pose habitual de indiferencia. Gabrielle estaba a salvo. Su alivio por eso le apagaba la pena y un resto de rabia con ella y Remy, por haberlo engañado de esa manera. Pensó que ya debería estar acostumbrado a no poder confiar en nadie, pero Gabrielle, la mujer a la que había adorado tanto... Su defección le dolía bastante, pero si existía un hombre en el mundo del que siempre creyó que podía fiarse totalmente, era de su Azote.

Estaba tan perplejo como el resto de los cortesanos respecto a lo ocurrido en la posada hacía dos noches. Dudaba de que alguna vez supiera exactamente qué había hecho Gabrielle para que la acusaran de brujería. Mucho más claro tenía lo que había ocurrido entre Gabrielle y Remy: se habían hecho amantes. Él ya tenía sus sospechas desde el día del torneo, aunque después dejó que Gabrielle le disipara sus dudas.

Fue Remy el que le dejó claro cómo estaban las cosas entre ellos en su último mensaje. Escrito con la letra sin adornos y estilo franco del capitán, el mensaje expresaba su pesar por no poder llevar a cabo su rescate, pues Gabrielle lo necesitaba más. Eso él se lo perdonaba totalmente. Cuánto le habría gustado, pensó con amargura, haber podido actuar como un héroe salvándola él, no siendo como siempre el rey en la sombra totalmente inútil.

No, no era la cancelación del plan de huida por parte de Remy lo que encontraba imperdonable; dicha sea la verdad, él nunca había tenido mucha confianza en el éxito del plan. No, era el otro asunto el que lo fastidiaba, aquello por lo que Nicolas Remy ni siquiera pedía disculpas: escaparse con la mujer a la que él había deseado por encima de todas las demás. A su manera franca, Remy se había limitado a escribir:

* * *

Amo a Gabrielle con toda mi alma, hasta el fondo de mi ser, de una manera como vos jamás podríais amarla. Una vez que la haya liberado pienso llevarla lo más lejos posible de París y hacerla mi esposa. De todos modos encontraré una manera de rescataros de vuestra prisión. Mi deber, mi vida, mi servicio, siempre estarán a vuestra orden, mi señor. Sólo hay una cosa que no podré ofreceros jamás, y esa es mi esposa.

¿Remy ama a Gabrielle con toda su alma, hasta el fondo de su ser?, pensó. Esa era una declaración muy apasionada para venir de un hombre tan serio y sombrío. A su pesar se le curvaron los labios. Habría sido divertido ver al poderoso Azote caer víctima de los encantos de una dama; divertido si se hubiera tratado de cualquier otra mujer, no de Gabrielle.

Pero las palabras de Remy le dolían, tal vez porque se veía obligado a reconocer su verdad. «Amo a Gabrielle... de una manera como vos jamás podríais amarla.» El solemne Azote era sin duda el tipo de hombre que amaría sólo a una mujer y le sería fiel toda su vida. En cuanto a él, temía haber heredado de su libertino abuelo la incapacidad de ser fiel: se le iban los ojos detrás de las mujeres. ¿Habría sido diferente con Gabrielle? Le gustaría creerlo, pero no estaba seguro. Bueno pues, ya no lo sabría.

Exhalando un suspiro pasó una página del libro y vio las letras borrosas. Sólo veía la imagen de Gabrielle, sus cabellos dorados, sus brillantes ojos azules, sus labios llenos e invitadores. Tal vez con el tiempo podría perdonarlos, a ella y a Remy. No era de disposición rencorosa ni vengativa.

Pero por el momento se sentía consumido por la envidia a Remy, y no sólo por tener a Gabrielle. Le envidiaba al Azote algo aún más precioso: su libertad. Nunca había permitido que nadie viera lo mucho que lo irritaba su cautiverio, ese papel degradante y vergonzoso que se había visto obligado a adoptar: Navarra, el rústico bufón, el chaquetero cobarde, el rey títere. Eso lo corroía hasta el fondo del alma.

Más que el deseo de Gabrielle, fue su creciente desesperación lo que lo hizo consentir con los planes de Remy para rescatarlo; la nostalgia de las accidentadas montañas de su terruño, la necesidad de liberarse de todas las falsedades y traiciones de la corte francesa, su ardiente deseo de ser el tipo de rey que deseaba ser, fuerte, sabio, valiente.

Pero descubrió que se sentía más aliviado que decepcionado por haber tenido que abandonar el plan de Remy. Había visto reducirse a nada muchas conspiraciones para rescatarlo; había visto ejecutar a muchos partidarios. Había llegado a convencerse de que el motivo de todos esos fracasos era que los intentos eran complicados e involucraban a demasiadas personas. Estaba más resuelto que nunca a escapar, pero cuando llegara el momento oportuno. Además, el plan sería de lo más sencillo y dependería principalmente de la única persona de la que se fiaba: él.

En cuanto al momento oportuno, primero tenía que adormecer a los dragones que lo vigilaban, disipar las sospechas que había despertado el regreso de Remy. Por difícil que fuera, debía continuar representando al joven tonto indolente, interesado solamente en la gratificación de sus sentidos. Por suerte, ese papel no carecía del todo de ciertas compensaciones.

Al oír una discreta tos, levantó la vista del libro y vio que lo estaba observando una tetuda morena de ojos alegres y

sonrisa impertinente. La había visto antes; era una de las damas de Catalina, la última ofrenda de la Reina Negra para mantenerlo seducido y domado. Pero, ah, bueno, qué demonios, pensó, encogiéndose de hombros cínicamente; con mucha facilidad podían desabrocharle las calzas, pero ya había aprendido a guardarse para sí sus pensamientos.

La joven agitó su abanico y después de dirigirle una provocativa mirada desapareció por entre los arbustos.

Navarra sonrió de oreja a oreja, cerró el libro y la siguió.

26

La modesta casa de granja estaba situada en un valle a varias leguas de distancia de París. No tan lejos como habría deseado Gabrielle, pero la herida de Remy le impedía seguir cabalgando; durante la última parte del trayecto sólo el fuerte brazo de Renard había impedido que Remy se cayera de su montura. Pero estaba contenta por el refugio temporal que les ofrecía la granja con su casita de piedra, la simpática lechería y los gallineros.

La granja era propiedad de la viuda Perrot, famosa en la región por sus exquisitas jaleas de manzana, nata dulce y queso fresco. También tenía fama por las infusiones que preparaba para aliviar los dolores del parto y de la menstruación y por los ungüentos que curaban de todo, desde verrugas a reumatismo. Contemplando su mentón con hoyuelo y su figura rolliza de señora mayor, pocas personas ajenas a la granja habrían adivinado que era una de las mujeres sabias que no hacía mucho asistieron a la reunión de consejo celebrada en la isla Faire, y que era muy probable que su nombre estuviera en la lista que no llegó a manos de Simon Aristide.

Era la viuda la que cuidaba de Gabrielle y Miri mientras Ariane atendía a Remy. Hablándoles en tono maternal les estaba poniendo ungüento en los pequeños cortes causados por

los cristales rotos. A Gabrielle le aplicó un emplasto en el tobillo y se lo vendó bien firme.

—Esto es lo que le pongo al poni cuando se tuerce una pata —explicó la viuda haciendo un guiño—. Es un terco ese viejo caballo. Si a él le va bien tendría que irte bien a ti también, hija mía.

Gabrielle le dio las gracias, pero no tenía mucho tiempo para preocuparse por sus dolores y su agotamiento. Toda su mente, todas sus energías, estaban concentradas en Remy.

Al final él perdió el conocimiento cuando Ariane se ocupó de su herida. Cuando ella terminó de vendarlo, lo acostaron en la cama de la viuda, que insistió en cedérsela. Durmió la mayor parte de ese día y pasó una noche inquieta, moviéndose agitado.

Gabrielle se quedó a su lado, refrescándole la frente con un paño mojado en agua fría, temiendo que cayera presa de la fiebre o de sus antiguas pesadillas. Aunque Ariane la instó a acostarse para que descansara, diciendo que ella velaría al capitán, ella se negó.

Se sentó en un sillón de madera cerca de la cama, y le ofrecía unos sorbos de agua cada vez que él despertaba un momento. La infusión de hierbas que le administrara Ariane para adormecerle el dolor lo había dejado grogui. Gabrielle dudaba de que se diera cuenta de que ella estaba ahí con él, y esa idea le oprimía el corazón. A pesar de que hizo lo imposible por mantener los ojos abiertos, se quedó dormida, y sólo la despertaron los alegres trinos de los gorriones en las ramas del manzano que se alzaba fuera de la ventana. Se enderezó, se desperezó, sintiendo los músculos doloridos, y se friccionó la parte inferior de la espalda. Los músculos del cuello protestaron cuando giró la cabeza para mirar a Remy dormido.

La luz de la mañana entraba a raudales en la pequeña habitación, iluminándole suavemente la cara a Remy, su mandíbula ensombrecida por el asomo de barba. Estaba muy quieto, y apenas se escuchaba su respiración. Le puso la mano en la frente y notó la piel fresca. No tenía fiebre. Seguro que eso era buena señal, aunque estaba muy pálido y ojeroso, como un potente caballero que ha recibido demasiados golpes y no logra reunir la fuerza para incorporarse.

No pudo dejar de comparar su estado con el que tenía sólo hacía unas semanas, tan fuerte, tan rebosante de energía y entusiasmo mientras daba los últimos toques a su plan para rescatar a su rey. Ansiaba introducir los dedos por su revuelto pelo dorado, acariciarle tiernamente la cara, pero temía perturbar su sueño reparador.

Retiró la mano, cuidando de no rozarle el brazo vendado que descansaba encima de la colcha. Sus anchos y fuertes hombros y la parte superior del pecho quedaban sin cubrir también, y las cicatrices que le estropeaban la piel se veían más crueles a la suave luz de la mañana. Tantas heridas, tanto sufrimiento para un solo hombre, y acababa de recibir otra más.

Esta vez la culpa era de ella. Esa era una herida estúpida, sin sentido, que tenía que sufrir Remy. Si no hubiera sido por su temeridad y sus engaños, no habrían tenido lugar los terribles acontecimientos de aquella noche en la posada. El crujido de la puerta detrás de ella interrumpió sus cavilaciones sobre su culpabilidad. Se giró a mirar. Ariane iba entrando silenciosamente en la habitación. La cara de su hermana mayor estaba ojerosa por el agotamiento, su sedoso pelo castaño le caía alrededor de los hombros, pero seguía siendo la misma y serena Ariane de siempre.

—¿Cómo está? —preguntó, acercándose de puntillas a la cama.

—No lo sé —contestó Gabrielle sinceramente, tratando en vano de sonreír—. Mi Azote se ve muy... muy débil e impotente ahí.

Se hizo a un lado cuando su hermana se inclinó a examinarlo. Le pareció que las manos de Ariane eran mucho más capaces y seguras que las de ella cuando le palpó la frente y le tomó el pulso para comprobar si tenía fiebre. Sintiéndose absolutamente inútil caminó hasta la ventana, mientras Ariane le quitaba con suma delicadeza la venda para examinarle la herida. Remy apenas se movió.

Apoyó la cabeza en el marco de la ventana, inspirando la fresca brisa y aspirando los olores terrenales que subían del patio. Vio a Nigromante acechando a un desventurado ratón de campo. Si Miri lo hubiera visto habría puesto fin al acecho. Pero su hermanita estaba ocupada almohazando la crin de un robusto poni gris, contemplada por Lobo que estaba apoyado en la puerta del prado.

La paz de esa primera hora de la mañana fue interrupida por los ruidos sordos de los golpes de un hacha. Con la camisa arremangada, el conde de Renard había empezado a cortar leña, sin parecer en lo más mínimo afectado por la batalla en la posada ni por la fatigosa huida de París. Ese hombre tenía una energía francamente agotadora. Ese placer que parecía sentir al hacer tareas tan simples como cortar leña fue causa de que una vez ella lo llamara rústico campesino. Pero encontraba un algo sólido y tranquilizador en la forma como su cuñado blandía su hacha al mismo tiempo que vigilaba con un ojo el camino que llevaba a la granja, alerta a cualquier posible peligro.

Era agradable tener a un ogro vigilando el castillo, pensó, sobre todo estando su Azote tan vulnerable. Cuando Ariane terminó de vendarle nuevamente la herida, la con-

soló ver que hacía un gesto de satisfacción al apartarse de la cama.

Ariane fue a reunirse con ella en la ventana y le habló en voz baja para no perturbar el sueño de Remy.

—Tu capitán se pondrá bien. Es un hombre muy fuerte, que ha sobrevivido a cosas mucho peores. Perdió muchísima sangre, pero no hay infección ni fiebre. Lo único que necesita es un poco de tiempo para descansar y sanar. Dios quiera que lo tengamos.

Al decir eso miró nerviosa por la ventana. La vista de su fornido marido debió tranquilizarla, porque se aflojó parte de la tensión de sus hombros. Era raro ver a Ariane con el pelo suelto. Normalmente se vestía con sencillez pero mucha pulcritud, las lustrosas trenzas castañas enrolladas en un moño u ocultas bajo un tocado con velo. El pelo suelto alrededor de los hombros la hacía verse más joven, aunque en sus serenos ojos parecía haber un asomo de aflicción, algo que Gabrielle no recordaba haber visto nunca antes, ni siquiera cuando murió su madre.

Habían estado poco tiempo a solas desde su precipitada y peligrosa reunión, en todo momento estorbadas por muchas otras preocupaciones y otros tantos peligros. Ese era el primer momento tranquilo que tenían las dos solas, y a Gabrielle le pareció que el silencio que se hizo entre ellas estaba cargado de tensión, de los recuerdos de sus riñas, las diferencias de opinión que fueron la causa de que se separaran sus caminos.

Deseaba decirle muchas cosas a su hermana, pero no sabía cómo empezar. Le sorprendía que Ariane aún no hubiera sacado el tema. Su hermana mayor nunca había sido propensa a dejar reposar las cosas; siempre deseaba arreglarlo todo inmediatamente, sanar lo que a veces no estaba dispuesto a ser

sanado. Cuántas veces le habían fastidiado sus preguntas, esos ojos penetrantes tan capaces de quitar capa tras capa al corazón, dejando abiertas y a la vista heridas que uno deseaba proteger.

Pero Ariane no preguntaba nada, no decía nada. Estaba esperando con los ojos bajos y las manos entrelazadas. De pronto Gabrielle comprendió que a su hermana le resultaba tan difícil como a ella encontrar la manera de salvar el abismo que se había abierto entre ellas.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Fue culpa mía.

—¿Qué? —preguntó Ariane sorprendida.

—La pelea que tuvimos. El distanciamiento entre nosotras y lo que le ocurrió a Remy. —Hizo un gesto hacia la cama, entristecida—. Yo tengo la culpa de todo eso.

—Ah, ¿fuiste tú la que le disparó la flecha al capitán? Bueno, eso es muy comprensible. Muchas veces he deseado hacerle eso mismo a Renard, en especial cuando descubrí que él tenía ese maldito libro.

La broma dejó a Gabrielle atolondrada de asombro. Ariane siempre había sido muy seria, casi dolorosamente seria. Comprendió que bromeaba para aligerar la situación. Pero ese amable humor tuvo el inesperado efecto de romper su reserva. Se le llenaron de lágrimas los ojos.

—Ay, Ari, he hecho un terrible desastre de todo. —Un fuerte sollozo le quebró la voz.

Ariane no dijo nada, simplemente la abrazó. Muchísimas veces se había resistido al consuelo de su hermana mayor, pero en ese momento se desmoronó y bien dispuesta apoyó la cara en su hombro y se echó a llorar desconsolada, desahogando la pena, el miedo y la tensión que tenía reprimidos desde su riña con Remy.

Ariane la mecía, acariciándole el pelo, sus manos suaves y sanadoras muy parecidas a las de su difunta madre.

—Chh, tranquila, cariño. No ha ocurrido nada que no se pueda arreglar.

—Es que... no sabes. No tienes idea de las cosas que he hecho.

Se apartó, estremecida por un hipo. Se frotó enérgicamente los ojos, hasta que Ariane sacó un pañuelo. Ariane siempre tenía un pañuelo a mano.

Le cogió el mentón y le secó las mejillas.

—Me parece que tengo cierta idea de tus andanzas. No fue ninguna casualidad que Bette te siguiera a París y buscara empleo en tu casa. Yo la envié. —Al ver que Gabrielle abría los ojos como platos, se apresuró a continuar—: No podía soportar no saber lo que te ocurría. En especial con todos los peligros de la ciudad, la corte, la Reina Negra. Envié a Bette y le ordené que me mandara informes periódicos. Esas palomas que tenía en el corral de atrás del establo no eran para llevar a tu mesa.

—Debería haberlo sospechado. Detesto el pastel de paloma, y Bette lo sabe.

—Pero no te enfades con ella, por favor. Fue idea mía. La obligué a hacerlo.

—No estoy enfadada con ella ni contigo. Tal vez en algún momento podría haber sido tan tonta para enfurecerme, pero he tenido mucho miedo de que a ti ya no te importara si volvías a verme o saber de mí. Temía haberte... avergonzado y decepcionado al convertirme en cortesana y vivir en la casa que perteneció a la querida de nuestro padre. Pensé que debías odiarme.

—Vamos, Gabrielle, ¿cómo se te puede ocurrir algo así? Siempre hemos tenido nuestras diferencias...

—Bueno, eso se queda corto —sonrió Gabrielle.

Ariane también sonrió, pero fue una sonrisa trémula.

—Muchas veces me han preocupado tus decisiones, he temido por ti, he sufrido por ti. Pero eres mi hermana. Siempre te querré, pase lo que pase. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Y te he echado de menos, además.

—Yo también te he echado de menos —dijo Gabrielle atrayéndola enérgicamente.

Se abrazaron, se rieron y lloraron abrazadas. Al apartarse, miraron hacia la cama con expresiones culpables, pero Remy continuaba durmiendo apaciblemente. Compartieron el pañuelo, secándose mutuamente los ojos. Gabrielle siempre había detestado lo que ella llamaba la debilidad femenina de las lágrimas. Y en especial había detestado llorar delante de su hermana mayor. Pero era en cierto modo diferente compartir un buen llanto con ella. Se sentía extrañamente mejor debido a eso.

Ariane sorbió por la nariz una última vez para serenarse.

—Ahora bien, ¿qué es eso que he oído de que estás comprometida con Remy?

Gabrielle negó tristemente con la cabeza.

—Por desgracia, todo eso se acabó. Me parece que no has oído el resto de la historia, porque Bette no la sabía.

—No sé la historia por Bette, corazón mío. Me lo dijo Remy.

—¿Remy? —repitió Gabrielle, atónita.

—Cuando Miri envió recado al castillo explicando la exigencia de Simon Aristide, Renard y yo nos pusimos en marcha inmediatamente. Nuestra primera idea era contactar con Remy, pero lo encontramos por pura casualidad. Tu Azote estaba destrozando la ciudad en busca de esa mujer Lascelles.

—¿Buscaba a Cass? Pero ¿por qué?

—Tenía la intención de obligarla a presentarse a decir la verdad para establecer tu inocencia. No quería que acabaras viviendo como una fugitiva, siempre huyendo de los cazadores de brujas.

Así que era eso lo que estaba haciendo Remy cuando ella empezó a temer que la hubiera abandonado. La conmovía que él hubiera intentado algo tan desesperado por ella, pero también la consternaba.

—Me alegra que no la haya encontrado —dijo—. Cass es la persona más peligrosa que he conocido en mi vida, y en eso incluyo a la Reina Negra. Tú siempre me aconsejabas que me mantuviera alejada de cualquiera que practicara la magia negra. Pero, lógicamente, yo no hice caso. Tú nunca habrías caído en la tentación.

Un sentimiento de pesadumbre pareció nublar el dulce semblante de Ariane.

—No soy ninguna santa, Gabrielle, aunque muchas veces me hayas dado a entender que crees que lo soy.

—Perdona, Ari, nunca he deseado...

—No, si tenías toda la razón. Yo me esforzaba mucho en hacer el papel de la sabia y erudita señora de la isla Faire. Principalmente para que nadie se diera cuenta de lo impostora que soy. Debo de haber sido insufrible. —Exhaló un largo suspiro—. La verdad es que no soy sabia, disto aún mucho de serlo. Todo se me hizo muy difícil después que murió nuestra madre. Nuestro padre perdido en el mar, tú y Miri, a las que tenía que cuidar, todas las deudas que dejó nuestro padre, y luego todo el mundo empezó a acudir a mí, suponiendo que yo era tan sabia como lo era nuestra madre. —Tragó saliva y continuó—: Estaba absolutamente desesperada. Recurrí a la magia negra, para invocar al espíritu de mi madre.

—¿Practicaste la nigromancia, tú? Ni siquiera sabía que supieras.

—Naturalmente no soy tan experta como al parecer lo es Cassandra. Pero conseguí contactar con nuestra madre varias veces. Aunque le prometí que nunca más volvería a hacerlo, seguí sintiendo la tentación, en especial el año pasado, cuando... cuando...

Se interrumpió y los ojos se le oscurecieron de pena.

—Miri me contó lo de... de tus dificultades, cuando perdiste a tu bebé. —Le apretó la mano—. No sabes cuánto lo siento, Ariane.

Ariane consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Gracias, pero creo que me pasé de la raya dándole tanta importancia a mi aflicción. Me enfurecí con Justice cuando me enteré de que había comprado el *Libro de las sombras* sin decírmelo, y que estaba intentando leerlo. Peor aún, al final reconoció que había estado tomando un brebaje que le enseñó a preparar su abuela. Era para hacer infértil su semen por un tiempo. Sentí una furia terrible, me sentí aniquilada. Pero lo único que quería él era protegerme hasta encontrar una manera de que yo diera a luz a un bebé sano sin peligro para mí. —Se cogió los brazos y apoyó cansinamente la espalda en la pared—. Estaba tan obsesionada por lo que deseaba que no prestaba atención a los sentimientos de mi marido. Justice perdió a su madre cuando él nació y sé que su mayor temor ha sido siempre que me ocurra lo mismo a mí, pero yo prefería no hacer caso de eso. En mi deseo de ser madre olvidé ser una esposa. Espero que... que me lo perdone.

—No me cabe duda de que tu ogro dirá que no hay nada que perdonar. Ese hombre te adora, Ariane.

Ariane sonrió y arqueó las cejas.

—Como a ti te adora tu Azote, y aun cuando tú hiciste la tontería de romper vuestro compromiso, no creo que esté dispuesto a soltarte tan fácilmente.

Gabrielle deseó poder estar tan segura de eso. Miró pensativa hacia la cama, donde Remy seguía durmiendo.

—¿Qué va a ocurrir ahora Ariane? ¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que Aristide y sus cazadores de brujas nos van a seguir hasta la isla Faire?

—Eso me temo.

—Ojalá Renard hubiera conseguido volar a ese hombre maldito.

—Eh... no fue Justice el que hizo eso. Fui yo.

—¡¿Qué?! —exclamó Gabrielle, desviando la vista de Remy para mirarla absolutamente sorprendida.

Ariane se movió nerviosa, con una expresión de culpabilidad que Gabrielle jamás le había visto.

—Fue ese maldito libro —confesó—. Ni yo pude resistir la tentación de echarle una mirada. Justice y Remy habían elaborado el plan para rescatarte, pero había muchas cosas que podían salir mal. Un solo hechizo, pensé. Por si acaso. Encontré las instrucciones para fabricar un artilugio explosivo tan pequeño que se podía lanzar como una flecha con un arco. Así que hice uno, me lo guardé y cuando vi que todo iba mal y los hombres de Justice seguían emboscados, decidí usarlo. Puesto que siempre he sido muy buena para descifrar ese lenguaje arcaico, pensé que había seguido bien las instrucciones, que el aparato explotaría en el aire y volaría como un enorme cohete creando una distracción. Bueno pues fue un puro milagro que no nos destruyera a todos e incendiara medio París.

Ariane bajó la cabeza, tan horrorizada por lo que había hecho que Gabrielle debería haber dicho algo para tranquili-

zarla, pero en lugar de eso le costó reprimir una sonrisa. Al notar ese esfuerzo, Ariane la miró ceñuda.

—No lo encuentro nada divertido, Gabrielle. Podría haber matado a muchas personas inocentes.

—Pero no las mataste —repuso Gabrielle, muy pragmática.

—Pero podría. Ya ves que soy una persona horrible en realidad. Creo que ya no me tendrás ningún respeto.

Gabrielle se limitó a sonreír y volvió a abrazarla.

—Te tengo más respeto que nunca. La señora de la isla Faire es realmente una fuerza que hay que tomar en cuenta. Y ha resultado algo bueno del incendio que provocaste. Seguro que se quemó ese maldito libro y no tenemos que volver a preocuparnos por él nunca más. —Al ver que Ariane distaba mucho de parecer consolada, añadió—: Tu explosión nos salvó a todos. Llegó en un momento muy oportuno. —Se puso seria y le contó lo de Miri—. Ya sabes cómo ha sido siempre nuestra hermanita, tan tierna de corazón, cuánto la desconcierta la violencia. Estoy segura de que apartaría a una serpiente venenosa del camino para que no le pase por encima una carreta. Pero cuando apuntó la pistola al pecho de Aristide tenía en la cara una expresión dura, una expresión que yo nunca le había visto. Creo que estaba dispuesta a matarlo para salvarnos a mí y a Renard. —Se mordisqueó el labio inferior—. Yo le dispararía con gusto al canalla por todo lo que le ha hecho a Miri, el alma más inocente y confiada que ha existido. La ha traicionado una y otra vez y luego va el cabrón y la salva, aun a costa de dejar escapar a Renard. No me extraña que Miri acabe tan confundida. ¿Por qué no puede ese maldito decidirse y actuar como un verdadero canalla y ya está?

—Porque nadie es jamás un total canalla. Todos somos una mezcla de luz y oscuridad. Cierto que algunos corazones

son más oscuros que otros —concedió Ariane pesarosa—. Yo también lamento lo que le ha ocurrido a Miri. Pero en el mundo abundan el mal y la traición. Miri no podía seguir aferrada a su inocencia y sus sueños eternamente. Tenía que crecer alguna vez, por mucho que nosotras detestemos verlo.

—Yo lo detesto —dijo Gabrielle—. Nadie se sentía más frustrada que yo por su creencia en cosas como hadas y unicornios, y por su fe en ese pérfido Aristide. Pero me duele verla desilusionada, verla obligada a endurecer su corazón. En realidad no deseaba que cambiara.

—Si te sirve de consuelo, hay mucho de nuestra hermanita que sigue igual.

Diciendo eso Ariane la giró hacia la ventana e hizo un gesto hacia el prado, donde estaban Miri y Lobo, sus cabezas negra y rubia muy juntas, hablando de una manera que a Gabrielle se le antojó sólo podía ser de dos conspiradores.

—Miri continúa adherida a su opinión sobre los derechos de los animales y a su fe en su capacidad de comunicarse con ellos —dijo Ariane—. Al parecer, ese poni le ha contado la triste historia de que se siente solo, que le gustaría estar en una granja donde haya otros caballos y tal vez algunos niños que jueguen con él.

—Ay, no —gimió Gabrielle, imaginando lo que iba a ocurrir.

A Miri le gustaba «liberar», como lo llamaba ella, a los animales que se sentían desgraciados con sus dueños legítimos.

—Sería muy mala recompensa a la hospitalidad de la señora Perrot si Miri se llevara su poni —dijo Ariane.

—Y Martin el Lobo sería justamente el muchacho que la ayudaría a hacerlo —confirmó Gabrielle—. Será mejor que vigilemos a esos dos.

Ariane detuvo el gesto de asentimiento y se puso rígida con una expresión de atención en la cara; ladeó la cabeza como si estuviera oyendo que la llamaban. Gabrielle no oyó nada, pero vio que Renard estaba mirando fijamente hacia la ventana; se estaba tocando el anillo con esos extraños símbolos rúnicos. Entonces vio que Ariane también se tocaba el anillo que llevaba en el dedo.

Alguna comunicación silenciosa pasó entre ellos porque a Ariane se le suavizaron los ojos y las mejillas se le tiñeron de rubor.

—Creo que... necesito salir a tomar el aire.

—Ah, sí, claro que lo necesitas —dijo Gabrielle arrastrando la voz.

Ariane se ruborizó más aún ante la mirada maliciosa de Gabrielle. Sonriendo tímidamente se dirigió a la puerta y antes de salir se volvió a decirle:

—Cuida a tu Azote. Creo que Remy no tardará en despertar y te va a necesitar.

Ariane salió y Gabrielle continuó junto a la ventana hasta que la vio salir al patio. Cuando Renard la vio acercarse dejó a un lado el hacha. Los dos se miraron largamente y luego, de un solo salto, Ariane se arrojó en sus brazos. Él la levantó en volandas y sus labios se unieron en un apasionado beso.

Gabrielle los observó entristecida, envidiándole a su hermana ese amor que compartía con su marido, un amor que trascendía la necesidad de palabras, un amor capaz de curar todas las heridas y malos entendidos, que les permitía volver a comenzar. ¿Alguna vez llegarían a ese punto Remy y ella?, pensó. Volvió al lado de la cama, donde Remy continuaba inmóvil, con los ojos cerrados, absolutamente indiferente a su presencia.

«Remy no tardará en despertar y te va a necesitar.»

Se arrodilló junto a la cama, apoyó la cara en la colcha y rezó pidiendo que Ariane no estuviera equivocada.

Gabrielle no sabía cuánto tiempo llevaba arrodillada ahí; tal vez el agotamiento la rindió y se quedó dormida; la sensación de un roce en el pelo la despertó. El corazón le dio un vuelco cuando comprendió qué le rozaba el pelo: la mano de Remy. Se enderezó y vio que él la estaba mirando, sonriendo levemente. Seguía con un aspecto muy cansado, pero le había vuelto el color a la cara y sus ojos estaban extraordinariamente límpidos.

Se levantó de un salto.

—¡Remy! Has despertado. ¿Cómo te sientes? ¿Es muy fuerte el dolor? ¿Qué te puedo ofrecer? ¿Un poco de agua, o tal vez coñac? ¿O... o necesitas más de la infusión que preparó Ariane?

Movida por el deseo de atenderlo habría salido de la habitación si él no se hubiera incorporado para detenerla. Se encogió de dolor, sin duda el precio que tuvo que pagar por ese repentino movimiento. Ella volvió corriendo a su lado.

—¿Qué haces? —lo regañó, empujándolo hasta dejarlo nuevamente acostado—. Quédate quieto.

—Bueno. Siempre que... que no te vayas —dijo él con la voz rasposa—. No necesito nada... sólo...

—¿Sí?

Él hizo una respiración profunda y limpiadora y contestó dando dos palmaditas en la cama a su lado. Ella se sentó con sumo cuidado, ansiando bañarle a besos la cara y al mismo tiempo echarse a llorar de alegría y alivio. Pero la mujer que en otro tiempo se consideraba una seductora muy experta se

sentía tímida y violenta, temerosa de agravarle la herida, de hacerle más daño del que ya le había hecho.

Remy le cogió la mano y se la apretó con sorprendente fuerza, como si temiera que si se la soltaba ella se evaporaría. La miró atentamente con los párpados entornados, hasta que ella se sintió horrorosamente consciente de su vestido arrugado y el pelo revuelto. Tal vez era una estupidez preocuparse por su apariencia en ese momento, pero era mucho el tiempo que había creído que su belleza era lo único que tenía para ofrecer. Ensayó una risita, que le salió temblorosa:

—Debo parecer una vieja bruja.

—No, sólo muy cansada —musitó él—. Deberías haberme dejado para ir a descansar un poco anoche. Pero soy un cabrón egoísta. Me alegra que te quedaras.

—¿Sabías que era yo? Pensé que podrías confundirme con Ariane.

—Conozco el contacto de tu mano, Gabrielle.

Ella sintió pasar un agradable calorcillo por todo su interior.

—Ah, no sabía... Me pareció que estabas casi delirante. Temía que cayeras en una de tus pesadillas.

—Podría haber tenido una, pero estabas tú aquí. Veía tu cara, enmarcada por la luz de la vela como un nimbo. Siempre has sido capaz de mantener a raya mis pesadillas.

—Y yo creía que más bien me había convertido en la causa. Remy, por favor, créeme, lamento tantísimo todo lo que...

—Chss —la interrumpió él en tono imperioso, apretándole suavemente la mano—. No hablemos más de eso. Yo soy tan culpable como tú de la terrible manera de separarnos en esa posada. Siempre he sabido que tengo un genio del demo-

nio cuando me enfado. Pero no me había dado cuenta de que soy un burro duro e inflexible, hasta que Lobo tuvo la amabilidad de decírmelo.

—Qué impertinente —dijo Gabrielle, indignada—. Martin no tenía ningún derecho a decirte eso.

—Sí que lo tenía. El muchacho ha demostrado ser un buen amigo para mí. El mejor amigo que he conocido, después de ti.

Gabrielle había recibido muchos elogios en su vida, pero nunca ninguno la había conmovido tan profundamente como ese. Remy le apretó más la mano.

—Y seguía sin entender del todo lo mal que me porté contigo hasta que entré en la posada y tú lloraste de incredulidad al verme.

—Era por el humo, Remy. Me hacía arder los ojos.

—No, no todo era por el humo. Nunca olvidaré la manera como exclamaste «has venido a por mí», como si hubieras pensado que no iría, que de verdad te había abandonado por rescatar a Navarra.

—No, no, Remy. —Se inclinó y por fin se atrevió a tocarlo; trató de alisarle la arruga de preocupación de la frente—. Nunca dudé que vendrías. De verdad que no. Tú lo juraste y siempre cumples tus promesas, aunque —añadió, tímida—, a medida que pasaban los días y yo no sabía dónde estabas, empecé a preocuparme un poco.

—Estaba tratando de encontrar a esa malvada mujer.

—Lo sé. Ariane me lo dijo.

A Remy se le oscurecieron los ojos de pesar.

—Quería hacer algo más que rescatarte. Quería encontrar una manera de desmostrar tu inocencia, para que no tuvieras que pasar el resto de tu vida perseguida por los cazadores de brujas.

—Tomando en cuenta el tipo de mujer que soy y los antecedentes de mi familia, eso es casi inevitable —dijo ella, riendo—. No me importa tanto por mí, pero detesto haberte involucrado en esto. —Hizo una inspiración profunda y continuó valientemente—: Y si hay alguna manera de que te libres de mí, quiero que la aproveches. —Al ver que él fruncía el ceño y abría la boca para protestar, le puso un dedo sobre los labios—: No, Remy, escúchame. Entiendo tu frustración por tener que cancelar tu plan para rescatar a Navarra. Creo que siempre he sentido unos estúpidos celos por tu consagración a su causa. Pero tu sentido del deber y tu honor forman parte de lo que te hace ser el hombre que eres, el motivo de que yo te quiera tanto. No quiero cambiarte por nada del mundo.

Remy le besó las yemas de los dedos y le apartó la mano.

—Creo que Navarra sería el primero en entenderlo. De vez en cuando tiene relámpagos de sabiduría que me dan esperanzas para mi réprobo rey. Una vez me dijo que el primer deber de un hombre es hacia la mujer que ama. —La miró con esa expresión seria que le había conquistado el corazón hacía tanto tiempo—. Pero tú no eres mi deber, Gabrielle. Eres mi amor, mi vida, mi alma.

A Gabrielle se le hinchó el corazón con una emoción tan intensa que se le llenaron los ojos de lágrimas y estuvieron a punto de caerle por las mejillas. Se inclinó más para rozarle los labios con los de ella, pero Remy le adivinó la intención y le dijo:

—No, espera. Antes tengo que hacer una cosa.

Hizo un gesto de dolor al moverse para bajarse de la cama, como si de verdad creyera que ella le iba a permitir semejante cosa. A su severa orden de que se quedara quieto, él obedeció pero exhalando un suspiro de fastidio.

—De acuerdo, pero entonces tendrás que ayudarme. ¿Sabes dónde están mis cosas? ¿Mi alforja?

—Todo está ahí en el rincón.

—Estupendo —suspiró él—. Abre la alforja, por favor. Y busca una pequeña bolsa de piel.

Gabrielle lo hizo y volvió con el objeto pedido, una bolsita tan liviana que daba la impresión de no contener nada. El dolor le impedía a él mover el brazo herido, por lo que no pudo soltar los cordones con una mano. Le pasó la bolsita a ella. Ella la abrió y la agitó sobre la palma para que cayera el contenido: un anillo de oro.

—Es un anillo de compromiso —dijo él apesadumbrado—. Sé que no es gran cosa, pero en medio de toda esa locura no tuve mucho tiempo para buscar bien, y esto es lo mejor que podía permitirme.

Entonces sí le cayeron las lágrimas a Gabrielle. Lo único que pudo hacer fue sollozar:

—Oh, Remy.

—Me acusaste de que solamente me iba a casar contigo por orden del rey. Bueno, no podía dejar que todo el resto de nuestra vida creyeras que era por eso, así que decidí pedírtelo como es debido. De verdad tendría que hincar una rodilla ante ti.

—No te atrevas ni a pensarlo —exclamó ella enérgicamente.

—Muy bien, entonces —dijo él, sonriendo pesaroso y cogiéndole la mano—. Supongo que esto tendrá que bastar. Gabrielle Cheney, ¿me harías el honor de...?

—¡Sí!

—Déjame terminar la frase por lo menos —gruñó él—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa, permitirme amarte, mimarte y protegerte hasta el fin de nuestros días?

—Uy, sí —musitó ella—. Como yo te amaré y mimaré.

Le tembló la mano cuando Remy cogió el anillo de su palma y se lo puso en un dedo.

Su pelo cayó como una lluvia dorada sobre él cuando se inclinó con la intención de besarlo muy suavemente en los labios. Pero el Azote no iba a aceptar nada de eso. Sin hacer caso de su herida, le cogió la nuca con una mano y le acercó la cara para sellar el compromiso con un feroz beso.

Epílogo

Los rayos del sol se filtraban por las frondosas copas de los árboles formando diamantes de luz en el agua del apacible arroyo. Se había instalado el silencio sobre el bosque de detrás de Belle Haven, sólo roto por el rumor del agua y el ocasional murmullo de las hojas mecidas por la brisa, como si los antiquísimos árboles suspiraran de satisfacción por el retorno de una hija pródiga.

Gabrielle se tomó un descanso del trabajo para saborear el fresco aroma de los pinos mezclado con la fragancia más dulce de las flores silvestres y el olor más fuerte que emanaba de la tierra. Nunca antes había valorado así la tranquila belleza de su hogar en la isla Faire.

Tal vez era más intenso ese aprecio porque sabía que, lamentablemente, esa paz era pasajera. Algún día llegarían Simon Aristide y sus cazadores de brujas, sin duda respaldados por los soldados del rey. Seguro que Enrique de Valois estaba furioso por el ataque al hombre al que había encargado librar a Francia de las brujas. Era muy posible que la isla Faire ya no fuera un refugio para las mujeres que desde hacía tanto tiempo no deseaban otra cosa que aprender, enseñar, sanar y conservar lo mejor del saber y de los métodos antiguos.

Expulsó ese miedo de la mente, decidida a no pensar en posibilidades tristes ese día tan hermoso. Agitó la cabeza para echarse atrás el pelo y dobló los dedos de los pies cogiendo la

fresca hierba, disfrutando de la magia de la isla, hasta que esta pareció subirle desde las plantas hasta las yemas de los dedos de las manos, haciéndolos hormiguear.

Le vibraron las manos con esa magia única de ella, y la mano con el pincel se movió como por voluntad propia, aplicando diestras pinceladas en la tela montada en el caballete. El cuadro que ya estaba a punto de terminar era en parte el producto de su imaginación; el resto estaba inspirado por el hombre recostado bajo el árbol.

Remy estaba bien recuperado de su herida. Tal vez lo que lo adormiló fue la somnolencia producida por ese día de verano o tal vez la concentración de ella en su trabajo. Estaba con la espalda apoyada en el tronco, acunado en los brazos del viejo Sicomoro, el dragón tan benigno como esa apacible tarde de verano.

Sólo se despertó cuando ella estaba dando los últimos toques a la tela. Lo despertó el crujido de ramas producido por dos ardillas que, por encima de su cabeza, estaban parloteando y regañándose, disputándose la posesión de una determinada rama. O tal vez simplemente estaban en el preludio de un apareamiento. Miri lo habría sabido.

Remy enderezó la espalda y levantó los brazos, desperezándose y emitiendo un fuerte bostezo. La miró sonriendo, como pidiendo disculpas.

—¿Me quedé dormido? Lo siento mucho. Supongo que no he sido una compañía de lo más entretenida. ¿O ni te fijaste?

—Sí que me fijé. Pero después de anoche... —le hormigueó el cuerpo al recordar los solícitos afanes de Remy en la cama—, me pareció que te merecías un descanso.

—¡Bah! Lo más probable es que agradecieras poder trabajar sin interrupciones.

Al detectar un tono ligeramente contrariado en su voz, dejó a un lado el pincel y se levantó a tenderle la mano para ayudarlo a levantarse. Entonces arrugó la nariz al verse la mano completamente manchada con pintura seca y las uñas melladas.

Pero Remy se llevó la mano a sus labios, como si ella siguiera siendo la dama elegante vestida de seda de su periodo en la corte.

—Creo que con el tiempo podría ponerme muy celoso de esa magia tuya que te absorbe tan completamente que excluye todo lo demás.

A pesar de esa traviesa queja ella captó un brillo de orgullo en sus ojos, y eso la calentó más que el sol.

—¿Así que por fin se me permite ver esa obra maestra? —preguntó él entonces.

—Bueno, mmm.

No supo qué decir. Todavía se sentía insegura, sentía muy nueva esa magia que le había retornado. Ese era el primer cuadro que pintaba desde hacía años, y había procurado celosamente que nadie lo viera, y mucho menos los ojos de Remy.

Pero cuando él pasó por su lado sonriendo travieso, no hizo nada por detenerlo. Cuando él se situó delante de la tela, retuvo el aliento, y esperó nerviosa mientras él contemplaba su obra. Se le oprimió el corazón de consternación cuando lo vio abrir la boca horrorizado.

—¡Gabrielle!

—No... no te gusta. Lo encuentras horrible.

—Noo, no —se apresuró a tranquilizarla él—. Es... es verdaderamente mágico. Me siento como si pudiera atravesar la tela, pero... pero... —Hizo un gesto impotente—. Me has pintado a mí.

—Se supone que no eres tú. Sólo tomé tu cara por modelo.

—Has tomado por modelo mucho más que mi cara, mujer —dijo él acusador—. Por el fuego del infierno, Gabrielle, me has pintado totalmente desnudo.

Gabrielle fue a ponerse a su lado y miró con ojo crítico su obra. La belleza del bosque que los rodeaba parecía cobrar vida en el cuadro. Un caballo pacía cerca del arroyo y en el suelo estaban desperdigados aquí y allá la silla de montar y las pertenencias del jinete: su espada, su armadura, su ropa. Pero en primer plano destacaba el tema principal del cuadro, el caballero dormido bajo un árbol, medio de costado, con la cabeza apoyada en un brazo extendido, su pelo revuelto en una mezcla extraordinaria de sol y sombra. Incluso así en reposo era evidente la potencia y fuerza del hombre; estaban delineados sus musculosos hombros y extremidades, los ondulantes músculos del pecho, la firme curva de sus nalgas. Su vulnerabilidad estaba expuesta también en las cicatrices que le estropeaban la tersa piel, en los surcos de cansancio de su cara así dormido tan profundamente. Todos los detalles del cuerpo de Remy los había captado su amorosa memoria.

Aunque su reacción no era la que ella había esperado, alzó el mentón, desafiante.

—Creo que es lo mejor que he pintado en mi vida.

—Sí, está muy bien ejecutado, pero. —Remy parecía estar muy desconcertado—. ¿Por qué está desnudo tu caballero? Yo nunca, quiero decir, un caballero nunca se desnudaría así para echarse a dormir. Eso lo dejaría muy vulnerable, muy expuesto a sus enemigos.

—El caballero estaba acalorado, y muy cansado por sus muchas empresas y batallas —explicó ella pacientemente—.

Se refrescó en el arroyo y después se quedó dormido bajo el árbol. Ese es un bosque encantado y se siente seguro ahí.

—Si está tan agotado, ¿por qué está tan... tan?

Apuntó incómodo hacia el impresionante apéndice que le sobresalía entre los muslos al caballero.

—Es evidente que está soñando algo placentero con la dama a la que ama.

—Pero ¿no podrías haber puesto un discreto arbusto, hierbas...?

—¡No, de ninguna manera! Lo siento si te ofende, pero no encuentro nada vergonzoso en la magnificencia del cuerpo masculino, en especial del tuyo.

Él le pasó el brazo por los hombros y le dijo con más suavidad:

—No me ofende, cariño. En realidad, me halaga bastante saber que así es como me ves. ¿De verdad me veo tan..., tan...?

—¿Tan estupendo? Ah, pues sí, de verdad —contestó ella, estremeciéndose y suspirando.

A él se le curvó la boca en una sonrisa adorablemente tímida.

—Lo que pasa es que no sé cómo voy a mirar a tus hermanas a los ojos después que vean esto. —El poderoso Azote se ruborizó hasta la raíz de los cabellos, y gimió—: Por no decir nada de las bromas y burlas que tendré que soportar de Lobo y Renard.

Gabrielle le echó los brazos al cuello y lo tranquilizó:

—No ha sido mi intención avergonzarte. Este cuadro lo he pintado para mí, en celebración de mi amor por ti y la vuelta de mi magia. Pensé que la había perdido para siempre después de lo que me hizo Danton. Pero tú me la devolviste.

Remy la miró con sus ojos castaños tiernos y serios.

—Tu magia no te la puede quitar ningún hombre, Gabrielle. Ni yo puedo dártela. La has tenido dentro de ti todo el tiempo, esperando el día en que tú encontraras el valor para llamarla.

—Valor que jamás habría encontrado si no fuera por ti —dijo ella, acariciándole tiernamente la mejilla—. Y no te preocupes. Nadie verá este cuadro. Sólo tú y yo.

La respuesta de Remy fue posar los labios en los de ella en un beso tierno y ardiente. Mientras ella se apretaba a él correspondiéndole el abrazo y el beso, sintió una punzada de inquietud. Le había prometido ser totalmente sincera con él y tenía toda la intención de serlo. ¿Debía entonces decirle lo del último sueño de Miri?

Su hermana había dejado de tener esas pesadillas en que ella se convertía en la amante de Navarra. De repente se le había aclarado el sueño y le vio la cara a la dama que avanzaba sigilosa hacia el dormitorio del rey; era otra beldad de pelo dorado, otra mujer llamada Gabrielle.

Y el último sueño de Miri era profético; veía París en el futuro lejano, cuando estaba convertido en una misteriosa ciudad en que las luces no se apagaban nunca. Era un París que ya no estaba gobernado ni por un rey ni por una reina, y el inmenso palacio del Louvre se había transformado en una galería de obras de arte recogidas de todo el mundo, hasta de sus últimos rincones. Y en una de sus principales salas se exhibía, para que la vieran millones de personas, una colección de cuadros de Gabrielle, entre ellos su obra más famosa: *El caballero cansado*.

Pero en opinión de Gabrielle esa visión era demasiado estrafalaria y rebuscada, incluso para ser de Miri. No le vio ningún sentido a inquietar a Remy con eso. Ya no le interesaban para nada ni las profecías ni buscar su destino en sueños o en

lejanas estrellas. Que el futuro cuidara de sí mismo, pensó, entregándose totalmente al beso de Remy, separando los labios para acoger su pasión y ternura. Lo único que le importaba era Remy, su amor.

Además, el tiempo de ellos era ese, el presente.

Nota de la autora

Si bien el regimiento mercenario de cazadores de brujas es producto de mi imaginación, en la Francia del siglo XVI eran muy comunes los juicios y quemas por brujería. Muchos pueblos y aldeas veían diezmado el número de sus mujeres. En realidad existió un Le Balafré, el carismático y ambicioso duque de Guisa. Encontré muy apropiado su apodo, «Cara Acuchillada» para mi atormentado cazador de brujas, Aristide, así que desvergonzadamente lo tomé prestado.

Es cierto que muchos franceses sospechaban que Catalina de Médicis era bruja y envenenadora. Se sabe que consultaba con frecuencia al médico y astrólogo francés Michel de Nostredame mientras este vivió. Se dice que Michel, más conocido por Nostradamus, pronosticó la muerte del marido de Catalina y el fin de su linaje. Las predicciones o profecías de su libro *Centurias* se estudian hasta nuestros días.

Hasta qué punto Catalina creía en las predicciones de Nostradamus no se sabe, pero sí se sabe que vigilaba a otros posibles pretendientes al trono de Francia, y muy especialmente a Enrique de Navarra.

Navarra estaba prisionero en la corte. Sobrevivió a todas las intrigas y hostilidades gracias a su sangre fría y aplomo, adoptando una actitud indolente con que ocultaba su aguda inteligencia. Después del fracaso de varios complicados planes para su huida, al final eludió a sus captores de la manera

más sencilla. Durante una partida de caza en Senlis, simplemente se internó en el bosque al galope con varios de sus ayudantes hasta desaparecer. Se cuenta que cuando ya había atravesado el Loira y estaba libre de la persecución de los franceses dijo: «Alabado sea Dios que me ha liberado. [...] Jamás volveré, a menos que me traigan a rastras».

Las cosas resultaron de otra manera al hombre que estaba destinado a ser uno de los más amados reyes de Francia, al que llamaban el Eterno Galán.

Walla Walla
County Libraries

Susan Carroll vive en Rock Island, Illinois, Esta
Unidos. *La cortesana* forma parte de sus novelas sc
las mujeres de la isla Faire.

3 4388 10507294 5

Romántica

¿Es posible elegir entre el poder y el amor? Gabrielle Cheney, joven, hermosa y llena de ambición ha sido criada entre las mujeres fuertes e independientes de la isla Faire, conocedoras de las oscuras artes que los hombres llaman brujería. Ahora ha decidido utilizar su infalible poder de seducción para convertirse en la más deseada cortesana de la corte, y su objetivo final no es otro que Enrique de Navarra, con el que espera llegar a controlar el trono de Francia. Pero si su cabeza quiere el trono, su corazón suspira sólo por el joven capitán Remy. Mientras tanto, la reina, Catalina de Medici, tiene sus propios planes para evitar que cualquier mujer le arrebate el poder. Ambición, pasión y oscuras conspiraciones se entrecruzan en una apasionante trama situada en un momento fascinante y turbulento de la historia.

books4pocket
www.books4pocket.com

ISBN: 978-84-92801-64-0
9 788492 801640
PVP 9 €